

**Universidad Nacional de Misiones. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Secretaría de Investigación y Postgrado. Doctorado en Antropología Social**

Doctoranda  
***Mgter. María Laura Pegoraro***

**“A mí me gusta hacer, pero no vender”. Un análisis etnográfico de las lógicas sociales en las prácticas económicas de mujeres en un barrio popular de la ciudad de**

**Tesis de Doctorado presentada para obtener el título de “Doctor en Antropología Social”**

“Este documento es resultado del financiamiento otorgado por el Estado Nacional, por lo tanto queda sujeto al cumplimiento de la Ley N° 26.899”.

Directora  
***Dra. Gabriela Schiavoni***  
Co-Director  
***Dr. Alexandre Roig***

**Posadas, Misiones 2020**



Esta obra está licenciado bajo Licencia Creative Commons (CC) Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional. <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

*“A mí me gusta hacer, pero no  
vender”*

Un análisis etnográfico de las lógicas sociales  
en las prácticas económicas de mujeres en  
un barrio popular de la ciudad de Corrientes

Tesis para optar por el grado de Doctora en Antropología Social

Tesista: Mgter. María Laura Pegoraro

Directora de tesis: Dra. Gabriela Schiavoni

Co- Director de tesis: Dr. Alexandre Roig

Programa de Postgrado en Antropología Social

Universidad Nacional de Misiones

Diciembre, 2020

Para mi abuela y mis tías,  
las costureras del barrio.

## Agradecimientos

Las tesis no se hacen, se piensan, ni se escriben en solitario. Si hubo un momento donde me sentí habitada de historias, de personas, de recuerdos, fue cuando traté de encontrar una voz y ponerla en palabras. Para llegar a este texto tuve que quebrar con mi formación de base, con las expectativas de género establecidas y las formas de trabajar que me resultaban familiares. Rompí las redes que me sostenían para ir componiendo otras. Habilitar el espacio de escucha más activa a las mujeres, paradójicamente implicó darme el espacio también. Esto fue posible en las relaciones y el proceso intenso, intermitente pero sostenido con Silvia, el espacio brindado por Mirta y su Escuela de Gobierno, como también el que había tenido lugar tiempo atrás con los magmas.

Ana María Pérez fue central para que todo esto ocurriera, con su confianza casi ciega cuando “caí” en el 2014 al CES, momento en que aceptó dirigirme en la presentación para una beca interna del CONICET. Cuando se jubiló ese acompañamiento y apoyo incondicional recayó en Mercedes, quien siempre nos sostuvo como becarias, pero sobre todo como personas y mujeres, siendo además quien me llevó al barrio. A Flor y a Marina quiero agradecerles porque a su manera han sido interlocutoras de mis problemas de tesis, de las angustias y de las formas provisionarias de ir resolviéndolas, especialmente a esta última, quien además leyó algunos de los capítulos y escuchó mis dilemas existenciales durante la escritura en plena pandemia.

El cursado en un nuevo campo no hubiera sido tan llevadero sin la presencia de Caro, de Yani, de Martín, y de Eze, con quienes no sólo discutíamos teorías, hechos, y docentes, sino que también disfrutábamos del proceso. Un agradecimiento especial a Caro, quien me abrió las puertas de su casa y de su amistad en más de una oportunidad en esa Posadas querida.

A mis directorxs les debo mucho. Gabriela, desde su rol de tutora, me inició en las lecturas de la antropología, me guió en el acercamiento a una disciplina desconocida, y luego como directora se tomó el trabajo de leer atentamente cada una de las ponencias, los trabajos finales y la tesis, sugiriendo pacientemente lecturas complementarias que enriquecieron mi mirada tanto como la escritura. A Alexandre lo conocí cuando había terminado la tesis de maestría, con el pensamiento decolonial dando vueltas y sin saber cómo ordenarlo. Él con diligencia me permitió sostener las preguntas mostrándome cómo había respondido las suyas desde otra perspectiva. Me explicó que el texto era mi materia prima, que de a poco iría encontrando los elementos necesarios sin forzar los datos y que el campo se respeta (como la pelota en el fútbol).

Sin la mano tendida por Lili no hubiera podido hacer esta tesis. Ella me guio, me enseñó el barrio y me permitió *"estar ahí"*. Los debates y el acompañamiento de Iris, los mates con Lucía, las risas con Ana, la tensión con Yanina, todo fue parte. La compañía de Niki en el taller hizo mucho más fácil el proceso, con su ejemplo me mostró cómo escuchar, relajarme y confiar en las personas.

A lo largo de este proceso las charlas, debates, birritas, con Marina, Niki, Ale M., Flavio, Mariana, Gabi, Laura, Moira, Paula, David, Cinthia, Marce, Nati, Ceci W., Moira C., fueron los momentos de tensionar algunas ideas, y de ponerlas a jugar en otros. También los espacios generados en la cátedra de Sociología Económica y sus estudiantes, y todo el proceso de organización del Encuentro Nacional de Mujeres 2017 con sus plenarias, contribuyeron a la reflexión. Cerrando el campo la interacción con Ceci, quien escuchó mis problemas, mis dudas y miedos, las historias y me contó las suyas de ser la hija de una costurera, fueron de gran apoyo. Además, en plena desesperación en el armado de la muestra, fue la que estuvo al pie del cañón acompañándonos en todo lo que necesitábamos.

Espero, si alguna vez Gael lee lo que sigue, recuerde sus insistentes preguntas durante la cuarentena, como: *"Má, ¿terminaste el capítulo 8?"*, el para qué servía lo que estaba haciendo, qué era lo que estudiaba, y por supuesto, los festejos bailados a cada paso, mientras la incertidumbre del COVID 19 nos transformaba la cotidianeidad. Fue mi gran compañero de escritura. Por último, quiero agradecerle el apoyo a mi mamá a lo largo de mi vida. Tardó años en caer en la cuenta de que no era contadora, pero nunca dejó de alentarme para que siguiera, de ayudarme, de cuidarlo a Gael, de cocinarme, de cobijarme cuando fue necesario, y en esta cuarentena en particular, de acercarme budín de pan para que todo fuera más ameno. No seré presidenta Má, pero sin tu cuidado, tus renuncias y tus dolores, no hubiera podido terminar este proceso.

## Contenido

Agradecimientos.....	3
Introducción.....	9
La dimensión económica .....	13
La dimensión de género.....	16
La dimensión política.....	17
Analizando las prácticas de las mujeres de la economía popular .....	18
Parte 1 - La universidad en el barrio. Entre el saber y el poder: las prácticas populares	21
Capítulo 1 – Entre la Universidad y el Estado: el barrio .....	24
El CES en el barrio: la necesidad de entender lo social .....	25
El PROMEBA en el barrio: las obras de infraestructura básica.....	31
El PDTs en el barrio: la falta apropiación de la infraestructura blanda .....	40
Don Gutiérrez.....	45
Morena .....	47
El estar ahí del Estado (y de la Universidad) .....	48
Ese esquivo objeto denominado estado .....	49
El Estado en el barrio .....	59
Las miradas de las instituciones en el barrio.....	61
El saber sobre el barrio en disputa.....	67
Capítulo 2 – Entre la economista y los haceres de las mujeres: Arte-Sano.....	68
La génesis de ArteSano y su final .....	70
ArteSano en una feria .....	74
El después de la feria .....	78
Una reunión de trabajo de Arte-Sano .....	78
El ocaso de ArteSano .....	87
ArteSano como escena social.....	90
Las lógicas institucionales desplegadas.....	91
Las relaciones y subjetividades manifestadas.....	93
Los contenidos explicitados: el hacer y la dificultad de vender.....	95
El cálculo en escena: la performatividad de las ciencias económicas .....	97
Más allá de la feria: el hacer en el barrio.....	99
Capítulo 3 – Entre el conocimiento y la experiencia: las prácticas.....	100
La visita a Graciela: desplazando el vínculo .....	100

Eso que ellas hacen: sobre las características de la etnografía.....	104
La reflexividad .....	106
La etnografía multi-integrativa .....	107
El análisis de las prácticas de las mujeres desde las ciencias sociales .....	110
Las prácticas de hacer de algunas mujeres del barrio .....	115
Parte 2 - Entre el valor y las valoraciones: las prácticas de hacer y vender de algunas mujeres del Ongay .....	117
Capítulo 4 – Entre la costurera, la cooperativa y el taller: las prácticas de coser .....	120
De “Progresando Juntas” a la experiencia de producción conjunta de Ramona y Graciela .....	120
En la cooperativa .....	123
La transformación de la experiencia de Graciela e Ramona .....	126
Entre la costura y el taller textil, las vidas de Graciela e Ramona.....	128
Las prácticas de coser y el valor que envuelven.....	137
Las configuraciones de las prácticas de coser .....	137
Los procesos de coser desde la perspectiva de Graciela e Ramona .....	138
El valor de coser, entre el precio y el significado de las acciones.....	145
¿Por qué valen las prácticas de coser? .....	148
Capítulo 5 - Entre la Mesa de Gestión, el partido y las manualidades. Las prácticas de trabajar con la política .....	150
Del gusto por el hacer al trabajar con la política .....	150
Trabajar con la política .....	153
La Morena de Jérica .....	158
Las prácticas de trabajar con “la política” y el hacer manualidades .....	159
Las configuraciones del trabajar con la política.....	159
El proceso de trabajar con la política y las relaciones con las manualidades .....	160
El valor de volverse visible .....	164
¿Por qué valen las prácticas de trabajar con la política y hacer manualidades? .....	168
Capítulo 6 - Entre la familia y los arigurumis. Las prácticas del cuidado .....	170
Entre los arigurumis y el hacer como terapia.....	170
El hacer manualidades, el tejer y la costura son como una terapia .....	172
Una mamá normal.....	175
“Si le gusta, le gusta”: vender souvenirs en el barrio .....	180
Las prácticas del cuidado y el hacer arigurumis.....	181

Las configuraciones del cuidado .....	183
El proceso del hacer manualidades mientras se cuida.....	188
El valor de las prácticas del cuidado: hacerse conocida .....	190
¿Por qué valen las prácticas del cuidado en los sectores populares?.....	192
Capítulo 7 – Entre las experiencias prácticas y las discusiones sobre el valor .....	193
El valor, desde la mirada económica clásica a los abordajes de la antropología económica.....	193
La economía y el Estado entre las mujeres del barrio .....	201
Las prácticas de coser .....	202
Las prácticas de trabajar con la política .....	204
Las prácticas de hacer manualidades .....	204
Las relaciones de géneros en el hacer de las mujeres .....	204
Las formas del valor para las mujeres del barrio .....	210
La experiencia común .....	211
El ser vista, el hacerse conocida .....	212
Poner un precio, batallar el valor.....	215
Entre el valor social y las subjetivaciones que leen ese valor.....	216
Parte 3 - "Ellas, hacen". Entre el precio y el valor: las subjetivaciones populares .....	219
Capítulo 8 – Un desplazamiento de la universidad: entre el barrio y el Estado .....	222
Del programa Ellas Hacen al Hacemos Futuro: el problema de las capacitaciones ..	222
La capacitación: Experimentación Textil y Economía Popular.....	227
El taller de Experimentación Textil y Economía popular .....	232
Entre el trabajo real de los sectores populares y el mercado de trabajo imaginado en la política .....	244
Poniendo en juego otros saberes.....	247
Un desplazamiento de la Universidad en el barrio .....	249
Capítulo 9 - El desplazamiento del territorio: entre Fontana, Corrientes y la Facultad de Ciencias Económicas.....	251
Desde el Ongay al Cacique Pelayo: las infancias.....	251
Desde el Cacique Pelayo al Ongay: los objetos textiles .....	259
Desde el Ongay y el Cacique Pelayo a la Facultad de Ciencias Económicas: "Ellas, hacen" .....	264
<i>"Ahora tengo un certificado de la UNNE, ¡quédate quieta!"</i> .....	272
<i>"Ser vistas" para "hacerse conocidas"</i> .....	276

Capítulo 10 - Un desplazamiento de la economía: entre los saberes populares y el precio .....	278
Un taller de economía popular en el barrio.....	278
La economía popular encarnada.....	291
El (los) precio (s) como medida múltiple.....	297
El desplazamiento de la economía incorporada en las miradas .....	300
Consideraciones finales.....	302
Bibliografía .....	307

## Introducción

Jésica se presentó con sus peluches, los mostraba a las mujeres y a lxs niñxs que jugaban mientras iniciábamos la primera reunión con las artesanas en el Centro de Promoción Comunitaria (CPC). Ella hacía de todo, contaba, flores de goma eva, muñecos de peluche, de tela, *“a mí me gusta hacer, pero no vender”*, remató. En ese hacer, y el gusto que implicaba, me abrió una puerta para pensar por qué las mujeres del barrio Ongay hacían manualidades, souvenirs y textiles, gastos improductivos de trabajo para mi mirada de economista. De esa incompreensión emergió esta tesis, donde tensionaré la lógica de este saber “económico” con las de las prácticas de mujeres de sectores populares.

En mayo del 2015 habíamos tenido la primera visita al barrio con mis compañeras del Centro de Estudios Sociales (CES) de la Universidad Nacional del Nordeste, invitadas por un proyecto de Promoción del Desarrollo Territorial y Social (PDTs) en el marco del Consejo Nacional de Investigaciones (CONICET), donde se buscaba potenciar una *“cultura viva”* con la realización de diferentes actividades culturales, deportivas, recreativas y económicas en el CPC del Paloma de la Paz. Éste, se encuentra detrás de la terminal de ómnibus de la ciudad de Corrientes, en una zona conocida como la olla, donde intervenía el Programa de Mejoramientos Barriales (PROMEBA) desde el 2007, lo que incluía un proceso de *“urbanización”*, infraestructura pública de agua y cloaca, viviendas de madera y la construcción de los CPC. En este barrio, denominado Ongay por los vecinos, se construyó también un Centro de Atención Primaria de la Salud (CAPS) para las casi 3000 personas que constituían su zona de influencia<sup>1</sup>.

Mi participación inicialmente tenía que ver con organizar a las artesanas que querían vender lo que hacían, según nos comentaban quienes habían realizado el relevamiento. Sin mucho conocimiento del lugar, comenzamos a movilizar a las mujeres para la primera reunión. Doce mujeres respondieron a la convocatoria de Morena, la bibliotecaria del CPC, para participar en ferias provinciales y armar luego una en el barrio. De esa reunión emergieron distintas dimensiones del quehacer de las mujeres. A varias les costaba poner un precio, para otras era difícil desprenderse de lo que hacían<sup>2</sup>. El tiempo dedicado a tejer, a hacer manualidades tenía lugar en la sala de espera del médico, en las siestas cuando hijxs y maridos dormían, o cuando los primeros se iban a la escuela. También estaba Graciela, quien era parte del Programa Ellas Hacen por ese entonces, y su trabajo se dividía entre ser la costurera del barrio, los cuidados familiares, y hacer *“cositas”* para llevar a la feria de los viernes. Romina, la

---

<sup>1</sup> En el barrio los niveles de NBI alcanzan al 22,1% de los hogares, valores superiores al promedio provincial, y su tasa de empleo es igual a 59,27%, sólo el 52,18% de los habitantes de hogares es propietario del terreno y la vivienda. Además, el 21% presenta irregularidades en la tenencia del terreno y el 63,21% de los hogares tiene conexión deficiente a los servicios básicos, según los datos del censo del año 2010.

<sup>2</sup> *“No me gusta desprenderme de las cosas que hago, hace poco termine un acolchado a crochet de dos plazas, almohadones... [...] no me sale eso de ponerle precio al trabajo, me cuesta, pero me gustaría aprender para poder vender”*, en palabras de Jésica.

hermana de Morena, se encargaba de hacer souvenirs principalmente, y otra señora, a la decoración de casas.

A algunas de ellas no las volví a ver, pero mantuve el vínculo con otras como Jéssica, Julia, Carmen y Vanesa, quienes sostuvieron el espacio de ArteSano durante enero de 2016. En febrero, Julia y Jéssica organizaron un taller de manualidades para lxs chicxs del barrio. Las dinámicas de las relaciones del barrio, transformaron los vínculos con cada una, pero también permearon mi mirada sobre lo que hacían. Esto me llevó a relacionarme más con Graciela e Ramona, quienes fueron las que me abrieron efectivamente las puertas del barrio.

De este andar por el barrio, tanto como del ensayo de distintas formas de vincularme, se me hicieron inteligibles prácticas y discursos económicos, es decir, aquellas actividades que directa o indirectamente les permitían a las mujeres generar sus condiciones de vida, que involucraban la utilización de su tiempo. Por un lado, Graciela e Ramona trabajaban en el marco del programa, cooperativizando su hacer, mientras cada una realizaba otras actividades por su cuenta (Graciela, por ejemplo, la costura, y un quiosco en su casa). Uno de los problemas que tenían era cómo definir el pago por el trabajo realizado en la cooperativa, cómo se podía retribuir la enseñanza que hacía ella a sus compañeras, como también la cuestión de qué pasaba con quien cosía más rápido que sus compañeras, mientras que las soluciones propuesta por la contadora del Programa de pagar por horas trabajadas, perdía eficacia, y justicia según ellas.

Jéssica, era becaria del Estado, pero también trabajaba con la política, y hacía manualidades para vender en las ferias. El “ser vista” asumía una forma que implicaba una lógica de reconocimiento tanto como estrategia de supervivencia para ella. Este tipo de práctica, que no está aunada sólo a la producción de una “mercancía”, le permitía completar o ser el sostén de la familia en ocasiones. Julia dejó de trabajar, en sus términos, desde que se casó, sin embargo, a pedido de las vecinas hacía decoraciones para cumpleaños/fiestas, vendía sus manualidades, incluso pensaba venderlas fuera de la casa, en la costanera, para lo que recurría al trabajo en conjunto con su familia, como al préstamo del capital por parte de su madre.

Todas hacían manualidades, con diferentes fines y motivaciones. La mayoría tenía una experiencia de trabajo desde muy pequeñas, limpiando casas, o vendiendo cosas, o ambas actividades. *“A mí me gusta hacer, pero no vender”*, da cuenta de una experiencia compartida por algunas de las mujeres, que marca el pasaje entre hacer para “la casa”, en lo doméstico, al hacer para afuera, también de un no saber poner un precio, que aparecía como la dificultad para vender dicha a una economista, que a su vez contenía una experiencia incorporada de haber puesto el precio en diversas ocasiones<sup>3</sup>. En ese pasaje me ubicaré. El hacer estará relacionado con lo que producen, las manualidades, los textiles, los souvenirs para las fiestas en el barrio (mercancía y

---

<sup>3</sup> No saben vender, pero venden. No saben cómo ponerle precio a su trabajo, decían, pero lo hacían.

trabajo), pero también las relaciones que se tejen y sostienen con la familia, con la política, con el Estado. El vender se vinculará con el cálculo necesario para realizar la venta (precio de su trabajo y de lo que producen), y las relaciones con los lugares o actores a quienes pueden vender (mercado), tanto como las valoraciones que se ponen en juego.

El problema general de esta tesis será entonces el de comprender cómo estas dimensiones del trabajo, la mercancía, el precio, el mercado y la política se articulan en las prácticas económicas de las mujeres del barrio, y presentan alguna lógica pragmática, material, que las formas académicas y los conocimientos sistematizados de las políticas públicas no logran dar cuenta. Para abordarlo acudiré a una mirada material sobre las prácticas económicas, que establece el ingreso al campo en contraposición a la forma de conocimiento propia de la economía, que se sostiene en la falacia escolástica (Bourdieu, 2001). Este autor francés, dirá que el sentido práctico deriva de una economía de las prácticas, inmersas en una incertidumbre y vaguedad, pues:

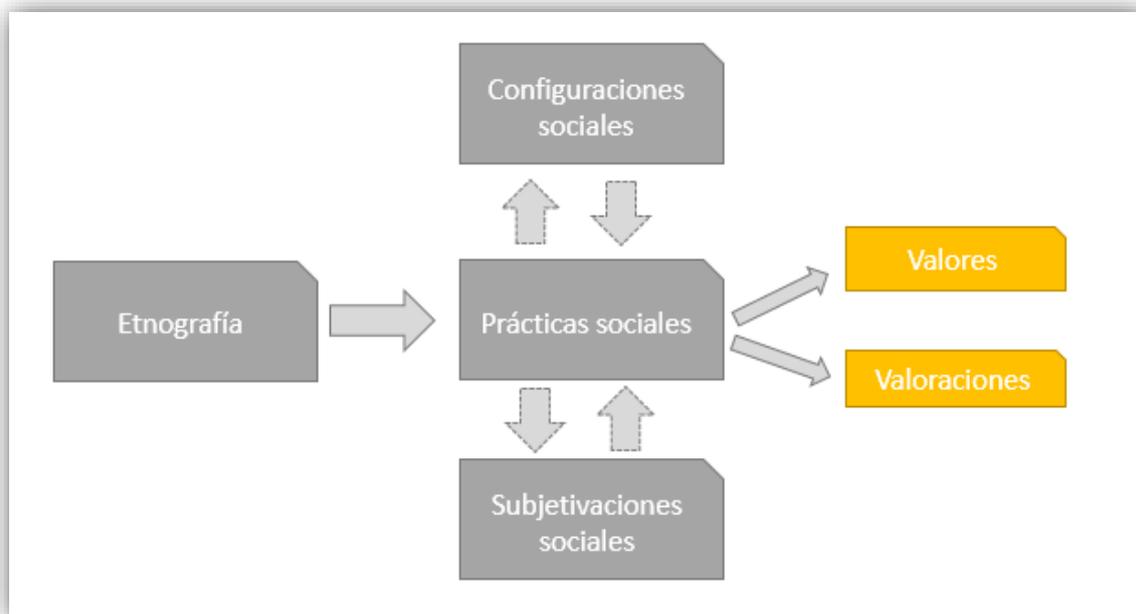
Ellas tienen por principio no unas reglas conscientes y constantes sino esquemas prácticos, opacos a ellas mismas, sujetos a variar según la lógica de la situación, el punto de vista casi siempre parcial que ésta impone, etc. Así, las trayectorias de la lógica práctica rara vez son del todo coherentes y rara vez totalmente incoherentes. (Bourdieu, 2015, pág. 27).

El foco estará entonces en comprender las lógicas que dan sentido y posibilidad a las experiencias que la razón teórica denomina como marginales, pobres, a-culturadas. Para lo cual recorro al análisis de las escenas sociales desarrollada por Florence Weber (2009), donde las esferas sociales son abordadas como articulando las dimensiones estructurales e interaccionales. Son una forma de abordaje más neutra y más modesta que la de campo, por ejemplo, pues utilizarla no presupone que eso funcione como un campo de fuerzas identificable. Insiste la autora, sobre el carácter localizado y concreto de las relaciones constitutivas de las escenas, en este caso las que se dan en términos económicos, en el barrio, por parte de las mujeres.

La etnografía, como forma de construcción de conocimiento situado, y utilizando la lógica de la etnografía multi-integrativa (Weber, Nice, y Wacquant, 2001), servirá como base para observar, participar y analizar las prácticas de las mujeres tanto como de las personas que integran instituciones, y las propias de quien investiga, enfocando en las relaciones que se generan, las que ya estaban, y las que se potencian. Las prácticas que llevan adelante, tienen, como hipótesis, algún valor para quienes las realizan, tanto como incluyen valoraciones (sobre el bien y el mal). Éstas incluyen también pistas para comprender las configuraciones que operan en las mismas, tanto como las subjetivaciones que van siendo posibilitadas. Las configuraciones, en términos próximos a lo que plantea Elias (2008), darán cuenta de relaciones estabilizadas de alguna manera en el tiempo, pueden ser instituciones organizadas o mandatos sociales (instituciones informales). Las subjetivaciones, darán cuenta de cómo esas configuraciones son movilizadas, incorporando el deseo, las trayectorias, las historias

de las personas. El cuadro que sigue, representa el esquema brevemente presentado, pero que sobrevolará todos y cada uno de los capítulos, tanto como profundizaré su desarrollo y explicación.

Cuadro 1 - La etnografía multi-integrativa y la antropología del valor



Fuente: realización propia en base a Weber, Nice, y Wacquant (2001) y Graeber (2018)

Para estudiar el vínculo establecido con las mujeres, además de seguir un proceso reflexivo, explicitando la posición social que logré reconstruir de las observaciones de las mujeres, o sus reacciones, me aboqué a participar observando las dinámicas del barrio, registrando todo lo que pude. Primero como parte del CES, luego separándome, pero sin dejar de ser parte de la universidad. También acudí a las entrevistas etnográficas (Guber, 2011), como el análisis de documentos, páginas web, notas de campos externas y demás materiales que consideré oportunos para reconstruir posiciones, o lógicas de las instituciones. El trabajo de campo lo inicié en mayo del 2015, y culminé en diciembre del 2019, a pesar de que continuó el vínculo con algunas de las mujeres, y constó de unas 59 visitas a lo largo de esos años, con sus respectivas notas de campo, y unas 12 entrevistas en profundidad en el barrio, algunas individuales otras colectivas, en su mayoría grabadas. Además, entrevisté y/o participé de entrevistas colectivas a referentes de otras instituciones que tenían alguna influencia en el barrio. Los nombres de las mujeres y de las personas que integran las instituciones han sido modificados, pero mantuve los de las instituciones en las descripciones.

En lo que sigue presentaré las discusiones que dieron inicio al trabajo de campo, que serán reconsideradas en algunos planteos, profundizadas en otros. La relevancia de presentarlos, es que sientan la base desde la cual iré dialogando con las prácticas y las relaciones en el territorio a lo largo de la tesis.

## La dimensión económica

De la descripción antes mencionada, aparece por un lado la mirada de la teoría económica encarnada en quien investiga y puesta en tensión. Por otro lado, la mirada de la antropología, en el sentido de buscar comprender lo que las mujeres hacen, lo que les permite vivir, y por medio de lo cual obtienen dinero. Así, debemos pensar este eje en términos de la lógica económica abstracta, contrastada con una lógica pragmática, vitalista (Gago, 2018). Desde fenómenos como el mercado, el cálculo, el trabajo, el precio propio de la economía, los abordamos en una perspectiva situada, vívida.

El primer paso para ello es el reconocimiento de una economía popular y el rol relevante de las mujeres, como una forma diferenciada de producir respecto del hombre racional de la economía (disciplina), que estructura el sistema capitalista con el empresario como modelo. Uno de los manuales más utilizados en el mundo, define que *“la economía es el estudio de la manera en que la sociedad administra sus recursos que son escasos. En la mayoría de las sociedades los recursos no son asignados por un dictador omnipotente, sino que se distribuyen a través de las acciones conjuntas de millones de hogares y empresas”* (Mankiw, 2009, pág. 4). Dos ideas fuerza emergen de esta forma de pensar, la de escasez, relacionada con la eficiencia (satisfacer la mayor cantidad de necesidades con el menor uso de recursos), y un modo de producción óptimo, es decir, que permite obtener la mayor cantidad de bienes y servicios con los recursos existentes, dado un nivel de tecnología. Esto se logra por las decisiones de los individuos, aisladas, independientes, racionales, sin intervención de ningún tipo de organización planificadora a nivel global, ni local<sup>4</sup>. Es el supuesto de un hombre racional el que habilita esta forma de pensar. Bataille, como respuesta poco difundida a esta conceptualización económica, que denomina economía restringida, propone una economía general, con el foco en el gasto improductivo, *“la exuberancia de la vida más allá de los límites del mundo profano del trabajo fundado en prohibiciones y tabúes”* (Fava, 2009, pág. 12), lo que le permite dar cuenta que en realidad la disputa en lo social se da por el excedente productivo, pero también de energía, y el problema no será entonces qué recursos utilizar para resolver las necesidades, sino qué hacer con ese excedente de vida. Idea que se corre de una forma óptima de producción, de organización, para sentar las bases de una disputa por lo producido. Esta noción de gasto improductivo, y el conflicto emergente, sobrevolará algunos puntos, por el momento, como intuición.

Ahondando en la “economía” de los sectores populares me separo de nociones como economía del trabajo, economía social y solidaria (Razeto, Singer, Coraggio, Quijano), que encuentran su origen teórico en los “socialistas utópicos” del siglo XIX (Robert Owen, Charles Fourier, Claude-Henry de Rouvroy, Pierre-Joseph Proudhon), quienes cuestionaban la sociedad industrial y la configuración derivada de ella, como la forma

---

<sup>4</sup> La idea que prima es que el comportamiento puede ser racional, y que no existen intereses, individuales y sociales que no sean negociables. Desde las conceptualizaciones de Karl Marx, Norbert Elias, y más recientemente la escuela de la regulación francesa, plantean que muchos intereses son conflictivos, e irreductibles en su conflictividad.

de la propiedad, la jerarquía social, el Estado, la organización capitalista de la sociedad (Quintero, 2014), pues resultan incompletas. Parten de un hombre solidario como contestación al supuesto del hombre racional, que no hace más que cambiar la figura de discusión, sin modificar las reglas y los efectos de esta.

Desde otros enfoques, se analiza la exclusión o lo legal/ilegal. Keith Hart, antropólogo inglés acuñó la noción de sector informal a partir de su observación en Ghana, de los vendedores de la calle, donde lo formal sería el empleo asalariado, mientras que lo informal, el trabajo por cuenta propia (Hart, 1973). Portes y Castells, completan al plantear que este sector incorpora *"todas las actividades generadoras de ingresos no reguladas por el Estado en entornos sociales en que sí están reguladas actividades similares"* (Castells y Portes, 1989, pág. 12), ya alejados de la idea de elección, y poniendo el foco en las actividades, muestran una subordinación de este sector al formal, quienes reducirían costos a partir de la explotación. Estos enfoques analizan a partir de lo producido o el proceso productivo de las empresas, es decir, son informales, porque no producen legalmente, lo que producen es lo mismo, una mercancía.

La noción de economía popular fue abordada entre otros por Quijano (1998), para dar cuenta de un mecanismo de marginalización creciente de personas de las relaciones capital-trabajo asalariado en el sistema capitalista. Los sectores populares en Argentina hace décadas que vienen reproduciéndose por fuera de la relación salarial, pero no por ello fuera del conflicto capital/trabajo. Una nueva línea que aborda la economía popular emerge con autores como Roig (2015), Gago (2018), Chena (2017), entre otros, que la entienden a grandes rasgos como las prácticas económicas que se realizan por fuera de la relación salarial tradicional, y que vienen reproduciéndose de esta manera. El foco, entiendo se establece en las lógicas que permiten esta reproducción dentro del conflicto capital/trabajo, pero fuera de la relación histórica estabilizada en el salario, más que comprender las ausencias que no permiten su inserción en el mercado laboral (o lo que se traduce en obtener un salario).

Uno de los procesos más relevante analizados desde este enfoque es la desvalorización permanente del trabajo (Chena, 2017), como actividad humana de transformación de las condiciones de vida. Suele ser analizado en términos de los trabajos no reconocidos como tales, como el de los cartoneros (Schamber, 2008; Carengo, 2011), lo que nos habilita a pensar las actividades que realizan las mujeres como formas de existencia, desde las prácticas mismas, incorporando las relaciones que se establecen para ello.

La cuestión entonces es qué producen las mujeres con su trabajo, con el uso de su tiempo. Una respuesta provisoria podría ser que generan mercancías, servicios, cuidados, lo que revisaré a lo largo de la tesis. Las mercancías han sido analizadas desde su fetichismo por Marx (2014), pero contemporáneamente arribamos a las propuestas de Callon (2006), Appadurai (1991), Ingold (2013), entre otros, que parten de reconocer la materialidad de los artefactos, analizando su imbricación social. Callon (2006) sostiene que la mercantilización consistiría en desenredar los objetos, o

enmarcarlos, es decir, realizar acciones tendientes a cortar lazos con las personas e internalizar los vínculos necesarios para incorporarse al mercado. Sin embargo, cualquier marco (regla, institución, política, dispositivo) genera desborde, tanto como cualquier desenredo produce nuevas ataduras, explicados por el mismo movimiento.

Desde una mirada extrema, los objetos vincularían cosas y personas (por la posibilidad del don, Mauss, 2009), mientras las mercancías representarían la transmisión, libre de moral y cultura, mediada por el dinero y no por la sociabilidad (Appadurai, 1991), proposición exagerada para este autor. Por ello considerará que la circulación es la que genera valor (no la mercancía y su fetiche). El punto, entonces, estará en descubrir las particularidades que hacen que un objeto pueda ser considerado mercancía, y bajo qué parámetros. Así:

La mercantilización descansa en la compleja intersección de factores temporales, culturales y sociales. En la medida en que algunas cosas se hallen con frecuencia en la fase mercantil, cumplan con los requisitos de la candidatura mercantil y aparezcan en un contexto mercantil, estas cosas son en esencia mercancías (Appadurai, 1991, pág. 31).

El antagonismo de pensar a las mercancías que circulan libre de toda moral y de toda cultura por su valor monetario, será fundamentada por Simmel (2013), porque el intercambio mediado por dinero *“reemplaza necesariamente los vínculos personales por lazos de cálculo instrumental y corrompe los significados culturales con intereses materialistas”* (Zelizer, 2011; 13), lo que fomentó la idea del dinero como la fuente de todos los males, desde las críticas a la economía<sup>5</sup>. Sin embargo, al considerar al dinero como un artefacto social, se puede entender que:

[...] a cada paso del avance del dinero, las personas reestructuraron las transacciones comerciales, introdujeron nuevas distinciones, inventaron sus propias formas especiales de moneda, marcaron el dinero de maneras que desconciertan a los teóricos del mercado y lo incorporaron en redes personalizadas de amistades, relaciones familiares, interacción con las autoridades e incursiones por comercios y negocios (Zelizer, 2011; 14).

De esta manera se inaugura una forma de análisis en la región que para comprender los flujos monetarios como plurales, ofreciendo una mirada comprensiva de los vínculos entre las prácticas monetarias, las relaciones sociales y los universos culturales (Luzzi y Neiburg, 2009; Wilkis, 2013; Wilkis y Roig, 2012). Tal como señalan las antropólogas francesas, *“para el etnógrafo, ni el mercado ni la moneda constituyen entidades directamente observables: lo que observa son transacciones mercantiles y usos de la moneda”* (Dufy y Weber, 2009, pág. 49), lo que permite reconstruir desde las transacciones que se realizan por las mujeres las lógicas o formas que asume la economía, ampliando la noción de mercado (y todo lo que implica) pues los intercambios de souvenirs son tan válidos como los de alimentos en los mercados centrales. Así como el lenguaje permite que algo sea dicho, exteriorizado, la moneda funciona en términos

---

<sup>5</sup> Mientras que la economía sólo considera al dinero como una unidad de cuenta, medio de cambio, y reserva de valor.

de estructura como medio de lo que puede ser calculado, el precio de lo producido, el salario de lo trabajado, pero ya no como un cálculo exclusivamente racional-lógico de acuerdo a la economía, sino atendiendo a lo razonable.

### La dimensión de género

Estas interacciones y estos cálculos no se dan en un vacío social. Se generan también en la división social del trabajo y en la división sexual del mismo. Uno de los enfoques predominantes desde la economía feminista es el de las brechas salariales del mercado formal, que han sido abordadas por autoras como Mercedes D'Alessandro (2016) para el caso de Argentina. En los sectores populares, este tipo de análisis no tiene relevancia inmediata, pues no hay relación salarial formal. Sin embargo, permite un diálogo que complejiza la diferencia, al mantenerse esta división de tareas entre hombres y mujeres, y las implicancias de ellas en las sociabilidades. Estas diferencias las podemos ver en el barrio en el tipo de trabajo que realizan las mujeres, frente a los hombres. A lo largo de la tesis irá desplegándose la idea de que las mujeres del barrio tendrían que trabajar afuera, porque es el hombre quien provee en el hogar, y las mujeres deberían orientarse a los hijos como principal ocupación; tanto como que la centralidad de su trabajo está en la casa, sólo el tiempo libre estará destinado a producir cosas para el afuera.

Este trabajo en la casa se asocia al cuidado. Autoras como Christine Delphy lo analizan partiendo de ideas de Simone de Beauvoir (2009), donde el debate circula entre la necesidad de remuneración de ese trabajo, el reconocimiento social del mismo, o el modo de producción asociado a esa actividad. Cristina Morini (2014) señala que en el traspaso del capitalismo industrialista-fordista al biocapitalismo, se genera una modificación en la valorización del trabajo, donde el modelo de los cuidados *“se vuelve entonces una estrategia de gobierno de la complejidad y de despotenciamiento de las conflictividades”* (Morini, 2014, pág. 207), supuesto que pondremos en tensión en la investigación para los sectores populares, queremos entender cómo opera esta división, y sus efectos.

Otra de las apuestas analíticas desde los enfoques feministas sobre los sectores populares refiere a la feminización de la pobreza, que se convirtió en un slogan en la lucha política. Éste fue acuñado por Diana Pearce en 1978, para caracterizar al crecimiento de hogares con mujeres a la cabeza desde un enfoque estadístico (Aguilar, 2011). Estas nociones, serán puestas en diálogo desde las experiencias y sentidos que circulan en el barrio, para finalmente entablar un intercambio con una de las vertientes de la teoría de género, porque los abordajes mencionados hacen énfasis en la cuestión biológica de las mujeres, pero consideramos relevante indagar además sobre cómo va construyéndose esa especial forma de manifestarse de las mujeres siguiendo lo planteado por *“El género en disputa”* (Butler, 2016), donde volveremos sobre las subjetivaciones que permiten y son permitidas desde las prácticas.

## La dimensión política

Uno de los referentes en los relatos de las mujeres y sus prácticas es el Estado. Para analizarlo consideramos discutir las ideas sobre éste, como gran organizador de lo formal e informal, pero también como agente del gobierno de la vida (Foucault, 2007) y por otro, pensar las formas en que se relaciona con las mujeres, para poder dar cuenta de los efectos del vínculo en las prácticas económicas particularmente.

En la historia de la política se ensayaron diferentes formas de conceptualizar al estado. En este abordaje consideramos relevante *“abandonar el estado como objeto material de estudio, sea concreto o abstracto, sin dejar de tomar muy en serio la idea del estado”* (Abrams, 2015, pág. 32). La alternativa para este autor, es entenderlo como una construcción histórica cuyo desenmascaramiento no es automático. El Estado es en sí mismo la máscara que nos impide ver la práctica política como es. Tal como señala Mitchell, y Block (2003) desde otra disciplina, la diferenciación entre Estado y sociedad es difícil de asir, sin embargo, da cuenta de cuál es la naturaleza del fenómeno a analizar. Esta misma división se da entre el Estado y la economía. La línea *“es trazada por dentro de la red de mecanismos institucionales por medio de los cuales se mantiene el orden social y político”* (Mitchell, 2015, pág. 94).

Pierre Bourdieu desde su marco conceptual, asume que el Estado se sostiene por la dominación simbólica, además de la física, dejando de lado la pregunta por lo que éste es. Una de las formas en que se manifiesta esto, es en el control de la codificación, tanto como de la producción de datos sobre la población<sup>6</sup>. Este autor dirá además que el Estado es el resultado de un proceso de concentración de diferentes capitales, que lo hace poseedor de una suerte de meta-capital, que permite detentar poder sobre los otros capitales y sobre quienes poseen ese capital, como sobre sus tasas de cambio. Así, la dominación de los imperativos estatales no puede ser comprendida como una sumisión mecánica, ni como una instancia de consentimientos consciente a diversas órdenes, sino como llamadas al orden que despiertan disposiciones corporales arraigadas, que no necesariamente pasan por las vías del cálculo o la conciencia<sup>7</sup>. La pregunta sería entonces cómo se da este proceso de disposiciones incorporadas, acudiendo a la idea de biopolítica de Foucault.

...habría que hablar de “biopolítica” para designar lo que hace entrar a la vida y sus mecanismos en el dominio de los cálculos explícitos y convierte al poder-saber en un agente de transformación de la vida humana; esto no significa que la vida haya sido exhaustivamente sometida a técnicas que la dominen o administren; escapa de ellas sin cesar (Foucault M. , 2014, pág. 135)

---

<sup>6</sup> Foucault plantea que el problema sobre la población y la definición como tal, es un problema creado por el Estado moderno. (Ver Mitchell)

<sup>7</sup> “La sumisión al orden establecido es fruto del acuerdo entre las estructuras cognitivas que la historia colectiva (filogénesis) e individual (ontogénesis) ha inscrito en los cuerpos y en las estructuras objetivas del mundo al que se aplican: la evidencia de los imperativos del Estado sólo se impone con tanta fuerza porque éste ha impuesto las estructuras cognitivas según las cuales es percibido.” (Bourdieu, 1997, pág. 118).

Foucault pasa así de la pregunta por cómo se convierte el ser humano en objeto, hacia como *“las formas en que este sujeto, convertido durante la Modernidad en objeto de las ciencias humanas y de los dispositivos disciplinarios y biopolíticos, puede hacer de su propia vida una práctica de subjetivación, es decir, darle una forma, un bíos”* (Castro, 2016, págs. 34-35), donde la biopolítica, será un concepto bisagra. Por un lado, aparece el saber-poder, en los inicios del moderno Estado, que recayó sobre la medicina, luego en la jurisprudencia, para pasar a la economía política en el siglo XVIII, que proveerá las mejores formas de gobierno de la población. Aquí es donde me ubico para pensar estas relaciones, específicamente en cómo se da la vinculación entre la economía política como espacio del saber<sup>8</sup>, sólo que me corro del dominio de la población como un todo, o de las relaciones entre la economía y las políticas públicas, o física estatal, para adentrarme, en cómo se da esta interacción en las acciones del Estado, orientadas a gobernar la vida “productiva” de las mujeres de sectores populares. Pues, tal como dice el filósofo, a pesar de estos intentos, la vida se les escapa, encuentra nuevos desbordes en términos de Callon (2008).

Entonces, retomando la idea de Callon (2008) que la economía como ciencia performa la realidad social, asumiendo que eso es posible porque hay una relación estabilizada que denominamos Estado, que hace uso de esa ciencia, tal como lo señalan Mitchell (2015) y Bourdieu (2001), agrego que una de las formas en que es usada, además de la producción de estadísticas, y censos, es la generación de formas de organización de la economía de los sectores que quedan fuera de la relación salarial, como por ejemplo con el Programa Ellas Hacen, pero también con las licitaciones que promueve, las ferias, las becas que otorga, las cajas de alimento que entrega. Como señalan Carolina Dufy y Florence Weber,

El rol del Estado en economía sobrepasa de lejos la organización y la gestión de la producción, de los intercambios y del consumo. Al intervenir o al dejar de intervenir, el Estado cambia las relaciones sociales y, más allá, influye en los modelos de consumo y los modos de vida. (Dufy y Weber, 2009, pág. 74)

### Analizando las prácticas de las mujeres de la economía popular

En este contexto, las prácticas económicas de las mujeres darán cuenta de las configuraciones que las permiten, como de los procesos y actores que intervienen en ellas. Ahondaré en la descripción de las escenas donde son llevadas adelante, que serán tres generales, que se condicen con las partes de la tesis. La primera escena, tuvo lugar en el inicio del trabajo de campo con ArteSano, y se desarrolla en la Primera Parte de la tesis, compuesta de tres capítulos. El primero de ellos aborda las relaciones que posibilitaron el vínculo y las instituciones que lo configuraban, a partir de analizar

---

<sup>8</sup> Bourdieu sostiene que la economía es la ciencia del Estado (2001). Mientras que estudios argentinos como el de Mariana Heredia, “Cuando los economistas alcanzaron el poder, o cómo se gestó la confianza en los expertos”, con un anclaje en los estudios de Bourdieu, y “La moneda imposible” de Alexandre Roig, especialmente en el capítulo II, “Los que saben: historia de una separación”, se abordan las relaciones entre la política y los referentes de la economía política locales, y argumentan desde la sociología, lo propuesto por la filosofía.

las prácticas de éstas y reconstruyendo algunos trayectos de las mismas. El segundo capítulo describe la génesis de Artesano, y su ocaso, donde se entrecruzan los saberes “académicos” con los de la práctica y la visibilización del trabajo de las mujeres ante organismos estatales (la universidad como parte del Estado). El saber-poder desplegándose, tanto como las estrategias de las mujeres para negociar con él, permite poner en juego a “la economista” y las “artesanas”, en el marco de las configuraciones posibles, dando lugar a la pregunta sobre el precio, que luego se traducirá en el valor de eso que hacen. Finalmente, el último capítulo de esta parte, da cuenta del desplazamiento institucional necesario para re-establecer una relación con las mujeres, y profundiza el ingreso efectivo al campo, tanto como los presupuestos metodológicos que permiten indagar sobre el precio de eso que hacen.

En la segunda parte de la tesis, abordaré estas prácticas de las mujeres, pero en clave de la antropología del valor, que dialoga con la economía y la antropología económica, tanto como con la teoría social de las prácticas. La escena que se desarrolla en esta parte refieren a las del hacer y del vender de cuatro mujeres en particular, que permiten indagar en cómo funciona el ser vistas, para hacer manualidades y textiles, en cuanto asignación de valor a lo que hacen, en el marco de las dimensiones económicas, políticas y de género. El capítulo 4, aborda el proceso de hacer de Graciela e Ramona en el marco del taller textil que armaron en la casa de la primera desde el programa Ellas Hacen, tanto como la problemática de establecer un precio justo de sus trabajos, frente al de sus compañeras de la cooperativa. Luego, en el capítulo 5 desarrollaré la historia de Jéssica, quien trabaja con la política, y da cuenta de las relaciones que permiten tal despliegue. El capítulo 6, afronta el desafío de contar la historia de Julia, en tono a dar cuenta cómo se va enlazando el afuera, o la vida pública, con lo doméstico, específicamente en el hacer de ella. Por último, el capítulo 7, retoma lo desarrollado en los capítulos previos, para explicitar la relación de estas experiencias con la relevancia de pensar el valor desde las acciones (Graeber, 2018).

En la última parte de la tesis, vuelve a aparecer una escena de taller, pero esta vez denominado “*Economía Popular y Experimentación Textil*”, con una dinámica y lógica desplazada respecto a la de ArteSano, para dar cuenta de los procesos de subjetivación que llevan a las mujeres a contar con distintos niveles de valorización de su trabajo. El capítulo 8, a partir de indagar en la percepción de las mujeres sobre el programa Hacemos Futuro (anteriormente: Ellas Hacen), mostrará cómo se articulan territorialmente las ideas sobre el trabajo formal de las políticas, y las prácticas posibles para ellas, y las relaciones de deuda que promueven. En el capítulo 9, desplazamos<sup>9</sup> el territorio, en el marco del taller, para reflexionar sobre las miradas que ellas generan, tanto como la función que cumple el título en la apreciación sobre su hacer, y las posibilidades de trabajar. El último capítulo, retoma todas las discusiones planteadas a lo largo de la tesis, y las percepciones de las mujeres, para dar cuenta de la potencia de

---

<sup>9</sup> El taller lo organizamos en conjunto, por eso el plural.

la economía popular en su abordaje de las prácticas que se reproducen por fuera de las relaciones salariales, pero en el centro de las disputas por el capital/trabajo, tanto como de las jerarquías emergentes.

Esta tesis comenzó como una búsqueda de herramientas para entender una realidad que se me escapaba, y que una vez “agarrada”, se volvería a escapar, por la misma lógica social del cambio. A pesar de que por momentos parece que captamos el canal por donde circula el flujo, el mismo flujo va reconfigurándose, desdibujando los bordes por cuales se conformarán otros canales. Con esta angustia de reconocer que sólo sabemos por un momento (con suerte) y desde una posición, expresaré en estas páginas ese vaivén, ese andar por el barrio, esas lecturas de autoras y autores, donde trato de mostrar la sabiduría con la que las mujeres del barrio, especialmente Graciela e Ramona me tuvieron paciencia, me mostraron por dónde ir, por donde no, sobre todo, me acompañaron en el proceso, y dialogaron conmigo.

# Parte 1 - La universidad en el barrio. Entre el saber y el poder: las prácticas populares

*“Lo que es real no es el individuo empírico, es decir el término, sino el individuo social, o sea, las relaciones en las cuales está apresado el individuo”*  
Maurizio Lazzarato

En esta primera parte de la tesis comienzo a desentrañar el trabajo de campo y su relación con la construcción de los problemas de investigación en las ciencias sociales. Tal como sostiene Rosana Guber,

El investigador, al dirigirse al campo, no debe mantener ningún orden de prioridades establecido, pues su criterio de selección del material y de las conexiones significativas provendrá de aquellos a quienes estudia. Más aún, el investigador ha de detectar el sentido de prácticas y nociones en el seno del haz de relaciones que los sujetos le presentan en el contexto de la vida cotidiana en el campo (Guber, 2013).

Al ir al barrio tenía una mirada sobre lo que más o menos me resultaba relevante, el proceso de tesis implicó poner en tensión esas prioridades, y hacerlas jugar con las palabras y las prácticas de las personas que fueron convirtiéndose en mi objeto de estudio, pero sin dejarlas de considerarlas sujetos de su vida. El no mantener este orden de prioridades establecido, fue un gran desafío para descentrarme de la economía crítica, tanto como de la idea de que las personas del barrio son pobres y necesitan de la ayuda externa. Detectar el sentido de las prácticas que importaban en el barrio, especialmente para las mujeres con quienes me interesaba trabajar, implicó incorporarlas e ir siguiendo los vínculos que mantenían sin saber a dónde me llevarían. Lo cotidiano implicaban relaciones con organismos estatales, con políticas públicas específicas, con otras mujeres, con mujeres de la universidad, con las familias, con ciertas ideas incluso de cómo debían ser las cosas.

Dos premisas teóricas guiaron este primer recorrido. La primera: las personas no habitaban un vacío social. Cuando llegué al campo existían relaciones, historias, afectos, chismes, y cuando lo dejé, continuaron su existencia, con los avatares propios del devenir. Entonces, pensar cierta reconstrucción de cómo se dan las relaciones, permite comprenderlas en su espacio y tiempo, asumiendo lo provisorio de estos contactos, de estos acontecimientos. La segunda: lo social o la realidad, o los fenómenos sociales, no tienen sentido por fuera de las relaciones que los constituyen. Más allá de que puedan físicamente estar materializados, u objetivado en instituciones, el foco estará en comprender las relaciones que acompañan ciertos comportamientos.

Las indagaciones que comencé en el barrio se articularon en un primer momento en un diálogo con el estructuralismo, que es su esplendor había permitido un reavivamiento de las discusiones sobre las ciencias sociales, y su existencia como ciencia. Logré dar cuenta de la compleja existencia del individuo bajo el dominio de las estructuras, debilitando a ese sujeto cartesiano como último eslabón de la evolución. Por otro lado,

planteó la necesidad de buscar leyes generales que permitan conocer y explicar lo social, a pesar de constituir explicaciones provisorias. Viveiros de Castro añade que *“la gran cuestión que se abre hoy en el proceso de reevaluación del legado intelectual de Lévi-Strauss es la decidir si el estructuralismo es uno o múltiple, o bien, para emplear una polaridad lévi-straussiana, si es continuo o discontinuo”* (Viveiros de Castro, 2010, pág. 214).

El postestructuralismo como renovado enfoque, y sin entrar a discutir aquí si fuimos o no modernos (Latour, 2012), con autores como Foucault y Bourdieu, vuelven a la escena a un sujeto, pero ya no un sujeto racional, sino más bien uno razonable. No es un sujeto que tiene el control absoluto de su existencia, pero tampoco es un sujeto sometido a fuerzas externas. La persona nace en una sociedad que tiene una trayectoria, y que de alguna manera ésta sociabilidad le es transferida. Ahora mi pregunta era cómo acceder a esa interrelación que se da entre el individuo y su apropiación de lo externo, y la estructura que opera sobre él, quizás en términos más cercanos a Bourdieu (1997). En este sentido, el concepto de práctica tuvo un rol central, pensándola desde el postestructuralismo, me habilitó a indagar en las lógicas subyacentes a la economía popular.

La primera parte de la tesis indagará en la composición de lo social en el barrio, buscando hacer inteligibles qué actores operan, sean personas o instituciones, las prácticas que se despliegan, y los sentidos en pugna. El primer capítulo dará cuenta de cómo fue la llegada al barrio y el marco para poder pasear en el barrio. Pondré de manifiesto la construcción de lo popular como contrario a lo culto, para pensar en la relación entre saber y poder situada en esta diferenciación. En esta tensión entre el saber y el poder, se hacen presente la universidad (fuente del saber desde una mirada funcionalista), el Estado (ejecutor de las mejores decisiones desde esta mirada funcionalista), y las personas destinatarias de las acciones producidas por estas instituciones (que a su vez son movilizadas por personas). Esa mirada funcionalista pretendo repensarla desde el terreno de las prácticas considerando las relaciones estabilizadas en instituciones, para dar cuenta de lo que se pone en juego, de las disputas y de los conflictos inherentes a estas *“intervenciones”*. Este capítulo es un marco que propicia la comprensión de la maraña de intereses y lógicas que se juegan en el territorio y las prácticas emergentes, como también da pistas de cómo se fue estructurando mi relación con las mujeres del barrio y con cuáles mujeres.

En el segundo capítulo haré una descripción profunda de la cronología en la construcción del grupo de ArteSano. Fue la primera actividad que realicé en el barrio, desde la universidad promoviendo la organización territorial para la venta. Así se despliega la relación saber-poder y los problemas que emergen, tanto como las posibilidades que problematizar esta relación permiten. Al indagar en porqué me dicen lo que me dicen, el contenido de lo que me dicen, lo que yo puedo escuchar en base a mi subjetiva construcción y la relación que comienza a construirse, el conocimiento

aparece situado tanto como relacional. Este capítulo estructura el principal problema que plantean las mujeres en la relación a una “economista”, y cómo ese problema involucra distintas dimensiones político-económicas y de género.

Por último, el tercer capítulo es la bisagra que da cuenta de cómo comienzo a desentrañar el problema de investigación, junto con la complejidad inherente a las relaciones humanas y el momento específico en que Graciela me abre las puertas del “campo”, no sin antes marcarme los límites del vínculo. Allí marcaré la importancia de las prácticas para saltar la mirada normativa de lo que debería ser el barrio, tanto como de las miradas estructurales o subjetivas, asentándome en las relaciones, las condiciones de posibilidad, y las escenas sociales. Allí la noción de etnografías multi-situadas será central.

## Capítulo 1 – Entre la Universidad y el Estado: el barrio

El Programa de Mejoramiento Barrial (PROMEBA) construyó en el barrio Paloma de la Paz un centro de promoción comunitaria que había sido apropiado por una familia, así me fue presentado el barrio. Esta infraestructura “blanda” para la comunidad, una vez concluidas las obras de base y ordenamiento territorial del PROMEBA, debía ser utilizado por los vecinos. Esto no estaba sucediendo en torno al año 2014. De la lectura de este problema para el “Estado” surgió un Proyecto de Desarrollo Territorial y Social (PDTS) desde la universidad en articulación con distintos organismos estatales para generar actividades culturales y movilizar el espacio.

Estas actividades a ser desplegadas en el territorio tenían alguna idea formada sobre el sector con el que trabajarían y las problemáticas más o menos definidas. Al estar la coordinación en manos de las instituciones universitarias, se asumía cierta “neutralidad”, “objetividad” y pericia en la intervención. Pero tal como señala Denis Merklen, en el prólogo al libro de Pablo Semán, la idea de la “ciudadanía” de este barrio marcaba la carencia de los otros a partir de que *“las miradas dirigidas hacia la cultura de las clases populares se detienen con frecuencia en el estudio de los humos que intoxican el espíritu de los sujetos que pueblan tales parajes de la sociedad”* (Semán, 2006, pág. 18). Como remarca luego, se subsumen en el escándalo que les generan esos individuos como sujetos perdidos, que están como regodeándose en los efluvios de la cultura, la religión, las políticas públicas y entre otros opiáceos. Esta mirada que agregaría es academicista<sup>10</sup>, no comprende como la cultura popular se despliega, tampoco puede reconocer la existencia de un universo popular en tensión, oposición o incluso contradicción con los proyectos de otros, dentro de la modernidad.

Tal como señalan Grignon y Passeron, para hablar de lo popular, se arremete en general sobre las fronteras entre las clases y las culturas, pero en *“las sociedades postindustriales se caracterizarían por la universalización de la middle class y por la supresión de las diferencias cualitativas en el interior de una cultura standard”* (1992, pág. 10). Esta pertenencia a la clase media, media alta está presente en las formas de vinculación de la universidad con los sectores populares, incluso arriesgaría que aparece por momentos una visión religiosa de la vida, que es ocultada en términos de una moral absoluta. Tal como señalan estos autores, en la sociología se ha analizado la mediocridad igualitaria de las democracias postindustriales, pero asumen eso lleva a un error introduciendo dobles cultos de nociones triviales, que se meten en las políticas sociales y económicas suministradas a las clases populares. Incorporaría, además, la complejidad de continuar pensando desde un imaginario de sociedad industrial, o salarial, cuando la realidad Latinoamericana, con las particularidades regionales, éstas afectaron materialmente a una parte menor de la población. Señalan Svampa y Pereyra (2003), que el uso instrumental del territorio emerge a raíz del

---

<sup>10</sup> En los términos de falacia escolástica expresados Bourdieu (2001), donde el intelectual mira todo desde sus nociones, incluso traslada las categorías propias a todo lo que observa.

debilitamiento de la sociedad salarial y de los sindicatos, es el espacio social donde interactúan diferentes organizaciones de base, barrio o comunidad, siendo el centro de las nuevas reivindicaciones.

Sin perder de vista el campo, pero con el planteo anterior sobrevolando, en este capítulo iré dando cuenta de los actores y las lógicas que se desplegaban en el barrio en el momento en que llegamos con el Centro de Estudios Sociales (CES). Primero ahondaré en la llegada del CES con el PPTS original, y la conformación de otro PPTS. Del CES retomo el diagnóstico que realiza(mos), sin detenerme a dar cuenta en detalle de su mirada, porque está presente por mi pertenencia e interacción con las actividades específicas que realizan. Luego pasaré a la descripción de las formas y lógicas del PROMEBA, analizando documentos de su página web, la estructura programática y el relato de la referente en el barrio sobre *"lo social"*, palabras que se pondrán en juego en diferentes capítulos. Luego, presentaré la construcción del PPTS organizado por el Instituto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y la Universidad Nacional del Nordeste (UNNE), y otros actores institucionales, considerando primero que nada los objetivos enunciados, pero sólo de manera efímera, para dar paso a la descripción de una de las reuniones en la que participé junto con algunas integrantes del CES como invitadas y una descripción de las notas tomadas por parte del equipo que ideó el proyecto en el momento previo de su inicio. El foco estará en ir detectando lo que ven, cómo estructuran los problemas y las formas de resolverlos que proponen.

En las descripciones trataré de poner de manifiesto las posiciones sociales y teóricas desde las cuales se van construyendo una mirada sobre el barrio, y sus necesidades, tanto como van apareciendo las personas. La apuesta teórica de este capítulo es que no se puede comprender una relación, sin detallar las que la preceden, y las que en cierta forma condicionan. Es la antesala del armado del Taller con el que comencé a estar y vincularme con las mujeres, pero también el marco desde el cual comienza el diálogo.

### El CES en el barrio: la necesidad de entender lo social

El centro en el cual desarrollo mis actividades es parte de la Universidad Nacional del Nordeste desde diciembre del 2002, año de su creación como Centro de Estudios Sociales. Desde sus orígenes se distinguió con dos líneas de investigación bien marcadas, una orientada hacia las políticas públicas y su relación con la pobreza, y la otra sobre juventudes. Eso le dio reconocimiento en el medio y movilidad a sus investigadores. Desde hace unos años, especialmente con la jubilación de su primer directora e impulsora del proyecto original de la institución, la Dra. Ana María Pérez Rubio (quien fue mi directora de beca, hasta su jubilación), el centro está reorientando su identidad, tanto formalmente como en términos de acciones específicas.

En abril del 2015 cuando me incorporé, momento de inicio de la beca interna doctoral del CONICET y el consecuente comienzo del doctorado en Antropología Social en la

Universidad Nacional de Misiones, conformábamos el equipo 5 becarias del CONICET, y su directora, Dra. en Filosofía. Dos de mis compañeras tenían formación de base en ciencias de la educación, dos en ciencias de la comunicación, tres de ellas (2 de ciencias de la educación y una de comunicación) se encontraban cursando el Doctorado en Ciencias Sociales en la Universidad Nacional de Entre Ríos, mientras que la otra comunicadora lo hacía en el Doctorado en Comunicación Social en la Universidad Nacional de la Plata. En mayo de ese año comenzamos a visitar el barrio con la idea de sumarnos al PDTs que estaba comenzando, a partir de una invitación general que había realizado la directora de dicho Programa. Al principio nos encargamos de realizar un relevamiento socio-territorial, visitando las casas de vecinos cercanos al CPC, con el fin de realizar un diagnóstico.

En un primer acercamiento de las que sabíamos de lo social<sup>11</sup>, pudimos dar con algunos actores organizados, ciertas cooperativas del programa nacional Argentina Trabaja y del entonces Ellas Hacen (Hacemos Futuro, luego, ahora Potenciar Trabajo), también una cooperativa de reciclado de papel, muy parecida a las de cartoneros que han sido estudiadas para el conurbano bonaerense<sup>12</sup>, como quioscos pequeños y algunos medianos, oficios varios como reparación de aires acondicionados, heladeras, soldaduras, etc. Las mujeres con las que había podido hablar hasta ese momento vivían en las cercanías del CPC, y realizaban diferentes manualidades en sus casas. En general, no salían de sus hogares porque no les parecía seguro el barrio. Lo que hicimos fue detectar los principales referentes del barrio, y comenzar a indagar en sus historias, sus vivencias, la conformación del barrio, los recorridos habituales que hacen, entre otras cuestiones.

El barrio al que comenzamos a ir, estaba ubicado detrás de la terminal de ómnibus de la ciudad capital de Corrientes. La zona en general es conocida como la olla por las características del terreno. Esta metáfora se materializa en las constantes inundaciones que se producen cada vez que la lluvia torrencial cae sobre la ciudad, momento en que el agua fluye del centro hacia esa zona. La flecha en el Mapa 1 señala la ubicación del barrio Paloma de la Paz, que es donde se encuentra el CPC, que anteriormente se denominaba Ongay. Este espacio incluye diferentes paisajes en unas pocas manzanas. Al ingresar por algunas de las diagonales que se entrelazan a lo que antes eran las vías del tren, se erige una escuela privada de vertiente religiosa, con compromiso hacia “los pobres”, cuya construcción resalta del resto de las casas, por tamaño y materiales. Es una manzana completa, con dos edificios de ladrillos vistos, algunas imágenes religiosas se solapan con grafitis e intervenciones de los más jóvenes. Las calles siguen la forma de los caminos que hacen las hormigas, se van abriendo, dan vueltas de acuerdo a su

---

<sup>11</sup> Parte importante del trabajo de campo fue realizado con mis compañeras del CES. Cuando el recorrido, o la discusión fue planteada en el equipo, hablaré en tercera persona. El resto, en primera.

<sup>12</sup> Autores como Sebastián Carezo, María Inés Fernández Álvarez, Sabina Dimarco han abordado diferentes experiencias de los cartoneros.

uso, a pesar de los esfuerzos del PROMEBA por dotar al espacio de la cuadrícula propia del desarrollo occidental.

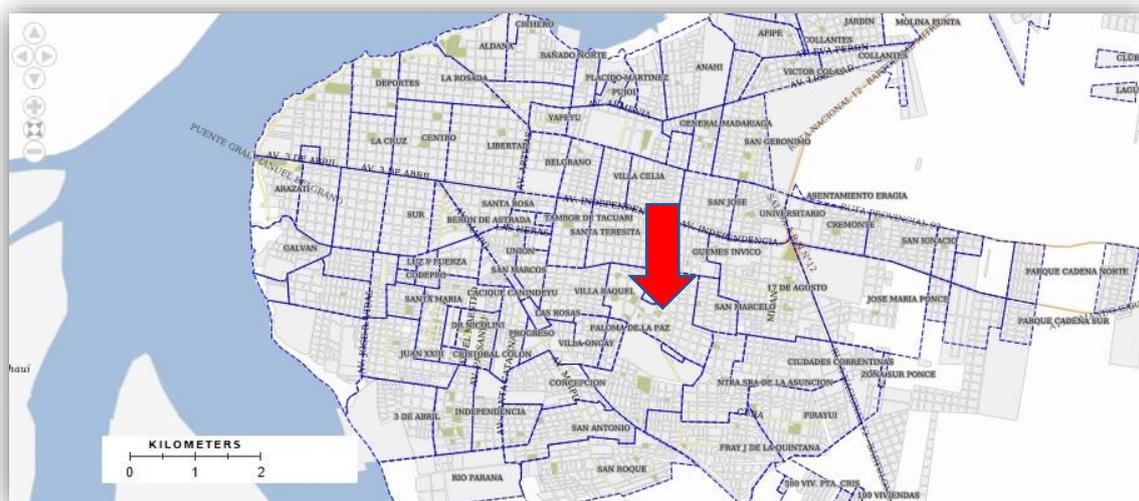
Siguiendo las denominaciones catastrales (el lenguaje del Estado), en el barrio Ongay vivían 2996 personas según el censo del 2010, mientras que en el Paloma de la Paz lo hacían unas 1988. Ambos barrios constituyen la zona de influencia del proyecto Cultura Viva. Los niveles de Necesidades Básicas Insatisfechas<sup>13</sup> (NBI) alcanzaban al 27,2% de los 471 hogares relevados del Barrio Paloma de la Paz ubicándose en el 8° puesto de barrios con mayores NBI de la capital correntina, mientras la tasa de actividad arrojaba un 54,55%, y el 40,55% contaba con la propiedad de su casa y el terreno, mientras que el 42,04% del total de los hogares presentaba irregularidades en la tenencia del terreno, y un 49,43% de las viviendas tenía conexión insuficiente a los servicios básicos. En el Barrio Ongay, el 22,1% de los hogares tenía al menos una NBI, valores superiores al promedio provincial, y su tasa de empleo era del 59,27%, sólo el 52,18% de los habitantes de hogares era propietario del terreno y la vivienda (más personas que en el Paloma, el asentamiento más nuevo). Además, el 21% presentaba irregularidades en la tenencia del terreno y en el 63,21% de los hogares la conexión a los servicios básicos era deficiente.

Este es el espacio, descrito sintéticamente en los términos más próximos al lenguaje del Estado, que da origen a la necesidad de obras de infraestructura básica, y luego a la construcción de infraestructura blanda, razón ésta última por la que nos incorporamos como CES.

---

<sup>13</sup> Las NBI permiten indagar desde las estadísticas públicas sobre la pobreza a partir de una dimensión diferente a la del ingreso, donde “se identifican dimensiones de privación absoluta y se enfoca la pobreza como el resultado de un cúmulo de privaciones materiales esenciales”, según el INDEC. Fuente: <https://www.indec.gob.ar/indec/web/Nivel4-Tema-4-47-156> (último ingreso: 30/07/2019).

Mapa 1 - Barrios de la ciudad de Corrientes

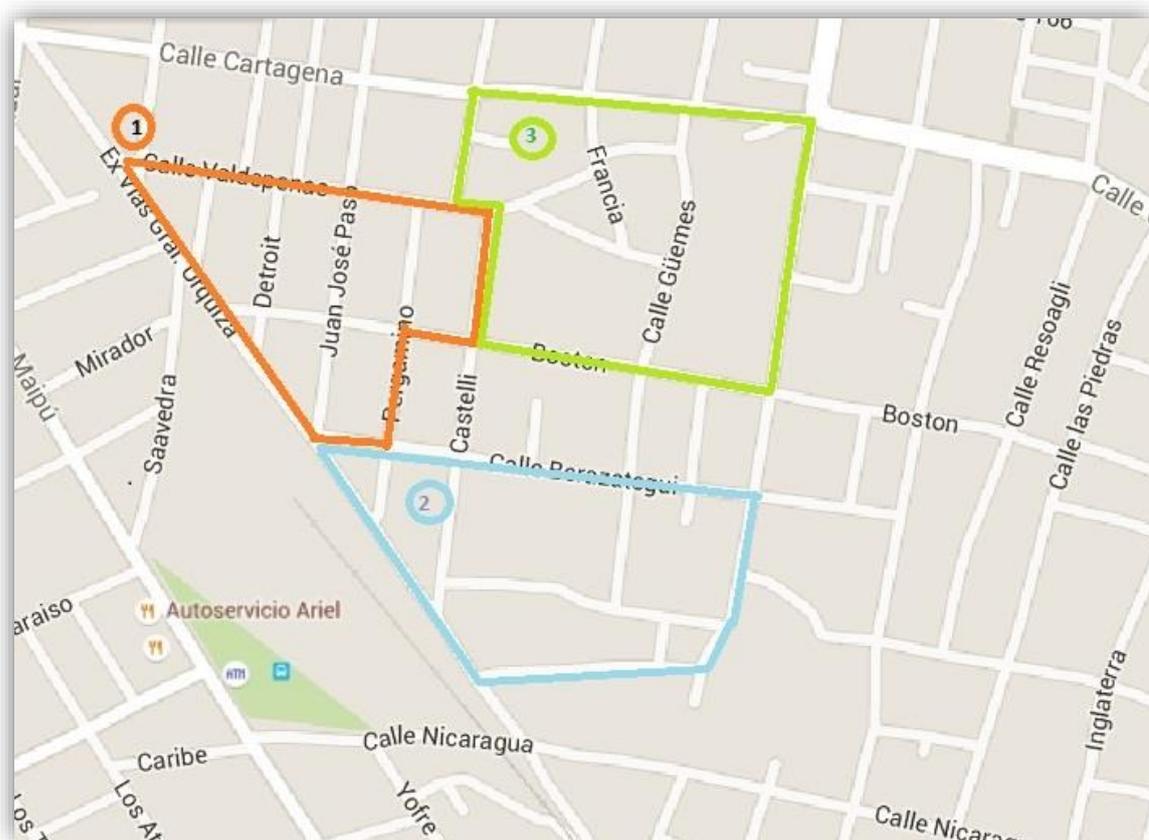


Fuente: <http://gis.ciudaddecorrientes.gov.ar/idemcc/>

Del relevamiento que hicimos con las integrantes del CES sobre el barrio emergió el análisis que detallo a continuación, que fue presentado como disparador en un workshop del PDTs en noviembre de 2015. En la zona de influencia del proyecto aparecen en un primer análisis tres sectores. El primero, que denominamos Barrio Ongay, se componía casas de material, con terminaciones de revoque en general, en sus frentes, y sus habitantes cuentan con títulos de propiedad. Anteriormente era un sector de quintas de la viuda de Ongay, nos contaban los vecinos, que fue loteado, y vendido 40 años atrás. En segundo sector, correspondía al de los primeros asentamientos que se dieron en la década del '80, cuando esos terrenos eran fiscales, circundados por lagunas y bañados. Las personas ubicadas en esos espacios no tienen títulos de propiedad en general y sus conexiones a los servicios básicos eran precarias. En ese momento se mantenían pasillos, las viviendas eran de materiales y presentaban un tipo de construcción no planificada.

Finalmente, el tercer sector, estaba integrado por las personas que habían llegado después que las anteriores familias al barrio, especialmente en la zona de laguna utilizada primeramente como 'chancherías', al menos así se les reconocía en el barrio, con una fuerte identificación con la familia de Don Gutiérrez (incluso le dicen el clan). En los '90 se da este proceso de ocupación, en un primer momento organizado por punteros políticos, a partir del relleno de la laguna. Se veían viviendas precarias, casillas de chapas y pisos de tierra con servicios básicos irregulares y presencia de basurales, focos de contaminación debido a la convivencia con animales de granja y de trabajo (caballos).

Mapa 2 - Sectores dentro del Barrio Ongay



Fuente: Realización del equipo del CES sobre la base de Google Maps (año 2015).

Los sectores que identificamos se caracterizaban en términos descriptivos, como compuestos por diferentes oleadas de “migración” dentro del barrio, con actividades laborales diferenciadas, y percepciones sobre lxs otrxs divergentes en algunos casos. El sector uno se componía de personas que tenían en muchos casos empleos formales, incluso profesionales, fuera del barrio. Otros tenían diferentes comercios orientados al barrio, como kioscos, despensas, carnicerías, pollerías, agencias de quinielas, entre otras. En su mayoría son la segunda generación de residentes en el barrio, y tienen una gran presencia de ancianos comparado con los otros sectores. Los hijos de estas unidades domésticas asisten a escuelas fuera del barrio tanto como realizan otras actividades relativas al consumo, los servicios de salud y la recreación, más cerca del centro de la ciudad de Corrientes.

Esto nos llevó a pensar que existía cierta desvinculación respecto del barrio, que no se mantenían amistades allí, como tampoco participación activa en organizaciones o instituciones. La circulación en el barrio era de ingreso y egreso a las inmediaciones de sus casas, incluso algunas personas desconocían la existencia del CAPS y del SAPS, a una distancia menor de dos cuadras en algunos casos. La percepción sobre el barrio era que había cambiado mucho en ese último tiempo, antes era un buen lugar para vivir, tranquilo, pero ya no se podía salir por la droga y la inseguridad, problemas atribuidos generalmente al sector tres, el último asentamiento de personas. Esta última oleada de

personas, aseguraban que influyó en el aspecto del barrio, tanto como en las inundaciones, que cuando las lagunas estaban no se producían.

Por su parte, el sector dos se componía de una mayor heterogeneidad de circunstancias de vida de las personas. Allí nos encontramos con diferentes referentes y militantes políticos, trabajadores informales, lo que el Estado denomina: sub-ocupados, como también beneficiarios de planes y programas sociales. En general eran vecinxs que utilizaban los servicios de salud del barrio y sus hijxs asistían a la escuela Fe y Alegría. En las casas que visitamos era frecuente encontrar alguna imagen religiosa, la más habitual era la virgen de Itati, pero también estaba la presencia del gauchito gil, y luego lxs vecinxs nos comentaban que también rezaban a San la Muerte, pero que este santo no se podía mostrar públicamente.

En esa zona, lxs vecinxs reconocían que existían distintos problemas de infraestructura, el más nombrado era el deficiente y precario tendido eléctrico. Sostenían que no tenían espacios públicos recreativos y deportivos; y también problemas de seguridad y de drogadicción, debido principalmente a los “*caracoleros*” como denominaban a las personas del sector tres. Aseguraban que los robos que se producían en el barrio eran perpetrados por ladrones de otros barrios. En ese momento, muchas personas de ese grupo tenían la expectativa de recibir una vivienda por parte del PROMEBA.

El sector 3, por su parte, se componía de personas que se dedicaban a hacer changas con carros (los carreros), changarines desocupados (para la mirada estatal), beneficiarios de planes sociales. Las familias de este sector se presentaban como numerosas, se veían niñxs jugando en las calles, el CPC o sus alrededores, y al pasar la mayoría de las veces se escuchaba música sonando fuerte. No encontramos una autopercepción compartida, pero uno de sus referentes pensaba que los cambios estructurales prometidos a cambio de la colaboración de lxs vecinxs con el PROMEBA no se habían producido, lo que lo volvía muy apático con las promesas políticas.

Con el interés de potenciar una mesa de gestión del CPC, mis compañeras buscaban identificar a los y las referentes, esto refería a quienes habían trabajado en pos del barrio en distintos momentos, supliendo la acción estatal a priori. Las principales actividades que habían realizado estas personas eran: ayudar y alojar a vecinos durante las inundaciones; organizar comidas; transportar enfermos al centro de salud; abrir calles, trabajar en el cuneteo y en el tendido de cables; prestar sus viviendas para organizar cursos de apoyo escolar; gestionar trámites de defunción; organizar encuentros deportivos y equipos de fútbol; formar pro-comisiones. Muchxs de ellxs, no siempre comunicados entre sí, habían presentado pedidos a los intendentes, a la DEPC, al INVICO, etc. Entre estos pedidos estaba la solicitud por el espacio de la ex-vía para construir allí una comisaría, un SUM, una capilla y un polideportivo.

Con este “diagnóstico” en mente, en el año 2016 presentamos un Proyecto de desarrollo Territorial (PDTs) en la UNNE propio, que formalizaba la participación del CES en el barrio, denominado: “*La participación en contextos sociales de vulnerabilidad. Hacia*

*nuevas estrategias de ciudadanía y relaciones políticas*". Ya comenzaban a haber problemas en la articulación del accionar del PDTs del CONICET con las actividades propuestas del CES, sumando a que no se formalizaba la participación como centro, por lo que este nuevo proyecto buscaba profundizar y ampliar la labor hasta allí realizada a partir de la conformación de un equipo de trabajo territorial integrado por vecinos de los barrios Ongay y Paloma de la Paz, los funcionarios estatales de la Secretaría de Igualdad y Desarrollo Humano, y las investigadoras del Centro de Estudios Sociales de la UNNE. Este proceso comenzó a tomar forma desde diciembre de 2015, momento en que comenzó también ArteSano.

### El PROMEBA en el barrio: las obras de infraestructura básica

El Programa se inicia en Argentina en 1997 financiado con un fondo internacional. En el año 2012 arrancó su tercera fase con la finalidad de *"mejorar la calidad de vida y contribuir a la inclusión urbana y social e integración de los hogares argentinos de los segmentos más pobres de la población. Su propósito es mejorar de manera sustentable el hábitat de esta población que reside en villas y asentamientos irregulares"*, según se relata en la página del mismo programa<sup>14</sup>.

Esa inclusión urbana y social es realizada vía: proyectos integrales barriales, que apuntan al acceso a la propiedad de la tierra, obras de infraestructura urbana, equipamiento comunitario y saneamiento ambiental, y el fortalecimiento del capital humano y social de los barrios donde actúan. La zona de intervención es la de asentamientos en términos del programa (Mapa 3). En 2018 el Estado Nacional, a partir de la creación del Relevamiento Nacional de Barrios Populares (RENABAP)<sup>15</sup>, también la considera como un Barrio Popular, es decir: *"los barrios vulnerables en los que viven al menos 8 familias agrupadas o contiguas, donde más de la mitad de la población no cuenta con título de propiedad del suelo ni acceso regular a dos, o más, de los servicios básicos (red de agua corriente, red de energía eléctrica con medidor domiciliario y/o red cloacal)"*.

El problema que originó esta medida era la búsqueda de la disminución de la pobreza, potenciada con el hacinamiento en las viviendas, el riesgo ambiental, y las condiciones sanitarias de los habitantes de los asentamientos. Para atender a estas cuestiones el PROMEBA se estructuró en una Unidad de Coordinación Nacional (UCN), Unidades Ejecutoras Provinciales (UEP) y Unidades Ejecutoras Municipales (UEM), que serían los órganos descentralizados, pero en estrecha dependencia. La primera es la encargada de administrar los fondos recibidos estableciendo prioridades, planificando y realizando el seguimiento. Las unidades provinciales y municipales identifican, formulan y ejecutan los proyectos, como todo lo pertinente a contratos, capacitaciones y supervisiones sobre los profesionales de los grupos interdisciplinarios que intervienen en los barrios. Los proyectos se desarrollan a partir de una metodología de compromiso

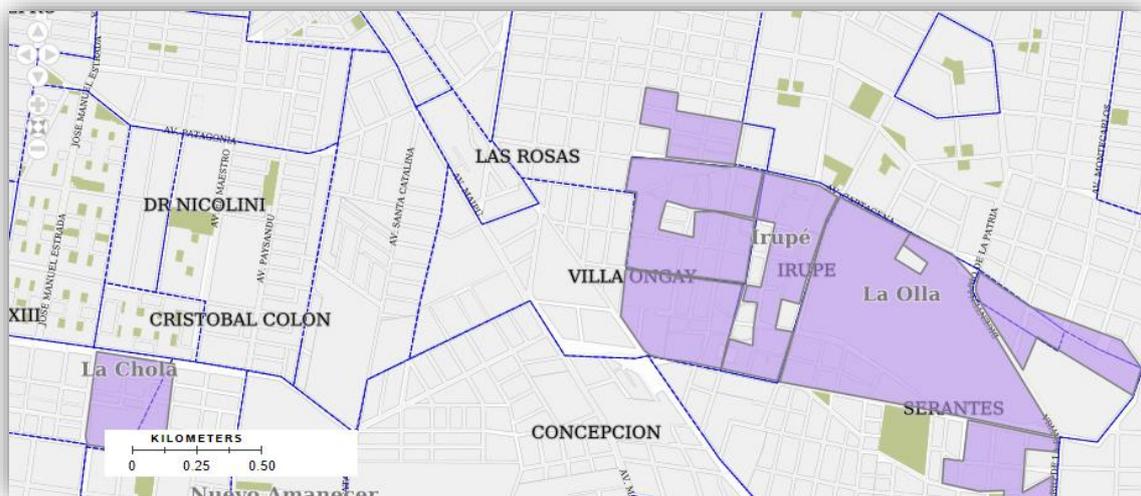
---

<sup>14</sup> <https://www.promeba.gob.ar/programa.php> (Último ingreso: 12/07/2019)

<sup>15</sup> <https://www.argentina.gob.ar/barriospopulares> (Último ingreso: 12/02/2019)

y participación de los actores, con mesas de gestión integrada por otros organismos del Estado, organizaciones barriales, empresas de servicios públicos, empresas constructoras, y otras organizaciones que tengan algún tipo de injerencia<sup>16</sup>.

Mapa 3 - Asentamientos ReNaBap



Fuente: <http://gis.ciudaddecorrientes.gov.ar/idemcc/>

En 2007 el programa desplegó su organización para iniciar el proceso de urbanización de la zona de la olla de la ciudad de Corrientes, a partir del desarrollo de infraestructura pública de agua y cloaca, el nexo de agua potable, la mitigación ambiental y el equipamiento comunitario, viviendas y regulación pluvial, en el marco de un proyecto impulsado desde el Municipio. Además de estas obras construyeron tres Centros de Promoción Comunitaria (CPC) en barrios cercanos.

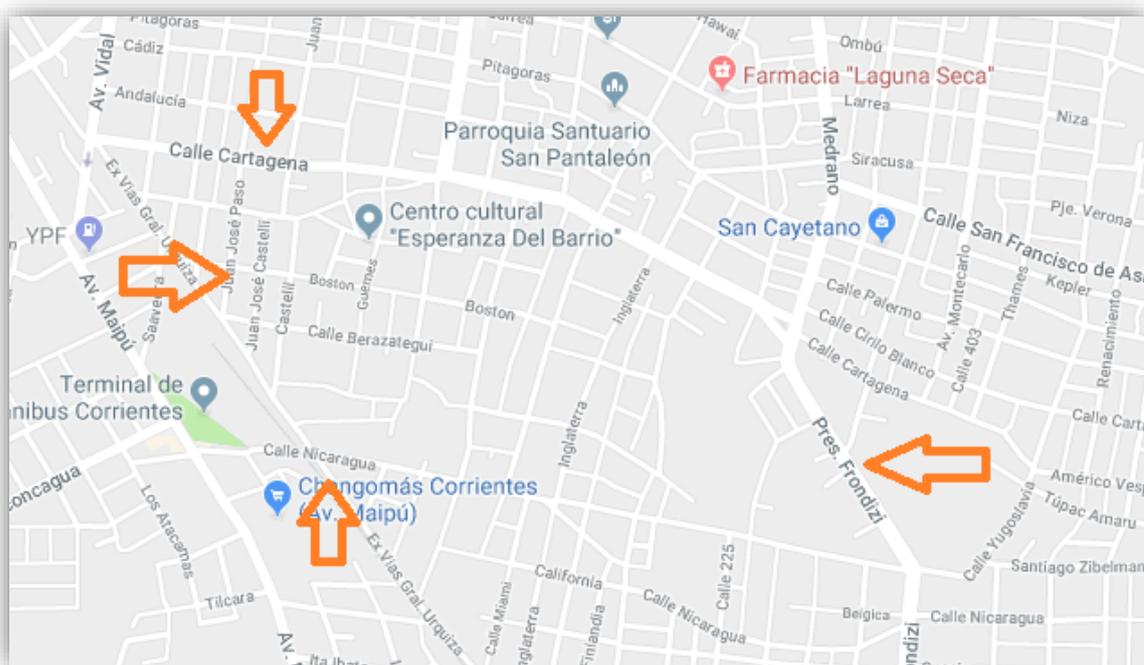
Patri fue una de las primeras entrevistadas en el barrio desde el CES. Ella era la asistente social del PROMEBA en el territorio. Llegamos una mañana de junio de 2015, tipo 9 de la mañana a la oficina del programa, asentada en una casa de madera tal como las que se construían para quienes tenían que ser relocalizadxs. Comenzó contándonos que los fondos venían del Banco Interamericano del Desarrollo (BID), por lo que existían ciertos pasos, criterios, y formularios que debían respetar. Lo denominó como enlatados, respondiendo a una jerga muy utilizada en las políticas públicas. El primer paso de este enlatado en el barrio había sido completar una ficha censal, adaptada por UCN, para relevar la población. La elección del barrio se había establecido en base a los índices de pobreza, lo relacionaba con las inundaciones, problema que iba a resolver el PROMEBA en el ONGAY. Con estas obras no se inundarían más<sup>17</sup> los barrios San Jorge, La Olla, Irupé, Paloma de la Paz y Ongay, que cumplían además con los requisitos de personas con necesidades básicas insatisfechas (NBI) y que se encontraban por debajo de la línea de la pobreza (en términos de ingresos).

<sup>16</sup> Fuente: <https://www.promeba.gob.ar/programa.php>

<sup>17</sup> Ella lo menciona como la resolución del problema hídrico.

Finalizado el censo el diagnóstico era que: *“la mayoría de las familias venían del campo que por eso tenían asentamiento acá, se dedicaban a lo que era realizar tareas de cartoneo, de llevar por ejemplo arena, de llevar tierra, todo lo que era flete. La mayoría de las familias se dedicaba a ese tipo de actividad, en otro tanto las familias se, o sea, directamente cobraban planes sociales, era la única actividad que ellos desarrollaban. Encontramos gente, por ejemplo, que se dedicaban a la albañilería, algunas mujeres se dedicaban a la costura, pero era, o sea, lo que más predominaba eran los planes sociales, y el tema de los chanchos, de los caballos, o sea, trabajar de flete, de cartoneo, de cirujeo, esa era la mayor actividad predominante en este lugar”*.

Mapa 4 - Zona de intervención PROMEBA



Fuente: Google Maps – Entrevista Patri (2015)

En el 2007 comenzaron con los talleres a la tarde en la escuela Fe y Alegría, donde escuchaban las demandas de los vecinos, que rondaban en temas de salud, de educación, espacios de esparcimiento y de recreación, y la cuestión de la seguridad, ya que la policía no podía ingresar por los pasillos. De esta “escucha”, organizaron la “intervención”, lo que la llevó a sostener que eso fue un trabajo constructivo, *“un ida y vuelta”*. Uno de los problemas emergentes de estas reuniones e “intervenciones” era que la gente no creía en *“los técnicos”* del PROMEBA. Los vecinos les planteaban: *“No, ustedes vienen los mismos de siempre, siempre hacen lo mismo, vienen y prometen que van a hacer esto, lo otro”*. Planteó que fue largo el proceso de apropiación del proyecto por parte de los vecinos, y lo que más les costó fue lograr que *“cuiden los predios”*, que no permitan que fueran sus familiares y conocidos a instalarse en los espacios que estaban siendo habilitados y rellenos por el programa. Necesitaban abrir nuevas calles, si esos espacios eran ocupados no podían hacerlo. Para evitar estos

nuevos asentamientos andaban a las corridas, relataba Patri, iban al barrio incluso los sábados a la mañana, cosa de que la gente no se quede.

En esos espacios “vacíos” los ingenieros definían los lugares físicos de las obras hidráulicas y los agrimensores medían los espacios para las nuevas casas y las calles. Hablaban de recuperar los predios, saneando el suelo: la parte contaminada era transportada por el municipio hasta el basurero municipal, se aplicaba cal al resto o tierra no contaminada. El espacio donde se encontraba la oficina del PROMEBA era un total, los ingenieros y Patri se subían a las “retro” (unas máquinas) para cruzar la laguna y dimensionar el terreno que sería “recuperado”.

Recién cuando terminaron las primeras viviendas de material entre 2010 y 2011, se hicieron las aperturas de algunas calles y el programa fue “apropiado” por los vecinos. Sin embargo, el problema era que la obra de infraestructura y de cloacas, las más caras en términos monetarios, resultaban poco visibles para los vecinos. Añadía Favio, el ingeniero que participaba de esta reunión, que esa era la obra principal porque permitía llevar infraestructura básica, como el agua potable a las casas. La relevancia que ellos veían en estas obras de infraestructura era que “*esta gente*” tenía baños de pozo, o con letrinas, pero una vez finalizada esa actividad del PROMEBA, entregarían a Aguas de Corrientes quienes podían conectar a los vecinos a la línea municipal de cloacas tanto como de agua corriente.

Cuando iniciaron el programa, explicó Patri que no se podía respirar en el barrio, los chanchos tenían el tamaño de un caballo, como también las moscas y las ratas que los acompañaban. Ellos vivían de faenar sus chanchos, los vendían a los supermercados, pero esto le preocupaba a la asistente porque no estaba zoonosis para que controle la venta, y como un chascarrillo dice: *“pero todos nosotros ya consumimos todos esos chanchos o sea que... jajaja (risas cómplices entre todas), no nos pasó nada te quiero decir”*. No eran chanchos alimentados “correctamente”, comían basura, lo que encontraran a su paso, por eso habían pensado en proyectos de fortalecimiento de capital social y humano, donde lo primero que proponían era que se hiciera una discriminación de los residuos sólidos urbanos. El fin era que no se amontone la basura en las casas, que sepan discriminarlas y puedan comercializarlas. Contrataron a quienes capaciten a las personas y armaran un grupo de trabajo, quienes alcanzaron a comprar una prensadora y con el financiamiento del gobierno montaron un centro de acopio, detrás de la terminal de ómnibus. En sus palabras: *“vamos a aplicar este proyectito para que ellos, por ejemplo, puedan comercializarlo de otra manera, ahí se generó la... el grupo Fortaleza que tiene personería jurídica de la señora Mercedes Romero y ayudó mucho, ayudó mucho, o sea, ellos por ejemplo se van a las escuelas, les enseñan a los chicos como se discriminan los residuos sólidos urbanos, juntan, se van y pasan por los colegios, creo que el colegio Salesiano es uno, retiran de ahí por ejemplo los cartones, las hojas, que se yo...”*. Eso para ella cambiaba el aspecto de las casas, que dejaban de tener basura en sus espacios.

Todavía para el 2015 una señora criaba chanchos. Ellos trataban de *“cambiar la iniciativa de comercialización o motivarlos a otra cosa”*. El tipo de producción que realizaban era la que sabían y podían, pero desde el programa les decían que eso estaba mal, que debían cambiar porque un código urbano establecía qué tipo de trabajos y producciones se podían hacer en el barrio y cuáles no. Algunas mujeres, señalaba la asistente social, tienen gallinas, incluso codornices: *“aunque sabemos que traen mosquitos, traen enfermedades, por el hecho de que sabemos que es para autoconsumo de ellos, ellos consumen los huevitos de codornices. Una señora de acá atrás, por ejemplo, pero lo que sí le exigimos, es extremada limpieza”*.

La intervención del PROMEBA había posibilitado el ingreso de las ambulancias, la policía y el camión de residuos luego de la apertura de las calles. A pesar de la instalación de contenedores de basura aún faltaba educación ambiental para las familias. Hasta el 2012 sólo habían hecho las obras de infraestructura, los centros comunitarios, denominados por ella como centros de producción comunitaria, y el único lugar donde se había conformado una comisión había sido en el Barrio San Jorge. Elena del CES le preguntó cómo lo habían hecho. Habían armado un reglamento de uso mediante talleres con los vecinos, pero a su vez ese reglamento era “bajado” desde el programa, donde existían prohibiciones de uso: como sala velatoria, para albergar personas en las inundaciones, y como comedor. Luego fueron a elecciones donde se presentaron dos listas, y el ganador tendría un mandato por dos o tres años, pero hasta ese momento continuaba la misma persona, no se organizado nuevas elecciones.

Elena relacionó ese mandato de gestión del CPC como una suerte de pro-comisión vecinal, y Patri le explicó que más o menos era semejante la organización, tenían un presidente, un vicepresidente, un secretario, un tesorero, quienes definían cómo mantener el espacio, si cobrarían una cuota para usar el lugar, quién se haría cargo de la limpieza, por ejemplo, mientras el programa (Patri) ayudaba a darle forma. En los otros dos barrios explicaba que no llegaron porque estaban *“devastados de actividades”*, por lo que la obra con sus salones fue entregada a Desarrollo Humano, quienes tenían el programa de líderes comunitarios. En el momento de la entrevista, nos contaba que habían vuelto a estar a cargo, *“somos los dueños del territorio”*, porque querían que funcione. El CPC del Paloma solía estar cerrado, entonces habían pintado unas tres veces, pero continuaba el predominio de las drogas. Por eso, *“con los referentes justamente, uno de los más fuertes de ese lugar era el señor José Gutiérrez, con él se nos ocurrió armar una escuelita de boxeo... él era boxeador antes que se yo, yo también era entrenadora de boxeo en algún momento, entonces dijimos bueno, vamos a armar y que se yo... le presentamos la propuesta al ministro así a pulmón, la gente de obra nos consiguió unos palos, pusimos unos palos ahí colgamos las bolsas que nos financió el ministro, guantines, todo el material y era un éxito, funcionaba tres veces por semana y había más de cien personas entrenando, mujeres y varones porque el ejercicio es fabuloso. [...] Hace un tiempo atrás este señor se me enferma, le agarró una meningitis*

*bacterial, lamentablemente no funciona más la escuelita, pero fue todo el 2014 que anduvimos re bien, que pudimos reactivar esa actividad... más, ahora recién, sumadas las actividades del crecer jugando”.*

En el 2012 dejaron de percibir ingresos desde Nación, vinculado a cuestiones políticas, y el programa fue absorbido por el gobierno provincial, a cargo de Ricardo Colombi, gobernador de ese período. Ahí comenzaron a explotar el recurso de la madera industrializada con el ministro de industria, explicaba: *“surge la idea de hacer estas casas tipo chalecito... que la verdad que no hay diferencia de costo entre una casa de material y una casa de madera industrializada.... que él justamente el viernes pasado, en la exposición ésta que estuvimos, contaban que en EEUU todos mueren por tener una casa de madera, que es lo mejor que hay y es carísimo... pero o sea... es... es algo muy bueno... [titubea su voz con estas afirmaciones]”.* Cynthia, una de mis compañeras del CES, le preguntó por la aceptación de la gente, y respondió que la primera reacción de *“esta gente”* fue que *“casa de madera, no”*. Por lo comenzaron un nuevo proceso para convencerlos o sensibilizarlos sobre las bondades de este material. Anteriormente, en 2011 ya habían iniciado un trabajo de sensibilización con el parque chico, cuando comenzaron a liberar esa zona, para poder ensanchar un canal, el Carbaló, que llevaba agua hasta el arroyo Pirayui. En ese parque se contenía el agua de las lluvias hasta la nivelación del canal, para después ir largando de a poco. El ingeniero intervino para explicar esto. Ella reforzó lo que decía, reconociendo la importancia del estudio hecho por los ingenieros.

Reordenó su discurso para volver sobre los logros del programa. Nos contaba que los vecinos ubicados en terrenos fiscales ya eran propietarios de la tierra, y usuarios de servicios públicos, como el agua, la cloaca y de la energía eléctrica (DPEC), aclarando que se refería a quienes habían recibido las casas de madera industrializada por la relocalización. La gente del barrio pagaba una tarifa social mínima, pero ya no eran clandestinos, como antes de la intervención del PROMEBA. En ese momento estaban por iniciar la obra de veredas y mejoramiento de las calles, lo que molestaría la circulación de los vecinos y quedaría a cargo del municipio el mantenimiento una vez que ellos culminaran. Esta diferenciación de responsabilidades la detalló: *“si se quema un foco de la luz de la calle el vecino tiene que aprender a gestionar que eso es electrotecnia municipal. Barrido y limpieza, e... o sea, hay que llamar a la municipalidad, el tema de la basura, el camión municipal. O sea... es tema... Es todo un tema de enseñanza y aprendizaje de ida y de vuelta con ellos... porque a veces nosotros estamos acá y ellos piensan que nosotros le vamos a solucionar todos los problemas. Pero eso le enseñamos todo el tiempo.”* Esta misma aclaración apareció dos años más adelante, en una reunión de los vecinos con los referentes del programa.

Hasta ese momento se habían entregado 126 viviendas en el barrio, 44 de material, y 82 de madera industrializada<sup>18</sup>. Esas viviendas tenían un costo de cero para las personas, y se entregaban a quienes estaban en la zona de obra. Eso significaba que, si tenían su casa ubicada en un espacio por donde pasaría una nueva calle (apertura de calle, en sus términos), una de las principales actividades del programa, o se encontraban en una zona de riesgo ambiental, como la del parque inundable, o incluso en otros sectores declarados por el municipio como espacio público, eran relocalizadas hacia una casa del programa. A diferencia del Instituto de la Vivienda de Corrientes (INVICO), marcó, donde las personas tienen que inscribirse, salir sorteada, adjudicada, y luego pagar una cuota. La única condición que establecía el PROMEBA era que la familia no vendiera la vivienda por cuatro años. Hacían visitas frecuentes para controlar, así y todo, se habían vendido dos casas al momento de la entrevista. El resto de las personas se “apropió” de sus casas y lo veía en el mantenimiento. Explicaba que: *“por ahí uno dice: “Ah, no... que le voy a hacer una casa de madera si se le va pudrir todo, no va saber cómo...” Nosotros hicimos talleres previos, por ejemplo, dos veces...e... al año darle una manito de pintura... eee... el tema eléctrico, de la energía, por ejemplo, que los focos... en realidad, esto que es nuestra oficina está mal, los focos tienen que estar así, con esos tomas y para afuera... porque es menos peligroso para el tema de incen... de la prevención de incendios”*. Les explicaban dónde estaban los caños por dentro de las maderas, las llaves del tablero, cómo debía usarse el núcleo húmedo (zona de la cocina y el baño), había mucha gente que no sabía lo que era un inodoro, para que servía, qué cosas se podían tirar adentro, el tema del papel higiénico usado que no debe tirarse allí, sino en un cesto, *“esas enseñanzas, o sea, nosotros le brindábamos”*. Además, las casas se entregaban con una garantía: si perdía agua la canilla, por ejemplo, pasado cierto tiempo desde la entrega, entonces iba el ingeniero con el ayudante de obra a inspeccionar. Entonces, si ella o alguien del equipo en sus recorridas notaba alguna falla en las casas, se le avisaba a quien correspondía para que se hiciera una orden de servicio para la empresa, y se resolviera el problema, nos contaba.

Elena le comentó la idea de trabajo del CES, mostrándole en el mapa que estaba colgado en la pared las calles que delimitaban nuestra zona de influencia, los alrededores del CPC. A ella le resultaba extensa el área y corrigió señalando que íbamos a trabajar en el Ongay y el Paloma de la Paz, como los vecinos se definían habitantes del Ongay, nosotras (CES) manteníamos esa identificación. Patri entonces contó que ellos querían proponer que los vecinos eligieran el nombre de su barrio, sugería que nosotras podríamos proponer lo mismo. La referente retomó la palabra: *“La idea del proyecto es que en algún momento se forme una mesa de gestión que se encargue del CPC... eee... no sé si se formalizara o no, pero por lo menos que sean los vecinos del barrio quienes asuman la...”*. Patri le contó que desde el programa lo

---

<sup>18</sup> Siempre la nombraba como madera industrializada, estableciendo una distinción con otro tipo de maderas.

hicieron, que tenían tres responsables encargados de las llaves del CPC, uno era Don Gutiérrez, otra Mariángeles López, a quien recomendaba para que la consideremos como referente, y Carola; pero la intención de ella era esa, que se hicieran cargo los mismos vecinos, que sean quienes administren y cuiden el lugar, que sean los capacitadores de las actividades. En el relevamiento que habían hecho “detectaron” un profesor de música, otras personas de barrios cercanos, como el Laguna Seca, querían capacitar en computación, cocina, una señora que hacía Goma Eva, otra de cotillón, que vive frente al CPC, *“ellos quieren trabajar, y o sea... lo que vos estás haciendo es que ellos se apropien del lugar y le estás generando una fuente de trabajo [marca su punto golpeando la mesa] le estás dignificando el trabajo porque es gente que quiere trabajar y no... y no tiene ningún ingreso”*. Tienen la capacidad para enseñar, remarcó, y consideraba mejor no traer alguien de afuera, porque cuando llovía no iría. Elena agregó que no se podía sostener nada si no era con los actores locales porque la gente que viene de otro lado, termina el proyecto y se van. Patri enfatizó que había que lograr un proyecto donde los actores sociales se apropiaran del lugar, reconociendo la validez de lo dicho por Elena, agregó que era importante que se sientan dueños y generen las ideas. Nombró a Morena, quien enseñaba bachata en ese momento, indicador de que la gente estaba muy copada, pero que tenían que ser rentadas esas actividades.

En el 2013 habían armado una comparsa en el barrio, y los instrumentos y trajes estaban guardados en la oficina del PROMEBA. Morena podría hacer la coreografía, sugería Patri. La mayoría de los chicos eran del San Jorge y de la olla, quienes se sentían orgullosos de su barrio, hasta sacaron una mención honorífica en el curso municipal. Nos explicaba: *“y ya no es “ah si yo vivo en la Olla”, hoy todos están contentos “yo Vivo en el Irupé”, te dicen. o sea... Más vale, terrible pavimento, las casitas, la luz, que se yo... están orgullosos de su barrio, o sea... ya no están fragmentados, ya no se sienten discriminados”*. Luis Tognolo era comparsero de años, y estaba colaborando con la reactivación, y el ministerio de cultura también, lo que auguraba éxito para esta actividad.

Elena esquivó las recomendaciones de Patri para consultarle si estaban asentadas organizaciones sociales en el barrio. Le respondió que no. Anteriormente había un grupo de la Corriente Clasista y Combativa (CCC) en el Paloma de la Paz quienes tenían un comedor, pero los vecinos del relevamiento le decían que nunca funcionó, que se guardaban la comida. Desde el programa se habían manejado con delegados barriales, nombró a Mártires como un referente fuerte del Ongay, también Ninfa, Isabel. En el Irupé tenían a un pastor evangélico con un programa de radio, a quien nos recomendaba por si quisiéramos pasar alguna información. Elena reconoció a Mártires y a Ninfa como delegados del presupuesto participativo, proyecto en el que había estado cerca el CES antes de mi ingreso. Ellos trabajaban para nosotros, dijo Patri, pero luego del accidente no quedó muy bien de salud. Julia Antúnez, era la coordinadora de la delegación municipal del Barrio Irupé, previamente había sido delegada del PROMEBA.

Finalizando la charla, Patri nos pidió que le repitiéramos el nombre del programa, y que le explicáramos qué haríamos en el barrio. Elena respondió contándole que funcionábamos en el campus de Resistencia de la UNNE, en sus palabras: *“si bien nosotras trabajábamos con investigaciones sociales, nuestro interés siempre es... eee... desarrollar proyectos de intervención social además de... de investigaciones. Y estábamos evaluando si nos presentábamos a un proyecto de la secretaria de políticas universitarias [...] cuando nos acordamos de este proyecto que tenía Lorena. A Lorena la conocemos porque ella trabaja en la facultad de Humanidades, todas trabajamos en la facultad de Humanidades y ella en la de Ciencias Económicas, somos docentes de... de la facultad, además de investigadoras... y entonces yo me acorde de este proyecto que ella lo había presentado ya el año pasado y que mandó un mail a principio de año otra vez, por si alguien quería sumarse y fui a hablar con ella y a mí me gustó muchísimo, lo compartí con las chicas y decidimos sumarnos al proyecto...”*. Entonces, a modo informativo nos preguntó si teníamos alguna actividad puntual o alguna idea sobre lo que trabajaríamos. Lo primero que habíamos planeado era un relevamiento con el fin detectar los actores, los sectores dentro del barrio, los lugares de participación, de encuentro, y a partir de estos elementos analizaríamos qué se podía construir, si era factible armar o acompañar una mesa o espacio de concertación representativo del barrio, por eso proponíamos trabajar con los actores y referentes de distintos sectores, incluso los jóvenes, que no aparecían incluidos. Patri reiteró que los jóvenes eran una población muy buena para trabajar, que ellos habían tenido resultados con la comparsa, que había movilizó esa actividad a toda la familia de cada participante, les enseñaron a bordar, generando como una fuente de trabajo para ellos. Justo pasa alguien por la ventana, el ingeniero la interrumpe a Patri, y le dice, te saluda nomas, como para que voltee a saludar, la persona desde fuera le dice, *“¡te saludo nomas! Después ando...”*. Continuó con su recomendación para que impulsáramos la comparsa.

Elena respondió que creía que ya estaban considerando esa posibilidad desde el PDTs, porque la idea del CES era ir formando lazos, vínculos, articulando para sostener las actividades que se estaban haciendo, no íbamos a hacer concretamente talleres, sino propiciar que se sostengan. Patri relacionó esto con lo que les pasaba a ellos, porque si iban a hacer obras, dejaban espectacular el parque inundable, la calle, quién mantendría eso era la cuestión. Ellos pensaban que el municipio era quien debía mantener en el tiempo, quien tendría que limpiar la plaza, cortar el pasto, garantizar la limpieza de las calles, recolectar la basura, limpiar los canales. Acotó, *“está muy bueno eso, el tema del fortalecimiento a... a las personas sería”*. *“¡Exacto!”*, respondió Elena, a la comunidad, ir creando vínculos, trabajar en forma articulada, ese el propósito que tenemos. Además, en el CES tenemos un proyecto de investigación sobre jóvenes y política, por lo que quizás en algún momento pensemos en trabajar con ese grupo, de hecho, queremos que se sumen a este espacio de concertación que apuntamos a ir formando y consolidando en el barrio, explicaba.

Nos contó también de la reunión con Jorge el “coach” del PPTS, cuando ella le explicó que no era una novedad lo que contaba porque ya se habían planteado formas de articular actividades. A pesar de la distancia en recursos respecto a la ciudad de Buenos Aires, recordaba que cuando ingresaron al barrio les decían que le podían matar, y cosas parecidas, ella lo tomaba como prejuicios, o también ellos de inconscientes se metieron. *“No quedaba otra te quiero decir, porque necesitábamos el trabajo”*. Analizaba que quizás tenía ver con cómo se dirigían a la gente, como hablaban. Ella le decía: *“vos tenés un cronograma”*, hay actividades, lo que falta es compromiso, persistencia en el trabajo, y que la gente quiera participar.

Hasta acá presenté la mirada del PROMEBA en la relación con el CES. En lo que sigue, describiré al PPTS, el programa que venía a movilizar el espacio de actividades que la parte social del PROMEBA no había logrado.

### El PPTS en el barrio: la falta apropiación de la infraestructura blanda

El proyecto de Promoción del Desarrollo Territorial y Social (PPTS) del CONICET se proponía generar actividades para el CPC del Ongay<sup>19</sup>. Integraban este proyecto dos investigadoras del Instituto de Geohistoria (IIGHI), uno del Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES), dos o tres extensionistas del Instituto de Cultura (IC) de la provincia de Corrientes, y participaban algunas veces desde la Secretaría de Desarrollo Humano (SDH), también de la provincia, quienes se encargarían de solucionar los problemas que se fueran sucediendo, especialmente los que requerían inversiones materiales, como también aportarían un “líder comunitario” (un programa de becas de la secretaría) para que limpie el CPC.

En las primeras reuniones que tuvimos con lxs investigadorxs que integraban el proyecto, la idea de nuestra incorporación era abordar “lo social”. No nos quedaba muy en claro lo que significaba lo social para ellxs, pero sí había un interés específico del centro por trabajar en un barrio, especialmente cuestiones de participación y ciudadanía. Para la difusión, el programa se denominó *“Cultura y ciudadanía viva. Programa de desarrollo cultural para la convivencia y la inclusión”*. La coordinación del programa estaba a cargo de una investigadora, filósofa de base, doctorada en igual disciplina, que un tiempo atrás había cursado estudios en gestión territorial en FLACSO, lugar donde se conectó entre otras personas con un “coach” colombiano de proyectos de promoción territorial que había asesorado al gobierno de la ciudad de Buenos Aires unos años antes (entre la gestión de Rodríguez Larreta y Mauricio Macri). La primera reunión formal

---

<sup>19</sup> Los objetivos escritos del proyecto eran: Considerar la cultura como eje vertebrador de las políticas públicas; Democratizar las culturas mediante la participación de la población y el acceso a los bienes culturales; Fomentar la democracia cultural en la ciudadanía mediante la creación cultural y su difusión en todos los barrios de la ciudad y en todas sus dimensiones; Destacar la dimensión social de la cultura como estrategia fundamental de lucha contra la exclusión y factor de inclusión social y promoción de los sectores menos favorecidos; Promover las manifestaciones de las culturas locales como factor clave de cohesión social, de fortalecimiento de la propia identidad y de reconocimiento de la diversidad; Potenciar la cultura como factor de desarrollo y promoción de la ciudad, como elemento de regeneración urbana y de impulso a la actividad económica y la ocupación; y Favorecer la equidad territorial a través del mejoramiento del equipamiento urbano del barrio.

a la que asistimos fue coordinada por este especialista, el 9 de mayo de 2015. Nos juntamos en “*El Mariscal*”, histórico café de la ciudad de Corrientes, referentes universitarios (IIGHI, CES), un psicólogo, familiares de la directora del programa que querían colaborar, personal del Instituto de Cultura, el investigador del IDAES, una persona de extensión universitaria de la UNNE, Morena, que daba clases de bachata en el barrio además de ser oriunda del mismo (era la representante), y sobre el final se sumó el Secretario de Desarrollo Humano de la Provincia de Corrientes, Diógenes González.

El objetivo era mejorar el diseño de los proyectos que integraban el programa, para que funcione como un paraguas donde se desarrollaran líneas específicas para las áreas de cultura y ciudadanía; deporte y convivencia; urbanismo social y cultura; y economía. Se buscaba con esta suerte de organización y motivación, por parte de un entendido en el tema, que algunos de los presentes nos “*animáramos*” a cambiar las cosas. Específicamente, se planteaba que el Estado estaba ausente en el barrio, pero que había gente con ganas de cambiar la situación de esta otra gente<sup>20</sup>. Por esto, era necesario pensar en términos de redes y sobre todo en el espacio que queda en medio de las redes. La metáfora era avanzar en la constitución de proyectos para alcanzar los mangos bajitos, como primera medida, sosteniendo que eso estaría dado por la disponibilidad del CPC, la cercanía con la Escuela Fe y Alegría que funcionaba en el barrio, y las mujeres de la bachata, quienes demandaban un taller de costura. Para poder hacer algo con estos “*mangos bajitos*”, debíamos construir un mapeo del barrio, detectar cuáles eran los recursos con los que contábamos. Luego de la charla de este “*coach*”, volvieron las quejas que se venían escuchando en el barrio, o que se imaginaban, pues eran replicadas por personas que no en todos los casos habían estado allí, como la cuestión de una madre que tiene un hijo adicto a la droga que no sabía qué hacer con él, los padres jóvenes, los embarazos no deseados, entre otros que conforman un repertorio asociados a los problemas en los barrios populares desde la mirada de la clase media.

Lo central entonces era definir las cosas que se podrían resolver en lo inmediato, es decir, demandas específicas, como la de la costura, mientras que los problemas más profundos planteados, como la droga entre los jóvenes, debían aguardar. Para definirlos y abordarlos, era necesario planificar, armar un proyecto, ejecutarlo y evaluarlo. La pregunta emergente es qué tipo de comunicación era posible de establecer desde contextos tan disímiles, disciplinas que tienen jergas propias y las buenas intenciones para resolver los problemas de las otras personas, las del barrio, que ni siquiera eran quienes planteaban todos los problemas.

Como para ir desentrañando esto, me detendré en un texto que circuló entre algunos de los integrantes del equipo de trabajo del PDTs, específicamente entre los que pertenecían al ámbito académico, este gurú de los proyectos de promoción territorial

---

<sup>20</sup> Lo que no reconocía la participación de los organismos provinciales, ni de la facultad como institución.

definía plan estratégico como: *“el intento de concreción de las utopías: las utopías son las cosas que no son realizables bajo las actuales circunstancias, así que es necesario cambiar las actuales circunstancias para hacer posible la consecución de esas utopías”*. Esto es, el plan estratégico, en este caso el PDTs, sería una forma de cambiar las circunstancias que no permiten alcanzar las utopías. ¿Las utopías de quiénes? Me preguntaba.

Seguiré explicando el texto que un plan estratégico es un plan para transformar la sociedad. En el plan estratégico de cultura, como el PDTs, el objeto es la misma cultura, promoviéndola como eje del desarrollo sostenible de las localidades, agregará incorporando los objetivos de desarrollo del milenio de Naciones Unidas. Explicaré luego que: *“El desarrollo de una estrategia cultural local es un proceso de debate, redacción y aprobación de un documento sobre las prioridades en cultura de una ciudad, realizado por todos los agentes culturales de un territorio con la ciudadanía y la administración pública”*<sup>21</sup>. Es decir, los agentes culturales, serían los que se deberían de encargar de plantear el debate (por ende, los términos del debate), redactar y lograr que todos estén de acuerdo con un documento, que sería el ordenador sobre los comportamientos para cambiar las circunstancias.

En este sentido, hay una visión o una utopía que debe ser trasladada a una comunidad, porque se supone mejor para ella. Ésta, se logra a partir de la modificación de las condiciones que no permiten su actual ocurrencia, pero con una participación que aparentemente garantizaría la apropiación por parte de la comunidad de estas necesidades externas. La causa del problema que se presentaba en el barrio, que no me terminaba de quedar clara cuál era, pero parece que se debía a la cultura predominante. La cultura se constituyó en el objeto de este programa (atacar a las causas de los problemas), y específicamente, la generación de actividades que vayan orientando a las personas hacia una correcta cultura, que permita el ejercicio de la democracia y de la *“auténtica política”* (definición que aparece en uno de los textos del programa), es decir, la participación de los vecinos para que se puedan promover procesos de desarrollo que los beneficien. En fin, que no sean lo que son actualmente, porque mucho de lo que les estaría pasando tendría que ver con su cultura.

Si bien el “coach” marcaba una orientación “lógica” del PDTs, quienes lo movilizaban en el territorio también tenían una mirada, y no necesariamente eran idénticas. En lo que sigue analizaré las notas que escribieron sobre las primeras visitas al barrio, también realicé una entrevista a la referente, pero no la usaré específicamente, aunque aparecen algunas apreciaciones ancladas en ese encuentro. Es una forma de comprender las ideas que estaban plasmadas en ese proyecto, pero sobre todo las actividades efectivas que se iban proponiendo, la materialidad de lo escrito.

---

<sup>21</sup> Hace referencia a esta presentación del ayuntamiento de Barcelona. [http://www.agenda21culture.net/index.php?option=com\\_content&view=article&id=44&Itemid=57&lang=es](http://www.agenda21culture.net/index.php?option=com_content&view=article&id=44&Itemid=57&lang=es) (último ingreso: 7/02/2019)

Nueve visitas al barrio registraron, pero asumo que fueron más por los saltos que se hacen en algunas notas. El primer problema según las notas es el de la seguridad, hablaron detrás de la terminal con un policía en la primera visita, quien les había advertido sobre que dejaran las cosas que llevaban en la escuela Fe y Alegría, como que también tuvieran cuidado cuando veían venir a dos personas en moto. Además de hacer lo que el policía dijo, registraron que era algo a resolver para poder ingresar con objetos de valor, como una cámara fotográfica.

En esta primera visita, Don Gutiérrez les planteó que necesitaban sillas, ellas anotaron: *“Nosotras tratamos de decirle que no éramos funcionarias ni teníamos facultad de conseguirle sillas, pero que íbamos a transmitir la inquietud. De todos modos, sugerimos la idea de hacer mobiliario para el lugar, de organizar un taller para hacerlo, cosa que no recibió muy bien”*. Por un lado, hay un intento de marcar que su trabajo no era el de conseguir las cosas que faltaban en el CPC, pero que podían comunicarle a quien pudiera hacerlo, no conseguían directamente, pero indirectamente sí. Para la mirada del otro, de Don Gutiérrez en este caso, si podían resolverle el problema, se presentaron con contactos que disponen de recursos. Propusieron además una vía de resolver el problema “no tradicional”, enfocando en los recursos disponibles y que puedan ser reutilizados. Una de las notas al final del escrito, a modo de recordatorio dice: *“Colaborar en la gestión para conseguir las sillas que faltan y proponer la realización de talleres para la construcción de bancos de madera y pintura artística, a fin de aportar alguna solución y, a la vez, involucrar a los vecinos del barrio en las actividades y apropiación del equipamiento público y comunitario”*. Nuevamente son dos vías en las que se activan la solución al problema de las sillas, el pedido formal a alguien del gobierno, y la vía de construcción con materiales de descarte.

En otras de las visitas al barrio, Don Gutiérrez les planteó que era necesario arreglar los arcos de fútbol y que no había soldador en el barrio. Ellas le pidieron que *“averigüe para el lunes si hay carpintero, si hay modistas y si hay artesanos en el barrio”*, él les había dicho que desconocía. Esta forma de registrar da cuenta de la posibilidad de pedir a alguien del barrio que haga una actividad por ellas. Carpintero es una palabra utilizada y reconocida por los vecinos, modista también, aunque denominan a las mujeres que realizan la actividad de reparación y confección de ropa como costurera en general. Artesanos, aparecía como una palabra inyectada en el barrio que difícilmente pueda dar cuenta de qué actividades estaban imaginando que comprendían. De hecho, la mayoría de las mujeres con las que dialogué durante ese tiempo no se definían a sí mismas como artesanas, incluso no había una palabra para lo que hacían en sus tiempos libres. En otro acercamiento al barrio, Don Gutiérrez volvió a insistir sobre las sillas, y ellas volvieron a responder lo de hacer el taller, con materiales reciclados e intervención artística. La respuesta registrada: *“No le gustaba mucho la idea, porque insistía en que el gobierno tenía que proveer sillas, porque no puede inaugurar un espacio y tirarlo ahí sin dotarlo de elementos y personal para cuidarlo”*. Me parecen dos formas de abordar

un problema. Don Gutiérrez entendía que el gobierno era quien debía proveer las sillas porque era quienes hicieron la infraestructura y la inauguraron, o en su defecto, la gente de la universidad que se presentaba en el barrio para trabajar con ellos, pero no para hacer trabajar a los vecinos. Desde el proyecto, asumían que al hacer un taller donde los mismos vecinos pudieran fabricar los muebles que quedarían en el CPC, reforzarían la apropiación del espacio.

En una de esas recorridas se encontraron con Morena, quien les preguntó qué hacían en el CPC, no se registran las respuestas que dan desde el proyecto, pero lo que le hayan dicho generó una contrapropuesta de Morena: ella quería enseñar lo que hacía en el CPC. Acordaron pasar por su casa otro día. Esto fue en noviembre del 2014, para abril del 2015 Morena era una de las personas que acompañaba las visitas al barrio, y posteriormente se convirtió en la persona de confianza en el CPC, contratada por el programa.

En un momento se organizaron en grupos para recorrer y “relevar” las zonas comprendidas por el proyecto. El grupo conformado por la coordinadora y una arquitecta de la facultad de artes charló con una señora que les contaba que la cuneta siempre se tapaba, pidiéndoles que dieran aviso en el PROMEBA. Anotaron que eso no correspondía a PROMEBA, sino al municipio, iban a hablar con la delegada. Otra vez, aparece una demanda de los vecinos que es planteada a la gente de la universidad, quienes analizan cómo se podría solucionar, o a quienes deberían pedir las acciones pertinentes. En ese recorrido hablaban con los vecinos en la búsqueda de una panadería, porque querían generar un taller de pan dulce para diciembre en el CPC. Pararon a una señora en bici con unos plantines, quien ante la pregunta sobre qué hacía, respondió *“con desconfianza, cree que somos agentes de gobierno o alguna entidad recaudadora por lo que no quiere darnos información”*, registraban. Avanzado el intercambio le contaron que formaban parte de un proyecto con Cultura y la Universidad, lo que les permitió que esta señora las recibiera en la casa un poco más tarde.

Una vez ahí, pasaron al patio de esta señora, donde tenía girasoles y maíz, un gallinero, y su hijo la había ayudado a fertilizar con compost. Éste también había construido un horno de barro, lo que las llevó a preguntar qué materiales necesitaban, pues consideraban la posibilidad de construir uno en el CPC. Armó una lista de materiales incluía: *“500 ladrillos, arcilla (en su caso, la sacaron de un pozo hecho en el mismo patio), una parrilla maya, una puerta de cocina con fibra de vidrio o bien una puerta de hierro fundido”*. Luego le contaron del taller de pan dulce, y abrieron la posibilidad para hacer un horno allí. La lógica del proyecto continuaba con la generación de actividades y provisión de herramientas de trabajo (un horno, en este caso), teniendo en mente la apropiación por parte de las personas (no aparece la pregunta sobre si la gente con la que trabajan quieren esto, si es lo que necesitan).

De las visitas concluyeron en que existía mucha fragmentación, *“cada uno se mueve en una zona determinada o con unos referentes determinados y desconoce lo que sucede*

*en calles muy próximas*". La explicación la encontraban en la forma en que trabajaban los programas, que la gente del barrio trabajaba afuera mientras que personas externas lo hacían en el barrio. Planteaban la concentración en zonas que no tienen comunicación, vinculadas con la necesidad de diferenciarse de ciertos estigmas. Otro dato que llamaba la atención era la existencia de droga en el barrio. María, una de las niñas que se acercaba cada vez que alguien de fuera de la "comunidad" llegaba, era la que contaba que cuando iban "los drogones", otra nena, se quedaba con ellos. El CPC era su espacio de reunión. Como contra-dato, Don Gutiérrez era una de las personas que más se oponía a las personas con consumos problemáticos, como los denominaban en el programa.

Otro día recorrieron la zona de los carreros. La descripción que realizan es la de casillas precarias, calles y pasillos de barro, muchas personas dedicadas a actividades con carros tirados por caballos. Se les ocurrió entonces hacer una intervención artística sobre los carros, y pensaron en una persona de cultura que ya había trabajado con carros. Luego fueron a lo de la señora de las plantas, para invitarla al taller de pan dulce, pero a ésta no le interesaba, porque ella tenía su oficio. Lo invitaron al hijo, pero respondió que no podía porque iba a la iglesia adventista, pero se comprometió a avisar a amigos y vecinos interesados, ellas le pidieron que armara una lista con quienes había invitado. Pasaron por las oficinas del PROMEBA pidiendo a una de las chicas que trabajaba allí que hiciera un listado de posibles interesados. Finalmente, dejaron asentado: *"En total, asignamos a cuatro personas la inscripción: Gutiérrez, Morena Fidel, Julia (Promeba) y el hijo de Ester"*.

En otra ocasión, llevaron materiales para unos marcos de goma eva para los dibujos de los chicos, pero no alcanzaron a hacerlos porque los chicos las llamaban para mostrarles sus pinturas, para pedirles que pongan más ténpera en los recipientes. También se acercaron unas madres, a ver qué estaban haciendo. Una de ellas les contó que buscaba una maestra particular para su hijo, porque a la que iba en ese momento sólo le hacía copiar, pero necesitaba una que pudiera explicarle, que le hiciera entender, que le enseñara. Se acercó para ver si harían apoyo escolar. La respuesta fue que conversarían sobre la inquietud que les traía, y analizarían si había otros chicos interesados.

Dos personajes centrales habilitan el ingreso del PDTTS al barrio. Uno es Don Gutiérrez, que aparecía en el relato como "el dueño" del CPC, pero también como quien fue planteando las demandas para el uso del espacio. La otra fue Morena, quien se construyó como "la colaboradora" y/o "referente" del programa en el barrio.

### **Don Gutiérrez**

Gutiérrez aparece en la primera nota de campo como el encargado del CPC. Su casa, una de las del PROMEBA, se encontraba en el frente del CPC donde fueron a buscarlo. Al hablar con él, les comentó la inconformidad con el manejo del lugar, la falta de equipamientos y de formalidad en cuanto a su rol, ya que tiene la llave del espacio, pero

ningún instrumento que lo designe como responsable del lugar. Pidió que lo ayudaran a conseguir sillas, a contar con mayor seguridad para el CPC. Estaba enojado con los agentes de gobierno, relataban, porque estaba cansado de que se hagan visitas formales sin encontrar soluciones a las demandas que les planteaban, como las sillas.

En la segunda visita que hicieron Don Gutiérrez necesitaba un soldador para reparar los arcos de fútbol de la canchita del CPC, y volvió a insistir sobre las sillas. Allí es donde le plantearon hacerlas con un taller de materiales reciclados, y él mostró su incomodidad. El municipio es inexistente en su accionar. Escribieron: *“Ríos<sup>22</sup> vino, recorrió, se impresionó cuando se inundó acá y vio una familia de discapacitados (motores, en silla de ruedas) viviendo sobre la mesa. Pero después no hizo nada. Pidieron contenedores de basura y les dieron uno”*.

El reclamo de Don Gutiérrez viró a lo largo de las visitas hacia la falta de pelotas de fútbol, que habían gestionado con alguien de Desarrollo Humano, quien ayudaría con lo necesario para las clases de boxeo y de fútbol, pero no generó resultados. Reiteraba el pedido a las personas del PDTS. También mencionó que era relevante dictar apoyo escolar que anteriormente se daban en su casa, la referente del proyecto aclaró que eran una actividad denominada: *“Narrativas de identidad y cuenta cuentos”*. Esto marca un contraste con la versión de Patri, de que en el 2014 se realizaban los talleres de boxeo en el CPC con muchxs asistentes.

Para la próxima visita, Gutiérrez las esperó con el SUM limpio, pero se sentaron en la galería aprovechando el fresco de la mañana. Les comentó que iniciarían las clases de folclore (el 19 de noviembre de 2014), los miércoles a las 18 horas con dos profesores que no eran del barrio. No sabían quién organizaba esto, asumían que podría ser Desarrollo Humano. El miércoles habría atención odontológica, la primera de seis visitas que se harían, Gutiérrez no sabía quién organizaba esto, si Salud de la provincia o del municipio o la UNNE. Los martes de cada semana eran los días que más se llenaba el CPC con las actividades para las mujeres, incluso estaba yendo un abogado para brindar asesoramiento legal por temas específicos. Aprovechó para “comunicarles”, que habló con la presidente de una cooperativa, que es la dueña de un galpón en el acceso al barrio<sup>23</sup>, donde querían realizar una intervención, quien quería reunirse y saber qué tipo de pintura harían, qué significado tendría la intervención, entre otras cosas, pero estaba muy interesada. Anotaron que parecería que los que ocupaban el CPC eran familiares de Gutiérrez, quien *“maneja una especie de clan”*. Por lo que se proponían abrir el CPC para todos, visibilizando las actividades que se hacían.

---

<sup>22</sup> Fabián Ríos fue intendente de la ciudad de Corrientes, en el período 2013-2017, por el partido Justicialista, llevado por el Frente para la Victoria. Fue precedido por Carlos Mauricio Espinola (Camau), en el período 2009-2013, por el mismo partido. Mientras en las elecciones del 2016, se alza con la victoria Eduardo Tassano, para el período en el cual escribo esto (2017-2021), en este caso por Encuentro por Corrientes (ECo), partido alineado a Cambiemos a nivel nacional.

<sup>23</sup> Era Mercedes, la señora de la cooperativa de recicladores.

Previo al taller de pan dulce previo a la navidad, fueron desde el PDTS hasta la casa de Don Gutiérrez, para confirmarle el horario en que se realizaría, pedirle que inscribiera para poder determinar la cantidad de gente que participaría y avisarles lo que debían llevar. Aprovechó esa oportunidad para contarle su enojo porque había reunido a las mujeres el día anterior, momento en que comenzaría el taller de gimnasia femenina, organizado por los proyectos especiales de PROMEBA, y el profesor no había aparecido. Su enojo estaba dirigido particularmente hacia la coordinadora del programa, porque ella tendría que saber si el profesor no iría. Agregó: *“Nos hace juntar a la gente, yo traigo a la gente y resulta que no vienen”*. También comentó que la CCC, que tiene su local en frente del CPC, querían hacer un piquete, pero que él los iba a frenar, porque *“eso nomás saben hacer esos”*.

Ese mismo día, hablaron con Julia, la delegada municipal para presentarles el Programa, *“se mostró dispuesta a colaborar en lo necesario”*. Le consultaron si conocía a Don Gutiérrez y si podría trabajar con él. Ella les dijo que no lo conocía mucho, pero que estaba dispuesta a trabajar en programas que beneficien a la comunidad. Seguidamente agregó la delegada: a pesar de que ambos no comparten la misma filosofía, porque cuando vino Ríos, éste le había pedido que entubara para que no se inunde más su zona. Ríos lo hizo, pero Gutiérrez igual quedó enojado porque, decía Julia, que quería mercadería en realidad y como no le dieron, mantuvo su enojo.

### **Morena**

Morena fue vista por el PDTS en una de las recorrida por el barrio. Pasaron por el frente de su casa, *“una casa con cosas de artesanía en la ventana”*, se acercaron y hablaron con ella, la describieron como una vecina joven que hace cosas en goma eva, vieron unas flores y cotillón para cumpleaños. Lo artesanal lo relacionaron con el hecho de hacer las manualidades ellas mismas o en la casa.

Al preguntarle por lo que hacía, les habló de sus manualidades con goma eva, silicona, ramas de enredaderas, yeso y piedra, también cuadros en madera, cotillón para cumpleaños, incluso tenía una página de Facebook: *“Emi Artesanías”*. Había aprendido en un curso, pero no lo terminó. Llamó a Romina, su hermana que vivía en frente, y les volvieron a mencionar que querían enseñar en el CPC, habían escrito y presentado previamente un proyecto al vice-gobernador, pero no obtuvieron respuesta. El esposo de Morena era sanitarista y se encontraba trabajando con el PROMEBA en el mismo barrio. Además de los talleres de goma eva y de cotillón, podía dar clases de aerobio para lo que tenía una bicicleta fija que podría llevar al SUM para sus clases. Mientras que su otra hermana hace muy buenos peinados, y podría dar un taller de peluquería. La otra hermana a la que refieren es Julia.

Para diciembre, Morena había propuesto llevar unos adornos navideños al taller de pan dulce y enseñarles a los participantes mientras aguardaban la cocción de los mismos. Fue aceptado por las personas del proyecto, definiendo la lista de materiales necesarios, como también cuáles serían los adornos apropiados para terminarlos en el tiempo

disponible. “Se *entusiasmó*”, anotan y aprovechando su entusiasmo le pidieron que inscriba a los vecinos interesados.

A la semana siguiente volvieron a pasar por lo de Morena a ver si había podido inscribir a alguien, y les comentó que recién ese día tenía planeado salir con Romina para cumplir con la tarea. No dejaron registros del taller. En febrero, se volvieron a encontrar con ella, y se ofreció para ayudarlas a limpiar el CPC. Dos días después, ellas dejaron una caja de materiales y elementos de limpieza en su casa, y ella les ofreció limpiar el CPC un día antes de la visita, llevar alguna manguera y pedirle la canilla a algún vecino. Ese día habían tenido que limpiar con un balde de agua de lo de Vero, una niña que vive en frente del CPC. Ese mismo día, proponen desde el PDTs pegar los dibujos que los chicos realizan mientras están ahí en un telgopor, actividad que emprende Morena.

En el mes de abril, realizaron una recorrida para invitar a las mujeres a una reunión previa a la inauguración de la biblioteca del CPC. Una señora se acercó y *“se quejaba de que alrededor del CPC Paloma se juntan los adictos, que es una zona fea, etc. Morena me hizo notar, al salir de ahí, que esta señora había abandonado de niños a sus hijos con el padre, muchos de los cuales tuvieron problemas de adicciones”*. Hicieron unos carteles en la casa de Morena, para que ella los pegara en los negocios cercanos.

La primera impresión de la lectura de las notas de campo era la necesidad de hacer actividades que tengan que ver con cultura y con oficios, como intervenir artísticamente los carros del sector de los carreros, o hacer un curso de pan dulce para las mujeres. Mantuvieron reiteradas reuniones con el “encargado” del CPC, Don Gutiérrez, donde éste les planteaba “problemas” o cosas que debían resolverse y la gente del PDTs realizaba anotaciones sobre quién podría resolver ese problema, o comenzaba a buscar alguien del barrio que, por ejemplo, pudiera reparar los arcos de la cancha de fútbol. Es la lógica de movilizar recursos locales, tal como lo promueven los manuales de desarrollo local, de vertiente económica, para resolver las demandas inmediatas<sup>24</sup>. Detrás de esto, encontré el supuesto de que si los vecinos hacían cosas por los vecinos se iban apropiando de las actividades, algo que no termino de comprender. Este pasaje no es instantáneo, al parecer. La pregunta sería porqué se deberían de apropiar los vecinos de una necesidad que no emerge de ellos, sobre todo, qué movilizan las actividades que les son propuestas por la llegada de personas de la universidad, una de ellas con un apellido que resuena (la referente del programa es la hija de un ex gobernador provincial liberal), junto con diferentes técnicos y técnicas del instituto de cultura.

El estar ahí del Estado (y de la Universidad)

La descripción arroja al menos tres instituciones que desarrollan sus actividades en el barrio Ongay, y Paloma de la Paz. Esas tres instituciones tienen alguna relación con el

---

<sup>24</sup> Algunas ideas al respecto se plasman en Arocena (1998), Vázquez Barquero (2005) y Boisier (2004), pero son múltiples las vertientes sobre el tema.

Estado, e incluso pueden ser consideradas como parte integrante. Desde un criterio presupuestario, el PROMEBA, el PDTTS y el CES son Estado. El primero en su forma de programa, el segundo como programa del CONICET, y el tercero como parte de la universidad. Lo que particularmente me interesa de pensar estas “instituciones” desde la discusión sobre el Estado, es que las tres a su manera, articulan recursos para resolver un problema, más o menos académico, lo que tiene una semejanza con la noción de las políticas públicas, desde la tradición más clásica de las ciencias políticas, pero sobre todo, pretenden que el efecto de su hacer sea la modificación de comportamientos o condiciones de vida de quienes son definidos como otros, lo que resulta muy cercano a pensar, al menos reflexionar sobre la noción de gubernamentalidad de Foucault (2007). Antes de recapitular las relaciones desplegadas, sentaré algunos presupuestos para indagar sobre las acciones y los efectos de estado a nivel territorial.

### **Ese esquivo objeto denominado estado**

Abrams (2015) en la compilación denominada “*Antropología del Estado*” para el público de habla hispana, observa que alrededor de 1919 la discusión sobre conflictos políticos se articuló en torno a la pregunta sobre qué es el Estado. Sin embargo, en los 50 años posteriores no parecen haber logrado una respuesta satisfactoria. “*Como objeto de práctica política y de análisis político, hemos llegado a dar por sentado al estado, mientras sigue sin quedar aun mínimamente claro qué es el estado*” (Abrams, 2015, pág. 13). Esta es la pregunta que profundizaré en su imposibilidad de ser respondida, para ir ganando claridad en qué es lo que hace, eso que no sabemos bien qué es.

Frente a la pregunta por lo que el Estado es, dos corrientes principales han buscado esta respuesta en la arena de las ciencias políticas: el abordaje marxista y la sociología política. El marxismo asume que el análisis político debería incorporar la relación real entre el Estado y la sociedad civil, reduciendo el problema a la independencia del Estado respecto de las formaciones de la sociedad civil, las clases. Sin embargo, “*el estado, concebido como una entidad sustancial y autónoma respecto de la sociedad, ha demostrado ser un objeto de análisis muy difícil de alcanzar*” (Abrams, 2015, pág. 15). Lo que importa en este abordaje son las contradicciones, pues dan lugar a una nueva síntesis, pero si éstas no emergen dentro de las estructuras políticas, sino que están en el sistema social, la equivalencia entre el Estado y las estructuras políticas es insostenible. El reconocimiento de la funcionalidad global del Estado implicaría un reconocimiento de la existencia estructural global del mismo (inmanencia en sus estructuras), semejante a objetos abstracto-formales, los sistemas normativos. El poder de clase se ejercería a partir de instituciones específicas, las estructuras, devienen de estas instituciones como una organización ideológicamente oculta, por último, el Estado sería la estructura oculta de esos centros de poder. La función global de éste sería de cohesión y unificación son particularizadas con las funciones económicas, ideológicas y políticas.

La sociología política, por su parte, separa lo político de lo social, tomando al Estado como un agente político concreto, o bien como algo diferente de las agencias sociales y estructuras donde opera. Sartori menciona que la explicación sociológica del Estado ha sido subsumida en la reducción sociológica del mismo (Abrams, 2015). Esto en parte se explica por la tradición parsoniana imperante en los años que escribe el autor, junto con Almond y Easton, quienes consideraron que era más relevante estudiar las funciones que las estructuras, esto es importaban los procesos no las instituciones, el Estado aparece como una práctica no como un aparato. En esta tradición funcionalista se ha abordado al estado como un modelo de entrada-salida, se estudió la socialización, la cultura política, los grupos de presión, la clase, el partido, los movimientos sociales, mientras el Estado continúa siendo una caja negra. Concluye el autor: *“se ha prestado atención a los procesos de base del sistema de gobierno y no a las funciones centrales de la coordinación y el despliegue del poder”* (Abrams, 2015, pág. 20). De esta manera de desvía la mirada hacia los sujetos sometidos al Estado, y no hacia éste.

Además de las prácticas institucionalizadas en el campo académico de la sociología política, existe un obstáculo teórico para hablar del Estado. Por un lado, la noción de Estado de Easton, Almond, Mitchell, y otros, deja una nebulosa sobre lo que el Estado es. Por el otro, el interés dentro de la sociología política sobre la entrada en terreno de la acción política de poblaciones previamente sumisas. La preocupación por el Estado, en sí ha sido muy rudimentaria, cuando se realizó un avance fue el resultado inesperado del análisis de las entradas y de los procesos del sistema de gobierno. Terminan analizando los “nuevos grupos”. Este tipo de estudios descubren al Estado como un agente legitimador, dotado de poder. (Abrams, 2015)

Abrams propone *“abandonar el estado como objeto material de estudio, sea concreto o abstracto, sin dejar de tomar muy en serio la idea del estado”* (Abrams, 2015, pág. 32). Los estudios que analizan las relaciones de las instituciones políticas y gubernamentales, o las implicancias de ciertos intereses económicos para la dominación, terminan descubriendo la ideología en la dominación. Señala Mitchell (2015), que una de las cuestiones centrales detrás de quitar al Estado del eje de análisis se justificaba por su uso ideológico, en tanto mito político, símbolo de unidad, generando controversias sobre su significado, pensaban además que estas construcciones previas, distaban de los procesos políticos modernos.

De lo expresado hasta aquí, podemos señalar que tanto el marxismo como la sociología política han estado a merced de la cosificación del Estado, que obstaculiza el estudio eficaz sobre problemas del poder político. Esta dificultad de estudiar el Estado descansa en su naturaleza tanto como en las predisposiciones de quienes lo estudian, a lo que el autor denomina la sujeción políticamente organizada. Sostiene Abrams (2015) que al igual que la familia, o la ciudad, el Estado es un objeto espurio de la sociología, por lo que sugiere ir más allá de los análisis de Hegel, Marx, Stein, Weber, etc., para llegar hasta las realidades de la subordinación social.

La alternativa para Abrams, es entender al estado como una construcción histórica, pero el desenmascaramiento no es automático. *“El estado es, a lo sumo, un mensaje de dominación, un artefacto ideológico que atribuye unidad, moral e independencia a los desunidos, amorales y dependientes funcionamientos de la práctica de gobierno”* (Abrams, 2015, pág. 39). El Estado es en sí mismo la máscara que nos impide ver la práctica política como es.

Mitchell dirá que Abrams, distingue entre dos objetos de análisis, el estado-sistema y el estado-idea, atendiendo específicamente a los sentidos en los que el Estado no existe. Foucault sugiere que el observar el aparato del Estado en forma aislada podría dar cuenta de los mecanismos de poder, sin embargo, el ejercicio del poder circula por canales más sutiles y ambiguos. *“El fenómeno que llamamos “el estado” surge de técnicas que permiten que prácticas materiales terrenales adquieran la apariencia de una forma abstracta, inmaterial”* (Mitchell, 2015, pág. 93). Por ello, cualquier intento de distinguir la apariencia abstracta o ideal del Estado, de su realidad material, no podría comprenderlo, al dar por sentada tal distinción, donde las fronteras entre una y otra son difusas. Es relevante el análisis histórico sostiene Mitchell, pero atendiendo a la construcción de esta distinción.

Tal como señala este último autor, también ha sido considerado por Block (2004), y luego por Block y Evans (2005) en la tradición de la sociología económica, donde ya no consideran las divisiones analíticas a la Parsons (economía, Estado, sociedad) como ciertas, poniendo de manifiesto que la diferenciación entre Estado y sociedad es difícil de sostener, tal límite entre ambas “entidades” no es aplicable en la investigación social, sin embargo, da cuenta de cuál es la naturaleza del fenómeno a analizar. Esta misma división se da entre el Estado y la economía, sobre todo en la teoría clásica. Pero esta línea *“es trazada por dentro de la red de mecanismos institucionales por medio de los cuales se mantiene el orden social y político”* (Mitchell, 2015, pág. 94).

### **El Estado desde el estructuralismo genético**

Pierre Bourdieu desde su marco conceptual, asumió que el dominio del Estado es la dominación simbólica, además de la física, no se pregunta lo que es, y pone el foco en lo que hace. Este autor considera que: *“el Estado es una X (por determinar) que reivindica con éxito el monopolio del empleo legítimo de la violencia física y simbólica en un territorio determinado y sobre el conjunto de la población correspondiente”* (Bourdieu, 1997, págs. 97-98), redefiniendo la fórmula propuesta por Max Weber, y enfocando en lo que hace en términos teóricos. El Estado es el resultado de un proceso de concentración de diferentes tipos de capitales, de fuerza física o de instrumentos de coerción, capital económico, capital cultural, informacional o capital simbólico, bajo un modelo de la emergencia del Estado, que le permite abordar sistemáticamente la lógica histórica de los procesos que instituyeron lo que hoy denominamos Estado. Esta

acumulación de capitales lo hace poseedor de una suerte de meta-capital, dirá el sociólogo francés.

La concentración de estas diferentes especies de capitales promueve la emergencia de un capital específico (meta-capital), que otorga al estado un poder sobre los diferentes campos y los capitales y sus respectivas tasas de cambio.

La elaboración del Estado va pareja con la elaboración del campo del poder entendido como el espacio de juego dentro del cual los poseedores de capital (de diferentes tipos) luchan particularmente por el poder sobre el Estado, es decir sobre el capital estatal que da poder sobre las diferentes especies de capital y sobre su reproducción (particularmente a través de la institución escolar). (Bourdieu, 1997, pág. 100)

El Estado que emerge de esta acumulación de capitales, debe afirmar su fuerza física en el exterior, en relación con otros Estados, y en el interior, en relación con los contrapoderes y las resistencias. Lo que se traduce en dos fuerzas, las armadas que operarían hacia el exterior, y la policial, hacia el interior. La concentración de fuerza física es acompañada de la fiscalidad creciente, que es correlativa a su vez, con la unificación del espacio económico, la creación del mercado nacional. La concentración física y fiscal llevada adelante por el Estado en la historia sería inviable sin la concentración simultánea de capital simbólico que lo dota de reconocimiento, de legitimidad.

Bourdieu sostiene que la unificación del capital económico por parte del Estado, vía la concentración fiscal, va aunada a la concentración informacional, que es tratada y distribuida por este, genera una unificación teórica, que lo ubica en la perspectiva del Todo. Este pasaje tiene un vínculo estrecho con la conclusión a la que arriba Foucault en su análisis del Estado, específicamente de la gubernamentalidad. Así, a través del censo, la estadística y la contabilidad nacional, se produce la totalización, y a partir de la cartografía, la escritura y de la codificación se genera la objetivación, unificación cognitiva que centraliza y monopoliza a favor de los instruidos.

La concentración informacional, permite que la cultura (nacional, agregaría) sea unificadora, sentenciará el autor, pues une desde el mercado cultural todos los códigos: los jurídicos, los lingüísticos, los métricos e incluso los comunicacionales, incluyendo el campo burocrático, con sus formularios, sus impresos, etc.

El Estado moldea las estructuras mentales e impone principios de visión y de división comunes, formas de pensamiento que son para el pensamiento cultivado lo que las formas primitivas de clasificación descritas por Durkheim y Mauss son para el «pensamiento salvaje», contribuyendo con ello a elaborar lo que se designa comúnmente como la identidad nacional –o, en un lenguaje más tradicional, el carácter nacional– (Bourdieu, 1997, pág. 106).

La educación será el canal de la acción unificadora del Estado, así la cultura dominante se construye como cultura nacional legítima, con el relevante rol del sistema escolar en la transmisión e imposición de una suerte de religión cívica, como también los presupuestos que sostienen la imagen (nacional, agregará) de cada sujeto. El capital

jurídico y su forma de concentración es una forma objetivada y codificada de capital simbólico dirá Bourdieu, que además tiene una lógica propia. El proceso histórico de concentración del capital jurídico se realiza en simultáneo con el proceso de diferenciación que lo constituye como un campo autónomo, con el especial poder de nombrar. Se da un pasaje desde la forma de gobierno del rey<sup>25</sup> a la del Estado, donde *“se pasa del capital simbólico, basado exclusivamente en el reconocimiento colectivo, a un capital simbólico objetivado, codificado, delegado y garantizado por el Estado, burocratizado”* (Bourdieu, 1997, pág. 112).

El nombramiento se aproxima a un acto misterioso, a la magia tal como la describe Mauss.

Como el hechicero moviliza todo el capital de creencia acumulado por el funcionamiento del universo mágico, el presidente de la República que firma un decreto de nombramiento o el médico que firma un certificado (de enfermedad, de invalidez, etc.) movilizan un capital simbólico acumulado en y por toda la red de relaciones de reconocimiento que son constitutivas del universo burocrático (Bourdieu, 1997, pág. 113).

La pregunta sigue siendo quién certifica la validez del certificado. Y tal como indica Bourdieu retomando a Austin, el presidente de la República es alguien que se toma por presidente, pero que al contrario que el chiflado que se considera Napoleón, al primero le reconocen el derecho a hacerlo. Entonces la respuesta es que es el Estado el último eslabón en la cadena de reconocimientos.

Para que el Estado actúe como principio y el fin de los reconocimientos simbólicos que le permiten la acumulación física y fiscal, es necesario comprender cuál es la eficacia simbólica del mismo, es decir el poder que este tiene. Para ello, usando los principios epistemológicos que guían sus análisis de lo social, propone el autor que es necesario superar la oposición entre la mirada fiscalista, donde las relaciones sociales son relaciones de fuerza, como también la visión semiótica, que entiende las relaciones como de fuerza, de sentido o de comunicación.

Las relaciones de fuerza más brutales son al mismo tiempo relaciones simbólicas y los actos de sumisión, de obediencia, son actos cognitivos que, en tanto que tales, ponen en marcha unas estructuras cognitivas, unas formas y unas categorías de percepción, unos principios de visión y de división (Bourdieu, 1997, págs. 115-116).

La idea es que los agentes construyen el mundo social a partir de estructuras cognitivas, históricamente constituidas, que resultan arbitrarias y convencionales, por lo tanto, pasibles de ser reconstruidas en sus génesis. El Estado contribuye en la producción y reproducción de instrumentos de construcción de la realidad social, como estructura organizativa e instancia reguladora, despliega acciones formadoras de disposiciones duraderas. Los ritos de institución que garantizan esta eficacia simbólica pueden ser encontrados en aquellos que fundamentan la familia (inscripciones en los registros

---

<sup>25</sup> El pasaje se planta a partir de que el rey comienza a detentar el monopolio del ennoblecimiento, y la transformación de los cargos (puede nombrar), que son comprendidos como recompensas para ocupar puestos de responsabilidad, que exigen competencia, una incipiente carrera burocrática.

civiles, por ejemplo), en los que garantizan el funcionamiento escolar, y los espacios de consagración. Genera el marco a las prácticas de los “súbditos”, así instaure categorías de percepción, formas comunes, marcos sociales de percepción, formas estatales de clasificación, que permite la orquestación de los habitus, tanto como conjuga evidencias del sentido común.

Comprender la dimensión simbólica del efecto de Estado, y su efecto universalizante, requiere comprender el funcionamiento de la burocracia.

Hay que analizar la génesis de este universo de agentes del Estado, de los juristas en particular, que se han constituido en la nobleza de Estado instituyendo el Estado, y, en particular, produciendo el discurso performativo sobre el Estado que, aparentando decir qué es el Estado, conseguía que el Estado fuera diciendo lo que tenía que ser, por lo tanto lo que tenía que ser en la posición de los productores de este discurso en la división del trabajo de dominación (Bourdieu, 1997, pág. 122).

### **El Estado como gobierno**

En vez de pensar las prácticas del Estado, como la forma en que la burocracia se encarga de la producción de la institución, el análisis de Mitchell sostendrá que la división entre estado y la sociedad no es sólo una frontera, sino que se presenta como una distinción inherente a dos campos de actividad, anclándose en aportes de Foucault, pero también de autores como Ferguson y Evans.

Para fundamentar esta posición, Mitchell (2015) desarrolla diferentes ejemplos, situaciones donde la distancia entre el Estado y otras instituciones no es tan clara, y dicha separación sólo puede sostenerse en el análisis. La noción de Estado *“no pretende mostrar al estado y las organizaciones privadas como una sola estructura de poder integrado. Al contrario, siempre hay conflictos entre ellos, así como hay diferencias entre las diferentes dependencias de gobierno, entre corporaciones privadas y dentro de cada una de ellas”* (Mitchell, 2015, pág. 103). La propuesta es no dar por sentada la idea del Estado como la de un objeto coherente y claramente separado de la “sociedad”, pero tampoco por su vaguedad y complejidad rechazar completamente este concepto. Las configuraciones que van propiciando la separación del Estado, crean efectos de agencia y autonomía parcial con consecuencias concretas, las que dependen de la creación de esa frontera entre Estado y sociedad.

Para explicar el efecto del Estado como una idea homogénea, Mitchell recurre a la noción de disciplina de Foucault, donde es identificada con los métodos polimorfos de pequeña escala. El poder disciplinario tiene dos efectos para comprender al Estado, nos dirá: *“permite ir más allá de la imagen del poder como sistema de órdenes soberanas o de políticas respaldadas por el uso de la fuerza”* (Mitchell, 2015, pág. 106). Lo que trasvasa la concepción de sistema donde la autoridad está por encima de la sociedad, y fuera de ella, generando la imposición de límites externos al comportamiento, estableciendo prohibiciones e identificando las conductas apropiadas.

La disciplina, en contraste, no funciona desde fuera sino desde dentro, no al nivel de una sociedad entera, sino en los detalles, y no restringiendo a los individuos y sus acciones, sino produciéndola. [...] Las disciplinas operan a nivel local; se integran a los procesos sociales, separan sus funciones, reorganizan sus componentes, aumentan su eficiencia y precisión, y los reacomodan en combinaciones más poderosas y productivas. Estos métodos producen el poder organizado de ejércitos, escuelas, burocracias, fábricas y otras instituciones características de la época tecnológica. También producen, dentro de tales instituciones, al individuo moderno, construido como un sujeto político aislado, disciplinado, receptivo y trabajador. (Mitchell, 2015, págs. 106-107).

Además de la confrontación con las órdenes, la subjetividad es formada en esas instituciones, se manifiesta como relacional. Y ya no es necesaria la definición del Estado como esencia, porque es una relación, que en el tiempo se estabilizó como una institución específica, pero cambiante a lo largo de la historia y de las diferentes condiciones de posibilidad. Sin embargo, queda pendiente en el desarrollo de Foucault, cómo los poderes disciplinarios se utilizan, estabilizan y reproducen en las estructuras de estado, o en otros mecanismos, esto es la relación que se establece entre el nivel molecular microsocioal con el macrosocioal.

Foucault en su posterior etapa de producción orienta su mirada hacia los métodos de poder, y el control a gran escala, tomando relevancia el análisis de la población, como nuevo objeto donde operan las relaciones de poder, y las nuevas tácticas y técnicas de poder. En este devenir, acuña la palabra gobierno, refiriendo a:

Las nuevas tácticas de administración y métodos de seguridad que toman a la población como su objeto. Como ocurre con el término disciplina, gobierno se refiere al poder en términos de sus métodos, más que a sus formas institucionales. El gobierno hace uso de micropoderes de la disciplina; de hecho, el desarrollo de los métodos disciplinarios se acelera a medida que éstos se aplican al problema de la población. Pero el gobierno tiene sus propias tácticas y racionalidad, expresadas en el desarrollo de su propio campo de conocimiento: la ciencia emergente de la economía política.” (Mitchell, 2015, pág. 108).

Donde nuevamente se plantea una relación entre el Estado y la economía, pero en este caso, no con la economía como actividad económica (economy), sino como la disciplina (economics) como una ciencia del Estado o para el mismo. Bourdieu también plantea esta cuestión en *“Las Estructuras Sociales de la Economía”* (2001), donde además menciona que no hay un reconocimiento explícito de ello, lo que podría pensarse en la ausencia de una teoría sobre el Estado en dicha disciplina.

Retomando el planteo de Foucault, cómo se construyen esta separación entre las prácticas y la estructura inerte. Mitchell señala que:

La especificación precisa de espacios y funciones que caracteriza a las instituciones modernas, la coordinación de estas funciones en estructuras jerárquicas, la organización de la supervisión y la vigilancia, la delimitación de tiempos en agendas y programas: todo ello contribuye a construir un mundo que no parece consistir en un complejo de prácticas sociales sino en un orden binario: por una parte los individuos y sus actividades, y por

otra una “estructura” inerte que de alguna forma está aparte de los individuos y los precede, los contiene y enmarca sus vidas (Mitchell, 2015, pág. 110).

Así, señala luego el autor, que acostumbramos a ver a la fábrica como un aparato de producción, mientras que el Estado es visto como un aparato de poder, mientras que desde esta forma de comprender, “*ambos son sistemas de poder disciplinario y los dos son técnicas de producción*” (Mitchell, 2015, pág. 113). El Estado produce con la práctica política un todo inmaterial que parece existir por fuera del mundo material de la sociedad. Mientras que la organización del trabajo, produce el capital<sup>26</sup>. En tanto que ambos pueden ser analizados como aspectos de un proceso común de abstracción, enfoque que permite ampliar la crítica al concepto de Estado al incluir a la economía (disciplina).

### **Estado y sus acciones<sup>27</sup>**

La pregunta siguiente será cómo analizar esas acciones estatales, o lo que el Estado produce. La forma jurídica en que organiza sus recursos el Estado para llevar adelante la “gestión” de la población suelen denominarse políticas públicas, que pueden estar articuladas en instrumentos legales como leyes, decretos, resoluciones, y organigramas de la administración del Estado, como también pueden aparecer en prácticas concretas de sus agentes que se encuentran enraizadas, pero no “legalizadas” u objetivadas en algún instrumento. Para analizar las “medidas”, “herramientas” formalmente planteadas, se constituyó una subdisciplina dentro de las ciencias políticas, el análisis de las políticas públicas. Un texto que circula bastante en este ámbito en Argentina es una recopilación de Subirats, Knoepfel, Larrue, y Varone (2008), que distingue la actividad del análisis de políticas públicas, del resto que analiza al Estado, principalmente. Se sostiene desde esta vertiente más “técnica” que una buena aproximación a los intereses más agregados permitiría dividir a la sociedad en dimensiones pública y privada. El Gobierno es considerado responsable de defender intereses generales y a largo plazo, mientras que los privados buscan sus intereses particulares, y en lo inmediato. Por lo tanto, la política pública se torna uno de los vínculos con los cuales el gobierno interactúa con la sociedad civil, con los actores privados y sus necesidades.

Los actores privados tienen un comportamiento cercano al homo economicus (Bourdieu, 2001) en esta perspectiva, la Política Pública comprenderá a una serie de decisiones, coherentes, que son tomadas por diferentes actores públicos, o no, para resolver un problema definido como colectivo. Estas decisiones y acciones generan actos formales (legales), con distintos grados de obligatoriedad, “*tendientes a modificar la conducta de*

---

<sup>26</sup> “*Después de todo, lo que distingue a la producción capitalista no es sólo la organización disciplinada del proceso laboral, sino la manufacturación de una abstracción aparente –el valor de cambio– que parece existir aparte de los objetos banales y los procesos a partir de los cuales es creada*” (Mitchell, 2015, pág. 113).

<sup>27</sup> Hablo de acciones, y no de prácticas, porque por el momento estoy analizando una discusión más o menos abstracta. Usaré el término práctica, para analizar y describir cómo esas acciones toman cuerpo en el territorio.

*grupos sociales que, se supone, originaron el problema colectivo a resolver”* (Subirats, Knoepfel, Larrue, y Varone, 2008).

Estos autores proponen un esquema de análisis circular planteando la relación entre las siguientes etapas: La definición política del problema público; El programa de actuación político-administrativo; El acuerdo político-administrativo; Los planes de acción; Los actos formales de implementación; y los enunciados evaluativos de los cambios de comportamiento de los grupos-objetivo (impactos) así como de los efectos obtenidos en términos de solución del problema (resultados observables en el grupo de beneficiarios finales).

Este esquema es muy sencillo y simplifica casi al extremo el proceso mediante el cual una política se gestiona y desarrolla. Pone en el centro la necesidad de un problema público, sin dar lugar a la convivencia de intereses contrapuestos, o agrupados que por su fuerza misma generan una política específica, que no responde a un problema lógico, sino más bien político. Este tipo de acercamientos a las políticas, ponen el foco en la reconstrucción de la misma, y el análisis de su impacto, efecto, entre otras cosas, desde un proceso racional y lógico. La mirada está asentada en el Estado, se mira desde allí.

Por otro lado, Shore (2010) manifiesta que la formulación de políticas desde una mirada más cercana a la antropología, es una actividad socio-cultural, inmersa en procesos sociales cotidianos, los del Estado y sus agentes, *“en los protocolos lingüísticos y en las prácticas culturales que crean y sostienen esos mundos”* (Shore, 2010, pág. 24). Planteando luego que el análisis de las políticas públicas implica dar sentido a un conocimiento tácito, a las diferentes interpretaciones y las definiciones que varían de acuerdo a los actores situados en lugares diferentes. Esto es, permite acercarse tanto a la mirada de quienes “piensan” la política, los que la “luchan” (movimientos sociales, agrupaciones empresarias...) y los que finalmente son destinatarios de las mismas. Este viraje en el análisis de las políticas viene acompañado de un viraje desde la función al significado en las ciencias sociales.

Una de las características principales de la aproximación antropológica a las políticas públicas es su especial atención a los sentidos que asumen para las personas.

La antropología tiende a resaltar la complejidad y lo desordenado de los procesos de formulación de políticas, en particular las maneras ambiguas y a menudo disputadas en que las políticas son promulgadas y recibidas por la gente, por decirlo de alguna manera, “en el terreno”. (Shore, 2010, pág. 29)

Continúa el autor señalando que para comprender por qué funcionan o no las políticas, necesitamos saber cómo son recibidas, como son experimentadas por las personas. Esta forma de pensar la antropología se vincula con lo que Herzfeld denomina: *“la antropología como crítica del sentido común”*, refiriendo a que sólo las cosas que forman parte del sentido común son las que no se ponen en primer plano, y muchas veces se encuentran en las políticas públicas. El sentido común, en términos antropológicos, no es común a todas las culturas, y *“ninguna de sus versiones es particularmente sensata*

*desde la perspectiva de cualquier persona externa a su particular contexto cultural” (Herzfeld, 2001: 1)” [Citado en Shore, 2010, pág. 29].*

La perspectiva de Shore descansa en que la antropología de la política pública permite abordar algunas de las preguntas de gran escala, como la transformación del Estado, los nuevos métodos de gobierno, la articulación de las relaciones de poder. Así, junto con Susan Wright, en “Anthropology of politics...” (1997) consideran que las políticas públicas pueden ser interpretadas en cuanto a sus efectos, las relaciones que crean y los sistemas de pensamientos en los cuales están inmersas, lo que permite un diálogo con el planteo más general de Mitchell.

El primer argumento que esbozan Shore y Wright es que *“Las políticas públicas reflejan ciertas “racionalidades de gobierno” o “gubernamentalidades””,* esto es, reflejan maneras de pensar el mundo, como también maneras de actuar en él. *“Contienen modelos implícitos –y algunas veces explícitos- de una sociedad y de visiones de cómo los individuos deben relacionarse con la sociedad y los unos con los otros”* (Shore, 2010, pág. 31). Tal como señalan Rose y Miller (1992), el gobierno moderno se apoya cada vez más en *“técnicas del yo”*, que implantan normas y reglas donde los individuos se gobiernan a sí mismos, y se administran, por ello son relevantes la autogestión y la autorregulación. Este es el sentido que ordena las acciones de actores de las instituciones que describí en la primera parte de este capítulo.

El segundo punto propone que *“Las políticas funcionan de manera similar al “mito” en sociedades no letradas”,* anclándose en Malinowski, *“como los mitos, las políticas públicas ofrecen narrativas retóricas que sirven para justificar –o condenar- el presente, y algo más usual, para legitimar a quienes están en posiciones de autoridad establecidas”* (Shore, 2010, pág. 32). Otorgan así coherencia, orden y certeza a las acciones usualmente incoherentes, desorganizadas e inciertas del gobierno.

Otro argumento elaborado es que *“las políticas son inherentemente instrumentales”,* son herramientas de intervención para un tipo de orden y de coherencia, que vía la acción social permiten administrar, regular y cambiar la sociedad. A pesar de manifestar en cierto grado alguna voluntad de poder, su carácter instrumental no elimina su efecto simbólico o de significado. Podría agregar que la visión instrumental es la que se encuentra más fácilmente en el enfoque de las ciencias políticas, mientras que el abordaje simbólico en la antropología. De igual manera, el cuarto punto señala que *“Un enfoque de política pública provee un método de investigación útil”,* pues *“las políticas públicas nos proveen de lentes para estudiar y explorar profundamente los mundos de los mismos formuladores de políticas, y no simplemente estudiar a las personas a quienes están dirigidas”* (Shore, 2010, pág. 33).

Por último, sostiene Shore que *“las políticas públicas son fenómenos políticos, pero su naturaleza política está a menudo oculta detrás del lenguaje objetivo y legal-racional con el cual son presentadas”.* Una de las formas más habituales de presentar una política es términos de eficiencia, no siempre se explica de eficiencia para qué o quién, pero es

un discurso aceptado. De igual manera, las políticas al definir una vía de accionar, están descartando otra, y están destinando dinero público hacia un sector particular.

Las políticas funcionan mejor cuando son percibidas como técnicas racionales y como soluciones “naturales” para los problemas que enfrentamos, es decir, cuando logran desplazar el discurso a un registro que posiciona el debate fuera de la política y, por lo tanto, en una esfera donde el desacuerdo es visto como inapropiado o imposible (Shore, 2010, pág. 34).

Pero las políticas están atravesadas por instituciones y agentes que llevan inmersas la historia singular de cada uno/a, y de su inserción en un espacio social específico, pero que se hacen en nombre de la eficiencia, de la neutralidad que brinda el saber científico.

### **El Estado en el barrio**

Desde la perspectiva antropológica, autores como Ferguson, Gupta, Herzfeld han pensado al Estado desde su doble efecto social de orden y trascendencia. Esta forma de analizar propone: *“percibir primero las instancias del estado tal como existen a nivel local para luego analizar dichas manifestaciones locales de burocracia y derecho en tanto interpretaciones culturalmente constituidas o como apropiaciones de las prácticas y de las formas que constituyen el estado liberal moderno”* (Das y Poole, 2008, pág. 21). Se marca un acercamiento más inductivo si se quiere al análisis del Estado, comparado con lo planteado por Bourdieu (1997, 2001), pero también más cercano a la etnografía como método. Los espacios “marginales” son vistos como espacios de desorden, donde el Estado no logró instalar una noción de orden, y por ello permiten comprender el funcionamiento del mismo.

Sin embargo, Asad (2008) se pregunta cómo se puede definir del margen del Estado. Asume que el trabajo de Das y Poole, plantean que éstos pueden ser imaginados como: periferias o territorios en los que el Estado aún debe penetrar, *“espacios, formas y prácticas a través de los cuales continuamente el estado es tanto experimentado como deshecho en la ilegibilidad de sus propias prácticas, documentos y palabras”* (Asad, 2008, pág. 53), como también *“el espacio entre los cuerpos, la ley y la disciplina”*. Lo que le permite sugerir al autor que los márgenes pueden percibirse de distintas maneras, porque el Estado no es un objeto estático, ni coherente en su actuar, agregaría. Los límites de éste se definen a partir de la membrecía, la inclusión; el adentro y el afuera; la ley y la excepción, que es en parte la producción del Estado moderno.

Además de permitir “estar ahí”, una de las “bondades” de la etnografía gira en tono a permitir recuperar la mirada de los actores, las denominadas perspectivas nativas. Ahora bien, esta recuperación tampoco resulta sencilla, ni exenta de conflictos. Balbi (2012) resalta el carácter de construcción heurística que posee esta recuperación de las perspectivas nativas, porque ante la asunción de que los sujetos se explican de alguna manera el mundo a sí mismos, para poder actuar en él, no quiere decir que eso constituya una teoría en los términos académicos, sino más bien, que es una reconstrucción conjunta, donde la investigadora estará presente.

Aunque las formas en que los sujetos conciben su propio mundo social pueden tomar una forma pretendidamente distanciada y objetivadora, no necesariamente lo hacen -y, acaso, regularmente no lo hacen-, de modo que si las tratamos a priori como teorías corremos el riesgo de no ser capaces de aprehenderlas adecuadamente al introducir un sesgo intelectualista que responde, antes que nada, a nuestras expectativas. (Balbi, 2012, pág. 491)

Continúa el autor comentando que los marcos de referencia más o menos compartidos por un grupo de actores o una categoría no necesariamente serán objetivamente válidos en su mundo social, pero necesariamente guardarán alguna correspondencia, y por esta razón es que nos aportarán algo útil para comprender ese espacio. Sin embargo, *“no tendría mayor sentido que nos limitáramos a describir ese mundo desde el punto de vista nativo; y de allí también que tenga mucho sentido tratar de conseguir que nuestra mirada se haga permeable a esas perspectivas nativas”* (Balbi, 2012, pág. 492). Para esto resulta necesario el proceso de reflexividad, que no es un autoanálisis, sino con la puesta en juego de la posición que ocupa quien investiga, las restricciones y potencias que encierra, relacionados con el pensamiento y la práctica de los sujetos con quienes investigamos.

La etnografía es la vía privilegiada para desnaturalizar conceptos que son tanto categorías nativas de nuestras sociedades como herramientas teóricas de las ciencias sociales. Tal es así que el análisis etnográfico, lejos de atribuir a las categorías nativas un sentido preciso, los puede dotar de los múltiples sentidos que pueden presentar en la práctica, así podríamos saltar la falacia escolástica, o el sesgo intelectualista pues *“no resultan de la especulación teórico-normativa de quien escribe sino del examen detallado de sus usos por parte de actores socialmente situados”* (Balbi y Boivin, 2008, pág. 10).

Acá es donde toma relevancia la construcción teórica de pensar desde lo múltiple, o los múltiples posibles y reales, contrapuesto a la idea esencialista, presupuesto desde el cual preguntar qué es el Estado pierde relevancia, y toma vida la pregunta sobre cómo se despliega, en tanto análisis de las prácticas. Sin embargo, aún es relevante no descartar la pregunta sobre lo que es, pues como mencionaba Abrams, esa construcción ideológica se imbrica en las subjetividades.

Todo este desarrollo da cuenta por qué resulta relevante incorporar la idea del Estado como tal, y sin dejar de mirar los cuerpos y las prácticas emergentes en el barrio, explicitar las relaciones que en el campo se despliegan y quienes dan vida a las políticas del Estado, cómo este se hace presente. Es una apuesta analítica compleja, pero potente al poner en juego el vínculo y analizar lo que ahí se desarrolla. Salimos del análisis puro sobre el Estado, de las políticas públicas como lo plantea Shore (2010), de la relación abstracta de éste con la economía, o con la sociedad, como también de los análisis sobre la percepción del Estado desde sus interlocutores, para ver en las relaciones lo que tienen de vivas.

En esta forma de mirar al Estado, desde un enfoque etnográfico, en su versión correntina:

*re-funda constantemente (el estado) en sus modalidades de control y sus prácticas son colonizadas por otras formas de regulación que emanan de las poblaciones locales, dirige inevitablemente la atención hacia las formas en que tales modalidades y prácticas son experimentadas, concebidas e imaginadas por diferentes sujetos: así, conduce a la producción de análisis de cuestiones tales como las del Estado, la ley y su 'aplicación', las biopolíticas o la ciudadanía en términos que implican una mirada más dinámica, compleja y penetrante que aquella que resulta de enfoques que optan por predefinir sus objetos monolíticamente desde puntos de vista teórico-normativo" (Balbi y Boivin, 2008, pág. 11).*

Finalmente, el abordaje etnográfico da algunas pistas sobre la importancia de comprender las lógicas de los procesos de producción del Estado. La etnografía como método que accede al discurso y la práctica desde el contexto donde se produce, sumado al análisis de las estructuras que permean esas prácticas resulta potente para pensar al Estado, a la economía y a las mujeres, en sus relaciones, pero sin renunciar a la potencialidad de pensar e imaginar conceptos. Abre la mirada también hacia un potencial teórico, vía la recuperación de la imaginación para la construcción conceptual.

#### Las miradas de las instituciones en el barrio

De todo lo planteado, primero en la reconstrucción de las instituciones y sus miradas en el barrio, y luego de cómo podemos pensar y etnografía el hacer del Estado, en este apartado daré cuenta de cómo se genera la articulación entre éstas, que componen el marco del vínculo estableceré con las mujeres, pero que también se vuelve a activar en diferentes situaciones a lo largo de la tesis. El Estado se hace presente en el barrio vía tres espacios principalmente. El PDTS, el PROMEBA y el CES. A pesar de que en un sentido estricto, sólo el PROMEBA podría ser considerada como una política pública, ya que implica una asignación de presupuesto, una organización burocrática, y un objetivo bien definido, considero que pensar la acción de la universidad, indagada desde estos dos agrupamientos de personas con proyectos que funcionarían como norte de acción y que organizan recursos para tener un impacto en lo social, pone de manifiesto un abordaje relacional y material sobre un actor específico que suele estar ausente en los análisis del territorio, y sin embargo, resulta relevante para comprender las prácticas de las personas en ese espacio. La semejanza entre estas acciones "universitarias" y las políticas públicas, las planteo para marcar la distinción con el rol "educativo" asignado a la universidad, y su versión más vinculada a los proyectos de extensión, en términos generales.

De esta manera estaríamos captando la relación entre dos partes analíticas (compuesta de muchas personas, y cada quien con su propia subjetividad), pero donde la pregunta por la voluntad política que se expresa, tanto como la presunción de dominación y autoritarismo como relación exclusiva del Estado, son puestas en tensión al considerar que el poder es relacional. Ambas partes, quien realiza una acción transformadora del

territorio, como quien la recibe (al menos provisoriamente) tienen diferenciales de poder en distintas dimensiones, lo que busco poner en evidencia es esta relación, y como se van componiendo estos diferenciales, pensando su estabilización.

Usando lo más potente del estudio de las políticas públicas clásico, podemos definir la problemática reconocida por cada una de estas acciones en el barrio, haciendo las salvedades que realiza Shore. La relevancia de analizar estas acciones como políticas, radica en que estas instituciones asumen una forma “*deseable*” de cómo organizar el “barrio”, movilizan recursos con ese fin, y actúan efectivamente reconfigurando las fuerzas que allí se despliegan. Shore y Wright (1997) detallan que el abordaje antropológico de la política provee herramientas conceptuales de análisis potentes sobre los procesos y las agencias de gobierno, pero también una forma de reconceptualizar el campo, “*no como una comunidad local discreta o un área geográfica delimitada, sino como un espacio social y político articulado a través de relaciones de poder y sistemas de gobernanza*” (Shore y Wright, 1997, pág. 11).

En este sentido, indagaré a estas tres “instituciones” desde una grilla provisoria de inteligibilidad. No es mi intención profundizar en el análisis de estas acciones, sino dar cuenta de lo que expresan, para poder pensarlas en relación a lo que les sucede a sus destinatarios en el territorio. Para ello tomaré la descripción de Shore sobre lo que implican las políticas, sintetizando la indagación a la racionalidad que las guía, el relato que contienen, las herramientas que utilizan y la puja política, o bien qué “solución natural” proponen. Para ver la racionalidad de las mismas enfocaré en los objetivos que enuncian (o estabilizan al escribirlos) y las técnicas que despliegan para operativizar esos objetivos. El relato se manifestará en lo que explican que hacen, mientras que las herramientas darán cuenta de cómo se organizan y qué actividades específicas realizan en el territorio. Finalmente, la puja política será descripta a partir de qué conocimientos son presentados como técnicas racionales, incluso como soluciones naturales, en general propuestas por “expertos”.

El PROMEBA plantea como problema central la pobreza, explicada por el hacinamiento en las viviendas, el riesgo ambiental y las condiciones sanitarias de quienes habitan en asentamientos irregulares. Frente a este problema tienen como objetivos mejorar la calidad de vida y contribuir a la inclusión urbana y social e integración de los hogares argentinos de los segmentos más pobres de la población, específicamente los ubicados en asentamientos. Esta actividad se financia con fondos del Banco Interamericano para el Desarrollo (BID), y la hacen vía proyectos integrales barriales, que abordan el acceso a la propiedad de la tierra, obras de infraestructura urbana, equipamiento comunitario y saneamiento ambiental, tanto como el fortalecimiento del capital humano y social de los barrios. Para la definición de estos proyectos utilizan una metodología que aboga por el compromiso y la participación de los actores, en mesas de gestión integrada por otros organismos del Estado, organizaciones barriales, empresas de servicios públicos,

empresas constructoras, y otras organizaciones que tengan algún tipo de injerencia en la vida social del barrio/asentamiento en cuestión.

La instrumentación del programa la organizan en tres niveles. En un primer nivel está la UCN, encargada de administrar los fondos recibidos en préstamo por el BID, estableciendo prioridades, planificando y realizando el seguimiento de estas actividades. En segundo y tercer nivel se encuentran las UEP y las UEM, quienes identifican, formulan y ejecutan los proyectos, los contratos, las capacitaciones y las supervisiones de los profesionales que integran los grupos interdisciplinarios que intervienen en los barrios.

La forma en que esta estructura generó actividades en el barrio, la encontré en la descripción que realiza Patri desde su posición: primero la aplicación de la ficha censal adaptada, pero que se define desde la UCN, luego el diagnóstico, que implicó la realización de talleres en la escuela, y de esta “escucha” organizaron la intervención en el barrio. La segunda parte, a partir del 2012, año en que ya se habían hecho las obras de infraestructura, y también los CPC. Fue “bajado” el reglamento del programa, y se lo trabajó con los vecinos, especialmente las prohibiciones de usar el espacio como sala velatoria, albergar personas en las inundaciones o como comedor. Conformaron una comisión en el Barrio San Jorge y “aplicaron” en parte el reglamento, dejando grados de libertad a las personas para participar. Para “cederlo” se organizó una elección que definió un presidente, un vicepresidente, un secretario, un tesorero, quienes tenían el mandato de definir cómo iban a mantener ese espacio. Ese era el espacio de participación activa, los límites venían marcados por el programa.

La organización para este tipo de actividades quedó en manos de un grupo de “expertos” quienes se encargaban, con distintas estrategias, de comunicar a lxs destinatarixs de las obras, cómo debían comportarse con ellas, qué tendrían que hacer, en síntesis, como debían vincularse con el territorio a partir del paso del PROMEBA por su zona. Lxs expertxs eran principalmente ingenieros (varones en su mayoría), para el caso de la infraestructura dura, mientras que la blanda era movilizada por una asistente social. Esta asistente social pensaba que uno de los problemas centrales era que “esa gente” tenía chanchos conviviendo con ellxs. Entonces, la cuestión era sacar los chanchos, por el olor que generan desde la mirada técnica, pero a su vez representa la forma de “trabajo” y lo que les permitiría generar otros ingresos. El programa no contemplaba las actividades que ya realizaban las personas que se encontraban habitando el barrio. Asumieron que criar chanchos estaba mal en términos de los códigos urbanos, lo mismo respecto de tener caballos. Entonces, se eliminan estos espacios, se generó una cuadrícula urbana pensada para personas que salen a trabajar fuera del hogar, cuando ellos mencionan en su diagnóstico que estas personas viven y trabajan del cirujeo, del cartoneo, de la costura, en sus propias casas. Las que no están preparadas para realizar estas actividades, y tampoco, una vez implementadas las obras del PROMEBA, pueden continuar con las actividades que les proveían su sustento, los chanchos, los caballos.

Son barrios pensados para “obreros”, es decir, casas dormitorio donde la actividad productiva se realiza fuera. Pero en el barrio, las casas son espacios activos de producción en general.

En este sentido, el primer conflicto emergente, se da entre una lógica social incorporada en la política que “baja” el PROMEBA, que tiene en mente un trabajador o una trabajadora, que está asalariada, mientras que las personas que habitan el barrio, específicamente los recientemente llegados, que tienen una lógica del rebusque, una lógica de cazador/a, diría Merklen (2010). Esta “condena” sobre que todos cobran planes que suele significar en la mirada de la clase media argentina, que no trabajan, por ende, están fuera de lo previsto, de lo posible, tiene un efecto concreto en cómo se piensa y diseña tanto la circulación en el espacio público, como las viviendas de las personas que serían relocalizadas.

El programa separa los que saben de los que habitan, es decir los ingenieros, quienes definían donde iban a ser las obras hidráulicas, el agrimensor que establecía el espacio para las casas. Entonces, la participación de los vecinos, más que participación era un espacio de información sobre lo que se haría, y de las actividades que les tocaba a ellos como vecinos realizar. Seguían “bajando” lo que se definía desde el programa a nivel nación, y desde los espacios de saberes, sobre lo que sería mejor para los vecinos.

La pregunta que me queda latente es en qué medida el trabajo con lxs vecinxs es constructivo, si están hablando de un enlatado donde hay parámetros de las obras que se consideran necesarias para una mejor calidad de vida, establecidas en las condiciones del préstamo que se obtuvo del BID y en el proyecto “elevado” para que ese equipo comience a trabajar allí, dada la existencia de los fondos. Incluso resultaría útil, desde mi lectura, especificar cuáles son las cuestiones que pueden “flexibilizarse” y cuáles ya están definidas, lo que parecería tener una separación en los que saben lo que es lo mejor, por un conocimiento “técnico” del suelo, y quienes tienen un conocimiento situado, el que deviene de la experiencia y la observación de los sucesos climáticos y sus efectos.

Actualmente, el programa se encuentra en su etapa final, se han realizado diferentes obras en el barrio, pero resulta que, las calles que han sido ripiadas, donde se han construido los cordones cuneta, presentan serios problemas de acumulación de agua, que resulta difícil considerar que se debe al mal uso de los vecinos, pues la acumulación se da por la falta de circulación frente a las grandes lluvias. Antes, no se podía acceder porque eran pasillos, porque no podía pasar la máquina para hacer mantenimiento, ahora no se puede porque el PROMEBA mejoró las calles en su apariencia, pero no contempló la forma natural de escurrir del agua en el territorio. Cosa que los vecinos, por el simple hecho de habitar el espacio conocían. De ser una participación más activa, engorrosa como todo proceso de diálogo de saberes, quizás se podrían disminuir este tipo de problemas. Pero aquí son otras dos lógicas que colapsan, la inmediatez de la política en mostrar resultados, y el tiempo de maduración de un proyecto participativo.

El PDTS se incorpora al territorio a partir de que de alguna manera les hacen llegar el problema de la falta de actividades en el CPC lo que dificultaba su funcionamiento, y dejaba un bache en el accionar del PROMEBA, pero también de los distintos niveles de gobierno. En ese marco, diseñaron un proyecto que se planteaban varios objetivos que excedían las posibilidades concretas del proyecto, como el de “Considerar la cultura como eje vertebrador de las políticas públicas”, pero también se proponía la democratización de la cultura a partir de la participación, promover manifestaciones culturales propias, potenciar la cultura como factor de desarrollo, entre otros tantos que ya fueron mencionados. La estrategia para lograr esta multitud de objetivos, se propusieron movilizar a lxs distintas instituciones que participaban y sus actores, para que detecten problemas, elaboraran proyectos y los llevaran adelante, bajo la “motivación” de un coach con mucha experiencia de trabajo territorial en Colombia y Argentina. Mientras que la organización era quizás más difusa, porque lo hacía a partir de una coordinación, pero sin actividades específicas definidas por parte del resto de las instituciones que lo componían.

Las actividades que se pudieron efectivizar fueron variando en el tiempo. Las que vemos en este primer trayecto tienen que ver con recorridos, intentos de soluciones inmediatas a algunos problemas, articulaciones con actores y organizaciones, y en algunos casos, la generación de talleres para que lxs vecinxs aprendan a hacer pan dulce, por ejemplo. Estas actividades contaban con diversas fuentes de financiamiento, por un lado, el CONICET, pero también el gobierno provincial con sus aportes de personas para los talleres, e incluso la facultad con los honorarios docentes de quienes intervenían. En esta primera etapa, a pesar de no aparecer incorporadas formalmente, quienes integrábamos el CES estuvimos a partir de nuestro trabajo docente y como becarias del CONICET.

Una cuestión resonante de este primer acercamiento, tiene que ver con la separación de la función que creían cumplía el Estado y las que hacían ellas allí. Enunciaron que ellas no eran funcionarias, por lo que no podían conseguir sillas en este caso, ni ningún recurso, pero de inmediato agregaban que iban a transmitir esta inquietud. Quizás quien se comunicaba con ellas detectó este capital incorporado de relaciones que le permitía resolver una demanda. La universidad no brinda bienes materiales en general, pero si “da” contactos, establece relaciones que de otra forma son menos eficaces en el barrio.

Al menos en apariencia se puede entrever la parábola de enseñar a pescar, más que dar el pescado por parte del PDTS. Como una suerte de enseñar a gestionar los recursos que se tienen, desde un supuesto lugar neutro, que lxs vecinxs, quienes parecen no darse cuenta de lo que disponen, aprendan a ver y utilizar eso que está allí, que usen su fuerza de trabajo para resolver sus necesidades. En el recorrido, la mirada que van construyendo en las notas de campo se hace palpable la idea de que el barrio tiene necesidades que son fácilmente detectables, y que la organización y planificación de esas demandas será la clave para resolver los problemas. La idea de resolver los

problemas tenía que ver con infraestructura y/o acceso a diferentes materiales, que incluía la realización de talleres.

Por último, el CES se incorpora con una idea diferente a la del PDTTS respecto a la forma de la participación, y la duración del proceso, pero no por ello menos problemática. “Mapeamos” lo social para identificar referentes que pudieran movilizar las soluciones para las necesidades del barrio. La experiencia traía consigo la conformación de mesas de gestión vecinal, y preveía hacer algo semejante para el “control” del CPC. El PDTTS no tenía esta impronta. La incorporación de lxs vecinxs se daba vía proyectos específicos y su fuerza de trabajo puesta allí, mientras quienes sabían se encargaban de idear y poner en ejecución, ordenar el trabajo y el territorio. Esta relación entre el PDTTS y el CES, a pesar de que comenzó como una colaboración buscada por ambas partes, tenía todas las condiciones de ser conflictiva al buscar y organizar el trabajo de formas antagónicas.

A su vez, el PROMEBA hasta la incorporación del PDTTS en el territorio, era quien sabía sobre el lugar, y específicamente quien organizaba el territorio o lo reorganizaba. Por lo que el conflicto con las otras dos instituciones también estaba latente. En la práctica escrita se asume que distintas instituciones con funciones definidas de antemano podrían y deberían coordinar, las subjetivaciones que ocurren en el territorio, donde no todo es tan ordenadamente racional, ponen en discusión estas ideas.

Pero no es todo referido a las instituciones, sino que el territorio tiene vida propia, el barrio la tiene. Cuando comenzaron personas de los distintos proyectos a recorrerlo, se abrió una veta para cambiar las relaciones de fuerza dentro del espacio. El CPC estaba en una zona peligrosa para lxs vecinxs, especialmente para las personas que vivían en lo que antes de denominaba Ongay. El CPC además estaba “administrado” por uno de los que era visto como carreros, Don Gutiérrez. De esta manera se constituye una facción de quienes tienen cierto acceso a bienes y servicios específicos, y otros que por cercanía asumen que también son parte de este sector (el 1 y 2 en la descripción del CES), frente a quienes son denominados como caracoleros, carreros, vinculadas al espacio que habitan, o la actividad que realizan.

En el barrio, cuando comenzamos a indagar un poco más, y la gente nos fue viendo cara conocida, tiene una idea formada sobre a quién están viendo, es decir, nos ubican en un esquema de conocimiento propio, nativo, que tiene idea de qué hace y donde. En el barrio circula el chisme sobre las vidas y obras de las personas, tal como da cuenta Patricia Fasano (2006), y en parte permite ir conociendo con quién están tratando, en un sentido más sociológico (ubicación en el plano social). Este conocerse entre ellxs, y comenzar a hablar más con alguien por parte de cada institución, implicó entrar también en las disputas territoriales que ya estaban operando en el barrio, y que continuarán una vez que dejemos de “visitarlo”.

## El saber sobre el barrio en disputa

Este capítulo a grandes rasgos presenta el barrio, desde diferentes miradas, y sobre todo develando la ubicación de cada institución, sus objetivos, recursos, técnicas, y lógicas desplegadas. Cada una de estas instituciones, o acciones organizadas, tiene al menos una mirada sobre lo que pasa en el barrio y alguna justificación de porqué es necesaria su participación. Lo que quiero poner de manifiesto en este capítulo es una lectura situada, sobre éstas, y específicamente cuál de esas miradas estaba atravesando la posible relación que entablaba con las mujeres. Es una forma de comenzar a responder a la pregunta sobre a quién le hablaban las mujeres, que ahondaré en el capítulo siguiente. Pero ese a quién, tampoco es estático, está más vinculado a la idea de proceso, o de relación temporal, en el transcurso de la investigación de campo, la relación cambió, y por ende a quién le hablaban las mujeres, tanto como las mujeres que hablaban, fueron tomando otras tonalidades, pude comprenderlas desde otros lugares.

Si bien el objeto de análisis serán las personas, y específicamente las prácticas desde las cuales las “conozco”, no deja de ser un interlocutor el Estado, o algunas ideas sobre éste. El punto es no perder de vista a ambas (u otras) partes en la relación, el Estado, organizado en instituciones que de alguna manera buscan performar el campo, y las personas, o grupos que, con un poder diferencial, también actúan. El foco estará en lo que el Estado hace, sabiéndolo múltiple, consideraré las instituciones y las políticas organizadas que se despliegan en el espacio social que analizamos. No haré un estudio del Estado, pero analizando las prácticas de las mujeres, se convirtió en una referencia. Del entramado de estas relaciones me proponen hacer un taller con las mujeres “artesanas” del barrio, como algo emergente de las reuniones con las madres de hijxs con consumos problemáticos. Como parte integrante del CES, pero en ese momento también nos presentábamos como parte del PDTS. En el capítulo siguiente comenzaré la descripción de este proceso, de la experiencia de Arte-Sano.

## Capítulo 2 – Entre la economista y los haceres de las mujeres: Arte-Sano

La relación con las mujeres en el barrio comenzó mediada. Primero, en el marco del PDTs la incorporación de una economista permitía trabajar la parte económica de los problemas culturales del barrio. Además, las mujeres eran convocadas a trabajar con una economista para vender en ferias en diciembre del 2015. Esta organización para la venta emergía de un diagnóstico del PDTs<sup>28</sup>, materializado en una actividad específica, la constitución de un espacio de coordinación para la venta. Se desprende de aquí que las mujeres en principio producían algo que era potencialmente vendible en los circuitos de ferias, además que no lo hacían porque no estaban “organizadas” o no podían, o en verdad no comprendían por qué no lo hacían, pero debían hacerlo, por eso era necesario ese “empujoncito” desde la “academia”. Para pensar esta relación en términos de discusión analítica será necesario entender en principio, pensando desde lo productivo, lo que las mujeres producen, para luego ver dónde y cómo venderlo.

Callon (2008) sostiene que la economía más que comprender a los mercados, le da forma, algo semejante a lo que nos planteábamos hacer en el barrio. Esta percepción, que puede ser pensada en consonancia a Bourdieu (2001) y su apuesta de que la economía es la ciencia del Estado y considerando que anteriormente establecimos este tipo de actividad universitaria/académica como parte integrante del Estado, podemos agregar que pretende activamente la creación de un orden específico, que a su vez presenta características particulares cuando a lo que se quiere dar forma es a una experiencia popular.

Sin ahondar en las cuestiones que se analizan entre lo culto y lo popular<sup>29</sup>, para profundizar la comprensión de lo que pasaba en el barrio nos separamos de las nociones de economía del trabajo, economía social y solidaria (Razeto, Singer, Coraggio), que encuentran su origen teórico en los “socialistas utópicos” del siglo XIX (Robert Owen, Charles Fourier, Claude-Henry de Rouvroy, Pierre-Joseph Proudhon), quienes cuestionaban la sociedad industrial y la configuración derivada de ella, como la forma de la propiedad, la jerarquía social, el Estado, la organización capitalista de la sociedad (Quintero, 2012), pues nos resultan incompletas. Parten de un hombre solidario como contestación al supuesto del hombre racional de la economía, que no hace más que cambiar la figura de la discusión, sin modificar las reglas y los efectos de esta.

Otros enfoques analizan la exclusión o lo legal/ilegal. Keith Hart, antropólogo inglés acuñó la noción de sector informal a partir de su observación en Ghana, de los vendedores de la calle, donde lo formal sería el empleo asalariado, mientras que lo informal, el trabajo por cuenta propia (Hart, 1973). Portes y Castells, completan al

---

<sup>28</sup> El pedido concreto que había escuchado hasta el momento giraba en torno a talleres de costura

<sup>29</sup> Para ahondar en esta noción se puede analizar Grignon y Passeron (1992), tanto como las discusiones que plantean Pablo Seman (2006) y Denis Merklen (2010).

plantear que este sector incorpora *"todas las actividades generadoras de ingresos no reguladas por el Estado en entornos sociales en que sí están reguladas actividades similares"* (Castells & Portes, 1989, pág. 12), alejados de la idea de elección, y poniendo el foco en las actividades, muestran una subordinación de este sector al formal, quienes reducirían costos a partir de la explotación de lo informal. Estos enfoques analizan desde lo producido o el proceso productivo de las empresas, es decir, son informales, porque no producen legalmente, lo que producen es lo mismo, una mercancía.

Quijano (1998), por su parte habla de economía popular, para dar cuenta de un mecanismo de marginalización creciente de personas de las relaciones capital-trabajo asalariado en el sistema capitalista, pero con una reminiscencia hacia esa relación. Los sectores populares en Argentina hace décadas que se reproducen por fuera de la relación salarial, pero no por ello fuera del conflicto capital/trabajo, y donde el barrio se constituye como el entorno del trabajo no salariado tal como veíamos en el capítulo 1.

Por esta razón, considero desde la economía popular como prácticas económicas aquellas que se realizan por fuera de la relación salarial tradicional, y que vienen reproduciéndose de esta manera, con lógicas propias. Uno de los procesos más relevante analizados desde este enfoque es la desvalorización permanente del trabajo (Chena, 2017), como actividad humana de transformación de las condiciones de vida. Suele ser analizado en términos de los trabajos no reconocidos como tales, como el de los cartoneros<sup>30</sup>, lo que nos habilita a pensar las actividades que realizan las mujeres como formas de existencia, desde las prácticas mismas, como de las relaciones que se establecen para ello.

En este sentido, en lo que sigue comenzaré la descripción más densa de cómo se van entrelazando las prácticas económicas de las mujeres que habitan el barrio Ongay, con las diferentes dimensiones de la vida social, donde las fronteras prácticas difuminan las analíticas, las ponen en tensión, incluso a veces las explotan. Principalmente indagará en cómo esas prácticas también se ven afectadas por las relaciones con 'instituciones', 'políticas', 'saberes' y otras acciones. Es decir, estas prácticas sólo pueden darse en un espacio social y no pueden ser aisladas de las instituciones, las historias, las trayectorias particulares, los deseos, como tampoco de las relaciones de poder que las constituyen, las atraviesan, las potencian o las imposibilitan.

En este capítulo describiré la primera reunión del grupo de artesanas del barrio, que aparece como una intervención para darle una forma a la actividad productiva de las mujeres, que luego se denominará: ArteSano. Posteriormente indagaré en las dimensiones que se despliegan para que esta práctica tome forma, especificando luego las nociones de cálculo y performatividad necesarias para su ocurrencia.

---

<sup>30</sup> Schamber (2008), Carengo, (2011), entre otros.

## La génesis de ArteSano y su final

El viernes 11 de diciembre llegué al CPC sin muchas expectativas, pensaba la feria era ajena a los deseos de las personas de allí, lo que me parecía un problema. Sin embargo, para mi sorpresa vinieron muchas mujeres. Llegaban acompañadas de hermanas, hijos, sobrinos, todas interesadas (al menos así lo enunciaban) en vender lo que hacían. Vanesa llevó sus gomitas decoradas, en una caja de zapato. Carmen cargó con un muestrario de sus joyas y algunas prendas que recientemente había confeccionado. Los osos de Jéssica estaban en bolsas plásticas, que lxs niñxs sacaban y pedían para ver. Todas comenzaron a mostrarme primero a mí las cosas, para luego circularlas entre ellas. Las jerarquías sociales no se eliminan por una disposición específica ni por la voluntad de quien coordina una actividad.

Un poco más tarde llegó Graciela, una morocha con un cuerpo imponente y una personalidad que acompañaba la figura, su voz marcó presencia y su mirada la confirmaba. Se sentó en la cabecera. Me sentí obligada a decirles en ese momento, como un imperativo de la productividad, que la coordinadora del proyecto me había dicho que ellas querían armar una feria de artesanías, para eso nos reuníamos y tendríamos que decidir qué hacer. El poder del saber, del externo, y por otro el de Graciela, la que se me presentaba como la mujer fuerte del barrio se ponían en juego en esta escena. Desde el momento en que les dije como creía que teníamos que ordenar el trabajo, estaba colocándome en el lugar de la que sabe cómo hacer las cosas, un saber académico a priori, y jugando desde ahí. No se me ocurría como salirme, y tampoco ahí funcionaba la voluntad inmediata.

Para comenzar, les pregunté su nombre, y las invité a presentarse, consultándoles sobre qué hacían, que esperaban de ese espacio. La primera en tomar la palabra fue Jéssica, quien pisaba los 36 años, tenía tres hijos, y un marido que hacía changas de albañilería, aún deseaba tener una hija. Se relacionaba con el CPC por medio de la secretaria de Desarrollo Humano de Corrientes, donde era becada a cambio de prestar servicios de limpieza allí. Se presentó diciendo que hacía de todo, *“flores de goma eva, hice un curso muñecos peluches, de tela, a crochet se tejer, almohadones... a mí me gusta hacer, pero no vender”*<sup>31</sup>, concluyendo con risas cómplices entre las mujeres. Inmediatamente se sumó otra participante, señalando que le pasaba lo mismo, que le costaba poner un precio y desprenderse de lo que hacían<sup>32</sup>.

Mientras seguían llegando algunas mujeres, Carmen irrumpió para decirle a Jéssica que podría ver de vender en las ferias que se hacían debajo del puente, donde podría darse una idea de los precios, como también sacar los costos de lo que produce, y de ahí cobrar el doble. Carmen era una señora de unos 50/55 años, con experiencia en costura,

---

<sup>31</sup> De aquí en adelante, entre comillas aparecen las citas textuales de las mujeres correspondientes a la desgrabación del 11/12/2015.

<sup>32</sup> *“No me gusta desprenderme de las cosas que hago, hace poco termine un acolchado a crochet de dos plazas, almohadones... [...] no me sale eso de ponerle precio al trabajo, me cuesta, pero me gustaría aprender para poder vender”* (Jéssica)

flores de goma eva, bijouterie, crochet, de casi todo lo que sabían las otras chicas. En una carpeta con folios llevó para mostrar todo lo que sabía y/o había hecho. Era la esposa de un embarcadizo, con quien había tenido un hijo, Maxi, sobre quien giraba su vida. Anteriormente había tenido un local en su casa, todavía se veía cartel en el frente. Se posicionó ante las otras mujeres como la que tiene experiencia, les fue diciendo en ese primer encuentro cómo podían calcular el precio de venta, dónde se hacían las ferias, cómo tendrían que hacer para aprender a tejer con una revista.

Otra de las mujeres señaló que ella practicaba sola, para que salga bien el trabajo, sólo miraba, que una chica le había enseñado así, *“aprendí, pero nunca supe trabajar”*, concluyó. Carmen agregó: *“yo aprendí, pero hago al revés, a mí el jersey me sale como dibujitos... jajaja... varias cosas se hacer, pero no puedo hacer todo porque tengo que limpiar mi casa, vivo con mi hijo”*.

Julia, hermana de Morena, madre de 4 hijos, tres grandes, uno de ellos con problemas psicomotrices, y un bebé de un año aproximadamente en ese tiempo, decía: *“Yo tengo un bebe y cuando él duerme me pongo a tejer, para relajarme ahí me siento a tejer”*. Comenzó el tejido para adornar la pieza de sus hijos, *“cuando somos mamás hacemos mil cosas... jajaja... en el momento que podemos hacemos algo”*.

Vanesa, decía que comenzó cuando tenía tiempo libre, *“tengo una nenita y un marido que por ahí en el tiempo que se va a trabajar”*. Vanesa era una de las más jóvenes, pero más entusiasta también con el espacio. En el transcurso de las reuniones, consiguió un trabajo cuidando a un anciano y dejó de participar del grupo de mujeres.

Finalizada la presentación de las mujeres, les planteé que si estaban en ese espacio era porque tenían la intención de vender lo que hacían, la pregunta entonces era cuándo comenzaríamos a participar de alguna feria. A pesar, que la idea que me había transmitido la coordinadora del proyecto era agilizar la participación en la feria provincial, al consultarles parecía que lo decidíamos entre todas. Carmen fue la primera en sumarse, tenía de todo un poco, por lo que podría comenzar inmediatamente a vender/participar en ferias. Romina, la hermana de Morena, también tenía cosas para vender. Otra de las señoras, dijo que se podría armar rápido lo necesario, también Graciela estaba lista para vender.

Frente a esta respuesta, analizamos qué podíamos llevar a la feria, tanto como en qué feria participaríamos, porque estaba la feria provincial y la municipal. El punto de ir a ferias ya instaladas y con cierta frecuencia, descansaba en la probabilidad de que tuvieran un caudal de gente que pasara por allí, por lo que podrían vender, quizás. Carmen insistía en que fuéramos a la feria del Puente Pexoa por la afluencia de personas de Brasil y de Paraguay, quienes *“se llevan lo que encuentran”*. Reencauzando la discusión hacia el “orden” propuse que hiciéramos una lista de productos que podrían llevar, sacar fotos de lo que tenían y enviarlas al grupo de WhatsApp (wsp), para hacer una carpeta similar a la que había mostrado Carmen. Eso

serviría para cuando nos preguntaran si hacíamos para 15 años, o para casamientos, “entonces podemos mostrarles eso”, añadió Carmen.

También les propuse hacer unas tarjetitas de identificación, con el nombre del grupo. Carmen sugirió que hagamos con la marca de cada uno. A lo que insistí en que hiciéramos una tarjeta como grupo, cosa de que se comuniquen con una persona, y que esta pueda “coordinar” la producción. Un solo número de teléfono explicará Carmen, y esa persona se encargará de comunicarle al resto. Si hiciéramos una tarjeta para cada persona, podría generar dificultades a la hora de la venta, sobre todo si compartíamos stand, ya que habría que tener en claro qué produce cada quien y poder transmitirlo fácilmente. Viéndolo a la distancia, el mismo inconveniente tiene el establecer una persona como coordinadora.

En ese momento, la charla viró hacia lo que habían llevado, sobre todo arigurumis de crochet. Los hijos le habían pedido tanto a Carmen como a Julia este tipo de muñecos, y de allí es que comenzaron a hacerlos. Incluso, el hijo más pequeño de Julia, se había aferrado tanto a su arigurumi del hombre araña, que no dormía sin él. *“Yo le saco a mi hijo para participar en la feria, pero es un pasatiempo de casa”*, decía Julia.

La economista emerge para decir que convenía apurarnos para participar, porque era seguro que antes de navidad se hicieran distintas ferias, pero que en enero y febrero ya no habría actividad, y menos aún ferias. En ese tiempo de vacaciones, podríamos afianzar las cuestiones de cómo poner precio a los productos, poder definir cuánto vale, que entendía era una de las preocupaciones centrales que habían planteado. En eso, una de las señoras señaló que era un pasatiempo lo que hacía, que no había vendido para afuera. *“Hay personas que tienen más facilidad para vender”*, dije, o incluso negociar el precio, a lo que agrega Graciela: *“A veces estoy siete horas frente a la máquina y quien me paga sino le pongo precio a mi trabajo, a veces me chillan, pero “me entra por acá y me sale por allá”, porque va a haber otro que va a valorar mi trabajo”* (desgrabación del 11/12/2015).

Se incorpora otra de las señoras diciendo que ella hacía para relajarse, y Carmen le explicó que tenía que salir de adentro poner el precio, que cuando no sabés ponerle sufría un montón. Otra señora dirá que cuando le preguntaban el precio, no sabía si valía, y daba vueltas. Incorporan a la discusión el cuerpo, al considerar que lo que hacían demandaba trabajo, afectaba a la vista, a la cintura. El efecto de ese hacer, además de relajar puede también afectar al funcionamiento de la vista, en algunos casos de la cintura, especialmente cuando cosen con máquina.

El ir juntas a la feria haría parecer que estaba cargado el stand, por lo que les volví a reiterar que envíen lo que iban a llevar y las fotos por el grupo de wsp. Una señora preguntó si tendría que llevar cierta cantidad específica de cosas. La respuesta fue que dependería de la cantidad de cosas que hubieran, algunas serían mostradas, y otras deberíamos tenerlas guardadas, con la participación de todas podríamos identificar qué cosas dejábamos bajo la mesa. También agregué que en la feria nos daríamos cuenta

de qué cosas funcionan, cuáles son las más compradas. Le pregunté a Graciela si nos podría dar una mano para ponerle el precio a cada cosa que llevábamos, y les recordé a todas que tendríamos que ver cómo nos organizaríamos para manejar el dinero, quién cobraría. Les planteé que deberíamos trabajar el confiar en que la otra persona va a darnos lo que corresponde por la venta de nuestro producto, *“la confianza no se compra, tenemos que ir forzándola, entonces tal vez vemos, por ahí participamos muchas en esta feria y en la otra nos vamos turnando, haciendo grupos de a dos... vamos viendo que es lo que sucede. ¿Les parece?”*. Lo que tenía en mente en esta intervención era que en los grupos el manejo del dinero suele ser problemático, el tema de la registración, y del cobro particularmente, y resulta difícil garantizar transparencia en esta cuestión.

Inmediatamente, una de las señoras preguntó si un porcentaje de lo que se vendía sería destinado al grupo, porque en la escuela ella había hecho un microemprendimiento y del precio de lo vendido, un porcentaje quedaba para la escuela. Mi respuesta fue que en este caso no, porque yo no quería hacerme cargo de ese dinero, y no estábamos en una institución con garantías. Otra señora insistió en que quizás convenía hacer esta reserva para los materiales, porque salían caros. Les planteé que podríamos ver en enero y febrero lo que gastamos, el trabajo que involucra y el precio al que podríamos venderlo. Comenté incluso que podemos ver de tener una lata para guardar una parte por cualquier eventualidad. Agregó una de las chicas, *“por eso te decía que esa lata es de emergencia, para el grupo algo así”*. Una de las señoras marcó que le parecía mejor juntar todas las cosas en una casa, y salir en remis, y que para eso era necesario tener para pagar ese remis, o si por ahí nos íbamos a una feria y necesitábamos un jugo, una yerba, un foquito si era de noche, podríamos sacarlo de ese porcentaje separado de las ventas. Otra añadió que para el grupo estaría bueno, porque siempre faltaba algo. Ese porcentaje podríamos usarlo también para capacitarnos, si queremos mejorar algo, o traer a alguien, o ir a un lugar, agregué. Una de las señoras comentó que solían ir al CPC desde el consejo de la mujer para enseñarles a hacer florcitas, vinchitas. Fueron una temporada. Carmen contó que estaban enseñando porcelana fría los lunes desde las 15:30 horas.

Una señora preguntó si había una cantidad mínima para los muñecos de peluche, entonces le respondí que no había ni un mínimo ni un máximo. Otra me preguntó si podía presentar lo que tenía. Rápidamente intervino otra de las mujeres para proponer que cada una trajera lo que tenía para la próxima, así veían cuánto había. Una mujer acotó que debía ser en bolsitas y “todo eso”, haciendo alusión que estén listos para ser presentados a la venta.

Otra señora contó que tenía a su hermana que diseñaba ropa de muñecas, sus trajes, su ropa de deporte, todo para la Barbie. Esa idea la había traído de Buenos Aires, de una mujer que tenía todos los accesorios, incluso con diferentes telas para las muñecas, y que ahora estaba armando un grupo de trajes de muñecas. Agregó que a veces *“van las mamás al stand y dicen yo quiero eso para mi hija o la nena le dice yo quiero eso*

*para mí muñeca*”. Una de las señoras que había llegado más tarde pregunta si cada una tiene que tener su mesa, en la feria. Entonces, le conté que anteriormente hablamos de estar todas juntas en una misma mesa, como prueba piloto. Una de ellas señala que habría una feria de dos días en el Parque Mitre, organizada por el Municipio. Chombas podemos vender, preguntó Carmen. No creo que haya problema, le dije, pero lo discutiríamos la semana entrante. Aproveché para consultarles si les quedaba mejor reunirnos el lunes o el jueves, una respondió que el lunes era muy movido, estaban aún con el tema de la escuela, que tiene que anotar a sus hijos (*“a los míos”*). Quedamos en reunirnos entonces el próximo jueves a las 9:30 de la mañana.

### **ArteSano en una feria**

Morena facilitó los teléfonos de las mujeres que hacían manualidades en el barrio, con lo que armé el grupo de wsp. El primer mensaje enviado iba sobre el fin del grupo, ya que no todas habían estado en la reunión en el CPC, y las invité para la reunión del jueves. Mientras, les sugerí que fuéramos poniendo en común nombres que podría tener el grupo. Carmen sugirió que se llame: *“Unión de Artesanos por un Futuro Mejor”*; Romina, propuso: *“Artehouse”*, y aclaró que significa la casa del arte, también: *“Artemix”*, con la consecuente explicación de que significaba distintas clases de artes. Jéssica copió el mensaje de Carmen en el grupo, en señal de apoyo al nombre propuesto. Romina intervino: *“siempre un buen nombre ya sea para lo que fuese llama la atención y a la curiosidad de la gente al preguntarse de que se trata. Creería yo que es así”*. Vanesa, dijo que le gustó el primero también. En eso les sugiero que lo definamos en la próxima reunión. Morena envió una invitación para una reunión vecinal en el CPC, y les recordaba la importancia de la presencia de ellxs allí.



Logo de ArteSano – Diseñado por Maxi, el hijo de Carmen

En la reunión de artesanas del jueves estuvieron Carmen, Maxi, Jéssica, Julia, que llegó un poco más tarde. Romina y Vanesa habían avisado que no podrían venir por wsp. Analizamos las distintas ferias que se hacían, en cuales podríamos participar, como las ferias municipales, las provinciales y la del barrio Irupé, organizada por una asociación que administra el CPC de ese barrio. Nos inclinamos a participar en la feria de la provincia que se haría en el barrio Laguna Seca (a 13 cuadras aproximadamente del CPC), donde la referente del

proyecto, nos conseguía un lugar a partir de sus contactos con el Ministro de Desarrollo de la Provincia.

Ese jueves llegué al barrio con la referente del PDTs, quien me acercó desde el centro de Corrientes hasta allí, y le había comentado que estábamos viendo la posibilidad de participar en alguna feria. Me interesaba la del municipio porque tenía mayor continuidad, y además porque me resultaba más fácil coordinar la participación (un amigo de la facultad estaba a cargo de las mismas). Pero ella insistía con que participáramos de la de la provincia, y ella se encargaba de arreglar todo. Así que antes de llegar, ya sabía que la feria en la cual podríamos participar efectivamente sería en esta última, por más que se hiciera tres veces por año, y que los lugares elegidos eran de visibilidad política, no espacios pensados para que circule gente que permita una mayor probabilidad de venta para las mujeres. De hecho, en una de las reuniones del proyecto se propuso la idea de organizar ferias en el barrio, a lo que me opuse como primera actividad, porque consideraba necesario que las mujeres pudieran vender, porque creía que si no lo hacían irían disminuyendo su participación.

Para participar en la feria armamos una lista provisoria de las cosas que tenían para vender. Carmen: remeras, joyas y flores de goma eva. Maxi: dibujos. Julia: Muñequitos de varios tamaños (arigurumis); Jéssica: peluches grandes y medianos y algunos almohadones. El acuerdo fue que enviarían fotos con sus productos por el grupo, y enumeramos lo que necesitaríamos para participar de la feria: alargador con luz, perchero, mesa de plástico, cinta, y también surgió la necesidad de tener algún logo que nos identifique. Ante el nombre propuesto por Maxi: Arte-Sano, que refería a lo que ellas y él hacían, arte, y que además era sano, pensando en el mensaje que se transmitía, todas estuvieron de acuerdo, él se propuso y encargó de armar un logo, y a mí me tocaba imprimir tarjetitas, y crear una fan-page en Facebook del grupo<sup>33</sup>. En la página colocaríamos imágenes de lo que cada una podía hacer para vender, y algunas descripciones.

El día de la feria fue uno de mucha humedad en Corrientes, con lluvias aisladas que se habían sucedido a lo largo de mi viaje desde Resistencia hasta allí, lo que ponía en riesgo la actividad. Al llegar a la canchita de fútbol del barrio Laguna Seca, busqué alguien de la organización para que me indicara dónde podríamos ubicarnos, previo comentarle que la referente había hablado con Bartra, Ministro del área que organizaba. Nos darían dos carpas, que eran unas estructuras verdes ya armadas. Mientras esperaba a las chicas, conversé con unas feriantes ubicadas al lado, quienes hace mucho que participaban de estas ferias, y me contaban que algunas veces vendían, y

---

<sup>33</sup> La página describía: *"Un grupo de mujeres y un joven dibujante, del barrio Ongay y sus alrededores, nos reunimos para producir y vender nuestras artesanías en los circuitos de la economía social, bajo lo que denominamos ArteSano"*. El objetivo era contar con otro tipo de ventas a las de las ferias, tanto como establecer contactos más directos. Por wsp les pedí que me pasaran sus correos así las nombraba administradoras de la página, las dos que respondieron fueron Morena y la referente del PDTs, quien participaban del grupo, tanto como la del CES.

otras no. Me convidaron un tereré que amainó el calor, mientras corroboraba que era un lugar con poca circulación de personas que puedan comprar.

La primera en llegar fue Vanesa, acompañada de su hija y de su tía, dijo que no salía sola a ni un lugar, se definía como tímida. Ni bien llegó, crucé un par de palabras más con las antiguas feriantes, y me senté en el pasto, o lo que había de pasto, y empezamos a hablar del tema de los precios. Le preocupaba el precio que sería conveniente cobrar por sus gomitas, hasta el momento ella colocaba el precio a ojo, mirando no estar muy alejada de lo que salen las gomitas en algunos locales comerciales. Le comencé a preguntar que materiales usaba para cada gomita, y fuimos viendo cuanto podrían salir

algunos productos.



Vista de la feria desde nuestro stand.

Al rato llegó Julia, quien venía del médico porque su bebé había necesitado un control. Estaba cargada con un bolso, y dentro de él sus muñecos. La veía extasiada con la idea de vender, pero también tenía dudas sobre el tema de los precios, de

cuánto debía cobrar por cada

arigurumi. Le dije que podríamos pensar el precio por tamaño de cada muñeco, que iban desde los 50 pesos hasta 120, a ojo.

Recortamos las tarjetitas, y con cintas de bebé violetas y naranja las atábamos a las bolsas en que las ellas habían llevado sus productos, junto con el logo de ArteSano, o directamente sobre los arigurumis que no estaban embolsados. Al ver que desde la organización bajaban mesas, fuimos a buscar una, mientras llegaban Maxi y Carmen. Andaban en un auto ecosport, un modelo 2003/2006 más o menos, cargado de una mesita, un perchero, y los productos de Carmen, todo muy preparado para la feria. Jéssica pasó a visitarnos un rato, pero estuvo mayormente en su stand<sup>34</sup>, junto a una señora que preparaba pastelitos.

Para la mesa, nos facilitaron un mantel verde<sup>35</sup> con el logo del Ministerio de Producción de la Provincia. Los organizadores estaban como de fiesta, tenían muy buen humor, y juntos eran más que los propios feriantes. Andaban de un lado para el otro, se hacían chistes entre ellos, protestaban por el pago de la beca y volvían a reírse.

<sup>34</sup> Ella ya había participado de estas ferias, y la habían llamado esa semana para avisarle que tendría un lugar.

<sup>35</sup> Verde es el color del partido de gobierno, por lo que remeras, y todo tipo de publicidad de gobierno, es realizada en ese color.



En la imagen aparece Maxi, agachado a la izquierda, Carmen, Julia, más atrás tejiendo mientras feriamos, la tía de Vanesa, Vanesa y yo. En la mesa se encuentran las manualidades que ellas hacen.

Las mujeres decidieron que era mejor mantener los productos de cada una en diferentes espacios. Así dispusieron los arigurumis en una punta, las gomitas para el pelo en el medio, y en la otra punta las joyas, cerca de un perchero con remeras, y chombas que había llevado Carmen. Vanesa colaboró con Julia para poner una caja detrás de sus muñecos, lo que los hacía lucir mejor. Carmen estaba muy concentrada en poner sus joyas y la ropa. Las joyas, que estaban en una caja de Vanesa Duran<sup>36</sup>, salían entre 200 y 50 pesos y tenía muchísimas. No sabía qué precio ponerle a una pollera que había hecho la noche anterior.

Al rato llegó la referente del PDTs, y luego de los saludos protocolares, nos pusimos a recortar las tarjetitas personales que habíamos armado. En eso nos lamentábamos no haber traído algo más para hacer, ya que el tiempo pasaba un poco lento, y muy poca gente recorría el lugar. Un rato más tarde vino el marido de Julia a tomar unos mates con ella. Antes que termine la feria, justo en el momento en que comenzaba un espectáculo que atrajo entre 50 y 80 personas del barrio más o menos, Lorena se ofrece a acercarme a la parada del colectivo, por lo que me voy de la feria antes que se termine. Los comentarios de las mujeres fueron que no vendieron mucho, pero que había sido una linda experiencia.

<sup>36</sup> Empresa argentina dedicada a la venta de joyas. <https://www.vanesa.com.ar/> (último ingreso 06/01/2020).

## **El después de la feria**

Terminada la feria, quedamos en reunirnos la semana entre las fiestas, pero ante la lluvia, suspendimos el encuentro, e hicimos nuestra reunión junto a la de la mesa de gestión del CPC. Llegué con Elena. Carmen fue la primera en llegar la mañana del 5 de enero de 2016, estaba Jéssica, y más tarde se sumó Julia (casi al final). Estaban de la mesa, Mártires, su mujer, y Don Gutiérrez, luego llegó María, la mamá de un chico con consumos problemáticos, como lo denominan desde el PDTs. La reunión de ellxs comenzó planteando la necesidad de actividades para las vacaciones, que sería un problema recurrente en el barrio la falta de talleres en esa época del año, momento en que lxs chicxs andan por la calle. Ante la falta luz en la canchita, otro problema planteado en la mesa, Elena contó que pensaba presentar un proyecto a la Dirección Provincial de Energía de Corrientes (DPEC), y noté cierta resistencia en Mártires (antiguo trabajador de la DPEC), quien dijo que se había acordado que en este grupo no se metería la política, ni la religión. Remarcaron la importancia del acompañamiento de la universidad en este proceso, entiendo como actor externo.

Elena, sugirió que el grupo de mujeres de ArteSano pueda comenzar a reunirse a trabajar en el CPC, idea que habíamos hablado previamente con las mujeres, por lo que dijimos que sí y establecimos el jueves como día de reunión a la siesta/tarde. Durante toda la reunión Jéssica, Carmen, y después Julia, estuvieron mirando una revista de tejidos e intercambiando palabras por lo bajo referidos a los diseños que veían. Antes de irnos, luego de una hora y media de reunión aproximadamente, Jéssica se me acercó para mostrarme los muñequitos que había hecho. Los quería vender, a pesar de que anteriormente comentaba que le costaba bastante mostrar lo que hacía, incluso plantearse la venta, sin embargo, había participado de numerosas ferias de la provincia al menos. Hablamos del precio, no sabía cuánto había gastado para hacerlos. Le dije que con Julia habíamos puesto el precio, por tamaño del muñeco. Quedamos en que haríamos lo mismo esta vez, el precio fue de \$80 cada uno.

## **Una reunión de trabajo de Arte-Sano**

El 13 de enero, comenzamos a reunirnos en el Salón de Usos Múltiples (SUM) del CPC, originalmente el fin era que otras mujeres fueran sumándose de a poco. Jéssica había propuesto que también funcione como un espacio de relación con las niñas y adolescentes del barrio que quieran aprender a tejer, ya que le pedían siempre eso a ella, proponiendo la posibilidad de enseñar a hacer vestidos en goma eva para sus muñecas.

Julia había invitado a otras mujeres, pero no había tenido éxito. Sugerí que tomaran nota de lo que compraran la semana siguiente para producir, qué usan, cuánto, y que vayan registrando el tiempo que les llevaba producir, como para ir “aprendiendo” a calcular los precios, a partir de identificar los costos. Carmen señaló que a ella le parecía que el crochet llevaba mucho tiempo y que la gente no pagaba por ese trabajo lo que valía.

Les conté nuevamente que estaba comenzando una investigación sobre las prácticas de la economía en el barrio, y les pedí para grabar el encuentro, a lo que accedieron<sup>37</sup>. Luego hablé del Facebook de ArteSano, para corroborar que quisieran vender por esa vía, y para que pensemos entre todas como haríamos la entrega de los productos. Julia mencionó que estaría bueno que las encontraran a todas juntas cuando buscaran los productos, así las conocían. Traté de que alguna se sumara al manejo del Facebook, pero todas dijeron casi al unísono que no manejaban la tecnología, que no entendían, por lo que seguiría yo en su gestión. Los miércoles a las 16 era el horario para retirar los productos, que a su vez serían los días de reunión.

Comencé preguntando por el precio al que podían vender lo que hacían, cuestión que se repitió en todas las reuniones, en parte lo plantean ellas, pero mi mirada no me dejaba ver más que la imposibilidad de “calcular”, desde allí fui generando las preguntas. Carmen contó que estaba confeccionando unas remeras, y quería mandarlas a estampar o sublimarlas. Estampar una remera salía \$50 aproximadamente. La tela de la remera la compraba por kilo, porque era más barato: por kilo le salían aproximadamente 5 remeras por \$130 de gasto en la tela, mientras que por metro de tela que comprara salía una remera, con un costo de \$100. Comienzo a sacar el cálculo de cuánto era \$130 dividido las 5 remeras, para tener el costo unitario de tela, y Carmen me indicó que calculemos a \$200 el precio del kilo, que eso más o menos estaba. Faltaría considerar el trabajo, agregué, y le pregunté por el tiempo usaba para hacer esa remera, pero también llevarla a estampar, en tiempo y costo de transporte. Hice hincapié en que tenían que considerar el tiempo que usaban para comprar las cosas, como la tela, hilos, y demás cuestiones, porque implicaba dejar de hacer otras cosas (el costo de oportunidad en la decisión de producción de la economía).

Carmen explicó que cuando se iba a comprar, le terminaba llevando toda una mañana. Agregué a eso: *“ahí para mí el cálculo justo sería saber cuánto cuesta tu hora de trabajo, pagar esas horas de trabajo que son exclusivas de la remera”* (Desgrabación 13 de enero de 2016). Ella tenía tres máquinas para hacer las remeras, pero estaba trabajando sola, porque la chica con la que se había asociado se había ido, ella no sabía por qué. Julia decía que una remera estampada estaba más o menos \$280 en el centro, que con estampas grabadas se hacía más caro. Jélica: *“Todo sube menos nuestro sueldo viste...”*. Va a ser más duro todavía, deslizo por lo bajo, porque en diciembre de 2015 había ganado el proyecto de centro derecha de Cambiemos, lo que implicaba desde mi comprensión una liberalización del mercado, y dada la estructura económica Argentina, era muy probable que aumentara el tipo de cambio, y su relación con la inflación, haría lo suyo. El cálculo aproximado para la remera de Carmen era que \$200 sería su costo (\$50 de estampado, \$40 de remera y \$110 de trabajo, transporte, y otras cuestiones, más o menos), y a partir de ahí podría ir negociando con la persona que va a comprar, esto que plantearon varias veces de *“verle la cara”* al cliente, y rematé: *“como que no*

---

<sup>37</sup> A partir de aquí, y durante este apartado, lo desgrabado aparece con doble comillas.

*es lo deseable pero bueno es...*". Carmen: *"no, pero tampoco podés vender muy caro"*. Jéssica lo afirmó. Julia se incorporó a la charla contando que alguien la otra vez le decía que había vendido muy barato, y ella le respondía que no podía poner un precio muy caro, porque no le iban a comprar algo que estuviera a otro precio en otro lugar, y ella quería recuperar su lana, el tiempo que se hizo para tejer, porque si vendía a \$200 creía que no le iban a comprar.

Carmen pensaba que dependía de la zona, Jéssica repite lo que dice Carmen. En la feria provincial en el Laguna Seca, yo no vendí nada, contó Carmen. Jéssica, recordaba que, en el Parque Mitre, por ejemplo, había vendido un peluche a \$1500, pero cuando ofrecía en la zona cercana al barrio le decían que era muy caro. Carmen explicaba que por eso prefería ir a la feria anual que se hace en Rural, había conseguido el teléfono de una persona para poder participar, pero no lograba comunicarse. Ahí, le cobraban a cada feriante por lo que vendía, porque no podían cobrarle lo mismo a uno que vendía ropa que a quien vendía comida. Emerge la economista para darle contexto teórico a lo que venía ocurriendo de forma fluida, dije: *"para mi es importante eso de pensar los lugares a donde vendemos, porque hay lugares donde uno tiene una circulación mayor, y hay otros donde es menor y por ahí podemos preparar algunos productos para algunos lugares y otros productos para otro (Julia: claro... los precios) y si... los precios y también el tipo de cosas, porque por ahí lo que quieren en el Parque Mitre no sea lo mismo que quieren, por ejemplo, acá en la feria que se hace acá en el Irupé..."*.

Volvemos sobre el tema de las ferias, para ver si participaríamos en otra, insisto con la posibilidad de participar en la del municipio, por la regularidad que tenía. Aportó Julia diciendo que estaban en la Plaza Vera durante medio día. En eso llegó Vanesa, mientras continuábamos charlando sobre los costos. Jéssica comentó que su suegra hacía alfombras, y le daba los retazos que le sobraban, y su tío también le traía de la fábrica en la que trabajaba, porque el hilo totora le salía muy caro, y el precio variaba de local en local, así que ella hacía directamente el hilo a partir de remeras de algodón. Julia explicó el proceso: estiras bien la tela de algodón y se hace. Comenté que había estado viendo canastitos de totora, que me parecían fáciles de hacer y que entendía que se vendían bastante. Julia agregó que ella había pensado en hacer canastitos para diarios que podrían ser para las revistas, pero también para llevar el mate. Carmen dijo que se podían hacer los canastitos de diario directamente. Les conté que había hecho unos forritos para las sillas de mi casa con totora, que habían quedado muy bien. Jéssica contó que le habían pedido 6 almohadones, *"la que está en tu grupo"* me dice, refiriendo a Elena del CES, quien le había encargado unos de totora para su casa.

En eso interrumpe Vanesa para contar que no podría seguir, porque había comenzado a trabajar cuidando una abuelita, *"ahora ando desde las 5 hasta las 8 o 9 y no me da el tiempo y a la mañana también de las 8 hasta las 10"*. La invité a sumarse cuando pudiera, y el resto de las señoras, casi en simultáneo le respondieron: *"de nosotras no te vas a desprender"*. Le conté que ahora como había algunas chicas que querían

aprender, estábamos por juntarnos un día para charlar las cosas (como el tema de los costos), y si viene alguien le iríamos enseñando. Lo haríamos los miércoles de 16 a 18. Ella no sabía si tendría el tiempo, porque tenía que cocinar también, “y eso”. “Eso” es todo el resto de las actividades que hacen cuando son mamás. Le dije que no se saliera del grupo de wsp, así se enteraba de lo que iba pasando. No sabía cuánto va a durar su trabajo, “*hay que aprovechar*”, le aconsejó una de las señoras.

Jésica y Julia miraban una revista, y mostraron que hasta la tetera tenía un tejido a crochet. Les dije que se vendían estas cosas para el día de amigo, por ejemplo, incluso le ponían como un abrigo a las tazas. Carmen recordó que Maxi no estaba pudiendo ir porque le había salido un trabajo a la tarde, pero que podría dar el taller de dibujo a la mañana. Le consulté si habría alguien interesado, Jésica contó que los hijos de una señora habían ido ese día, y su hijo que es fanático del dibujo también quería.

Vanesa le consultó a Jésica sobre las edades para las cuales estaban destinados los talleres de fútbol. Para todas las edades, fue la respuesta. Vanesa contó que a su hija le encantaba, y Jésica completó: el dibujo. Vanesa se tenía que ir, pero vería cómo se arreglaba con el tema de la escuela, que tendría que conseguir alguien que la busque a su hija para poder participar de las ferias. Le dije que hiciera lo que podía, que no se exigiera tanto.

Conté que quería hacer un cuadrado a crochet, comenzaba con un circulito que nunca me había salido. Julia me dijo que era fácil, era el punto cadena nomas. “*¿Cómo sería?*” Le pregunté. Saco el hilo y aguja que había llevado. Carmen mientras me señaló que tenía que hacer cinco puntos cadena, Julia agregó que dependería del tamaño de lo que quisiera hacer. Carmen explicó que era una carpetita nomas, y “*seis cadenitas hace*”, al ver que mi tejido era bastante ajustado. “*¿Y ahí?*”, y les mostré lo que quería hacer en la revista. Julia: “*y ahí cerrale*”. Me explicó que para ello tenía que hacer pasar la aguja al otro lado, y cerrarlo, desde adentro del agujerito hacia afuera. “*Ese punto es una vareta doble*”, me corrigió, porque tenía que hacer una vareta simple. Carmen le dijo que el simple estaba haciendo, “*¿sigo nomas?*”, le pregunté. Carmen me dijo que estirara más el hilo. Mientras, cada una continuaba tejiendo algo, o viendo en la revista qué podrían hacer. Me explicaban que todos los enlaces se hacían desde el agujerito del medio del cuadrado que intentaba tejer, y no cerrando la posibilidad de circulación con el enganche en alguno de los puntos. “Tengo ocho”, les dije, “*contale nomas*”, respondió Julia, porque acá dice ocho, pero con una cadenita en el medio. “*Con una cadenita al medio, una vareta, una cadena, una vareta, una cadena*”, me explicó. Les preguntaba en base al patrón que estaba en la revista, cada una de las referencias que me hacían me ayudaba a leer el patrón por mi cuenta. Ellas lo leían sin problemas, y rápidamente.

Carmen retomó la cuestión del Facebook, específicamente cómo nos organizaríamos, si sacarían una foto de cada cosa que tenían. Le dije que eso sería fantástico, pero que también podríamos sacarlas en el SUM, o incluso ella le podría decir a Maxi que lo haga.

Carmen tenía un maniquí al que podría ponerle las prendas para fotografiar sus prendas. La idea era que me pasaran las imágenes con los precios que deberían tener los productos, porque sin esa información no podía responder a las preguntas de la página. Dije una mala palabra, y me repetí que no debía decirlas. Jéscica me recordó que estaba grabando, *“pero no sos vos nomas la que escuchás”*, remató. Afirmé lo que dijo, y expliqué que como era madre, a veces trataba de ser menos mal hablada. Ella completó mi frase diciendo: *“más cuidadoso”*. Carmen decía que por ahí se le escapaba. En la casa de Julia no se decía nada de malas palabras. *“¿Cuántos hijos tenés?”*, me preguntó Carmen. Uno respondí. Continúa Julia: *“yo en mi casa les tengo cortito... en mi casa no se dice, no se putea... ni se dicen nada...”*.

Volví a preguntar sobre el tejido, Carmen me señaló como seguir en la segunda fila del tejido. Retoma Julia el tema de las malas palabras, *“te acostumbras nomas”*, Jéscica repitió. Carmen me marcó el error en mi tejido: *“no, no, la misma cadena le haces pasar... ahí... ahí ya le haces la cadena...”*, mientras el resto continuaba la charla entre ellas. Para que quede más prolijo, me contó Carmen que ella enganchaba la cadenita en cada punto, mientras que otras personas lo hacen en cualquier agujerito. Les pregunté qué punto se formaba, y Julia mencionó a un abanico. Para Carmen eran tres varetas nomas. Julia explicó, que eran tres varetas, pero que ella lo denominaba abanico, por la forma que tenía. Carmen acepta el razonamiento de Julia. Quien continúa explicándome, que ese abanico se cerraría con una cadena y un punto medio. *“Todo arriba, alrededor... y volvés a hacerle abanico en cada punta para que se abra el cuadradito...”*.

Julia retoma la cuestión de las malas palabras, diciendo que en su casa no se dice nada, nada, que se acostumbraron los hombres, tiene un muchacho adolescente, y ni él ni su papá dicen malas palabras en su casa.

Jéscica, mirando el tejido de Julia, le dijo que lo estaba haciendo al revés, su cuñada también tejía así. La abuela de Julia le había ensañado a tejer con dos agujas así, culpa de eso le salía el redondo de costado. Jéscica explicaba que una vez aprendido lo hacés así. *“Si, mi abuela me enseñó así... y mi mamá también teje así...”*, añadió Julia. Se hizo un silencio entre todas, mientras cada una tejía. Jéscica contó que su hijo más grande le había pedido un arigurumi para poner arriba de su tele, uno de boca, ya que era muy fanático, a tal punto que lloraba cuando perdía su equipo. En la casa de Julia eran de San Lorenzo, desde el padre al más chico. Le dije al hijo de Jéscica que recién había entrado: *“¡Te parece bien a vos andar chiveando por ahí... y prendido de la teta!”*, y nos reímos un poco.

Entre los hilos de Julia, llamó mi atención uno de algodón naranja, me parecía especial para hacer los arigurumis, por la textura que le daría. Ella me comentó que tiene en lanas general, porque se usa una menor cantidad comparada con un hilo de algodón. *“La diferencia es que este gasta menos y este gasta más porque es más chico todavía (Carmen: más fino), más fino y se toma más... y la lana no, la lana se estira”*. Carmen

explicaba que la lana se resbalaba para tejer, mientras que el hilo no, había probado tejer con seda, pero que no lo recomendaba, era una tortura para terminarlo, se escapaba el hilo, además debía atar y quemar la punta, lo que había ampollado su dedo. La hija de Julia con su hermanito pequeño entró al SUM. “*Hola papá...*” le dice Julia, contó que de un día para el otro le agarró “apéndice”, levantaba fiebre, y más fiebre, así que lo llevó al hospital a las 2 de la tarde, y para las 4 de la madrugada lo estaban operando. Seguimos tejiendo.

No me salía el cuadradito con el patrón de la revista, en eso Jéscica contó que la chica que le había enseñado a tejer a crochet a ella era muda, y cuando no le hacía caso, le pegaba. No logró enseñarle con dos agujas. Para Julia esa forma de tejido era más difícil, porque al perder la cuenta puede quedar un hueco. Carmen contaba que tampoco le gustaba tejer con dos agujas, porque parecía que no avanza nunca el tejido. Acoté que son muy lindos los tejidos con dos agujas.

Julia se lamentaba la partida de Vanesa, “*perdimos una amiga che*”. Jéscica expresó que era porque estaba por comenzar a trabajar, como algo positivo, y recordaron que tenían encima el comienzo de la escuela. No estaban seguras del día, pero sí que era en febrero. La primera tenía a sus hijos en secundaria, y su hija cursaba el segundo año para maestra en una unidad terciaria, contaba con orgullo, luego le pidió a un niño que estaba ahí sí podría ir a buscar el mate a su casa. Jéscica contó que ella no había llevado su termolar porque se acostó un ratito y sintió que le había bajado la presión de tanto andar. El día anterior había estado hasta tarde y a la mañana de ese día también, cocinó, y ahí sintió baja la presión. El cansancio, comenté. Andaba con unas erupciones, “*voy a descansar bien*” señaló. Julia referenció al cuerpo, e inmediatamente Jéscica comienza a contar que había caído anteriormente en terapia por presión alta esa vez, había sido como un cierre dije ella, un ACV corroboró Carmen. “Eso”, exclamó, en la mitad de mi cuerpo. Ahora me tomo la presión dos veces por día, y Julia le preguntó por un medicamento específico para la presión<sup>38</sup>, si lo estaba tomando. Pero no tomaba nada porque vomitaba todo, se lo inyectaban cuando era necesario.

Contó que tenía que estar más sana, pero se ponía nerviosa muy rápido cuando no le salía algo. En ese momento, por ejemplo, tenía que presentar una carpeta en Desarrollo Humano con los talleres que se dictaban y el manejo del CPC, y no le salía porque Morena no traía (no especificó qué era lo que no le traían), hasta que fue a encararla a su casa para decirle que no se merecía que la trataran así. Julia: “*y si, te pones nerviosa, eso te hace mal*”. Agregué: “*vas a tener que empezar a relajarte*”. Carmen le sugirió que caminara más.

Jéscica asumía que guardaba relación con que antes del CPC (como becada de Desarrollo Humano) trabajaba en la calle, iba al Chaco incluso, salía a la mañana y volvía a la noche, venía, dormía y volvía a salir al otro día, y así, andaba todo el día.

---

<sup>38</sup> Enalapril sería el nombre genérico que preguntó. Era el medicamento que toma su esposo.

Estaba más tranquila con este trabajo, más en su casa, pero parecía que su cuerpo absorbió esa situación. Mientras, Carmen controlaba lo que estaba haciendo, y le contó que ya estaba por la parte de arriba. Había desatado el cuadrado anterior, y estaba en mi segundo intento. Julia explicaba que había que desarmar y armar, hasta que quedara como quería, *“siempre le digo... si no te sale... hay personas que ya dejan, bueno no me salió... hay que volver a intentar...”*.



En la imagen vemos a Carmen, Jéssica y Julia, más tres niñas del CPC, en el salón de usos múltiples del CPC. La que está sentada en la mesa es Vero, la sobrina de Jéssica, vive frente al CPC por lo que suele estar a menudo allí. El hilo amarillo corresponde al tejido que había comenzado a hacer siguiendo el patrón de la revista.

Jéssica había dejado de trabajar en la calle desde que se juntó: *“él no quiere, no quiere que trabaje... no quiere... saber nada... quiere que me quede en mi casa tranquila, que no tengo nada de qué preocuparme... que no me hace falta nada me dice... pero yo el encierro que a veces también me hace mal... también... entonces... después empecé a venir acá y... y ahí -es que le conocí- a [...] el que cuidaba acá... y el habló, me hizo hablar con el Dr. Diógenes, y ahí empecé a trabajar acá... y le dije a Él, que acá cerquita de mi casa nomás... y ahí empecé a relajarme más...”*. Ni bien terminó de decir esto, pegó un grito para que un chico se bajara de donde estaba y se fuera a la cancha. Con un tono más amable le preguntó a Julia: *“¿este es tuyo?”*, por un bebé. Era su último dolor de cabeza. Con 38 años, el embarazo había sido diferente, fue por cesárea debido a un problema en su pulmón, y le ligaron las trompas. Carmen cayó en la cuenta: *“o sea que la más anciana de todas acá soy yo...”*, Julia: *“no digas eso”*. Pregunté la edad de Carmen, *“cuántos años crees que tengo”*, dijo, y comenzamos a reírnos. 53 años tenía, y caminaba desde su casa al centro (unas 30 cuadras aproximadamente) ida y vuelta.

Julia reflexionaba que se había vuelto vieja por su problema del pulmón, que no la dejaba caminar, ni moverse porque se agitaba.

Mientras tejíamos, llegó el profesor de teatro, aún no habían llegados los niños, comentó Jélica. Además de los cortes de luz que se venían sucediendo, se produjeron cortes de agua ese día, incluso en la casa de Jélica se quemó el equipo de su marido con el cambio de tensión eléctrica, sin embargo, alcanzó a salvar la heladera porque su hijo la desenchufó, no entendía cómo se dio cuenta (era pre-adolescente). El profe preguntó lo que hacíamos, y si yo era la profe. Le dije que no, Jélica explicó que era entre todas. Julia lo invitó a aprender. El profe tomó dos agujas, y con sus dedos rebanados comenzó a hacer cadenitas, y bromeaba sobre su ineptitud. Le dije que no importaba, que Lucía hacía tejer a todos.

Al rato, logré terminar el cuadrado, o algo parecido. Julia exclamó: ¡Qué lindo!, Jélica se reía de la forma en que había dicho *“esto quiso ser un cuadrado”*, y Carmen buscaba la explicación de por qué el cuadrado no parecía tal cosa. Carmen y yo contábamos puntos, me había dado cuenta que me faltó uno, y ella me hizo ver que había hecho un medio punto en vez de una vareta completa, y que tenía que sumarle otros tres puntos. El profe de teatro le preguntó a Julia si estaba bien lo que hacía, Jélica irrumpió para decirle que haga más grande. Julia contaba que había enseñado a su sobrino a tejer, porque mucho le insistía. Jélica creía que había varones que aprendían más rápido que las mujeres.

El profe confundió a Carmen con la peluquera. Cuando le dijo que era *“la modista”*, la reconoció porque había llevado trajes para la obra de fin de año. Habían sido muy buenos los trajes, y probablemente le pediría trabajo, porque necesitaba la ropa para las obras. Carmen le ofreció una bolsa ubicada al lado nuestro, donde estaban unas remeras que había hecho para vender. El profe luego las vería, mientras Julia le decía que se amañara con su aguja. En eso llegó don Gutiérrez, saludó a todas las que estábamos, intercambió unas palabras con Jélica sobre una casa que entregó el PROMEBA y había tenido algún inconveniente. Don Gutiérrez exclamaba que deberían hablar con el ingeniero Brea, para que entregue las viviendas, las de material. Luego decía que todo de chapa les había traído, que no sabía cuál era el arreglo. Y concluyó diciendo: *“si vamos a reclamar, vamos a reclamar... si hay que hacer fuego, vamos a hacer fuego... también. Quemar gomas... cualquier... cosa vamos a hacer”*<sup>39</sup>. Jélica se rio, Julia asintió. Este continuaba diciendo que las casas tenían que ser de material, pero les salió más barato hacerlas de machimbre. Luego le conté que trajimos dos pelotas más, pero él no entendía bien de qué le hablaba, y preguntó a Jélica si eso no iba a manejar Mártires. Carmen le preguntó si quería tejer a Don Gutiérrez. Él respondió que la edad no le permitía, ella le dijo que la edad se tenía en el corazón.

---

<sup>39</sup> Una queja habitual de Don Gutiérrez hacia la CCC que tiene su local frente al barrio es la forma de protesta, específicamente una donde quisieron prender fuego debajo de un transformador en la entrada del barrio.

El profe de teatro preguntó qué días estaríamos allí. Los miércoles a las 16 horas le respondí. Don Gutiérrez dijo a modo de chiste *“hasta que oscurezca”*. Preguntaba porque él venía los miércoles a las 5. Julia le dijo que lo esperábamos hasta las 5, rápidamente aclara que no, pero Gutiérrez lo interrumpe con: *“es un lindo horario, ¿usted también está queriendo aprender?”*. Retoma el profe su explicación de que tejía porque no estaban los chicos del taller. Como para salir del paso, le preguntó a Julia porqué su tejido quedó diferente al de ella. Le sugerí a Jéssica que podríamos irnos afuera, o algún otro lugar, como para no molestar, ella mencionó la cocina, donde entraríamos bien.

Ya con los mates de Julia por medio, Don Gutiérrez dijo que a fin de año se entregaban los trabajos, como chicana, y como una forma de marcar que la actividad debería continuar hasta fin de año. Los talleres cuando terminan en el barrio hacen una muestra. Ahí recién le harían la evaluación para ver si andaba o no, dijo Don Gutiérrez. Julia le respondió que a esa edad ella ya no quería aprender. *“¿No le gusta?”*, preguntó. Julia se refería que no tenía intenciones de que alguien la evaluara.

Entraron unos niños al SUM, y Lucia le preguntó si querían aprender a tejer. Uno de ellos dijo que sí, se sentó al lado de Julia, y le facilitó una aguja y un hilo. Vero (6 o 7 años), la sobrina de Jéssica estaba cuidando a su hermana más pequeña (entre 1 y 2 años), Jéssica le decía que no la alzara porque lloraba. Mientras seguíamos tejiendo, hasta que en un momento Jéssica le grita: *“¡dejale nomás Vero...!”*, y la criatura más pequeñita gritaba para que la soltaran.

Carmen se aliviaba de pensar que había terminado el traje ese día, porque estaba creída que otro sería el del acto de fin de año. Ese día se le había ocurrido decirle a Morena que ya estaban listos los trajes, contaba, y ella mandó a buscar, y le dicen que era ese día. En eso Jéssica le dice a Vero: *“¡traele acá! ¡Joel acá! ¡Vení acá...!”*. En un tono mucho más fuerte que el acostumbrado.

Terminé el cuadrado, y ahí si parecía un cuadrado. Julia me decía que estaba hermoso, pero con lana sería más grande, con el hilo que estaba usando se quedaba ahí, no crecía lo tejido. La lana me parecía muy calurosa para tejer en pleno verano correntino, por lo que le dije que quizás podría hacer con hilos de algodón más gruesos, con más hebras. Luego me mostró como cerrar el tejido. El niño que había comenzado a tejer avanzaba con las cadenitas. *“¡Muy bien!”*, le decía Julia, seguido de la recomendación de que tenía que desatar todo y volver a comenzar. Era una práctica, y no sobraban hilos como para dejar tejida su primera cadena.

Carmen recordaba a Maxi cuando era bebé y lo dejaba con su mamá o su suegra junto con una ropa de ella, porque si no, no quedaba con nadie. Julia acotaba que las criaturas se acostumbraban a las personas. Jéssica le preguntó a Carmen si Maxi era hijo único. Contó que los médicos no querían que lleve a término el embarazo, por tu enfermedad, le pregunta Julia. Ella dijo a los médicos ante esta cuestión, que si le pasa algo a ella estaba el papá para cuidarlo, pero su marido no sabía bien que hacer, entonces habló

con el papá de Carmen, quien reconocía que la decisión era de su hija, “y bueno así, gracias a dios... así tengo al pichón de mamá...”, concluyó.

El niño que tejía, había terminado su segunda práctica de cadenita. Julia le decía que tenía que aprender hasta que le salga bien la cadenita, porque si no, no iba a poder con lo demás. “Mucho mejoraste”, agregó antes de decirle que tenía que volver a desarmar, y hacer la otra base, el segundo paso. Jéssica como chascarrillo señaló que le estaban por abandonar al profe, porque los niños que hacían teatro estaban tejiendo. Carmen preguntó la hora, como para irse, yo también estaba a punto de irme, juntamos las cosas, quedamos en volver a encontrarnos el miércoles siguiente, y nos despedimos.

### **El ocaso de ArteSano**

Volvimos a reunirnos recién el miércoles 3 de febrero, cuando la actividad ya había virado hacia la enseñanza del tejido, más que la producción en grupo. Fui con Flor, una compañera del CES, porque se reuniría con algunas personas de la mesa, y al entrar al CPC notamos que no estaba abierto, mientras que algunos niños y niñas jugaban en la galería, y rondaban los adolescentes con consumo problemático. Al ratito llegó Jéssica, para abrirnos la puerta del SUM, pero se tenía que ir rápido, porque estaba descompuesta, le dolía la panza. En eso asomaba Julia con sus materiales a una cuadra, preparada para tejer. Las niñas del barrio y algunos niños se dirigieron al salón, y se ubicaron en torno a las mesas. Julia sería quien dirigiría la actividad, Flor y yo nos dispusimos a seguir sus indicaciones. Jéssica, regresada de la salita, comentó que el médico le dijo que podría estar embarazada, se haría una ecografía en una semana, y eso la angustiaba un poco. Circulaban unas revistas de crochet entre lxs niñxs, mientras Julia desplegabamos sus materiales: agujas de tejer, hilos, y algunos muñecos que había realizado. Una vez que cada chica y un chico, tuvieron sus hilos, comenzaron a hacer cadenitas de crochet, y las que ya sabíamos hacerlas, les ayudábamos.

Al rato llegó Don Gutiérrez para charlar con Flor sobre el tema del grupo de vecinos, y del taller de Boxeo. Entre tanto en el SUM Julia hacía foco en el trabajo de las chicas. Yo estaba entre una punta y la otra, por un lado, escuchaba lo que se hablaba, pero por el otro intentaba dar una mano a la sobrina de Jéssica. Cuando terminamos el taller, nos encontramos con el profesor de fútbol, que formaba parte del programa crecer jugando, del PROMEBA, destinado especialmente para los jóvenes de los barrios intervenidos con infraestructura. Mártires no había hablado con él, y éste tampoco sabía que se estaba trabajando en un grupo para coordinar las actividades en el CPC, lo invitaron para la próxima reunión de vecinos, y nos fuimos.

El 11 de febrero no había podido ir, pero asumí que se habían reunido, era el acuerdo que teníamos con Jéssica y Julia. Carmen no estaba yendo, ni participando del wsp. Antes de salir desde Resistencia el 18, mandé un mensaje al grupo de wsp para consultar si nos reuníamos. Me respondió Morena diciéndome que iría Julia a hacer las carpetas. Lo que se había hablado anteriormente es que podríamos ayudarlos a lxs

chicxs del barrio con sus carpetas para la escuela, viendo la cantidad de chicxs que se sumaban a la actividad, y que estaban por comenzar las clases.

Eran días de mucho calor, la sensación térmica alcanzó los 50 grados ese día. Al llegar me encontré con un grupo de personas sentadas alrededor de una mesa de plástico, escuchando música, y jugando a las cartas. Muchxs chicxs dando vueltas, incluso aquellos que tenían consumo problemático. Salió a mi encuentro Morena, que estaba con unos chicxs en la biblioteca, y la divisó a Jéssica también entre la gente que estaba jugando a las cartas, aparentemente por plata. Fue un momento tenso. Jéssica me dijo en tono jocoso: “¡no me viste!” Morena hace su descargo diciendo que no sabe qué hacía esa gente ahí, y me avisó que Julia estaba en camino.

Me quedé charlando con Morena, y la vimos a Julia doblando la esquina. Llegó cargada de las cosas necesarias para hacer las manualidades con los chicos. Estaba radiante Julia, y muy segura de lo que hacía. Nos fuimos al SUM, corrimos la mesa, y comenzamos a ubicarnos. Las chicas y los chicos se reunieron en la mesa, y comenzamos a sacar las telas que había conseguido que me donaran para ArteSano. Jéssica había guardado las bolsas de telas que trajimos para los talleres, pero sólo trajo unas pocas para esta actividad. Los cartones para las carpetas estaban guardados ahí, junto con las maderas de los pallets. Cortamos las carpetas, los chicos eligieron las telas, y comenzaron a armarlas. La consigna era que cada quien armara su carpeta, con la tela que más le guste, o que usaran algún otro material.

Mientras ayudábamos a hacer las carpetas, Julia nos contaba (a Jéssica y a mi) que su marido trabajaba todo el día, que era un hombre de trabajo, buena persona, y buen padre. “*Tiene sus cosas*”, se apuró a aclarar. Jéssica compartió con Julia que ella era parte del programa promotores comunitarios, y que cada vez que la llamaban desde la secretaría de Desarrollo Humano<sup>40</sup>, tenía que ir, haciendo referencia al poco tiempo que disponía. La mamá de Julia era costurera, pero no ahondó mucho en el tema. Su hija, estaba embarazada, así que ella pensaba que iba a criar a su nieto/a para que ella continúe estudiando. Me explicaba que por esta razón no va a tener mucho tiempo para participar de las ferias. Sin embargo, seguir trabajando con los chicos en estas manualidades le encantaría. Les había comprado unos stickers para esa actividad con dibujos que servían para poner el nombre en las carpetas. Pasó Don Gutiérrez, “*controlar qué hacen*”, dijo. Miró, estuvo un ratito, y se fue. Estábamos haciendo las carpetas en ese momento, así que tampoco le prestamos mucha atención, Jéssica habló con él.

Algunos niñxs que llegaron tarde exigían las carpetas, le decíamos que había que trabajar para hacerlas, que fueran la próxima y les ayudaríamos a armarlas. Al ir finalizando la actividad, Jéssica conversaba por lo bajo sobre Morena con una chica de 15 años, pariente de ella asumí, pero resultaba más o menos oíble por quienes

---

<sup>40</sup> Así denominó ella.

estábamos ahí. Se quejaba de que no estaba nunca, y que los chicos se habían ido de las actividades que proponía porque eran aburridas. Morena, asimismo, esa tarde había entrado varias veces al Sum, cosa que hasta el momento no había pasado.

Al finalizar las carpetas, y ya con la mayoría de lxs chicxs jugando afuera, hablamos de conseguir las cosas que faltan, porque las de esa actividad las había llevado Julia y no tenía como reponerlas. Les pregunté si podrían continuar con las actividades ellas solas, por si yo no podía venir el jueves siguiente, y dijeron que sí. El jueves anterior habían estado Julia con Morena pues no había nadie más, y antes, los chicos la habían ido a buscar para ver si se harían actividades. Les pregunté por la posibilidad de participar de las ferias una vez por semana, y de separar las reuniones. Por un lado, la de las ferias, y por otro, las de las actividades que se hacían para el barrio, o para darle contenido al CPC, quedó ahí la nomás la cuestión.

En una de las entradas de Morena le pregunté por Carmen, que no estaba viniendo a los talleres y no respondía tampoco los mensajes. Me contó que había fallecido su cuñada, y que pensaba que estaba muy deprimida por los mensajes que enviaba. Le pregunté si me acompañaría a saludarla e invitarla para la próxima reunión. Me dijo que sí, pero que la esperara un ratito que se iría a buscar la moto a su casa y a tomar agua. En el CPC no había agua disponible, ni baños en ese tiempo.

Llegó Morena en una dax, charlamos un rato más con Julia y Jérica, y nos fuimos para la casa de Carmen, que estaba a unas 7 u 8 cuadras del CPC, sobre Cartagena, una de las calles asfaltadas que rodea al barrio. La casa de Carmen era de dos pisos, con portones de hierro negro, y estaba estacionada la camioneta y una moto grande. Tocamos timbre un par de veces, y no nos atendían. Morena aprovechó el momento para preguntarme cuál era el objetivo del grupo. Era bastante inquisitiva la pregunta, y no terminaba de comprender por qué éramos tan pocas. Le conté que lo que hacíamos en ese momento tenía que ver con hacer actividades en el CPC, pero que el grupo se creó para participar de las ferias. Me sentí incómoda con la pregunta, había mucha inquietud en sus ojos, pero también muchas dudas de mi parte sobre lo que estábamos haciendo.

Salió Carmen, muy diferente a cuando la veíamos en el CPC, cuando tenía una mirada más activa, y una actitud vital fuerte. Le preguntamos cómo estaba: “*drogada*”, respondió. Fue impactante para mí. Estaba teniendo problemas con el marido y su hijo le había dicho que se quería ir a vivir con su novia a Resistencia, ella le preguntó qué pasaría si él se iba. Hablaron de una boleta que tenía Morena de Carmen, yo no entendía a qué se referían. Luego de un ratito, la invité a la reunión que se hacía el viernes, que estábamos queriendo participar de la feria en el municipio, dijo que intentaría ir. Nos despedimos, y Morena me acercó a la parada del cole para volver a Resistencia.

En ese tiempo ya comenzaba a prepararme para cursar los seminarios del doctorado, y debía comenzar a armar las clases para las materias de la facultad, lo que me dificultaba



cruzarme todas las semanas<sup>41</sup>. Jéssica y Julia habían quedado en continuar con los talleres para las niñas y adolescentes principalmente. El 10 de marzo nos reunimos en el CPC, y Julia seguía muy entusiasmada con las actividades. Sin embargo, para el 16 de abril, cuando escribí en el grupo para ver si se juntaban, asumiendo que continuaban con las actividades, tal como habíamos quedado. Me respondió Jéssica explicando que ella se reunía con las chicas que participan de “su taller”, que no era más el espacio que habíamos comenzado a construir. Estaban haciendo muñecos de trapo o de tela, los sábados a la tarde, y los martes a la mañana. “¡Qué lindo lo que están haciendo!”, le dije, y me respondió: “La verdad es lo q me gusta lo poco q se enseñar” (Mensaje de wsp del 16/04/16 – 11:24 hs).

La conversación cesó ahí. El grupo como tal ya estaba efectivamente diluido.

#### ArteSano como escena social

Esta experiencia de Arte-Sano no es una experiencia aislada, pues los proyectos de extensión o de transferencia por parte de la universidad son una práctica constante, claro que no idénticas. Del capítulo uno queda claro que estas intervenciones no son neutras y buscan de alguna forma performar la realidad.

Florence Weber (2009) utilizó la noción de escena para comprender lo que sucedía con las actividades fuera del trabajo en las fábricas de una pequeña villa de Borgonha, Francia. Las definía como:

un subconjunto de relaciones orientadas por una práctica en un conjunto de relaciones tejidas por un individuo. Tales relaciones son observables en un acontecimiento (estos últimos son los únicos objetos de descripción etnográfica). Una escena social es, por lo tanto, un aspecto a partir del cual un grupo de conocimiento mutuo fundado sobre una práctica común aparece a uno de sus miembros. Yo llamo de "práctica común" o conjunto de las prácticas consideradas como análogas o, al menos, comparables por los mismos nativos<sup>42</sup> (Weber, 2009, pág. 194).

Las escenas, de esta manera, se hacen inteligibles a quienes participan de ellas, teniendo un sentido específico, que puede ser comprendido por quien es ajeno a las relaciones que lo sostienen, o no. A su vez, estas escenas se organizan por una práctica común, es decir, presentan un universo de referencia, y de socialización, donde las interacciones tienen un significado para quienes participan (Weber, Nice, y Wacquant,

---

<sup>41</sup> El cruzarme en ese entonces implicaba tomarme un colectivo en Resistencia que me llevara desde mi casa hasta el centro. Allí tomaba el Chaco-Corrientes, que me dejaba en el puerto de esa ciudad, donde tomaba el siguiente colectivo, que me acercaba al barrio, a unas 8 o 5 cuadras, depende de cuál colectivo tomara. Lo que implicaba que irme y volver me llevaba entre 3 y 4 horas, dependiendo del día.

<sup>42</sup> Traducción propia.

2001). Esto no quiere decir que el/los significado/s sean transparentes para todos los miembros, sino que ciertos elementos del contexto colaboran en mantener fijas las interpretaciones que cada protagonista le da al evento; diferentes interpretaciones del mismo evento tienden a coexistir cuando la escena social está menos cristalizada y cuando los eventos adquieren sentido en distintas escenas sociales. Éstas tampoco se reducen a espacios de co-presencia física, incluso estos espacios pueden involucrar varias escenas sociales. Por esto dicen estos autores: *“La etnografía tensiona no el funcionamiento estructural del campo sino la realidad de las cadenas de conocimiento mutuo e interdependencia que lo constituyen”* (Weber, Nice, y Wacquant, 2001, pág. 485).

En este sentido, podemos pensar la irrupción de ArteSano como una escena que hizo inteligible, al menos en parte, o para algunxs participantes, una forma de sociabilización compartida, junto con ciertos códigos y conflictos propios del territorio. En lo que sigue voy a centrarme en tres dimensiones de esta escena, separadas sólo para poder presentarlas. La institucional, o de objetivos, donde aparece la intención de un proyecto de generar un espacio con una morfología determinada, que a su vez choca con las intenciones de otros espacios (como el del CES), y establece una relación específica con lxs sujetxs destinatarixs. La relacional y subjetiva, que implica que ese espacio es movilizado por personas que a su vez tienen su forma de entender, destinado a otras personas que entienden de una manera específica la propuesta de ArteSano en este caso, quienes también tienen sus estrategias sobre lo que quieren hacer. Finalmente, la de contenidos, esto es, como estas relaciones promueven la movilización de ciertos contenidos, saberes, formas de explicar la realidad que se muestran.

### **Las lógicas institucionales desplegadas**

La reunión de diciembre marca el inicio de la conformación de un grupo de mujeres que hacían manualidades y textiles, a quienes les interesaba vender lo que hacían (desde la mirada del PDTS). Por un lado, este primer encuentro permite ver en marcha la relación entre el PDTS y del CES en su pata económica y las mujeres.

Ante una demanda específicamente enunciada en un grupo de mujeres cuyos hijos tenían consumos problemáticos, el proyecto asume que habría que organizarlas y participar en una feria. Encargan este armado a la economista. Ante este diagnóstico, se plantea una reunión para coordinar con las mujeres la forma de participación en una feria. A esa primera reunión asisten unas 10 mujeres, todas muestran más o menos entusiasmo por conformar un grupo para participar de las ferias. Una vez terminada la primera reunión, armamos un grupo de wsp, y pautamos otra reunión. A la próxima reunión fueron 3 mujeres, y Maxi, el hijo de una de ellas, donde planificamos la participación en una feria, otras dos mujeres se sumarían al evento. La pregunta es qué estábamos proponiendo realmente en el barrio, que no era lo que suficiente como para que ellas estuvieran ahí, y la segunda pregunta es porqué deberían de estar.

Asumir que, porque no fueron, no les interesa, implicaría manejar una teoría racionalista de la acción humana. Saliendo de esa simplificación, podemos reflexionar sobre qué esperaban encontrar, y lo que efectivamente encontraron en la reunión. La propuesta no era del todo clara, no había una posibilidad de venta concreta, y muchas de las que fueron tenían sus propios canales de venta. Incluso, la mayoría de que las que efectivamente asistieron<sup>43</sup>, no tenían hijos con consumo problemático, por lo que hubo un desfase quizás entre las personas que manifestaron sus ganas de vender, y las que efectivamente fueron a “vender”, y el dispositivo pensado para “canalizar” esas ventas. Incluso agregaría que se mal interpretó lo que pedían, porque aparece en el capítulo uno un pedido por un espacio de costura, no uno de venta.

Antes que continuar reflexionando sobre este dispositivo de “intervención”, me interesa ahondar en el efecto que tiene la generación de este tipo de espacios, y la reorganización social que pueden desencadenar. Desde mi lectura, este espacio que pretendía generarse estaba dividido por el enfrentamiento que se daba en el barrio entre el PDTs y el CES, encarnados en ese momento en las figuras de Morena y Jérica, quienes formaban parte cada una de alguno de los bandos. Morena insistió en que participaran activamente Romina y Julia, sus hermanas. La primera no participó más que la primera vez, pero Julia siguió, incluso se puso a dictar los talleres, comprometiéndose con los materiales y la asistencia, mientras que Morena era la que la acompañaba. No es de extrañar que, en esta configuración, Jérica no tenga muchas intenciones de trabajar con Julia, por más que lo más lógico desde la mirada ‘lógica’ era que ellas siguieran dictando los talleres juntas. Por otro lado, en la primera instancia de activación del grupo, aparece la referente del PDTs acompañando, y marcando un rumbo. Para enero, es Elena quien señala cómo debía organizarse el grupo, dónde debía funcionar.

Lo anterior refiere a las relaciones en las cuales se inserta una actividad, que da cuenta de que las acciones no caen en un vacío social. Por otro lado, aparecen las ‘necesidades’ o ‘estrategias’ de las personas que continuaron asistiendo, quienes se mostraban más propensas a dar ellas sus propios talleres. Jérica tuvo el comportamiento más evidente, quizás, porque planteaba este no saber vender de forma explícita, pero en su forma de manejarse procuraba mostrarse, siempre traía lo que hacía incluso para que para que le sacara fotos, estaba disponible para que le pidan/compren, la que aceptó hacer los almohadones a Elena. Carmen, además de desplegar los conocimientos que traía, proponía insistentemente que su hijo dictara talleres de dibujos. Julia fue menos evidente, pero para finales de 2016 comenzó a dictar talleres en la CCC, frente al CPC. Este comportamiento no sólo tiene que ver con subjetivaciones desplegándose, sino con la información que transmite el PDTs. Este proyecto pagaba (a los ojos del barrio) a Morena para que se encargara de la biblioteca,

---

<sup>43</sup> Diría todas, pero a dos de ellas no las conozco como para decirlo.

ella había comenzado dictando las clases de bachata. Esto permite lugar ahondar más en las relaciones que se movilizaban y las subjetividades.

### **Las relaciones y subjetividades manifestadas**

Lo primero para indagar es el rol de coordinadora que asumí. La lógica que había pensado era la de acompañar este proceso, donde aparentemente aparecía claro para las mujeres esta necesidad de vender, por lo que asumía ellas necesitaban un “empujón”, que además me serviría a primer acercamiento para darle forma a mi proyecto de tesis. Había tenido algunas experiencias de trabajo con sectores populares, lo que acarrearán algunas pre-nociones, como que manejar el dinero podía generar desconfianza, pero también que cuando se ‘interviene’ para movilizar saberes, para introyectar otras formas de hacer, es necesario un tiempo prolongado y sostenido de participación activa. Mis seminarios comenzaban en marzo del 2016, y allí terminaba mi participación semanal, lo que desde el vamos podía dar indicios de que no podría sostenerlo yo al espacio.

La presentación que hice como marco de la relación, más allá del lugar en el que me pusieron desde el PDTs, fue: *“mi profesión es economista y por eso me gusta más el tema de la producción de poder pensar formas de vida a partir de lo que uno genera y obtener algún tipo de ingreso...”*; me planté también como una profesional en economía, como si al decir algo semejante estuviera claro lo que los/as economistas hacen. Les planteé que lo que me interesaba la producción, ¿qué habrán entendido ellas que significaba producción? ¿Qué realmente habré creído yo que decía con esa palabra, y qué tan cargada de significados provenientes de la disciplina de la economía habrá estado? Por último, les aclaré que la producción tenía que ver con una forma de vida, que había una relación entre estas dos variables, y que además esa relación propiciaba ingresos monetarios.

El doctorado que estaba iniciando, y por el cual me interesaba establecer un vínculo con ellas, era en Antropología Social de allí en parte la necesidad de correrme o ver desde otro lugar el planteo sobre la economía. Venía de terminar una tesis de maestría donde adopté un enfoque etnográfico, y donde cuestionaba seriamente la idea del desarrollo y sus derivados (como la construcción de empresarias populares) desde el pensamiento del grupo del giro decolonial<sup>44</sup>, analizando especialmente la colonialidad del poder de Aníbal Quijano (1997). Esto explicaba en parte los cuestionamientos sobre estas relaciones de poder presentadas desde lugares neutros y objetivos, tanto como la necesidad de desplazarme de la economía como disciplina, y forma de comprender lo social. La descripción presentada espero de cuenta como estos pasajes no son automáticos, y como el conocimiento tampoco cae en un vacío, sino que se va estructurando con los conocimientos previos, reificando, incluso a veces dinamitando.

---

<sup>44</sup> Castro-Gomez y Grosfoguel (2007).

En una de mis intervenciones planteé que era *'bueno'* esto de negociar el precio con las personas que vienen a comprarles, en los diferentes espacios de ventas, pero: *"como que no es lo deseable..."*. Lo deseable en mi lógica economicista sería contar con una definición clara de cuál era el precio al cual se puede vender en el mercado, pero cómo se calcula eso, qué tan válido o certero es el cálculo. En otra oportunidad señalé que en enero y febrero podríamos trabajar sobre los precios y el valor de lo producido, aparece un rol de "enseñar" el precio que le corresponde a lo producido. La ciencia objetiva, definiendo cuánto vale lo que se produce. La lógica de hacer el cálculo del costo que les planteo aparece aunada a la idea de lo deseable que menciono, o incluso de un cálculo justo. Todas ideas de un economicismo, que desconoce cómo se definen los precios, imbuida de una racionalidad que busco transmitir, que tiene que ver con una medida objetiva del valor.

De igual manera, hay momentos donde planteo un desplazamiento de esta lógica de saber sobre lo que había que hacer para vender más, o cómo hacer los cálculos, como cuando les cuento que no sabía seguir las instrucciones del crochet, y Carmen, Julia y Jéssica comienzan a guiarme en ese proceso. Este corrimiento es central para establecer una posibilidad de vinculación con las mujeres, donde no se eliminan las jerarquías sociales, o las disposiciones, pero se incorporan otras posibilidades. Lo que sabemos y nos da una posición en una dimensión de lo social, o en una actividad específica, puede cambiar en la otra, abriendo la posibilidad del intercambio, en este caso de conocimientos.

Esta tensión en mi formación se va plasmando en la forma que me voy comportando, pero también en la manera en que *'coordino'* el espacio, especialmente en el vaivén entre la posición de decir lo que debíamos hacer, y el hacerla parte a las mujeres en el proceso de la toma de decisiones. Esto último tiene que ver con mis preguntas de investigación, donde aparece la necesidad de escuchar y comprender la particularidad del *"mundo"* que me estaban contando las mujeres. La relevancia de escucharlas y tomar en serio el proceso implicaba el considerar que tenía una lógica la forma en que se van dando los temas, y que hay algo que se manifiesta en esa relación que entablam<sup>45</sup>, por más que las ideas productivistas que traía incorporadas en mi posición se cuelan, y son parte de este proceso. Por esta razón la presentación sigue un orden cronológico en la aparición de temas, y de momentos, anclada en esta secuencia que tiene el pensamiento y la acción (que no precede uno a otro, sino que son dos momentos de un mismo fenómeno, aferrándome en la idea Spinozista del pensamiento y del cuerpo).

---

<sup>45</sup> El cómo escuchamos y más aún cómo integramos lo dicho, la experiencia y el pensamiento sobre esa experiencia en la etnografía, lo describo el capítulo 3, inscribiéndome en la **integración dinámica** de las perspectivas.

## Los contenidos explicitados: el hacer y la dificultad de vender

Además de las relaciones que se dan en el marco de un proyecto, aparecen palabras que cargan con un significado diferencial en distintos contextos, el precio de lo que hacen, el hacer de las mujeres, son grandes temas que conforman el núcleo de esta tesis, y que comienzan a manifestarse en estos primeros encuentros, por tanto, también a tomar una forma específica.

El hacer para las mujeres que fueron a la reunión aparecía mezclado con el trabajo, con una forma de trabajo no socialmente reconocida, *“nunca supe trabajar”*, pero que no implica un no hacer. Sin embargo, no todas hacían lo mismo, ni de la misma manera. Algunas aprendieron mirando, otras por cursos, otras haciendo. Pero siempre aparecía una actividad que generaba algo, algunas veces reconocidas como una habilidad por ellas mismas, otras no.

Eso que hacen, a su vez, tenía una circulación específica. El Hombre araña tejido por Julia, funciona como un muñeco de apego para su hijo más pequeño, pero para *‘mostrarlo’* en la feria, debe esconderlo de él. Lo doméstico, al salir hacia fuera de ese espacio, requiere de cierto proceso de ocultamiento. Esta producción no alcanza una candidatura mercantil (Appadurai, 1986), hay lazos establecidos con la cosa, que no se cortan, por más que se lo ofrezca en una zona intermedia como una feria (pensando que lo más lejano a lo cotidiano sería el mercado, como instancia despersonalizada).

A su vez, aparece una diferencia entre el adentro, el hacer para la casa, para la familia, como un pasatiempo, como una forma de relajarse, de dejar de estar nerviosa, y pensarlo para venderlo, el hacerlo para afuera, para algún mercado. Incluso cuando pensamos en armar un muestrario con lo que hacía cada una, nos posicionamos en la venta hacia afuera, para alguien que no conoce el proceso ni las habilidades de quien lo realiza. Para la circulación en el barrio esto no resultaba necesario, porque ya *“se sabe”* como trabaja cada una de ellas, por lo que no hay asimetría de información necesaria de suturar con una prueba de la producción y de su calidad.

Por otro lado, emerge la pregunta sobre cómo poner el precio para algunas, dirigida hacia una economista, quien se asume sabe cómo debe ponerse el precio. El precio que sería uno, y que habría una forma objetiva de definirlo, una forma verdadera. Graciela complejiza esta cuestión al decir que *“va a haber otro que va a valorar mi trabajo”*, donde el valor del trabajo aparece asociado al precio de lo que se produce, también a las siete horas que pasa frente a la máquina trabajando, pero también a la valoración de otro que paga lo que vale. Marca una separación así con las otras mujeres que no podían ponerle precio a lo que hacían, que lo hacían para relajarse.

Algunas colocaban el precio a ojo de lo que hacían. Tomaban de referencia los precios de cosas parecidas comercializadas en las cercanías, o incluso por el tamaño que tenía el muñeco, en el caso de los arigurumis u ositos. Carmen, por ejemplo, tenía una fórmula específica, calcular lo que gastó y cobrar el doble. En la relación, mi intervención hasta acá era la de tratar de forzar un cálculo explícito de cuánto tiempo y recursos habían

utilizado para hacerlo<sup>46</sup>. Esto es, poner en juego una lógica económica de hacer medible el tiempo, separarlo del resto de las actividades, racionalizar: *“como para ir ‘aprendiendo’ a calcular los precios, a partir de identificar los costos”*.

También emerge una dimensión corporal del precio, porque cuando no sabés que precio poner, sufrís, y está la cuestión del placer de hacer o trabajar, que menciono que eso le daría un valor diferente a lo producido<sup>47</sup>. lo que habilita la comprensión de la relación entre el precio-saber-cuerpo.

Podemos resumir entonces las diferencias entre el precio de lo que venden, el valor que tiene y el no saber vender. Son tres dimensiones del problema de vender lo producido. Por un lado, cuál es el precio justo que debería tener eso que venden. En general, todas han vendido alguna vez, por ende, pusieron un precio, o alguien al menos le pagó algo por lo que han hecho, pero eso no implica que ellas sepan, desde su perspectiva. El hacer no es saber. El saber el precio tiene otro estatus, no es algo práctico. Se vincula más bien a un saber al que las mujeres no parecen acceder. Incluso Graciela, que plantea que ella vende lo que sea, veremos que tiene problemas al momento de definir el valor de su trabajo dentro de la cooperativa en el capítulo 4. Ese precio, para la economía indica el valor de algo, permite en cierta forma jerarquizar lo social, distingue lo que vale de lo que no vale, y define además en cuánto más vale lo que vale (marca diferencias cuantificables, no sólo de grado).

Más allá de mis intentos de transmitir una racionalidad económica, por nombrarla de alguna manera, no terminé de comprender la forma en que ellas estaban calculando. Por ejemplo, cuando hablaban de que la totora comprada era cara, razón suficiente para producir con lo que tenía a la mano, era un cálculo que ‘ahorra’ materiales, netamente económico, pero planteado en otros términos; otro caso es el análisis que hace Julia respecto del hilo para el arigurumi, que le genera mayor volumen la lana frente al hilo de algodón, cuenta además con mayor capacidad adaptativa para el tejido del muñeco, mientras que yo pensaba en el tema de la textura, el calor que genera la lana.

Finalmente, en esta escena que podríamos representar como ArteSano se despliegan diferentes relaciones, algunas institucionales, otras personales, atrás ambiguas, que dan lugar a una vinculación específica con algunas mujeres del barrio que hacen manualidades y que habilitan movilizar temas netamente económicos, como la producción, el precio, el mercado, desde la lógica de la economía popular.

---

<sup>46</sup> Les pido que anoten todo lo que gastan, y el tiempo que dedican a realizar las actividades. Claro que no lo hicieron, estaba muy descontextualizado el pedido, y en parte les trasladaba mi trabajo de indagación a ellas.

<sup>47</sup> Palabras textuales: *“Le mencioné que es verdad que resulta difícil que se pague eso, pero que también es verdad que cuando tejemos, nosotros recibimos un placer que no se puede medir en el mercado, e indiqué la diferencia entre producir en nuestro tiempo libre, mientras estamos con nuestros hijos, cuando tenemos tiempo, a diferencia de las personas que tienen que trabajar otros lugares, y haciendo cosas que no le gustan”*. Las preguntas aquí serían que regla o ley explícita que el trabajo con placer no es trabajo, o que tiene otro valor, o que eso implica que se puede cobrar menos, porque el mercado no lograría pagar el placer. Preguntas que iremos desglosando a partir de indagar sobre cómo se constituye el valor de lo trabajado por las mujeres, pero también para la economía.

## El cálculo en escena: la performatividad de las ciencias económicas

Para mirar las prácticas de las mujeres de hacer manualidades, y reflexionarlas desde sus lógicas, implica considerar que existe algún tipo de cálculo razonable en su hacer, partiendo de un anclaje en la teoría económica, que en parte es lo que pongo en discusión desde mi formación hasta la práctica misma que llevo adelante en el barrio con las mujeres. El cálculo aparece en la economía clásica como la condición necesaria para la existencia del intercambio en el mercado.

Antes se hablaba de la utilidad que reportaban los productos como clave para la elección del consumidor, mientras que para el productor lo sería el beneficio. La moderna teoría del consumidor señala que las personas generan un ordenamiento de las preferencias, y actúan en consecuencia, lo que facilita el intercambio en el mercado, siendo el precio “*el dato*”, que contiene la información necesaria para que estos intercambios se produzcan, y generen el mejor resultado posible, esto es, el mayor bienestar que puede alcanzar la sociedad, ergo el incremento de las riquezas, o el producto bruto interno<sup>48</sup> en nuestros días. Para los productores, que en general comparten el imaginario del hombre blanco, este precio contiene la información suficiente para ordenar sus decisiones de producción, en función de la tecnología que disponen y los recursos con que cuentan en el corto plazo (Mankiw, 2009).

Callon (2008), por su parte, realiza un exhaustivo análisis lógico de lo que implica el cálculo para la existencia de mercado, y la posibilidad de las agencias calculadoras. Esto es, en vez de considerarlo como una técnica exterior a los individuos, se preocupa el autor por las condiciones para su existencia, separándose así de las conceptualizaciones weberianas de la acción racional, como de la racionalidad formal. Indica que, para volverse calculadoras, las agencias deben estar equipadas y esto no refiere exclusivamente al cerebro, pero tampoco a los marcos sociales, culturales o las instituciones que lo constituyen. Además de señalar los recovecos del supuesto de que las personas pueden calcular, o que existen agencias calculadoras como él las denomina, otorga relevancia a la teoría de redes, incorporando el *homo apertus* de Norbert Elías, pues desde esa conceptualización particular es posible superar la dicotomía agencia-estructura, tan cara a la comprensión de lo social, como también quita centralidad al supuesto del cálculo racional.

Desde el análisis de la red social, el agente debe estar abierto, y dentro del juego para poder calcular, entonces será calculador porque la acción solo puede ser calculada. “*El agente-red es por construcción calculador, desde el momento en que toda acción es analizada en términos de combinaciones, asociaciones, relaciones y estrategias de posicionamiento*” (Callon, 2008, pág. 23). Si las acciones sólo pueden ser calculadas, que pasaría con el don, esta acción aparentemente desinteresada, descrita inicialmente por Mauss en su Ensayo sobre el don (2009). Si queremos explicar las

---

<sup>48</sup> Que no es otra cosa que la forma contable de medir la riqueza, como lo producido por un país en un momento determinado.

agencias calculadoras, deberíamos explicar también las no calculadoras, la dicotomía que englobaría el todo. Hay dos interpretaciones extremas para explicar el don. Una enfatiza la dimensión subjetiva del desinterés (donde el agente evita calcular), la segunda sostiene que el desinterés es una ilusión, porque esta acción se inscribe en una red de reciprocidad que lo trasciende, o porque es consecuencia de un cálculo primitivo que excede al agente. De esta manera, esta posición diluye la agencia en la estructura, antes de plantearse el problema del don ya está resuelto por algo externo al sujeto, la estructura.

Bourdieu propone una forma de reconciliar la experiencia subjetiva del desinterés, con la observación del contra-don, basado en dos elementos.

El primero es el intervalo entre el don y el contra-don (...) permite enmascarar la contradicción entre la verdadera intención del don como un gesto generoso, libre y unilateral y la verdad que lo convierte en un momento en una relación de intercambio que trasciende este acto singular de intercambio (Bourdieu, 1997). (Callon, 2008, pág. 25).

Pero el don retorna en forma de contra-don pasado ese tiempo, lo que hace pensar en la economía del don y del contra-don. Pero esta disposición al don, descrita por Mauss, se asienta en incentivos institucionales, no en características intrínsecas de las personas, o la voluntad. El formato de la relación sería lo que orienta al agente hacia el cálculo o el desinterés, no la naturaleza humana, o un sector de actividad. Todo este análisis lógico del cálculo lo realiza Callon, para llegar al núcleo de su argumento, que lo lleva a la performatividad de las ciencias económicas, y señala que las mismas en su devenir, dan forma a las agencias calculadoras, es decir, lejos de analizar y explicar la realidad, lo que buscan es moldearla para que se adecúe a lo teorizado y vuelto modelo en la disciplina.

Las herramientas que utiliza la economía, en términos foucaultianos, permiten el disciplinamiento de comportamientos y decisiones, a lo que Miller (1998) agrega que no es un proceso mecánico e irreversible, todo lo contrario. El disciplinamiento evoluciona y se transforma, puesto que las herramientas son plásticas, abiertas, reconfigurables y resultan reconfiguradas en el accionar. La herramienta es la mediadora entre la economía disciplina y la economía, como hechos sociales, como aquello que ocurre en la realidad, y como mediadora, en forma articulada, contribuye al desarrollo del homo economicus de la teoría económica. (Callon, 2008)

Concluye este autor con que todo enmarcado crea desborde, y que todo desenredo crea oportunidades de nuevos enredos, respondiendo en parte a la idea de que para que exista mercado es necesario un proceso de desenredo de la mercancía respecto del sujeto. Las sociedades modernas se componen para el autor de agencias calculadoras como de no calculadoras, mientras que *“las tecno-ciencias multiplican conexiones inesperadas y desbordes, volviendo el trabajo de re-enmarcado contantemente más necesario, más dificultoso, más caro y más incierto”* (Callon, 2008, pág. 53). Esta

antropología del enredo permite salir de la distinción entre Estado y mercado, o entre economía global y nacional. Tal como señala el segundo paradigma de análisis en términos de Block (1994).

### Más allá de la feria: el hacer en el barrio

La relación establecida en ArteSano con las mujeres se da como economista en el marco del PDTs, mientras comenzaba la conformación de la mesa de gestión, actividad promovida por el CES, haciendo visible el conflicto entre las instituciones académicas en el territorio. El grupo de ArteSano estaba destinado al fracaso, más allá de las buenas intenciones, o quizás a causa de ellas, ya que quienes habían sido invitadas buscaban otras cosas y el espacio era pensado para ser sostenido por las mujeres que participarían, no por alguien externo. Además, la *“intervención”* partía del desconocimiento de las prácticas concretas de las mujeres. Se asumía que como hacían manualidades, esas podrían ser vendidas en un mercado creado para ello, el de las ferias. Por esto resulta central el enfoque de la economía popular, donde el esfuerzo esté puesto en comprender los procesos sociales, antes que en performarlos para que se dirijan al mercado o se establezcan grupos de venta.

Con la lectura de Callon, y la imposibilidad de tener una *“receta”* que propondría la economía, y sin comprender finalmente por qué las mujeres hacían lo que hacían, en este capítulo doy cuenta de cómo fui notando que debía dejar de insistir en agruparlas para producir, que a su vez arroja pistas para pensar por qué las políticas que promueven el asociativismo a como dé lugar, y desde miradas ajenas a las locales pueden no funcionar. Pero también que este proceso no tiene que ver necesariamente con una intención específica, sino que se enmarca en formaciones profesionales, disposiciones desde las cuales se hablan, y prácticas que permiten la interacción. En este caso particular, el campo como espacio de articulación desde un grupo de mujeres se había diluido porque la experiencia de ArteSano estaba terminada. La cuestión que se me presentaba era cómo continuar el trabajo de campo que me permitiera ahondar en estas nociones del hacer y del vender que aparecieron.

Por otra parte, en términos teóricos, para comprender lo que había sucedido, tanto como los contenidos de las interacciones y las prácticas económicas, resulta necesario acudir a la noción de escenas, como espacios más o menos específicos, donde un grupo de personas interactúa a partir de conocerse mutuamente. En esta primera parte, describí las primeras interacciones con las mujeres, donde las relaciones que se manifestaron no necesariamente mostraban un interconocimiento, sino más bien el desconocimiento. Este desconocimiento también remarca la relevancia de incorporar la noción de proceso para comprender lo que sucedió en ese espacio. Cuestiones que analizaré en el capítulo siguiente.

## Capítulo 3 – Entre el conocimiento y la experiencia: las prácticas

*“It seen but he does not seen, he is the object of information,  
never a subject in communication”*  
Michel Foucault. Discipline and Punish.

La última comunicación con Jérica implicaba para mí un cierto desconcierto, tanto como la modificación del espacio donde establecer el vínculo con las mujeres. Reacomodarme frente a estas nuevas circunstancias me llevó un tiempo considerable. Volví al barrio en junio del 2016 cuando acompañé a mis compañeras del CES, y fui a visitarla a Graciela, con la esperanza de comprender mejor a las mujeres haciendo entrevistas en profundidad. El campo me tenía preparadas varias sorpresas aún.

Para entender las formas que adquirirían las lógicas que acompañan o que hacen que las mujeres hagan manualidades, específicamente souvenirs y textiles, me resultaba relevante tener un acceso a ese campo, a ese mundo. Ese acceso nunca es neutro, ni se da desde un punto cero de existencia. Llegué al barrio en el marco de ciertas relaciones, con sus marcas distintivas de formación, de historia, de clase, de género, que me permitieron entablar relaciones desde ese lugar con otras mujeres que a su vez tenían sus propias marcas. Finalmente, tal como señala Balbi (2012), es necesario esclarecer la naturaleza de las prácticas de investigación que llevamos adelante, agrego en el amplio campo de las ciencias sociales, pues es lo que justifica el relato, pero también nos permite en potencia, captar la performatividad que nuestros “conocimientos” ejercen sobre las personas, el Estado y la academia.

Con ese objetivo, en este capítulo en particular, buscaré dar cuenta del desplazamiento que hice, tanto en términos metodológicos, como conceptuales, para entablar una relación con las mujeres no tan “institucionalizada”, sosteniendo la pregunta del por qué las mujeres hacían manualidades y textiles en el Ongay. Para ello, organizaré la presentación desde el encuentro con Graciela en su casa, donde entiendo que me estaba marcando la forma que adoptaría la relación, y cómo tendría que comportarme si quería continuar allí. Luego, relacionaré esta situación con las cuestiones metodológicas que se ponen en juego, para finalmente esbozar el análisis de las prácticas que me propongo en la segunda parte de la tesis.

### La visita a Graciela: desplazando el vínculo

Luego de la primera reunión con el grupo ArteSano no había vuelto a verla a Graciela, la señora que sabía vender, la que valoraba su trabajo. En julio de 2016 fui al barrio luego de no haber ido durante tres meses, los cuales expresaban el desconcierto sobre cómo y por dónde seguir, sin encontrar aún ‘el’ problema de investigación. Pero tenía la inquietud por conocer un poco más de la vida de Graciela, y me animé a visitarla, con el miedo de que no me recuerde y me cerrara la puerta. Llegando a su casa, creí verla en la vereda, no recordaba nítidamente su imagen física, me saludó: ¡Hola Laura! ¡Pasá! Sorprendida, pasé.

Morena me había dado las indicaciones de cómo llegar. Una vez adentro le conté que quería conocer la experiencia de ella, cómo venía trabajando, y le consulté si tenía un tiempo para que le haga algunas preguntas. No tenía claro qué preguntarle, tampoco contaba con un cuestionario. Pero me dijo que sí, sacando dos sillas de plástico en su galería, mientras se excusaba por no participar del grupo de las mujeres artesanas, pero acusando lectura de los mensajes que se mandaban al wsp. Quizás pensó que fui a hablar del grupo de mujeres.

La casa de Graciela se diferenciaba del resto, especialmente de la zona cercana al CPC, ya que tenía pisos de porcelanato y había un auto estacionado. Estaba transitada, de igual manera y ante el temor de perderme de algo le pedí para grabar la conversación, a lo que aceptó sin mucho preámbulo. Estaba como relajada y atenta al encuentro. La primera pregunta que se me ocurrió en el momento giró en torno a cómo habían comenzado con la cooperativa. El comienzo lo señala a razón del programa Ellas Hacen, como un requisito impuesto. Cada una de las que había sido incorporada por el programa en esa cooperativa mencionó qué actividad le gustaba hacer, y a partir de allí definieron que serían una cooperativa textil que llamaron *“progresando juntas”*, las otras opciones habían sido manualidad y panadería, pero ganó la costura.

Graciela había estudiado dos veces costura, en los cursos que dicta la escuela Fe y Alegría, pero no fue hasta el tercer intento en el que logró recibirse. La idea de armar una cooperativa textil apareció junto con la posibilidad de que ella enseñara a sus compañeras lo que ya sabía, pues era ‘recibida’ en corte y confección. Si elegían otra actividad, tendrían que trasladarse para ser capacitadas, lo que no les resultaba conveniente. Comenzaron haciendo cosas para la cocina, como repasadores, manteles, también toallas y otros objetos para el baño, lo que fue dándole forma a la cooperativa, y les permitió participar en la plaza Vera los viernes, en la feria organizada por el municipio.

“Progresando Juntas” era la única que estaba en actividad en ese momento<sup>49</sup>, ya sea produciendo, o ayudando a otras personas que tienen factureros. Alejandra era la referente del municipio que les pasaba ese tipo de trabajos. Ahí le dije, claro como para que no se dispersen. *“Exactamente”*, me respondió, ya que habían estado a punto de dispersarse, porque los problemas en el trabajo (la delegación) repercutieron en la costura, en sus palabras: *“como somos todas compañeras viste, nos veíamos en el trabajo, pasó un problema ahí, en la costura ya no nos queríamos ver más, nomás te digo”*.

Sin comprender que me estaba dando una pista sobre lo que le resultaba importante, volví a preguntar si todas trabajaban en la delegación San Martín, poniéndome en un lugar cercano de denuncia sobre el programa por no funcionar como decía que lo haría en su decreto. Su respuesta fue seca, *“sí, todas trabajamos en la delegación San*

---

<sup>49</sup> El cambio de gobierno nacional en diciembre del 2015 modificó las reglas del programa, y aún no se contaba con información efectiva sobre cómo funcionaría.

*Martín*”, como quien se agota de las preguntas de su interlocutora. Por alguna razón azarosa, caí en la cuenta de que me había tirado un centro, y le pregunté qué había pasado que no se querían ni ver la cara. Ahí comenzó otra instancia en la charla, ella habló sin tanta presión aparente, sin tener que responder a un interrogatorio, incorporando más pasión al relato. Resultó que trabajaban chicas y muchachos, pero una señora se había quejado por el mate, porque decía que no se podía tomar en la delegación, que debían tomar en la casa, no le gustaba que los muchachos hablaran y no se dedicaran a trabajar, y así. Era como que veía muchos problemas, le consulté, pues su voz y el tono en que enumeraba las situaciones me daba ese indicio. “*Veía muchos problemas*”, parafraseándome, pero además le había dicho a la jefa, quien a su vez hizo una reunión. Entre las mujeres habían hablado y supieron quién delató el conflicto.

Resulta que esta señora, agregó Graciela, venía acarreado problemas de la casa, se acercaba el cumpleaños de 15 de la hija, el marido se había quedado sin trabajo, y eso la hizo explotar, “*hizo todo ese despelote y bueno*”. Ella después la entendió, pero en el momento, sólo había pensado en defenderse, no logró pensar en el otro, en lo que le podía estar pasando, me explicaba. En el grupo siempre hay una que es más altanera que la otra, me marcó, y circulaban comentarios como: “*Porque no cuidan su trabajo en vez de cuidar el culo de los demás, si tienen algún problema porque no decimos entre nosotros como siempre hacemos*”, que representaba la forma de manejarse en el grupo, o al menos con la manera en que Graciela se sentía más cómoda. Había compañeras que desde el principio habían tenido problemas entre ellas, que se habían “agarrado”<sup>50</sup>, pero se decían en el momento, y entre ellos, no se iban a la jefa, que fue lo que más les molestó. Luego de la reunión convocada por la jefa, las mujeres y esta señora se alejaron un poco.

Un día, mientras trabajaban, esta señora se le acercó a Graciela a preguntarle por qué todos la estaban culpando. Le respondió que ella no era la única que la estaba culpando, que todos habían sacado la conclusión sobre quién habló con la jefa. Se lo dije en el tono en que te hablo, me aclaró. La señora parecía estar sensible y comenzaron a caerle lágrimas. La jefa andaba cerca y al verla llorar, volvió a reunirlos, ahí nomás donde hacían la limpieza y le dijo a Graciela: “*¿A vos que te pasa?*”, a lo que ella le respondió: “*A mi hablame bien*”, me explicaba que ella suele hablar las cosas, que a veces a la gente le puede doler, porque quizás tenga razón o no, pero que ella no llega con prepotencia a nadie, si le dicen bien las cosas ella va a entender también. Retoma el relato. Le respondió: “*pero si venís todo prepotente yo tomo que vos venís y me querés avasallar. Y yo creo que tenes más estudio que yo, por algo estas en el lugar que estas pero si le tratas así a tu personal Edi, nadie te va a respetar*”. Mientras tuvieron esta charla con su jefa, la señora seguía llorando, y Graciela le dijo: “*¡Calmate Alicia! porque ella va a pensar que yo te hice algo, o que yo te castigué o no sé, tranquilizate y decile*

---

<sup>50</sup> Habían mantenido una discusión verbal vehemente.

*que estamos hablando bien, porque al final quedo yo como la mala de la película*". La charla continuó durante una hora. Al finalizar, su jefa reunió a quienes habían continuado con su recorrido de limpieza, y dijo algo diferente a lo que habían hablado, por lo que casi se fueron todos a la mano (*"un tole tole"*). Graciela me explicaba que si a ella le ganan los nervios se enceguece, se pone nerviosa y no le salen las palabras, se pone agresiva, por eso le decía que no le grite, que podían hablar bien.

Ahí le señaló a la su jefa frente a todos que era importante terminar con ese *"puterío"*, porque si ella se hubiera callado no se habría armado esa pelea, pero insistió en hacer una reunión, y luego hacer otra, donde se planteaba que uno había dicho, que la otra dijo, que alguien tenía toda la culpa, y eso terminaría haciendo que se peleen todas, entonces lo mejor para ella era que la separen a esa señora del grupo. Ahí paró un momento, reflexionó, y le dijo Graciela que ella no era quién para señalarle cómo abordar el tema, pero que consideraba conveniente que la aparte, la respuesta de su jefa fue: *"yo soy la jefa"*. Al otro día, nuevamente hubo peleas. Al punto que Graciela les planteó que se retiraría de la costura, que ella cumpliría su palabra, y les daría la parte que corresponde por la máquina que habían comprado. Sus mismas compañeras la convencieron de que se quedara.

Graciela continuó contándome los pormenores de cómo sus compañeras la convencieron de quedarse, pero yo debía irme hasta el CPC, razón que me llevó a cortar la charla, coordinando en que volvería a visitarla. En el momento, para mi había sido un buen comienzo, pero no entendía bien qué podría yo comprender de este tipo de disputas que me contaba, o para qué me serviría. Tenía la sensación, de igual manera, de que podría seguir volviendo a su casa.

Luego de varios análisis, sumado a la devolución que me realizó Rosana Guber sobre esta desgrabación y nota de campo en un seminario sobre la etnografía, comprendí que no sólo Graciela estaba abriendo a un vínculo, o lo que se suele denominar, estaba abriéndome el campo, sino que también me marcó la forma que podía asumir ese vínculo con ella, y a partir de allí con la cooperativa, o el barrio.

Por un lado, ella me marcó que las personas que saben, que interpreto también se refieren a las que vienen de la facultad, que tienen estudios, deben saber cómo manejarse, no pueden armar puteríos o reuniones sin sentido. El entre líneas me rememora a la reunión que habíamos tenido en el CPC con sentido dudoso. Por otro lado, también señaló que ella era la que sabía cómo apaciguar las relaciones en su grupo, tanto como la que sabía coser, la que le *"volcaba"* su saber a sus compañeras. Es decir, se invierte la relación entre la que puede y la que sabe, entre el saber y el poder situados, mientras también ocurre un desplazamiento, yo salgo del lugar de convocarlas para que vayan a hacer lo que creo (desde la 'razón' académica como conveniente), para entender en sus espacios y sus términos lo que hacían.

## Eso que ellas hacen: sobre las características de la etnografía

Esta escena del encuentro con Graciela, y del acuerdo de una forma de acceso a sus vidas, se enmarca en las posibilidades que tiene la antropología de 'entrar' y conocer otros mundos, o al menos de dotar a las experiencias particulares de las condiciones para ser "estudiadas" desde el punto de vista nativo. Desde Malinowski (1986), la noción de etnografía está vinculada a la descripción incorporando de alguna manera la perspectiva nativa. Pero esta perspectiva es una construcción analítica, no refiere a una noción que 'aparece' empíricamente en el campo de un momento a otro, sino más bien de *"un instrumento heurístico desarrollado por el etnógrafo y no una mera transcripción de lo que los nativos efectivamente piensan acerca de su mundo social"* (Balbi, 2012, pág. 487). Es decir, cuando hablamos de la perspectiva nativa, hablamos del artefacto que creamos para entender los universos de referencia de los actores, en términos de este autor.

En la primera parte del trabajo con las mujeres en el grupo de Arte-Sano, las relaciones estaban establecidas entre la universidad que proponía la construcción de un espacio, y las mujeres que lo habitaban. Al caer esa experiencia, el desplazamiento que realizo como parte integrante de la universidad, y sin dejar de serlo, es salir de ese espacio físico (el CPC), pero también del lugar de la que sabe lo que hay que hacer, para ir a escuchar a las mujeres, en este caso a la que sabe: Graciela.

Para operar este desplazamiento Malinowski, en los primeros años de la antropología social, sostenía que el etnógrafo debería dar cuenta de las reglas y normas de la vida tribal, lo fijo y lo permanente.

No hay un código escrito o explícito de cualquier otra forma, y toda tradición tribal, toda estructura de la sociedad, está incrustada en el más escurridizo de los materiales: el ser humano [...] Los indígenas obedecen las coacciones y los mandatos del código tribal sin comprenderlos, de la misma manera que obedecen sus impulsos e instintos sin poder enunciar ni una sola ley de psicología. Las normas de las instituciones indígenas son el resultado automático de la interacción entre las fuerzas mentales de la tradición y las condiciones materiales del medio ambiente. (Malinowski, 1986, pág. 29).

Claro que la investigación antropológica emerge como una forma de comprender a las sociedades tribales, que no hablaban la misma lengua de quien investigaba, que no tenían sus mismas costumbres. En este caso, hay una cercanía cultural, pero eso no implica que no se pueda realizar un quiebre epistemológico. En el caso clásico, para lograr este fin el antropólogo debería dar cuenta de los imponderables de la vida real, como las rutinas de trabajo los cuidados corporales, las formas de tomar y preparar los alimentos, las conversaciones, las amistades y las enemistades, las simpatías y las antipatías, buscando que los hechos hablaran por sí mismos (Malinowski, 1986). Finalmente, debía incorporar la mentalidad, es decir, las concepciones, opiniones y formas de expresarse del indígena. Explica Balbi (2012), que esta noción de la perspectiva nativa se construye a partir de la totalidad del comportamiento observado, tanto como de la materialidad del mundo social en cuestión.

Además de permitir 'estar ahí' y de 'recuperar' la mirada de los actores, las denominadas perspectivas nativas, la etnografía como método de indagación incorpora una perspectiva de cómo los sujetos investigados conciben lo social que les rodea, y se basa, siguiendo a Balbi (2012) en la asunción de que los sujetos se explican de alguna manera el mundo a sí mismos, para poder actuar en él, eso no quiere decir que eso constituya una teoría en los términos académicos. Esta comprensión, marca una distancia sobre la percepción que tenía Malinowski sobre ese "otro" que investigaba.

Aunque las formas en que los sujetos conciben su propio mundo social pueden tomar una forma pretendidamente distanciada y objetivadora, no necesariamente lo hacen -y, acaso, regularmente no lo hacen-, de modo que si las tratamos a priori como teorías corremos el riesgo de no ser capaces de aprehenderlas adecuadamente al introducir un sesgo intelectualista que responde, antes que nada, a nuestras expectativas. (Balbi, 2012, pág. 491)

Continúa el autor comentando que los marcos de referencia más o menos compartidos por un grupo de actores o una categoría no necesariamente serán objetivamente válidos en su mundo social, pero necesariamente guardarán alguna correspondencia, y por esta razón es que nos aportarán algo útil para comprender ese espacio. Sin embargo, *"no tendría mayor sentido que nos limitáramos a describir ese mundo desde el punto de vista nativo; y de allí también que tenga mucho sentido tratar de conseguir que nuestra mirada se haga permeable a esas perspectivas nativas"* (Balbi, 2012, pág. 492). Por esto resulta más que necesario el proceso de reflexividad, que no tiene que ver con un autoanálisis, sino con la puesta en juego de la posición que ocupa quien investiga, y las posibilidades emergentes, puestas en relación con el pensamiento y la práctica de las personas con los cuales llevamos adelante la investigación.

Las prácticas cobran sentido bajo ciertas relaciones más o menos estructuradas (pueden ser un campo o una escena), por lo que es posible la manifestación de lo inconmensurable del accionar humano, pero que a su vez esto emerge como una posibilidad no una regularidad, de hecho, lo regular es un comportamiento cercano a lo que "dicta" lo adecuado a cada escena. Podemos incorporar al diálogo lo planteado por Guber (2011) quien a su vez recupera a Harold Garfinkel para decir que el mundo no se reproduce (sólo, diría yo) por obra de las normas internalizadas, sino que en las situaciones de interacción es donde los actores son activos ejecutores y productores de la sociedad. *"Las normas, reglas y estructuras no proceden de un mundo significante exterior a, e independiente de, las interacciones sociales, sino que se constituyen en las interacciones mismas"* (Guber, 2011, pág. 42), pero dado lo que vimos en el capítulo 2, esas interacciones no se dan en un vacío social, sino que proceden bajo ciertas relaciones que se han estabilizado en el tiempo.

Los etnometodólogos (con Garfinkel a la cabeza) particularmente reconocen dos funciones performativas del lenguaje que operan en estas interacciones, por un lado, la indexicalidad y por el otro la reflexividad. La primera hace referencia a la capacidad de comunicarse de un grupo humano a partir de ciertos códigos comunes. La segunda,

refiere a que las descripciones y afirmaciones sobre la realidad no sólo informan, sino que la constituyen. De esto deriva que los relatos de quien investiga *“son comunicaciones intencionales que describen rasgos de una situación, pero estas comunicaciones no son “meras” descripciones sino que producen las situaciones mismas que describen”* (Guber, 2011, pág. 44). Además, los fundamentos epistemológicos de la ciencia social no son independientes ni contrarios a los del sentido común, operan sobre la misma lógica, tanto como los métodos de estas ciencias son semejantes a los utilizados para producir conocimiento de la vida cotidiana. Finalmente, podemos decir que *“la presencia del investigador constituye las situaciones de interacción, como el lenguaje constituye la realidad. El investigador se convierte, entonces, en el principal instrumento de investigación y producción de conocimiento.”* (Guber, 2011, pág. 45). Por esta razón la reflexividad es una condición necesaria en este proceso de escritura y de conocimiento.

### **La reflexividad**

Si la persona del investigador es la que posibilita la acción, esta persona tiene que ser analizada. Bourdieu considera que existen tres sesgos que pueden nublar la visión de quien investiga. El primero tiene que ver con los orígenes y las coordenadas sociales del/a investigador/a, como la clase, el género, la pertenencia étnica, afiliación política. El segundo, menos evidente, tiene que ver con la posición del analista en el microcosmos académico, en los términos de este autor, en el espacio objetivo de posiciones intelectuales posibles, en un determinado momento, y relacionadas con el campo del poder.

El punto de vista de los sociólogos, como el de cualquier otro productor cultural, siempre debe algo a su posición en un campo donde en parte todos se definen a sí mismos en términos relacionales, mediante su diferencia y distancia de ciertos otros con los que compiten. Los científicos sociales se ubican, además, cerca del polo dominado del campo del poder, quedando por ende bajo el influjo de las fuerzas de atracción y repulsión que soporta todo productor simbólico. (Bourdieu y Wacquant, 2014)

Sobre el tercer sesgo, plantea este autor que es el que nos lleva a construir el mundo como un espectáculo, donde se presentan significaciones que requieren ser interpretadas antes que problemas concretos que podrían ser resueltos. Este problema es central para Bourdieu en términos de Wacquant, ya que podría dar lugar a la confusión entre la lógica y la práctica. Por esto es que plantea la exploración sistemática de las categorías impensadas del pensamiento, que son las que delimitan lo pensable, y condicionan el pensamiento: *“Lo que debe ser sometido a un continuo escrutinio, y neutralizado, en el acto mismo de la construcción del objeto, es el inconsciente científico colectivo fijado a las teorías, problemas y categorías (especialmente las nacionales) del juicio académico”* (Bourdieu y Wacquant, 2014, pág. 69).

Esto es, la reflexividad no refiere al inconsciente individual del/a investigador/a, sino el inconsciente epistemológico de la disciplina, que requiere ser reconstruido, objetivado en la medida de lo posible. Se vincula además con la preocupación por la práctica

científica en sí, otra manera de salirse de la discusión sobre la verdad, y poner al menos en potencia, la discusión sobre el poder. *“La reflexividad epistémica invita a los intelectuales a reconocer y a trabajar para neutralizar los determinismos específicos a los cuales están sometidos sus pensamientos más íntimos, y conforma una concepción del oficio de la investigación destinada a fortificar su asidero epistemológico.”* (Bourdieu & Wacquant, 2014, pág. 76).

Incorporando a esta discusión más epistemológica planteada por Bourdieu y Wacquant, Daniel Cefaï (2013) sostiene que la reflexividad es práctica, en tanto está encarnada en configuraciones práctico-sensibles de diferentes actividades e interacciones, lo que habilita a quien realiza la actividad etnográfica rectificar la presentación de sí, reformular una pregunta, reajustar la expresión o la reflexión, en resumidas cuentas, tener un lugar en las interacciones en el terreno. También es táctica, porque a partir de la vigilancia permite la ubicación y los desplazamientos adecuados, para encontrar en buenos lugares en buenos momentos, como también optar por las relaciones provechosas, quienes abrirán puertas, y asume este autor que brindarán informaciones. Esta última cuestión no comparto, pues la información se construirá en la relación, el ser provechosa, tiene que ver en este marco, con potenciar la interacción y a partir de allí la producción posterior de información situada. La información emerge de la relación, cada relación produce diferentes informaciones (que pueden tener elementos comunes o no), no es algo objetivo que se brinda.

Finalmente, la reflexividad es analítica al posibilitar alternativas de observación, de descripción, de análisis, a partir de gestionar la distancia con sí mismo de quien investiga, esto es el análisis de las creencias sedimentadas a lo largo de la trayectoria personal y las relaciones emergentes de esto con las teorías preferidas. Es una forma de dejar trabajar a los materiales, para convertir nuevas líneas de pensamiento. (Cefaï, 2013)

### La etnografía multi-integrativa

Hasta acá vimos la necesidad dada la pregunta de investigación de abordarla en términos etnográficos, como también la relevancia de la construcción del conocimiento a partir de la interacción, donde quien investiga resulta el principal instrumento de investigación, de lo que emerge la relevancia del proceso reflexivo, en los términos más próximos a los que plantea Bourdieu. De todo lo anterior, e incorporando el planteo de Strathern (2006), quien sostiene que en la investigación etnográfica no se trata de imaginar que sea posible sustituir conceptos exógenos por los correspondientes a los nativos, la tarea es la de transmitir la complejidad de los conceptos nativos con referencia al contexto particular en que son producidos. Por esto mismo su apuesta es la de mostrar la naturaleza contextualizada de las construcciones nativas a través de la exposición contextualizada de las construcciones analíticas, lo que no es tarea sencilla, pero marca un horizonte en esta tesis.

Este anclaje epistemológico, requiere de ciertos movimientos teóricos que permitan estructurar y movilizar el conocimiento construido en el campo. La historia de la antropología y su principal método de investigación, la etnografía, es harta conocida. Existen formas clásicas de acercamiento a “los nativos”, formas más funcionalistas de análisis y otras más estructurales, algunas que tienen que ver con las etnografías integrativas. En este texto abogaré por una etnografía multi-integrativa, donde a partir de considerar las relaciones de campo y el análisis de las interacciones cara a cara, enfocaré el análisis hacia: “1) la complejidad y la imbricación de varias afiliaciones colectivas; 2) el significado nativo de interacciones vinculadas a la escena social en cual está embebida, y 3) la construcción de personas por las interacciones y las cosas que son apropiadas” (Weber, Nice, y Wacquant, 2001, pág. 479).

Anclada en los planteos de Florence Weber indagaré en estas premisas. La existencia de varias afiliaciones colectivas se vincula a que existen relaciones que son pre-existentes a la ‘llegada’ al barrio, que se asumen son las que serán observadas por quien investiga. Hasta acá generé otras relaciones al plantear una actividad concreta en el espacio (ArteSano). Estas relaciones interdependientes en diferentes grados, comienzan de una manera, y van adquiriendo su propia dinámica, tanto como pueden tener variaciones entre los grupos preexistentes o las personas mismas.

El interconocimiento entre quienes participan de estos universos comunes es una regla, donde la variación radica en el grado de conocimiento, la frecuencia del contacto, la estructura de la red de relaciones y el grado de cristalización del grupo en cuestión como su naturaleza (Weber, Nice, y Wacquant, 2001). Más allá de las divisiones establecidas por Max Weber para el análisis de los grupos sociales, de alguna manera quien etnografía pretende dar cuenta del funcionamiento del colectivo, de su historia, de las relaciones mutuas, lo que permite reconocer la importancia del análisis configuracional de Norbert Elías. La imagen que le permite a este autor pensar las configuraciones puede ser resumida de la siguiente manera:

Muchas personas individuales que por su alineamiento elemental, sus vinculaciones y su dependencia recíproca están ligadas unas a otras del modo más diverso y, en consecuencia, constituyen entre sí entramados de interdependencia o figuraciones con equilibrios de poder más o menos inestables del tipo más variado como, por ejemplo, familias, escuelas, ciudades, capas sociales o estados. (Elías, 2008, pág. 16)

Estas configuraciones más o menos estables en el tiempo son las que importa analizar para poder comprender los significados nativos en las escenas que se ‘muestran’. Esto es, existen configuraciones que las mismas interacciones van conformando, que dan sentidos nativos a la interacción.

Las escenas, veámos en el capítulo 2, son inteligibles para quienes participan de ellas, pero ciertos eventos obtienen su significado en diferentes escenas de mutuo conocimiento, identificables para el observador por la densidad de los chismes/historias (gossip) que circulan en ellos. Esto permite que las escenas reconstruyan lo efectivo,

las interacciones actuales, incluyendo las interacciones a distancia, a través de las cuales la información y las opiniones o juicios (judgement) que determinan que prácticas y actos son transmitidos. (Weber, Nice, y Wacquant, 2001)

Continúan explicando estos actores que diferentes escenas están basadas en distintos códigos de lo políticamente correcto, diferentes normas de comportamiento movilizan diferentes emociones, y conllevan diferentes interpretaciones nativas de los eventos que tienen lugar allí. Ésta, no está definida sólo por las personas y sus relaciones interpersonales, sino que también por cosas y lugares que sirven como marco para las interacciones. La reputación de todos está en juego aquí, el valor de todos (la estima personal tanto como la reputación) es medida allí con una escala común del éxito personal y la falla.

Para mantener el requisito del fenómeno observable, uno tiene que reconstruir la serie de cambios actuales que le dan significado a una interacción dada y extenderlo más allá. De hecho, observar un evento implica reconstruir, al menos en parte, la serie de ocurrencias, en las cuales está embebida y cual hace posible de entender qué hacen los individuos y qué saben y piensan sobre lo que hacen, y qué hacen sus compañeros. La etnografía multi-integrada prioriza la interacción como lo primario y la define como un evento, como el átomo de observación que adquiere su significado en una o más de esas escenas. (Weber, Nice, y Wacquant, 2001). Los individuos adaptan su comportamiento de acuerdo a la escena social en la cual toman parte.

Finalmente, de la descripción de Weber (2001) se desprende que las personas son construcciones a partir de la apropiación de relaciones y objetos, en contraposición del individuo apriorístico y homogéneo propio de la economía. Si las personas son construcciones, entonces las historias personales pueden ser analizadas como una sucesión de eventos en distintas escenas sociales, o anclados en los hombres plurales de Bernard Lahire (2004). Las personas de estas etnografías, en este sentido, son productos más que personas genéricas o preconcebidas, provienen de un haz de relaciones con otras personas, con cosas y con lugares.

La unidad de las personas no garantiza una ingenua interioridad sostienen Weber, Nice, y Wacquant (2001), sino más bien deviene como una conquista improbable sobre lo diverso y la construcción sobre escenas sociales fragmentadas y provisionales. Esto se asemeja a la existencia de un cuerpo vivo, extendido en una serie de cosas personales y lugares familiares, e inmerso en una secuencia de relaciones personales.

Este proceso de apropiación de los lugares, a partir del cuerpo y sus extensiones, es lo que dota a la persona de un punto de vista del mundo, un punto fijo, probablemente tenue y seguramente provisional, que facilita habitar el espacio social. Compartir el mismo espacio físico o social, puede crear un punto de vista común, incluso un provisional y parcial nosotros (voluntario o no), con cierto nivel de enraizamiento en cosas materiales.

Es provechoso por lo tanto usar el término cosa (thing) y persona (person) para los homines aperti, la definición de sí mismo por otros y la apropiada por el mundo, y los términos objeto e individual para el homo clausus, la definición genérica de una mónada, la pura conciencia, un actor nacido ya adulto en completo aislamiento – como el ciudadano-elector y el consumidor solvente. (Weber, Nice, & Wacquant, 2001, pág. 492)<sup>51</sup>

Agregaré esta autora que el funcionamiento de la economía se juega en la presentación de individuos separados y objetos desconectados, como por ejemplo las mercancías, que son objetos desvinculados de los sujetos, de las trayectorias en general<sup>52</sup>. Allí, la anonimidad aparece como la garantía. La separación, la libertad, los individuos iguales son una ficción eficaz: es la base de la legitimidad de nuestras sociedades. Esto aparece en términos teóricos, pero al pasarlo por el caso que analizo, pensando con y desde ahí, implica comprender que en parte esta idea de pensar y calcular sobre los productos que hacían las mujeres, era una forma de ‘llevar’ el mercado, o esta idea despersonalizada de producción, y que en principio iba contra las prácticas de las mujeres. El desplazamiento que realicé al salirme de ese espacio es una apuesta para comprender las prácticas de las mujeres, contextualizadas, relacionadas con su entorno. En el apartado siguiente daré cuenta de cómo pienso las prácticas, y la relación que me permite establecer con el anclaje metodológico desarrollado aquí.

El análisis de las prácticas de las mujeres desde las ciencias sociales

La denominada teoría de las prácticas irrumpe la escena teórica a finales de los años 70’ (Ortner, 2016), cuando la hegemonía se encontraba en la antropología interpretativa o ‘simbólica’ (con Clifford Geertz a la cabeza), la economía política marxista (Eric Wolf, entre otros) y el estructuralismo francés iniciado por Lévi-Strauss, quienes a su vez, habían puesto en tensión al funcionalismo. El problema que presentaban estos abordajes era que se basaban en los condicionamientos, ya sea la cultura, las estructuras psicológicas o el capitalismo, lo que no dejaba espacio para comprender la agencia humana, ni la producción y reproducción de lo social. Erving Goffman incorporó la agencia, pero “*el interaccionismo era demasiado extremo, pues descartaba casi todos los condicionamientos estructurales y se centraba en una microsociología de las interacciones personales*” (Ortner, 2016, pág. 14).

Son tres los autores que menciona Ortner como centrales en este giro hacia la teoría de la práctica. El primero es Pierre Bourdieu quien publica en 1977 ‘*Outline of a Theory of Practice*’, en 1979 Anthony Giddens: ‘*Central Problems in Social Theory: Action, Structure and Contradiction in Social Analysis*’, finalmente, Marshal Sahlins publica en 1981 ‘*Historical Metaphors and Mythical Realities: Structure in the Early History of the Sandwich Islands Kingdom*’, quienes a su manera conceptualizaron las articulaciones entre las prácticas de los actores sociales sobre el terreno, y las estructuras o sistemas

---

<sup>51</sup> Traducción propia.

<sup>52</sup> La cuestión del origen de ciertos productos en las últimas décadas ha mostrado su fuerza en la práctica, pero la teoría de los mercados de competencia perfecta no ha logrado incorporarla aún.

que condicionaban esas prácticas, pero que a su vez, o por ello mismo, eran pasibles de ser transformadas por éstas. Tal es así, que:

La teoría de la práctica restituyó al actor en el proceso social sin perder de vista las estructuras mayores que condicionan (y también habilitan) la acción social. “Ancló” los procesos culturales -discursos, representaciones, lo que conocíamos como “sistemas simbólicos”- en las relaciones sociales de los individuos “sobre el terreno”. Esa noción de las relaciones sociales ancladas era (en distintos grados) más marxista y/o weberiana que funcionalista, con lo que se abría un espacio para cuestiones relativas al poder y la desigualdad que despertaron mi interés y el de muchos otros académicos en los años setenta. (Ortner, 2016, pág. 15)

La teorización de Bourdieu, que es con la que dialogamos, parte de algunos presupuestos epistemológicos sobre cómo conocemos, y de allí deriva sus conceptos centrales para enfocar la práctica, como lo son el campo y el habitus. Para superar las falsas dicotomías entre objetivismo y subjetivismo, mecanicismo y finalismo, estructura y agente, Bourdieu, propone una praxeología social entrelazando un abordaje estructuralista y constructivista. El concepto que entrelazará la física social será el de campo, como ámbito de conflicto y de competencia, donde la disputa se da por el capital que sea eficaz en él, y el poder de definir las “*tasas de conversión*” entre las formas de autoridad del campo (Bourdieu, 2001, 2005; Bourdieu y Wacquant, 2014). La sociedad se constituye así por esferas relativamente autónomas de juego que no presentan una lógica societaria general, como capitalismo, modernidad o denominaciones semejantes.

...cada campo prescribe sus valores particulares y posee sus propios principios reguladores. Estos principios delimitan un espacio socialmente estructurado en que los agentes luchan, según la posición que ocupan en ese espacio, ya sea para cambiar o para preservar sus fronteras y su forma. Dos propiedades son centrales a esta sucinta definición. Primero, un campo es un sistema modelizado de fuerzas objetivas (muy a la manera de un campo magnético), una configuración relacional dotada de una gravedad específica que se impone sobre todos los objetos y agentes que se hallan en él. (Bourdieu y Wacquant, 2014, pág. 42)

Esta configuración relacional es la que justifica que el cambio social no sea continuo, y hace a la vida social en principio predecible y regular, gracias al habitus, mecanismo estructurante que opera desde el agente, pero sin ser individual ni enteramente determinado por la conducta. Este concepto de habitus es el que permite a este autor alejarse del estructuralismo más “*mecánico*”, incorporando la noción de estrategia y de práctica que alejan a la acción de una ejecución automática de una regla. Retoma la ruptura chomskiana como es adoptada en Francia, confundiendo la gramática generativa y la idea genética, referida a génesis, lo que lo lleva a un estructuralismo genético (Dosse, 2004).

El habitus, es descrito por Bourdieu como un sistema de disposiciones duraderas y trasladables, que se convierte en una matriz de percepciones, apreciaciones y acciones que permite la ejecución de actividades. “*El habitus es creativo, inventivo, pero dentro*

*de los límites de sus estructuras, que son la sedimentación encarnada de las estructuras sociales que lo produjeron*” (Bourdieu y Wacquant, 2014, pág. 44). Se convierte en un principio de acción que permite la economía en el cálculo, y de tiempo. De esta manera se exteriorizaría lo interno, se tornan relevantes los mecanismos de reproducción, pero también los de agencia del actor, que dependerán de la disposición de éstos. Piensa de esta manera la necesidad de la práctica del sujeto en cuanto tal, pero también como originada en algo externo.

Busca superar la dicotomía entre estructura-agente, individuo-sociedad. Los agentes son actuantes porque son organismos socializados, dotados de un conjunto de disposiciones que le otorgan la propensión y la habilidad de jugar (Bourdieu y Wacquant, 2014). Este abordaje del habitus, también esquivo la oposición consciente-inconsciente para hablar de estrategias, pero como intencionalidad sin intención. Se separa del sujeto cartesiano, pues las elecciones no son libres, su práctica está estructurada por un afuera. *“Coincide con el tipo de problematización de Foucault sobre el vínculo establecido entre saber y poder, y sobre la necesidad de situar los lugares del dispositivo discursivo”* (Dosse, 2004b, pág. 343). Entonces, el habitus como sentido del juego, es el mismo juego incorporado, convertido en naturaleza. Podríamos decir, hecho cuerpo.

En palabras de Bourdieu: *“la lógica de la práctica es ser lógica hasta el punto donde ser lógico cesaría de ser práctico” [...]. La dificultad peculiar de la sociología, entonces, es producir una ciencia precisa a partir de una realidad imprecisa, difusa y embrollada*” (Bourdieu y Wacquant, 2014, pág. 49). De esta manera, el sentido práctico tiene que ver con un conocimiento incorporado de alguna manera en el proceso de sociabilización, que permite al sujeto actuar en un entorno, muchas veces de una manera razonable con las formas que rigen ese mismo espacio.

Lo que denominará estrategias serán una suerte de despliegues de líneas de acción que cuentan con patrones coherentes y regularidades socialmente inteligibles. Bourdieu pretende romper así con la idea de que la acción social se adhiere a la frontera entre el comportamiento instrumental y el comportamiento expresivo que podrían orientar acciones aparentemente desinteresadas. Por otro lado, busca mostrar que la gente es motivada, forzada, arrancada de la indiferencia por los estímulos de ciertos campos, y no por los de otros.

Romper con el economicismo para describir el universo de las economías posibles, significa escapar a la alternativa del interés puramente material, estrictamente económico, y el desinterés, y proporcionarse el medio para satisfacer el principio de razón suficiente que quiere que no haya acción sin razón de ser, es decir, sin interés o, si se prefiere, sin inversión-inmersión [investissement] en un juego y en un conjunto de asuntos en juego [enjeu], illusio, commitment. (Bourdieu y Wacquant, 2014, pág. 53).

Comprender lo que las prácticas transmiten implica una verdadera conversión de las disposiciones adquiridas, pues encuentra Bourdieu que las mismas están matizadas por una ambigüedad objetiva. Es imposible *“captar la lógica de la práctica hasta tanto uno*

*se haya interrogado sobre lo que son, o mejor, sobre lo que hacen los instrumentos de objetivación, genealogías, esquemas, cuadros sinópticos, planos, mapas*” (Bourdieu, 2015, pág. 25). Sin embargo, sin las conquistas del estructuralismo y su objetivismo, sería muy difícil llegar a la instancia de objetivar esa práctica, proceso necesario para las ciencias sociales.

En este sentido, la lógica práctica que pretendo captar en el barrio es la económica, esto es, como se presenta en el barrio lo económico, que no es otra cosa que analizar en parte los intercambios que se dan allí. Desde la teoría económica más tradicional, o la economía social y solidaria es casi imposible abordar estas lógicas, porque son prácticas científicas performativas de la realidad, ya sea por sus prenociones sobre el egoísmo o sobre la solidaridad (Ould-Ahmed, 2010), o la inmutabilidad de sus modelos de cómo funciona la sociedad y la producción. Por ello, además de “mirar” desde la economía popular, lo que me permite dar la posibilidad de existencia de lo económico en el barrio sin pre-concepciones de cómo debería de ser, pasaré a un abordaje más abductivo. Es decir, tomar en serio sus discursos, aceptarlos como posibles, y luego analizar cómo se construyen y componen con las diferentes mediaciones territoriales, entre esas mediaciones las formas en que la teoría económica aparece en las profesiones, los sentidos comunes, y cómo se pone en relación en el barrio.

Partí de la idea de que las mujeres eran capaces de crear, inventar, moverse de los patrones regulares, pero sin dejar de estar situadas en un contexto particular. Sherry Ortner lo dirá como una forma de pensamiento dialéctica, incluso contradictoria el que *“la historia hace a las personas, y las personas hacen a la historia”* (Ortner, 2003: 77), la apuesta en este escrito es que lejos de ser contradictoria, esto constituye la paradoja de lo social.

Las prácticas serán provisoriamente las actividades/acciones que realizan las mujeres, que les facilitan, intencionalmente o no, generar algún tipo de ingreso, sea monetario o de otro tipo, que habilita su existencia social material.

Hay una economía de las prácticas, vale decir una razón inmanente a las prácticas, que no encuentra su “origen” ni en las “decisiones” de la razón como cálculo consciente ni en las determinaciones de mecanismos exteriores y superiores a los agentes. Siendo constitutiva de la estructura de la práctica racional, es decir la más adecuada para alcanzar al menor costo los objetivos inscritos en la lógica de un cierto campo. (Bourdieu, 2015, pág. 82).

Para entender esta economía de las practicas, o lo que devendrá en un sentido práctico, es necesario vincular la estructura, el habitus y la práctica de ese constructo teórico particular. El habitus es el generador por excelencia en ese esquema de las prácticas, y el sentido práctico del sujeto lo hace uno con el campo, lo que le permite leer en las situaciones presentes las posibilidades futuras del campo. A la relación de cálculo consciente y deliberado en el mercado, propuesto por las ciencias económicas, donde el trabajo es un medio de ganar el dinero suficiente para satisfacer las necesidades de

los agentes, Bourdieu opone la complicitad entre el habitus y el campo. La idea fuerza que emerge en su análisis, especialmente pensando en el campo económico, es que el homo economicus es un producto histórico. Esto resulta relevante, pues las prácticas económicas serán parte de un habitus que se correlaciona con un campo particular.

Los campos serán para este autor productos de un largo y lento proceso de autonomización, lo que los convierte en juegos en sí (no para sí), por lo que no se entra en el juego, se nace en el juego, con el juego, haciendo de la illusio de juego una parte central para estar dentro del campo (Bourdieu, 2015).

La fe práctica es el derecho de ingreso que tácitamente imponen todos los campos, no sólo sancionando y excluyendo a todos aquellos que destruyen el juego, sino procurando, prácticamente, que las operaciones de selección y de formación de los recién ingresados (ritos de pasajes, exámenes, etc.) sean de tal naturaleza que obtengan que éstos otorguen a los presupuestos fundamentales del campo la adhesión indiscutida, prerreflexiva, ingenua, nativa, que define a la doxa como creencia originaria.” (109). (Bourdieu, 2015, pág. 109).

La noción de campo será efectiva en los casos en que se hayan constituido como espacios relativamente autónomos de los espacios sociales, con actores o sectores especializados donde haya un capital en pugna, y la creencia en el sentido del juego. El barrio y las dinámicas inherentes al mismo no se adecúan a esta definición, primero porque no hay un proceso autónomo a priori que permita identificar su autonomía relativa, donde aparezca un capital en juego. Por otro lado, la cuestión de la frontera es un punto relevante, ya que resultaría casi imposible lograr la definición exacta de lo que forma parte del campo, y lo que no. Incluso si nos adentramos en las prácticas económicas, y buscamos identificar un campo de prácticas económicas de la economía popular, sería complejo por la multiplicidad de actores que operan con distintos grados de intervención, como comencé a delinear en el capítulo 1. Con esta multiplicidad expuesta, encuentro más potencia en conocer qué efectos van teniendo las prácticas, y como se van estabilizando, más que el origen de estas, o una descripción acabada del campo que las engloba.

Este es un límite para la explicación sociológica (tradicional, si se quiere), donde la base de las estadísticas estatales en el análisis de correspondencias múltiples usado por Bourdieu nos darían un mapa del barrio, pues las disposiciones emergentes para un barrio marginal estarían teñidas de las categorías propias del capitalismo, y de la clase media predominante en este país. Por ejemplo, en lo que concierne a las preguntas por la cuestión laboral, o las tareas múltiples, las cuestiones de género o las nociones de pobreza imbricadas en las preguntas. Sin embargo, si permitiría situar al barrio en referencia a los otros barrios, es decir, realizar una comparación agregada, donde la unidad de análisis serían los barrios, no los sujetos, que es en parte donde anclé la pregunta de investigación.

Estos límites del campo, dejan la puerta abierta para problematizar el habitus, como concepto necesario para pensar el espacio social, en su constitución, como en su

operación práctica. A pesar de no ser tan viable realizar la física social, podemos establecer el supuesto teórico de que lo que sucede en el barrio, lo que perciben y viven las mujeres, no se encuentra desconectado de procesos sociales más amplios. En este sentido, es que la propuesta metodológica de observar los procesos en los cuales se generan las prácticas es por demás relevante. Si no, caemos en un particularismo, que no permite detectar más que situaciones aisladas. Agrega Martín Criado:

Por ello es preciso integrar la teoría de los campos en el marco de los análisis de Weber y del concepto de entramado o configuración de Norbert Elías: concebir la sociedad como un entramado inestable de interdependencias donde los distintos campos pueden entrar en relaciones de conflicto entre sí, distinguir dinámicas de génesis, mantenimiento y efectos de los distintos campos, ver los campos como entramados de interdependencias en continuo proceso que nunca están perfectamente integrados ni internamente ni con los otros campos. (Martín Criado, 2008, págs. 18-19)

Gutiérrez y Assusa (2016), frente a este tipo de problemas, retoman la idea de escena social desarrollada por Florence Weber (2009), donde las esferas sociales son abordadas como articulando las dimensiones estructurales e interaccionales. Más cercana a la noción de configuraciones de Elías que veíamos anteriormente, permite quitar el acento en la existencia de un campo autónomo a priori, y abre la posibilidad de pensar e incluso captar los desplazamientos que se van produciendo en las prácticas, las disposiciones emergentes, las subjetivaciones resultantes. Esto modifica la pregunta original sobre el porqué las mujeres hacían manualidades y textiles hacia cuáles son las configuraciones y procesos subjetivos que propiciaron que las mujeres produjeran este tipo de artículos, tanto como cuál es la lógica económica envuelta en este hacer.

#### Las prácticas de hacer de algunas mujeres del barrio

Para entrar al campo fue necesario establecer un vínculo, pero también dinamitarlo. Salir de la relación pre-establecida y cómoda del lugar del saber, para aceptar que no sabía, que no entendía. Desde este no entender, comencé a hablar con Graciela. En la primera parte del encuentro ella me explicaba lo que creía que yo quería saber, como se conformaba la cooperativa, como vendían, cuáles eran los problemas que enfrentaban en términos de cierto código estatal. Cuando pude preguntar por el problema que ella había tenido con la señora, recién logré salir de esta lógica, me desplazé, para que ella pudiera explicarme lo que sabía, su experiencia. La que se supone que sabe, va a preguntarle a la que efectivamente sabe, cómo se organiza, cómo está haciendo la cosa. Salgo del lugar del saber omnipotente, y de las disputas sobre el CPC que lleva adelante la “universidad”, para comprender cómo se hacen las cosas en el barrio.

Este andar en el barrio, errático desde mi mirada economicista, y con una apuesta fuerte a que algo nuevo aprendería dejando de lado lo que sabía, es lo que me habilitó a “ingresar” al barrio. Eso no quiere decir que esa puerta está siempre abierta, y/o que siempre supe lo que estaba “buscando”. Es en este sentido que el trabajo de campo que puede posibilitar una etnografía es una relación entre perspectivas que pueden ser

diferentes en algunos aspectos, semejantes en otros, pero que sobre todo implican una interacción que puede modificar, 'intoxicar' a quienes participan, pero donde, en general, las reglas del juego están dadas por quien investiga, quien es finalmente la que escribe sobre lo sucedido. La reflexividad fue y será central en todo este proceso de trabajo de campo y de escritura.

Es en este sentido que cobra relevancia la capacidad de escuchar a las interlocutoras, y esa escucha no es textual, no quiere decir tomar lo dicho con un significado intrínseco, sino más bien, sostener la pregunta para abrir la comprensión a las significaciones situadas, a la posibilidad de ampliar los horizontes intelectuales, pero también humanos, que sucede al momento de darle la posibilidad a la otra persona de ser otra, y vincularnos desde esa diferencia, que nunca es total (si fuera total, no sería posible una relación a priori en términos lógicos). Por esta razón es que resulta relevante pensar las prácticas sociales, como una teoría que permite entender tanto los condicionamientos estructurales como las habilidades inventivas, o únicas, pero a su vez, comprender las relaciones que posibilitan esos desplazamientos.

Florence Weber plantea tres aspectos que permiten conocer el grupo en el cual desarrollamos la investigación etnográfica, primero que se presentan distintos niveles de complejidad y de imbricación de las afiliaciones colectivas. Esto fue el objeto del capítulo uno, donde a partir de una descripción relacional de las instituciones buscamos dar cuenta dónde se sentaban las bases de la interacción con las mujeres, pero también de las disputas que atravesaban esa relación.

En el segundo capítulo he comenzado a incorporar un primer acercamiento a los significados nativos de la interacción, haciendo énfasis en distintas escenas de ArteSano, que plantea una forma de conocimiento entre las mujeres y quien investiga. En este tercer capítulo, lo que presento es una escena donde se formaliza una forma de vincularse, y se establecen las pautas de la relación. La noción de escena nos servirá como una forma de organizar la presentación de lo que sigue, en tanto nos facilita observar cómo operan las afiliaciones colectivas, las significaciones nativas que se despliegan, y las subjetivaciones emergentes.

## Parte 2 - Entre el valor y las valoraciones: las prácticas de hacer y vender de algunas mujeres del Ongay

Hasta acá analicé las miradas desde las cuales comencé a contactarme con el barrio, específicamente con algunas mujeres. Partí de un diagnóstico específico del PDTS de que las mujeres hacían manualidades, pero no vendían lo que hacían. La impresión que tenía era que estaban haciendo souvenirs, y que eso a priori no era rentable. En el segundo capítulo describí cómo se armó ArteSano, el dispositivo que “creamos” para dar solución a esa falta de venta. Claramente el problema de las mujeres que fueron no era la falta de venta, todas en mayor o menor medida habían vendido, y lo estaban haciendo. Lo que algunas de ellas me planteaban era que no sabían cómo ponerle precio a lo que hacían. El dispositivo que no estaba estructurado como para sostenerse tuvo un efecto no previsto, derivó en que las mujeres que siguieron en el espacio organizaran sus propios talleres, escapando a ‘problemas’ detectados por el PDTS. Una lectura rápida, podría plantear que ellas se apropiaron y re-utilizaron el espacio. El PDTS ni el CES ni quien escribe, lograron dar cuenta de ello en ese momento, y/o generar una contrapropuesta efectiva, tampoco era una necesidad intrínseca, pero era como estaba configurada la relación (el saber económico proveyendo de las soluciones más eficientes para las necesidades sociales).

La disolución de ArteSano me llevó a repensar el acercamiento al barrio, sosteniendo la pregunta sobre las prácticas de las mujeres, pero comenzando a indagarla a partir del precio de lo que vendían y de su trabajo, que era lo que me habían planteado. En este sentido, la que sabía vender, que lo había expresado abiertamente, era Graciela. En el capítulo tres describí cómo me acerqué a ella, desplazándome de lo que sería un espacio más reglado en tono al saber-poder, para colocarme en el lugar de aprender y escuchar. En forma general, en la primera parte dí cuenta de que las prácticas o los cálculos no emergen en un vacío social. Reconstruí las instituciones en un sentido amplio con las cuales dialogaban las mujeres y los procesos que se daban en el barrio. Pero también manifesté la imposibilidad de pensarlas a las mujeres y su hacer fuera esas relaciones, porque son las que daban sentido a esas prácticas. La utilidad de hacer, está incorporada en las relaciones que sostienen ese hacer, y que le otorgan valor o diferentes valoraciones al hacer, o lo que denominé prácticas, para incorporar la teoría social al mirar el proceso que analíticamente fue separado como económico. Este proceso modificó la pregunta original de investigación para comenzar a reflexionar desde cuáles son las configuraciones y procesos subjetivos que propiciaron que las mujeres produjeran este tipo de artículos, tanto como tomarme en serio la afirmación que me hacían de que no sabían ponerle el precio a sus manualidades y textiles.

En esta segunda parte daré cuenta de cómo continuó el acercamiento al barrio a partir de los vínculos con las mujeres. Es el momento más fluctuante del trabajo de campo,

donde comencé la búsqueda de una forma de relacionarme con las mujeres, pero sin saber el cómo. Me incomodaba pedirles para visitarlas en sus casas, parecía una invasión a su privacidad, ya que el vínculo se había estructurado en torno al CPC. No podía deshacer ese primer encuentro en mi cabeza, pero quería y necesitaba salir de ahí.

Esta situación se grafica en lo errática de las visitas, luego de la entrevista de julio del 2016 a Graciela, volví al barrio recién en diciembre a una reunión de la mesa de gestión. Después en febrero del 2017 fui para colaborar en la organización de una feria de la Mesa de Gestión, usando nuevamente los saberes económicos. En la feria de marzo de ese año acompañé los registros que hacía la encargada de las finanzas de la Mesa. Allí estaban Jéssica y Julia. Regresé con Elena del CES en julio y agosto al barrio, cuando retomé el diálogo con Graciela, comenzando a visitarla en su casa donde funcionaba la cooperativa en agosto del 2017, un año después de que ella me “abriera” sus puertas. Este fue el tiempo que me tomó ir comprendiendo que desde la Mesa de Gestión no podría vincularme fuera de la relación saber-poder, eso que parece un pasaje lógico, incorporarlo (hacerlo cuerpo) en el campo tuvo otra espesura, experimenté la importancia de la distancia por momentos, de los silencios, y la necesidad de la reflexividad.

Desde agosto de 2017 estuve unas 10 veces en el espacio de trabajo de Graciela, cebando mates, charlando con ella y con Ramona, y en una de las ocasiones tuvimos una larga charla con Graciela, que se asemeja a una entrevista en profundidad, donde a partir de reconocermela como ‘investigadora’, sin diluirla en el ‘campo’, establecimos un vínculo. También realicé dos entrevistas en profundidad a Jéssica y Julia, donde la dinámica no alcanzó la profundidad que quería, pero que han sido lo que pudieron ser. De Carmen no me fue posible saber algo más, por lo que dejé de insistir. En el transcurso de las descripciones de las prácticas, ancladas en estas charlas en profundidad, iré dando cuenta de las lógicas que considero emergen de las prácticas, como los movimientos, los desplazamientos que van produciendo a lo largo del tiempo. También se verán las otras relaciones que aparecen, como las que se tejen entre Morena, Lorena y Elena, que en algunas ocasiones tensionan los vínculos sobre todo para Jéssica y Julia.

El eje de indagación metodológica estará en las prácticas de las personas con las que me vinculé, sus reflexiones, sus pareceres, lo que pude observar e ir describiendo, para lo cual me valdré de las palabras que usaron en las entrevistas y las charlas. Desde estas miradas, espero poder ir dibujando algunas de las lógicas que se hacen presente en el barrio, y como estas prácticas situadas, tienen un componente histórico y estructural en sí mismas, es decir, son configuradas en lo social. En lo teórico, saliendo de la búsqueda del cálculo en las prácticas económicas, me adentraré en la indagación por el valor o los valores envueltos en ellas, que a su vez su teorización, tiene una doble relevancia para entender las prácticas de las mujeres. Por un lado, es la vía de comprensión del problema de poner el precio a lo que hacen, ya sea una manualidad

para vender, o su mismo trabajo dentro de la cooperativa, o su trabajo con la política, o las prácticas del cuidado familiar. Por otro lado, habilita la discusión de porqué desde la mirada economicista ese trabajo, el de las manualidades, en un principio no tiene valor social, no es rentable, pero sin embargo las mujeres lo hacen (así como dicen no saber poner un precio, pero lo ponen). Para abordar estas cuestiones, trabajaré en tres capítulos que reconstruyen los procesos traslucidos en algunas escenas de Graciela e Ramona, de Jérica y de Julia, para culminar con el análisis del valor en las prácticas de las mujeres y sus dimensiones sociales en el último.

## Capítulo 4 – Entre la costurera, la cooperativa y el taller: las prácticas de coser

En una de las visitas a la cooperativa “Progresando Juntas”, que funcionaba en la galería de Graciela, mate de por medio, me contaban ella e Ramona, las dos que siempre estaban, que no sabían qué monto pagar a cada una de las mujeres por su trabajo, y qué criterio seguir, eran problemas que con una planilla de Excel podrían desaparecer en mi visión. Era cuestión de registrar y definir un criterio de división, que daría lugar a nuevos problemas, pero en principio parecía fácil de resolver. Sin embargo, ellas me mostraban un problema más grande, el que se presentaba cuando trataban de organizarse para trabajar, donde lo “jurídico” les planteaba una forma, la técnica que las asesoraba otra, y su sentido común les daba a entender que ambas perspectivas eran injustas.

La experiencia de trabajo se transformó a lo largo de los encuentros, y pasaron de los problemas del precio a los de la producción tipo taller. Esta transición implicó la pregunta sobre las máquinas, que seguían siendo en parte de “Progresando juntas”, lo que daba el derecho a que las chicas de la cooperativa ocuparan las máquinas cuando las necesitaban, sin hacerse cargo de su mantenimiento. En el medio de todos estos problemas “productivos” se cruzaban las relaciones con los maridos, lxs hijxs, lxs hermanxs, las madres, los padres.

En este capítulo comenzaré a darle forma al problema de poner el precio a lo que ellas hacen en la cooperativa, y luego a lo que usan, en contextos de la economía popular, considerando la dimensión de lo justo, pero también de lo que vale. El valor, la definición del valor es uno de los problemas centrales de la teoría económica, pero no es suficiente verlo desde esa óptica, por los problemas que tiene para analizar las prácticas de estos sectores. Para lo cual haré una descripción de los problemas de la cooperativa y de la transición hacia el taller, para luego comenzar a separarlos en procesos que los dotan de sentido desde las perspectivas nativas, vinculándolos con las configuraciones que los permiten.

De “Progresando Juntas” a la experiencia de producción conjunta de Ramona y Graciela

Graciela fue la encargada del relato sobre el origen de la cooperativa “*Progresando Juntas*”, al que luego se le irán incorporando la voz de Ramona, y las notas de campo realizadas allí. El programa *Ellas Hacen*<sup>53</sup> se lanzó en el año 2013 momento en que ella se inscribió. La convocaron junto con otras mujeres para que fueran a la delegación municipal de San Martín de la ciudad de Corrientes seis meses después de ese

---

<sup>53</sup> “...en el año 2013, se lanzó el programa “*Ellas Hacen*”, una línea de intervención específicamente dirigida a mujeres desocupadas que percibieran la Asignación Universal por Hijo (AUH), priorizando madres de “familias numerosas”, con hijos/as discapacitados o que sufrieran violencia de género. Las inscriptas en el programa conforman cooperativas de trabajo, reciben un ingreso monetario mensual y asisten a capacitaciones y actividades de terminalidad educativa. Según informes del MDSN el *Ellas Hacen* ha alcanzado luego de dos años de su lanzamiento, unas 98.876 beneficiarias...” (Pacífico, 2016, pág. 5).

momento, allí se armaron los grupos de trabajo. La delegación está a unas 40 cuadras aproximadamente del barrio. Primero, cumplieron horario ahí, unas 4 horas de trabajo barriendo las veredas, cortando el pasto, limpiando las cunetas, mientras algunas se quedaban limpiando la institución, siempre contando con alguien que estuviera a cargo del control. Estos grupos se conformaron como parte de la negociación entre mediadores de la política y los equipos técnicos encargados de implementarlas, donde se les decía *“fulanita vos estás en la delegación tal, menganita en aquella”* en palabras de Graciela. Posteriormente, desde la organización del programa se gestionó la transformación de estos grupos en cooperativas especiales, lo que dio lugar a la constitución de *“Progresando Juntas”* por unas treinta mujeres, muchas de ellas que no se conocían, vivían en barrios diferentes, donde el municipio, como gestor del programa coordinaba sus tareas.

Como Graciela era “la costurera” del barrio, decidieron que la cooperativa fuera textil, pues ella misma podría enseñar a sus compañeras el oficio, y no deberían ir a capacitaciones a otro lugar. Lo primero que confeccionaron fueron *“cositas como para la cocina, repasadores, manteles, cosas para el baño, toallas de cara, de mano”* porque la mayoría de las mujeres contaba con algún conocimiento previo de costura. Para hacer esta actividad el municipio les había dado en comodato una máquina para costura recta, la provincia cedió también una máquina para bordar y una familiar, mientras que la overlock la compraron con el “sudor” de su frente.

De las 30 integrantes formales de la cooperativa (para el registro del municipio), solo 20 se habían inscripto en la producción textil. Algunas veces iba un grupito, otras veces otro, en general eran 8 las que más o menos estaban siempre, la fija era Graciela por estar en su casa. Griselda en su momento parece que generó disputas dentro del grupo por el carácter que tenía, pero Graciela aprendió a *‘amansarle’* para hacerle entender. Algunas de sus amigas, de su grupo, con las que *‘chacoteaban’* dejaron de ir sugiriendo que era por Griselda, pero tampoco les gustaba la costura. Graciela reconocía que era responsable y que procuraba aprender, eso era muy valorable para ella. Añadía que ella le daba un pantalón y lo armaba; le daba una blusa e intentaba hasta que le salía, o preguntaba cuando no sabía: *‘Está intentando, y trabaja bien... o sea, una tiene que estar arriba de ella nomás, pero...’*.

Para trabajar habían realizado una división de las tareas: las de producción, las que vendían (dos de ellas), e Ramona que se encargaba de las compras de tela. Las primeras eran las que se juntaban en lo de Graciela, donde estaban las máquinas de la cooperativa, que a su vez ella las usaba como costurera (uso externo al de la cooperativa). Graciela había organizado dos turnos para que trabajaran en la ‘cooperativa’. En parte por el tiempo que les llevaba la prestación de servicios en la delegación, donde tenían distintos horarios a cumplir, después porque la mayoría trabajaba como empleada doméstica (una de ellas trabajaba en Resistencia, a 20 km. de Corrientes Capital), otras cuidaban ancianos y solo podían ir a la tarde, al regresar

de sus trabajos. Cuando Graciela comienza a cuidar a su papá que estaba postrado, no pudo continuar con el turno de la tarde. Lo que observaba Graciela frente a esto era que cuando había trabajo, las chicas estaban más dispuestas a venir, pero que de todas formas ella o Ramona tenían que insistirles. Pensaban que, aunque no hubiera trabajo tenían que estar, traer cosas para hacer de la casa, o prendas que ya no usaran como remeras, camisas, para transformarlas, e ir aprendiendo a hacer otras cosas, pero entendía que algunas *'trabajan, a algunas no les gusta y están por obligación'*.

Una vez iniciadas en el hacer, consiguieron un lugar en la feria urbana organizada por el municipio de la plaza Vera de Corrientes, único lugar donde vendían. Además, si querían participar en estas ferias u otras, tenían que tener un permiso lo que también implicaba *'moverse'* hasta una oficina ubicada por la calle Tucumán, al lado del supermercado Impulso me señaló como referencia espacial, porque no lograba recordar el nombre de esa dependencia.

Graciela se reconocía como parte del grupo de Diego Ayala (Secretario de Desarrollo Productivo y Economía Social, del municipio de Corrientes durante el 2016). Le nombré a uno de los referentes de esa secretaría, Caballito Ramírez, y me explicó que era *'la gente de él'* quienes conseguían los permisos. Estaban por participar de la feria del libro del 2016 que se hacía cerca de esa fecha, porque ellos le habían *'conseguido'* el estand, el permiso y la libreta sanitaria para participar. En simultáneo, en Pasaje Villanueva (una calle de Corrientes donde se encuentra la oficina de las referentes del Ellas Hacen) era donde recibían la ayuda contable de Paula, quien también les había facilitado los atajos para *'estar en regla'* cuando les pidieron que participaran en el proceso de confección de ropa para una licitación municipal. El municipio, a través de Paula había repartido actividades relativas a la confección de uniformes en esa licitación entre las cooperativas y emprendimientos textiles que trabajaban en la ciudad, o que eran beneficiarios de algún programa nacional o provincial. En esa oportunidad, "Progresando Juntas" ayudó a otro grupo que *'estaba en regla'*, porque ellas no tenían facturero, no estaban inscriptas en la AFIP y no tenían estatuto. Trámites que recién estaban comenzando a gestionar desde el municipio, eso les habían dicho.

Ramona, en su rol de tesorera de la cooperativa, me contaba en una de las visitas que habían confeccionado equipos de pantalones y camisas de grafa para los trabajadores del municipio (la licitación del párrafo anterior), pero no habían podido calcular cuánto le correspondía recibir a cada una de lo que les habían pagado. Por cada uno de los equipos del municipio que ellas cosían (las prendas estaban cortadas) les pagaron \$ 250 y eran 45 equipos en total. En el apuro de responder al pedido, Ramona no logró registrar las horas que había trabajado cada una de ellas, y cuando se definió la división del dinero, todas pensaron que ganaron menos de lo que les correspondía o de lo que esperaban ganar. El problema que me planteaba, sin embargo, no era la cuestión de la falta de registro, sino que no sabían cómo definir cuánto trabaja cada una, y cuánto hay que pagarle en base a ese trabajo, cuánto corresponde.

## En la cooperativa

Uno de los primeros días de trabajo que acompañé de la cooperativa (en agosto del 2017), llegué y estaban en la galería, era un día de mucho frío y viento. Había una mesa que funcionaba como de corte, era un tablón rectangular, y las máquinas de coser (dos rectas y una overlock), cubiertas por el techo de chapa. Estaban ese día Ramona, Graciela, Patricia, una señora que no había visto hasta ese momento, y Griselda. Más tarde se sumó Alejandra, quien hacía rato no estaba yendo, me contaban. Ese día discutían como organizarse para cumplir con un pedido de remeras para un equipo de hockey que les había traído una señora. Separaban las actividades, Graciela definió que Alejandra cortara la tela que se usaría para el cuello para que entrara en ritmo, mientras probaban cómo debían cortar la tela cosa de que las remeras quedaran parecidas al modelo que tenían. El inconveniente estaba sobre un recorte triangular del costado de la remera. Movían la tela de un lado al otro, le daban la forma de triángulo, Graciela calculaba cuál sería el tamaño exacto, y desplegaba su experiencia frente a sus compañeras y a mí.

Luego de resolver el cómo hacer el recorte triangular, Patricia fue la encargada de cortar y Griselda la ayudaba, Graciela observaba lo que hacían, y una vez que vino Ramona, que estaba yendo y viniendo acompañando las actividades de la feria de ciencias de su hijo, empezaron a contar los cortes hechos para llegar a las 30 musculosas de estilo deportivo, por las que recibirían \$1.500 en total, a ser repartido entre las que efectivamente trabajaron. Mientras, el hijo de Graciela, Nahuel de 16 años más o menos, y la hija más pequeña de ella, Valentina de 6 años, salían a la calle, volvían a entrar, pasaban, hacían un comentario, le pedían algo a su mamá.

A media mañana pasó a saludar Claudia, la hermana de Graciela, quien se quedó a tomar unos mates que cebaba yo en ese momento. Graciela veía como cortaba Patricia, mientras seguía de cerca lo que hacía Griselda, pues era una persona a la que ella había tenido que insistir para que hiciera las cosas de cierta forma, porque no se animaba y había cometido varios errores en pedidos anteriores. A veces irrumpía el trabajo para decirle '*a ver, cómo estás haciendo*', las chicas le preguntaban a Graciela si estaba bien lo que hacían y cómo lo hacían cuando se les complicaba algún corte.

Paradójicamente, Griselda, a la que había que controlar en el hacer, anteriormente tenía un cartelito en su casa de "*arreglo cierres*". Tuvo que sacarlo porque le costaba cobrar lo que hacía, la gente no le pagaba, y le daba vergüenza ir a pedir que lo hagan. Claudia, con un mate en la mano decía que no era como "*el colorado*", dueño de una verdulería cercana quien tenía en una pared los nombres y las fotos de quienes le debían. Graciela no podía ni acercarse a esa pared para no quedar "*en deuda*", no entendía por qué la gente no las pagaba, se preguntaba si no les daba vergüenza estar ahí. Ella, por ejemplo, donde recibía a la gente por sus costuras tenía un cartelito que decía "*no fío*", porque le pasó lo mismo que a Griselda, hacía arreglos y la gente no quería pagarle. Rápido explicó la diferencia respecto a las personas a las que le hace un trabajo más

grande, como sábanas a quienes les fía al menos una parte, pero todo lo que sea colocación de cierres, arreglos, lo toma como un trabajo que se debe pagar en efectivo, una vez entregado. Cuando no le pagan, no les entrega la prenda arreglada.

Esa visita fue muy amena, duró más o menos dos horas. A partir de ese momento comencé a ir esporádicamente a tomar mates con Ramona y Graciela, un par de veces estuvo Griselda. Así me fueron contando, y les pude ir preguntando otras cuestiones. En adelante retomaré los temas o las situaciones que me fueron relatando, mechando cuando corresponda alguna situación específica.

En uno de los primeros pedidos de remeras que habían tenido como cooperativa, Ramona había comprado mal la tela, por lo que las remeras fueron de baja calidad, sumada a la demora en la entrega del mismo, implicó cobrarle menos al cliente. Consideraban que les faltaría armar un *'stock de telas'*. Por medio metro de tela pagaban más caro que por una compra en cantidad, eso impactaba en las ganancias. En otra oportunidad, se preparaban para una feria en el parque Mitre, con menos de un día de anticipación Griselda le mandó un mensaje diciendo que faltaba guata, que no estaban preparando guantes para cocina y creía que eso tendría mucha salida. Ramona estaba cosiendo, por lo cual no podía salir a comprar lo que le pedían, pero sentía a su vez que era su obligación, entonces estaba molesta de que le avisaran con tan poco tiempo, y no poder cumplir con la demanda de su compañera.

En otra oportunidad una señora había encargado a Graciela la confección de 20 camisas, trayendo la tela y dejándolas a Nahuel, lo que significaba la aceptación del trabajo. El agarrar las telas por parte de su hijo, implicaba la aceptación del trabajo, por lo que asumió la confección de 10 de esas camisas y preguntó a sus compañeras si querían coser las otras. Las chicas no respondieron rápidamente, incrementando los nervios de Graciela con el correr de los días: su nombre era el que estaba en juego, su responsabilidad. Finalmente aceptaron coser las 10 camisas en el grupo de las *'socias'* activas de WhatsApp (wsp). Graciela terminó su parte en 4 días, mientras que las cuatro *'socias'* tardaron lo mismo. En esta oportunidad Graciela pidió a una compañera que hiciera los ojales, pues no era una actividad que le gustara. Su hijo fue el encargado de planchar. Del trabajo de las camisas Ramona le había dicho que a cada una de ellas dos, las que más trabajaron, le tocaban \$1.300, pero Graciela rezongó porque le parecía muy poco, logrando cobrar 1500. La que hizo los ojales cobró \$300. Pensaban que esta distribución era una forma de no reconocer el trabajo de algunas o de sobrevalorar el trabajo de otras.

La inquietud, me contaba Ramona, era el cómo definir cuánto debía cobrar cada una por su trabajo. La contadora del programa, que les ayudaba con la inscripción de la cooperativa en el Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (INAES), y además funcionaba de contacto con el Municipio que administraba el programa hasta diciembre de 2016, les había sugerido que *'le paguen a cada una las horas que trabajan'*, lo que ellas tradujeron en una planilla donde iban colocando cuánto trabajaba cada una.

Graciela e Ramona sostenían que *'si alguien sabe más, hace más rápido, no se le puede estar pagando por hora'*, por eso analizaban pagar (distribuir) por producto. Pero esta profesional les dijo que era muy difícil calcular cuántos productos produce cada una, por lo que les convenía seguir con la distribución del dinero por hora de trabajo. Ellas no se quedaron conforme con esta sugerencia pues eran las que se sentían afectadas por esto, y comenzaron a calcular.

Tanto Ramona como Graciela sentían que perdían mucho tiempo al distribuir el trabajo, que tenían que explicarles a sus compañeras como hacer, y eso muchas veces implicaba que no puedan trabajar o que le quiten parte de su tiempo de hacer. En simultáneo, además de la diferencia de capacidades para este oficio, aparecía el tiempo dedicado a la enseñanza a sus compañeras, lo que no estaba considerado en los cálculos que realizaban hasta ese momento, y que para ellas era una tarea más. La reflexión sobre lo que ganaba cada una por cada actividad es lo que dio lugar al planteo de Ramona, si cada mujer hacía por ejemplo el cuello o el ojal o cualquier otra actividad específica en la confección debería recibir un pago por esa actividad. Desde el 2017 comenzaron a dividirse el trabajo, entonces había una que marcaba la tela, otra que cortaba y otras que cosían. Debían considerar cuánto tiempo demoraban, lo que las llevó a medir el tiempo en que confeccionaban una camisa. Graciela e Ramona calcularon que lo hacían en una hora aproximadamente, lo que implicaba que merecerían ganar más respecto de las otras, que recién estaban aprendiendo. En parte creo que involucraba cierto reconocimiento del tiempo que ellas dedican en enseñarle a las otras, o a organizar el trabajo, por las quejas que acompañaban este cálculo.

En una oportunidad le pregunté a Ramona cómo hacía para diferenciar el dinero de la cooperativa y el suyo. El de la cooperativa estaba separado y anotado en un cuadernito, donde registraba cada cosa que hacía. Compraba algo, anotaba. La plata de lo que vendían como cooperativa no la repartían en general, estimo que era la que se obtenía en la feria de los viernes (del municipio), usándola para comprar hilos, telas, agujas. Lo que si repartían era lo recibido por las ventas grandes, como el de las ventas de los uniformes al estado, o de alguna otra, como las remeras. Las ventas que no provenían del programa se realizaron por el contacto que tenía Graciela al ser la costurera, o incluso vía el señor que arreglaba las máquinas de coser.

A finales del 2018 el programa había cambiado desde "Ellas Hacen" a "Hacemos Futuro", donde volvían a exigirles horas de capacitaciones. Graciela e Ramona estaban molestas porque las horas de trabajo que ellas *'cumplían'* en la cooperativa (así la definían) no eran vistas, ni consideradas como capacitaciones. Para colmo, a muchas personas no se les exigía nada, y cobraban los \$5700 de la transferencia condicionada que implicaba el programa, me explicaban bastante molestas. Mi intervención en ese momento fue que me resultaba contraproducente la formación continua, sin posibilidad de trabajo. Ellas continuaron explicándome que habían estado los primeros 6 meses del programa cobrando sin prestar servicios, pero que había personas que han estado así

durante 3 años. Ramona hacía énfasis en que era la política, que no les importaba otra cosa. Ella estaba averiguando para hacer un curso en joyería urbana, que se dictaba en la escuela de oficios de Brailard Pocard, un referente político de la ciudad de Corrientes.

Este desplazamiento del programa movilizó el sentido que le imprimían al trabajo conjunto, y profundizó el proceso de trabajo entre las que estaban, es decir, las que iban, se comprometían con lo que hacían.

### **La transformación de la experiencia de Graciela e Ramona**

Lejos fue quedando ese 30 de agosto de 2017. Al volver para noviembre de 2018 las encontré a Graciela e Ramona, las que sostenían el espacio y habían encontrado una dinámica de trabajo complementaria, en términos de cómo pensaban que tenía que ser el trabajo, el ritmo al que lo hacían, la distribución de tareas y de gastos. Griselda había estado trabajando con ellas de manera más intermitente, pero ella 'sacaba' 5 remeras en una hora mientras que Ramona 10, por lo que habían decidido pagarle menos. La fiesta de quince años de la hija de Griselda había sido a finales del 2018, lo que había traído a su hijo desde Buenos Aires y otros parientes de distintos lugares, lo que justificaba su escasa participación. La fiesta la había puesto más nerviosa que de costumbre, me contaba Graciela, por lo que le había dicho que se fuera a atender a su gente y que volviera cuando se desocupara, no sin antes remarcarle que ellas se sostenían por el trabajo, no venir implicaba no cobrar.

Para diciembre del 2018 Griselda había dejado de ir directamente. Ramona había estado reflexionando con Graciela de que era mejor nomas que fueran pocas, porque *'vos crees que tenés tanta gente, que todos esos van a estar cuando vos necesites, y al final, están una cantidad, y son menos los que aportan...'*, me explicaba. Había pasado que tuvieron problemas para participar en la feria del parque Mitre, en confirmar quiénes y cuántas horas estarían allí, que duraba dos días a diferencia de las otras ferias que en general era por la tarde o la mañana nomas.

Todas estas situaciones, más la regularidad del trabajo con Gustavo propició que Graciela e Ramona establecieran una rutina para su actividad. Ramona todos los días a la mañana entre las 8 y las 9 iba a lo de Graciela, y cosían hasta el mediodía, si había mucho trabajo, volvía por la tarde, sino no. Un cálculo que no habían previsto hasta ese momento era el de la luz, pero que en 2018 al colocar los cordones cuneta el PROMEBA, había implicado también la colocación de medidores de agua y de luz. Por lo que enfrentaban un nuevo cálculo a realizar.

Gustavo era el yerno de la persona que les arreglaba las máquinas, quien a su vez fue el que las había recomendado. Comenzó a traerles una vez a la semana los bultos de tela cortada por talle de remeras o chombas, algunas veces pantalones también, indicándoles la rapidez con que necesitaba que salga el pedido, al retirar ese pedido luego les dejaba los recortes de tela para que continúen el proceso. A su vez, el taller que tenía se encargaba de estampar las telas. Personalmente lo crucé dos veces. En

una oportunidad, abrió el portón, dijo permiso, buenas, y pasó cargado de bolsas. Era un hombre de unos treinta y pico, tatuado en los brazos, delgado, que se trasladaba en una moto. Graciela estaba terminando de contar las remeras que habían hecho, parada en la mesa de corte, y él le dijo: '*estabas esperándome justo...*'. Graciela le contó que habían sobrado algunas mangas, que las partes que trajo no estaban exactas, él le respondió que capaz hicieron de más. Ella le explicó que algunos de los talles de las remeras habían resultado muy chiquitos, que no podían usar otras mangas como para completar porque hubiera sido difícil que alguien pudiera usarlas. Sacó otros cortes de remera, se los mostró, y comenzaron a definir con qué hilo coserían lo que le había traído.

Otro día, también llegó muy cargado en su moto con una bolsa llena de remeras cortadas, y otra más chica metida en su mochila. Le mostró a Graciela lo que había traído, ella abrió una de las remeras, y le preguntó cuál era el trabajo más urgente. Era el de las 13 remeras de vóley, el resto no era tan urgente. Graciela le dijo a Ramona que terminara nomas lo suyo, que era con hilo rojo, y mientras debatían qué hilo pondrían a las remeras que tenían un estampado combinado de rojo y azul. Decidieron coser la parte de arriba, los hombros con rojo, que ya estaba en las máquinas, y el resto con azul y blanco. Graciela se sentó en la overlock para coser los hombros, hizo una, y a la siguiente, se confunde y la cierra la costura también. Es decir, le hizo la costura lateral a la remera. Nos reímos de su descuido, Ramona le dijo dejá nomas yo hago esto, y vos hacé el cuello del delantal. Era un cuello que se llama bebé, de un vestido que Ramona hacía para su nieta.

Sentían que estaban aprendiendo un montón a partir de la vinculación con Gustavo, que habían mejorado la rapidez con la que cosían, incluso de a poco se iban animando a agarrar pedidos más grandes (en cantidad de prendas por tiempo). Tres veces al menos Graciela mencionó que les estaba faltando una máquina más, otra overlock, que con otra máquina harían mucho más rápido las cosas, y que podrían tomar más pedidos. Uno de esos pedidos fueron unas remeras para una comparsa de Las Palmas, Chaco, por cada remera cosida le pagaba \$35, tenían 150 remeras para coser, y esperaban terminar en tres días, con lo que ganarían \$5250 (por unas chombas que habían cosido previamente, les habían pagado \$60 cada una). Esa cantidad de remeras les presentaba un desafío. Primero le habían dicho que sólo harían 75, pero luego se arriesgaron a ir por el pedido completo. Gustavo, quien les traía los pedidos, dividió la entrega en dos, primero unas 75 remeras, y luego las otras. Ramona comenzó a usar una faja para la espalda por el tiempo que pasa sentada. Ese día, por ejemplo, yo había llegado a la casa de Graciela a las 9 y hasta las 11 pasadas Ramona estuvo sentada cosiendo, sin moverse siquiera para ir al baño.

En febrero del 2019 pasé a saludar y me encontré con Claudia, que estaba cebándole unos mates a Graciela mientras ella cosía. En mi próxima visita, me cuenta Graciela que la señora que estaba ese día en su casa era parte de la cooperativa, había venido dos

días seguidos, ayudó a cortar unos cuellos, por lo que le pagaron \$100 un día, y \$200 el otro. No sabían qué hacer con ese tipo de situaciones, porque ellas no la podían echar de la cooperativa, ni negarle el uso de las máquinas, pero a la vez aparecían cuando querían (sin posibilidad de organizar o prever actividades). Llegó Ramona, y se sumó a la charla. Graciela explicaba que ella no sabía cómo abordar esa cuestión, porque ella o Griselda, aparecieron cuando tenían algo que coser de ellas, pero si se rompía la máquina, ellas no ponían plata para su arreglo. Unos días atrás habían tenido que cambiarle el aceite a la máquina y les había salido \$200 el aceite, y \$300 la venida del señor que la arregló, plata que ponían ellas. La previsión se conformaba con el monto que guardaban de cada venta, solía ser de entre \$100 y \$300 más o menos, con lo que pagan ese tipo de cosas.

Los últimos días de febrero, habían ido a comprar unas cosas para coser ya que habían cobrado, se gastaron todo pensando que Gustavo iría al día siguiente. Él vino, retiró el pedido y les dijo que les pagaría todo junto con el que les estaba dejando. Así que como las dos se habían gastado todo lo que tenían, ese día se quedó Ramona cosiendo hasta las 12:30, Graciela se fue a comer, sentándose nuevamente a la siesta. Decía que lo que hace Ramona es más rápido respecto a su trabajo con la collareta, además se tiene que levantar, cortar las tiras (para hacer el cuello), que a veces le da al hijo nomás que haga eso, y después empareja el corte para hacerle el cuello. Le *'metieron pata'*, en sus términos, ese día para finalizar las 45 remeras, cosa de llamarlo a Gustavo a la tarde y que les pagara. Bromeaban mucho de su falta de previsión.

### **Entre la costura y el taller textil, las vidas de Graciela e Ramona**

El quehacer de Graciela e Ramona no se reducen al taller, asumen una cotidianeidad que permite mechar diferentes 'obligaciones' y tipos de relaciones en ese espacio y más allá de él. A mediados de febrero, Ramona llegó un poco más tarde que de costumbre, porque había ido a buscar unos puños y cuellos para unas chombas del uniforme de la escuela que haría para sus hijos, y una sobrina, a quienes le cobraría. Graciela también se sumaba al hacer de las chombas para la escuela Fe y Alegría. Compraron los patrones de bordado a un señor, lo que les permitiría bordar con la máquina que tenían poco uso. Esos patrones habían costado \$200 y monedas. Ramona me decía que con lo que le cobraría a la hermana, ya recuperaría para hacerle a los hijos, no es ganancia me insistía, pero le completaba yo que era plata que no tenía que gastar. Estaban muy animadas ese día, como entusiasmadas. Ramona había traído además un delantal rojo, Graciela le mostraba dos que ya había hecho con unos retazos que tenían, y ella estaba por hacerle a su nieta, quien entraría al jardín del Fe y Alegría. Graciela los iba a vender. Ramona cortaba el de su nieta mientras le consultaba a su compañera por las medidas, y el cuello. Esta es una actividad extra que hacen, con la que sacan *'una moneda'*.

Una semana después, cuando volví, unas chombas bordadas estaban en la mesa. Graciela me contaba que esa que estaba mirando particularmente había salido muy flojita, iban a llamar al señor para ver qué podía ser, si era la máquina o estaban

haciendo algo mal. Le pregunté a cuánto las iban a vender, \$500 me dijo. Cuando la hermana vino a buscar una de las chombas le cobró \$450, mientras comenzaba a reparar un guardapolvo para una señora del barrio. En un momento, no recordaba cómo iban los puños, por lo que buscó el de su hija, y miró como estaba puesto.

Al rato llega Ramona. Nahuel, que estaba con un amigo en la galería, le dice: '*¿Ramona te pongo ausente nomás?*', y ella le responde, que no entre risas, que estaba reportándose. Graciela se suma diciendo que ella no quería que le pusieran su ausente, todo en un clima muy ameno. Ahí me cuentan que él hincha (le hace bromas) siempre a Ramona, pero que cuando anda '*seco*' (sin dinero para sus cosas), enseguida le dice si necesita que reparta lo que terminaron de coser, o le pregunta en qué ayuda. Algunas veces, incluso se encargaba de planchar las camisas antes de entregarlas, obteniendo un pago por eso. Nahuel, agregó en ese momento, que a veces le pedía trabajo para comprar su vino, haciéndose el gracioso frente a su amigo.

Habían comenzado unas capacitaciones del "Hacemos Futuro" en ese entonces, en economía social, y desde ese espacio estaban organizando una feria para los primeros días de marzo de 2019. Graciela le comentó a Ramona, que había visto en el wsp que estaban pidiendo que se inscriban quiénes querían ir a feriar, y le preguntó si ella iría. Ramona le respondió que para qué iría, no tenía nada y sólo ropa usada podría vender. Graciela preguntó si le había quedado alguno de los vestiditos que había hecho, le dijo que uno o dos, pero que si no llevaban mucho para vender no tenía sentido ir. Y si, le respondió Graciela. Me entrometo para contarles que el 30 habría una feria en el CPC, que organizaban desde la mesa de gestión. Pero no era algo que les interesara particularmente.

A lo largo de las visitas que hice a la casa de Graciela, en la parte delantera fue tomando forma un quiosco, donde vende heladitos, ojotas y otros productos que trae de Paraguay, y también productos de limpieza acomodados en una estantería, que dan a una ventana por donde la gente se acerca a comprar. Antes era su espacio de costura, donde atendía a las personas que le traían trabajo, todavía está ahí la máquina para bordar. En una de las visitas, un señor se acercó al portón de Graciela y le dijo: ¿tiene un helado?, ¿Qué? Le respondió, como para darse tiempo, y decirle que lo iba a atender su hijo, quien justo llegaba detrás. Pasa Nahuel a su casa, y le dice: 'Leíto, que calor, ¡¿eh?! ¿Un heladito querés?' Y fue a buscar. Graciela, desde su máquina le pregunta, ¿te estás por refrescar, Leíto? ¡Eh...!, le responde el señor, parado en la puerta.

Estas situaciones buscan graficar lo cotidiano que sucede en el taller, que también es el patio de Graciela, las relaciones que allí se van reconfigurando en el tiempo. Estas relaciones no son nuevas, tienen una trayectoria, y tanto Graciela como Ramona vienen de experiencias particulares, atravesadas por condiciones sociales, política económica, ausencias, afectos y formas de comprender cómo deben ser las madres, las hijas, las esposas, las costureras. De eso hablaré en lo que sigue.

### Graciela, la costurera<sup>54</sup>, la madre, la hija, la esposa

*“...yo hago lo mío, o sea en la cooperativa hacemos todo en grupo y yo aparte hago lo mío porque también está... por ahí no hay fondos en la cooperativa entonces cada una hace en su casa lo poquito que puede y juntamos para vender para que no se deshaga la cooperativa” (Graciela)*

Esta fue la presentación de Graciela en la primera reunión de ArteSano, luego me fueron refiriendo a ella como la costurera, su actividad. Tenía 36 años por el 2016, y era la hermana del medio de seis. Creció en el barrio Ongay. Sus abuelos venían del interior, su familia era la segunda generación radicada allí. La casa de Graciela y la de su hermana se ubican a menos de una cuadra de la casa donde crecieron.

La mamá de Graciela vino desde Oberá, Misiones. Trabajó toda su vida como empleada doméstica, mientras que el papá lo hacía como albañil. Era una familia humilde. Su hermano terminó séptimo grado, algunas veces era llevado por su papá a la obra, *“le reventaba”* decía Graciela, lo que ahora explicaría el recelo que tiene este por su padre. Para los 16 años, una vez terminado el curso de embarcadizo, su hermano comenzó a trabajar como tal. Eran muchos en la casa y la situación muy precaria. A la mañana había cocido, pero no alcanzaba para el pan, me contaba. La plata que ganaba su hermano se la daba a su mamá, para que comprara mercaderías y que ella y sus hermanas estudiaran, tuvieran una zapatilla, *“una remudita”* de ropa para ir a la escuela. La madre de Graciela lo recuerda como un mal tiempo, ella trabajaba todo el día en tres o cuatro casas, salía de alguna, iba a ver que estuvieran más o menos bien sus hijxs, para a continuar trabajando en la siguiente casa. Era usual que trajera el pan que le sobraba a la patrona, y algunas veces estaba muy viejo, pero ante la necesidad ellxs le rasqueteaban el moho y lo comían. Ella se culpa por el abandono de la escuela de su hijo mayor, pero no dejó de insistirle a Graciela y a sus hermanas para que terminaran la escuela. Por ser gordita en la escuela a Graciela la molestaban, aprendió a defenderse a las patadas, *“parecía un varón”*, me contaba, pero la mamá le decía que fuera a la escuela igual. Compara esta situación con la actual de sus hijxs, quienes tienen *‘todo servido’*, porque ellxs no tenían ni libros, así y todo, iban a la escuela. Su papá trabajaba de albañil, pero era *‘chupandingui’* (alcohólico), entonces un día trabajaba, otro no, *“vivía más empedo que otra cosa”*. El señor estaba postrado en ese momento del trabajo de campo, y entre las hermanas se turnaban para cuidarlo, darle de comer, bañarlo. *“Se portó muy mal mi papá con nosotros era bandido, no se quedaba. Pero igual nosotros, igual aún estamos siempre. Y mi mamá y ellos están separados, ¿viste? Y mi mamá igual le atiende”*.

A los 5 años recuerda Graciela que su mamá los llevaba en una carretilla a los basurales, donde juntaban huesos, tapitas de aluminio, y cosas de cobre para venderlas. Se

---

<sup>54</sup> Lo volcado en este relato emerge de varias charlas en profundidad que tuvimos con Graciela, algunas de ellas grabadas. Cuando las palabras han sido desgrabadas, aparecen entre doble comillas, mientras que cuando refieren a términos usados en el barrio, aparecen con comillas simples.

encontraban con otras personas haciendo lo mismo. Corría el año 1987 o 1988, época previa a la hiperinflación en Argentina. Cuando iban siendo un poco más grandes lxs mandaban a vender pan casero, o chipacueritos (tortas fritas) en la terminal, hasta que comenzaban a ir con la mamá a limpiar las casas, donde ella les enseñaba cómo tenían que lavar los pisos, lustrar los muebles. Una vez más seguras, o ante la oportunidad, se largaban solas. Graciela a sus 12 años cuidaba a una niña de unos cuatro o cinco años. Un día la llevó al centro, y la niña le decía, *“mirá el abuelo”*, era como le decía al esposo de la empleada doméstica, la abuela para ella, la mamá de Graciela. Cuando logró verlo, se dio cuenta que su papá estaba con una señora de la mano y con una bolsa de zapatos en la otra. No pudo aguantarse y le contó a su mamá. La señora con la que andaba el papá era del barrio y tenía la fama de *“no quedarse quieta”*, andaba con uno, con otro, me relataba. Al enterarse la mamá, lo enfrentó y se separaron. Esa separación consistió en que la mamá durmiera con sus hijas en la pieza que compartían, y dura hasta el día de hoy.

Esta necesidad que pasaron en su familia, el tener que salir a trabajar desde chica, es lo que explica para Graciela la importancia de *“tener las cosas”*, ella no quiere que sus hijxs pasen por eso, y el marido acompaña esta idea. El marido de Graciela, quien trabaja “en negro” en un corralón, le contaba siempre a sus hijxs que cuando él era chico la mamá no tenía como mandarle a la escuela, no tenía zapatillas, una vez en su trabajo (como empleada doméstica) le habían regalado un zapato de mujer con taco, la mamá le serruchó ese taco para que le quedara como un mocasín, y él actual marido de Graciela, con ese mocasín serruchado a la escuela y lxs otrxs niñxs se le reían, le decían: *“toco, toco”*, por el ruido que hacía al caminar. Pero él iba igual. Este tipo de anécdotas son las que les permiten decir que quieren algo distinto para sus hijxs. Graciela estaba muy curtida, que por eso quería sus cosas.

Esta historia incorporada justifica también que Graciela le “hinche” a su marido para que haga diferentes cosas, en general aparecen ligadas a la casa, por ejemplo, me contaba que una vez le había dicho que sacara la columna de la galería, que ella no la quería porque le molestaba. Él le había respondido que esperara, a lo que ella arremetió que a *“los hombres si vos no le jeringueas parece que no... [...] no activan... Entonces yo le digo, ¿viste? quiero... y bueno... me dice, de a poco vamos teniendo nuestras cositas y a mí me gusta tener... Y la gente porque ves que te compras una moto, porque tenés un autito... a.... mi hijo también tiene su motito, ellos creen que vos ya andas metido... no, pero no ven tu sacrificio, ellos no ven que mi marido, aunque llueva el igual se va, mientras la gente está chismoseando ahí en su casa...”*. Establece Graciela en sus palabras que hay una relación entre el tener las cosas, el sacrificio, y los comentarios de lxs chismosxs del barrio, una de las primeras cosas que se comenta es que andan en la droga.

En otra ocasión, en un cumpleaños de Valentina (la hija más chica de Graciela), habían colgado los globos en la pared, y preparado la mesa en el patio, pero se largó a llover y

tuvieron que entrar a la casa, lo que despertó la furia de Graciela hacia su marido. La cuestión era que él trabajaba en un corralón, y cómo no había podido hacerle el techo para su patio era lo que ella no comprendía. El marido le decía que tenía el dinero para las chapas, pero no para las fajas, a lo que ella retrucaba que le pidiera prestado a su jefe, y que ella se encargaría de pagar la mano de obra. Pero no estaba muy convencida de usar su dinero para eso, por lo que aguantó nomás, hasta que él pagó todo lo referido a la galería de la casa, rematando con un: *"Hay que tenerlos cagando"*. Luego agregará que a su marido todavía le falta un empujoncito como para ser hombre-hombre, lo que lo convierte es darle lo que ellas le piden (las mujeres en general, pero encarnadas en Graciela e Ramona de quienes hablaba específicamente en ese momento).

Graciela y Horacio (su marido) se conocían del barrio. El inicio del vínculo se había dado cuando él le tiraba piedras. Resulta que lxs niñxs del barrio pasaban casa por casa para luego ir al lugar donde jugarían. En el camino, cruzaban un pasillo donde estaban Horacio y otros niños. Graciela encabezaba la manada y como no le daba artículo, contaba ella, él le gritaba: ¡gordita! y le tiraba un cascote. Después fueron creciendo y frente a la casa de su mamá tenían un tronco donde tomaban tereré, y él siempre pasaba, saludaba primero, después hacía un chiste, y así se fue quedando. La acompañaba a Graciela desde la escuela hasta su casa, hasta que un día le pidió la mano a su papá. Este había definido horas y días para que viniera: los martes, jueves, sábado y domingo, de 20 a 22 más o menos. Un tiempo respetó eso, pero después comenzó a ir todos los días.

La escuela aparece en su relato como un espacio poco placentero para Graciela, incluso ajeno. Le cuesta leer, *"soy coquito para entender"* me decía, y se comparaba con su hija menor, quien puede mirar una película y comprender, mientras que ella debe verla varias veces. Cuando la mamá le decía que estudiara en la secundaria, ella le decía que la anotara en peluquería, en manualidades, en corte y confección. Incluso esto último que le encanta, lo tuvo que hacer tres veces, porque era rebelde decía, no se iba a veces, y *"hacía cagada tras cagada"*. Para no hacer la secundaria quería hacer cosas que tuvieran salida laboral rápida. Ahora se arrepiente, porque cuando tenía que hacer, no hizo, este sentimiento se fue haciendo más fuerte cuando su hijo comenzó la primaria, ella sintió que no le podía enseñar, tenía que recurrir a su hermana, la que había estudiado. Intentó comenzar la escuela secundaria nocturna cuando aún no tenía hijos, pero antes de terminar lo tuvo a su *"nenito"*. Después de eso dejó todo. Sus hermanas estudiaron, y ella no, le decía a su mamá *"No es la escuela para mí, mami"*.

El programa "Ellas Hacen" la 'obligó' a terminar la escuela secundaria en 2014. Graciela llevó el título a su mamá: *"Acá esta mami [...] lo que vos tanto querías"*, y la respuesta de la mamá fue que ahora debía estudiar algo, para que los hijos vieran que tenía algún título, sobre todo porque ya estaban grandecitos, que ella siendo jubilada le podría ayudar para que siguiera estudiando (esa ayuda implicaba además de cuidado de lxs hijxs, dinero). La respuesta de Graciela fue que el tiempo de estudiar de ella se había

terminado, que ahora le tocaba apoyar a sus hijos, no se podía ir de su casa sabiendo que quedaban cosas por hacer. Reflexionaba que todo se puede, cuando uno se lo propone, *“pero me iba costar el doble y hasta el triple, entonces yo dije que no, ahora es tiempo de ellos, que ellos hagan su... es el turno de ellos”*.

Si sus hijxs quieren seguir estudiando, aunque sea de peluquero, va por cuenta de ellxs, les dijo que no está mal, es un trabajo (la peluquería), pero que en su familia la única que se recibió es la mamá de Gael (el sobrino de Graciela que suele estar en su casa), de los cinco hermanos, sólo una se recibió. La hija del medio dice que no quiere estudiar, que no quiere saber nada. Ella le cuenta lo que le hacía renegar a su mamá, y que lara no va a hacer lo mismo, que a ellxs no les falta lo que a ella le faltaba. Graciela llegó a ir a la secundaria con la plantilla agujereada, y sus compañerxs se burlaban porque al correr se le veían los agujeritos. Pero ellxs tienen zapatillas, zapato, más comodidades. A Graciela nunca le dieron plata para que lleve a la escuela para comprarse la merienda y nunca iba a encontrar una moneda tirada como para llevar, cosa que si les pasa a ellxs. Me contaba que a veces compraba el pan de la mañana, y para la noche no querían comer más sus hijxs. El marido le decía unos días antes que quizás deberían cortar el pan y comenzar a ponerlo en el hornito para comerlo tostado, porque algunas veces se le puede dar el gusto, pero no siempre. No es fijo el trabajo, y no tiene sentido entrar en cuentas, me explicaba ella, cada día estamos peor. Relato de finales del 2018.

#### **Ramona, la mano derecha de Graciela, la madre, la hija, la esposa**

A Ramona la conocí en la casa de Graciela, una de las primeras veces que las visité como cooperativa. Tenía el número de ella para comunicarme cuando quisiera ir a visitarlas. Ramona es una de las que más disfrutó de las capacitaciones obligatorias del “Ellas Hacen”, porque aprendía cómo manejar la cooperativa, *“soy la tesorera”*, me decía, y ahí aprendía como llevar adelante esa tarea.

Está ‘juntada’ y tiene tres hijos. Su primera hija nació cuando ella tenía 16 años, siendo madre soltera, luego conoció a su actual marido en el baile. Ella estaba en quinto año de la secundaria, y el actual marido la sacó a bailar, pero ella había fichado a otro chico por el que le había preguntado. El entonces candidato, le dijo que ese chico no le convenía, que era un ‘cheto’ que escuchaba rock y no bailaba cumbia. A Ramona le gustaba bailar cumbia, así que continuó bailando con él. Volvería a ir a la escuela al otro día a verla, pero resulta que estaba un poco *“caú”* (alcoholizado) ese día, así que no recordaba la cara de Ramona, y le pidió a un amigo que lo acompañara. Comenzó a acompañarla a su casa, hablaban, ella lo sentía su amigo. Hasta que un día, él le pregunta si era *‘tortillera’* o qué que no quería estar con él. Ella tenía miedo de contarle que tenía una hija y la estaba criando sola. Prefería ir tranquila con ese candidato (actual marido), porque *“ya la había cagado el padre de su hija”*, la había abandonado y no quería volver a pasar por lo mismo.

Ramona era abuela al momento de escribir esta tesis. Su hija mayor tuvo una niña quien era la destinataria de mucha de la ropa que hace, especialmente los vestidos. Además,

tiene dos hijos varones pequeños de 10 y 12 años. Junto a su marido, el que bailaba cumbia, viven a la vuelta de la escuela Fe y alegría, a una cuadra de lo de Graciela, en la zona del barrio más antigua, la que está loteada. El más grande de sus hijos es un poco vago, incluso se llevó materias en la escuela en el 2018. El más pequeño cree ella que va a ser ingeniero agrónomo o veterinario porque le encantan los animales. Un día su gallina estaba teniendo pollitos y uno no podía levantarse, había sido picoteado por una de las gallinas quedando tendido, él lo levantó y le hizo reanimación, golpeó su pechito, sopló en su boca para revivir al pollito, me contaba Ramona. Creía que debía 'ponerle' la idea al hijo, ir viendo lo que le gustaba, prestando atención a lo que ellos van demostrando para orientarlos desde el lugar de madre.

La familia de Ramona se compone de trece hermanxs, uno fallecido, la mamá y el papá de ella. Su mamá no le daba mucho artículo, no iba a los actos escolares, no estaba muy presente en su infancia. Mientras que su papá tenía problemas con el alcohol, era 'chupandingui' en términos de Graciela. Él había trabajado en la coca cola, cuando cerró, le dieron unas máquinas como indemnización que sirvieron para instalar una sodería en su casa, pero no alcanzó para progresar por lo que tomaba. Cuando se emborrachaba, 'hacía desastre' en la casa, una vez tiró la puerta del frente. La mamá de Ramona escondía a sus 12 hijxs del papá cuando estaba así. La pregunta, en un contexto de mucha confianza, fue si llegó a pegarle a la mamá, y me decía que ella no vio, pero que seguro ejercía violencia psicológica.

Habían estado a punto de separarse porque la madre no aguantaba más. Nunca había podido trabajar afuera, y comenzó cuando sus hijxs fueron grandes, en un comedor de una prima del esposo. Pero el papá de Ramona creía que lo engañaba con el primo de él. Lo que llevó a que se juntaran todos los hermanos para ver que hacían. Y habla de un hermano, que trabaja en la UNNE y que su esposa es comisario, que fueron los que se pusieron del lado del papá, mientras que el resto estaba del lado de la mamá. Después su mamá dio marcha atrás con la separación, y siguen juntos ahora. Este hermano es poco querido, porque los trata de menos, y ella plantea que no recuerda de dónde salió. Llega y les dice 'acá están los zánganos' nuevamente. Ramona cuidaba a sus hijos cuando recién estaban comenzando a trabajar, y cuenta que una vez la esposa la acusó de no cuidar los juguetes, porque su hijo de un año había tirado un juguete de su primo. Ella usó eso como excusa para decirle que no los podía cuidar más, porque además justo estaba embarazada de su otro hijo. Lo considera un desagradecido a su hermano, que olvida la ayuda que recibió de su familia.

Otro de los hermanos, cuya casa se encuentra al lado de la Ramona, está preso. Ella se lamenta que no haya sabido manejarse, sabía hacer muchas cosas como carpintería, herrería, pero ella no llega a entender qué piensa para actuar así. Su hermano siempre anduvo en 'malos pasos'. Desde que está preso, su cuñada y sus hijas están en la prostitución creen ella y su mamá. Cuando se enoja con sus hijos Ramona le dice, "vos querés una mamá como la Rafaela, que los trate así", refiriendo a la esposa de su

hermano. Me acercó su teléfono, donde tiene guardadas fotos de sus sobrinas, las que suben al fb, me remarcaba que mirara los tatuajes que tienen, en varias fotos aparece la más chica desnuda de arriba, con un chico. Luego le saca fotos en la casa de la cuñada, donde llegan y salen hombres, a las sobrinas con diferentes chicos, en uno de los videos están armando un porro. Un día dice que encontró un teléfono tirado en el terreno de ellos, o cerca, sin batería, que lo puso a cargar, y encontró diferentes mensajes que le daban a entender que estaban en cosas graves. El hijo varón de este hermano, había estado un tiempo con una señora evangélica que lo había sacado de los 'malos pasos', pero cuando volvió con su familia (su hermano y su cuñada), dejó de ir a la iglesia evangélica, y estaba igual que sus hermanas.

Ramona pensaba en cambiarlo a su hijo de la secundaria del Fe y Alegría, porque a pesar de que reciben a cualquiera ahí en sus términos, a sus sobrinas no las habían aceptado, y ella no quería que lo marcaran a su hijo mayor por la reputación de sus sobrinas. Se sentía muy orgullosa de que este hijo había podido viajar a Iguazú. Ramona no conoce las cataratas, no pudo viajar, pero logró que su hijo si fuera, me contaba mientras me mostraba las fotos.

Otro de sus hermanos, el más chiquito, no terminó la escuela secundaria. Viajó a Misiones donde vive otro de los hermanos de Ramona. Él se sentía mal porque en el barrio la mayoría de lxs chicxs que tenían 18 habían terminado la escuela, y varios estaban para el ingreso en la policía, eso creía que lo había puesto en jaque, le demostró que estaba 'quedado', mientras el resto ya estaba con un proyecto de vida, contaba Ramona. Era tarde decía, porque había perdido muchos años, habían hablado muchas veces para que no dejara la escuela, pero la mamá de Ramona se dejó estar, y lxs hermanxs le reclaman que le da muchas cosas a ese hermano, tiene buenas zapatillas, celulares, cosa que ellxs no habían tenido cuando fueron hijxs. *“¿Qué se va a calentar? le decimos nosotros... vos le das todo, más vale que él no sabe lo que es levantarse y transpirar para ganar esa moneda le digo. Rompe el celular y vos ya le compras 'o él rompe su celular y ella le da el celular a él”*, me contaba Ramona que le decían a su mamá. A Emanuel, este hermano de Ramona, le decían que hiciera carpintería, herrería, que aprenda algo si no iba a la escuela. Graciela, quien estaba en la charla también, no entendía de quién hablaba, hasta que dice, ah, Pototo, nosotros le conocemos por el sobrenombre nomas. La responsabilidad para Ramona de esto es de la mamá, *“vos nomás tenés la culpa [ríe] Yo siempre le tiro a... [...] Le doy duro si, vos tenés la culpa le digo”*.

Uno de los días que estaba en la cooperativa, Graciela limpiaba el piso del quiosco, Ramona estaba por enchufar la máquina en el mismo espacio, cuando nota que había quedado una patita de otro enchufe en el tomacorriente. Ramona buscó una tenaza que tenía aislante, fue y sacó la patita. Le hice un chiste que ya estaba preparada con la escoba como para sacarla si le daba una descarga eléctrica, pero ni tiempo me había dado. Nos reímos con Graciela, e Ramona acota que ella hacía de todo y que buscaba

resolver rápidamente, porque si esperaba del marido, no se haría nada en la casa. Su marido trabajaba en una carnicería, a mediados del 2018 comenzaron a armar una rotisería en la casa, como actividad extra. Compraron un freezer por la venta de un auto viejo que tenían, donde alguna vez dejaron dormir a una gatita de su hija con sus crías recién nacidas, que terminaron llenando de pulgas a sus hijos y sus sobrinos. La venta del auto en el tiempo implicó que dejaran de salir a pasear los fines de semana, una de las razones por la que Ramona consideraba que discutían mucho con su marido.

Juan, su marido, se crio sólo desde los 9 años cuando la mamá los abandonó, y el padre se fue con otra mujer, entonces algunas hermanas se hicieron cargo, se fueron criando como pudieron. Juan le dijo que qué hubiera sido de su vida si no la conocía a ella, quizás ya estaría muerto, porque una vez le gatillaron en la cabeza. El barrio donde vivía era (y es, dicen) muy “jodido”, hay mucha “droga”, muchos “chorritos”. Estaban atravesando una situación complicada con su marido. Todo se había puesto en evidencia por la comunión de su hijo mayor un año antes, porque Ramona había ido sola a ese evento mientras él se había quedado trabajando. Ella le había planteado que quería que la acompañe, pero que ella no tenía por qué estar diciéndole si tenía que ir o no, que ella no era la madre. Ramona me contaba así que trató de enseñarle más o menos lo que tendría que hacer, pero él le decía que no sabía si ella quería que el fuera o no. Para Ramona era obvio, le decía, “*como no voy a querer [...] si es la comunión de tu hijo...*”. En el 2018, tomó la comunión el más chico, y él volvió a preguntarle si quería que fuera, y otra vez la respuesta fue que haga lo que quisiera, que ella no le iba a obligar, ya sabía el día y si quería que fuera. Ramona trajo a la conversación que ellos se criaron muy así, él les habla a sus hijos, pero hay cosas que no le nacen, sentenciaba. Ella también se crio a las patadas, decía, pero no por eso iba a criarlos de la misma manera a ellos. A su vez, el reclamo del marido era que ella daba mucho a sus hijos y que después no valoran lo que tienen.

Con Ramona forjamos un vínculo donde hablábamos bastante, discutíamos de política, de las novelas, de los hijxs y de las familias. En una de esas charlas, mientras ellas cosían, Ramona contó que le gustaba endeudarse, que había sacado hace mucho tiempo una tarjeta naranja que comenzó con un tope de \$750, y que le fueron incrementando la suma por buena pagadora, porque ella no tenía recibo de sueldo. También tenía una tarjeta en Frávega, que se la habían dado mientras ella creía que estaba financiando en cuotas, como un crédito personal. Otra tarjeta también le habían “enchufado” (palabra mía) de esa manera, intentando sacar un crédito personal, le daban una tarjeta. Le pregunté para qué usaba la tarjeta, y me dijo que se había comprado un juego de comedor, que el que ella tenía ya sólo le quedaban dos sillas, entonces se compró uno barato, que sin las cuotas que le daban, no hubiera podido. Después compró ladrillos para terminar de levantar una pieza atrás, y las zapatillas para sus hijos también solía comprar con tarjeta. A principios del 2019 me contó que había

sacado uno de los “créditos ANSES”<sup>55</sup>, correspondiente a una asignación universal por hijo, por lo que le prestaron \$5000, que fueron usados para hacer un muro que separara su casa de la de su cuñada, la ‘cabezuda’, con quien ella no quería tener nada que ver.

### Las prácticas de coser y el valor que envuelven

De todo este relato emergen diferentes procesos de trabajo vinculados con la costura, que fueron resultando inteligibles a lo largo del tiempo. En una primera instancia el trabajo era cooperativo donde la dificultad era ponerle precio a ese trabajo considerando un criterio que fuera justo para ellas. En una segunda parte se insertan en un esquema de taller textil, que son las confecciones que hacen Graciela e Ramona para Gustavo, donde la reflexión gira en torno a la capacidad de coser más en menor tiempo, y la propiedad de las máquinas. Finalmente, un derivado del taller, son las actividades, o “trabajitos” que comienzan a hacer entre costuras del “taller”, que habían estado presentes antes, pero van acentuándose.

Como plantea Graeber (2018), si el valor se vincula con las acciones, aquellas a las que le asignamos tiempo, para las mujeres su trabajo de costura va adquiriendo distintos valores, no de forma estática y sustantiva, sino que de manera relacional se va modificando en el tiempo y de acuerdo a las circunstancias. Además, estas acciones se dan en un contexto, donde el valor se inscribe en relaciones que superan a la práctica misma.

### Las configuraciones de las prácticas de coser

Por un lado, tal como veíamos en la etnografía multi-integrativa del capítulo 3, estas escenas tienen lugar en un espacio físico atravesado por distintas configuraciones o lógicas, como lo es la galería de Graciela, un espacio doméstico específico, donde las relaciones familiares cruzan y dan densidad a los vínculos que se establecen mientras cosen: las visitas de las hermanas, de la madre, el paso de lxs hijxs, incluso éstos últimos a veces “agarran” el trabajo que luego harán Graciela o la cooperativa, participando también esporádicamente para ganarse unas monedas.

La principal institución que permite en el tiempo cristalizar un grupo de trabajo, es el Programa “Ellas Hacen” con sus diferentes requisitos (la terminalidad y las horas de trabajo/capacitación) y sus personajes, como las capacitadoras, la asesora, la presidenta de la cooperativa que parece jugar un rol ambiguo. Es en el marco de este programa que ellas comienzan a organizarse para producir, eligiendo la costura, haciendo un cálculo sobre el esfuerzo que implicaba elegir otra actividad o esta, y definiendo a partir de prueba y error la forma de organizar el trabajo, en parte escuchando lo que les plantean en las capacitaciones, pero en parte movilizándolo sus propios conocimientos, y nociones sobre cómo podrían hacerlo de una mejor manera.

En menor medida está también el municipio movilizándolo la actividad del programa por medio de la división de licitaciones para que participen las mujeres del programa, y de

---

<sup>55</sup> Colocar información sobre los créditos

otros espacios que articula esta institución (como el caso de Carmen, que había sido convocada para esta licitación, o Jérica, situaciones descritas en la primera parte).

A partir de la producción que promueve el programa, Graciela e Ramona comienzan a entablar una relación donde se entienden para trabajar. Conformaron de hecho el taller sobre la base de las máquinas y la experiencia de “Progresando Juntas”. El programa sigue presente con los requisitos de capacitaciones una vez que se transformó en Hacemos Futuro, lo que implicó un cambio de lógica interna, donde los controles sobre los procesos de trabajo se volvieron difusos acaso<sup>56</sup>, la presencia de los actores del programa se fue diluyendo, y apareció la necesidad de la capacitación obligatoria, cuestión que veremos en la tercera parte de la tesis. Gustavo será relevante en este proceso: es quien vehiculiza la participación de Graciela e Ramona en un eslabón productivo de la confección. Ese proceso es la producción textil informal, diferente al tipo de producción que se organiza en torno a los talleres clandestinos que alimentan entre otros espacios la salada, abordados por Gago (2015). En este caso, el proceso del que puedo dar cuenta es el de trabajo que “trae” Gustavo a lo de Graciela.

El circuito que logré reconstruir a partir de lo que me fueron contando es que todo comienza en el taller de Gustavo, donde subliman la tela y cortan las prendas, una vez finalizada esa actividad los cortes son llevados para que Graciela e Ramona hagan la confección de la prenda, eso es entregado y retirado por Gustavo quien, al buscarlas en general paga en efectivo a Graciela e Ramona por su trabajo. Esta circulación de prendas, trabajo y dinero, hacen que Graciela e Ramona tengan otros márgenes de previsión en cuanto a los ingresos, y las horas de trabajo. Esta actividad, se va entrelazando con las “cositas” extras que van haciendo, desde el kiosco de Graciela en su casa, que lo atiende ella con sus hijxs, hasta las remeras bordadas que comenzaron a hacer para sus hijxs, familia cercana, y terminaron vendiendo a las personas que asisten a la escuela del frente de la casa de Graciela.

### **Los procesos de coser desde la perspectiva de Graciela e Ramona**

Zelizer desarrolla un concepto que me resulta relevante para comenzar a desentrañar las relaciones y la razón de las mismas en la producción de textiles, pero también de manualidades, que es la de circuito. La pregunta que se hace es cuáles son las configuraciones de las relaciones interpersonales que las personas trasladan a las actividades económicas valoradas, y cómo ellas operan. Para lo cual no tiene una respuesta esbozada teóricamente, pero sí ha desarrollado un método, que consiste en identificar un fenómeno que la gente no entiende bien, luego analizar casos para embeberse en el fenómeno, moviéndose atrás y delante de los casos y sus argumentos, arribando a síntesis provisorias a través de reconciliar la evidencia con la teoría, en consonancia al proceso abductivo propuesto. Velthuis, considera que el concepto de circuito deriva la atención hacia el hecho de que el intercambio es invariablemente

---

<sup>56</sup> Por decir algo, ya que aparentemente en Corrientes al menos, el único requisito que controlaban fueron los de las horas de capacitación a través de ANSES.

conducido en condiciones sociales y culturales particulares (Citado en Zelizer, 2011, pág. 348). En este punto de la investigación no puedo hablar aún de circuito en los términos que lo hace Zelizer (2011), pero acercándome a esa conceptualización, hablaré de proceso, como forma en que las prácticas se van desarrollando en el territorio en una instancia provisoria, y donde se ven atravesadas de relaciones, que no necesariamente están estabilizadas, o resultan inteligibles a sus participantes en su totalidad. Esta es la principal diferencia o distanciamiento de la noción de escena que utiliza Weber (2009), tanto como la noción de campo de Bourdieu (2001), explicitados también en el capítulo 3. Para dar cuenta de ello, describiré los procesos que se derivan de las prácticas de Graciela e Ramona, culminando con un análisis del valor envuelto en ellas.

### **Hacer camisas para el municipio, organizar el trabajo**

Este primer proceso tiene lugar en la producción de la cooperativa, movilizadora por el "Ellas Hacen". Se da un espacio donde convergen mujeres seleccionadas por una técnica, que a su vez establece quiénes conformarán jurídicamente la cooperativa. Estos grupos se encargaron de la limpieza de sectores públicos en su inicio, luego debieron definir la actividad que harían como cooperativa. Graciela y sus compañeras definieron conformarse como cooperativa textil, montando el espacio de trabajo en la galería de ella, quien además de ser la costurera del barrio, tenía un título que la habilitaba y su máquina familiar de coser como para arrancar. Cuando comencé a acercarme ya habían gestionado máquinas con el municipio, con la provincia, incluso se habían comprado una máquina a partir del trabajo de la cooperativa y el aporte de todas.

Al momento de la licitación con el municipio relatada anteriormente, se pone en duda cuánto y bajo qué criterio ellas deben realizar la distribución de lo que ganan. El precio de su intervención de costura les viene dado, no influyen en el precio en el caso de la licitación del municipio, como tampoco lo hacían con las camisetas deportivas. En el precio de las camisas Graciela puede influir, con cierto poder de negociación, en el uno a uno.

Lo que está en juego es el valor monetario de las actividades incorporadas en la costura, o lo que es lo mismo, el precio/valor de su trabajo. Aparecen tres formas de comprenderlo, la jurídica, la industrial y la racional, por nombrarlas de alguna manera. La primera, y quizás menos aparente, es la que se desprende de la Ley que rige a las cooperativas en Argentina, que es la N° 20.337, sobre todo del sentido común que emerge para las mujeres. Lo que no implica que las mujeres citen a esta ley en su enunciación, sino que de las sucesivas capacitaciones que recibieron sobre los aspectos para la conformación y el funcionamiento de las cooperativas, ellas comprendieron que en la cooperativa lo que se gana, el dinero que ingresa, se reparte en formas iguales entre las participantes. Aquí, la idea de solidaridad de la organización cooperativa del trabajo, podría activarse en las definiciones más clásicas de la economía social y

solidaria (Razzeto, 1997, Coraggio, 2009, entre otros). Pero para las mujeres que me hablan es injusto, y comenzaron a buscar otras formas de distribución de lo ganado.

Ellas recurren a la contadora que las asiste desde el programa para plantearle que no era justo repartir en formas iguales, quien responde que el precio del trabajo se debería establecer por hora trabajada, propio del trabajo pensado en términos homogéneos. Esta noción proviene del trabajo en fábricas en la historia más cercana, donde se pagaba a cada persona por la cantidad de horas trabajada, sin discriminar las habilidades necesarias para los diferentes tipos de trabajos. David Ricardo ya sostenía que el valor de una mercancía en el sistema de mercado emerge de la cantidad de horas-hombre utilizadas para su producción (Graeber, 2018). La cantidad de horas-hombre también implican un pago, denominado salario en la teoría. Luego, la relación salarial, desde la visión sociológica explica un todo social. En este esquema hay una objetivación del trabajo humano, que lo transforma en transable en el mercado, lo convierte en mercancía, a pesar de los problemas que conlleva (Polanyi, 2011).

Esta solución que da la técnica, de un mismo valor de la hora de trabajo, viene estabilizada desde los manuales de economía básicos utilizados en la formación en ciencias económicas<sup>57</sup>, que en parte edulcoran las discusiones mantenidas desde el Siglo XVIII sobre los precios de las cosas y del trabajo. Operativamente, para el cálculo se consideran los costos de producción, y el trabajo es uno de esos costos. El salario se traduce en hora trabajada. Pero en este caso, tal como señalan Ramona y Graciela, las mujeres tienen distintos conocimientos y distintos ritmos de trabajo, por lo que el tiempo que le lleva a una de ellas fabricar una camisa, no es el mismo que para la otra. Sus destrezas o habilidades no son homogéneas, como tampoco el tiempo destinado a trabajar. Entonces, pagar por hora genera una desventaja para las que son más rápidas, y cierto sobre-reconocimiento del trabajo hacia las que son más lentas. Funcionaría en una fábrica con tareas y habilidades estandarizadas, en términos teóricos.

La tercera forma en que aparece el precio es en términos de eficiencia si se quiere, o de productividad. A mayor capacidad productiva, mayor pago. Esta idea es más propia de los trabajos profesionales, donde se paga por las habilidades incorporadas en el trabajo, la noción implícita de horas de capacitación/ formación incorporadas en la actividad realizada. En este caso, Graciela con su título de corte y confección es la que más sabe, pero también es la costurera del barrio, por ende, es la más rápida para coser del grupo (habilidades genéricas de costurera incorporadas). Todas las mujeres tienen algún conocimiento de costura, hay cosas básicas que resuelven ellas por su cuenta, e incluso, pueden prestar servicios a los demás, como es el caso de Griselda, que con sus conocimientos arreglaba cierres y ruedos. Hay un elemento extra que es el trabajo de enseñanza, que no aparece monetariamente remunerado, a pesar de ser simbólica y prácticamente (en la confección de las prendas) reconocido.

---

<sup>57</sup> Como: Mankiw (2009), o Mochón Morcillo y Beker (2008).

Por ello, es preciso delimitar algunas cuestiones, cuando hablamos del trabajo contenido en la producción, o cualquier otro tipo de servicio considerado en abstracto, hay una deuda que el salario no sutura, que es la deuda de vida, el/la trabajador/a lo que entrega además de sus habilidades o sus recursos (en términos de la teoría económica), es su tiempo de vida, ese tiempo de vida no es conmensurable realmente, puede aproximarse a partir de ciertos parámetros de cálculo que no son naturales. Ahora bien, en este caso, las mujeres no reciben un salario, y todo lo que ello implicaría en términos sociales tal como señala Castel (1997). Ellas reciben un precio establecido que no está bajo su control, en el caso de la licitación del municipio y de la relación con Gustavo, mientras que pueden negociarlo con la señora que trae el trabajo a la casa de Graciela. Eso no les impide esbozar una serie de argumentos para dar cuenta de cuál creen que sería la medida justa del valor de su trabajo frente a sus compañeras, y lo ponen en diálogo con lo que plantea el saber experto de la contadora del programa (quien sintetiza dos lógicas, la del saber “económico” y la de la burocracia estatal). Ellas no están midiendo cuánto vale lo que hacen en términos abstractos, como quizás si buscaban definir las mujeres que participaban de la feria en la primera parte de esta tesis, sino que ponen en discusión el precio de su saber hacer.

La solución que a ellas les parece justa, es comenzar a calcular cuánto deberían pagar por cada parte del trabajo involucrado en la producción de prendas de vestir, lo que implica una cierta racionalización del proceso productivo, en tanto miden y estandarizan cada fase de la confección de prendas. Pero ese cálculo también involucra tiempo de trabajo, cuando hay un pedido por entregar, compite con las otras actividades y no les permite llevar un registro detallado (incluso cuando lo que tienen que establecer son las horas de trabajo). Una forma de resolverlo les parece que sería explicitar el tiempo que involucra realizar cada actividad, aunque considero que más que una medida calculada en unidades de tiempo, hacen una aproximación entre el grado de dificultad y el tiempo. Esta incorporación, aparente de una noción de cálculo por parte de las mujeres de sectores populares me permite pensar en la performatividad de la economía como disciplina, con la mediación de las políticas públicas, y las personas y técnicos que las llevan adelante, tanto como la existencia de cálculos, que por más que no respondan a un Excel particular, implican un análisis de la situación. Callon parte de la definición de mercado de Guesnerie donde este: *“opone compradores y vendedores, y los precios que resuelven este conflicto son el insumo (input) pero también, en un sentido, el resultado (outcome) de los cálculos económicos de los agentes”* (Callon M. , 2008, pág. 13). Esta definición presupone un agente calculador, que el autor denominará agencias calculadoras y permiten arribar a un compromiso aceptable que adopta la forma de contrato o precio, sin utilizar la violencia física (la idea subyacente es que el mercado permite una organización “libre” de violencia, podemos pensar que organiza la violencia en otro sentido también). De aquí deriva la pregunta central para la existencia de un

intercambio bajo la forma de mercado de la economía sobre ¿qué es una agencia calculadora?

Descartando las explicaciones de la teoría del consumidor, por su individualismo metodológico, como también las de las teorías culturalistas, señala el autor que *“si los agentes pueden calcular sus decisiones, más allá del grado de incertidumbre que conlleva el futuro, es porque están enredados en una maraña de relaciones y conexiones; no están abiertos al mundo porque ellos contienen el mundo”* (Callon M. , 2008, pág. 18). Ahora bien, qué mundo es el que se contiene. Siguiendo a este autor, el rol de las ciencias económicas es el de formatear agencias económicas, es decir transformarlas en agencias calculadoras. En la experiencia de estas mujeres, aparece la necesidad de calcular el tiempo de trabajo, para poder ponerle un precio a su propio trabajo. Esto no sucede en un vacío social, ni exclusivamente en el marco de un asesoramiento de una política pública.

Aparece una delimitación de las formas de funcionamiento posibles para la cooperativa a partir de la formación en cuestiones relativas. Otra delimitación la da la contadora, que les sugiere la mejor forma de resolver la distribución a partir de las horas trabajadas, convergiendo por un lado su autoridad profesional (contadora) y su rol de referente del programa “Ellas Hacen”. Son diversos dispositivos operando en simultáneo, junto con la capacidad de agencia de las mujeres, que facilita los desbordes de esos mecanismos, o bien, la resignificación desde sus mismas prácticas.

El cálculo de las horas trabajadas por las mujeres se materializa en un cuaderno de registración. Sin embargo, se va transformando en una experimentación sobre cuánto tiempo está involucrado en cada uno de los procesos en los cuales se divide la confección. Hay una práctica que se va conociendo, y “midiendo” en el mismo hacer. En un primer momento, esta exigencia del cálculo viene del programa, del ser cooperativas, donde se enfrentan a organizarse en un grupo de mujeres donde no todas se conocían de antes, que además hacían otro tipo de actividades, pero deben presentar balances contables al mismo Estado (otra jurisdicción) que les permita conocer el funcionamiento de esta unidad productiva (en un lenguaje contable, que las mujeres no manejan). En términos foucaultianos esto podría ser pensado como una instancia, de entre muchas otras, que permitiría el disciplinamiento de comportamientos y decisiones, sin constituirse en un proceso mecánico e irreversible. Todo lo contrario. *“Debido a su plasticidad y su posición como mediadoras permiten en forma simultánea que este formateo sea reconfigurado”* (Callon M. , 2008, pág. 38).

Recapitulando, tenemos una lógica de cálculo particular, aunada a la posibilidad de establecer una venta. Esta lógica de cálculo no aparece como algo “natural” a la actividad productiva de las mujeres, es favorecida por un programa específico y el saber “técnico” que de allí se “transfiere” a las mujeres vía cursos de formación, y vía asistencia “técnica”. El razonamiento de las mujeres conlleva una lógica en términos económicos, con la idea de justicia que también baña a las ciencias económicas. Pero esa

“racionalidad” se mezcla con lo cotidiano de las mujeres, con lo que implican las relaciones que se entrecruzan en la producción, con el ser madre para ellas, con los hijos de Graciela circulando en el espacio de la casa donde funciona el taller, Ramona yendo y viniendo con la feria de ciencia de su hijo, mientras intentan establecer una contabilización de los cortes. Es decir, el cálculo incorpora esos tiempos dedicados a distintas formas de cuidados y relaciones, por más que no midan en horas, minutos o segundos.

Callon hará hincapié en que las tecno-ciencias serán las encargadas de multiplicar las conexiones inesperadas, generando desbordes constantes, lo que vuelve complejo de aprehender los remarcados emergentes. Es decir, las configuraciones que van sucediendo y que no eran necesariamente previsibles en un momento dado. El programa buscaba a priori que se organicen las mujeres generando una producción relativamente eficiente para que posteriormente no necesiten más del programa, y generen ingresos suficientes del mercado. Las formas mismas en que se implementa esta idea, propician que el Estado se convierta en uno de los mercados que más ingresos genera a las mujeres. No sólo les otorga una erogación por parte del programa en su nivel nacional, sino que, en su versión municipal, le dice qué producir, cuánto y a qué precio venderlo. El precio del trabajo para Graciela e Ramona es dependiente del cálculo que realizan, generando un valor diferencia respecto al de sus compañeras, del precio al que logran vender lo que producen cuando pueden negociar uno a uno, y de las posibilidades de ventas que el Estado genera (ferias, licitaciones).

### **Hacer remeras para Gustavo**

El segundo proceso tiene que ver con la transformación que vive el programa, y la oportunidad que se les presenta con la recomendación del señor que repara las máquinas a su yerno, incorporándolas a Graciela y a Ramona como un eslabón de confección, en un proceso productivo llevado adelante en varios espacios físicos, conectados por Gustavo.

El momento en que comienzan a trabajar con Gustavo es un hito en su experiencia, pero mientras esta transición ocurría aparecieron diferentes inconvenientes. El primero es que ellas continuaban siendo parte del “Ellas Hacen”, transformado en “Hacemos Futuro”. Al no haber control sobre el proceso de trabajo, ni ventas aseguradas, las mujeres que no tenían como actividad anterior la costura y/o que tenían otras ocupaciones, comenzaron a abandonar el espacio de trabajo. Ramona se sentía obligada a participar como parte de sus tareas por recibir el dinero del programa, entonces sostuvo la asistencia. Graciela e Ramona habían comenzado a llevarse bien para trabajar, a compartir criterios. Graciela era la que sabía, Ramona la que manejaba la plata.

Ese desplazamiento de la forma de organizarse, generó un gris en la situación con la cooperativa. Ellas tenían que dejar que sus compañeras usaran las máquinas, compartir el trabajo, pero éstas aparecían cuando querían. La estrategia que usaron fue establecer

de una manera más rígida las formas de 'reconocimiento' del trabajo, pagándoles sumas fijas por sus actividades, en los casos que venían para trabajar. Es decir, se convirtieron en quienes "mandaban" en ese espacio. Queda inconcluso si realmente aparecían muchas veces a hacer lo suyo, pero el espacio en principio, desde la mirada de ellas estaba abierto hacia sus compañeras. Esto también implicó un cambio en la perspectiva del comportamiento esperado de sus compañeras, Graciela en un principio se quejaba que sólo participaban cuando había trabajo, en parte dando cuenta de su esfuerzo de enseñanza que quedaba un poco trunco por esta situación, pero cuando dejan de tener un control por parte del programa durante la transición, que coincide con el momento donde comienzan a trabajar con Gustavo, ella comienza a sentirse incómoda con esa participación, ya no es una obligación del programa, pero quedan estructuradas en la figura legal de una cooperativa, donde todas son legalmente responsables de las máquinas, pero de hecho, las que se hacen responsables de su mantenimiento y su integridad son Graciela e Ramona. Más allá de la percepción de ellas, es relevante como los grises de la propiedad generada por el programa, pero sobre todo por quienes implementaron el proceso de inscripción de las cooperativas, el otorgamiento de las máquinas sin la certeza de la propiedad, y especialmente, quienes diseñaron cooperativas al azar.

Por otro lado, aparece una lógica de previsión con el tipo de ingresos generado por el trabajo con Gustavo. En términos de Zelizer (2011), hay una separación de este dinero, que es utilizado para inversiones en la casa, y la compra de cosas para lxs hijxs. Uno de los momentos que me permite entender esto es cuando Gustavo no les paga al retirar el trabajo, y tuvieron que acelerar los tiempos de costura, porque se habían quedado sin dinero y se venía el fin de semana. Esta situación, más la descripción que hacen de sus maridos, da cuenta de que hay una separación sobre lo que paga la mujer en la casa, que está más relacionado con los gastos del día a día de lxs hijxs, mientras que el dinero de quien trabaja afuera, es 'dado' a la mujer, para que administre para la comida. Los gastos de las casas son negociados, ya sea el techo de la galería, donde Graciela establece un apriete a su marido para que le haga las cosas de la casa, o Ramona que decide 'endeudarse' para comprar su juego de living, y luego va comprando los ladrillos para separarse de la casa de su hermano.

El ingreso regular que les permite el trabajo con Gustavo, hace que se desplacen los problemas desde la distribución o el valor del trabajo, ya que ambas separan el dinero a la mitad de lo que ganan, y distribuyeron el proceso de costura de forma tal que sientan que trabajaban igual, hacia la necesidad de incorporar nuevas máquinas, la delimitación del uso de las máquinas que eran de la cooperativa, pero que ahora ellas las gestionan y mantienen, y los usos que pueden hacer de ese dinero.

A su vez, implicó mejorar la técnica de costura industrial, que también les permitió diversificar lo que hacían, incorporando las remeras bordadas, tanto como continuar con las otras actividades que envuelven su trabajo, como acompañar a lxs hijxs en la

escuela, atender el quiosco en el caso de Graciela, resolver las cosas de costura que le llevan. También se da una valoración distintiva en Ramona particularmente, a quien le costaba cobrar lo que le cosía para la familia, pero quien de pronto y con la influencia de Graciela, comenzó a no entregar las prendas a su familia si no le pagaban por su trabajo.

Estas re-configuraciones de las relaciones, y sus condiciones de posibilidad ponen en juego muchos elementos, desde las personalidades de cada una de ellas, que les permitió trabajar juntas, la afinidad sobre lo que querían en cuanto a sus historias de carencias, y la necesidad de establecerse y darles otras formas de vida a sus hijos. Pero también la posibilidad del ingreso estable del programa, el salir de la casa para conocer y conectarse con otras mujeres y otras situaciones, poder tener un título, y el reconocimiento que tiene para las pares. Todo esto señala la particularidad de la experiencia de Graciela e Ramona.

### **El valor de coser, entre el precio y el significado de las acciones**

Inicialmente, las discusiones sobre el valor arrancaron desde la pregunta sobre lo que el valor es, que fue lo que movilizó la teoría económica, y en parte las respuestas que desde la antropología económica se fueron ensayando en diálogo con esa teoría. Hace unos años, emergen como un campo específico los estudios de las valoraciones, que se preguntan más bien cómo funcionan los procesos para establecer el valor, es decir, si asumimos que el mercado perfecto no existe, cómo se definen entonces los precios. Marion Fourcade aborda específicamente la cuestión de establecer un valor monetario a aquello que es intangible, como la naturaleza en las sociedades occidentales, esto es, lo que no fue pensado para una circulación mercantil (Luzzi, 2018), como por ejemplo los desastres naturales, que sin embargo encuentran una forma de valoración monetaria, que podríamos denominar como un precio del desastre natural. Para llegar a comprender cómo tiene lugar este fenómeno monetario ella propone una sociología de la valuación monetaria, que abordaría tres problemas:

el “por qué”, que se refiere al lugar general de la moneda como medida de valor; el “cómo”, que se refiere a las técnicas y argumentos específicos que legos y expertos despliegan para obtener traducciones monetarias; y el “entonces qué”, que se refiere a cómo repercuten las valuaciones monetarias en las prácticas y representaciones sociales (Fourcade , 2016, pág. 68)

En este trabajo en particular no vamos a ahondar en una teoría general de la moneda, pero si debo marcar una distinción, en tono con lo que plantea Fourcade. Zelizer (2011) sostiene que las ciencias económicas parten de la idea de que las funciones y características del dinero se definen en términos estrictamente económicos, consideran además que toda forma de dinero es igual en la sociedad moderna, como que también existe una dicotomía entre el dinero y los valores no pecuniarios. También la teoría social ha establecido que los intereses monetarios aumentan constantemente

cuantificando y corrompiendo distintas áreas de la vida, se llega a hablar de la mercantilización de la vida.

Pero el dinero no es ni culturalmente neutral ni socialmente anónimo. Puede sin duda “corromper” valores y transformar en números los vínculos sociales, pero los valores y las relaciones sociales a su vez transmutan el dinero al investirlo de un significado y pautas sociales (Zelizer, 2011, pág. 34).

En base a este último postulado, estabilizaremos que el lugar de la moneda para este trabajo, estará dado como una institución que genera efectos, por un lado, de valuación (en términos económicos) en contextos populares, y por el otro, de distintas sociabilizaciones emergentes. No me voy a detener en su análisis específico, pero irá apareciendo. En lo que si voy a detenerme es en el cómo, esto es en los argumentos que se despliegan para establecer el valor del trabajo en este caso, que no van a estar asentados en los legos, o expertos, sino más bien en el diálogo que permite lo popular a través de las mediaciones que se suceden. Este diálogo entre los saberes “expertos” y los “nativos” a su vez me permite analizar las prácticas y sus estructuraciones emergentes (en entonces qué de la autora).

El trabajo en el barrio en principio partió de la idea de que no existe este homo economicus de la teoría económica en las prácticas de manera completa (Callon, Bourdieu, Graeber), a pesar de las intervenciones que se generan para su construcción. Esta construcción lógica de lo que el hombre<sup>58</sup> es para la economía, permite considerar que puede ordenar sus preferencias y actuar en consecuencia, por lo que el precio sería la medida del valor de las cosas, especialmente de las mercancías como de los factores productivos, incluido el trabajo. Para la economía, el precio del trabajo se inserta en los sistemas de mercado, donde ese dato, equilibra las preferencias individuales y los presupuestos (ingresos, o dinero disponible) de los demandantes, con las funciones de producción y de costos de las empresas productoras. Esto no es otra cosa que equilibrar la maximización de la utilidad y maximizar la relación costos-beneficios. Esta explicación emerge de un modelo lógico. En este sentido, el valor, idéntico a su precio, daría cuenta del grado en que los objetos o los factores productivos son deseados (Graeber, 2018). La posición que permite hacer esta afirmación tiene que ver con la hybris del punto cero (Castro-Gomez & Grosfoguel, 2007), esto es hablar desde un afuera de lo social, muy próxima a esta idealización de las ciencias naturales y su objetividad que permea los modelos matemáticos que acompañan la economía hegemónica (como disciplina). Sin embargo, en las ciencias sociales nuestros “*objetos de estudios*” hablan, pueden dar cuenta del mundo que habitan. Tal como lo señalan Bourdieu, Chamboredon y Passeron, “*quizás la maldición de las ciencias del hombre sea la de ocuparse de un objeto que habla*” (2002, pág. 63).

---

<sup>58</sup> No hay lugar para la mujer y su particular construcción social de género en esta disciplina, como tampoco de otras identidades.

La etnografía contiene algunas respuestas, pues como enfoque permite comprender los fenómenos sociales desde la visión misma de los actores, sin necesariamente hacer una sociología espontánea. Señala Guber, el enfoque etnográfico no busca reproducirse con paradigmas pre-establecidos, sino más bien vincular la teoría con la investigación, de esta manera propiciar nuevos descubrimientos (Guber, 2011). En este sentido es que en esta relación que se da en el barrio, la que me permite indagar en el precio desde la experiencia de las mujeres, pero también, incorporando los presupuestos de las teorías que encarno en el barrio, con los matices propios del estar ahí, y la trayectoria particular que tengo. En este abordaje del diálogo con las mujeres, entiendo que a pesar de “racionalizar” su proceso productivo buscando que el valor de su trabajo sea reconocido por sus propias compañeras, mientras pueden continuar siendo madres, manteniendo los vínculos familiares y de amistad. Aquí esta secuencia de acciones cobra valor para ellas a partir del ir haciendo, ir poniendo en discusión sus trabajos, tanto como resolviendo los problemas que se presentan.

La totalidad en la que se inserta el valor en disputa del trabajo de las mujeres, no emerge de un modelo lógico, tiene que ver con sus nociones de justicia, de lo que “corresponde” de acuerdo a su disposición social. Sin embargo, habilita que pensemos lo que se pone en juego cuando las mujeres problematizan sobre el precio que tiene su trabajo, o bien cómo se distribuye lo ganado, y cómo eso se articula con diferentes teorías, o regímenes de saber. Los elementos de análisis son varios, pero en una primera esquematización podemos hablar de elementos como la teoría económica, del Estado, de las relaciones familiares y la división sexual del trabajo como estructura, tanto como de la interacción que se da entre estos procesos y las cadenas de producción de mercancías, específicamente textiles.

La teoría económica en sus diferentes vertientes y encarnaciones dentro del barrio toma forma en el rol de la investigadora que intenta comprender las prácticas económicas de las mujeres de barrios particulares, y escribe, como el de la contadora del programa, que les explica cómo deben resolver la distribución del dinero. El Estado en forma de política pública con el programa Ellas Hacen, organiza la producción para la venta de las mujeres en tanto les exige que se organicen en forma de cooperativas, se capaciten y produzcan. Pero también este estado es un comprador dentro del proceso productivo, vía las licitaciones públicas, esquema que trasciende ampliamente a la teoría económica y sus mercados libres.

Las relaciones familiares que atraviesan el espacio de la producción de valor, tanto como el tiempo de trabajo, como la familia de Graciela, las actividades que hace Ramona para la feria de ciencia de su hijo, el hijo de Graciela “agarrando” el trabajo que compromete a ella y sus compañeras de la cooperativa. En esas relaciones específicas se cuele la estructura estructurante de la división sexual del trabajo, por el tipo de trabajo que realizan (el de cuidado, y el textil) y la significación que tiene para ellas (que lo enuncio, pero será desarrollado en otro texto). No es aleatorio que en los recuerdos de

carencia de sus infancias aparezcan la muda de ropa, el calzado, y en la actualidad, se aseguran la muda a partir de su quehacer, pero que además el dinero obtenido por esa venta es usado para comprar zapatillas, o zapatos.

El problema del precio, da cuenta de las relaciones productivas que ocurren en lo que podemos denominar la economía popular, en particular, la práctica de costura de las mujeres, oficio aprendido en un principio para las tareas domésticas (la mayoría tenía conocimientos básicos de costura), se articula con una producción que tiene otra circulación, incentivada por el Programa “Ellas Hacen”, y otras acciones estatales (la organización de ferias, las licitaciones). De las que podemos dar cuenta aquí, un destino es el municipio y sus trabajadores (en el caso de los uniformes de grafa), donde el proceso productivo es “blanqueado” a partir del pedido de facturas prestadas a otras cooperativas que estén en regla. Otro, es con Gustavo que fraccionó el proceso productivo, introduciendo así el trabajo de las mujeres, y su valorización, en una cadena de producción informal de prendas textiles. Relación que comenzó para Graciela e Ramona en 2017, se profundizó durante el 2018, y ya se consolidó en el 2019, donde comenzaron a coser para otra persona, cuestión que veremos en la parte tres. En este esquema, hay un taller que se encarga del estampado y el corte de las prendas, luego ingresan las mujeres a coser, para después entregar el producto terminado en cuanto a lo textil. Otro destino, son lxs mismos vecinxs quienes se acercan a hacer pedidos a Graciela, por ser la costurera del barrio.

Todas estas dimensiones se conjugan a la hora de definir el precio del trabajo de las mujeres, y el valor emergente del mismo. La articulación de éstas se manifiesta en las expectativas de cobro de cada una de las integrantes, como en la búsqueda de alternativas para la definición de la distribución, y el valor de su trabajo.

¿Por qué valen las prácticas de coser?

En este capítulo presenté dos procesos que se corresponden con algunas de las prácticas económicas de las mujeres que integran “Progresando Juntas”. El objetivo fue poder esbozar la forma en que se problematiza el precio del trabajo para las mujeres en el barrio desde las lógicas de ellas, pero en diálogo con las económicas. De esta manera, logré indagar en el cálculo que realizan las mujeres en su interacción una representante del programa Ellas Hacen, entre ellas y conmigo. Nociones de saber, enseñanza, precio, cálculo, se ponen en juego en espacios de la economía popular, con sus particularidades. El cálculo, que busca delinear una forma de trabajo “racional” para Graciela e Ramona, involucra de modo silencioso el cuidado de los hijos, el ser mujer en un barrio, el ser hermana, el espacio doméstico, históricamente antagónico respecto de la producción.

El precio emergente de ese cálculo, no es una mera medida de valor, sino la expresión de relaciones sociales encarnadas. Ya no es un cálculo racional matemático sobre costos cuantificables, sino más bien una puja por lo justo. La economía como disciplina podría ser pensada como performando a secas la economía política, pero resulta en

este caso imperfecta y mediada por subjetivaciones, prácticas e instituciones, donde los efectos probablemente sean lejanos a los esperados, pero además inconmensurables.

El por qué vale, tiene que ver con los argumentos que ellas van desplegando que le dan una justificación a lo que hacen, le dan sentido. Además de eso, aparece un destino de su idea de progreso, o de avanzar, y tiene que ver con hacer cosas en la casa, que a su vez implica la separación del dinero y donde tener un marido colabora en este espacio de producción de la casa (la galería, el techo, poner el piso), ellas no se están conformando con un cálculo para producir más para consumir más en términos individuales (o incrementar su utilidad), sino que la casa se construye paradójicamente como el destino natural de su “progreso” y sus hijxs como quienes pueden tener una mejor vida que ellas. Aparece una estructura central en la división sexual del trabajo, y el rol de las mujeres como cuidadoras, especialmente en el rol de quedarse en la casa, cuestión que volveremos a ver en los capítulos siguientes.

## Capítulo 5 - Entre la Mesa de Gestión, el partido y las manualidades. Las prácticas de trabajar con la política

Mientras profundizaba la búsqueda por un problema de investigación esporádicamente participaba en la mesa de gestión. Allí pude observar cómo Jéssica se fue transformando en una de las referentes de ese espacio en el barrio. En ArteSano se había presentado diciendo que hacía de todo pero que *“a mí me gusta hacer, pero no vender”*, esta oración sintetiza el problema de investigación que encontré tiempo después. Además, fueron haciéndose visibles otras relaciones que atravesaban las prácticas del hacer en los espacios de charla con las mujeres, ella contaba por ejemplo que su marido le había pedido que no trabajara más, porque la notaba muy cansada. Él era albañil y la podía mantener, le había dicho, mientras que ella debía estar en la casa pendiente de sus hijos. La oportunidad que le dio Diógenes al ofrecerle cuidar el CPC y mantenerlo limpio, le permitió estar cerca de su casa, era un trabajo tranquilo y no tenía que andar por la calle, además le daba tiempo para hacer manualidades, especialmente peluches, y algunas otras cosas, que iba experimentando a partir de verlas en Facebook o en alguna revista. Anteriormente, había trabajado en Resistencia, vendiendo cosas, y el ritmo de trabajo le había resultado extenuante.

Jéssica siempre fue una de las mujeres del barrio que más sentimientos encontrados me generaba, eso implicó que el vínculo sea cambiante y por momentos distante. Realizó diferentes actividades durante el tiempo del trabajo de campo, desde talleres de manualidades con lxs más chicxs, gestionar una máquina de coser para ella, hacer carteras, participar de las ferias de la provincia, pedir materiales a las personas de la universidad para hacer sus manualidades, hasta gestionar el cambio de sus actividades por el pago de la beca en el Ministerio de Desarrollo Social de Corrientes. Sus prácticas fueron desplazándose, su forma de presentarse también, dando cuenta de lo dinámico de la vida en el barrio, y de cómo las múltiples facetas de una persona se van poniendo en juego. En este capítulo, profundizaré la descripción de las prácticas de Jéssica, como una de las mujeres del barrio, pensando el marco en el cual estas prácticas se configuran, dando especial atención a los procesos que se manifiestan y las derivaciones que dan cuenta del valor de su trabajo, de su hacer.

### Del gusto por el hacer al trabajar con la política

Para relatar esta complejidad, decidí hacer un entrelazamiento entre las notas de campo de las diferentes reuniones y eventos de la Mesa de Gestión, desde el 2016 hasta febrero del 2018, con la charla en profundidad que tuvimos en ese último año. Al momento de concertar la entrevista le escribí por wsp preguntándole si tenía un tiempito, porque quería charlar en el marco de la investigación que venía llevando adelante. Ella quería saber qué era lo que necesitaba, qué estaba haciendo. Di una respuesta políticamente correcta por wsp, pero volví a reiterarla en el encuentro del 28 de febrero. Comencé contándole que estaba investigando sobre las mujeres del barrio y lo que

hacían, pensaba que el trabajo era mucho más que el realizado en una empresa, y que las mujeres siempre somos las que paramos la olla, lo que yo quería indagar era cómo lo hacíamos. Lo de empresa, no hizo ningún eco en ella, pero lo de las mujeres parando la olla lo afirmó con la cabeza. Le pedí para grabar y comenzó la charla. Dos cuestiones se pusieron de manifiesto en ese momento. Por un lado, qué estaban entendiendo al decirles que estoy investigando, y qué dimensiones le cargo yo a eso. Por el otro, qué efecto tiene este ser escuchadas y grabadas en Jéssica particularmente, pero también en Graciela, Ramona y Julia.

Jéssica tiene tres hijos, y un marido que hace changas de albañilería. Andaba cerca de los 36 años en 2018. Con su marido se conocieron en el barrio, eran amigos desde los 10 más o menos. Ella salía con el hermano mayor de él y quedó embarazada a los 19 años, momento en el que no sabía cómo salir adelante, porque el padre de la criatura le decía que aborte y la señora donde trabajaba que lo tuviera. Esa señora le daba buenos consejos me explicaba, y ella siempre los agarraba. *'Es como todos dicen, te enamoras y perdés noción a veces'*, lo que se tradujo en no cuidarse. Ella no se arrepiente de su hijo, quien en ese momento tenía 14 años.

Para no cruzarse con el padre de su hijo se fue a Buenos Aires, pero antes de que cumpla un año el bebé, volvió. Este muchacho se había juntado con otra y nunca más volvió a Corrientes. Jéssica, a su regreso fue al cumpleaños de su primo, donde se encontró con el tío del bebé, quien también había regresado de viaje. Esa misma noche se fueron al baile, y se pusieron de novios hasta el día de hoy, casi 14 años después. Nunca han tenido una discusión, cuando tienen un problema se sientan y esperan a que se duerman las criaturas, y ahí hablan. Ella se siente acompañada. Muchos no le creen, me explicaba, porque en las parejas actuales se pelea mucho, hay separaciones, pero ella no cree que fuera a pasarles eso.

No pudo terminar sus estudios (la escuela secundaria), pero tampoco le gustaba mucho, ella prefería trabajar antes que estudiar. Nació en el barrio, y vivió hasta los 8 años ahí, cuando les 'salió' una vivienda a su familia. La mamá y el papá aún están juntos. Su padre era albañil, pero cuando no tenía trabajo salía a vender verduras, o cualquier cosa, y ella y sus hermanos lo acompañaban, así fueron aprendiendo. Ambos padres vienen del interior de Corrientes, y le han contado varias veces cómo se conocieron, pero Jéssica no recordaba. Desde chiquita la ayudó a su mamá en las casas donde hacía la limpieza. Limpiaban una casa chiquita, describió a la señora como de *'más alta calidad que nosotros'*. A los 12 años, comenzó a cuidar a un nenito. Siendo más grandecita, recordaba, que cuando terminaba su trabajo se iba a 'vagar' al barrio. Se quedaba en la casa de su tía, o en la de algún pariente, especialmente los sábados y domingos. Cuando comenzó a trabajar cama adentro, salía los viernes y se quedaba directamente en el barrio hasta el domingo, cuando regresaba al trabajo.

Estaba haciendo peluches en su casa cuando tenía tiempo libre, me contaba. En general, cosía en el comedor mientras sus hijos jugaban cerca de ella, y mate de por

medio iban tomando forma los peluches. La costura la hacía a mano, porque tenía la máquina de coser familiar, 'la que cose recto', me explicaba, pero le faltaba la industrial. Había pedido por una nota hace tres años al Ministerio de Desarrollo Social que le dieran la overlock (la máquina de coser industrial), que ella podía manejarla, pero aún no le había salido. Cuando fue a averiguar le dijeron que tenía que entrar como un proyecto de 10 personas que fueran a trabajar asociadamente. Ella trabajaba sola, a veces venía su hermana a coser, pero no estaba muy fascinada con la actividad, agarraba y procuraba hacer, pero no lo tomaba en serio, apuntaba Jéssica.

Esta hermana, Florencia, es la que tuvo un episodio de violencia de género, me contó, como asumiendo que sabía lo que había pasado. Su primer novio, vivía en el barrio y le pegaba, se dejó con él. El segundo, era del Chaco, también la maltrataba, y se dejó. El tercero, con quien tuvo un varoncito, estaba preso, cuando salió la tuvo encerrada en la casa. En una oportunidad, Jéssica sintió que tenía que verla a su hermana, se fue a buscarla, pero no conocía la casa donde vivían y era un barrio muy peligroso, el Ocupas. Vio a lo lejos a la hermana del novio, y le preguntó por la casa, ésta le señaló desde lejos donde quedaba. Nadie se quería acercar a la casa. Jéssica golpeaba la puerta, y no obtenía respuesta, hasta que escuchó a su sobrino llorar. No lograba abrir la puerta por las buenas, así que *'le encajó una patada a la puerta'*, no le importaba nada en ese momento. Entró y vio a su sobrino amarrado, su hermana atada a la cama, amordazada. Empezó a hacer *'desastre'* en la casa, agarró a su sobrino, y le dijo a la hermana: *"si querés quedarte, quedate, ellos no se van a quedar"*; *"me van a matar a mí, pero a ellos no le van a hacer nada"*, y salió con miedo. Lo llevó a su casa al sobrino y de ahí se fueron a la comisaría, le mostraron las marcas del nenito. Aún hoy no han encontrado al exnovio de la hermana que les hizo esto, pero ella se siente satisfecha de haberles sacado de ahí.

Costó, me decía, porque ella no quería dejarlo, tenía miedo. Jéssica no comprendía porqué se metía con ese tipo de hombres. Ellas se habían criado en la calle, salían a vender desde chicas, no les había faltado nada, nunca habían necesitado que un hombre esté al lado de para poder comer. Cuando chicas, salían a vender verduras, trapos de piso, y su hermana aprendió de eso, siempre se la supo *'rebuscar'*, ella iba a hacer bollitos, tortas fritas, algo iba a hacer para salir adelante, me explicaba.

Para Jéssica era importante trabajar porque no podía estar todo el día en su casa, al menos medio día tenía que salir a trabajar. Si ya estaba todo limpio en la casa, no iría a ensuciar para volver a ocuparse, para estar en movimiento necesitaba hacer algo. Cuando no trabajó, se enfermó. Durante dos años no lo hizo y era complicado no tener cómo ayudar a su marido. Había veces que él no tenía trabajo y ella sentía que hacer nada no era una posibilidad. Desde siempre salió con su mamá a vender en la calle, por eso le decía a Lorena, me contaba, que había muchas personas que: *"se levantan, tienen un vaso de cocido, un pan y ya... ya están contentos"*, pero hay otras personas que no tienen, y eso es lo que la movilizaba para hacer el merendero, que ella con ver

a los chicos felices con su vaso de leche, se sentía feliz, eso le hacía bien<sup>59</sup>. A ella siempre le gustó dar lo poco que tenía, me contaba, darle a los que no tenían nada.

Le pregunté cómo seguía el taller que ella había comenzado a dictar, del cual me había enviado una foto que aparecía en el segundo capítulo, y me contaba que muchas chicas estaban interesadas en seguir con el taller, pero que estaba cansada porque no había recibido apoyo, no había contado con los recursos, no tenía algo para ofrecerles a las que iban. En ese momento, Lorena le decía que presente un proyecto para hacer un taller por el mismo pago de la beca. Pero a Jéssica hacer el taller y la limpieza por la misma plata, no le parecía justo, eso era algo que ella había aprendido en ese tiempo, su hermana le decía: *"lo que pasa es que te despertaste, antes te jugaban todo... vos eras la tonta... me dice... a vos si te llamaban y vos te ibas... vos dejabas de hacer lo que estabas haciendo y te ibas, ahora no...."*.

Ella quería estudiar ese año, su marido la apoyaba, ya que sus hijos estaban en la escuela, podría tener ese tiempo para estudiar computación, algo que había hecho cuando pequeña, pero no recordaba. El fin de estudiar computación era entender y tener su proyecto, ya que le gustan las manualidades, ella aprende rápido, pero *"ahora que todo es computadoras, todo es teléfonos, mirar y ver ahí cómo se puede... salir adelante"*, eso me explicaba ella. El proyecto, más que referir a cómo hacer un proyecto, o tener un proyecto de vida, tenía que ver con poder presentar en Desarrollo Social un proyecto para dictar un taller periódicamente. Luego continuó explicándome que ella consideraba que sabía hacer muchas cosas, pero que no tenía un título, que le permitiera mostrar que sabe.

### **Trabajar con la política**

Ella se relacionaba con el CPC a través de una beca de la Secretaría de Derechos Humanos, dependiente del Ministerio de Desarrollo Social de la Provincia, institución responsable legalmente del centro, que la obligaba en un principio a prestar servicios de limpieza, y luego se transformó en la "encargada" del espacio para este organismo<sup>60</sup>. Cuando la entrevisté la veía más cabizbaja que de costumbre, me comentó que era porque no la estaba pasando bien, que comenzaría a trabajar sólo por las mañanas, *"ya me retiro, sí... No me dejan que deje, quería dejar, pero si dejo de golpe, yo digo que me voy a enfermar"*. Ella se hacía muy responsable del CPC por eso iría abandonando. Agregaba que cuando ella no estaba, no se hacía nada. Tratando de comprender qué era esto de que no se hacía, le pregunté si refería a la limpieza, la apertura, la atención de los profes, o a qué específicamente. Sin darme mucho detalle, me dice que era por todo.

Había accedido a la beca a partir de 'ser vista' por el actual Secretario de Derechos Humanos de la Provincia limpiando el CPC en el 2014. En sus palabras: *'yo estaba acá limpiando el vidrio, todos los días le ayudaba a Gutiérrez y eso a limpiar, y un día así de*

---

<sup>59</sup> Estas relaciones de temas las realiza ella durante la charla.

<sup>60</sup> Hasta marzo del 2020 al menos.

*prepo llegó Diógenes y Mezano, y me vio a mí y me dice, ¿qué estás haciendo? Y Estoy limpiando. Me dice, ¿te gustaría trabajar? La verdad es que sí. Me gustaría trabajar.'* Diógenes le dijo que pasara por su oficina la semana siguiente, para lo que tuvo que averiguar dónde quedaba pues no tenía idea. Allí le ofreció la beca, lo que vio como una posibilidad. Desde que comencé a hablar con Jérica me decía y lo hacía también en la Mesa de Gestión, que quería dejar la beca, primero por problemas con la encargada de la biblioteca del CPC, Morena, luego por el desgaste que le significaba el trabajo. En una de las charlas de ArteSano, Jérica le contó a Julia que ella era parte del programa Promotores Sociales, y que cada vez que la llamaban desde la Secretaría de Desarrollo Humano ella tenía que ir, haciendo referencia al poco tiempo que disponía (2016).

Para inicios del 2018 Jérica pidió que le dieran otra cosa, otra posibilidad, propuso que le hicieran un convenio, que la blanquearan para poder tener una obra social. Pero le dijeron que no tenían otra cosa. O tomaba o dejaba. Quiso dejar frente a esa situación, me decía, pero tampoco pudo porque era la única de confianza que tenían desde Desarrollo Humano. Se veía a sí misma como quien peleaba para que cuidaran el lugar, para que no rompieran todo. Reconoció de igual manera que había cambiado un poco la situación en ese año: menos conflictos, más cuidado del espacio común, los únicos problemáticos eran los muchachos de afuera, los que tienen consumos problemáticos ('drogueitors', le dicen algunos de los vecinos). Luego de este pedido a Diógenes, acordaron que iba a estar en el CPC desde las 7 hasta las 11, y a la tarde sólo daría una vuelta para ver cómo andaba la situación.

Del ser vista por Diógenes, se estableció un vínculo que ella va a denominar "*trabajar con la política*". Me explicaba que esto consistía en que los radicales (partido al cual pertenece Diógenes) le daban una planilla donde anotaba a quienes visitaba, sus vecinos más cercanos, que pasaban a ser su gente ('*gente mía*'). Los juntaba para ir a votar, y promovía un intercambio del tipo, '*Vos te vas a votar para mi partido, y yo te doy esto...*'. Como contraprestación por esta actividad Jérica recibía mercaderías, pero también se iba haciendo conocida por muchos, con los que gestionaba materiales, máquinas, un terreno para su nueva casa, ya que donde vivía se inundaba constantemente, y también mercadería para el merendero que armó en el CPC.

Le consulté cómo pensaba este trabajar con la política, pues en la mesa el sentido común marcado por Don Gutiérrez y Mártires era que la política corrompía los espacios, pero ella continuaba contándome lo que hacía como la situación de trabajar para un grupo, no encontraba una relación conflictiva. Cuando comenzó su 'trabajo con la política', no les alcanzaba lo que ganaba el marido, entonces hacían choripaneadas en su casa. Los funcionarios que iban a ir, le daban previamente todo lo necesario a su marido para hacer la comida y entre ambos organizaban la reunión. '*Invitábamos y pasábamos un rato entre todos los vecinos y conversábamos, y ellos traían sus propuestas, nosotros le escuchábamos...*' (28/02/18). Los vecinos salían contentos

porque se iban con la panza llena, además lo que no se consumía allí, era repartido entre todos, me revelaba.

El vecino de al lado de su casa trabajaba para los peronistas. Ante mi inquietud por la enemistad potencial entre dos referentes de partidos opuestos, decía: *'pero nosotros, cuando trabajamos ahí, es nuestro trabajo, el que estamos haciendo... nosotros somos vecinos... vos tenés problemas, yo tengo problemas'* (28/02/18), si podían solucionarlo, lo hacían. Quitando toda cuestión "ideológica" de la afiliación, al menos en esa instancia. En simultáneo, reconocía que su casa era su casa, a veces le preguntaban un nombre de alguien que está a tres o cuatro casas de la suya, y ella no conocía, pero si tenía que ayudarle lo haría.

Para llevar adelante el merendero consiguió el apoyo de una asociación, o la asociación la contactó a ella, no me quedó clara la dirección del vínculo. Los militantes del ateneo le ofrecieron que hiciera en su casa talleres los fines de semana. La propuesta era que se juntaran una vez en su casa y para la próxima vendría otra chica compañera de ellxs, que haría peluquería y podría cortarles el pelo a los chicos del barrio, por ejemplo. También, implicaba que Jéssica se fuera a enseñar lo que sabía a otros barrios, en otros merenderos.

Mi pregunta fue si había mucha gente que no estaba comiendo en ese momento en el barrio, y ella me decía que no sabía, que cada hogar era un mundo, muchos decían que con cobrar la asignación por hijos tenía que ser suficiente, pero a veces el cuidado de los padres es distinto, se había acentuado ahora me decía. Reflexionaba en ese momento que ella a veces llegaba temprano al CPC, y veía que estaban algunos chicos jugando con la cara sucia, y cuando le preguntaba si habían tomado su leche, si habían desayunado, le respondían que no. Entonces le preguntaba por sus mamás, y le decían o que no estaba o que dormía. Ella entendía que no había mucho cuidado, que sabiendo que una criatura tiene que levantarse, desayunar, tener su comida, a veces no sucede. Esto es lo que la llevó a pensar la cuestión del merendero. Para llevarlo adelante consiguió donaciones de distintos lugares, con la gente que fue conociendo, como por ejemplo de salud pública, al ministro le pedía, y recibía ayuda. A veces le daban una caja de leche y con eso ella se arreglaba. A veces no alcanzaban las cosas para un sábado, pero iba juntando leche, azúcar, para hacerlo al siguiente. Don Gutiérrez y su hija solían ayudarla.

### **Jéssica en la Mesa de gestión del CPC**

Las actividades de la Mesa de Gestión en el barrio fueron muchas, pero sólo hablaré de las que aparecieron en las entrevistas o de las que participé de alguna manera, y en las cuales estuvo Jéssica. Este estar en la mesa, lo entiendo como parte del trabajar con la política. Durante las vacaciones del 2016 habíamos conseguido unas pelotas donadas por el entonces presidente de la Unión Industrial del Chaco (UICH), que estaban destinadas al dictado de talleres de fútbol, para diciembre, enero y febrero, momento en que más chicos andaban por las calles del barrio y los talleristas se tomaban vacaciones.

Mártires, integrante de la Mesa de Gestión, era quien se había comprometido para dictar el taller de fútbol, recibió tres de las cinco pelotas, pero aún no había comenzado el taller. Al llegar al CPC para una reunión de ArteSano, le entregué las pelotas a Jéssica porque era la que estaba, y ella me pidió darle las pelotas para que los chicos jugaran. El problema que se había planteado en la Mesa de Gestión por esta modalidad de uso de las pelotas, sin nadie que las cuide era que terminaban pinchadas, inutilizadas, pues no se reparaban, se tiraban o se abandonaban. Por eso habían designado a un responsable, Mártires. Ese día que le había llevado las pelotas, Mártires, que no estaba físicamente ahí le preguntó a Elena (del CES) sobre las pelotas, porque probablemente alguien le había dicho que se estaban usando. Se subió a su moto junto con su señora, y fueron al CPC para hablar sobre este tema, donde nosotras tejíamos. Mártires comenzó a hablarnos de la importancia de que existiera un encargado de cada cosa, le expliqué que para mí lo importante era que se hicieran las actividades, y que las pelotas estaban para que los chicos jugaran no para tenerlas guardadas. Esta charla se daba en un clima medianamente ameno. Mártires aprovechó ese momento, para insistir en que las actividades debían ser “*apadrinadas*” por la universidad, porque de otra manera siempre se mete la política, y termina minando las actividades. Le tiraba chicanas a Jéssica todo el tiempo, quien estaba sentada al lado de él, diciendo por ejemplo que los de Desarrollo Humano no hacían nada y cosas por el estilo. En los días siguientes Jéssica siguió ‘prestando’ las pelotas, que duraron dos semanas, se pincharon y quedaron guardadas. No tengo registro de que Mártires efectivamente haya dictado el taller de fútbol ese año, en otras oportunidades si lo hizo.

La Mesa organizó una feria de ropas usadas y la venta de arroz con pollo para marzo del 2017. En una de las reuniones previas, en febrero, había estado colaborando con las formas en que harían la registración del dinero de la Mesa, y especialmente de lo que se vendiera en la feria. En el camino al barrio, Elena me había contado que habían robado unos días antes en el CPC, sacaron una mesa grande de madera y sillas. Eso los tenía un poco preocupados, se estaban movilizando nuevamente para buscar un sereno, o un policía que pudiera proteger el lugar. La reunión había comenzado antes que llegáramos, por lo que nos acomodamos en unos bancos de madera que estaban dispuestos a modo de ronda, mientras hablaban de hacer empanadas. Nora, la señora de una fundación que da talleres de manicura donde se abordan cuestiones de género, le pidió a Morena que le acercara una carpeta para tomar notas, diligentemente ella fue a buscarla. Jéssica permanecía retraída, callada.

En un momento, Richi, ex sacerdote trabajador de Derechos Humanos, preguntó si alguien sabía efectivamente cocinar las empanadas. Morena le respondió que ella no cocinaba, con un gesto que variaba entre pedir disculpas por no saber y cierto orgullo. Don Gutiérrez se ofreció a aportar \$500 o \$1000 si hacían falta, para comprar las cosas que fueran necesarias si no conseguían que fueran aportadas por Desarrollo Humano. Los temas que se trataban variaban de un momento a otro, en un instante se discutía la

posibilidad de que se alquile el CPC a los vecinos, la diferencia que existía entre la acción de la Mesa en el CPC que no ofrece nada a los vecinos, y la CCC, que daba mercaderías y otras cosas a los vecinos. Otro tema emergente era habilitar una canilla al público.

Morena preguntó en esa reunión qué había pasado con la plata de la feria anterior, qué se había hecho. Era difícil la pregunta, porque Alicia, la tesorera de la mesa, se había gastado el dinero recaudado con la polleada anterior, y no tenía como reponerlo. En la Mesa, todos sabían y fueron esquivando las respuestas a partir de organizar la nueva feria. Le preguntaban a Jéssica sobre el tema, pero ella respondía poco, parecía incómoda hablando. Las mesas para la feria se iban a alquilar y ella tenía el contacto. Morena le preguntaba y trataba de que acordaran de que las mujeres que asistieran pagaran por participar. Jéssica escuchaba nomás, iba a invitar a las feriantes por los grupos de costureras y artesanos de wsp en los que estaba. Todo lo planteaba como si estuviera desganaada.

Cuando nos estábamos yendo le pregunté a Jéssica por qué ella no iba a exponer, y me comentó que le faltaban materiales, que le había pedido a Elena que le trajera cd viejos, papel de diario, y cosas así, pero que no lo había hecho. También le pregunté si las costureras se habían reunido el sábado, y me dijo que habían ido dos nomás, pero que estaba viendo cómo traer más gente. Me comentó al pasar que la nuera de Gutiérrez se había ido de la mesa, porque consiguió otro trabajo. Me quedé regulando sobre cuál sería el otro trabajo, y porqué estar en la mesa era un trabajo, qué relación tenía con el “trabajar con la política”.

Durante la entrevista que mantuvimos en 2018, cuando me comentó de los cambios con su beca, me aclaró que su participación en la Mesa de Gestión continuaría. Sobre ésta, me decía que ahora había un poco más de gente, que se iban sumando. Le pregunté cómo definiría ella lo que hacen allí, y no sabía bien cómo hacerlo, pero que se sume más gente le daba más fuerza (no sé si a ella o a la mesa), se encargaban de que hubiera luz en el CPC, por ejemplo, o que anduvieran los ventiladores, porque Mártires (ex empleado de la EPEC, y electricista) cuando había un problema lo arreglaba todo. Estaban haciendo el cine para los chicos en esas vacaciones, con la plata que tenían iban a comprar el pan, así iban juntando más chicos, iban las mamás también. “*Por lo menos vienen*”, decía respecto a las madres quienes, si estaban ella o Gutiérrez se acercaban, algunas se habían ofrecido para ayudar a hacer la leche, o a repartirla. Esto acercaba a la gente al CPC y daba a conocer las actividades que se hacían, me explicaba.

Jéssica entendía que había aprendido mucho con la Mesa de Gestión, se lo decía a Elena. Antes no sabía hacer una nota, por ejemplo, después sí. También había aprendido a no callarse más. Consideraba que antes era muy cerrada, pero luego si le decían algo y si tenían razón, se callaba, pero si no, respondía. Me relataba que Lorena le había remarcado eso, que antes no decía mucho, pero en ese momento ya sabía

defenderse. Reconoció la posibilidad que le dio el trabajar en el CPC (con la beca). Para finales de ese año, Elena me comentó que Jéssica estaba armando un taller de costura. En febrero del 2020 se pudo concretar, ella es quien está como responsable de ese taller y van a otorgarle CEFI a las mujeres de “Hacemos Futuro” que participen<sup>61</sup>.

### **La Morena de Jéssica**

La relación con Morena, marca en parte el vínculo que comenzamos a tener desde el CES con Jéssica, tanto como los desplazamientos que fue realizando. Desde que comenzamos a ir se plantearon problemas entre ambas. Una era la encargada de la limpieza, la otra la bibliotecaria. Morena era a quien escuchaban desde el PDTS, participaba como representante del barrio de las reuniones de planificación con el referente internacional, incluso se fue transformando en la persona de confianza de la gente del PDTS CONICET, mientras que Jéssica se constituyó como referente de la mesa de gestión, encabezada por Elena, del PDTS-UNNE del CES.

En diciembre del 2016, Elena me contó que habían surgido problemas entre Morena y Jéssica, porque la primera no había ido a una reunión de la Mesa de Gestión, en la cual participaba como representante del PDTS. La segunda, contaba en esa reunión que no la estaban encontrando en el CPC, no estaba cumpliendo sus horarios de trabajo. La referente del CES, había conversado con Nora, la señora de la manicura, quien le había dicho que tampoco la estaba viendo a Morena, lo que implicaba que muchas veces no pudiera sacar los materiales para los talleres que estaban haciendo (además de manicura, estaban dando unas clases de yoga). Esta señora decía que a Morena se le habían subido los humos. Unos días después, Morena le escribió a Elena por wsp, explicándole por qué no había estado yendo al CPC. Los dichos o chismes en el barrio circulan en varias direcciones aparentemente. La percepción de la mesa de gestión era que Morena sólo hacía lo que Lorena le decía, que no trabajaba para nadie más, mientras que se percibían a sí trabajando por el bien común.

Cuando la entrevisté a Jéssica en 2018, los problemas con Morena continuaban, incluso habían tenido un enfrentamiento cara a cara, algo que habitualmente no sucedía. La costumbre era lanzar rumores o comentarios maliciosos, y a partir de ahí se movilizaban al resto de las personas ligadas al CPC, en favor de una o de otra. Luego de ese altercado, Jéssica confrontó a Lorena diciéndole que siempre creía lo que le decía Morena, y no podía entender nada más, ella no iba a horario a trabajar, la biblioteca la abría cuando quería, los chicos le decían a Jéssica, *‘nosotros queremos leer’, ‘nosotros queremos mirar los libros, y no nos dejan’*. Ese tipo de discusiones que tenía sobre lo que no hacía Morena, la ponía mal, y trataba de no llevar los problemas a su casa, pero su marido era quien notaba la molestia, *‘pero yo le digo: yo no te voy a contar, eso sí que no te voy a contar. Porque mi problema que tenga en mi trabajo, dejo en mi trabajo’*, explicaba Jéssica.

---

<sup>61</sup> El CEFI es una certificación que les permite a las mujeres acreditar las horas de capacitación que establece el programa Hacemos Futuro como obligatorias.

Le pregunté directamente qué le molestaba de Morena, ella me respondió que no era algo en particular, como que ya había entendido lo que tenía que hacer, pero antes dejaba que los chicos hicieran lo que quisieran, se ponía en la biblioteca a hablar por teléfono, mientras uno de los chicos estaba colgado en la ventana, por ejemplo, otro en la canilla, otro en el baño, jugaban con los productos de limpieza, que apenas tenían, y a ella no le importaba nada. Cuidaba su lugarcito, nada más, remataba. Jéscica pensaba que, Morena podría preocuparse por todo el lugar, era el espacio de trabajo.

Sin embargo, en esta movilización de rumores desde uno de los bandos, circulaba que Morena tenía un amorío y el lugar de encuentro era la biblioteca, cuestión que me habían comentado desde la Mesa de Gestión. Le pregunté a Jéscica por esa situación y me dijo que era costumbre de ella, que la conocían en el barrio, se sabía que ella con la gente del PDTTS era otra cosa, pero en el barrio se la conocía, me repetía, ella trataba de ocultar lo que era. “¿Qué ocultaba?”, le pregunté, y respondió que era una ‘*mujer libre*’, ella hacía lo que quería. ‘*Todo el mundo sabe*’, me decía, entonces le pregunté si el marido de Morena también sabía, y me dijo que sí, ‘*pobre de él*’, pero tiene que callarse porque la casa está a nombre de ella, todo es de ella. Le consulté si el marido era el padre de los hijos, y me respondió que creía que de la última solamente.

Al finalizar la entrevista le agradecí por su tiempo y le pregunté por la casa de Julia, a la cual quería contactar. Entonces, me acompañó porque ella tenía que ir a lo de Graciela a ver si le podía hacer el uniforme de su hijo.

### Las prácticas de trabajar con “la política” y el hacer manualidades

Las prácticas de Jéscica en general, como de cualquier otra persona, no emergen en un vacío social, sino que se dan en relación a instituciones, a mecanismos o herramientas específicas, a otras personas, a lugares, a cosas, a historias, trayectorias. En el caso del hacer manualidades, era una práctica que por un lado va movilizando un saber que tiene y lo utiliza para hacerse visible, no exento de conflictos. En la primera parte Jéscica aparecía como quien sabía hacer, pero no podía vender, sin embargo, a lo largo de este trayecto fui comprendiendo que era una forma de presentarse ante quien no sabía ella qué hacía allí, y proponía crear un grupo de artesanas. Jéscica si había vendido, era participante asidua de distintas ferias y tenía contactos con las personas que distribuían las licitaciones del gobierno municipal para la compra de uniformes de trabajo. Ese no vender, era dicho en un contexto particular, y estaba acompañado de prácticas concretas de venta, o participación en espacios de venta.

### Las configuraciones del trabajar con la política

En el relato que puede esquematizar a partir del trabajo de campo, se hacen visibles ciertas configuraciones que fueron estabilizándose en el barrio. En el trabajar con la política aparece el Estado personificado por un funcionario público que detecta quién puede hacer el trabajo de movilización de bases en el barrio. Las organizaciones de la sociedad civil, o agrupaciones políticas que promueven la participación de los vecinos en las actividades propuestas, trasladan recursos hacia el barrio incluso permiten la

circulación de las personas (Jésica yendo a dictar talleres a otros espacios). Este trabajo también se hace en conjunto con su marido, es una actividad donde hay tareas definidas, él es quien hace el fuego, y los choripanes, mientras ella se encarga de invitar, de “hacerse visible”, cosa que a su vez sucede en las inmediaciones de su espacio doméstico, el patio de su casa.

La Mesa de Gestión, movilizada por el CES en la persona de Elena, funciona también como un espacio de construcción de referentes que habían sido desplazados de su rol, como es el caso de Don Gutiérrez, y su familia (que fueron sacados del CPC, lugar ‘cedido’ por él para que se construya ese centro para el barrio). Jésica comenzó a posicionarse, a sentir que había aprendido mucho. Aprendió el código de comunicación con el Ministerio de Desarrollo Social: la presentación de notas; pero también comenzó a discutir, y defenderse para que no la pasen por arriba, como le hacía ver su hermana. Son estas relaciones, en su contingencia, las que fueron habilitando la consolidación de ciertas prácticas de trabajo con la política, como también el deseo de Jésica de “salir adelante”, que aparece en varias oportunidades en su relato.

### **El proceso de trabajar con la política y las relaciones con las manualidades**

Los procesos que podemos reconstruir tienen que ver con trabajar con la política, una de las maneras en las que aparece el Estado en el barrio es como interlocutor a partir de los partidos políticos. El trabajar con la política, si bien no es parte de la definición de Jésica, se podría entrelazar con su actividad en la Mesa de Gestión, que es también una forma en que ella se va construyendo como referente barrial (*‘cuando nos ven a Gutiérrez o a mí, las madres se acercan’*), con la del trabajo en el CPC (de limpieza a encargada/tallerista) y la de referente del barrio antes narrada. Una escena que queda desdibujada pero que parece ocupar un espacio relevante, es el de hacer las manualidades y los peluches, cuestiones que describí en la primera parte, pero que no alcancé a profundizar más que aleatoriamente en esta segunda. Todo esto conforma y habilita en simultáneo en el pasaje de ser la persona que limpiaba el CPC, la mujer callada que hacía manualidades que no sabía bien a donde vender, la madre, la esposa, a la que es la referente, la que no se calla, la que pelea con todos, y la que no sólo sabe hacer manualidades, sino que además puede enseñar y gestionar que otras las hagan. No porque todas estas características se creen a partir de las relaciones, sino que se visibilizan, se potencian, se modifican.

El trabajo con la política, o el análisis de la política en los barrios, tiene una larga tradición en las ciencias políticas, pero también en la sociología y la antropología, tal como lo señalan Vommaro y Combes (2016). Uno de los conceptos centrales de los últimos años en estos estudios está dado por el clientelismo, con su uso peyorativo desde el sentido común y las divergencias que propone Auyero en *“La política de los pobres”* (2001), al considerar el punto de vista de los llamados clientes. Estas relaciones clientelares pueden ser vistas como vínculos de intercambios tejidos durante la vida de las personas, siendo a su vez generadores de obligaciones morales (Vommaro y Combes, 2016). Los

autores antes mencionados, a partir de las formulaciones de Edward P. Thompson, plantean la economía moral de estos intercambios. *“Una ‘economía moral’ es así una organización moral de las relaciones políticas entre dirigentes y dirigidos, que se convierten desde ese momento en lazos fundados en nociones compartidas de justicia y evaluados en función de ellas”* (Vommaro y Combes, 2016, pág. 144). Esa relación explícitamente no es el objeto de esta investigación, pues no dispongo de material suficiente para abordarla, a pesar de que de la descripción se desprende la construcción de la reputación de Jéssica como referente del barrio, como mediadora. Hay algo de lo político que se pone en juego en la valoración de la práctica de trabajo de Jéssica, considerando que esa valoración parte de relaciones con la política partidaria, pero también con diversos tipos de funcionarios del Estado.

En el discurso de no aparece una afiliación moral al partido para el cual trabaja, sino una vinculación directa a una forma de trabajo, es un trabajo como cualquier otro, repitió en varias ocasiones. El valor está puesto en la acción de trabajar. El ser vista es lo que le permite *“trabajar con la política”*, en sus distintas formas, lo que podría dar cuenta de su transformación en referente dentro del barrio. Primero lo pensé como una facilitadora, pero ella, al menos hasta donde sé, más que responder a la demanda de algún vecino, que probablemente lo haga (por lo que comentaba respecto de la necesidad), se encarga de organizar y desarrollar actividades para el CPC que están orientadas a las personas que viven allí, como el merendero, el taller de costura. En su trabajo en el CPC es donde se plantea de forma más evidente esta relación entre el trabajo político y el ser vista, o hacerse visible (que sería la contrapartida). Ella es vista por Diógenes, quien le da una beca para que limpie, ya que ella lo estaba haciendo gratuitamente (hacerse visible), eso le permite trabajar cerca de su casa, lo que le conviene para poder ocuparse de sus hijos, como le planteaba su marido, pero también evita que vuelva a tener un episodio como el que tuvo cuando trabajaba en la calle. En su relación con los vecinos comienza a ser conocida, es decir, las otras personas sabían quién era y qué hacía, lo mismo sucedía con la organización del Ateneo quienes, a partir de conocerla, le ofrecieron que dictara talleres en otros barrios de lo que ella sabía hacer, las manualidades.

Finalmente, en las reuniones con la Mesa de gestión, que en parte parecería ser tomado como un trabajo, una obligación, también fue haciéndose reconocida como quien gestionaba las ferias, por su participación en varias de ellas, y sobre todo por su hacer manualidades. Esto validó el apoyo de este espacio para pasar de ser quien se encargaba de la limpieza, a ser quien dicta talleres de costura, o los coordina<sup>62</sup>.

El ser vista, no opera sólo hacia afuera, sino, que es una forma de validación en el barrio mismo. Tal como señalan Vommaro y Combes:

---

<sup>62</sup> El taller que comenzaba en febrero del 2020 era dictado por una docente, y Jéssica era quien lo coordinaba.

Los vínculos políticos cobran forma, por lo tanto, en la complejidad de esas sociedades locales o de conocimiento mutuo y en la duración. Implican intercambios, favores, ayudas para acceder a informaciones o servicios estatales o del sector privado, y conducen a obligaciones y formas de reciprocidad. (Vommaro y Combes, 2016, pág. 28).

En este caso, las relaciones se ponen en juego con la Universidad como actor encarnado en el CES, especialmente en la figura de Elena, quien no solo funciona validando un espacio aparentemente despojado de la política (desde la visión de Mártires, pero que se construye como sentido común de la Mesa de Gestión), y con una estancia sostenida en el barrio, sino que también proporciona el acceso a materiales para hacer sus manualidades como al código de comunicación con desarrollo para poder gestionarse o movilizar ciertos recursos (el terreno, la máquina, el cambio de actividades), y que además le servía como vía de comunicación con sus vecinos, reforzándose como referente.

Esta forma de comunicación con Desarrollo Social fue estudiada por Jorge Pantaleón (2005), quien da cuenta de lo estandarizado y extendido de los “*demandantes*” quienes en nombre de la necesidad acuden a la institución, y los oferentes, quienes “dan” en nombre del Estado y todos los imaginarios que esto puede detonar. Las formas de comunicación de las personas con la institución se materializan a partir de las cartas (notas en el caso de Jérica) y de formularios. Las primeras refieren a necesidades particulares, vinculadas a asistencia para las familias (como el caso del terreno que pidió Jérica porque su casa se inundaba), medicamentos, y demás. Los formularios, por su parte, provenientes de la intervención científica del desarrollo social según este autor, son la expresión de las categorías provenientes de información sistematizada (en general estadísticas), metodología y teorías, que “*pasan a ser leídas, aprendidas y producidas para ser aplicadas por los funcionarios de lo social que se conducirán bajo el nuevo lenguaje*” (Pantaleón, 2005, pág. 59). Jérica en este caso, se vio frente a frente con la necesidad de armar este tipo de proyectos a partir de la no respuesta a su nota. Esta “herramienta” la llevó a pensar que necesitaba aprender computación, para poder armar su proyecto, y ser atendida por Desarrollo Social. Este es uno de los efectos que tienen estas políticas o respuestas ensayadas por el Estado, que buscan cierta “racionalización” de sus políticas, de la asignación de recursos, mientras trasladan de alguna manera formas de comunicación con las personas (esa racionalización no necesariamente opera de igual forma en el territorio que en la institución).

Esta particular forma de comunicación que se moviliza en las áreas de desarrollo social en la estructura del Estado argentino, permiten en parte, lo que Bourdieu (1997) denominó la concentración informacional, facilitando la unificando diversos códigos, pero también generando un proceso de decodificación. Jérica descubre que necesita capacitarse en informática para acceder a los recursos que dispone Desarrollo Humano (en particular), y poder armar el proyecto. Este sería un pasaje donde el capital simbólico, entendido como “*cualquier propiedad (cualquier tipo de capital, físico, económico, cultural, social) cuando es percibida por agentes sociales cuyas categorías*

de percepción son de tal naturaleza que les permiten conocerla (*distinguir*) y reconocerla, conferirle algún valor” (Bourdieu, 1997, pág. 108), define una relación, donde un cúmulo de relaciones estabilizadas en una forma de actuar de un ministerio particular, que además moviliza una idea de Estado (Capítulo 1), y la Jérica, como interlocutora, aparece con una falta en las habilidades adquiridas que deben ser saldadas a partir de estudiar, porque ella entiende que eso le dará acceso, me arriesgo a incorporar en este imaginario la idea de tener un título (capítulo 7 y 8). Esto marca una división propia del poder simbólico entre quien puede acceder a los recursos del Estado y quien no, pero también muestra la relevancia más material de dador de trabajo o posibilitador de opciones laborales en el barrio que tiene el Estado, mediadas por sus estructuras burocráticas y partidarias. Así es como comienza a marcar diferencias simbólicamente materiales.

Por otro lado, entre los efectos no considerados de la acción universitaria, en el devenir de ArteSano Jérica fue haciendo explícito el desplazamiento de ser quien no sabe vender como también la chica callada que limpiaba, para comenzar a ser quien moviliza, propone, organiza los talleres. En una primera reunión de ArteSano plantea que no le gustaba enseñar, pero luego comienza la enseñanza de lo que sabe, con las muñecas de goma eva, con el espacio de costura. Parecería como una adaptación a las posibilidades que lee como asequibles para ella. Se mezcla con el reclamo hacia Elena que no le trajo los materiales para que ella participara de la feria vendiendo, mientras se va posicionando como quien coordina la feria y es la referente de esa actividad. Luego también enuncia otra queja frente a la falta de apoyo material para que pudiera continuar con el taller de costura que había comenzado en 2017, aparece quizás como una práctica de la Jérica que enfrenta a las personas, que plantea lo que no corresponde, desde su punto de vista. No puedo dar cuenta de qué la motiva más que a grandes rasgos: el salir adelante; pero si seguir las relaciones que fue estableciendo y los efectos que han generado.

En este sentido relacional, su opuesta construida es Morena, quien aparece como la *‘mujer libre’* del barrio, la que es dueña de su casa, pero también de su cuerpo, y eso es motivo para *‘ser conocida en el barrio’*, tanto como acusada de presentarse por alguien que no es, frente a Lorena principalmente. En esa disputa Jérica tiene bastante limitado el acceso al grupo del PDTS, pero se consolida como una referente de la Mesa a partir de su relación previa con Don Gutiérrez. Desde ese *“conflicto territorial”* entre el PDTS y la Mesa de Gestión, donde dos mujeres académicas disputan el saber intelectual sobre cómo gestionar la participación en el CPC, o las actividades que se realizan allí, Jérica particularmente, pero intuyo que también Morena, disputan otras construcciones hacia el barrio y hacia la universidad. Esto se articula a partir de rumores, chismes, y la consolidación de dos facciones que buscan la participación de las personas del barrio, con diferentes estrategias (al menos en términos teóricos).

En el marco de estas configuraciones que se van tejiendo, y transformando en el barrio, en la vida específica de Jéssica, la pregunta emergente es cómo opera el valor en estas prácticas de trabajo con la política, y del hacer manualidades, y cómo influye la noción a priori nativa de “ser vista” para “salir adelante” en estas relaciones.

### **El valor de volverse visible**

En el caso de Jéssica, como en el de Graciela e Ramona, aparece una forma de trabajo vinculada de alguna manera con instituciones externas a lo doméstico propiamente dicho. En el capítulo anterior dí cuenta de las relaciones con un tipo de mercado textil informal, donde el Estado a veces también opera. En la experiencia de Jéssica aparecer el Estado en primera medida dando trabajo informal a través de una beca, pero también como “asociado”, al generar un vínculo desde los partidos políticos, y siendo partícipe de alguna manera en la consolidación de Jéssica como una referente. El precio ya no regula esta relación explícitamente, no sólo porque se encuentra fuera del “mercado”, sino que aparecen otras estabilizaciones que permiten dar cuenta del valor de la actividad.

El trabajo de las mujeres en general fue asociado a la producción doméstica en las conceptualizaciones sociales, excluido de la relación salarial establecida como lazo social posterior a la revolución industrial, y consolidado durante el Siglo XX. En el caso de Jéssica, pero también en la forma de producción tipo de taller de Graciela e Ramona, podemos hablar de actividades informales o sumergidas, donde se “produce” algo que es lícito en tanto producto, en el caso del taller, pero también en el de servicios de limpieza o coordinación que ofrece Jéssica a partir de su beca (sin considerar aún su posicionamiento como referente), pero que se lo hace por fuera de las regulaciones formales del Estado (incluso desde el mismo Estado se opera desde esta lógica).

Aquí apelamos a la idea de *“lo barroco latinoamericano persistente como conjunto de modos entreverados de hacer, pensar, percibir y laborar”* (Gago, 2014, pág. 20), que retoma Verónica Gago de Bolívar Echeverría, y sirve para comprender lo informal como un principio de creación de realidad, más que aquello que no tiene una forma, se encarna con la dinámica que promueve otras formas de hacer, de producir, de comercializar, y que posibilita a su vez otras dinámicas sociales. Por otro lado, también trae a colación la inconmensurabilidad de lo que allí sucede, en tanto dificultad para medir racionalmente el valor que se crea: *“lo informal refiere así al desborde, por intensidad y superposición, de elementos heterogéneos que intervienen en la creación de valor, obligando a inventar también nuevas fórmulas de convención de valor y a producir mecanismos de reconocimiento e inscripción institucional”* (Gago, 2014, pág. 21). En este sentido es que aquí la separación entre formal e informal, más que analizarla, la tomamos como proveniente de una mirada estatal y fragmentaria de lo social, mientras que las mujeres que analizamos se mueven en este plano informal, interactuando con sus condiciones y desplegando procesos de valoraciones hacia ellas mismas, pero también hacia su hacer (más allá de ellas).

En este proceso de comprender lo que sucede en los ámbitos no reglados aparentemente por el Estado, pero donde se convierte en un actor central, es donde indagamos cuestiones relativas al valor, poniendo en discusión categorías fijas y homogeneizantes que sirven para gobernar eso que denomina población. Graeber (2018) busca separarse de estas formas más esencialistas de análisis de lo social, o alineadas a las concepciones científicas más cercanas a Parménides, quien proponía la posibilidad de imaginar los objetos existentes, en parte concebidos fuera del tiempo y del espacio, para incorporar una visión más propia de Heráclito, quien sostenía que las fijeza de los objetos que podíamos ver/conocer era una ilusión, la realidad última era la de un flujo y transformación constante, tal es así, que lo *“que permanece a través del tiempo no es otra cosa más que el patrón de su flujo”* (Graeber, 2018, pág. 104). Esta posición no significa abandonar la ciencia al ver el potencial dinámico de las cosas, sino más bien darle una base ontológica diferente, dirá este autor. Para esto considera el materialismo desde una versión radical quizás, como aquello que permite ver a la *“sociedad como producto de la acción creativa, pero a dicha acción creativa como algo que nunca puede separarse de su medio concreto, material”* (Graeber, 2018, pág. 110). Este medio material, comprendo, no refiere a que existe una separación entre la estructura de una superestructura, sino más bien implica comprender que no existe pensamiento sin cuerpo que lo sostenga, y no existe cuerpo sin algún tipo de pensamiento.

En este sentido lo material, que incorpora lo simbólico, Graeber retoma el enfoque de Nancy Munn y su estudio de la isla de Gawa, parte integrante de la cadena kula. Considera que los actores construyen el significado durante el proceso de ser construidos en sus términos, así lo simbólico para esta autora refiere a cualquier forma cultural, de cualquier tipo de complejidad en su significado, disponible para la inmediata manipulación y el desarrollo de formas de sentido/significado (meaningful) en el marco de actividades específicas. Para hacer este análisis esta autora se para desde la antropología simbólica, donde los argumentos teóricos se basan en los significados culturales específicos<sup>63</sup>.

En caso de los Gawa, Munn (1986) comienza explicando que va a analizar las acciones transformativas con las cuales la comunidad crea valor considerado esencial para su viabilidad comunitaria. La particularidad de este abordaje radica en la incorporación de las transformaciones opuestas, es decir las que pueden socavar el valor. Estas potencialidades negativas están en una especie de tensión a medida que transcurren las transformaciones positivas, mientras en sus formas más fuertes amenazan la capacidad de producir el valor deseado, la construcción ideal del ser y la relación social

---

<sup>63</sup> *“The web of meaning constitutes human existence to such an extent that it cannot ever be meaningfully reduced to constitutively prior speech acts, dyadic relations or any previously defined elements. Intentionality and empathy are rather seen as being dependent on the prior existence of the world of meaning within which the subjects of human discourse constitute themselves”* (Rabinow and Sullivan, 1977: 5, citado en Munn, 1986: 6).

que este valor implica. Para proponer esto Munn sostiene que: *“el valor emerge en la acción; es el proceso por el cual la “potencia” invisible de una persona -su capacidad de actuar- es transformada en formas concretas, perceptibles”* (Graeber, 2018, pág. 98).

Esta autora considera un proceso dialéctico en lo social que pretende controlar las posibilidades de transformación negativa. La creación de valor es un proceso simbólico complejo señala, donde convergen el sistema de significados construidos en las prácticas socio-culturales y las posibilidades y contra-posibilidades a través de las cuales los miembros de la sociedad son comprometidos en el esfuerzo de construirse y controlarse a sí mismos y su mundo social. Si se considera este proceso como un todo, señala Munn (1986), la comunidad podría ser vista como un agente de su propia producción. Producción que, en ese caso, se enlaza con el mundo inter islas del kula. Entonces, la comunidad afirma su viabilidad interna mediante la evaluación positiva que de ellxs realizan los externos, que se manifiesta en el énfasis en la fama, el renombre o el buen nombre dentro de ese contexto. También la fama puede ser producida a través de un proceso externalizado que envuelve la separación de elementos internos y las transacciones en el mundo inter-islas, desarrolla Munn las actividades de cultivo de los jardines y la producción de canoas con árboles de la tierra Gawa, como ejemplo.

Estas serán las premisas generales que analiza Munn (1986) en la producción de valor, explorando el significado y la naturaleza del valor que es producido y las estructuras que delinean lo que caracteriza el proceso de producción-valor. La forma de comprender que el sentido es construido mientras es vivido de forma simultánea, encuentra relación con la idea de patrón que tomó Graeber de Heráclito, pero también de toda la teoría de la práctica, donde ésta envuelve la estructura en la cual es realizada mientras va estructurándola, no siendo idéntica a sí misma. Es por ello que las prácticas de Jéscica y de las mujeres, fueron contextualizadas en las configuraciones que las permiten (los patrones), que son las que a priori le dan cierta razonabilidad al quehacer, pero que también van dando cuenta de las particularidades. En estas prácticas como acceso metodológico que cruza las estructuras (patrones) con las subjetivaciones, se van develando las formas que adquiere el valor. Munn por su parte denominará “esquemas generativos”, a la forma de existencia de la práctica, mientras analizaba la naturaleza del valor producido y de las estructuras.

La acción será la operación de un agente que tiene el potencial de generar productos, y a su vez, la potencia de este producto estará dada por la capacidad de provocar efectos, como por ejemplo influenciar la mente de los visitantes extranjeros para que se comporten como lo esperan (Munn, 1986). Estos efectos no son estáticos ni necesariamente ocurren, son una potencia, esto es envuelven capacidades deseables. Continúa esta autora señalando que el valor de un tipo dado de acción o acto puede ser visto en términos de sus capacidades esenciales o productos potenciales claves. Estos productos pueden ser considerados como particular, potencial valor sustantivo o producto de la acción. Pero un producto de la acción puede ser visto en otro sentido

como envolviendo una proporción diferencial de una potencia homogénea; su valor (y el valor del acto/acción) puede ser expresado relativamente en términos de sus parámetros (el tipo de potencia involucrada) a través de la cual el valor es “medido”. Valor, en este sentido, es general y relacional, más que particular y sustantivo, envuelve profundas dimensiones culturales de significado implicadas en los productos sustantivos y sus acciones. (Munn, 1986)

En el caso de los Gawa (Munn, 1986) el valor puede ser caracterizado en términos de los niveles diferenciales de las transformaciones espacio temporales, esto es, la capacidad de la acción de extender o expandir lo que denomina el espacio tiempo intersubjetivo, a partir de acciones/actos y prácticas. El valor general de una acción/acto o práctica está especificada en términos de su nivel de potencia, en este caso, de la capacidad expansiva relacionada con el espacio-tiempo formado.

Un modo dado de espacio-tiempo intersubjetivo puede ser entendido como involucrando una potencia particular o nivel de valor, que es lo que se extiende. Por extensión referirá a la capacidad de desarrollar relaciones espacio-temporales que van más allá de sí, o que expanden dimensiones del control espacio-temporal de un actor. La capacidad de las acciones y las prácticas de acarrear ciertos niveles de transformaciones espacio-temporales no significa que los Gawa hablan del valor espacio temporal o el control en abstracto, sino que estos valores generales están implicados en ciertos tipos de acciones y prácticas. En este sentido, el espacio-tiempo puede ser usado como la medida de valor significativa relevante para comprender la creación de la experiencia de la viabilidad comunitaria. (Munn, 1986)

Este desarrollo extenso de la lógica del análisis del valor que realiza Munn tiene relevancia para pensar las prácticas de las mujeres porque sale de la dicotomía entre mercancías y relaciones humanas, para dar cuenta de que las mercancías tienen que ser producidas tanto como las relaciones sociales creadas y mantenidas, esto implica inversión de tiempo y energías humanas, inteligencia, interés.

El enfoque de Munn cobra cierto sentido al pensar las prácticas de Jérica y las relaciones que se van estableciendo, como también las de las otras mujeres. La puerta de acceso a este enfoque está dada por lo reiterativo en el relato de ser vista, hacerse conocida, y de saber quiénes son lxs otrxs (ser conocido/a). Aparece en una primera instancia esta situación donde Jérica es vista, a partir de limpiar. Eso expande sus relaciones, en tanto establece un nuevo vínculo con la Subsecretaría de Derechos Humanos, mientras mantiene la relación con Don Gutiérrez, quien le facilitó estar ahí, recibiendo su “ayuda”. Del ser vista, va construyendo el ser/hacerse conocida: en un principio como una referente radical del barrio, pero también se da un pasaje de la mano del trabajo que va haciendo y promoviendo con su potencia de hacer manualidades, su saber, en el CPC. Esto le permite ir transformándose desde la persona que podía limpiar a la que podía dictar talleres o coordinarlos, tanto como referente de la mesa de gestión

en el barrio. En este hacerse conocida comienza a ser convocada a dictar talleres en otros espacios barriales, extendiendo a su vez las relaciones con el Ateneo.

Hay una dimensión relacionada con el potencial valor sustantivo de sus prácticas, y tiene que ver con el ser madre y la forma que esta actividad fuera de la casa le permite estar presente para sus hijos. Pero también, ella comienza a ver y opinar sobre el ser madre de otras mujeres del barrio, las que no dan el desayuno a sus hijos, y lo pone en términos de un problema. Eso la “motiva” a realizar el merendero, donde el dar la hace feliz, en su explicación. Lo que a su vez expande el hacerse conocida dentro del barrio, pero también fuera de él.

El análisis de Munn propone un modelo general de las prácticas como procesos simbólicos, lo que a su vez la lleva a explicitar el sentido de las prácticas de una comunidad. En mi desarrollo no busco tal objeto, porque creo que escapa a mis posibilidades. Mi intención es más acotada, y tiene que ver con comprender las lógicas de esas prácticas, y en ese sentido Munn aporta. Morena, por ejemplo, también en su accionar expande su espacio tiempo a partir de su vínculo con Lorena. Morena aparece en la explicación de Jéscica como quien no se comporta adecuadamente, es decir, en vez de encarnar un valor positivo, es uno negativo. Esta conceptualización tiene que ver con la posicionalidad de los discursos, y el solapamiento que puede haber entre la expansión de un espacio y otro de distintas personas. Allí aparecen los chismes como potenciando algunas prácticas y restringiendo otras, promoviendo ciertos valores sustantivos relativos a la crianza, pero también al comportamiento sexual (Morena construida como la mujer libre), incluso da cuenta de los límites de las intervenciones del saber, en tanto universidad, que puede jugar sabiendo o no para los intereses de las disputas ancladas en el territorio.

¿Por qué valen las prácticas de trabajar con la política y hacer manualidades?

En este capítulo recorrí algunas prácticas de Jéscica, situándolas en las relaciones que se establecen, específicamente las que refieren a cómo se transforma de la persona que limpia el CPC, la becaria de Desarrollo Humano, a ser la tallerista, responsable de las ferias que se hacen en el barrio por parte de la Mesa de Gestión, y referente en general. Esas prácticas están generadas por ella, o alguna estabilización que hagamos por ahora de ese ser, y las interacciones que son posibles en su cotidianeidad. A diferencia de Graciela e Ramona, el problema de valor de Jéscica circula por el ámbito del reconocimiento de su trabajo, más que la traducción de ese reconocimiento en un precio específico, es lo que se desprende del vínculo que construí con ella. Ese reconocimiento se da a partir de ser vista, en términos externos, y de poder hacer otras actividades.

Hay algo que va a resonar, que es el hacer limpieza como una actividad menor a dictar talleres de manualidades, o costura, cuestión que profundizaré con el análisis de la historia de Julia en el capítulo siguiente. Esto que resuena tiene que ver con las valoraciones sociales incorporadas en las actividades específicas, que a veces se

traducen en precios diferenciales, más no siempre. Sin embargo, el foco de análisis estuvo puesto en el planteo de Munn y la creación de valor a partir de las acciones, no en el ordenamiento jerárquico de las actividades y las subjetividades emergentes, que veremos en la tercera parte de esta tesis.

Este tipo de análisis del valor, permite entender lo que producen las acciones en lo social, sin entrar de lleno a la motivación de la persona como un abstracto universal, al estilo del individualismo metodológico. Pone además de relieve la potencia de las personas y las formas en que se convierten en visibles, es decir, permite comprender cómo extienden su influencia en el tiempo y el espacio.

## Capítulo 6 - Entre la familia y los arigurumis. Las prácticas del cuidado

En este capítulo al igual que en los dos previos, continuaré con la descripción de las prácticas de algunas de las mujeres del barrio, en particular la experiencia de Julia, con quien nos conocimos en ArteSano. Había llegado con los muñequitos de arigurumis para mostrar lo que sabía hacer, acompañada de su hija y su bebé (su hijo más chiquito). Era la hermana de Morena, y venía invitada por ella. Como una mujer de la casa se definía, pero quería comenzar a vender lo que hacía. Julia ya era conocida en el barrio por hacer souvenirs, la gente se le acercaba para pedirle lo que quería que hiciera. Una ama de casa, que en su tiempo libre vendía lo hecho, reutilizaba materiales, aprendía a partir de las revistas, de la tele y de Facebook. El espacio de producción estaba en la casa, y se mezclaba con las esperas en el médico, las siestas de mates, el compartir con su mamá y hermanas.

A partir de la descripción de su historia y las prácticas que van emergiendo comenzaré a discutir el valor en tono a las divisiones sexuales de las actividades productivas, en parte por el preconceito de que las manualidades son cosas de mujeres, pero ahondando en el hacer dentro de la casa cuando no sólo se brindan cuidados, y/o cuando esos cuidados también pueden venderse fuera. Discutiré la particularidad de estos productos que vende Julia, pero también otras mujeres del barrio, las formas en que se generan, lo que implica su venta, o posible venta, reflexionando sobre el trabajo de producción y de reproducción incorporado.

### Entre los arigurumis y el hacer como terapia<sup>64</sup>

A Julia la conocí en la reunión de ArteSano, como a Graciela. Ese día había llegado acompañada de su hija y su bebé. En esa reunión, y en los posteriores encuentros fue contando que lo que hacía era para sus hijxs, que la gente le decía que le gustaba, y en base a eso iba vendiendo. A medida que la fui conociendo me dí cuenta de lo mucho que disfrutaba el encuentro con lxs niñxs del barrio, la paciencia que les tenía, y lo importante que se sentía haciendo carpetas con ellxs, o enseñándoles a tejer.

Para pautar la entrevista luego de no verla por un buen tiempo, pasé por su casa gracias a las indicaciones de Jérica. Habíamos quedado en vernos un día que llovió, por lo que no pudo ser. Era muy difícil entrar al barrio por el barro y el estado de las calles, las obras que venía haciendo el PROMEBA en algunos casos agravaba la situación. Me comunicué con el número de teléfono de su hija, para encontrarnos un martes y me respondió el viernes una hora antes del horario de encuentro. Ir a entrevistarla implicaba tomarme tres colectivos, cruzando del Chaco a Corrientes, por lo que llegué una hora más tarde de la pautada.

---

<sup>64</sup> A lo largo de esta descripción mantengo la mayoría de las formas de referirse a los fenómenos tal como los iba mencionando Julia, buscando preservar el sentido.

Antes de golpear las manos, la hija le gritó: "llegó la chica", y al ratito salió Julia a recibirme. Nos saludamos afectuosamente, me invitó a pasar. Me esperaban una mesita y dos sillas de plástico en la galería de su casa, al costado había una cantidad considerable de arena. Me contó, en un tono un poco nervioso, que no sabía nada de las chicas del taller. Ella y Jéssica habían quedado a cargo de continuar con el taller derivado de ArteSano, pero no lo hicieron, me explicaba que le fue difícil seguir. Había estado enseñando tejido en la sede de la CCC con un P.E.L. (Programa de Entrenamiento Laboral, del Ministerio de Trabajo de Nación), pero le pedían que fuera de aquí para allá, tenía que participar exponiendo en un lugar, entendí como de una feria y con su hijo pequeñito ella no podía hacer eso, por lo que abandonó.

Dije que estaba investigando sobre lo que hacían las mujeres en el barrio, sobre los trabajos, por eso le había pedido para charlar, y aproveché para preguntarle si podría grabar, porque me costaba recordar algunos detalles y no quería perderlos<sup>65</sup>. Me decía en tono de reflexión, "*no hay que quedarse quieta, pronto*". Le pregunté cómo andaba el CPC en ese momento, como para romper el hielo, pero no sabía mucho, la escuela de sus hijos no le permitía. Morena la invitaba a las reuniones y lo último que habían hecho era filmar un cuento en el barrio, estaba encantada con esa actividad, esperaba que se volviera a hacer.

En un momento me dice, "*¿qué te cuento?*", como desencajada en parte por la situación, sin saber bien qué era lo que yo esperaba que me dijera. Recordó que se había querido armar un curso barrial en el Ongay, pero no sabía que había pasado porque quedó en la nada. Estaban muy interesados los vecinos en que se hiciera. Morena le había dicho que debían juntarse los vecinos y firmar una petición para que les aprueben. Ella creía que sería lindo que se haga porque muchas mamás se podrían juntar a tejer, bordar los trajes a los chicos. Recordó el grabador, y me preguntó si la estaba grabando. Le dije que sí, y volví a explicarle que sólo yo escucharía esta grabación, que era para acordarme de algunas cosas. Entonces me dijo: "*¿Qué me querés preguntar Laura?*".

Un poco descolocada con la pregunta, le pregunté por sus manualidades, cómo iba con ellas. Con la pregunta se relaja la situación comunicacional. No estaba segura si convenía dar marcha atrás con la idea de grabar, por lo que atiné a preguntarle algo que le gustara, sobre lo que suponía se sentía orgullosa. Fue una forma de cumplir el rol que ella esperaba de mí (que interpretaba yo), una especie de reportera que hace preguntas definidas, para que ella se sintiera más tranquila.

Así arrancó el despliegue del relato y las muestras. Estaba haciendo florcitas con la lengüeta o anillas de las latas de cervezas, que rápidamente fue a buscar para poder mostrarme. Junto a nosotras estaba su hijo más pequeño, jugando con la arena del

---

<sup>65</sup> Sólo yo utilizaría esta grabación y no se publicaría, le comentaba. Me dijo que sí, e inmediatamente comenzó a bromear, me pedía que editara lo que ella decía, que cortara lo que no servía. Mientras, saqué el celular, abrí el programa para grabar, y lo puse en la mesita. Una vez apoyado el celular, me decía que las cosas que dijera que no fueran adecuadas la sacara, le respondía que no era necesario, que no publicaría la entrevista, y que era sólo para no olvidar lo que hablábamos.

frente, una plastilina, cuchillo y algunos pelos de los 4 gatos que habitaban la casa. Al volver Julia me dijo que me iba a gustar lo que traía, eran unos elefantes hechos a mano para decorar las cortinas de la pieza de su hija, la más chica. Festejé, y continuó mostrándome unas florcitas que hacía a partir de unas tapitas de chapa (tipo de cerveza), las que previamente eran aplastadas, pintadas con aerosol, agujereadas, y unidas mediante el tejido a crochet, eso pensaba usarlo en la cocina, donde estaba terminando los arreglos de la casa. *“Es entretenimiento”*, me decía, mientras afirmaba que le encantaban las manualidades. Recalcaba que era algo que se tiraba, y ella lo reutilizaba. En el curso de la costanera habían juntado las lengüetas, una vez finalizada la pasada de las comparsas, movilizó a sus hijos para que las juntaran. *“Tráiganme... porque mamá quiere hacer su trabajo, le decía... si... (entre risas) ... es un pasa tiempo ahora que estoy en casa, viste... y quedan lindo... ¿viste?”*. Entusiasmada me contaba que se podían hacer un montón de cosas con esa parte de las latas, como pulseritas, colgantes, y todo lo que pudiera imaginar.

### **El hacer manualidades, el tejer y la costura son como una terapia**

Las manualidades comenzaron con su mamá y su abuela. Julia viene de la abuela, explicitaba en la entrevista, como su referente en la familia, su linaje. Un día de lluvia era común en su casa, cuando era soltera, que se sentaran a tejer, a mirar la novela, mientras iban aprendiendo. No creía saber mucho, pero entendía lo básico, tenía una idea. A veces se le ocurría como hacer algo y buscaba en Facebook como lo resolvían, otras, veía las cosas que hacían y copiaba, como lo de las florcitas que lo vio ahí para un llavero, pero pensó que quedaría mejor para las cortinas. Todo lo hacía a mano, con mucha paciencia, me explicaba. Funcionaba como una terapia para ella, a veces cuando se levantaba estresada, por la cocina, por los problemas que siempre había, se ponía a tejer y se despejaba, se concentraba en esa actividad y encontraba la paz. En esos momentos de hacer lo suyo no peleaba con nadie, les decía a sus hijos que cuando la vieran trabajando, ella estaba buenita, estaba relajada. No le gustaba discutir con nadie, entonces buscaba la forma de relajarse.

Todavía se juntaba con su mamá a tejer, quien era costurera y seguía cosiendo con su máquina. Se encargaba de arreglar cierres, ruedos para la gente del barrio, pero también había hecho el guardapolvo a su nieto (algunas confecciones). En ese momento, tenía 63 años y mucha práctica en costura. Solía hacer acolchados a partir de cuadraditos, los unía, le ponía flecos o pelotitas para adornarlos, tejiendo en verano, en invierno. Había hecho un saquito con esos cuadraditos de lana o a crochet, como un chalequito. En general las prendas/colchas eran para la familia. Antes no se podía vender, me contaba Julia, no se hacían tantas ferias, entonces la mamá de ella y su abuela, cosían/tejían para los nietos, o para los hijos. De esa tradición cree que viene su gusto por el tejido. Eso fue lo que la llevó a aprender, a sus hermanas también le encantan las manualidades y la costura. La más chica, Romina, hace ojotas con flores, todo de tela. El coser, tejer, hacer manualidades es bonito, me explicaba.

El hijo mayor de Julia, Joni, tuvo un retraso madurativo en el lenguaje, que lo detectaron en la escuela Fe y Alegría, las maestras fueron quienes ayudaron a Julia y la guiaron para que pudiera acompañarlo. Dorita, una de las maestras que más acompañó el proceso le decía: *“esto, esto tenemos que hacer Lucia porque el día de mañana él, él va a hacer su vida y si él no se desarrolla en esta vida, ¿Qué va hacer?”*. Julia se asombraba aún de lo que era su hijo, comparado a su infancia. Orgullosa me contaba que él trabajaba y tenía su novia.

A los 5 años de Joni comenzaron los tratamientos. Ella era más joven, tenía sus otros hijos chicos, reconocía que el papá de los chicos la apoyaba, estaba con ella, la acompañaba al médico. Su hija más grande era también la que ayudaba con su hermano más pequeño. Julia tuvo que aprender mucho: a conocer lugares, a vincularse con otras madres que pasaban por lo mismo. Joni iba a dos escuelas, una donde trataban la afección, y otra normal. En el Fe y Alegría entraba a las 13:30 y se quedaba hasta las 16. A las 16 en punto debían tomar el 11, colectivo que los llevaba hasta el Apipé en unos 30 minutos, era el barrio donde estaba la otra escuela. Caminaba 6 cuadras con su hijo a cuestas desde la parada del colectivo, esperando hasta las 19 a que terminaran las clases. Como sus otros hijos eran chiquitos, a la mañana se encargaba de cocinar, limpiar, lavar, y a las 12 comenzaban a bañarse<sup>66</sup>. Los llevaba a la escuela, volvía para atender a su marido, casi que lo echaba para que fuera a trabajar, cerraba la casa y ordenaba lo que hacía falta para no tener que limpiar nuevamente a la noche cuando regresaba. Ella lo tomaba como que no era algo malo, sino que tenía que tranquilizarse, y hacer lo que debía hacer, cosa que hizo hasta que su hijo cumplió 16 años.

Le decía que era mucho trabajo y mucha fuerza la que tenía. La familia la había ayudado muchísimo. A la mañana algunas veces Joni tenía clases de inglés, visitaba al neurólogo, al psicólogo, o a la pediatra. Otras veces se vencía algún papel, había que arreglar alguna orden del médico, cuestiones que se encargaba Julia de resolver o acompañar. Me volvía a repetir que no lo tomaba como algo malo, tenía que sacarlo de eso a su hijo. Hablaba con él: *"Papi, el esfuerzo es tuyo, Mama está al lado tuyo, mamá está acá para todo, pero el esfuerzo es tuyo"*. A veces llegaban a la casa tarde, cansados ambos, pero tenía que cocinar, revisar los útiles, la tarea, el marido, porque había que atenderle también, me explicaba. El marido no se quejaba, me decía, incluso en los momentos en que ella no estaba, él atendía a sus hijos, y las hermanas de ella o su mamá durante la tarde estaban pendientes. *“¡La abuela es de fierro!”*, refiriendo a su mamá, incluso ahora que eran grandes, si su hija se había ido al baile, le preguntaba si ya había vuelto la nena. Era una abuela muy presente.

---

<sup>66</sup> Nos reíamos de la situación pensando en que hubiera sido una buena alternativa *‘manguerearlos’* a todos juntos, tirarle jabón, y que estuvieran listos sin las discusiones que implica el baño durante la niñez/adolescencia en general.

En un momento, toda esta situación se hizo sentir. El marido le decía que tenía cara de cansada, *“ya vamos a tener vacaciones”* le respondía ella, *“ahí voy a descansar”*, porque en diciembre su hijo comenzaba la colonia de vacaciones, y lo pasaban a buscar, no tenía que llevarlo de una punta a otra de Corrientes. No fue suficiente la promesa de descanso de las vacaciones y se enfermó grande. Apareció *“su celíaco”*, me contaba. El marido siempre le decía que pare un poco, que se sentara a comer, pero ella mientras comía, estaba gritando para que se apuraran sus hijos, vieran el tema de la ropa, se bañaran. Comenzó con vómitos y diarreas, lo que la hizo suponer que tenía gastritis o algo del estómago, *“porque viste que todos los nervios van al estómago”*. Se hizo varios estudios, y el doctor le decía que coma liviano, arroz, nada de nervios, que esté tranquila. A modo de chiste le dije, *“claro, que te consiga 10 niñeras”*, nos reímos y agregó Julia: *“me voy a Brasil, a tomar sol, y me curo”*. Entre risas, y chascarrillos, me contaba que no lograban dar con lo que tenía, mientras ella continuaba con dolor de estómago, se le hinchaba la panza, *“parecía embarazada”*, me decía, *“era como tener un sapo en la panza, que hacía cruack, cruack, pero era el dolor de estómago”*. Lo que comía le quedaba atorado, después vomitaba y tenía arcadas, o si no vomitaba, comía y se iba al baño directo. Cambió varias veces de doctor, a ver si le detectaban lo que tenía, pero no había caso.

Pasó de pesar 60 kg. a 36, pero ella no se daba cuenta, como era de contextura delgada no percibía cuánto había adelgazado. Seguía el ritmo de las actividades de su hijo. Cayó en la cuenta cuando se compró un pantalón que era del talle más chiquito, y a su hija de 12 años no le entraba. Esta situación se sumó a una ingesta de mango, que su sobrino le había traído ver la novela, lo que la llevó de urgencia al médico de la descompostura. Era noviembre, internada en el hospital los estudios que le hacían no mostraban nada, pero ya estaba muy débil y su cuerpo no toleraba nada. Entonces, llegó un doctor viejito y preguntó si se había hecho todos los estudios. Julia mostró los que le habían hecho hasta ese momento, porque estaba cansada que le dijeran que era negligencia de la familia, que no se había hecho los controles, que se dejó estar. El médico preguntó si se había hecho una endoscopia, y ella le dijo que no preguntando seguidamente qué era, porque le daba miedo. *“Te van a dormir”*, le explicó, *“te van a poner un tubito”*, y *“te van sacar un pedacito de intestino con una pinza”*. Julia le dijo a su marido que no se quería hacer el estudio, porque tenía miedo. Él le dijo que se lo iba a hacer, que sus hijos la necesitaban en la casa. La hermana de ella se encargaba de Joni mientras estaba internada. Se hizo el estudio y salió que tenía celiaquía, por eso estaba desnutrida, y débil.

El recuerdo que tiene luego de su diagnóstico es el de estar sentada, no tener fuerzas para caminar, se le nublaba la vista. El doctor le preguntaba cómo hizo para aguantar todo este cuadro, que había llegado a un nivel muy grave de desnutrición. Ella pensaba que era algo leve, que habían sido los nervios, así seguía. El doctor le explicaba que todos podemos tener celiaquía, a veces se nos disparaba por una situación de estrés,

por algún problema específico, por la alimentación. Nos reímos nuevamente a partir de los hijos adolescentes, los dolores de cabeza que generan, y que si era por eso todas las madres tendríamos celiaquía. Todavía vivían sus tres hijos adolescentes con ella, y el bebé. En general los ‘maneja’, me decía, pero cuando la hacían rabiar, *“liga el papa, el nieto, la hija, el yerno. Todos juntos”*.

Cuando volvió del hospital no quería salir de la casa, *‘le agarró’* una depresión. Hasta que un día la mamá le dijo que la veía encerrada. Julia no quería salir por como estaba, sentía que lo primero que haría la gente sería mirarla, quizás no por ser malos, pero no tenían idea por lo que había pasado y se iba a incomodar. Entonces, la mamá le propuso tejer adentro, como hacía la abuela. Julia no tenía ganas, no era lo mismo de antes cuando se sentaban y tejían. La madre no hizo caso de lo que le decía, compró revistas y empezó a insistirle en que tejiera, y de a poco se fue entusiasmando. Es el momento donde comenzó a hacer los arigurumis. La sugerencia fue de la mamá, los veía por todos lados. Se sumó la hermana al tejido en la pieza, porque Julia no quería salir ni de la cama. Ahí fue tomando fuerzas. Para cuando se había dado cuenta ya estaba mejor. Creía que el tejido, junto con la mamá y la hermana la sacaron de la depresión.

Julia solía decirles a las personas que si agarran el tejido es para relajarse, cuando tienen un problema pueden desahogarse ahí, *“lo vas a desarmar, y volver a armar hasta que te salga algo que te gusta”*. *‘Tiene un efecto secundario lindo’*, me explicaba. La máquina de la mamá era a pedal, había días en lo que le dolían los huesos, las piernas, pero una vez que se metía en su máquina, se le olvida el dolor, se conectaba con su mundo, le cebaba unos mates, y seguía cosiendo. Una hora atrás quizás se estaba quejando del dolor, de la espalda, de la pierna, pero una vez conectada a su costura, se iba el dolor, me explicaba Julia. Se preguntaba, qué tenían las manualidades que generaban eso, *“será que a las personas que se meten en sus computadoras, o con el trabajo, les genera el mismo efecto”*. Me preguntó que me gustaba, y le dije que a mí me gustaba estudiar, entonces me decía ese es tu mundo, quizás están jugando tus hijos acá, se viene una tormenta afuera, se pelean algunos, y vos estás en tu mundo.

Pensaba que tejer sola debe ser aburrido, en general no lo hacía en soledad, estaba con sus hijos, con su mamá, y con el mate al lado. En ese momento me preguntó si quería un mate, si ella podría compartir conmigo le dije que sí, sino que no se preocupara. Me dijo que podíamos compartir su yerba especial y se fue a prepararlo. Volvió con el mate y unas facturas.

### **Una mamá normal**

Tenía 40 años Julia cuando la entrevisté, y se sentía orgullosa de su edad, aprendió mucho durante su vida, nunca hizo cosas malas, me decía. Los años le enseñaron a vivir. No se sentía ni tan vieja, ni tan joven, sino una mamá normal, ni muy coqueta, ni muy vieja, se pinta, se arregla, pero también grita cuando es necesario. Es la mayor de tres hermanos. Horacio, Morena y Romina (quien participó de la primera reunión de ArteSano). Cuando tenía 12 años más o menos, sus papás se separaron, *“por el mismo*

*cuento de siempre*", no daba la pareja, y decidieron terminarla. Me parecía valiente que se separan en una sociedad como la correntina, que es bastante conservadora, más aún algunos años atrás, le dije. La mamá juntó a los hermanos y les explicó que se terminaría el matrimonio, pero que ellos eran sus hijos. En un momento de enojo la mamá le dijo al padre de Julia que no los vería más, por celos creía ella. Lo echaba, le decía que seguramente tenía otra mujer, ellos (lxs hermanxs) no sabían nada, porque *"antes eran inocentes"*. Julia le decía a su mamá que no era la viveza que tienen los chicos ahora, ellas jugaban con muñecas a los 12 años todavía, su hermano jugaba con autitos. Recordaba que su mamá tejía, mientras ellos jugaban al lado. No tenían esa necesidad de hacer lío o pavadas, era muy distinto a ese momento.

Después de separarse de su papá, la mamá tuvo que trabajar como empleada doméstica. No alcanzaba la plata con la costura, porque tenían que ir a la escuela, se tenían que vestir. La mamá luchó mucho por ellos, pero se vieron obligados a dejar la vivienda en la que estaban al no poder pagarla. El papá no les pasaba la manutención (palabra usada por Julia) porque no tenía más relaciones sexuales con su mamá, entonces le dejaron la casa a él, y se mudaron a un terreno donde no se pagaba. Fue un gran cambio para ellos, se quedaron los cuatro solos, algunas cosas ya no tenían, otras tuvieron que venderlas para que no les faltara nada, y poder *"ir tirando"*. Entendió que había que ayudarla a su mamá, quien hacía tortas fritas, pastafrola, y Julia salía a venderlas, después se sumó su hermano. Morena era chica, pero también llegó a vender en la calle, me contaba. Bartolomé (1982) analiza las estadísticas y los casos de familias matrifocales de sectores marginales de Posadas en torno al año 1981, donde muestra, en línea con el pensamiento de Lomnitz (1991), cómo para su supervivencia estos grupos entablan relaciones interpersonales entre parientes, vecinos, amigos, incluso patronos (para quienes trabajan, y en algunos casos les donan cosas). El caso de la mamá de Julia podría pensarse desde esa lógica, no así directamente el de ella, al menos en un primer análisis.

Julia se consideraba parte de una familia humilde, que sabía lo que era no tener, lo que significaba la sensación de falta y lo que implicaba ayudarse, pero nunca agarraron nada malo, remarcaba. Solían recordar los tres hermanos cuando se juntaban con la mamá, la crianza que les dio y lo orgullosos que se sentían. Nunca agarraron la bebida, ni el cigarrillo, excepto la hermana después de grande, pero no se iban a la esquina a pelear, no andaban por la calle. Su hermano es profesor de la escuela (Fe y Alegría), es el preceptor y gran orgullo de la familia. Él siendo varón, tampoco anduvo por malos pasos, reconocía. Vendió en la calle con ellas, para ayudarle a la mamá, iban a la escuela, tuvieron una linda infancia junto a su mamá. Eso le sirvió de experiencia, me explicaba, cuando hizo su familia. Morena le decía que quizás por todo eso que pasaron es que valoran lo que tienen, y cuidan mucho, así como la mamá les cuidó a ellas, para que no enfrentaran problemas, que tuvieran lo suficiente, así ellas crían a sus hijos.

Al papá no le daba artículo en ese momento que hablamos porque él se había ido y perdió, me explicaba. Cada tanto aparecía y hablaba con ellos, pero ella no podía contarle nada de su vida, porque no había estado. La puede *'tocar'* a partir de interesarse por sus nietos, quienes son lo más preciado para ella, no por ella ya que, si tiene que contarle algo le haría una lista que no sería agradable para él, con todos los regalos de cumpleaños que le debe, por ejemplo. El padre se había vuelto a casar, hizo su vida, la señora era un amor de persona, y siempre le decía a Antonio (el padre de Julia) que fuera a ver a sus hijos, porque no quería que pensarán que por ella no iba a verlos. Incluso con su mamá tenía buena relación esta señora.

Julia y sus hermanos no le echan la culpa a ninguno de los dos, me explicaba, *"ya pasó lo que pasó"*, pero se quedaron con su mamá y es como mamá y papá. La mamá les enseñó que de la puerta para adentro es su vida, su familia, lo suyo, y de la puerta para afuera problema ajeno. Se sentía contenta por como crio a sus hijos, remarcaba que nunca tuvo que ir a buscarlos de la escuela porque se habían peleado. Joni pensaba que su hermano menor haría lo que ellos no hicieron, que se iba a drogar, iba a tomar en las esquinas, se tatuaría, *"sería el rebelde de la familia"*, me contaba. Ella pensaba que no porque estarían sus hermanos mayores para guiarlo. Trajo a colación que en la tele salió que encontraron a varios chicos de una escuela con droga en la mochila (en Buenos Aires), pero creía que su hijo no entraría en esa.

En la escuela secundaria Julia llegó hasta segundo año. El estudiar no era su fuerte, se consideraba bastante bruta para el estudio. Aprendía de otra manera, más lento quizás, me explicaba. Trataba de cumplir con la escuela y hasta segundo año lo hizo, después trabajó, tuvo su novio, y ya comenzaron a ayudarlo a la mamá. No le podían pagar los estudios y había que ayudar a poner el pan en la mesa, ya era grande su mamá y se cansaba de trabajar en casas de familias. Entonces ellos tres decidieron trabajar en cosas honradas, y pasar como pudieran para que no les faltara lo necesario. Interpreto que Romina es hija de otro padre, y más chica que ellos, ya que no aparece en el relato de la infancia/adolescencia de Julia.

Siendo grande el hermano le dijo a la mamá que iba a trabajar y estudiar, su mamá lo apoyó en lo que pudo. Se cruzaba a la UNNE, pagaba las fotocopias y lo logró. Era profesor de la escuela, también técnico de computadoras, y tenía muchos títulos, porque le encantaba, era preceptor y estudió además para hacer masajes con piedras calientes, para relajar el cuerpo. Con su título y el trabajo se compró su casa, su auto, tiene su pareja, el único problema que ven es que no quiere tener hijos, porque tampoco le quiere prohibir a su pareja que estudie, quien está haciendo su carrera. Él quiere tener sus cosas, prepararse con tiempo para el bebé, dice que además tiene sus sobrinos. Morena y Julia sostienen que es su orgullo, porque los otros muchachos jóvenes que pueden hacer algo bueno, se tiran a otras cosas. Ella cree que su hermano se puso la cabeza en blanco y dijo, *"yo quiero esto para mi vida y mi futuro"*, y lo hizo, lo logró por sus propios medios, con su lucha, con la familia y *"la vieja que es de hierro"*. Esa es la meta

que le pone ella a sus hijos, si el tío pudo, con las facilidades que tienen de trabajo, de estudio, que les pagan (las becas progresar), cómo no van a terminar una carrera, como no van a estudiar, hay muchos trabajos lindos, *“méntanse en la cabeza que el futuro es para ustedes es el día de mañana”*, les remarcaba.

Trabajos lindos pensaba Julia que eran los de maestra jardinera, la carrera de farmacéutica, peluquería, otras profesiones como carpintería, albañilería. Lo importante era tener un título, le decía ella a sus hijos, y me lo repetía. Porque, si una señora necesita alguien que sepa de peluquería pueden ir y presentar su papel (el título), porque si no presentas nada, no te toman en serio. Muchas veces ella se anotó en cursos de tejido, pero no los pudo terminar, entonces no tenía ese papelito le decía a su mamá, y es como si fuera nada. Ella hacía sus manualidades, y las vendía a quien le gustaran, pero sí tendría que entrar en una empresa que quiera su trabajo, tendría que presentar un papel. A Joni cuando comenzó a trabajar en Alba le pidieron su experiencia. Había trabajado en la DPEC haciendo pozos, entonces el patrón habló para corroborar que el muchacho trabajaba, *“él es guapo, honrado, cumplidor”*, me explicaba Julia. No es porque sea el hijo de mi marido que ya trabajaba ahí que lo iban a tomar, me aclaró, no había ‘acomodo’. Él tenía mucha experiencia y estudio, por eso lo habían tomado. Le decía que si estudiaba y presentaba que había terminado su secundaria era bueno, porque *‘ahora donde buscas trabajo te piden secundaria completa, es lo mínimo que piden, o experiencia’*. En su época, recuerda que pedían la primaria terminada, con eso era suficiente, pero ahora había cambiado todo.

Me explicaba que ella aprendió de su abuela, le gustó y fue mirando y aprendiendo, lo que es bueno para sí, pero si le pusieran alguien que supiera más, se quedaría mirándola y no haría más lo de ella, porque no le podría enseñar a esa persona. Probablemente esta persona que tenía título, haya tenido maestros que le enseñaron, *“por eso el papel es algo que muestra tu esfuerzo”*. A dónde vas te preguntan por tu experiencia, y una puede mostrar su experiencia, pero no tiene un papel, no tiene tanto valor su experiencia como el papel.

Mientras retaba a su hijo porque estaba desparramando la arena del frente, comenzó a contarme que estaban arreglando la casa porque era muy baja, entonces cuando llovía, como el PROMEBA había levantado la calle, el agua de toda la cuadra iba a parar allí. Debían levantar las cosas, todo se ensuciaba, y se infectaba, hasta que un día le dijo a su marido que se terminó: *‘me cansé’*. Entonces empezaron a *‘altear’*, tiraban tierra primero, tenían que traerla de distintos lugares, todavía estaban rellenando el fondo, por eso la encontré toda transpirada, porque trabajaba con su hijo. La última lluvia había llegado el agua hasta la puerta, pero no ingresó, quedaron algunas goteras, pero no la catarata que tenían antes; *“faltaba que saltaran los pescaditos y que mi hijo saliera con una caña de pescar”*, bromeaba. En ese momento les faltaba levantar el techo de la galería, que había quedado bajo con la nueva altura del piso. También habían arreglado el baño, porque antes no tenían cloacas, pero con el PROMEBA al conectarse,

aprovecharon para repararlo. Al pozo negro del fondo, lo estaban rellenando, porque el riesgo de desmoronamiento que tenía. Ella pensaba que el día de mañana sus hijos eran los que iban a terminar de arreglar su casa.

El que trabajaba en eso era su marido, *'el jefe nomás tira'*, van de a poquito, me explicaba. Él trabaja en Alba Construcciones, un lugar donde venden materiales para la construcción. Estos arreglos de la casa se van haciendo a partir de créditos grandes que saca donde trabaja, que le van descontando del salario, luego vuelven a sacar, pagan eso, y vuelven a traer materiales. Estaban agrandando la cocina esa vez, ella sentía que faltaba, pero lo principal era dejar de tener agua adentro de la casa. Quería poner piso en la parte de adelante y la cocina, ya lo habían hecho en el pasillo. *'Altearon'* ya una pieza, tenía piso, revoque, y faltaba *'altear'* el techo. La pieza de ella ya estaba terminada, iban por partes y de a poco.

Los hijos ayudaban, Joni también lo hacía. Solía preguntarle qué era lo que había que comprar, *'no me quejo de mi hijo'*, explicaba Julia. Los fines de semana le daban \$500 o \$600 para resolver cuestiones relativas a la comida, como la carne. Se siente muy orgullosa de él, pasó mucho pero no quedaron secuelas y ahora trabaja con el papá, pasó la prueba y quedó, y está en blanco, al igual que su papá. Julia agradece a Dios por esto. Joni (19 años) en cuarto año le dijo que no quería estudiar más, no quería ir más a la escuela, y ella aceptó eso.

Su hija, tenía 22 y un hijo, Uriel. Estudiaba para maestra, pero dejó cuando nació el bebé, como no consiguió la carpeta, me contaba Julia, se metió en farmacéutica, que dura 6 meses. Ella le decía que estudie, porque si no estudiaba no había trabajo, no había nada. *"No es deshonra mami, ir a lavar un piso porque yo lo hice cuando... no había otra cosa... pero... si vos tenés tu título, un buen trabajo, tu obra social todo eso... es bueno le digo yo"*, más aún con el bebé. Julia insistía a su hija para que terminara su carrera, que además le gustaba. De a poco iba guiándole, después cuando ella muera podrían disfrutar su vida, bromeaba, pero mientras, le haría la vida imposible para que dijeran que estaba encima, *'soy muy exigente'*, me decía. Eso explicaba que ella no los encontrara en la esquina, que llegaran a horario a la casa, que le dijeran a donde iban, o que la llamaran ante algún cambio. Son pequeñas recomendaciones que les daba para que no la hicieran preocuparse, porque había muchas cosas en la calle.

El barrio andaba bastante tranquilo en ese momento, pero siempre estaba la droga, me explicaba. No se comunica en general con mucha gente, más bien se saluda, pero no sabe mucho de la vida de cada vecino, tampoco el nombre. Siempre se manejó de su casa para adentro con sus hijos, si ellos tienen amistades, les decía que fueran a su casa para poder controlarlos, no se tomaba ni se fumaba ahí, porque tenía un hijo con asma y el nieto con broncoespasmos. Ni el jefe de la casa (así denomina a su marido) tomaba ahí, los hijos menos. Nunca tuvo problemas con los muchachos, siempre les habló bien. Lo que hagan en otro lado, quedaba a su criterio, pero tenían que respetar

la casa, me contaba. No les negaba que estuvieran, que escucharan música, siempre tuvo mucha 'junta' su hijo, pero se drogaron, si alguien agarraba sus hijos no querían.

A veces su hija le decía: "*Ay Mamá me tenés cansada con...*", y Julia le explicaba que la vida era muy distinta ahora, '*vos salís y te puede pasar algo en la calle*'. Recordaba que cuando salía a vender tortas fritas nadie le hacía nada, le compraban '*gente de familia*', pero ahora no pueden salir más las chicas mostrando el pecho, o vestidas de determinada manera, porque le gritan cosas. Antes no se escuchaba que dijeran tantas cosas a una chica linda. Le suele recomendar a su hija que se fije, que vea como se viste, cómo anda, que no muestre su celular.

### **“Si le gusta, le gusta”: vender souvenirs en el barrio**

En ese momento que la visitaba preparaba el cumpleaños número 2 a su nieto, hacía los centros de mesa. Los buscó y los trajo para mostrármelos, donde había re-utilizado unos CD que estaban por ser tirados y unas maderitas de soporte. Me contaba que los iba preparando mientras tomaban mate con su hija, '*para que vea que la abuela le quiere*'. Los cumpleaños y las fiestas familiares se festejaban en lo de la abuela, al lado de lo de Julia, en un terreno mucho más alto, donde había un galpón, que en ese momento estaban techando. Ese es '*nuestro salón*', me graficaba Julia. Morena, Romina y ella se encargaban del cotillón, en goma eva, porcelana, cartulina, resolviendo todo lo que sean adornos.

Lo que ella hace, o amontona, en sus términos, eran pensadas en general para sus hijos. Por ahí se acercaban personas del barrio y le pedían cosas de cotillón, para un cumpleaños, para una comunión, entonces hacía souvenirs en porcelana o en telgopor. Los vecinos reconocían que trabajaba con sus hermanas. Cuando le encargaban un trabajo, solía pedirles que trajeran los materiales y cobraba la mano de obra, algunas veces si la señora quería que cobre todo junto, ella se encargaba de comprar las cosas, entonces calculaba ese gasto más su mano de obra. El precio de lo que vendía dependía de las horas que le llevó hacer. Si le pedían 10 o más souvenirs en porcelana fría, por ejemplo, cobraba \$25 cada uno si tenían muchos detalles, si no son tantos sólo \$20. Me recalca que había que tener mucho cuidado al trabajar con la porcelana fría. Para realizar tejidos, si era para ella lo hacía "*así nomás*", pero cuando era para otro prestaba más atención a los detalles, para que le guste lo que hacía, y a su vez cuenta a otras personas, lo que se traducía en mayor cantidad de pedidos. Eso hacía que siempre fueran a pedirle las chicas para un bautismo, alguna comunión, me contaba.

En ese momento estaba pensando en hacer carteras de jeans para venderlas. Se había enamorado de esas carteras y pidió prestada la máquina de coser a su mamá, pensaba que debía comprar muchas agujas por si se rompían al usarlas con la tela dura del jean. Había visto ese tipo de carteras con dibujos, con tejidos, con adornos, con tachas, con lana. Su idea era hacer una cantidad de ciertos modelos, mostrarlos en el barrio, y después ir también a la costanera, mientras toma mate, expondría sus carteras. Si vendía esa primera tanda, vería de hacer más. Estaba entusiasmada con esa idea,

venía dándole vueltas al asunto, me decía. Había pensado también en incorporarle las pelotitas de lana, que veía se usaban mucho, cualquier cosa podría usar para diferenciar las carteras. Estaba con la luz prendida, me decía, haciendo referencia a que estaba con ideas nuevas. Había averiguado que el metro de tela de jean estaba \$40, y probaría cuánto usaba para una cartera, dependiendo del tamaño. Quizás podría hacer unas mochilas también, me contaba extasiada. En eso irrumpió el hijo de Julia, quien estaba jugando al lado nuestro, para contar que él también tenía una mochila, una de Mickey. *‘¡Que linda esa mochila!’*, le dije. Julia contó que estaba por comenzar la salita de 4, en el jardín de la escuela Fe y Alegría.

Desde que se casó no salió a trabajar, siempre estuvo en su casa haciendo lo que le gustaba, me explicaba. Algunas veces le traían alguna propuesta, le decían si se animaba a hacer algo en particular, ella le mostraba como quedaba, porque era más un hobby que una responsabilidad, como de decir, *‘hoy tengo un montón de trabajo...’*. La iban conociendo por lo que hacía. Por ejemplo, armó la decoración de corazones para los quince de su hermana, y cuando preguntaban quién los hizo, o expresaban que estaban encantados con los souvenirs, le respondían que Julia los había hecho, así se fue haciendo conocida. Para su hermana más chica también hizo la decoración de sus quince, esa vez de arco Ramona y estrellas. Para un cumpleaños de un sobrino le hizo cositas. Para la comunión de su hijo hizo unos angelitos en porcelana con unos rosarios de perlititas, y las mamás le preguntaban dónde había comprado, quién lo había hecho. Ella le decía que ella, como *‘haciéndome propaganda’* me decía, entonces le pedían el número, le decían lo que necesitaban, les mostraba donde vivía y quedaban en conversar, así cuando venían a su casa les mostraba las cosas que había hecho, dependiendo de lo que quería el cliente<sup>67</sup>, me explicaba.

Al terminar la grabación de la charla, mucho más relajada ella, como se nota en el relato, me contó que dejó de participar de ArteSano porque Jéssica quería hacer todo, que no le daba espacio, que quería ser la única. Julia prefería compartir, pero ella se sacaba fotos y mandaba como que era la que hacía todo. Morena le cuestionaba preguntando qué pasaba que Jéssica subía fotos y no aparecía ella. A Julia eso no le interesaba, no era lo importante. Cuando me estaba hablando llegó un hombre, no estoy segura si era su hijo o su marido, pero ella siguió hablando, aunque su expresión cambió, en un momento la miro, y tenía la mirada más dura, menos abierta que antes. Justo le había dicho que me tenía que ir (no quería que *‘me agarrara’* la noche en el barrio). La conversación seguía, se sentía cómoda hablando. Habíamos quedado en volver a charlar el viernes siguiente, pero no volvimos a vernos más que de pasada con Julia desde ese día.

### Las prácticas del cuidado y el hacer arigurumis

En la primera parte de la tesis Julia aparecía como quien tejía en su tiempo libre, era su pasatiempo, decía que nunca había vendido para afuera, hacía los arigurumis del

---

<sup>67</sup> Pasaron de ser mamás a ser clientas.

hombre araña, por ejemplo, porque su hijo más pequeño estaba fascinado con el personaje. Usaba para tejer el tiempo de espera en el médico de Joni, la siesta cuando su marido se iba a trabajar y los hijos a la escuela. Después de la entrevista ese espacio de la siesta cobra otra dimensión, otra profundidad, es el tiempo donde estaba sola en su casa mirando la novela, era su tiempo.

El proceso más evidente en torno a la pregunta que guía esta investigación tiene que ver con el hacer manualidades, que para Julia explícitamente es como una terapia, un espacio para descargar los problemas en una etapa de su vida, un momento compartido junto a otras mujeres a veces, pero que a su vez le fue permitiendo hacerse conocida en el barrio por lo que hace. El reconocimiento tiene dos momentos analíticos. El primero se da cuando es conocida por hacer souvenirs para sus hermanas, luego para sus hijos, anclado en sus relaciones familiares. El otro momento, cuando ella comienza a enseñar primero en ArteSano, y luego en la CCC que cuenta al inicio de la entrevista, que da lugar a su proyecto de hacer carteras para vender (ya no con destino primero para su familia).

Un aspecto simbólico cobra relevancia en el hacer, específicamente en el pasaje donde si venía alguien con un título ella no podría enseñarle mucho. En ese enunciado que queda un poco desarticulado de las historias que contaba, quizás se pueda vislumbrar que ella se para desde un lugar en el que además de saber, puede demostrar lo que sabe, pero que encuentra un límite esa demostración, el no disponer de un título. El título, que también apareció como detonante para Graciela y para Jéscica, y en el próxima parte veremos cómo influye para Ramona también, es una frontera, cual capital cultural objetivado en términos de Bourdieu (2014) encarna una carta de presentación frente a extraños que no saben lo que ellas hacen, o pueden hacer, en el caso de Julia para quien podría contratarla hipotéticamente. En los términos de Munn (1986) podríamos pensarlo en términos que extiende la circulación del nombre más allá del barrio. Allí no hace falta el papel, ella es conocida, y cuando no lo es, puede mostrar lo que hace llevando sus arigurumis, las florcitas, y demás. Se vincula además con esta necesidad de mostrar lo que hacen que me sorprendía en la primera reunión de ArteSano, como una forma de exteriorizar y objetivar lo que saben para alguien que no las conoce. No tienen título, pero tienen su hacer, y mostrarlo, hacerlo visible es la forma de dar cuenta de ello.

La relevancia del título es trasladada a lxs hijxs en la insistencia en que terminen sus estudios, que necesitan un título para conseguir un trabajo lindo. Pero esto no la inmoviliza, ella piensa en hacer carteras para vender, lo que marca un desplazamiento en el hacer de Julia, que pasa de vender porque las personas le decían que era lindo lo que hacía, a vender porque ella cree que algo puede ser querido por otras personas. También la corre del lugar donde alguien podría contratarla, para ella generar.

## Las configuraciones del cuidado

En todo este trayecto aparece una configuración particular que es la que sostiene la práctica de Julia, y tiene que ver con su familia. Si bien la escuela y la ayuda social del Estado están presentes, por momentos de manera más intensa, su práctica descansa en lo aprendido con la abuela, porque *“ella viene de la abuela”*, en el sentido de tradición y en su propia experiencia. Las manualidades y el tejido particularmente fueron muy importantes en su recuperación, después del cuadro de desnutrición, y la posterior depresión, sumado al cuidado de su madre hacia ella, tanto como sus hermanas.

Las relaciones que se tejen en el núcleo familiar van marcando el ritmo de su hacer. Del tejido con la madre y las hermanas, al cuidado de los hijos, y de ahí al rol de esposa, de tener que atenderle también al marido, lo que implica hacerse un tiempo específico para ello, son actividades enlazadas. Esta experiencia de Julia me permite ahondar en la cuestión de la división sexual del trabajo que pensaba en un primer momento anclada en las manualidades como una actividad feminizada, pero acá aparece cómo se configura en la experiencia. Sin considerarla como algo estable para todo tiempo y lugar, aparecen ciertas regularidades en las historias de Julia, de Ramona, de Jéssica y de Graciela, donde hay comportamientos esperados del hombre en la relación marital (todas ellas están casadas de hecho), lo que implica pensar que también sucede su opuesto complementario, esto es, comportamientos esperables de la mujer, que se van entrelazando en los relatos, vinculando el ser madres y las actividades inherentes.

Uno de los enfoques predominantes desde la economía feminista o de género para abordar esta diferencia en las tareas es el de las brechas salariales del mercado formal, con autoras como Mercedes D’Alessandro (2016) para el caso de Argentina, cuestión que en los sectores populares no tiene relevancia inmediata, pues la relación salarial formal no es significativa, tal como he mostrado hasta ahora (ninguna cobra un salario “en blanco”, o mantiene un trabajo en relación de dependencia). Sin embargo, la división de tareas entre hombres y mujeres, y las implicancias de ellas en las sociabilidades, se mantienen en ambas esferas (formales y populares) pero con características diferenciales.

Julia comentaba que desde que se casó ella no trabaja, asignándole cierta distinción respecto a quienes sí lo hacían. Transmite una suerte de valoración positiva al no trabajar afuera de la casa, el dedicarse a los hijos como principal tarea de quienes están casadas, diferente a la situación de su madre (separada), o su cuñada que está terminando sus estudios. También señala que *“el jefe nomás es el que tira”*, refiriéndose a su marido. Momento donde categorías de reconocimiento de las esferas públicas, ingresan en un espacio más doméstico, marcando una relación de dependencia. Julia quería que se hicieran mejoras en la casa, pero quien trabaja y disponía del dinero y la fuerza para hacerlo era su esposo. Una diferencia entre quien decide (¿desea?) y quien ejecuta, al menos en parte y en esa esfera.

Esto nos lleva a otra línea prolífera sobre las discusiones del rol de las mujeres en el cuidado de los otros, asociado al trabajo no remunerado. Christine Delphy, por ejemplo, lo analiza partiendo de las ideas de Simone de Beauvoir (2009), donde el debate circula entre la necesidad de remuneración de ese trabajo, el reconocimiento social del mismo, o el modo de producción asociado a esa actividad. Cristina Morini (2014) señala que en el traspaso del capitalismo industrialista-fordista al biocapitalismo, se genera una modificación en la valorización del trabajo, donde el modelo de los cuidados “*se vuelve entonces una estrategia de gobierno de la complejidad y de despotenciamiento de las conflictividades*” (Morini, 2014, pág. 207), que parte de un análisis y un diagnóstico desde la biopolítica de Foucault. En parte, mirada desde una lógica externa a las personas, pero con efectos concretos a nivel social. Lo recorrido hasta aquí me permite poner en suspenso esa afirmación, para dar cuenta de que a pesar de compartir que se modificó la valoración del trabajo a nivel social en los últimos años, eso no necesariamente lleva a una estrategia de gobierno de la complejidad, y menos aún quita la potencia de los conflictos, sino más bien que cambia las condiciones en las cuales se hacen cuerpo. De allí la relevancia de comprender desde la situación que analizamos cómo operan estas movilizaciones globales del capital y las transformaciones respecto a las nociones de trabajo.

Una primera cuestión es comprender cómo se construye la persona que trabaja y cómo se relaciona con lo producido en una conceptualización marxista del capital, pero más aún, occidental, porque es una de las teorías desde las cuales se diferencia la producción de la reproducción. Strathern (2006) en “*El género del don*” marca una diferenciación a partir de considerar a la persona occidental, como socializada e internamente controlada, emergente de un microcosmos de domesticación, donde los recursos naturales se encuentran disponibles para su uso cultural. En este sentido, la persona es pensada como un conjunto de reglas y convenciones, que permiten considerarla como propietaria original de sí misma. Este ser propietaria de sí misma, se transforman en el objeto de discusión de la antropología, ya que evidencian un tipo de economía política, donde prima el individualismo metodológico.

En esta línea, el modo de producción capitalista implica que toda mercancía una vez que juega el papel de equivalencia en el intercambio, se convierte en la medida de otras mercancías (se vuelve comparable). Si pensamos que la mercancía en sí misma no revela el valor esencial (trabajo humano) sino que permite el pasaje del valor a una característica de las cosas (Godelier, citado en Strathern 2006), se deja atrás la relación a priori con quien produce. Esta relación es tomada metafóricamente, señala Strathern, en las construcciones sobre la división sexual del trabajo, para lo cual avanza en una comparación entre la cultura occidental y la melanesia extendiendo el contraste interno entre mercancías y dones, para dos formas culturales, externa una a la otra.

Josephides<sup>68</sup>, plantea Strathern (2006), considera que las desigualdades son creadas en la relación entre la producción y el intercambio. Esto le interesa a ésta autora porque manifiesta dos cuestiones: el supuesto de que el trabajo está sujeto a conversión de valor (de modo que puede hablarse de que existe una apropiación del trabajo), y que las personas deben poseer o retener el control sobre lo que producen. Respecto al primer punto, hay una percepción occidental de que toda conversión de valor implica una explotación, es decir, que el valor que las personas adquieren para sí es visto como obtenido a expensas de otras personas. En el segundo emerge una mistificación de las relaciones sociales, donde las mercancías son presentadas como bienes, lo que los promueve como objetos que contienen valores en sí mismos, capaces de ser poseídos y de circular como propiedad, sin referencias a sus fuentes sociales de producción. Los bienes son creados a través del trabajo específico de trabajadores concretos, ese trabajo es incorporado en los bienes como trabajo abstracto, de modo que el origen del trabajo de trabajadores específicos se vuelve irrelevante, desde la mirada analítica de lo social. Esto permite que los bienes sean apropiados como propiedades de nuevos dueños, vinculados a la virtud de sus propias acciones, la propiedad así implica el control sobre la alienación de las cosas. Es posible este pasaje a partir de que el trabajo y sus productos pueden ser construidos como propiedades alienables y puestos al control de otros a partir de la comparación (su medida relacional del valor). Esta sería la racionalidad interna de las relaciones de producción y la ideología que la constituye según la cual la separación entre el trabajador y el producto sería incuestionable. El marxismo lo cuestiona, la teoría económica lo da como un hecho.

La cuestión es qué pasa cuando se producen manualidades, como en el caso de Julia, donde la persona de quien las hace aparece envuelta en las razones por las que se compra (también sucede con bienes diferenciados por marcas, en el mercado occidental no competitivo). La no separación sobre lo realizado, no le da un status de mercancía a lo que hace Julia, pero tampoco es un don en sentido estricto. Además de no desprenderse, este hacer involucra una terapia, un efecto “positivo” sobre quien lo hace, y lo producido, es pasible de ser vendido, o mediado por un precio que puede entenderse en parte como la forma de abstraer a la persona de lo realizado, extendiendo su circulación por fuera de sus relaciones sociales más estrechas (familiares en este caso). Dejamos esta argumentación hasta acá, para retomarla en el próximo apartado. Continúa explicando Strathern (2006) que en los 70’ el debate sobre el trabajo doméstico giraba en torno a la medida en que las relaciones domésticas se situaban fuera de las instituciones de la economía capitalistas, como también en torno a saber si la propia

---

<sup>68</sup> Para Josephides (1982) en los intercambios de cerdos de las sociedades Hagen se oculta la relación entre el prestigio adquirido y el trabajo reproductivo incorporado en los cerdos. La fuente de esa disimulación u ocultamiento está en los intereses de los ‘grandes hombres’ por el prestigio y la ampliación del grupo, y la lógica recíproca, de que no existe un hombre fuerte sin un grupo fuerte. Pero en ese proceso de examinar el igualitarismo, ella introduce los mismos presupuestos de propiedad encontrados en las discusiones sobre las economías cazadoras-recolectoras en la tradición de la antropología económica, es decir, el argumento implica supuestos sobre la propiedad, lo que interfiere en la comprensión de las premisas de acción social melanesia (Strathern, 2006).

noción de trabajo concreto en el contexto doméstico no es ella misma una mistificación. Este trabajo no tiene valor social no porque se origina en personas específicas no reconocidas, sino porque permanece en el ámbito privado, no siendo posible de ser abstraído en términos de cantidades promedio, y no circula ni tiene visibilidad fuera de la esfera doméstica. Para esta autora entonces el trabajo de las mujeres en la melanesia no puede ser considerado como alienado, pero no obstante se produce una transformación radical de valor que sustenta la distinción entre producción y transacción (Strathern, 2006, pág. 239). Si una división del trabajo entre los sexos define su relación, entonces el trabajo no tiene un valor abstracto fuera de esa relación (si el trabajo de una mujer es lo que hace para su marido, ella no podría vender ese hacer para otro).

Silvia Federicci analiza también las relaciones intrafamiliares, occidentales si se quiere, desde una mirada marxista en diálogo con la feminista, para incorporar la idea del *“patriarcado del salario”*, situación que se consolida en su análisis histórico a finales del Siglo XIX y a comienzos del siguiente, cuando el salario obrero masculino se multiplicaba por dos, las mujeres que trabajaban en las fábricas hasta ese momento eran rechazadas y enviadas a sus casas, convirtiendo así el trabajo doméstico como el principal de éstas, transformando a las mujeres en dependientes.

A través del salario se crea una nueva jerarquía, una nueva organización de la desigualdad: el varón tiene el poder del salario y se convierte en el supervisor del trabajo no pagado de la mujer. Y tiene también el poder de disciplinar. Esta organización del trabajo y del salario, que divide a la familia en dos partes, una asalariada y otra no asalariada, crea una situación donde la violencia está siempre latente. (Federicci, 2018, pág. 13).

Esta autora pone el centro de su atención y las críticas hacia el marxismo, y la sociedad en sí, en la reproducción de la sociedad, tomando para ello la premisa de que la fuerza de trabajo se debe producir, el trabajo doméstico es el que produce la fuerza de trabajo y no lo hace a partir de las mercancías, sino que se reproduce en las casas. Este trabajo no visible y además desvalorizado como tal, considerado degradante o poco creativo (desde una mirada externa, social), *“ha sido convertido en un trabajo que oprime a quien lo realiza porque se realiza en condiciones que quedan fuera de nuestro control”* (Federicci, 2018, págs. 18-19).

El problema de este planteo, además de ser eurocéntrico, en el sentido que incorpora experiencias de países centrales en la geopolítica mundial, donde el salario ha funcionado de diversas formas como organizador de lo social (Castel, 1997), tiene el foco puesto en el control de lo producido, en este caso el trabajo de las mujeres sería crear la fuerza de trabajo, es decir, crear trabajadores, lo que está ocultado en las relaciones de producción capitalista, tal como lo señalaba Strathern (2006). Las experiencias de las mujeres que conté hasta acá dan cuenta de que no son completamente dependientes del salario del marido, más allá de que las condiciones de trabajo actuales no sean necesariamente equiparables a las que analiza Federicci. Ellas producen más que cuidados, y/o trabajadores y cuidadoras (hijxs), ellas hacen

manualidades, hacen productos textiles, vienen de tradiciones que ya lo hacían. Este es el desplazamiento que quiero introducir en estos análisis feministas-marxistas, pero también en aquellos más militantes que asumen que las mujeres que son amas de casa, o que pertenecen a sectores populares están sometidas solamente a una relación de dependencia.

Tal como señala Schiavoni (2014), citando a Strathern, resulta absurdo pensar el dominio político y el doméstico desde un diagrama prefijado, como aspectos internos y externos de una estructura, pues: *“en el dominio doméstico pueden plantearse relaciones colectivas, análogas a las relaciones políticas. Asimismo, el dominio político o colectivo puede “domesticarse”* (Schiavoni, 2014, pág. 336). Esto da fuerza a la idea de que lo doméstico puede ser pensado como un espacio inferior, o aislado de la política, o el valor social de identificar el sentido, sólo desde una mirada estrecha, estructural, que no reconoce las dimensiones que se movilizan allí. Asimismo, continúa esta autora, explicitando la diferencia en la producción y reproducción para la agricultura familiar en la participación en el mercado y en las ferias, éstas últimas, aparecen como el dominio de lo femenino, donde para llegar los grupos de mujeres, familiarizan las relaciones de producción asemejándolas al vínculo madre-hija, *“que expresa, simultáneamente englobamiento protector y subordinación”* (Schiavoni, 2014, pág. 344). Estas relaciones permiten reflexionar sobre la idea de matrifocalidad (Bartolomé, 1982), pero en los procesos de producción, o de creación, diría, donde aparecen mujeres que son madres y sostienen a sus hijas, y las hijas que recrean ese vínculo, donde no dejan de estar presentes las relaciones de jerarquías que rigen al interior de las familias nucleares y ampliadas, pero que a su vez, promueven formas de interacción que traspasan lo “doméstico”, o el espacio de la casa.

De igual manera, abordando el vínculo desde una visión más global, existen relaciones de género diferenciales y una división sexual del trabajo que invisibilizan el aporte de las mujeres en general en la reproducción, pero eso no quiere decir que las mujeres no tengan sus grados de libertad incluso en los sectores populares, que les permiten crear, hacer terapia, y hacer algo que es vendido, lo que les genera un ingreso, desear transformaciones en sus casas, buscar “salir adelante”, y ese dominio no es sólo doméstico, sino que lo trasciende.

De la división sexual del trabajo donde los hombres salen afuera de la casa a ganarse un salario, y las mujeres se quedan a criar los hijos como cierto mandato, emergen las formas de ser madre. El ser madres limita las posibilidades de trabajo fuera de la casa, fuera del espacio doméstico según los análisis sobre el mercado laboral y sus brechas (D'Alessandro, 2017), pero en el caso de Julia, y de las mujeres que vimos, esa limitación no estaba anclada en esa condición, sino más bien en su posición en el espacio social (no tenían títulos para demostrar lo que sabían, no había quién las contratara, dirán en el capítulo 8). Eso no implica no trabajar, sino otro tipo de actividades, como las manualidades cuando disponen de tiempo o los hijos van

creciendo. Buscan becas, o trabajos cercanos para disponer de horarios flexibles que habiliten acompañar la crianza de los hijos, tal como lo mostraba Jéssica, incluso pueden montar un taller textil en la misma casa como Graciela, y como muchas otras modistas (Hlebovich, 2013), que combina lo doméstico con lo productivo para una cadena informal.

### **El proceso del hacer manualidades mientras se cuida**

Strathern (2006) elaboró la caracterización de la economía de los dones en oposición a la economía mercantil no simplemente para concluir con una validación ambigua de las desigualdades entre hombres y mujeres, sino que quiso formular la transformación efectuada por los hombres en la creación de productos de riqueza “fuera” de los productos de las relaciones domésticas. El encadenamiento general de las relaciones significa que las personas son múltiplemente constituidas. No hay una presunción de unidad inherente: semejante identidad es creada solamente para los efectos específicos y transitorios. La transformación es entonces vuelta visible como una transformación de fuentes de identidades múltiples en singulares. Una identidad múltiple es solapada por sus objetivos específicos. En el corazón de las relaciones domésticas, entonces, así como más allá de ellas, un efecto depende de eclipsar el carácter múltiple de la composición de las personas y de las cosas.

Este punto de la composición de personas múltiples aparece quizás la idea de trabajo conjunto que muestran en sus relatos las mujeres, específicamente Julia. En el caso del cuidado de los hijos, ellas son las responsables, pero el hombre aparece como quien debe proveer de ingresos para que ellas definan en qué se va a gastar, específicamente para el mejoramiento de la casa, para garantizarse mejores condiciones de vida, y hacerlo para sus hijos, sobre todo. Entonces, la mujer cuando está cuidando está realizando un trabajo social reproductivo indiscutible, pero también lo hace el hombre al trabajar afuera. Son trabajos de distintas naturalezas, cuyo sometimiento o condiciones de explotación son fáciles de ver en términos de variables agregadas, pero que no tienen una traducción inmediata en las percepciones y deseos de las personas que están detrás de esas variables (no podemos hacer saltos analíticos entre estructuras y agencias).

Considerando estas relaciones que aparecen como inherentes a la posibilidad de que Julia pueda dedicarse a hacer arigurumis, o experimentar con materiales reciclados, sumada a las ganas que ella vuelca en esa actividad, podemos pensar el proceso que está involucrado. Hay una trayectoria de hacer algo con las manos en el espacio que aparece como de encuentro entre mujeres, con ese “*venir de la abuela*” y las prácticas que fueron transmitiendo. A su vez, ese hacer, antes era especialmente dedicado a la familia, donde en el caso de los souvenirs para distintas festividades lleva incorporada una muestra de afecto, “*para que vea que la abuela le quiere*”, se materializa. Un efecto de esto es hacerse conocida, en tanto, eso que se hace para la familia es visto por otras personas cercanas. Estas personas al gustarle lo que ven, lo van pidiendo. No hace falta

un título en estas relaciones, la expresión de la manualidad es material, es una experiencia (en el caso de las fiestas y sus decoraciones), como tampoco hace falta otro tipo de promoción. Es un mecanismo de hacer y vender que se mantiene conectado con las relaciones próximas y con lo doméstico.

Luego de participar en el espacio de ArteSano (en principio no aparece otra referencia previa), Julia comienza a enseñar lo que sabe, sin tener más que lo realizado como muestra de su saber frente a personas que no la conocen. Incluso, en ese contexto aparece el no saber ponerle precio a lo que hacía, especialmente a los arigurumis, mientras que para los souvenirs de porcelana fría tenía calculado en pesos el costo de su trabajo, de su saber hacer, que variaba de acuerdo a la complejidad de lo que le pedían. Lo que marca esta diferencia en el cálculo, en la posibilidad de hacerlo, es el ser conocida o no por quien tiene en frente.

Ese pasaje hacia el enseñar también se traduce en la actividad que desarrolla con la CCC, a pesar de que prefiere dejarla ya que implica más tiempo del que quiere fuera de la casa. En este sentido, eso que hacen, las manualidades en general, no tiene solamente un estatus de cosa que circula en lo familiar, como un don si se quiere, sino que se desborda hacia la vecindad, presentando una circulación restringida, pero donde se transforma en parte en una cosa pasible de ser valorada en pesos. Además, también valida a quien lo hace para comenzar a enseñar en distintos espacios, que no refieren al mercado en abstracto, sino a posibilidades concretas que se articulan en lo popular, donde el Estado está presente con el PEL, por ejemplo, a través de la mediación de una organización estatal, pero también desde los espacios de feria que habilita en el CPC del Ongay, o el del Irupé. Aquí es donde se hace evidente que el señalamiento de lo formal y lo informal no logra dar cuenta de la relevancia de estas relaciones de la economía popular, que trascienden las relaciones salariales de organización de lo social, tanto como la noción del Estado dibujando la frontera entre lo que cuenta como una forma de actividad productiva reconocida por éste, de lo informal, o incluso de lo que es legal de realizar de lo que no<sup>69</sup>.

Por otro lado, la argumentación marxista sobre la alienación, y la explotación, suena completa para pensar el trabajo en las fábricas, pero es insuficiente para pensar y generar condiciones específicas de superación de la heterogeneidad de trabajos que se manifiestan en el barrio, en eso que denominamos economía popular, o podríamos también nombrarla como economía barroca. Es necesario incorporar las percepciones y deseos de quienes actúan en esas economías, para construir alternativas analíticas desde allí, en diálogo con estas teorías, pero ampliando algunos supuestos restrictivos, como la completitud del individuo y la propiedad privada como medida de las relaciones.

---

<sup>69</sup> Aquí se puede consultar la división que realiza del tipo de actividades económicas que realiza Feige, diferenciando entre la economía ilegal, la no declarada, la no registrada y la informal, en Portes y Haller (2004).

Pero que no sea percibido como explotación el trabajo realizado, no expresa una actividad exenta de efectos sociales. Julia casi se muere siguiendo con el mandato de cuidar a sus hijos, esto es, el “sacarlos adelante” valía más que su existencia, o el cuidado propio, y en esta expresión la que permite pensar más allá de la persona como completa, incorporando las múltiples constituciones. El marido acompañaba, pero las que se encargaban del cuidado si Julia no estaba eran las hermanas. Las valoraciones sociales de las distintas actividades y sus operaciones en lo cotidiano, permiten hablar de división sexual del trabajo, aparece corporizada en las personas a cargo del cuidado. Es importante propiciar este desplazamiento, sino pareciera que las mujeres quisiéramos vivir la vida de los hombres, pero esto no es necesariamente así.

Al decir esto, lejos de pensarlo como un slogan, estoy trayendo la discusión a su materialidad, y la potencia de pensar porqué vale el trabajo de Julia, y de tantas otras mujeres que se dedican al cuidado, pero también a hacer manualidades o remendar y reparar las prendas de la familia. Más que indagar en la obligación del mandato de ser madre, poder dar cuenta de las formas en que se viven y se producen a partir de éstos es el objeto de este capítulo.

### **El valor de las prácticas del cuidado: hacerse conocida**

La discusión sobre la apropiación del trabajo manteniendo las lógicas intactas de la propiedad privada como base para la creación de valor, niega las dimensiones sociales de la construcción de otros tipos de valores, de conversiones y de cálculo. La apuesta de esta tesis es hacer visible esas dinámicas, restituir el poder diferencial de las mujeres, para que las articulaciones políticas partan de una realidad múltiple y situada, no desde una teoría social que no logra dar cuenta de los movimientos de la sociedad, reproduciendo en su análisis la existencia de sujetos sin capacidad de decisión. Por más que esas decisiones sean acotadas y condicionadas.

Desde estas experiencias situadas es que toma relevancia comenzar a pensar el cómo opera el sistema, específicamente el de valor, que tiene una “resonancia interpretativa” haciendo un uso libre de lo que plantea Strathern (2006), con el sistema de organización económica, incorporando las transformaciones en la organización social a partir de la financiarización de la economía, esto es el modelo de acumulación ha cambiado, y con él los supuestos que lo sostienen. Sin olvidar que estamos pensando desde patrones, que aparentan estar fijos, pero se componen de flujos, que en su andar van desplazándolo, en mayor o menor ritmo o grado. Es en este sentido que resulta relevante considerar como opera eso que parece absoluto en las prácticas específicas. Tomándolo como estable por ahora, pero a sabiendas que puede y va a ser modificado, mientras las personas sigamos teniendo alguna capacidad creativa.

Así como para Jérica el ser vista era lo que le permitía dotar de valor su hacer fuera de sí misma, de su valoración personal, en el caso de Julia aparece una doble vía. En lo personal su hacer se vincula con los afectos y el sentirse bien, el tranquilizarse, en su práctica encuentra ese sosiego, por decirlo de una forma grandilocuente, tanto como

con una forma específica del cuidado, de la demostración de afecto (hace los souvenirs para su nieto '*para que vea que la abuela le quiere*'). Pero en lo externo, por marcar momentáneamente esta separación, ella se hace conocida por lo que hace, y es la gente la que viene a buscarla, a pedirle. Ella no siente que tiene que trabajar, como una carga de cumplir horarios, por eso: "si le gusta, le gusta". De igual forma, intenta hacer las cosas que hace con la mejor calidad que puede.

En este hacer, también expresa una percepción sobre los trabajos que son lindos, como deseables, de los que no lo son tanto, pero se hacen, como el de la limpieza fuera de la casa, lo que explica en lo que busca transmitir a sus hijos, especialmente a su hija, al decirle que estudie, porque el título le garantiza un buen trabajo, una obra social, a pesar de que no es una deshonra lavar los pisos, es mejor tener un buen trabajo. Lo que habilita también a considerar que esta relación entre lo doméstico y lo público tiene una espesura diferente en los sectores populares, porque los cuidados del y en el hogar, que van desde la limpieza, el cocinar hasta la crianza de lxs hijxs es una actividad que, en crisis o casos específicos, puede ser vendido fuera del hogar, a alguien de mayor calidad diría Jésica. En el relato de Julia, es algo que se hace cuando se necesita, no es "lo lindo", pero aparece como una posibilidad, y una actividad efectiva incluso en los relatos de las otras mujeres.

En este caso, algo específicamente pensado como trabajo de reproducción en los términos de las discusiones marxistas-feministas, tiene una circulación pública en los sectores populares. Pero ese trabajo es vendido a los sectores medios de las sociedades "occidentales" en general, quienes contratan este trabajo a medida que se abre el mercado laboral para ese sector. Mientras que el proceso de cuidado en los barrios queda en manos de las familias ampliadas (abuelas, tías, vecinas, a veces los hombres ayudan).

Todo esto me lleva a plantear la relevancia de incorporar la noción de persona partible o múltiple de Strathern, traída aquí por Graeber, donde se señala que:

Las personas tienen toda clase de identidades potenciales, que la mayor parte del tiempo existen como un conjunto de posibilidades ocultas. Lo que ocurre en cualquier situación social dada es que otra persona fija una de aquellas identidades potenciales y entonces "la hace visible". Uno mira a un hombre como, digamos, representante de su clan o como el esposo de la hermana o como el dueño de un cerdo; por el momento, las otras posibilidades permanecen invisibles. (Graeber, 2018, pág. 90).

Es en este sentido, que una persona, o las mujeres que describí, no son idénticas a la imagen que pueden tener o generar en alguien más en todo tiempo y en todas las circunstancias. Julia en particular, es por un lado hermana, hija, esposa, madre, pero también es quien va buscando una forma de vender lo que hace. Esas formas se van estabilizando a partir de las relaciones, y tal como explica Graeber el "hacer visible" y "dar valor" son claves, en el argumento de Strathern (2006), pero también en el barrio, el hacerse visibles, el hacerse conocidas es lo que genera una valoración hacia afuera

de la casa de lo que hacen. El valor es significado, dar valor, es definirlo dentro de un conjunto más amplio de categorías conceptuales, que son estabilizadas, no inmóviles. Así, los valores implican comparación, y una forma de comparar descansa en su valía en dinero, por el precio que asumen, y no podemos comprender este precio, sin comprender las relaciones en las cuales se genera. Otra forma de comparar es por la deseabilidad o no de una actividad, limpiar casas no es una actividad deseable, sino una que está disponible, que saben que pueden hacerlo cuando lo requieran. Mientras que otras actividades como la peluquería, ser farmacéutica, u otras profesiones de relativamente corta formación son las que aparecen como más “lindas”, dan un mejor estatus, desde la mirada de Julia al menos, pero también de su entorno.

¿Por qué valen las prácticas del cuidado en los sectores populares?

La primera cuestión emergente del análisis de las prácticas de Julia es que hay una forma de organización del tiempo de vida que no tiene que ver con la fábrica, y donde el trabajo toma formas que no entran necesariamente en las relaciones de dependencia típicas del capitalismo, ancladas en la relación salarial. Otro elemento relevante descansa en que el proceso de escolarización, que es el encargado de garantizar cierta capacidad productiva de los recursos humanos en la actualidad, como en otros tiempos fue la fábrica, pero para las mujeres del barrio representa un espacio ajeno, ninguna se sentía parte, más bien se identificaban con “*ser coquito*” para la escuela, o bruta, y no han podido finalizar en algunos casos, en otros lo hicieron atravesando una serie de dificultades.

Tercero, las relaciones familiares no se acotan a la familia nuclear, como lo denominan las estadísticas del INDEC, sino más bien a las familias ampliadas. Aparece Graciela cuidando a su papá, organizándose entre las hermanas para hacerlo, Julia siendo acompañada por su mamá durante su depresión, el rol de las hermanas y hermanos en cada uno de los relatos. Estas mismas familias ampliadas y las relaciones que se van constituyendo allí son una fuente no sólo de afecto, sino también de provisión de recursos, de posibilidades de ventas, de elementos de costura, la máquina de coser que le presta la mamá a Julia para hacer las carteras, el primer producto que ella lo piensa directamente para vender, como de las ideas sobre qué hacer.

El cuidado tanto como el hacer para las mujeres que fuimos reconociendo en estos capítulos son múltiples, y asumen distintas densidades. El valor de cuidar a lxs hijxs, pero también al marido aparece como un patrón de cómo son las relaciones en el barrio, para estas mujeres de entre treinta y 40 años, que tienen hijxs. El hombre se encarga de conseguir un trabajo fuera de la casa, mientras ellas crían a lxs hijxs para que no anden en malos pasos, y no tengan que pasar lo que ellas han pasado, las necesidades, el salir a vender a la calle, el tener que limpiar en una casa ajena. Por más que no sea deshonor, no es lo mejor. El valor del cuidado tiene que ver en este contexto con que lxs hijxs salgan adelante, puedan tener mejores condiciones que ellas.

## Capítulo 7 – Entre las experiencias prácticas y las discusiones sobre el valor

En esta segunda parte me encargué de presentar con mayor detalle las prácticas de algunas de las mujeres, mientras continuaba entablando un vínculo estrecho con Graciela e Ramona en el taller. La pregunta que ordenó los capítulos se asentaba en el valor de lo que las mujeres hacían, de sus prácticas, porque para mi mirada economicista a priori no lo tenía, e intuía que las políticas destinadas a estos sectores, como el “Hacemos Futuro”, o las acciones de algunas instituciones en el territorio, tampoco las consideraban. Comencé a pensar la construcción de eso que hacían que tenía algún valor para ellas, pero que también aparecía anclado en relaciones sociales específicas, de las cuales fui dando cuenta, y en este último capítulo, enlazaré esa construcción del valor situado, con las discusiones teóricas que permiten indagar en los efectos más amplios de esta pregunta.

Para entrar en la discusión del valor, me centraré en la conceptualización de la economía en su versión más clásica, pues es la que aparece en los manuales de formación en esta disciplina y todas aquellas que cuentan con una materia que la incluya (abogadxs, comunicadorxs sociales, trabajadorxs sociales, formadxs en ciencias de la educación, la mayoría de lxs profesorados, entre otras carreras en el nordeste al menos), que puede tener algún correlato en parte mi mirada, pero que también aparece en la técnica del Ellas Hacen que se comunica con Ramona y Graciela. Luego entraré en las discusiones al respecto que devienen de una parte de la antropología económica, pero que pueden trascenderla por momentos, que fueron las lecturas que me permitieron ciertos desplazamientos. Finalmente, expondré los principales puntos emergentes del trabajo de campo volcado en los capítulos previos, marcando las distancias entre el abordaje más economicista de las prácticas hacia otro más situada en la experiencia de las mujeres, que entiende al valor en y desde las acciones. De esta manera espero poner de manifiesto el estrecho vínculo entre la teoría, la metodología y la experiencia del campo, que permite comprender y analizar la complejidad de las relaciones sociales.

### El valor, desde la mirada económica clásica a los abordajes de la antropología económica

La lógica de la producción económica descansa en que los individuos producen para satisfacer sus necesidades. A medida que las sociedades y sus formas de producción se fueron complejizando, mediante la división del trabajo se logró la especialización, y a partir del libre juego de la oferta y la demanda se alcanzó el equilibrio del mercado donde se canaliza y promueve esa especialización, que se traduce en términos de Pareto en que todas las personas consumen y producen lo que pueden (definido por sus restricciones presupuestarias), dados los precios en los mercados. Esto hace referencia a una estabilización intertemporal del argumento básico de los mercados de

competencia perfecta, si bien existen otras conceptualizaciones al respecto en la economía y sus diversos avances, esta es la más utilizada. El precio, en este esquema, traduce toda la información necesaria del sistema, convirtiéndose en el indicador del valor de la cosa o del recurso, lo que podría ser el valor del trabajo, por ejemplo, o de la tierra. Sin embargo, este modelo, deja sin responder qué es lo que genera el valor de las sociedades, o en términos clásicos, qué origina la riqueza de las naciones.

Adam Smith es uno de los autores “más leídos”<sup>70</sup> y retomado en las ciencias económicas en el análisis del valor como forma de medición monetaria de los deseos y de las necesidades de las personas. La idea es que el valor de cambio, que puede entenderse como el precio del bien, o su precio relativo, es el eje del sistema de equilibrio que aparece en el párrafo anterior, y que podría ser el resumen de cualquier manual introductorio de economía.

La exposición de A. Smith en su primer libro asciende muy conscientemente hasta el fenómeno del precio y luego desciende hasta los componentes del precio de las mercancías, componentes que son el coste y las varias categorías de ingresos, a saber, salario, beneficio y renta. Repitamos que ése es un modo primitivo de describir la universal interdependencia de las magnitudes que constituyen el cosmos económico; pero es un modo eficaz. Los críticos no entendieron que ‘teoría del precio’ no es sino un nombre más que dar a la lógica económica –en las que se incluyen, entre otras cosas, todos los principios de la asignación de recursos y de la formación de rentas-, condenaron a Smith por haber adoptado lo que les pareció ser el estrecho punto de vista del hombre de negocios. (Schumpeter, 2012, pág. 357)

Tomando un poco más en profundidad lo que se estabilizó detrás del equilibrio social que esconde el mecanismo de mercado para esta disciplina, los precios de las mercancías en el equilibrio incorporan su costo de producción, que a su vez involucra el pago de los salarios, de los beneficios, y de la renta (el alquiler, en nuestros tiempos), además esto sucede en el largo plazo<sup>71</sup>. La lógica económica que contiene esta relación, como dice Schumpeter, por más que desde su inicio fue cuestionada como cercana a la posición de un hombre de negocios, es parte de una teoría de los precios que le permite hacer proposiciones por fuera de la teoría del valor<sup>72</sup>. Finalmente, con el ejemplo de ciervos y castores, llega a la conclusión de que en situación de equilibrio, *“los precios concurrenciales de las mercancías serán proporcionales a la cantidad de trabajo incorporada en su producción, siempre que el trabajo sea todo él de la misma cualidad «natural» y siempre que no haya ningún otro medio de producción escaso”* (Schumpeter, 2012, pág. 359).

---

<sup>70</sup> O citado al menos.

<sup>71</sup> Es un cálculo hacia el tiempo futuro, es decir, dada estas condiciones, siempre se espera que en el largo plazo se equilibren. Por esto es que Keynes mencionó que en el largo plazo estamos todos muertos, ese tiempo futuro es una suerte de promesa de la economía que nada indica que llega, es un supuesto, casi una utopía. Se puede proyectar el largo plazo, pero siempre desde el corto plazo.

<sup>72</sup> Schumpeter retoma la lectura que hacía Alfred Marshall de Smith.

Parece evidente el pasaje metafórico que realiza la economía clásica como método, donde retrata la lógica de sus argumentos a partir de ejemplos contruados en base a ciertos comportamientos, extrapolados de su situación hacia el comportamiento social, desde una visión universal (el punto cero del conocimiento que señala Castro Gómez). Este problema metodológico se traslada en las lecturas disciplinarias que realizan de lo social, que llegan al sentido común en sendos personajes públicos de Argentina, que muchas veces son los encargados de generar políticas públicas de estabilización de las relaciones sociales. Pero también este tipo de conceptualizaciones se traducen en las recomendaciones que dan los técnicos en los procesos de implementación y desarrollo de programas como el *Ellas Hacen*, donde la sugerencia de calcular la distribución del dinero de la cooperativa, que se traducía en lo que valía el trabajo de las mujeres como vimos en el capítulo 4. La disciplina científica y sus estabilizaciones teóricas, por más que emerjan de metáforas de dudosa fortaleza metodológica, son enunciadas desde posiciones del saber, lo que en algún grado generan validez en lo social. Por este pasaje resulta relevante en esta tesis analizar lo que se transmite en la formación de ciencias económicas, antes que los últimos avances teóricos de la disciplina.

En la teoría del consumidor del pensamiento económico que se utiliza en la enseñanza, el individuo o la empresa está maximizando algo, para sostener este presupuesto necesitan incorporar la idea de que todo lo que hace tiene que ver con obtener algo para sí mismo, anclado en el presupuesto de la búsqueda egoísta del bienestar de Smith.

Para llevar a cabo un análisis económico como tal, uno casi siempre termina teniendo que rastrear series de “valores” de algo en el sentido sociológico tradicional –poder, prestigio, pureza moral, etc.- y definirlos como si estuvieran en un nivel fundamentalmente similar a los económicos (Graeber, 2018, pág. 47).

Esto es, reificarlos, tratar el prestigio, por ejemplo, como si fuera un objeto, pero no uno del que se pueda disponer, es más una actitud que existe en las mentes de otras personas, existe en una red de relaciones sociales. Lo que trata de hacer la teoría económica, dirá Graeber, es explicar el comportamiento humano sobre una cierta noción de deseo, que contiene premisas sobre el placer. Las personas tratan de obtener cosas porque las harán felices, esa promesa de felicidad, sería lo que denominan placer.

Es lo que se grafica en la disciplina como economía del bienestar, tomando de referencia los postulados de Wilfredo Pareto entre otros, quienes indagaron en la relación entre el sistema económico y el bienestar de los individuos en la sociedad (Gravelle y Rees, 1988), asumiendo como un aporte de análisis ético (o de juicios de valor) al sistema económico, que considera la óptima distribución de recursos, esto es la mejor asignación posible (existe una mejor, y además son posibles de ser ordenadas). En un manual de microeconomía avanzada, se postula el criterio de Pareto a partir de los siguientes juicios de valor:

- i) Los individuos son los únicos jueces de su propio bienestar; por lo tanto, consideraremos que un individuo está mejor después de realizar algún cambio si él prefiere la situación posterior a la anterior al cambio.

- ii) La asignación de recursos A es mejor que la asignación de recursos B (y B es peor que A) si y sólo si al menos un individuo prefiere A a B y ninguno prefiere B a A. Dicho de otra forma, A es mejor que B si y solo si un cambio de B a A mejora la situación de alguien y no empeora la de nadie. Por tanto, una asignación de recursos óptima es la que no admite otra mejor, en el sentido que acaba de definirse. (Gravelle & Rees, 1988, pág. 498)

De esta forma se esclarece la primacía individualista, donde cada quien es juez de su propio bienestar, y dueño de modificar su conducta (primer juicio de valor), para luego dar un salto a la evaluación de la situación social, desde un punto de vista “objetivo”, donde la asignación de recursos es óptima en tanto no haya quien pueda movilizarla sin dañar a alguien más. Explican los autores del manual que el primer juicio permite salir de una visión “paternalista”, al no ser ellos mismos, como investigadores quienes deciden si algo es bueno o malo para el individuo, como tampoco establecen si debería tener más o menos de lo que de hecho ha elegido, “*en su propio interés*” (Gravelle y Rees, 1988). La segunda apuesta, en tanto, escapa de las comparaciones interpersonales sobre el bienestar, es decir, no incorpora análisis sobre la intensidad del mismo, focalizando en analizar las ganancias y las pérdidas de diferentes individuos. A pesar de estas formulaciones matemáticamente impecables, aún no se responde porqué ciertos objetos brindan más placer que otros, o se prefieren por sobre otros, en los términos de Graeber.

La pregunta relevante a este tipo de argumentaciones tiene que ver con qué es lo que genera valor cuando el mercado no parece ser una opción, o cuando lo que se vende debe ser forzado para ser considerado una mercancía o un servicio (las manualidades), y además opera en algunos casos en lo que se denomina economía informal (el taller de Ramona y Graciela). Graeber (2018) recupera a Turner y su desarrollo sobre la relación entre valor y valores, considerando que ambos son refracciones de lo mismo, marcando cierta distancia de la clásica conceptualización sobre el valor de cambio y de uso que realizara Marx. Señala que existen en un sistema capitalista dos conjuntos de unidades mínimas, las fábricas (o lugares de trabajo) y las unidades familiares, siendo el mercado quien media las relaciones. Este mercado que conecta, actúa como una fuerza de amnesia social, a partir del anonimato de las transacciones económicas, lo que hace que las esferas permanezcan invisibles a las otras, propiciando un doble proceso de fetichización (Graeber, 2018). La mayoría de las mercancías, marcan también diferentes clases de identidad, y esta sería la realización última de su valor, lo que podría ser considerado como parte del proceso de producción social total, pero es lo contrario.

Aquí son las energías creativas invertidas en la producción de la fuerza de trabajo (los seres humanos reales capaces de hacer lo que sea que su jefe les pida) las que se vuelven invisibles. De aquí que, en lugar de que las cosas tomen cualidades humanas, los seres humanos reales terminan tomando cualidades de las cosas. (Graeber, 2018, pág. 146)

Esto es, las discusiones sobre el valor van desde una cualidad intrínseca de la cosa, como si la mercancía pudiera manifestar una suerte de valor, ya sea que provenga del trabajo (versión marxista) o sea maná del cielo (teoría clásica de la producción y el equilibrio) realizada en la transferencia en el mercado (con características de competencia perfecta preferentemente).

Graeber, en su *“Antropología del valor”*, explica que el valor es y ha sido muy utilizado, algunas veces asumiendo incluso que una teoría lo define, pero si existe no está sistematizada, lo que lo habilita a preguntar sobre los usos de la palabra valor en la teoría social, que permite tensionar lo antes dicho. Tres líneas convergen en este término explicará el autor:

- 1) Los “valores” en el sentido sociológico: concepciones de aquello que en última instancia es bueno, apropiado o deseable en la vida humana.
- 2) El “valor” en el sentido económico: el grado en que los objetos son deseados, medido según lo que otros estén decididos a dar para obtenerlos.
- 3) El “valor” en el sentido lingüístico, que data de la lingüística estructural de Ferdinand de Saussure (1966) y que podría ser denominado “diferencia significativa” (Graeber, 2018, págs. 37-38).

Distintos autores y vertientes han abordado estas líneas. En general, cuando se habla de valor, refieren a estas dimensiones en simultáneo plantea Graeber, debido a que son refracciones de lo mismo. Este autor trae a colación el planteo de Malinowski quien daba cuenta que la teoría económica hegemónica no serviría para explicar el comportamiento económico en las islas Trobriand, donde se destinaban grandes esfuerzos para que los jardines de ñames, se vieran ordenados y atractivos. *“La razón de ser del cultivo era que se viese el gran esfuerzo que un hombre podía empeñar en ello; como resultado, la mitad de lo producido terminaba pudriéndose porque no había quién lo comiera”* (Graeber, 2018, pág. 44), algo incomprensible para esta teoría que vería allí una mala utilización de recursos, a pesar de que en la actualidad existen toneladas de alimentos excedentes producidos en ciertos espacios geográficos y escasez en otros<sup>73</sup>. Los hombres trobriandeses trataban de realizar trabajo innecesario, además, les entregaban esos productos a las familias de sus hermanas, por lo que ni siquiera implicaba una reciprocidad directa (una ganancia o la realización de los intereses individuales para la economía). Es decir, no estaban maximizando sus recursos para obtener el mayor beneficio individual medido en bienes. Me veo tentada como economista a utilizar esta idea de que se estaba maximizando, pero en vez de beneficios personales, se maximizaba la reputación, lo cual presenta un problema lógico de razonamiento propio de la disciplina, porque lo que se está gestionando en ese momento no es la escasez, sino más bien el excedente, el exceso de producción (Bataille, 2009).

Este y otro tipo de cuestiones, suscitaron un debate entre formalistas y sustantivistas en la antropología económica, que emerge como una tensión a la economía como

---

<sup>73</sup> La FAO estimó para el 2011 que el 30% de los alimentos del mundo se perdían o desperdiciaban año tras año. (Fuente: <http://www.fao.org/state-of-food-agriculture/2019/es/>)

disciplina<sup>74</sup>. Karl Polanyi (2011) establecía estos términos de referencia, para dar cuenta de dos corrientes. En el siglo XX el mercado se convirtió en algo natural para esta disciplina, transformando este postulado en cierto sentido común, contrario a la descripción detallada que realiza el autor sobre el surgimiento de la institución del mercado como inmersa en un proceso histórico. Adam Smith incluso consideró que había una propensión natural del hombre a trocar, intercambiar. La lógica que seguía era:

Los seres humanos están movidos por deseos; estos deseos son ilimitados. Los seres humanos también son racionales, en la medida en que siempre tenderán a calcular los modos más eficientes de obtener lo que desean. Por lo tanto, si se los deja librados a sus propios recursos, inevitablemente se desarrollará algo como un “libre mercado” (Graeber, 2018, pág. 49).

“*La gran transformación*” (Polanyi, 2011) da cuenta de este errado argumento esencialista, pues para que exista el libre mercado se instauraron las instituciones de la propiedad privada, las monedas nacionales, los contratos legales y los mercados de crédito.

Por otro lado, desde las lecturas antropológicas de la vertiente lingüística cercanos a los sustantivistas, encontramos que “*el objetivo del análisis siempre fue descubrir el código escondido o el sistema simbólico que (como el lenguaje) amalgamaba todo*” (Graeber, 2018, pág. 55). Sahlins, por ejemplo, sugería que sólo se podía comprender el valor económico como el producto de distinciones, es decir, deberíamos poder ubicar la cosa en un código de significado más amplio. El problema de este tipo de abordajes, es que el dinero genera un elemento de evaluación, indica exactamente cuánto más vale un objeto que otro, por lo que no se resuelve la cuestión de cómo una cosa se convierte en mejor que otra. En el caso de las mujeres en particular, cómo se transforma una actividad en más deseable que las otras para ellas (en términos agregados, no de sus deseos particulares), y cómo a su vez, se vincula con las valoraciones sociales sobre ese tipo de trabajo (en el caso de hacer manualidades y productos textiles).

Luis Dumont, por su parte, desarrolló una teoría del valor desde el estructuralismo, haciendo foco en la jerarquía. En la lectura que Graeber realiza sobre ese autor, sostiene que el estructuralismo estudia las ideas en su organización formal y no los valores. Pero, incluso las oposiciones básicas, como crudo/cocido, puro/impuro, masculino/femenino son valores también. Hay uno de los términos que será más deseable que el otro. El significado de esta manera emerge de una distinción conceptual y “*las distinciones conceptuales siempre contienen un elemento de valor, porque están jerarquizadas. Aún más importante, los contextos sociales en que estas distinciones se ponen en práctica también están jerarquizados.*” (Graeber, 2018, pág. 59). La pregunta

---

<sup>74</sup> Lo que también explica por qué a pesar de querer separar el análisis de la economía sobre el valor respecto del abordaje de la antropología económica, retorno a esos argumentos.

siguiente desde mi perspectiva sería: son más deseables para quién y bajo qué criterios, trayendo a colación las posiciones (o disposiciones sociales).

La principal diferencia de las sociedades donde las jerarquías están definidas, como por ejemplo en el sistema de castas de la India, es que el valor supremo en el occidente moderno es el individuo, respondiendo el quien, pero sin dar cuenta cómo se construye ese valor supremo a priori. *“En sociedades como esas, es por completo absurdo hablar de individuos maximizando beneficios. No hay individuos. Toda persona está hecha de las cosas que intercambia, que son, a su vez, los constituyentes básicos del universo.”* (Graeber, 2018, pág. 62). Los dumontianos establecen una síntesis de las teorías del valor, para lo que dividen entre sociedades modernas (las personas son individuos y persiguen valores económicos) y las holísticas (lo opuesto), reintroduciendo los problemas del funcionalismo, como la definición de las fronteras, y la explicación del cambio de las estructuras, cuestión que ahondaremos y discutiremos en la tercera parte de esta tesis.

El estructuralismo devenido de la lingüística tiene un tinte más cercano a Parménides. Sin embargo, Piaget, parte de la acción comprendiendo a la estructura como la coordinación de esa acción. Las formas básicas de inteligencia se dan en la acción, por lo que cualquier sistema de conocimiento estará basado en un conjunto de prácticas. Por otro lado, la estructura será un conjunto transformaciones dentro de principios invariantes. *“Los sistemas abstractos complejos son simplemente modos en que los actores llegan a entender la lógica de sus propias interacciones con el mundo”* (Graeber, 2018, pág. 120).

Bourdieu señalaba que un actor no sería capaz de ofrecer una explicación clara sobre su propia destreza, lo que puede ser visto desde la perspectiva de Gödel/Piaget como que:

El nivel lógico en que uno está operando siempre está, por lo menos, en un nivel por sobre aquel que podemos explicar o comprender; lo que el psicólogo ruso Vygotski (1978: 79-91) denominaba el “nivel proximal” de desarrollo. De hecho, se puede argumentar que por fuerza debe ser así, dado que, como la explicación en sí misma es una forma de acción, para explicar o comprender las propias acciones de manera completa, hay que generar un nivel de operaciones más sofisticado (“más fuerte”, más abarcador), cuyos principios no seríamos capaces de explicar; y que para explicar el anterior, entonces se requiere otro, y así hasta el infinito. (Graeber, 2018, pág. 121)

La paradoja, el misterio, la incognoscibilidad, son recursos para explicar la acción en niveles más abstractos. Por esto recurre Graeber a la diferencia entre Marx y Durkheim el autor, donde el primero veía en la religión y en las jerarquías la base de la alienación, y por ende algo malo para lo social. Sin embargo, Durkheim verá desde la noción de “lo sagrado” un punto de transformación, donde el individuo se conecta con el poder social. Acá es donde conviene introducir en la discusión, para complementar los modelos explicativos elaborados, las nociones de sociedad que articulan las nociones de valor.

En parte, el supuesto de las ciencias sociales es que las sociedades buscan reproducirse a sí mismas, para lo cual se podría asumir, con diferentes criterios de validez que las personas en mayor o menor medida persiguen valores sociales de manera más o menos concreta. Así, la sociedad no es una cosa, sino un proceso mediante el cual se coordina de alguna manera la actividad de las personas, y de allí que el valor estaría asentado en lo significativo de la actividad que realizan en tanto parte de lo social.

Graeber (2018) retoma a Turner y su estudio sobre Los Kapayó para indagar en las representaciones físicas del valor, quien las define a partir de la existencia de medios concretos de circulación, y que cuentan con ciertas características estables. La primera, es que son medidas de valor, porque sirven para contrastar la cualidad que se evalúa (dominio, belleza, honor...). Las formas que asumen son de: presencia/ausencia, permiten establecer un ranking, y cuentan con proporcionalidad. Todo esto en tono a establecer la importancia de las energías creativas involucradas en esas representaciones. La segunda característica es que son medios de valor, en tanto soportes materiales concretos por los que el valor se realiza. Por último, estas representaciones tienden a ser vistas como fines en sí mismos: *“la gente tiende a ver esas representaciones no como “herramientas” a través de las cuales se puede medir o mediar el valor, sino como encarnaciones del valor que contienen”* (Turner, citado en Graeber 2018: 140). En este último punto es donde se puede establecer un vínculo entre el deseo individual y la estructura social donde la noción de valor va movilizándolo uno y otro “lado” en la reproducción social.

A pesar de considerar que la sociedad es un fluido, o se compone de diversos flujos con distintos niveles de estabilidad en sus procesos, que a su vez resultan abiertos, desde la perspectiva de los actores es más fácil definirla como una:

...audiencia potencial, en todos cuyas opiniones sobre nosotros importan de alguna manera, a diferencia de aquellos (digamos, un mercader chino respecto de un campesino alemán del siglo XIX o viceversa, o la mayoría de los antropólogos respecto del personal de maestranza que limpia sus edificios o viceversa) cuyas opiniones acerca de nosotros nunca ocuparían nuestros pensamientos. Pero (y esto es lo que pienso que Strathern no toma plenamente en cuenta) el valor no es creado en ese reconocimiento público. Más bien, aquello que se está reconociendo es algo que en algún sentido ya estaba allí. (Graeber, 2018, pág. 141)

En este sentido, para quien analiza el valor serán importantes las acciones involucradas en hacer posible que el actor proporcione esta impresión, esto es, que haya producido para sí el reconocimiento de valor en el otro que conforma su audiencia. Es necesario además recordar que el conocimiento siempre será incompleto de allí la importancia de desandar las totalidades sobre el valor. Las totalidades analíticas que tienen sentido empírico no existen, en la vida real nada está tan determinado, por la complejidad misma de los procesos sociales y sus solapamientos. Sin embargo, sí existen totalidades en la

imaginación de los actores, tal como señala la discusión de Abrams respecto del Estado (2015).

La imagen que la sociedad tiene de sí misma, casi nunca corresponde con el funcionamiento de las cosas. Para Marx la imaginación será lo que nos hace humanos, lo que deja abierta la posibilidad de hacer las cosas de forma diferente. *“La mayoría de los cambios históricos no son en absoluto autoconscientes: la gente, en su mayor parte, no está tratando de manera autoconsciente de reproducir sus propias sociedades, simplemente están en busca del valor”* (Graeber, 2018, pág. 156). El tema central de la política, en este sentido, será el significado de la vida.

En la lectura de Strathern, presentada sucintamente en el capítulo 5, reconoce Graeber cierto sesgo hacia la vertiente saussureana, porque el valor es creado a partir de las relaciones ceremoniales en distintos pueblos que habitan la Melanesia, propiciando la diferenciación. Por el contrario, este autor considera que Munn asume que el valor existe en potencia, el potencial transformador de las acciones, mientras que las capacidades humanas son genéricas e invisibles. No hay aquí un valor a priori, o suspendido en la cosa o en la relación social, sino que el valor se va evaluando en el hacer mismo. *“Se trata, necesariamente, de un proceso social, pero siempre arraigado en capacidades humanas genéricas”* (Graeber, 2018, pág. 101). Lo que para mí no difiere sustantivamente de lo planteado por Strathern. En este punto de las capacidades humanas genéricas me sirven de base ontológica para comprender lo que las mujeres hacen, es tan válido como cualquier otra persona, y sirve de complemento para criticar el comportamiento racional presupuesto por las ciencias económicas. Desde esta mirada, las prácticas son realizadas en principio por personas, que tienen en sí características genéricas, que van a tomar forma de acuerdo a las circunstancias, la historia, el deseo, y los canales que encuentre ese deseo. Esas formas no son fijas, son mutables por su constitución.

La cuestión no es entonces indagar sobre el origen del valor, o dónde descansa, se embebe, sino cómo es reconocido, y cómo se estructura, en otro sentido, cómo opera en lo social dotando de sentido a las prácticas. Para ello importa la definición de las personas, o sus percepciones, tanto como las regularidades mayores en las que se inscriben. Incluso es relevante detallar cuáles son los procesos que realizan para establecer el valor de algo (valorización), ya que muestra de una manera más convincente cómo es definido el precio en los casos que existe, frente al supuesto del cálculo racional del costo, y la armonización de esos costos en el mercado y su cruce con la demanda.

La economía y el Estado entre las mujeres del barrio

Profundizando la discusión sobre el valor, entraré en las dimensiones que estructuran las prácticas de las mujeres, que no se dividen en un espacio económico, en uno político y en uno doméstico, sino que aparecen entrelazadas. La cuestión es que esa configuración de las prácticas no parece aleatoria, sino más bien respondería a una

cierta estabilización de relaciones que han tomado una forma específica. Ahora describiré algunos rasgos sobresalientes de las experiencias de las mujeres, que han sido presentadas en los capítulos de esta segunda parte, recapitulando sobre las particulares configuraciones que dan lugar a las prácticas, para pasar a reflexionar sobre el valor desde las acciones.

Las mujeres que formaron parte de este apartado tienen entre 30 y 40 años, familias constituidas por hijxs y esposos, viven a menos de tres cuadras en el barrio Ongay, para todas en mayor o menor medida la costura es una forma de hacer, de ganar la moneda, pero también les posibilita una sociabilización entre las telas, las máquinas, la familia ampliada, los hilos, lxs hijxs, los maridos. En la experiencia de cada una aparecen distintas dimensiones, exacerbadas en algunos relatos, pero presentes en mayor o menor medida en todos. La dimensión estatal, con la acción de gobernar (en su forma estado-sistema) apareció condicionando las formas de existencias, proveyendo recursos en algunos casos, facilitando ventas, incluso dando “trabajo”. También se vislumbra una dimensión de género, en la división sexual del trabajo, donde la mujer es de la casa, o para estar en la casa y el cuidado de lxs hijxs, y una dimensión económica de valorización del trabajo y de lo producido con este, a partir de un reconocimiento de su precio en el caso de Graciela e Ramona, pero también de la incorporación de la mirada de otrxs, como “el ser vista” de Jésica, tanto como el hacerse conocida por lo realizado de Julia. Así, en lo que sigue daremos cuenta de cómo esbozamos algunas líneas de diálogo en torno al valor, como la importancia que adquieren las acciones.

### **Las prácticas de coser**

El coser asume distintas formas y experiencias en el barrio. Graciela antes de armar el taller junto con Ramona era la costurera, así la reconocían. En este hacer de la costurera se da un proceso doméstico, donde la gente se acerca a pedirle lo que necesitan, traen los trabajos a la casa. La mamá de Julia también era costurera en el barrio, hacía los rudos a los pantalones, colocaba los cierres, cosía el uniforme del nieto. Griselda, la señora que integraba “*Progresando Juntas*” también hacía arreglos en su casa, en algún momento. La mayoría de las mujeres con las que hablé algo sabían de costura, tenían una experiencia común de aprendizaje desde la línea materna en general, excepto Graciela que no la menciona explícitamente y estudió en la escuela. Las madres fueron las encargadas de enseñar a las hijas las formas de hacer las labores, incluso a limpiar casas ajenas cuando fue necesario.

Pero esta actividad que linda lo doméstico y lo público, presenta otras formas. Graciela se convierte en quien enseña a sus compañeras en la cooperativa, porque tenía el título, ese que le había costado tres intentos. Allí comienza en esa experiencia a abrirse un proceso de separación de la producción o el coser, del momento de la venta, como también la generación de productos, no ya a demanda, sino a ser vendidos en una feria. Este pasaje tiene que ver con la propuesta del programa “*Ellas Hacen*”, primero de organizar la producción en forma de cooperativa, que va más allá de la cuestión jurídica

de cómo ser reconocidas por otra oficina del Estado, generando capacitaciones sobre cómo debían organizarse hacia dentro, cómo gestionar el dinero, cómo participar en las ferias. Este cambio en el proceso de coser y de hacer prendas y artículos textiles, va modificando las preguntas que emergen sobre qué cobrar y cómo ponerle el precio al trabajo que se hace entre muchas. También muestra la complejidad intrínseca de hacer junto con otras, que muchas veces desde los programas estatales se ignora.

La principal institución que permitió en el tiempo cristalizar un grupo de trabajo, fue el Programa “Ellas Hacen” con sus diferentes requisitos (la terminalidad y las horas de trabajo/capacitación) y sus personajes, como las capacitadoras, la asesora, la presidenta de la cooperativa que parece jugar un rol ambiguo. Es en el marco de este programa que ellas comienzan a organizarse para producir, eligiendo la costura, haciendo un cálculo sobre el esfuerzo que implicaba elegir otra actividad o esta, y definiendo a partir de prueba y error la forma de organizar el trabajo, en parte escuchando lo que les plantean en las capacitaciones, pero en parte movilizándolo sus propios conocimientos, y nociones sobre cómo podrían hacerlo de una mejor manera.

Estos problemas promueven la búsqueda de lógicas que les resultan “más justas”, es decir, más razonables al trabajo que estaban realizando, definiendo el valor de lo que hacen, poniéndole un precio. Lo que implica que una lógica de producción informal doméstica movilizadora por el Estado (quien a su vez es el que define qué y cómo es lo formal), va dando paso a una lógica de producción para alguien más, convirtiéndose ellas en una suerte de eslabón en un esquema de producción informal textil. El precio del trabajo para Graciela e Ramona es dependiente del cálculo que realizan, generando un valor diferencial respecto al de sus compañeras, tanto como del precio al que logran vender lo que producen cuando pueden negociar uno a uno, y de las posibilidades de ventas que el Estado genera (ferias, licitaciones).

Esta inserción en la cadena de producción que articula Gustavo, no elimina la cuestión moral de cumplir con el programa que, a su vez, les seguía significando un ingreso de dinero fijo. La noción de “*estar en regla*” es central, y sobre la cual gira en muchas oportunidades las decisiones, las conductas, y el pensamiento de Graciela y de Ramona.

Una cuestión simbólica que también se pone de manifiesto en el hacer ropa en el barrio tiene que ver con las historias de necesidades que cuentan, donde lo que solía faltar para ir a la escuela, era una muda de ropa y un par de zapatillas que no esté roto. En la casa, en la vereda se podía andar descalzo o mal vestido, pero la escuela aparece como el espacio donde se debía cuidar la apariencia, lo que resultaba difícil y termina quizás dando cuenta de una dimensión del abandono o el sacrificio que se veía forzado a realizar de alguien de la familia para que sus hermanxs puedan terminar (el hermano mayor de Graciela, Julia, siendo ella la mayor).

## **Las prácticas de trabajar con la política**

El trabajar con la política marca una diferencia respecto de ser beneficiaria de una. Esto implica realizar actividades que tienen algún tipo de retribución, monetaria (la beca) o no (la comida, el reconocimiento), para un partido en particular. Funciona como un trabajo, si hay una retribución se hace, pero tiene un componente diferencial, y es que quienes lo hacen estarían movilizados a partir de mejorar la situación de los vecinos, poder resolver necesidades.

La acción del Estado aparece desde la competencia entre partidos, y las actividades derivadas, como la construcción de referentes. Pero tal como da cuenta el relato de Jéssica, esta construcción es más un ida y vuelta, una relación entre personas, antes que un proceso racional e irreversible. Es una posibilidad para los vecinos, es una fuente de ingresos que además permite hacer otras cosas allí, como hacerse conocida a partir de lo que saben, en este caso, hacer manualidades, y que la inviten a hacerlo. Pasar de limpiar a dar talleres.

Pero también me parece relevante llamar la atención sobre la acción de la Universidad y sus proyectos de extensión y de investigación, que se encarnan en personas y lejos de ser inocuos, tienen un efecto en las prácticas sociales del barrio, y pueden generar espacios donde también se promueve el valor a partir de “hacerse conocida” para Jéssica en este caso, pero Don Gutiérrez también encontró donde ser escuchado y reivindicado, al menos en parte, como referente del barrio. En cierto sentido como formas de expandir sus influencias y estabilizar sus habilidades.

## **Las prácticas de hacer manualidades**

El hacer manualidades tendría un estatus semejante al de la costura, en el sentido que son espacios de mujeres, que se transmiten desde la línea materna. Estas actividades, generadas en principio para la familia, en una circulación doméstica, a modo de don, que da cuenta que la abuela o la hermana quieren, y por eso se preocupan en hacer un festejo lindo, puede saltar esa frontera para convertirse en una forma de conseguir dinero, hacerse conocida en el barrio, y comenzar a ponerle un precio a eso que se hace. Por lo que la diferenciación entre lo doméstico y lo público pierde sentido en el barrio para estas prácticas.

En este punto, otra vez aparece el Estado en su forma de proyecto de extensión que reconoce a las mujeres que hacen manualidades, y trata de organizarlas, como de generar espacios que salen de lo doméstico para generar ferias en el CPC. Pero también la CCC (movimiento social) que canaliza un programa del ministerio de trabajo, para promover la realización de talleres por parte de Julia en su sede.

## **Las relaciones de géneros en el hacer de las mujeres**

Otras de las dimensiones que resultan relevantes para comprender las prácticas de las mujeres es la división sexual del trabajo, pensando en el tipo de actividad que realizan, desde una línea materna, pero también encarnado en el rol de madres. Pensar esta división desde su materialidad implica tomar una posición sobre cómo va

construyéndose esa especial forma de manifestarse de las mujeres en el barrio, antes que darla por sentada y juzgarla. En este punto recurro a *“El género en disputa”* (Butler, 2016), que me permite escalar la discusión del valor del trabajo, hacia las subjetivaciones que permiten y son permitidas desde las prácticas, para esta autoras ancladas en el lenguaje.

...porque el género no siempre se constituye de forma coherente o consistente en contextos históricos distintos, y porque se entrecruza con modalidades raciales, de clase, étnicas, sexuales y regionales de identidades discursivamente constituidas. Así, es imposible separar el «género» de las intersecciones políticas y culturales en las que constantemente se produce y se mantiene. (Butler, 2016, pág. 49)

Desde la construcción analítica de la persona que vengo proponiendo, el lenguaje influye, es una gran estructura estructurada, pero incorporo la experiencia, que no necesariamente puede ser tamizada y codificada por el lenguaje, pero no por ello es menos operativa. Entonces, una de las relaciones que estructura las experiencias de vida de las mujeres tiene que ver con el sexo opuesto, materializadas en los maridos principalmente en esta etapa de sus vidas, que no sólo se construyen desde lo discursivo como una relación de dependencia o subordinación, sino también se van consolidando en afectos. La otra relación que aparece como evidente es la de ser madre, ergo, el vínculo con lxs hijxs y los mandatos que se articulan, que a su vez provienen de las relaciones con sus propias madres, padres y hermanxs.

El ser madre tiene múltiples matices en el barrio, pero aparecen hecho compartidos, como el guiar a lxs hijxs en el mejor camino, más allá de cocinar, limpiar, coser, hacer manualidades. En Ramona el ser madre aparece vinculado con esta noción de guiarlo a su hijo, para que pueda ser ingeniero agrónomo o veterinario, por su gusto por los animales, y habilidades para cuidarlos. Su otro hijo, el más grande pudo viajar a las cataratas con la escuela, eso la llenaba de orgullo, por darle la posibilidad a su hijo de viajar. Esta también es una característica, garantizar que puedan hacer lo que ellas no, o puedan tener. En el relato de Graciela también está muy presente. Cuando ella termina la secundaria con el Programa, lo primero que hace es llevarle el título a la madre, porque era lo que ella quería para su hija, se transforma en parte activa de su audiencia. Esa mamá que insistió en que fuera a la escuela, en que tuviera un título, que ella no había podido tener. La respuesta en ese caso de la mamá de Graciela fue que podría seguir estudiando, obtener otro título, pero Graciela le explicó que su tiempo ya había pasado, que era el momento de que ella cuidara a sus propios hijxs para que siguieran un buen camino. Es relevante como el título de corte y confección que le resulta efectivo con sus compañeras, pierde valor frente a la mamá, que le pedía otro tipo de título, pero a su vez marca el punto donde ella se convierte en madre para sus hijxs, en sus términos, porque su tiempo de hija era el que había pasado.

Ese sacrificio en pos de guiarlo, y ser efectiva en ello tiene su contraste en el caso de Pototo, el hermano más chico de Ramona, donde la responsable desde la mirada de lxs hermanxs, respecto a su falta de orientación en la vida adulta, es la madre. Ser madre

entonces no es sólo cuidar en el momento presente de la niñez y la adolescencia, sino también durante las vidas adultas, si logran “salir adelante” o no, tiene que ver con la trayectoria de ese rol.

Para Jérica, por ejemplo, aparece un problema en el ser madres de otras mujeres en tanto no atienden a sus hijxs, especialmente a lxs chicxs que suelen estar desde temprano en el CPC. Que tuvieran la cara sucia o que no hubieran desayunado implicaba un mal cuidado materno, lo que abrió el espacio para promover la idea del merendero. El cuidado no está situado sólo con lxs hijxs, también la familia debe ser cuidada, como Jérica interviniendo para sacarla a su hermana de un sometimiento físico y de reiteradas violencias de género. No lograba comprender el por qué se metía en una relación así, si ellas siempre se habían defendido solas, habían aprendido a rebuscarse, a vender, a trabajar de lo que sea, para “salir adelante”. Pero el miedo y la forma en que se estructuran estas ideas sobre el marido en el barrio, calan de formas diferentes en cada persona. Tanto como estas búsquedas de salir adelante, que en el caso de Jérica se transformaba en tener un proyecto.

El cuidado de lxs hijxs en Julia llegó a un extremo de descuido de su salud. El sacrificio como madre ante la circunstancia de Joni consistió en organizar su vida y la de la familia ampliada que respaldaba la asistencia a la escuela, la ida al médico, en pos de cierta autonomía futura para su vida, mientras se amañaba para mantener a sus otros hijxs pequeños aún. En ese momento, Julia fue cuidada por su mamá y sus hermanas principalmente, quienes la sostuvieron durante la depresión, y la reconectaron con el tejido, volviéndolo un espacio de terapia, pero también de demostración de afecto en un momento donde su capacidad de cuidar a sus hijxs estaba debilitada. Su madre aparece como una persona de hierro, que se quedó con sus hijos, y que ahora vela por lxs nietxs, sigue cuidando. También la hija mayor aparece como de gran ayuda en esa parte de su historia, y luego se transforma Julia en quien la ayuda cuando ésta tiene a su bebé. Por último, sus hijxs se sienten orgullosos de la forma en que lxs crio, y consideran que han hecho lo mismo, marcando la diferencia con otras familias del barrio, que aparecen como las otras no mencionadas en sus relatos<sup>75</sup>, quienes no han cuidado bien, ya que sus hijos cayeron en malos pasos. Lo que Julia y sus hermanxs pasaron, la necesidad, el abandono del padre, les sirvió para valorar lo que tenían.

Las figuras paternas en todas las historias menos la de Jérica, tienen presencias difusas, más cercanas a un lastre que a quienes aportan, o incluso directamente ausentes durante un tiempo como para Julia. Tanto el padre de Graciela como el de Ramona tenían la particularidad de tomar en exceso. En el caso de Graciela eso implicaba que el trabajo y el ingreso generado con el mismo no fuera constante. Para Ramona desembocaba en hechos de violencia, donde “hacía desastre”, siendo la mamá la que escondía a sus hijxs para evitar que les hiciera daño.

---

<sup>75</sup> Como una comparación tácita.

El padre de Graciela era quién había engañado a su madre, algo con lo que ella creció. Sin embargo, al momento de tener novio, esa figura se activa y es a quien tiene que dirigirse Horacio para acordar los términos de la relación juvenil, los días y horarios de visita, reglas que se disuelven en el tiempo, pero que estuvieron ahí. En el relato esta característica era un dato, probablemente de hombres que no alcanzaron a ser hombres-hombres, pero que por ello no perdían el estatus de marido, ni de padres, eran sostenidos ahí.

Este rol diferencial de hombres en el barrio también puede ser graficado en la descripción del hermano mayor de Julia, quien a pesar de su condición de varón no agarró nada malo (cigarrillos, bebidas, drogas), se sacrificó para recibirse, para tener muchos títulos, lo que lo convirtió en el orgullo de la familia. El título y el trabajo fueron garantes para que comprara su casa y su auto afuera del barrio (las otras tres hermanas viven cerca de la casa de la madre, dentro del Ongay). Este hermano sirve de ejemplo en la educación de lxs hijxs de Julia, quienes además ahora cuentan con otras oportunidades: las becas progresar, de estudio y los trabajos lindos que disponen ahora, en los términos de ella.

La relación con los hombres en tanto maridos tiene características de este ser hombre-hombre, que mencionaba Graciela. En la relación con su marido, ella se siente con derecho a exigirle que arregle la casa, ella decide lo que debe hacerse, pero él lo tiene que hacer posible, al menos en parte. Esto permite que pueda “jeringuearlo” para que se active y cumpla, lo que explica la anécdota de la columna de la casa y el cumpleaños de Valentina (Capítulo 4). Ambos provienen de una experiencia de carencia en la infancia, entonces el “*tener las cositas*” implica sacrificios, que muchas veces son vistos los efectos por los vecinos, y asignados al andar en drogas, pero el sacrificio que menciona Graciela no es visto, o no es reconocido.

En la fiesta de cumpleaños aparece el aporte que haría cada unx para arreglar la casa. El argumento de Graciela era que Horacio trabajaba en un corralón, entonces con más razón tenía que resolverlo. Él le respondía que no le alcanzaba el dinero, incluso el préstamo que le daban desde el trabajo no era suficiente, entonces Graciela proponía pagar la mano de obra, siempre que se resolviera rápido. Luego ella analizó detenidamente la situación, pues no quería usar el dinero que tenía para algo que podía hacerlo Horacio, entonces “aguantó” para que lo hiciera a su tiempo. Su análisis era que había que “*tenerlos cagando*”. Él aún no alcanzaba el ser hombre-hombre, pero con la ayuda de ella podría hacerlo, el mismo análisis corría para el marido de Ramona.

Julia fue quien decidió la necesidad de las reparaciones de la casa, lo que los llevó a sacar los materiales con los préstamos que le dan en el trabajo, y lograron “altear” la casa. Esa casa que la ve como el legado para sus hijxs, quienes se encargarían de terminarla. Su hijo, además colabora dándole dinero los fines de semana, para que Julia administre en la compra de comida. Ramona, por su parte, tiene que hacer ella misma

las cosas de la casa, como cambiar los focos, arreglar enchufes, porque si espera del marido no se resuelve nada.

El marido de Jérica aparece con un rol cambiante en el relato de ella. Por un lado, él no quería que ella trabajara, porque él era quien debía ocuparse de proveer lo que fuera necesario, quien debía mantenerla. La comida la tenía que traer él como hombre de la casa, ella debía estar en la casa, pendiente de sus hijos, era la lógica del vínculo matrimonial. Pero cuando ella trabajaba con la política, él colaboraba en su práctica, siendo el que se encargaba de la cocina.

El marido de Julia aparece como acompañándola con la situación de su hijo, pero también cuando ella está enferma. Ante el miedo de ella para hacerse un estudio, la explicación de por qué debía hacerlo eran sus hijos, quienes la necesitaban en la casa. Ese espacio, la casa, aparece como el lugar de decisión de las mujeres que presenté. Los maridos deben cumplir el rol de proveer principalmente y de estar cuando es necesario. Lxs hijos no aparecen como un asunto directo de ellos, sólo “acompañan” en casos especiales. Los maridos aparecen como una referencia ineludible en los relatos de las mujeres con las que hablé, pero lo hacen de diversas maneras.

El estar casadas y el trabajo tiene un especial sentido en Julia, quien desde que se casó no trabajó afuera, y lo marcó varias veces. La madre de Ramona incluso, por trabajar afuera estuvo por separarse, pues el marido creía que lo engañaba con su primo en ese espacio. En el relato, el criar hijos y trabajar afuera no van de la mano, pero una vez crecidos éstos, se abren otras posibilidades. Los hijos estaban del lado de la madre, de que no tenía sentido lo que decía el padre, y que ella merecía trabajar fuera de la casa, a pesar de no haber podido enderezar a Pototo.

Pero el ser madres y esposas no es todo en la construcción de su ser actual. Graciela comentaba que cuando iba a la escuela se burlaban de ella por ser gordita, entonces aprendió a defenderse a las patadas, lo que se asociaba a ser “un varón”, es decir, no era un comportamiento adecuado para una niña. Su madre, quien la guiaba, le insistía en que fuera de todas formas a la escuela, que no tenía que importarles lo que le dijeran. Otro momento donde Graciela aparece atacada en el relato, es cuando recuerda cómo se conocieron con Horacio. Éste le tiraba piedras como forma de llamar su atención, pues Graciela se movía como cabecilla de lxs niñas que se iban a la laguna a jugar. Esta agresión parece ser normalizada.

La orientación sexual no está excluida en el barrio, aparece cuando el pretendiente de Ramona le pregunta si ella era tortillera o qué que no quería estar con él. Tortillera es la forma despectiva de nombrar a una persona lesbiana. El rechazo que sentía el pretendiente no tenía que ver con él, sino con ella en su argumentación. Mientras que Ramona se mantenía distante porque no sabía cómo contarle que era madre soltera, tenía miedo del rechazo. El límite en el contacto tenía que ver más con la vergüenza, o culpa para Ramona, tanto como con el resguardo de sí misma para no volver a ser abandonada.

Estas materializaciones del cuidado en el barrio, de las relaciones familiares y sus estabilizaciones, lo que implica ser madre, están configurando las posibilidades de trabajo adecuadas para esas mujeres. No significa que sea lo único posible para ellas, tanto como no implica que ellas decidan libremente qué quieren hacer con su tiempo, ni en qué trabajar. Tal como señala Strathern (2006) como las relaciones sociales son objetivadas en cerdos y huertas: el trabajo no puede ser medido separadamente de las relaciones. En el caso que ella desarrolla, pensar el trabajo incorporado en el cerdo es pensar en el valor que el marido o la mujer tiene para el otro. Un hombre toma un animal engordado como una indicación de cuidado de su mujer. He aquí el principal factor que torna imposible hablar de alienaciones en las economías de los dones. Inalienabilidad significaría ausencia de una relación de propiedad. En este caso, las personas sólo pueden disponer de las cosas vinculándose en relaciones con otras personas. La diferencia entre el intercambio de dones y el de mercancías es una diferencia sistémica. La evidencia disponible sugiere que la relación con el producto no debería ser considerada, sino la relación a través de otros con respecto al producto y así, los tipos de dones que son creados, para el caso de las sociedades Melanesias. Además, no se puede afirmar que el trabajo de las mujeres no es alienado en cuanto cuidan los cerdos, más que cuando disponen de ellos. La alienación ocurre cuando su valor social objetivado, como trabajo, es determinado de tal manera que impide ser un valor para el trabajador. (Strathern, 2006) Por ello no tiene sentido hablar de explotación o dominación de las mujeres del barrio, no porque no exista en términos analíticos agregados, sino porque en las definiciones que ellas hacen sobre su vida, y que las tomo en serio, no resulta relevante, aparecen otros matices más importantes de analizar, como la valoración social de ese tipo de trabajo que realizan.

Strathern (20016) planteaba que si la división del trabajo entre los sexos definía su relación entonces el trabajo no tiene un valor abstracto fuera de esa relación (si el trabajo de una mujer es lo que hace para su marido, ella no podría vender ese hacer para otro). Esto es central para pensar el trabajo doméstico de cuidado en principio, pero donde además resulta necesario dotar de realidad en este caso. En Argentina, en Corrientes, de estas historias, 3 de 4 tuvieron que limpiar en casas, de personas de “mayor calidad” dirá Jéssica, siguiendo la experiencia incorporada de sus madres. El trabajo doméstico cobra cierta relevancia en los debates feministas más de redes, donde la invisibilización de ese trabajo es lo que se ataca. Al hacerlo, olvidan que el trabajo que no es hecho por la mujer de clase media que sale a independizarse gracias a los derechos que adquirimos luchando es realizado por una mujer de clase económica más baja, o podríamos considerarla como una de las múltiples actividades que las mujeres “venden” para “salir adelante” cuando es necesario. En este sentido, el trabajo doméstico invisibilizado en un sector de la sociedad, se convierte por momentos históricos en el trabajo informal de otro, contratado en general por otras mujeres. La pregunta emergente es ¿quién hace el trabajo doméstico en las casas de las mujeres que salen a hacer el trabajo doméstico de las señoras de clase media que salen a trabajar? Ahí

es donde cobran relevancia los lazos de parentesco y de vecindad/amistad, y donde la separación para el rastreo analítico se complejiza.

Antes de pasar al siguiente punto, me parece importante remarcar que los hombres que relatan las mujeres, en sus diferentes roles, no tienen una vida laboral de éxito social fuera de la casa, los trabajos de los maridos implican un gran desgaste físico, en el caso del marido de Julia con una paga en blanco, y la posibilidad de proveer otras garantías a la familia, como la obra social. Pero en el resto de los casos son albañiles (marido de Jésica, su papá también tenía esta profesión y el papá de Graciela), trabajadores de corralón en negro (Marido de Graciela), carnicero (marido de Ramona). Las relaciones no descansan tanto en una vinculación romántica en el relato de las mujeres sino más bien el “salir adelante”, donde hay una puesta en común sobre parte de lo ganado, y roles bien definidos, del hombre como proveedor, y la mujer como cuidadora, todo esto para garantizar que los hijos tengan mejores condiciones (casa arreglada, ropa, comida) que las que ellos han tenido en sus infancias, para que no “agarran” cosas malas. En términos generales aparece esa lógica, pero claro que en cada caso va mostrando matices, y densidades que escapan a la posibilidad de este tipo de investigaciones.

#### Las formas del valor para las mujeres del barrio

Durante esta tercera parte reflexioné sobre cómo esas prácticas que realizan las mujeres que conocí en el barrio Ongay están atravesadas de valor y valoraciones, a pesar de su aparente ausencia desde una mirada economicista. El valor, siguiendo el desarrollo de Graeber refiere a la importancia que asumen las acciones, y cómo se conectan con una totalidad superior. Agregamos a eso, que la importancia no emerge de la conciencia individual, sino que va tomando forma a partir de las interacciones específicas que se dan con ciertos formatos estabilizados, que podríamos denominar los patrones de acción que siguen ciertas instituciones que movilizan a su vez, imaginarios y prácticas concretas, tal como lo señalé en el capítulo 5.

Por un lado, es imposible pensar la producción de manualidades y de productos textiles en los sectores populares sin considerar las posibilidades con que cuentan las personas que habitan esos espacios, como también resulta relevante incorporar las nociones sobre cómo perciben su lugar en lo social, lo que es “bueno” en esos ámbitos, y sobre todo las estrategias que consideran disponibles para lograr eso que es bueno, traducido en el “*salir adelante*”. Esto es, tomar en serio las descripciones que realizan, el énfasis que ponen en ciertos temas, es decir cómo ven al mundo, pero también conectar eso con las totalidades sociales que se construyen como opuestas, y ubicarlas en las relaciones que permiten “escuchar” eso que dicen. Bourdieu plantea la cuestión de la distinción como móvil de la acción, en el sector que denominé popular tiene que ver con diferenciarse de quienes circundan, pero parecerse a lo que está bien, ya sea en el consumo, en la práctica de trabajo, o lo que vayan estabilizando como necesario.

El planteo de Strathern (2005), junto con la discusión que realiza sobre las ideas de Josephides, me ayudó a reflexionar sobre la importancia de no trasladar prenociones

ideológicas a la lectura de la realidad, pero también me abrió el problema de hasta donde sabemos. Por un lado, resulta central en términos éticos, darle la relevancia que tiene la explicación de las mujeres sobre sus actividades, pero a su vez, siguiendo la lectura que hace Turner de Piaget, esa explicación está situada, y circunscripta a las apreciaciones inmediatas. Comencé a ir más allá de las prácticas en sí en esta segunda parte de la tesis, para comprender cómo se configuran, la forma en que van expresando una lectura de la realidad que contiene la creatividad de la persona. Esto es, lo irreductible de las personas que, en tanto tales, las vemos en el momento de la investigación como la expresión de una combinación de relaciones, experiencias y las formas en que se fueron y se van acomodando en su ser, en su psiquis, en su cuerpo, lo que les permite actuar en el mundo que habitan, tanto como hacerlo a su manera.

El valor de las prácticas de las mujeres tiene un anclaje en distintas dimensiones que configuran ese accionar, pero también cobra sentido a partir de una experiencia común, en una forma de traducirla en un precio que la moviliza más allá de las lógicas que circulan en el barrio y genera el hacerse conocida, que en principio guarda relación con lo planteado por Strathern (2006) y Munn (1986), e incorporan la relevancia de las acciones en la consideración del valor.

### **La experiencia común**

La experiencia común estaría dada por la estabilización de una situación pasada, que moviliza a determinadas acciones en la actualidad. La primera que tienen las mujeres con las que trabajé es el haber pasado necesidades en sus infancias. De alguna u otra manera se definían a ellas mismas como pertenecientes a una familia humilde, lo que las llevó a trabajar desde pequeñas. Tanto Graciela como Julia vivenciaron las crisis familiares y económicas teniendo que “salir” a trabajar desde pequeñas. Jéscica también lo hizo, pero sin la enunciación explícita de la carencia. Todas trabajaron en algún trayecto de su vida como empleadas domésticas, y/o niñeras (Ramona cuidaba a los hijos de su hermano mayor). Las madres de las tres lo habían hecho y fueron las encargadas de enseñarles cómo hacerlo. Lo que también conformó otra experiencia común desde la cual piensan su hoy, en el tener sus cosas, como lo dice Graciela, en el salir delante de Jéscica, o en el altear la casa de Julia. A su manera cada una trata de estar en una situación mejor a las que les tocó previamente.

En la expresión de Julia: *“No es deshonra mami, ir a lavar un piso porque yo lo hice cuando... no había otra cosa... pero... si vos tenés tu título, un buen trabajo, tu obra social todo eso... es bueno le digo yo”*. Este trabajo visto como “honesto” desde las clases medias, por nombrar de alguna manera un sentido común, no es necesariamente un buen trabajo, o lo deseable, sino a lo que se acude cuando no hay otra cosa en el barrio.

Esta experiencia de carencia es vinculada con la imposibilidad de tener un título, lo que les daría un mejor trabajo, algo que mencionan con distintos matices. Como ellas no han podido porque no tenían las facilidades, que en general se vincula a tener ropa y

calzados para ir a la escuela, sumada a que no les gustaba, que estudiar no era para ellas. Sin embargo, en ese momento del trabajo de campo, todas insistían en que sus hijxs pudieran estudiar, tuvieran un título, “salieran adelante”. También conseguir trabajos lindos, que en el relato de Julia se traducían en profesiones como: maestra jardinera, farmacéutica, carpintería, albañilería. Graciela e Ramona también mencionan en una de las charlas la posibilidad de ingresar a las fuerzas armadas, o la policía como trabajos deseables para lxs jóvenes del barrio (la primera tiene un mayor estatus que la segunda en el relato).

La experiencia de la falta, también se vincula con movilizar el conocimiento que tienen, en tanto la costura, como para resolver una de las principales faltas, la muda de ropa para ir a la escuela. La deuda, o el crédito, aparece explícitamente en el relato de Ramona para proveerles de zapatillas a sus hijxs, otro bien ausente en la niñez al igual que la comida. El poder comer pan del día es un lujo.

### **El ser vista, el hacerse conocida**

El ser vista es enunciado por Jéscica, pero podríamos usarla como una categoría que engloba otras aristas, y precede al hacerse conocida. En su relato está asentada en la persona, externa al barrio que mira, y ve las cualidades de esta persona. Al estilo de las capacidades genéricas de Munn, que son exteriorizadas en una acción, limpiar en el ejemplo de Jéscica, que le permiten obtener un trabajo, y se estabiliza en una relación. Esa actividad de limpiar, que constituye la experiencia común de muchas mujeres del barrio, habilita otro tipo de ingreso, uno estatal, con una estabilidad superior a limpiar en una casa, pero menor a ganar un salario en blanco. El ser vista opera como hito, es decir, un momento específico que permite hacer visible una característica que permite una relación, que se irá modificando en el tiempo. Jéscica se transforma en referente, expande sus influencias espacio-temporal, siguiendo a Munn, utilizando en parte la referencia consolidada de Don Gutiérrez, pero anclándola en su saber hacer, las manualidades. Esto es, genera una relación entre el convertirse en referente del barrio desde la mirada de la política y de la Universidad con su mesa de gestión, pero va convirtiéndola en la que sabe hacer manualidades, y puede enseñar. Ese pasaje lo puedo anclar desde lo que vi, sin poder saber cómo fue su proceso personal, en la transformación que tiene ella desde que no le gusta enseñar en ArteSano, hasta que trata de armar su propio taller. Limpiar no tiene el mismo estatus que hacer manualidades, y menos que ser tallerista o coordinadora.

En el ser vista también aparece la interacción con el grabador, donde de pronto aparece alguien, vinculada a la universidad que les está preguntando por su trabajo, es una forma de ser vistas que no parecía ser habitual allí. Graciela, por ejemplo, cuando prendí el grabador (activé el programa en el celular), calló a la gente alrededor, desplegando sus dotes narrativos, cuestión que mostraré también en la tercera parte. Por el otro Jéscica, en esta situación, hablaba bajo, no hacía ningún comentario al respecto, pero cuando apagué el grabador, comenzó a hacer chistes a hablar más distendida.

Finalmente Julia, planteaba directamente que lo que dijera a partir de ahí tenía que ser editado, corregido, debía ser cortado incluso, parte de su relato, para que quedara bien, especificando al ratito qué era lo que tenía que decirme, la pregunta por lo que esperaba yo escuchar, o lo que se esperaba en esa situación. Son distintas resonancias ante una forma particular de ser vistas, y escuchadas que escapaba a las prácticas habituales.

Aquí cobra relevancia particularmente lo desarrollado por Graeber respecto a la acción y el reflejo. Antes de pasar a esa tensión, es necesario comprender que la discusión sobre el poder tiene un anclaje entre la visibilidad y la invisibilidad, tal como da cuenta Foucault (2002), a comienzos del Siglo XVIII se pasa a ejercer el poder de una forma disciplinaria, contraria a la forma visible del régimen feudal. En esta aparece una burocracia sin rostro, invisible, encargada de inspeccionar, examinar y evaluar sus objetivos, donde instituciones como las fábricas, los hospitales los exámenes escolares y la revista militar son las encargadas de disciplinar. Esto también se traduce en los cambios de los vestuarios, explicará Graeber (2018) afianzándose en la investigación de Flügel, quien señaló que en el siglo XVII los hombres dejaron atrás las vestimentas coloridas del renacimiento, pasando a ser características de las mujeres. *“El cambio en la vestimenta fue un elemento esencial dentro de un cambio ideológico más amplio entre las clases dirigentes, alejándose del antiguo ethos aristocrático de consumo y acercándose a un énfasis en la sobriedad burguesa y el valor moral del trabajo productivo”* (Graeber, 2018, pág. 165).

Bourdieu (1977), por su parte, señala que la gracia y la habilidad social del actor depende de que no sea consciente de los principios de su acción, eso implica que cuando los actores no pueden acudir a las formas habituales de actuar, es cuando son capaces de objetivarse, en términos de Graeber, “uno se vuelve autoconsciente cuando no sabe qué hacer” (Graeber, 2018, pág. 166). Lacan, establece una distinción semejante entre acción y autoconciencia, en el estadio del espejo en los niños.

El “estadio del espejo” descrito por Lacan, que comienza cuando el niño se encuentra por primera vez cara a cara con alguna imagen externa de su propio yo, que actúa como la totalidad imaginaria en torno a la cual puede construirse un sentido de ese yo. [...] Para Lacan, el ego es siempre un constructo imaginario: en la vida y la experiencia cotidiana, uno sigue siendo una multiplicidad en conflicto de pensamientos, pulsiones libidinales e impulsos inconscientes. El yo actuante y la unidad imaginaria nunca dejan de estar en oposición. (Graeber, 2018, pág. 166)

De esto toma el antropólogo que la acción y el reflejo son momentos diferentes del yo, y la experiencia es una alternancia continua entre ellos. La pregunta entonces es porque las imágenes de los espejos deberían ser una metáfora del yo público, y de allí qué es lo que hace que los poderes de la acción parezcan invisibles. Lo desconocido, dirá Hobbes, cuenta con un poder ilimitado, podría ser cualquier cosa, por ende, también hacer cualquier cosa. La falta de especificidad implica un potencial ilimitado, dirá este

autor, y agregaría que funcionaría así para quien mira y desconoce<sup>76</sup>. Al ocultar al hombre tras una vestimenta, el ocultamiento del cuerpo que representa junto con la no individualidad, se afirma el hombre por su capacidad para la acción, o como lo plantea Berger *“la promesa de poder que él encarna”* (Citado en Graeber, 2018: 168). Ser visible, es ser concreto, ser más bien el objeto sobre el que se actúa. Incorporaría acá la relevancia de la vestimenta, por más que sea para una sociedad occidental “desarrollada”, porque la mujer queda en el lugar del objeto, esto es, la exposición del cuerpo y sus curvas en general en el vestir. Pero avanzando un poco más, hay algo con la acción esperada de ese objeto que estabiliza. En el barrio lo podría pensar en términos de la acción estabilizada en un espacio: la casa.

Retomando a Graeber, este argumento deriva en que la diferencia entre la acción y el reflejo se plantea entre las acciones que se llevarán a cabo en el futuro, y/o las que se desarrollaron en el pasado. La promesa de poder del hombre, en el sentido que señala Berger, es su potencial para actuar en el futuro, mientras que la mujer, a través de su tratamiento hacia sí misma refiere a acciones que ya han sido realizadas. Efectúa un salto Graeber en la explicación componiendo el poder de Berger para la mujer y el hombre en la noción de persona<sup>77</sup>:

Podría decirse que la persona desaparece al orientarse a la acción, porque la acción expresa una completitud que solo puede existir en el futuro. Al mismo tiempo, nuestra persona visible, nuestro “ser” propio, no es más que los efectos acumulativos de acciones dirigidas hacia nosotros en el pasado -de todas aquellas acciones que han hecho de nosotros lo que somos-. El ser -si es socialmente significativo- es acción congelada y, así como cada categoría es el otro lado de un conjunto de prácticas (Turner y Fajans, 1988), cada ser único es el resultado de una historia singular por igual. (Graeber, 2018, pág. 170)

Traje a colación la explicación que realiza Graeber, porque junto a lo que ya desarrollé oportunamente sobre Munn (capítulo 5) y Strathern (Capítulo 6), encuentro resonancia en la concepción del hacer que se plantea en el barrio para estas mujeres, con el hacer y ser vista, mientras que el efecto del ser vista, en distintos contextos, por distintas acciones marca una o varias formas de hacerse conocida. Tiene que ver con las relaciones estabilizadas en el tiempo, podría ser considerado como un proceso, donde la cercanía de los vínculos y las actividades de trabajo en el territorio le dan una densidad, generando un nombre, una reputación, y finalmente la posibilidad de vender lo que hacen, y de establecer el precio de eso. El ser conocida tiene dos espacios al menos en lo social, como cree la persona que es conocida en el barrio, y por el otro como ven desde distintas posiciones a esa misma persona y su accionar. El ejemplo más claro en esto es el de Morena, ella es una “mujer libre” para Jélica, porque hacía

---

<sup>76</sup> La posicionalidad del conocimiento me parece relevante, espero dejar en claro este punto al terminar la tesis.

<sup>77</sup> Anteriormente señala que este análisis como crítica a las relaciones de género se aplica a la sociedad occidental reciente pero considera: *“que la división básica entre un yo relativamente invisible que actúa en el mundo exterior y uno concreto y visible referido sobre todo a uno mismo tiene una significación mucho más amplia”* (Graeber, 2018, pág. 166)

lo que quería en términos de relaciones sexuales, a diferencia de la idea latente de mujeres de la casa, que tienen sexo sólo con sus maridos. El marido desde esta mirada es considerado como en una situación desfavorable, sobre todo porque la casa donde habitan es de ella, es un quiebre en esta lógica armónica (en apariencia) de que las mujeres son de la casa, y los hombres quienes proveen, pero que también poseen la propiedad de la casa, ese reino femenino. Ese poder, que aparentemente es de hombres en este caso es detentado por una mujer, que además es libre. De esta manera cambian las relaciones de poder aparentemente, y es el hombre quien debe “aguantar” los engaños de la mujer. Desde el PDTS, y desde la familia misma, la mirada sobre Morena es distinta, como fuimos viendo a lo largo de los capítulos 1 y 6.

El hacerse conocida, además compensa en parte la ausencia de un título, que aparece como una forma de certificar los saberes y también como la vía de acceso a otros espacios/trabajos más allá del barrio. Dice Jéscica que ella consideraba que sabía hacer muchas cosas, pero que no tenía un título, que le permitiera mostrar que sabe. Graciela contaba todo lo que le costó obtener su título, y todo lo que significaba para su mamá, y Julia le decía todo el tiempo a sus hijos que estudiaran, que el título era lo que les garantizaría trabajo, sino no obtendrían nada.

### **Poner un precio, batallar el valor**

En el marco de esta construcción de vidas provenientes de “familias humildes”, el hacer de ellas tiene una connotación particular. Por un lado, el hacer está vinculado al espacio doméstico mientras existan niños a quienes cuidar y guiar, que aparece más bien como lo que deben hacer. Pero también tienen una instancia donde ese cuidado deriva en el hacer manualidades, tejer o coser, que es para la familia en una primera instancia, o proviene de allí, pero que expresa además la creatividad, un espacio de “terapia”, uno de encuentro con otras mujeres, y que posibilita hacerse conocida a partir de lo que les gusta hacer. Graciela se presenta haciendo lo suyo, la costura, contraria a la escuela donde no se sentía parte. Julia con todo lo que significa tejer en tanto superar las circunstancias, encontrar respiro, y poder generar unas monedas. Jéscica, mostrando sus peluches y demás manualidades, que la desplazan de la que limpia a la que da talleres, pero que también vende.

Así resulta difícil considerar que la medida del valor de esta actividad pueda ser en todos los casos monetaria, a pesar de que hay una traducción en algún momento en un precio que usa la moneda como medida. En la primera parte de la tesis mencionaban no saber poner el precio y el tamaño de lo producido era una buena forma de definirlo, otra era considerar el precio cobrado por algo que fuera parecido a lo que hacían en los negocios cercanos, y una tercera forma era desplegar los conocimientos sociales y cobrar de acuerdo a la posibilidad de pago que asumían poseía quien tenían en frente, o lo que es lo mismo, cobrar de acuerdo a la cara del cliente.

En esta segunda parte se complejiza ese precio, esa traducción monetaria de lo que venden. La primera impresión es que aparece una definición externa del precio de lo

que hacen, de su valor. En el sentido de que a Graciela e Ramona le viene definido por lo que paga Gustavo, a Jéscica por el monto de la beca definido por el Secretario de Derechos Humanos (o algún proceso interno burocrático). Julia es la que presenta cierta autonomía en esta segunda parte al definir el precio de lo que sale su trabajo de acuerdo a lo complejo del pedido que le hacen.

Sin embargo, más allá de la definición externa del precio, todas de alguna manera fueron discutiendo con el precio que le pagaban. Graciela e Ramona, primero cuestionaban el valor de su actividad con sus compañeras, luego pasaron a mejorar la técnica de costura para que el precio fijo que pagaba Gustavo rindiera (hacían más remeras por hora). Jéscica limpiaba dos veces en el día el CPC al inicio del trabajo de campo, y terminó recibiendo la misma beca (sin considerar las actualizaciones monetarias que habrá tenido por el contexto inflacionario de Argentina) pero trabajando la mitad de tiempo y haciendo una actividad que tiene otro estatus como el dar talleres, coordinarlos y/o ser la referente del CPC. Julia recibió por un corto tiempo un PEL, pero luego comenzó a analizar la posibilidad de vender carteras en la costanera, de una forma que se acomode a sus necesidades.

Es en este sentido de que más allá de que las prácticas estabilizan ciertos reflejos de la persona en otras personas, las capacidades genéricas y sus movilizaciones generan desplazamientos, donde la creatividad emerge. Pasaron de plantearme que no podían ponerle precio a lo que hacían, a desplegar todas las formas en que lo hacían y las diversas valoraciones de sus actividades, que a veces se traducen en precios, que no contempla sólo los costos “objetivos” de lo que gastaron, sino también lo que vale su trabajo, su dedicación, su hacer. El valor, y su potencial traducción a un precio por parte de las mujeres tiene diferentes matices, están envueltos de relaciones. Lo que ellas hacen no son mercancías a secas, por el modo en que lo hacen y por las búsquedas que involucran, pero tampoco es una economía del don, o una actividad que hacen por amor a sus hijos. Tiene una particularidad anclada en un tipo de trabajo, que no es meramente productivo (en términos marxistas), ni tampoco sólo reproductivo.

Entre el valor social y las subjetivaciones que leen ese valor

El valor, para la economía en general tiene que ver con la conversión de valor, tal como lo retoma Strathern de la tradición marxista, donde en el intercambio la cosa adquiere valor. Esta forma de pensar y analizar el valor tiene un elemento esencializador en parte, como cualquier definición que se pretenda universal. Implica mirar al valor desde el exterior, quitarle las relaciones constitutivas para asignarles unas que son genéricas, como el intercambio, incorporándola en un sistema de producción que sigue alguna lógica. La cuestión de pensar el valor desde las actividades o prácticas que lo generan en la economía popular apuesta a sacarlo del imaginario del trabajo, como el espacio “natural” de hacer en las fábricas o los ideales del empleo en la teoría económica. También implica moverlo de un sistema más o menos homogéneo que tiene como fin último la acumulación de capital o de poder, que siempre da la sensación de un todo

homogéneo, cual la idea del Estado que señala Abrams (2015). Esto lo devuelve a las relaciones de carne y hueso, y nos permite rastrear desde un ser-estar situado, cómo se fueron consolidando ciertos discursos, ciertas prácticas y ciertas experiencias, que a su vez le dan sentido a las que se ven y explican ahora, donde también ocurren desplazamientos. El valor y sus estabilizaciones, son dinámicas y están situadas. Acá resulta relevante pensar la idea de la fama de los Gawa de Nancy Munn, donde la relevancia de la acción tiene que ver con el reconocimiento por parte de otras personas. El hacerse conocidas, o tener un nombre/actividad, colabora en la constitución de un estar específico en el barrio con una valoración particular.

El punto central que quiero manifestar en este apartado es la situacionalidad del valor, y las dificultades prácticas de esencializarlo. Para desentrañar lo que el valor es, necesariamente hay que poner en juego lo que es para la persona, no existe necesariamente fuera de las relaciones que lo van moldeando, por lo tanto, no hay un valor, hay formas estabilizadas de diferentes valoraciones. Tal como señala Strathern (2006), respecto a Josephides, las miradas occidentales tienen criterios de valoraciones envueltos en sus análisis, donde la noción de propiedad privada juega un rol central. Entonces, esta autora desentraña como la mirada de la práctica de cría de cerdos, puede ser vista desde afuera como generando relaciones desiguales entre los géneros, a partir de una noción de apropiación sobre lo producido. Pero esta mirada, además de trasvasar una teoría pensada para un tipo de sociedad a otra, hace una evaluación moral de la práctica de otras personas. Como también transmite una idea de un individuo completo, contrapuesto a la noción de persona partible que desarrolla Strathern, a la cual suscribo desde la reflexión.

Las prácticas y sus valores consecuentes no pueden ser extraídas de las personas que las llevan adelante, pero éstas no actúan en un punto cero de la historia o en un vacío social, y esta cuestión es la que nos permite ver las múltiples influencias que van teniendo distintos flujos, como el conocimiento mainstream de la economía articulado en las políticas públicas, las formas que encuentran para coordinarse esas líneas antagónicas de actuación en el territorio, y las cuestiones de género ancladas en las divisiones sexuales de las actividades.

En las mujeres que conocí, percibí una transformación o desplazamiento de las actividades que hacían en el inicio del vínculo y las posteriores. Este desplazamiento no se relaciona sólo con una voluntad orientada de quien conoce lo que quiere y va por ello, sino más bien que se me presenta como un proceso donde a partir de las condiciones y las experiencias que han sido incorporadas en formas de saberes o posibilidades de comprensión del entorno, junto con sus subjetivaciones, sus historias, les permitió moverse, hacerse conocidas cada una en su ámbito, algunas veces más circunscripto a las relaciones familiares, otras a las barriales, y otras más allá del barrio. Es este desplazamiento de las actividades lo que permite ver lo dinámico de lo social, esto es como los patrones que contienen estos flujos de existencia se van moviendo, se

van resignificando, a pesar de que parecen ser lo mismo en un primer acercamiento, no lo son. Ese flujo está atravesado por todas las experiencias y las significaciones que contienen para quienes participan de ella, incluso aunque más no sea como la “investigadora”. Los flujos a su vez, dejan entrever un patrón de sentidos y sentires, que nada tiene que ver con una definición universal, pero que hablan de cierta cercanía en los procesos de subjetivación. Anclados en historias de necesidad, en mayor o menor medida, que hacen que quieran hacer las cosas de otra manera, “darles” otras condiciones a lxs hijos (pasado y futuro en un juego constante), pero que también van propiciando ciertas lecturas de la realidad, de la vida, de lo que debe ser. Todo esto nos lleva a la siguiente parte, donde indagaremos las subjetivaciones emergentes en este contexto, con estas circunstancias y estas valoraciones.

### Parte 3 - "Ellas, hacen". Entre el precio y el valor: las subjetivaciones populares

Hasta aquí he abierto unas tres formas de lectura simultáneas del trabajo de campo, por un lado, una más metodológica que fue dando cuenta de cómo establecí el vínculo con las mujeres, primero desde una posición más "universitaria", y luego corriéndome de ese lugar para "entrar" a sus casas, lo que me permitió entablar una comunicación más fluida en otros ámbitos. Una lectura más teórica general, proveniente de la pregunta de cómo se construye lo social, que habilita la pregunta por la práctica de las mujeres, y las formas que van adquiriendo esas prácticas en el medio de configuraciones específicas. Finalmente, una pregunta más cercana, si se quiere, de una especie de teoría, que se daría en el marco de la antropología del valor, y tiene que ver con por qué hacen lo que hacen las mujeres, con el presupuesto de que ese hacer tiene que ver con una valoración. Como vemos, estas tres lecturas posibles, están interrelacionadas, y una no podría hacerse a priori sin la otra.

En este apartado ahondaremos, sin dejar de lado estos tres modos de lectura de la tesis, los afectos, el pensamiento, el deseo de las mujeres, considerando que la práctica se da en un contexto específico, o en una configuración, establecí en la primera parte, siguiendo a Ortner (2016) y Weber (2009), ahora bien, ésta toma un matiz especial dada la subjetivación de cada persona. Esto es, las condiciones no son leídas de la misma manera, sino que cada quien las va conjugando con una serie de elementos, como la historia personal y la percepción que tenga sobre ella, las experiencias específicas que fueron transitando, los sentires que se fueron sucediendo. Así, podemos pensar que la subjetividad hará referencia al *"conjunto de modos de percepción, afecto, pensamiento, deseo y temor que animan a los sujetos actuantes. Pero también me refiero a las formaciones culturales y sociales que dan forma, organizan y generan esos modos de afecto, pensamiento, etc."* (Ortner, 2016, pág. 127).

Adentrarme en esos espacios fue posible a partir de la construcción de un espacio que denominamos Taller de Economía Popular y Experimentación Textil, donde con la ayuda de una compañera, La Niki, pudimos<sup>78</sup> entablar un vínculo más distendido con las mujeres, entre ellas Graciela y Ramona como las participantes más activas y por quienes iniciamos, y Jérica, quien participaba más esporádicamente, pero que a su manera también estuvo. Julia fue invitada en más de una oportunidad, pero por una razón u otra no se sumó. Además, se incorporan Evangelina, Fidelina, Brenda y su hijita, Mónica, Chavela, Griselda, Susana, Vanesa, Josefa y Karina. Con quienes fuimos sintiéndonos cómodas, y entablando una relación que no borra las diferencias, sino que las vincula, establece puentes de diálogo, y espacios de interacción.

---

<sup>78</sup> En este apartado comenzaré a hablar en plural, por el trabajo compartido con Niki en la construcción del espacio. Sin ella, esto no hubiera sido posible.

Termina mi experiencia de campo casi como inicia, con un taller, pero este taller tiene un formato distinto y otro vínculo. Ya no aparece como un espacio donde la facultad viene a enseñarles a las mujeres cómo deben hacer las cosas, sino más bien cómo la facultad puede ponerse al servicio de las necesidades de las mujeres, generando un espacio cercano a sus casas, para que puedan continuar con sus tareas de cuidado, pero donde también acceden a algo que querían, al menos algunas, que era una capacitación en textiles, que luego veremos se va transformando. Esto no pone al taller como un ejemplo a seguir, pues como toda experiencia situada, puede ser vista desde diferentes posiciones. Pero si me habilitó personalmente a entender otras dimensiones de las prácticas de las mujeres, tanto como de las mías. Se convirtió en un espacio de encuentro sostenido durante la mayoría de los viernes del año 2019, donde las mujeres me conocieron fuera de la apariencia de control que tenía previamente, y donde ellas también se abrieron a mostrarme sus alegrías, sus historias y sus problemas, más allá de lo que asumían que una investigadora quería escuchar.

Lo que unirá los capítulos será el recorrido de la construcción situada de una forma de ver y sentir en el mundo de estas mujeres, algunas pertenecientes al “Hacemos Futuro”, pasando a otro nivel sobre la pregunta del valor. Una vez que comprendemos al valor, en relación a los valores, y situados en las acciones, en las prácticas, salimos de la vieja esencialización del mismo, que considera que hay algo que tiene un valor intrínseco. Este anclaje en las prácticas, que a su vez se asientan en las relaciones, permite trascender la idea de que las personas son individuales y pueden ser tratadas como una totalidad en todo tiempo y en todo lugar, porque las relaciones van influyendo en las personas, van impactando en sus prácticas, en sus creencias, en sus deseos. Ya lo decía Lacan, el deseo, es el deseo del otro. Sin entrar en la filosofía o la psicología, en esta tercera parte voy a indagar cómo se producen las subjetivaciones, es decir, los pliegues del mundo externo en las mujeres, buscando dar cuenta de la movilidad que las caracteriza.

Ahora bien, ese devenir implica la estabilización de ciertos procesos, como la demarcación de una orilla para un flujo de agua. Esa demarcación tiene que ver con la visión compartida de las mujeres de que ellas sabían hacer, pero que de alguna manera eso que hacían no tenía valor, o no podía ser “visto” o reconocido a simple vista. Requiere la intervención e interacción de las mujeres para mostrar lo que hacen y lo que valen. La pregunta entonces, es cómo se va constituyendo esta mirada sobre sí mismas, en tanto tienen que demostrar lo que saben y lo que hacen, para tener valor. Para llegar a esta instancia tuve que propiciar varios desplazamientos, primero de la mirada con las que podía verlas, aprehender a escuchar de otra manera lo que planteaban, y poder establecer una relación más llana, que no elimina las jerarquías sociales que encarnamos cada parte, pero que permiten cierta comunicación.

El eje teórico final que abordaré aquí, tiene que ver con la dupla estructura-agencia, que la resignifico a partir de la noción jerarquía (valorización) y subjetivaciones. Ninguno de

estos conceptos será considerado como dados, fijos o universales, sino más bien como puntos de referencias desde los cuales reflexionar sobre las prácticas de las mujeres, y de quien las “investigaba”. Las relaciones que se establecen para identificar esta visibilidad o conocimiento, recae en las relaciones familiares, en las relaciones con la política, ya sea con referentes políticos, técnicos o programas (que a veces alternan esta vinculación), con la escuela o espacios de formación que objetivan ese saber que es puesto en valor, tanto como relaciones esporádicas con vecinxs que les gusta lo que hacen y les compran, o con el mercado informal, en el caso de Graciela e Ramona. La cuestión de esta tercera parte es entonces indagar en las formas que asumen esas relaciones, las densidades y particularidades que tienen, para reflexionar sobre su efecto en tanto estructuración de lo que ellas hacen en el contexto social en el que se insertan. Para ello, relataré el vínculo que generamos a partir de un taller, donde movilizó mi posición social como docente/investigadora universitaria en la relación con el programa Ellas Hacen, que derivó en una relación diferente a la de investigadora que iba a visitarlas.

Organizaré el argumento en tres capítulos. El capítulo 8 da cuenta del efecto no planificado del original programa Ellas Hacen, devenido en Hacemos Futuro, y la relación que establecimos con Graciela e Ramona para pensar una forma de plegar algunas condiciones de esa política, que propicie otro espacio, como lo fue el taller. El capítulo 9, trabaja el desplazamiento físico de las mujeres, en el marco del taller, lo que también desplaza la mirada de ellas y hacia ellas, generando un vínculo más explícito entre el ser vistas, y hacerse conocidas. Finalmente, el último capítulo, reconstruye un día del taller en el que trabajamos sobre la economía popular, que permite establecer algunas ideas específicas sobre la forma de comprender estas prácticas desde las implicancias epistemológicas, pero también teóricas desde las que pude estudiarlas, conocerlas, y relacionarme.

## Capítulo 8 – Un desplazamiento de la universidad: entre el barrio y el Estado

En el capítulo 1 presenté la forma de accionar del Estado desde las lógicas en las que pensaba los problemas sociales, esbozando una grilla que permitía volver inteligible esa acción en diferentes niveles de análisis. Específicamente indagaba en la racionalidad que guiaba las acciones políticas (a partir del análisis de los objetivos enunciados y las técnicas desplegadas), el relato que contenían (la forma en que explicaban lo que hacían), las herramientas que utilizaban y la puja política, o la “solución natural” que proponían (en tanto conocimientos presentados como técnicas racionales). Para construir estas lógicas apelé a las personas que movilizaban estas políticas, tanto como las informaciones secundarias que estaban disponibles. En este capítulo, retomo esa discusión sobre el cómo aparecen estos Estado(s) en el barrio, pero desde la perspectiva de lo que moviliza un programa. La mirada está situada en las mujeres que “usan” o se relacionan con esa acción estatal.

Para pensar cómo se van construyendo las subjetivaciones en el barrio que sostienen ciertas valoraciones, resultaba relevante entender cómo se relacionaban las mujeres con el programa, que durante un tiempo ha estado “regulando” sus tiempos, sus formas de hacer, y definió qué era importante y qué no. Incorporando en simultáneo la relación establecida con la universidad, y mi participación específica como quien estaba indagando en el territorio, quien estaba ahí, sin ser de ahí.

Del programa Ellas Hacen al Hacemos Futuro: el problema de las capacitaciones  
El programa Ellas Hacen fue lanzado en el 2013 por la entonces presidenta Cristina Fernández de Kirchner. Sus palabras en la presentación del programa en la feria tecnópolis fueron: *“¿Por qué “Ellas Hacen”? Porque queremos ir a los núcleos duros de la pobreza, allí donde el crecimiento económico no llega, muchas veces porque ha habido décadas de abandono, décadas de no capacitación y fundamentalmente porque a la mujer le cuesta más ser empleada que al hombre”*.

Esta medida estaba enmarcada en el Programa de Ingreso Social con Trabajo “Argentina Trabaja”, pero con especial atención a mujeres en estado de vulnerabilidad. Era una medida específica orientada a que 100 mil mujeres conformaran cooperativas y trabajaran para mejorar sus barrios, capacitarse, y terminar sus estudios primarios y/o secundarios. La prioridad del programa estaba dada a madres con tres o más hijos y/o con hijos con discapacidad, y a las mujeres víctimas de violencia de género<sup>79</sup>. En el año 2014, ambos programas habían alcanzado a 203.877 personas denominadas cooperativistas por el programa, transferencia que resultaba compatible con otras líneas de políticas sociales como la Asignación Universal por Hijo (AUH), el PROG.R.ES.AR y

---

<sup>79</sup> Los requisitos para acceder al programa eran: tener hijos menores de 18 años, y/o con discapacidad, por quienes se percibía la AUH; estar a cargo del hogar; estar sin trabajo; vivir en una villa o barrio emergente.

el monotributo social, generando una suerte de “sistema de prestaciones” (Lombardía & Rodríguez, 2015).

El Ministerio de Desarrollo Social Nacional fue el organismo encargado de habilitar los espacios para la inscripción. Durante la primera etapa llegó a 36 distritos del conurbano bonaerense donde funcionaban previamente el programa Ingreso Social con Trabajo y en las villas donde se realizaba el Plan de Abordaje Integral, “Plan Ahí”. La segunda etapa contempló la ciudad de Corrientes (comandada por Camau en ese momento, líder emergente del Kirchnerismo en la Provincia) y en las provincias de Chaco, Entre Ríos, Misiones y Tucumán. La última etapa prevista en el 2013 contemplaba al resto de localidades que implementaban el programa Ingreso Social con Trabajo de las regiones NEA, NOA y Cuyo.

Graciela, tal como contó previamente, se había inscrito ni bien salió para Corrientes en el 2013. En noviembre del 2017 en plena transición del Ellas Hacen al Hacemos Futuro, recordaba estos inicios del programa. Para el armado de los grupos las habían citado a Pasaje Villanueva (la calle donde se encontraba la oficina que administraba el Ellas Hacen desde el municipio de Corrientes) a una determinada hora y les decían dónde y con quiénes les tocaba. La delegación San Martín fue el destino de Graciela, a donde asistían personas del Ongay, pero también del barrio Progreso. Una vez en la delegación, les decían tal grupo se presenta a tal hora en las vías navegables, por la calle cinco me decía como para que la siguiera (yo era de Resistencia, y no me ubicaba). La división en grupos de trabajo para la delegación, no implicaba la conformación en una misma cooperativa, algunas de ellas prestaban servicios a la mañana, otras a la tarde. En este sentido, la implementación de la política en un primer momento, dotó de grupos de trabajo de limpieza en general a las delegaciones municipales correntinas.

Cuando salían a la calle, a prestar sus servicios, armaban grupos de cuatro varones y seis mujeres. Dos varones iban por una vereda, los otros dos por la otra, con su máquina para cortar el pasto, y mientras las mujeres iban bajando el pasto cortado a la calle, juntándolo en una bolsa, que una vez llenada, alguna de las mujeres la depositaba en algún contenedor, para continuar reutilizándola. No detalló Graciela si en simultáneo, o mucho tiempo después de la prestación de servicios en la delegación, comenzaron el proceso de armado de las cooperativas.

La presidenta de su cooperativa, que tenía vínculo directo con la gente del programa, armó un subgrupo para consultarles qué actividad productiva querían hacer, si panadería o costura, que eran las opciones disponibles para ellas. Graciela, la costurera del barrio, recibida, respondió costura, y se le sumaron otras 10 más o menos. Formalmente, la cooperativa se conformaba por 31 personas, pero en el transcurso de las capacitaciones fueron dejando algunas, de las que no volvieron a saber. Eran conocidos, me decía Graciela, porque trabajaron con ellas, pero después se cambiaron de delegación, manteniendo la pertenencia “jurídica” a la cooperativa. A una le salió una pensión. Otra señora que lloraba mucho en los encuentros/espacios de trabajo, dejó de

ir. *“Tenía problemas en la cabeza parece”*, dijo Graciela. Así quedaron 27 de 31. De estas personas, algunas que no querían hacer costura por Griselda, una señora con un carácter especial. Era la misma Griselda a la que había que estar encima, en el capítulo 4.

Además de la conformación de la cooperativa, el programa les pedía “estudio”, me explicaba<sup>80</sup>. Ella no tuvo problemas, porque le faltaba un año, que de vaga había abandonado cuando lo tuvo a su hijo. Adeudaba tres materias. Entonces, cuando comenzó con el “Ellas Hacen” *“le hinchaban las pelotas”*, en sus términos, y ella no lo toleraba, por lo que se fue y se inscribió para hacer las materias que le faltaban, cosa de que dejaran de molestarla. Averiguó en la escuela donde había estudiado, donde la directora la recordaba “por salvaje”. Romero, *“te vamos a ayudar”*, le dijo ésta, *“te vamos a anotar en cuarto”*, preguntándole de inmediato cuántos hijos tenía. Tres respondió y le explicó que estaba en un programa, el “Ellas Hacen”, que le exigía terminar la escuela y otras capacitaciones. La directora le dijo que iban a mirar primero su carpeta, le nombró las materias adeudadas, y le propuso podría ir haciéndolas en el transcurso del año, en modalidad de talleres, así la anotaban en cuarto año. Cursó esas tres materias en ese año, y cuando terminó el año no se llevó ninguna porque los profesores le ayudaban mucho. Era la única de su año en la escuela nocturna que pertenecía al programa, el resto estaba para terminar y también tenían el PROGRESAR.

En el año 2015 se produjo un cambio de signo político a nivel nacional, lo que implicó una modificación del Programa. Pero no fue hasta octubre del 2016 que se estableció por medio de la resolución N° 2055/2016 del Ministerio de Desarrollo de la Nación los lineamientos básicos de una nueva línea de abordaje “Ellas Hacen-Nuevo Enfoque” dentro del Programa de Ingreso Social con Trabajo. Se definía como un programa de inclusión, que tenía el objetivo de mejorar la calidad de vida de las mujeres, promoviendo su empoderamiento y autonomía, como contrapunto a la conformación de cooperativas, con una orientación a la empleabilidad o auto-empleabilidad. El foco estaba en la terminalidad educativa y en la realización de capacitaciones asociadas con prácticas socio-comunitarias, lo que se enumeraba con los siguientes objetivos:

- Fortalecer las capacidades humanas y sociales de las mujeres, favoreciendo su empleabilidad y mejorando su autoestima.
- Incrementar el acceso a la educación formal de las titulares a través de la terminalidad educativa, la formación en oficios, en carreras terciarias y/o universitarias.
- Favorecer el aumento o desarrollo de las capacidades de habitabilidad en sus viviendas.
- Propiciar actividades que apunten a la contención de las mujeres y sus familias y brindar apoyo y asesoramiento frente a situaciones críticas y/o de violencia.”

Entre tanto se definieron estos cambios, la implementación del programa quedaba a criterio de las oficinas territoriales encargadas de llevarlo adelante. A las mujeres del

---

<sup>80</sup> La denominada terminalidad educativa.

barrio no les significó una gran modificación, más que un relajamiento en los controles previos y la insistencia en la conformación de cooperativas. En noviembre del 2017 habían tenido una reunión con referentes del programa a nivel provincial donde les habían planteado la necesidad de cambiar algunos nombres que eran muy políticos-partidarios, especialmente aquello que tenían cercanía con las posiciones kirchneristas, como “madres de plaza de mayo”, “Néstor Kirchner”, entre otras.

En línea con el cambio de gobierno nacional, en Corrientes el municipio había sido ganado a principio del 2016 por la fórmula de ECO, aliados del gobierno de Cambiemos. Eso generó ciertos movimientos en la organización, cambios en la implementación en el municipio. Graciela lo explicaba en términos de que todo era “ficticio”, porque una persona les decía que debían hacer una cosa, otra persona del mismo programa, les decía otra cosa, entonces terminaban enloquecidas. Por eso no estaba participando mucho, para que no le quiten la paciencia y terminar peleando con sus compañeras. Llegó a decirle a su marido que si les sacaban los \$4000<sup>81</sup> que les pagaban desde el programa en ese momento, estaban en la ley. Inicialmente les pedían terminalidad de escuela, y capacitación, ella la escuela la había terminado, pero no se estaba capacitando, porque ya lo había hecho.

El problema en ese entonces era que les pedían que asistieran a las capacitaciones, querían que todas las integrantes estuvieran participando. De la última capacitación que había asistido, Graciela recordaba que habían leído el estatuto de la cooperativa sobre el que les hicieron hacer un trabajo, como para que sea dinámico el encuentro, me explicaba. En otra oportunidad les enseñaron como armar un stand. A lo que le respondí que ellas hace 4 años participaban en ferias, donde habían armado stands, *“todas esas boludeces así, no tiene sentido. Cuando estamos, uno va aprendiendo con el correr del tiempo, ¿viste?”* (Graciela). La capacitación no tenía sentido, yo reforzaba también esa lectura. Ella prefería quedarse a coser antes que ir a esas capacitaciones.

Con la Resolución N° 96/2018 del Ministerio de Desarrollo Social de La Nación, en febrero de ese año, los programas de transferencia condicionada Argentina Trabaja (2009), Ellas Hacen (2013) y Desde el Barrio (ex “Barrios Bonaerenses”) pasaron a denominarse “Programa Hacemos Futuro” dependientes de la Subsecretaría de Políticas Integradoras, de la Secretaría de Economía Social. El foco pasó en este programa a:

empoderar a las personas o poblaciones en riesgo o situación de vulnerabilidad social, promoviendo su progresiva autonomía económica a través de la terminalidad educativa y cursos y prácticas de formación integral que potencien sus posibilidades de inserción laboral e integración social (Resolución N° 96/2018 - Ministerio de Desarrollo Social).

De esta forma se cristalizaba lo presente en Ellas Hacen-Nuevo Enfoque, un corrimiento hacia la impronta de generar condiciones de empleabilidad, que se tradujeran en

---

<sup>81</sup> Año 2017, a diciembre cerró la cotización del dólar en \$18,98, lo que implicaba que la transferencia condicionada alcanzaba los U\$S 210,75.

oportunidades de ser empleadas en el mercado (inserción laboral, y las garantías que un salario provee), que podría ser el camino hacia la progresiva “autonomía económica”, respecto del Estado. Este tipo de lógicas suelen aparecer en los programas del Ministerio de Trabajo, como en “Jóvenes con más y mejor empleo”, cuyos resultados en el tiempo han sido magros. En general, se asume que hay problemas en la implementación. Desde mi perspectiva más economicista, el problema es que no hay un mercado suficiente para absorber la cantidad de personas que se encuentran fuera de la relación laboral hace más de tres generaciones, al menos en la región del noroeste (Chaco, Formosa, Corrientes y Misiones).

En tono a potenciar la empleabilidad el programa Hacemos Futuro pedía terminalidad educativa, cursos de formación integral y la actualización cuatrimestral de los datos. Quienes estaban realizando la terminalidad educativa sólo debían cumplimentar 64 horas de capacitaciones, mientras que el resto 120 horas. A mediados del año 2019, las cantidades de horas pasan a 120 para quienes estaban cursando algún nivel de la educación obligatoria, y de 300 para el resto de las personas.

Ramona, quien escuchaba el relato de Graciela uno de los días que las acompañé mientras cosían, me contaba que unas compañeras que habían elegido ser capacitadas en botánica (en vez de costura), fueron llevadas a desmalezar en el botánico (un espacio de Corrientes), y les estaban pidiendo volver a la cooperativa en ese tiempo, porque no les gustaba desmalezar. Desde que fui a visitarlas en 2016, ya no se las veía prestar servicio en la delegación. Ellas siguieron con la costura. Ese día me contaba Ramona que le dolían las piernas, por los preparativos del casamiento de su hermana, y se reía de que ni cuando salían a limpiar el barrio, a “*palear*”, recordaba que le atormentara tanto el cuerpo.

En noviembre del 2018, fui a visitarlas a la cooperativa, y me contaron los últimos cambios. Graciela me contaba que desde Hacemos Futuro les estaban exigiendo capacitaciones. Las horas de trabajo que “cumplían” en la cooperativa no las veía nadie, no era considerada como una forma de capacitación ni nada. Otras compañeras estaban sin capacitarse y sin trabajar, pero de todas formas cobraban los \$5700<sup>82</sup> que les daba el programa, se quejaban. Estaban bastante indignadas con el cambio de enfoque, y les decía que me parecía inviable que les exigieran que se formen todo el tiempo, resultaba contraproducente. Ellas seguían pensando en sus compañeras que no se esforzaban, incluso me contaban que habían pasado 6 meses sin prestar servicio al iniciar el programa, pero que otras personas llevaban 3 años en esa situación, y era injusto que ahora que ellas que estaban trabajando en la costura, las obligaran a volver a capacitarse.

---

<sup>82</sup> Para noviembre del 2018 según el INDEC la canasta básica para no ser un indigente estaba en torno a los \$ 3.276,02, mientras que la de la pobreza alcanzaba a \$ 8.157,29, lo que permite poner en contexto el dinero recibido. (Sitio: <https://www.indec.gob.ar/indec/web/Nivel4-Tema-4-43-149>, última consulta el 02/08/2020). En términos del tipo de cambio, con un precio del dólar en \$38,74, el monto representaba U\$S 147,13 (contra los 210,75 del 2017)

En diciembre del 2018 volvemos a hablar sobre el programa. Ramona consideraba que estaba bueno que las incentiven (palabra usada por ella) a formarse, que terminaran la escuela, que eso les podría dar una salida laboral, “*al angaú*”, remató. “*Pero yo tengo 38 años*”, me decía, tengo pocas ganas ya de estudiar y si tiro el currículum, “*¿quién me va a tomar?*”. Me remarcaba su agradecimiento al programa, Graciela consentía, reforzando la importancia del estudio, especialmente con Cristina Fernández, a pesar de que creía que debía ser investigada por la corrupción, ella sentía una deuda con la ex-presidenta porque les permitió estar en el programa, tanto como con Camau, quien lo había llevado a Corrientes.

### La capacitación: Experimentación Textil y Economía Popular

A mediados del 2018, en el trabajo de campo venía reflexionando la tensión que sentía entre analizar y reflexionar la experiencia y las vidas de las personas, el hacer y estar ahí haciendo, que entendía era la actividad de mis compañeras del CES, con cierto deseo de mi parte de saber cabalmente qué estaba haciendo yo en el campo, en el barrio, y cuál sería el efecto de eso que hacía. La cuestión era para qué y para quién estaba yendo al barrio, y cuál era el resultado de eso. Quienes van a hacer trabajo de campo, extraían conocimientos, reflexiones, estatus dentro de la academia, pero también compran también conciencia, pensaba. La gente del barrio, o lxs destinatarixs, también “sacan” cosas de estas interacciones. Por un lado, acceden a un renombre, que podríamos pensarlo como un capital simbólico de la interacción con la universidad, entre otras cosas que pueden potenciar esta relación. El imaginario que despierta la universidad, y como se va transformando en el devenir de las actividades es una cuestión que quedará pendiente.

Es en medio de estas vacilaciones, entre que sentía una distancia con el barrio, me preguntaba desde qué lugar estaba yo hablando de ellxs, cómo hacía hablar de ellxs sin exponerlxs. No encontraba la forma, y retrasaba la escritura, tanto como el estar ahí en el barrio. Lo que comenzó a movilizarme y que me hizo retornar en 2018 fue comprender que mis preguntas estaban mal, ni yo tengo la verdad, ni voy a decir algo de las mujeres que no tenga que ver con la relación que construimos. En el marco analítico estaba la respuesta. Estaba trasladando mi hipótesis de cómo funcionaban las cosas y el rol de la universidad en el barrio, sintiéndome parte de la institución, sin ponerla en juego, sin exponer qué sostiene mi hipótesis, y como puede ir desplazándose.

Así, a medida que fui tomando nota de esta molestia, caí en la cuenta de que lo que sentía un fracaso tenía que ver con la actividad que yo asumía debería tener alguien formado en ciencias económicas en el barrio, que es lo que se esperaba desde una visión academicista. De dar respuestas a las mujeres, de poder decirles cómo debían poner el precio, que era la pregunta latente, y esa respuesta además era técnica para mí hasta ese entonces. Pero también moral, moral del capitalismo, o del neoliberalismo, donde lo que se llevan (en caso de pensar que extraía datos) ha de ser pagado. Pero

las relaciones sociales no son tan ordenadas, ni tan predecibles. Son lo que van siendo, y hay lógicas que las van orientando.

Así comencé a reconocermé como alguien que no les dará o transferirá algo en particular a las personas, que no necesariamente sabían qué hacía en barrio, más allá que me identificaban con la universidad, con el CES. Comencé a aceptar el lugar de investigadora y relacionarme desde ahí, alguien que viene de la facultad, que trata de entender lo que hacen las mujeres. Asumí que las personas con las que me iba vinculando me ubicaban en algún lugar del espacio social, pero ni ese lugar ni el vínculo sería estático.

Cuando retomé las visitas asiduas a la casa de Graciela e Ramona, me iba sintiendo más cómoda sin tener que explicar(me) qué hacía ahí. Ellas me respondían cada vez que les hablaba, y allí era la que cebaba el mate. Comenzamos a hablar de muchas cosas, especialmente de política, de las causas de corrupción que estaban en boga sobre el gobierno kirchneristas, sobre las preferencias de ellas, la admiración de Ramona por Evita, la identificación de Graciela con el justicialismo, mi simpatía con las políticas que implementaban en convivencia con mi tendencia más de izquierda. Hablamos de las familias, de los chismes del barrio, de las deudas que tenían, de las materias que se llevaban sus hijos, de los maridos. Se volvió simple estar ahí. No se borraron las diferencias sociales, ni las posiciones que teníamos, pero a pesar de ellas podíamos relacionarnos.

La cuestión recurrente de las capacitaciones que me planteaban, sumada a lo injusta y poco operativa que me parecía la exigencia de tantas horas de capacitación, me llevó a preguntarles si les parecería interesante que desde el CES organizáramos una capacitación en algo textil en el CPC. Por un lado, pensaba que sería una forma de devolverles algo de lo que ellas me habían brindado, pero también sentía que era necesario darle otro sentido a la exigencia de las horas de capacitación. Algo así como tomar la fuerza que buscaba organizarlas para el mercado laboral, promoviendo desorganizarlas de las cooperativas y otros procesos sociales que se habían movilizad con el Ellas Hacen, para darle otro sentido. Le conté a Elena la propuesta que había pensado, y sin dudarle un minuto me dijo que la haga, y que ella me acompañaría en todo lo necesario.

Mantuvimos una reunión Diógenes (el Secretario de Desarrollo Humano, responsable del programa, y “jefe” de Jérica), en diciembre del 2018 donde entre otros temas les propusimos realizar un taller Economía Popular, en el marco del programa Hacemos Futuro. La primera respuesta fue que no contaban con dinero para pagar ese tipo de talleres. Le dijimos que no necesitábamos el dinero, sólo que queríamos que le contaran como horas de capacitación en el programa. Se mostró muy abierto a la opción, nos facilitó el contacto de la persona que se encargaría de cargar el curso en la plataforma del programa, y con quien me comunicaría para pasarle la asistencia al taller.

Pasé por lo de Graciela el 27 de diciembre, para contarles que habíamos hablado con la gente de desarrollo social y que teníamos la posibilidad de hacer un curso en el CPC con el sello de la UNNE, pero no sabía si les resultaba interesante, ya que se habían mostrado muy entusiasmadas con el curso de la señora del movimiento piquetero, y las diversas posibilidades que le daba. Ellas me dijeron que les serviría. Graciela me preguntó por los requisitos, entonces le cuento que teníamos armar la propuesta. La idea era que me dijeran más o menos qué les gustaría hacer y en base a eso armaría. Le explicaba que, más allá de las formalidades, el objetivo era que les sirviera, que les aportara, a diferencia de esto que solían contarme de que iban a las capacitaciones y escuchaban nomás.

Graciela le había dicho eso mismo a Ramona, que una capacitación que les sirva a ellas sería lo ideal, que se relacione con su actividad, así sería más llevadera (siempre hay una obligación externa en la capacitación). Por ejemplo, continuaba, si llevan la muestrita, diciendo esto estamos haciendo nosotras, y también ellos te enseñan un poco, te hablan de la economía, es más llevadero. *“Para mí lo otro es como que la gente se aburre... parece, ¿viste? y no se va más...”*. Les contaba que yo trabajaba desde la experiencia, no con la economía social, sino con la economía popular, desde una forma de entender los procesos por cómo se van dando, no por cómo deberían de ser. La economía social, establece como deberían ser, por ejemplo, como que tienen que organizarse en cooperativas, que tienen que hacer tal cosa, trataba de ejemplificar, mientras que desde la economía popular se trabaja con los cartoneros, por ejemplo, que recién hace un tiempo están como cooperativas. Más organizados, me dice Ramona. Dando cuenta de que el problema teórico de disputa era mío en ese momento.

Continué, diciéndoles que había pensado en trabajar cómo se vienen organizando ellas, para que puedan contarles a las personas que asistan, y que esas personas cuenten también lo que hacen. A pesar de que las que fueran al taller era muy probable que se conocieran del barrio, había algo del exponer la forma de trabajo que intuía no necesariamente conocían.

Ramona, agrego: *“para sacar conclusiones”, “claro”, señalé, “como qué cosas o qué problemas tienen”*. Agrega: *“o qué nos sirve del otro que está haciendo bien, y a ellos que les sirve de lo nuestro”*. Sería como un espacio de taller. No veríamos cuestiones como qué es la economía o el neoliberalismo, que les preguntaban en las capacitaciones. Pensaba en que algunas personas que hacen textiles podrían venir a contar cómo se organizan, hay otras personas que también podrían contarnos sus comienzos, o cómo hacen para vender. *“Creo que la venta es un tema”*, les dije.

Ramona, quien venía siguiendo la charla, me respondió que sería útil, que se habían anotado en el otro porque les parecía interesante el taller textil, pero no sabían si les iba a gustar, porque si era manejo de máquina, “ya estamos sabiendo”, me explicaba. Pero le decía a Graciela el otro día, me contaba, que a le faltaban más conceptos de corte, o para sacar medidas. *“¿Algo como moldería?”*, pregunté. Sí, me respondieron al unísono.

Ahí recordé a una persona de Resistencia que era muy buena en eso, que quizás podría coparse en dar un taller.

Como para reafirmarme, y con el miedo de todo el trabajo que tenía por delante, les pregunté si estaban de acuerdo en que armara una propuesta, y se las llevara para ver qué les parecía, para que puedan decir esto es una pavada, y nos reímos. También, retomé la seriedad, más allá de lo escrito, cuando arranquemos con el curso, van a poder plantear esto (que era una pavada), para que se vaya construyendo la cosa, y también que pueden empezar a dar clases ustedes, les explicaba. Y sí, respondió Graciela. Graciela le preguntó a Ramona si le parecía. Ramona dijo que sí, y que en todo caso igual les convenía quedarse ahí, en el barrio, por la cercanía. Les cuento que la idea sería una vez por semana, no sabía que día les quedaría mejor a ellas, si a la tarde o a la mañana. Ramona me responde que a la tarde. Les dije que para fines de enero volvería, y ahí podemos terminar de armar la propuesta.

En enero del 2019 me reuní con una amiga, que daba clases de experimentación textil y costuras básicas en una escuela de oficios denominada Cacique Pelayo, en la ciudad de Fontana, Chaco, quien además me parecía tendría una forma de trabajo muy amena. Le conté a Niki que estaba con ganas de armar un taller en el barrio, que las mujeres eran del Hacemos Futuro, y les estaban pidiendo horas de capacitación. Ella conocía del tema, porque muchas de las mujeres que van a su taller también son del programa. Inmediatamente me dijo que le encantaba la idea, y pusimos en común algunas cuestiones que pensábamos sobre el trabajo de las mujeres con la costura. Quedamos en arrancar en marzo, para lo cual ella me pasaba unas ideas de temas, yo armaría el programa y arreglamos para ir los viernes a la siesta/tarde. La pasaría a buscar, y nos cruzaríamos juntas desde Resistencia a Corrientes, durante el primer cuatrimestre del 2019.

Volví al barrio a finales de enero, tal como habíamos quedado en diciembre. Graciela estaba con problemas con la actualización de los datos en Desarrollo, así que iba y venía. Mientras Ramona cosía, yo le cebaba mates, entre charla y charla, le conté la propuesta del taller de experimentación textil y economía popular, donde trabajaríamos con costura, que es bastante básico, pero que tiene que ver con la apertura también del espacio. Me dijo que le parecía bien, entendía que no era lo que querían, ellas esperaban una capacitación más orientada a la producción industrial textil. Le planteé que la dificultad que tenía era la de conseguir a alguien que pueda dar un taller, y que además lo hiciera gratis, pero que seguiría buscando. Cuando volvió Graciela, le volví a contar lo mismo. Graciela se mostró más entusiasmada por el taller, mientras que Ramona estaba más reticente.

En febrero, luego de armar la propuesta del taller, y formalizarla en Desarrollo Social, pero también en la UNNE, para que tuviera un certificado de esta institución, volví a Corrientes, pero esta vez a presentar la propuesta en la Mesa de Gestión del CPC, donde necesitábamos un espacio para poder funcionar. Elena contó que había ido a

presentar el taller que anteriormente les había comentado, dándome pie. Les conté que la idea era hacer un taller que se llamaba experimentación textil donde trabajaríamos con bordados, tejidos y costura básica. La idea había surgido del trabajo con las mujeres del Ellas Hacen, actual Hacemos Futuro, quienes con el cambio del programa tenían que completar 120 horas de capacitación. Les conté que eso estaba afectando a quienes habían conformado las cooperativas, incluso desarticulando el trabajo. Además, trabajaríamos con algunas cuestiones de economía popular, sobre cómo se pone precio, dónde se vende, como se vende. El taller no era una bajada de línea, o una forma de “bajar” conocimientos, sino más bien una propuesta de construcción colectiva. Richi, uno de los integrantes de la mesa, quien trabaja con Diógenes, me señaló que era probable que desde el ministerio me pidieran que lo replicara en otros lugares. Elena le aclaró que no me iban a pagar nada, por lo que no tendrían injerencia sobre esas cuestiones. De manera bastante enérgica expliqué que para mí sería difícil hacerlo en otro lugar, ya que esto había surgido después de mucho tiempo de “estar ahí”. Me preguntaron qué día usaría el espacio, les dije que habíamos acordado con las mujeres hacerlo los viernes de 15 a 18. Jéssica comentó que estaba funcionando el plan FINES esos días, sugiriendo que si éramos pocas usáramos la cocina, o bien deberían pensar algún lugar. Elena sugirió que se podría hacer en el CAPS, que está al lado del CPC, y que dispone de salones sin uso, ya que sólo había un médico en ese tiempo. Quedamos en ver cuántas venían, y en base a eso definíamos si necesitaríamos otro espacio.

Terminada la reunión con la Mesa de Gestión, me fui a lo de Graciela, a unas dos cuadras del CPC. Llegué y estaba una de las señoras que integraba la cooperativa, pero que no solía participar en la costura. Comenzamos a hablar, Graciela se dio vueltas y me dijo: *“Laura será que le podés contar a ella sobre el taller, porque ella también es del grupo, yo ya le estuve contando”*. Le conté y Graciela remarcó que lo de las ventas le vendría re bien a ellas. Asentí. La señora se mostraba contenta de que se hiciera tan cerca, que a veces las mujeres quieren hacer los cursos, pero quedan muy lejos. Nunca fue al curso, de todas formas. Pasé por la casa de Julia de camino al CPC y la invité al taller de los viernes, que pensé que podría gustarle. “Sí”, me dijo, “me interesa”. No volvió a responderme los mensajes, y tampoco asistió.

A finales de febrero, volví a compartir el espacio de la cooperativa. Llegó Ramona un poco más tarde que de costumbre, y le preguntó a Graciela si me había consultado sobre el comienzo del taller. Le dice que sí, que lo haría el 16. La corrijo diciendo que era el 15, de marzo, de 4 de la tarde a 7, aproximadamente. Ramona me consultó si se aprobaron las 120 horas, y le respondí que eran 70 horas. Pero que estaba esperando que me respondieran, porque unas horas son presenciales y las otras virtuales, lo que no sabía si iban a aceptar. Les conté además que la idea era empezar la semana siguiente, pero que Niki, quien sabía de costura, tenía un viaje. Las invité a que llevaran sus costureros, telas y otras cosas que tengan ganas de usar, como hilos, retazos al primer encuentro en el CPC. Ramona me consultó si era en el SUM que está al lado de

la salita, porque no conocía esa parte. Si, le respondí, al lado de la cancha de fútbol, fue mi referencia. Les pedí que si conocían a alguien más fueran invitando, sobre todo si formaban parte del Hacemos Futuro, sino igual podía ir, especialmente alguien que estuviera copada con la costura y pueda aportar. Dale, me responde Graciela. Agregué: *“que les caiga bien también, eso sería importante”*. *“Si pue”*, me dijo Graciela.

### El taller de Experimentación Textil y Economía popular

El 15 de marzo de 2019 tuvo lugar el primer encuentro del taller. Llegamos al CPC con Niki, la profe de experimentación textil, tipo 15:45, a las 16 era la cita. Había mucho movimiento, dos grupos de mujeres estaban sentadas en el hall, que Jéscica nos explicó que eran integrantes de la Corriente Clasista y Combativa (CCC), una parte del “servicio” de guardería, la otra de un taller que no recuerdo el nombre. Adentro del SUM se dictaban las clases de FINES, un programa de finalización de los estudios para personas mayores, que era activado por esa organización también. Además, estaban jugando al fútbol un grupo de hombres de entre 20 y 30 años en “patas” (sin zapatillas), quienes al terminar comenzaron a juntar dinero.

No veía a ninguna persona conocida, así que nos quedamos paradas a un costado. Una señora vino a buscar un bebe de la “guardería”. Otro grupo de mujeres cocía un bolso con una máquina familiar, mientras que las otras conversaban entre ellas, y algunas miraban unas telas. Tipo 16 cae Jéscica con un cuaderno y una lapicera. La saludé, y se fue a averiguar por el horario de finalización del FINES. Ellas estaban hasta las 16:40 todos los días. Sin embargo, un grupo salió para preguntarnos si les dábamos el CEFI<sup>83</sup>, y preguntaron si ellas podrían incorporarse después que salieran, tipo 16:40. Quedamos en ver cómo podrían recuperar. Mi práctica docente se activó con la pregunta. Me sentía un poco insegura sobre la posibilidad efectiva de que les dieran el CEFI, pero repetí más o menos el discurso que me habían explicado en el ministerio de Desarrollo Social. También analicé la posibilidad de hablar con la dirigente de la CCC, a quien Graciela había denominado como la dueña de las personas en el barrio, la que les tiene de aquí para allá. Jéscica agregó que solía pelearse con Don Gutiérrez, porque él le decía que tenía de esclavas a las personas. Finalmente, fueron las mismas señoras las que acordaron con la profe de FINES que les diera el permiso para salir más temprano.

Mientras estábamos fuera por el camino lateral del SAP vimos a Graciela e Ramona venir sonrientes. Entraron por la puerta de la cancha, ya había terminado el partido. A

---

<sup>83</sup> “El Certificado de Formación Integral (CeFI) es el formulario requerido para testificar las horas de formación requeridas por el Programa Hacemos Futuro.

Todos los cursos realizados, tanto de oficios como de desarrollo comunitario y social, deberán ser acreditados en este documento único, donde se detalla:

- Datos Personales
- Datos de la Institución
- Datos del Curso realizado

IMPORTANTE: cada curso realizado se acredita mediante un CeFI, el cual deberá ser firmado y sellado por un/a responsable formativo de la institución donde haya realizado el curso.

El formulario debe presentarse completo en ANSES, con la actualización de datos.

Toda visita a ANSES e realiza con previa solicitud de turno llamando al 130 o a través de la página [www.anses.gob.ar](http://www.anses.gob.ar) Fuente: <http://www.formateenred.gob.ar/cefi/> (Ingreso: 16/03/19)

Graciela la paró una señora para preguntarle algo sobre la costura, pero Ramona se acercó y nos saludó. No conocía el CPC, había ido una vez, dirá después, pero esta zona del barrio le resultaba extraña, no veía caras conocidas (su casa queda a dos cuadras del CPC, en la zona 1 delineada en el capítulo 1). Entramos a la cocina, y nos encontramos con un policía encargado de custodiar el CPC, quien estaba estudiando con una notebook y unos papeles. Nos pidió para quedarse, porque mientras preparaba sus materias. En un momento comenzó a escribir en el pizarrón, las chicas miraron, yo también y le preguntamos qué estaba estudiando. Era derecho financiero y algo más, de abogacía. “Ah...”, respondemos entre todas, y volvemos a nuestros quehaceres.

Me senté al lado del policía, Ramona y Graciela se colocaron del otro lado de la mesa, Niki se ubicó en el frente de ellas, al lado mío. La cocina era un espacio chico del CPC. Tenía una mesa de unos dos metros, y cuatro bancos al costado. Una mesada donde había una canilla, que era utilizada para los talleres, también un pizarrón para tiza. Al costado de la puerta se hallaban dos cajoneras como de oficina, una, con un escobillón que cruzaba las manijas de los cajones, a modo de traba. Comenzamos a charlar sobre los hijxs, Niki preguntó si esperábamos un ratito más por si venían otras personas. Ramona contaba que un par de veces se había sacado con sus hijos. Una vez le pegó fuerte, desde ese día les habla, les dice que no la busquen, que ella les puede golpear feo.

Recordábamos que antes, las madres te revoleaban lo que tenían al lado, mencionábamos la manguera, la chancleta, la pichana, lo que sea. “*Guay con decirle algo, o responderle*”. Ramona contó que una vez le dijo a su mamá: “Che...”. Le respondió que no le vendía pastelitos a ella. No entendimos bien, hasta que explicó que era como que al que vende pastelitos uno le dice che... le grita para pararlo: “*che... dame una docena*”, por decir algo. Graciela contó que a su hijo le revisaba todo, era la forma que tenía de controlarlo, porque no podía estar todo el día encima. Una vez, Nahuel llegó empedo (borracho), no podía ni entrar a su casa, así que abrió ella la puerta y le dijo: “*te vas a bañar ahora mismo*”, mientras entraba ella la moto. Éste no le había hecho caso, así que a los empujones lo sacó de la cama, lo metió en el baño, y luego esperó a que se acostara. Cuando se levantó, le dijo que no haga más eso. Niki, compartió que su hija se cambió como tres veces de escuela, hasta que en un momento le dijo: “*dame un respiro Guille*”, porque siempre era todo un tema cuando se cambiaba. Graciela reflexionaba que cuando son grandes, más grande el quebranto. Ramona relató que una vez a su hija no la dejó ir a una fiesta en las mil (un barrio que queda lejos del Ongay). Entonces le dejó una carta donde explicaba que ella sabía que después iba a ligar, pero que quién le quitaba lo bailado. Tanto se enojó cuando vio la carta que se fue caminando hasta el lugar que le había indicado su hermana, que tenía la misma edad que su hija. Cuando llegó a la casa le dijo llámala a tal, con una furia en los ojos, se volvieron caminando. Ni una palabra durante todo el camino, hasta que llegaron a la casa, donde le dio una terrible cintareada.

En eso, mientras charlábamos de varias cosas a la vez, Graciela le preguntó a Jéscica si ella estaba ahí por amor al arte o si era parte de su trabajo. Jéscica le contestó que era parte de su trabajo, pero que también estaba por amor al arte, que le encanta hacer estas cosas. Le pregunté luego si mucha gente se había inscripto para la feria que organizaba la Mesa de Gestión, y me dijo que había unas siete u ocho personas. Graciela e Ramona comentan que se hizo la feria en el lugar donde ellas van<sup>84</sup>, pero estaba con dudas sobre si participar porque no había quien trajine por ahí (no pasaban muchas personas), entonces, sería difícil poder vender.

Niki contó, entre charla y charla, que la idea del espacio era poder experimentar, ese tiempo era nuestro, que no estaban lxs hijxs, el marido, ni el amante. Era para nosotras. Algunas cosas habíamos aprendido en la casa, de nuestras madres, de las abuelas, de la vecina. Contó que ella trabajaba dando un curso parecido en Fontana, en una escuela de oficio. Ramona le mostró algunas fotos de las remeras que estaban haciendo en el taller que tenían con Graciela, a modo de presentación, estaban teniendo poco trabajo. Jéscica hizo lo suyo con los muñecos que había hecho, mixturando jean y peluche, lo que sorprendió a Niki. Le dijo que estaba genial. Luego mostró los ositos que hacía con medias. Niki y yo bromeábamos con que nuestras medias nunca quedarían tan blancas.



Primer encuentro del taller Experimentación textil. 15 de marzo: bordamos nuestros nombres. Jéscica se había ido, por eso no aparece su bordado.

Una vez presentadas, Niki comentó que trajo como para que bordáramos nuestros nombres. Sacó un lienzo, agujas e hilo, y comenzamos a cortar un rectángulo cada una. Mostró cómo se hacía el punto para atrás, el más básico, y luego el punto cadena. Yo no recordaba cómo se hacía, así que insistí para verlo nuevamente. Las chicas ya conocían los puntos, pero igual miraron atentamente lo que Niki hacía, luego cada una se abocó a su tejido. Nos concentramos, pero de a momentos hablábamos.

<sup>84</sup> Donde dictan los cursos de Economía, y cosas semejantes, y también les dan el CEFI.

De repente, Graciela dice: “no le encuentro el ojo a la yegua”, como que no entendía de qué iba la cosa. Ramona ya había terminado. Vimos un agujero en la ventana de la cocina, y nos preguntábamos si había sido una bala, y el policía dijo que no, que si era una bala sería mucho más chiquito, que era un cascote. Graciela contó que había salido un chico (de la comisaría/cárcel) y que ahora la escuela tenía que cuidarse. También le preguntaron a Jéssica si el policía estaba todo el tiempo en el CPC. Nos respondió el policía directamente, él estaba hasta las 22, y a esa hora venía un compañero a relevarlo.

Graciela le preguntó por el papá de una nenita que estaba pegando a otra, afuera de la cocina, lo que hizo que Jéssica saliera a intervenir. Recordaron a su regreso que antes Graciela vivía al lado de lo de Jéssica, pero que se había ido de ahí porque siempre se inundaba todo. Jéssica contó que la había encarado a la delegada, quejándose porque caían dos gotas y se inundaban todo, una chica discapacitada estaba también en esa situación, era vergonzoso. Las calles también estaban en un estado que dificultaba transitar.

Al terminar de bordar, juntamos las cosas, y nos fuimos. Quedó contenta Niki con las mujeres, pero yo estaba un poco preocupada porque éramos muy pocas, pero luego me pareció un gran encuentro de todas formas.

Cuando volvimos al viernes siguiente, ya estaban las chicas del FINES junto a Josefa, quien había sido parte de la mesa de gestión del CPC previamente. Solo una de ellas que no sabía coser nada. Repartimos unos cuadrados de lienzo, que cada una previamente cortaba, y Niki nos propuso bordar algo. De libre elección. Nos mostró algunos puntos. Graciela vio un parche que llevó que decía: “100% negra” y se quedó fascinada. Tomó un pedazo de jean, y comenzó a bordar lo mismo. Al terminar quedamos en que haríamos una carpeta, para ir colocando lo que hacíamos cada viernes, para que nos quede como muestrario, o bien, para ir recordando los puntos, cuando los necesitemos.

Arribando para comenzar el tercer encuentro nos encontramos las personas de la CCC, unas mujeres sentadas en la sombra del SUM y algunxs niñxs en brazos, otros jugando. También estaban las que hacían costura usando una máquina familiar, al lado de la parrilla. Ese día hacía mucho calor, hablamos de ello con las mujeres que estaban, y nos fuimos ubicando en la cocina. Al ratito llegaron Graciela, Ramona, Griselda, Evangelina y Karina, todas jurídicamente conformaban “Progresando Juntas”<sup>85</sup>. Entró con su carterita que había hecho a partir de los materiales del taller, era rosada con flores, de una tela bien dura. Al mostrarla, contó que pensaba ponerle unas manijitas cortas. Niki le señalaba que podría también incorporar una costura, como para que tenga más cuerpo, o ponerle una tira, como un morral. Graciela decía que cuando lo vieran terminado, a todas les iba a gustar. Al ratito comenzó a insistir en salir porque no

---

<sup>85</sup> La cooperativa conformada por el “Ellas Hacen”.

entrábamos todas sentadas y corría viento afuera, en la galería. Niki no quería porque no tendríamos mesa.



Tercer encuentro del taller.

Armamos una ronda con los bancos de madera del CPC, y Niki les comentó nuevamente que este espacio es también como para mostrar lo que cada una hace. Habían llegado dos mujeres que iban por primera vez, una amiga de Graciela, con la que se pasaron haciendo bromas todo el taller, se llamaba Mónica. La otra, era la hija de Josefa, Brenda, quien estaba con su hija pequeña. Comenzamos a buscar retazos para bordar, especialmente para las dos nuevas integrantes. Había llevado una bolsa como para desatar, así que estaba metida en eso. Mientras, Jéssica se mantenía parada, y veíamos si se desocupaba el sum, donde estaban la mayoría de las sillas y mesas. A los 15 minutos de estar afuera, se desocupa el sum, así que nos volvimos a trasladar. Las mujeres se sentaron en diferentes mesas, con Niki dijimos para sentarnos en forma de ronda, porque es la forma más fácil de propiciar el diálogo.

Juntamos dos mesas, una que quedaba muy chiquita comparada con la otra, pero armamos una ronda. Niki insistía con que estaba a punto de caerse esa mesa, así que la volvimos a sacar. En este último movimiento, la Graciela comenzó a refunfuñar, pero Niki le había llevado un trozo de jean, como para que pueda bordar “100% negra”, lo que la contentó. Antes, mostró un llavero que se hizo con el jean bordado del viernes anterior. Ramona también hizo uno, con lo que había bordado, y lo mostró. Al salir

conversábamos con Niki sobre la rapidez con la que usan lo que hacemos para armar algo, darle un uso, aplicarlo.

Vanesa, la que no cocía, había llevado una carpeta con sus labores para mostrar. Niki le preguntó si haría más en su casa, pero ella sólo le dedicaría el tiempo que tenía en el taller. Tere ya había forrado su propia carpeta, y registrado ordenadamente lo que habíamos hecho hasta aquí.

Al próximo encuentro llegamos unos minutos más tarde, porque había salido con lo justo de las clases de la facultad. Paramos de camino en el impulso y llevamos una pastafrola de batata. Estacionamos en la calle del costado entre el CPC y el SAP, unos chicos consumiendo estaban cerca, Niki me decía que era pegamento. En el hall del CPC estaban dos policías, y alguien más que parecía policía, pero sin uniforme. Entramos, Niki encara para el SUM, pero Jéssica salía de la cocina donde estaban algunas de las mujeres. Fuimos allí, y nos acomodamos. Al ratito llegaron Graciela, Ramona, Griselda y Mónica. Cada una comenzó a poner en común qué había hecho. Josefa había terminado de bordar un repasador comenzado el viernes pasado. Jéssica había comenzado a bordar el dibujo de su hijo más grande en un almohadón. Ramona, llevó un bolso que había cosido y bordado con los puntos del encuentro anterior. Mónica, estaba armando un almohadón, con su sobrenombre, Azul.

Niki comenzó a mostrar lo que había traído para ese día, dos telas de jean como para armar cartucheras, donde irían los materiales de costura, desde la tijera, hasta lo que se nos ocurra. Antes de comenzar, nos mostró unas imágenes que las mujeres habían intervenido para la escuela, eran fotos de ellas, tejidas sobre el papel. En un momento planteó que había pasado mucho tiempo para que las mujeres pudieran tejer así. El papel y sus imágenes había sido la instancia previa a la tela. Nos pasábamos las imágenes y las mirábamos detenidamente. La idea era materializar lo que quería proponerles como actividad. Vanesa, una señora que hablaba bastante poco hasta ese momento, le preguntó si ella daba clases en otro lugar. Niki contó sobre la escuela de Fontana, en Chaco, donde daba clases de costuras básicas y de experimentación textil. El salón que se veía en las imágenes era muy grande, y lleno de máquinas. Graciela e Ramona preguntaron por éstas. Había una tejedora industrial como para hacer trapos de pisos que no era utilizada porque nadie sabía cómo.

Graciela sacó en un momento de su mochila, sin ponerlo para la mirada de todas, un vestido que le estaba haciendo a Valentina, con el pedazo de jean que Niki le había regalado, en vez de usarlo para terminar el parche, o hacer otros. Brenda, estaba con su hija, y le dijo: *“vos sos una nena, no un nene”*, porque la niña estaba jugando con las ventanas.

Mientras bordábamos en la cocina, estaban el hijo de Jéssica, con las medias puestas sobre el pantalón, junto con el de Mónica y la hija de Graciela (Valentina). Niki le preguntó por qué usaba así las medias, y Jéssica le dice que se acostumbró, que siempre lo hace. Se suma Mónica, diciendo que ella también usa así. Yo desde la otra punta,

sobre la mesada, le digo, y si, no te entra frío (yo no había visto sus medias). Mónica, contaba que ella salía incluso así, y que le decían loca, pero que ella no le daba bola, que así no tenía frío. Graciela la cargaba por su jubilado, que aparentemente sería una persona con la que sale, quien tenía alrededor de 49 años, pero parecía haber tenido una vida dura, físicamente estaba maltrecho. Ella había llegado con la cara hinchada, cuando le preguntó Niki ella dijo que era un rodillazo. No explicó mucho más, pero fuerte había sido el golpe.

Graciela contó en un momento, que Valentina le dijo al papá que lo iba a denunciar, porque él le pegaba. Habían ido al médico a la mañana, quien daba de comer a gatos y perros mientras atiende a la gente. Éste le preguntó a Valentina si a ella le pegaban, y dijo que sí. Entonces, en el almuerzo le recrimina padre. Contó también que su hijo era su debilidad, pero que su hija del medio era muy complicada, que ella trataba de no discutir nomas, porque era muy brava. Un día se enojó, porque tenía de fondo de pantalla una foto con su hijo Nahuel, y le reclamó. Mientras ella tenía una foto con su papá. A Valentina le habían dicho que no la quería nadie, a pesar de que Nahuel era quien la llevaba y traía del jardín, y la defendía siempre. Graciela contaba sobre sus hijos, Ramona armaba su cartuchera concentrada, tejiendo un patrón muy original, que combinaba varios puntos. Quedaba muy bonito, todas comenzamos a mirar lo que había hecho.

Vanesa, en un momento le dijo a Niki que ella pensaba que no lo iba a hacer bien, que no le iba a salir, que le explicara cómo hacer. Ella le respondió que hiciera como cuando tenía que resolver algo en la casa, que siempre nos la arreglamos en esos momentos. Le preguntó cómo hacía cuando tenía que arreglar un jean, y que utilizara esa misma forma.

En otro encuentro entramos al CPC repleto de niños y niñas jugando. En la cocina ya estaban las mujeres del FINES esperando, junto con Evangelina y Karina. Se sumó Ramona, a quien vimos llegar caminando sola, por lo que le pregunté: *“eh... ¿viniste sola hoy?”*. *“No sabés lo que fue mi día. Estuve desde la 10 de la mañana sacando turno, vine a las 13 para que le atiendan a las 15”*. *“¿A tu hijo? ¿Le pasó algo?”*, pregunté. *“No, no, es por el tema de la escuela, del certificado para educación física”*, me respondió. El día anterior había estado hasta tarde cosiendo todo para poder hacer eso durante el día. Estaban teniendo mucho trabajo en el taller con Graciela, incluso me mostró unas imágenes que habían pasado al grupo de wsp que tenían con la presidenta. Estuvieron haciendo remeras de tela deportiva, y cosieron unos shorts.

Al ratito llegaron Graciela y las mujeres que integraban la cooperativa. Se quedaron en la puerta, porque no entrábamos. Brenda batallaba con su hija, quien estaba un poco inquieta. Le propusimos sacar el changuito de la niña al pasillo, que no fue tarea fácil en ese contexto. Luego entraron las mujeres y de a poco nos fuimos acomodando. El espacio de trabajo era pequeño para las 13 o 14 mujeres que solíamos estar. Comenzamos mostrando las cosas que habían traído. Muchas habían estado

trabajando la cartuchera, incluso Vanesa, que había dicho que solo usaría el tiempo del taller para bordar, lo estuvo haciendo en su casa. A Ramona le había faltado un poco de hilo, así que terminó en el taller. Graciela, dijo que comenzaría a hacer un muestrario de puntos, parecido al que llevó Niki, porque le gustó mucho.

Las mujeres del FINES contaron que habían ido a un curso para emprendedores que se hizo en el club juventud, donde les presentaron algunas líneas de crédito, y les habían dicho que, a mayor cantidad de beneficiarias asociadas mayor sería el monto de dinero que podrían disponer. Les pregunté si eso era a la tarde, porque lo había relacionado con un club donde se solían hacer bailes y tocaban grupos de cumbia. Hasta que caí sobre lo que hablaban, y comencé a reírme de haber entendido cualquier cosa. Entonces les conté que acá había un club juventud, donde antes se bailaba mucha cumbia. Ahí saltaron todas diciendo que ahí también (por Corrientes), dijeron: “*si habremos gastado suela bailando ahí*”. Vanesa contó que ella fue a los 7 años con su mamá, y se armó una pelea de todos contra todos. “*Una galleteada*”. Mónica dijo: “*hay, que feo eso*”, usando su sarcasmo. Niki agregó sobre el relato de Vanesa, “*alguien puede pensar en los niños*” (remedando a March, de los Simpson, riéndose también).

Luego de las risas, con Niki nos ponemos a cortar una tela de jean para que las mujeres hicieran una bolsita donde pudieran poner sus tejidos, o sus cosas. Cortamos con la ayuda de Griselda unos cuadrados de un jean muy manejable, mientras las mujeres seguían en sus tejidos. Mónica contó que el sábado había tenido una situación de mierda, después de eso se puso a tejer el domingo y se olvidó de todo. Ramona, contó que en general tipo 10 ella ya se solía acostar, pero ahora estaba tan enganchada que se quedaba tejiendo hasta las 11:30, o más.

Niki había llevado para mostrarles también un hilo elastizado, que había pensado para Mónica, quien había mostrado un bikini que estaba haciendo el viernes anterior. Le sugirió además que utilizara el forrito de las mayas, o segunda piel que le llaman, que eso le daría más forma. Finalmente, repartió los pedazos de jean junto con otras telas, que había cortado en cuadraditos, y fue contando el nombre de cada una de esas telas, explicando el contraste, las combinaciones de colores, cómo podrían funcionar en la confección. Las mujeres prestaban mucha atención. Estos últimos cuadrados quedaron en el medio de la mesa para que cada una tomara el que necesitara, o quisiera. A modo de regalo, le leyó este poema:

¡VICTORIA!  
No tienes que ser el/la mejor,  
Solo necesitas ser tú mismo/a.  
Solo necesitas ser real,  
Y hablar desde el corazón.  
Y saber que tienes el derecho a ver de la manera en que ves,  
Y pensar lo que piensas,  
Y sentir lo que sientes,  
Y desear lo que deseas.  
No necesitas ser un éxito ante los ojos del mundo,  
Y tampoco tienes que ser un experto.  
Solo tienes que ofrecer lo que ofreces,

Respirar como respiras,  
Cometer errores y arruinar las cosas,  
Y aprender a amar tus tropiezos  
Y decir la palabra equivocada  
Y dejar de preocuparte tanto en impresionar a los demás,  
Solo tienes que vivir contigo mismo/a,  
Y la alegría no es dada sino encontrada  
en las profundidades de tu ser.  
Entonces puede haber alegría en la caída,  
Y alegría en cometer errores,  
Y alegría en quedar como un tonto/a,  
Y alegría en olvidar la alegría  
Y luego sostenerte a ti mismo/a mientras te desmoronas en el suelo y lloras los antiguos  
sueños.  
La alegría es proximidad con aquel/lla que amas: Tú.  
No tienes que ser el/la mejor,  
No tienes que ganar.  
Solo necesitas recordar esta intimidad con el cielo,  
La proximidad de las montañas  
Y sentir el calor del sol en tu rostro.  
- Jeff Foste

Las invitó a tomar algunas palabras de allí, o las que quisieran para bordar en esos cuadrados, que en general irían pegados como parche en los bolsos. Algunas mujeres bordaron la palabra amor, paz, esperanza. Una decía: *“la esperanza es lo último que se pierde”*. A las 18:30, viendo que estaba oscureciendo, y que yo junto con las mujeres estábamos muy concentrada tejiendo, Niki comenzó a juntar las cosas.

Por varias complicaciones entre las mesas de examen en la facultad y la lluvia de varios viernes, recién volvimos unas tres semanas después, corría el mes de mayo. Las calles parecían cada vez más onduladas, como si el relleno y ripio que hubieran tirado desde el PROMEBA no estaba funcionando con el nivel de lluvias que había acontecido. Saltamos un charco importante para poder ingresar, con todos los materiales que traíamos en las manos. Dos policías estaban en la puerta y los chicos del barrio jugaban a las balitas a su lado. En la cocina ya estaban las señoras del FINES. Vanesa observó que estaba muy flaca, le conté que había estado enferma. Comenzamos a mostrar lo que habían hecho durante esos días, con el pedazo de jean del encuentro previo, y los cuadraditos. Fidelina no alcanzó a terminar, pero el resto si lo había hecho. Bordaron sobre las mochilas distintas frases o dibujos, y las habían cosido a mano, se pasaban entre cada una su creación. Brenda también había podido bordar, pero la mamá la había ayudado con la costura.

En eso, se sumaron Graciela, Ramona, Mónica y su amiga Chavela, que se incorporaba ese día. También sacaron lo que hicieron esos días. Ramona había armado una mochila con diferentes recortes de telas, a pesar de que estaban muy atareadas con la actividad de costura con Graciela. Usando el doble sentido, les preguntamos si les había entrado agua por las lluvias<sup>86</sup>. Vanesa contó que tuvo agua hasta la cintura, que no había mucho

---

<sup>86</sup> Cuando te entra agua, significa figuradamente que la pareja con la que estás te ha sido infiel.

por hacer en esos momentos. Fidelina antes se preocupaba, pero ahora sólo esperaba a que parara la lluvia para comenzar a sacar el agua, no le quedaba otra, explicaba.

Les comentamos la idea que teníamos con Niki de generar un espacio de intercambio entre las mujeres que van al curso de costuras básicas en la cacique Pelayo y ellas. La primera propuesta era ir hasta Fontana a conocer el lugar donde las chicas dan clases, que después ellas vendrían hasta acá, y que estimábamos hacer un tercer encuentro en la facultad. Les gustó la idea. La fecha estimada era el jueves 30 de mayo, preguntaron varias veces a qué hora sería y cómo harían para ir. La hora estimada era entre las 14:30 y las 15, y la movilidad trataríamos de conseguirla por medio de la UNNE, pero las mantendríamos al tanto.

En un momento, luego de que terminamos de mostrar lo hecho, Graciela e Ramona mencionan: *“en este curso sí que se trabaja”*. Estaban cansadas de ir a cursos donde hablaban todo el tiempo, y no se hacía algo. Habían ido a uno de cooperativas, y todo el tiempo se hablaba de cómo conformar las cooperativas, pero ahora ¿dónde estaba su cooperativa? Incluso desde el ANSES les estaban haciendo encuestas, para las cuales ellas debían acercarse hasta las oficinas. La mayoría pensaba que les habían preguntado lo convencional, pero Mónica creía que eran muchas las preguntas, por ejemplo, sobre cómo era su casa, el piso que tenía, si había estudiado, qué comía. Contaron que habían pasado por esa instancia y aparentemente estaban por aumentar las horas de cursos exigidas a 300. Dije en voz alta que me parecía una tontería. Mientras, cada una seguía con su bordado.

De pronto vemos movimiento en la biblioteca (frente a la cocina), y comenzamos a cabecear con la Graciela, le pregunté si veía quién era. Se paró y dijo: *“yo me voy a chismosear a ver quién es”*. Era Morena, con quien se saludaron muy cordialmente, saqué la cabeza desde la cocina y me acerqué a saludar también. Le dije que hace mucho no la veía, *“yo vengo a la mañana”* me explicó, ese día estaba porque se irían con los chicos. Me decía muy efusivamente que era una genia Graciela, una experta, yo lo confirmaba. Me contaba que le había hecho un delantal precioso a su hija en media hora, le dije: *“¡sí! te descuidas y te cose algo la Graciela”*. Me preguntó si no estaba Julia, ante la negativa me dijo que le avisaría. Volvimos hacia la cocina, y ella continuó con sus preparativos. Estaban otras personas con ella en la biblioteca, pero no reparé en quiénes eran. Luego vimos que se sacaron una foto frente a una tráfico, con una remera gris, pero no alcanzamos a ver si era de un partido o de qué era.

Al ratito llegó Jéssica, que no había venido al taller. La saludamos y nos contó que estaba de un lado para el otro con su jefe por la campaña. *“¿Quién es tu jefe?”*, le pregunté. Diógenes González, respondió. Graciela consultó de qué partido era, “de ECO”, le dijo. Ella no se quería ir al interior, no le gustaba viajar, pero que andaba por todo Corrientes, y lo importante era que le daban un extra. Graciela le preguntó si era mil más o menos, “no, más”, le respondió. Graciela agregó: *“por mil ni me muevo de mi casa”*.

Se fueron las mujeres, quedamos Niki, Jérica y yo limpiando la cocina. Le pregunté si sabía a dónde se iban los chicos con Morena, “no” dijo, haciendo una cara rara. Estaba todo mal entre ellas, se habían encontrado y hablado, momento en que Jérica le pidió que le dijera qué era lo que tanto le molestaba, pero ni siquiera le había respondido. Niki comenzó a barrer, le dije que me dejara que lo hacía mientras ella juntaba las cosas y los materiales, al rato me pidió Jérica la escoba porque ella terminaría de ordenar. Se la dí, juntamos las cosas y nos fuimos.

Al próximo encuentro llegamos a horario, pero Niki no había podido ir a la escuela (Cacique), por lo que no alcanzó a traer las telas sublimadas que quería compartir con las mujeres, estaba preocupada por eso. Estacionamos frente a una casa que tenía una suerte de santuario del gauchito gil, pintada de azul, con sus banderas rojas sostenidas por cañas. Niki me mostró a una chica se tomaba una selfie envuelta en una toalla en ese marco. Entramos a la cocina luego de saludar al policía de la entrada, donde estaban Fidelina, Josefa, Vanesa y Tere, sentadas a la mesa. Nos ubicamos y comencé a buscar un cuchillo para cortar la pastafrola, sin éxito, por lo que comencé a cortar con una cucharita que encontré. Las mujeres sacaban sus cosas e iban mostrándoselas a Niki, quien las miraba una por una, resaltando lo que le llamaba la atención de cada trabajo.

Al rato llegaron, Ramona, Graciela, Mónica, Chavela, Karina y Evangelina, un ratito después se sumó Griselda, quien caminó sola hasta el CPC. Graciela y Mónica llevaron a sus hijxs más pequeñxs. Nos acomodamos cual tetrís en la cocina. Habían llevado de “tarea” un mandala sublimada en una tela mecánica, que era como una tela de sábanas que se hacía pelotitas, me habían explicado las mujeres el viernes pasado, cuando las repartió Niki. Algunas bordaron sobre el dibujo, otras combinaron colores de hilos con los de la pintura, entonces dejaban visibles algunas líneas del dibujo, y otras las cubrían con los hilos del tejido.

Estaba mucho más calmado el ambiente respecto al viernes anterior, en varios momentos nos quedamos en completo silencio bordando. Ana contó que se sentía muy gorda, que el último embarazo de los gemelos lo había pasado en la cama, porque era de alto riesgo, y pasó de tener 52 kilos a unos 80. Antes su talla era de 38 y se transformó en 46.

La hija de Josefa había llegado tarde porque su hija estaba con una picadura infectada, para lo que le habían dado una crema, le dije que era una crema bacteriana de amplio espectro, que a mi hijo también se la habían dado, y le había resuelto la infección. Mónica gritó desde la otra punta, “¿¿tenés un hijo?!” “Si, sí”, le respondí. Pero estaba muy sorprendida, me explicó que pensó que era más chica. Le pregunté cuántos años creía que tenía, “20 y pico” fue su respuesta, “súmale 10 más”, le dije riéndome: “tengo 35 años”. Graciela dijo: “la vida sin matraca”. Mónica entendió que la matraca era el tener mucha actividad sexual, y comenzamos a reírnos. Después de un rato, conté que

después que me había separado había mejorado mi apariencia. Nos reímos nuevamente, *“hay que separarse entonces”* dijeron, y seguimos con los bordados.

Desde la facultad nos habían confirmado que tendríamos movilidad para el jueves 6 de junio, por lo que les avisamos de ese cambio de día. El encuentro previo al intercambio fue el 31. Las chicas del FINES llegaron más tarde porque participaban de otra reunión para mujeres emprendedoras. Contaron después que les había gustado porque habían ido unas mujeres que tenían sus propios emprendimientos. Las que estaban eran Graciela, Chavela, Mónica, Ramona, Karina y Evangelina, quienes se habían acomodado en sus lugares, dejando el espacio donde siempre se solían sentar las otras señoras. Estaban amontonadas, esperando que llegaran las otras.

Comenzaron a mostrar lo que habían hecho. Graciela recortó el mandala, la bordó y la pegó sobre una funda de almohadón, de lienzo, con un cierre en la parte media de atrás. Mientras, cortaba la pastafrola con la cuchara nuevamente. Al rato se sumaron las chicas de FINES. Un ratito después llegó Brenda con su hijita. Cada una mostró lo suyo. Graciela puso sobre la mesa toda la “tarea” atrasada, contaba que había dejado todo su trabajo el viernes a la mañana, para ponerse con sus cosas del taller de experimentación, las que quería terminar. Niki les consultó si les parecía ir cerrando la parte del bordado, para lo que había traído unos dibujos serigrafiados (los que no había podido buscar la vez anterior), pero también unos hilos como para pasar a la parte de tejido. Entonces sacó de su bolsa unos pedazos de totora y otros hilos gruesos, y mostró cómo los anudaba con tejido a crochet, como para armar agarraderas, o canastas. La mayoría se prendió con esto, sobre todo Mónica que eran muy fanática del tejido. Graciela intentó, pero no le gustaba el tejido le dijo a Niki, y volvió al bordado.

Cerca de finalizar el encuentro Niki les preguntó si les parecía hacer unas toallitas higiénicas. No mostraron interés, pero el tema habilitó el hablar sobre la menstruación. Mónica comenzó a contar que a ella el diu le había sacado una suerte de callo en el útero, y eso se había convertido en un tumor cancerígeno, que se lo extirparon, y le dijeron que lo mejor era hacer quimioterapia, pero ella no quería hacerlo. Entonces le dijeron que la iban a vaciar (quitar el útero). *“De ninguna manera”*, les respondió, tenía 29 años. Luego contó que la mamá no le había dicho nada de la menstruación porque postrada. Cuando le vino se cambiaba de bombacha, hasta que se quedó sin ninguna limpia, entonces se compró una toallita higiénica descartable, pero se la pegó al revés y se la dejó todo un día. Fue el papá quien le dijo que se tenía que bañar, porque tenía mucho olor, *“un olor a pescado tenía”*, graficó ella en tono gracioso. Una de las mujeres contó que, a su hija de 9 años, le vino una vez, y que después recién a los seis meses le volvió a bajar. Otra agregó que sentía que se iba a morir cuando comenzó a sangrar. Ese día a las 18:20 le dije a Niki para irnos porque tenía un concurso en la facultad. Las chicas se quejaron de que nos fuéramos tan temprano. En verdad casi siempre nos íbamos a esa hora, pero al decirlo les pareció escaso el tiempo de taller. Saludamos, y Josefa y Fidelina quedaron ordenando un poco el lugar.

## Entre el trabajo real de los sectores populares y el mercado de trabajo imaginado en la política

La primera parte de este capítulo muestra cómo se fue transformando una política desde la mirada y las vivencias de algunas beneficiarias, algo que seguirá apareciendo a lo largo de esta tercera parte. En el capítulo 1 siguiendo a Wright y Shore, sostenía que las políticas pueden ser interpretadas en cuanto a sus efectos, las relaciones que crean y los sistemas de pensamientos en los cuales están inmersas (Shore y Wright, 1997). La orientación en la descripción fue expresar las lógicas que planteaban a grandes rasgos las modificaciones del programa Ellas Hacen en el tiempo, incorporando las experiencias de las mujeres, esto es, en parte algunas de las relaciones que se movilizaron a partir del programa.

Desde una mirada económica el programa generó degradación monetaria en la transferencia realizada del Estado como transferencia condicionada, que pasó de U\$S 210,75 a 147, en un contexto de gestión macroeconómica neoliberal orientada a las finanzas, propia del Gobierno de Cambiemos (Belloni y Cantamutto, 2019). En el marco que analizo, podría ser pensado como un indicador de la valoración de las actividades de lxs destinatarixs por parte del Estado. Sin embargo, no es algo de lo que las mujeres hayan hablado específicamente, no parecían alertadas por la disminución del poder de compra que tenía ese monto que estaban recibiendo, que nominalmente parecía mayor incluso.

La molestia, y de ahí el segundo punto, estaba en la exigencia sobre la realización de capacitaciones que no tenían que ver con saberes necesarios para sus actividades actuales, o que incluso iban contra la propuesta de la política original (“Ellas Hacen”) en cuanto a la producción. Los talleres que se dictaban como obligatorios en la ciudad de Corrientes eran tan variados, dispersos, y no necesariamente articulados con la demanda de trabajo insatisfecha de las empresas locales, como probablemente estaban pensando en la redacción de la norma que implementa el programa. Lo que terminó siendo una lógica de contención, de parecer que se está capacitando a quienes se juzga sin los saberes y/o habilidades necesarias para el mercado, más que con la generación de empleabilidad real. Además, queda latente la pregunta de emplearse dónde. Ya que no aparece a priori una demanda irresuelta de mano de obra que pueda ser satisfecha por las beneficiarias del programa. Ramona es muy clara en su enunciado, quién la contrataría a ella, con sus 38 años. También lo planteaba en cuanto a la terminalidad educativa, pensando en la posibilidad de seguir una carrera terciaria o universitaria, cuánto tiempo real le llevaría comenzar una carrera, la dificultad extra que tendría por comenzar luego de estar tanto tiempo sin el ritmo de estudio. Ella calculaba, por ejemplo, si se recibía con 44 años cuánto tiempo de trabajo efectivo tendría, dónde podría anotarse si su puntaje en el sistema de educativo del ministerio provincial sería muy bajo. Entre otras complejidades que tienen que ver con el caso, pero que permiten dar cuenta de la distancia entre una lógica que se basa en individuos promedio, y en

mercados de competencia perfecta que sólo existen en sus modelos. Que no repercutió en Ramona solamente, sino en el grupo de mujeres con el que interactué al menos.

Los espacios de cooperativismo, impulsados por el Ellas Hacen, también presentaron problemas de implementación como describí. Seguían la lógica de conformación de cooperativas a como dé lugar, lejos del imaginario que buscaban transmitir en las capacitaciones donde explicaban lo que debía ser a las mujeres. Pero esta propuesta al menos en términos teóricos reconocía que el mercado laboral no podría absorber el trabajo de los sectores populares, proponía otras formas de organización asociativa de trabajos como la construcción, la costura, la panadería, entre otros, en marcos jurídicos cooperativos. El problema se materializó para la cooperativa de las mujeres en la imposibilidad de resolver la propiedad de las máquinas que les entregaron de hecho, que una vez finalizado el programa cayeron en la cuenta de que no eran cooperativas (no estaban presentados sus papeles ante el INAES), como veíamos en el capítulo 4.

Por otro lado, las nociones de prestación de servicios socio-comunitarios, quedó irresuelta, al menos desde el programa Hacemos Futuro y la propuesta de aumentar las horas de capacitación sin considerar el tiempo de cuidado que en general tienen comprometido las mujeres, lo que no sólo agrega un peso extra de actividades, generando mayor nivel de estrés, preocupación innecesarios, sino que tampoco promovió un proceso de empleabilidad real.

Estas formas de pensar “desde arriba” los instrumentos que van a orientar el comportamiento de las personas, tienen fallas teóricas además de las de implementación. En el Ellas Hacen aparece una forma de organizar el trabajo, de forma vertical, primero en términos de prestación de servicios específicos, donde ese derecho que aparece reconocido implica una obligación, semejante a una relación salarial, pero sin las garantías de ésta (Castel, 1997). Para luego, ir pasando a un esquema de organización cooperativo, que asume que el proceso puede implementarse movilizándolo las personas (integrantes de las cooperativas) desde las oficinas estatales, quienes armaron grupos a partir de planillas con criterios difusos de reunión. A pesar de esta forma de organización vertical, emergieron procesos como los de Graciela e Ramona, que permitieron consolidar una forma de trabajo, un esquema que propició otras relaciones sociales, que a su vez se puso en riesgo en medio de la transformación del programa.

Hacemos Futuro y su idea de autonomía respecto del Estado me lleva a lo que plantea Gago sobre el neoliberalismo, quien cita a Foucault en su análisis planteándolo como una mutación en el “*arte de gobernar*”, encarnado en la gubernamentalidad, lo que: “*supone entender el neoliberalismo como un conjunto de saberes, tecnologías y prácticas que despliegan una racionalidad de nuevo tipo que no puede pensarse sólo impulsada “desde arriba”*” (Gago, 2014, pág. 9). Lo innovador es una forma de gobernar que impulsa las libertades en una forma compleja de enhebrar tecnologías, procedimientos y afectos como base para las iniciativas libres, la autoempresarialidad,

la autogestión y la responsabilidad sobre sí, que a priori no cuenta con una estructura trascendente ni exterior que la promueva. En este sentido entiendo que se promueve la autorrealización, pero incorporando la idea de control explícita a partir de las capacitaciones. Esto es un mensaje que promueve la autonomía, pero no cualquier autonomía, sino una que es orientada por el Estado, y sus definiciones de cuáles son las capacidades que restan “desarrollar” en las personas que cumplen los criterios del programa. Estas capacitaciones podrían ser pensadas como dispositivos en términos de Foucault, pero no logran articularse ordenadamente, lo que resulta más complejo aún en el análisis de sus efectos.

De igual forma, el programa generando el desplazamiento de ellas hacia las oficinas para que las encuesten, aparece un movimiento simbólico de poder, que despierta incertidumbres sobre la continuidad del “beneficio”, y la relación con el programa, incluso cuando se cumple con los requisitos. Esta incertidumbre, sobre la que volvemos en el último capítulo, marca una distinción muy importante para el valor de su trabajo, o la valoración social.

Desde el abordaje que hago de la economía popular señalan a la relación entre acreedor-deudor, como un dispositivo de poder, desde ese lugar también es posible reflexionar sobre los programas de transferencias condicionadas y sus efectos. *“El dispositivo de deuda actúa, entonces, sobre la intimidad de las personas y su conciencia como una camisa de fuerza social que busca eliminar cualquier iniciativa que signifique una reivindicación autónoma del sujeto”* (Chena, 2017, pág. 57). El mecanismo de endeudamiento opera en dos dimensiones, una objetiva y otra subjetiva, según este autor. En la primera, las elevadas tasas de interés que deben afrontar estos trabajadores para acceder al consumo de bienes durables captura el excedente económico necesario para la reproducción ampliada del capital financiero. En lo subjetivo, imprime el acreedor a través de la amenaza de quedar excluido de los consumos de bienes simbólicos necesarios para pertenecer a una determinada jerarquía social.

A lo anterior primero incorporaría lo que señala Deleuze que las personas no se encuentran encerradas sino que están endeudadas (Deleuze, 2014), como una forma constitutiva además de material. Por otro, indicaría que la condicionalidad del programa funciona como una suerte de deuda simbólica constante de las mujeres hacia este, que no significa un sometimiento. En varias ocasiones a lo largo de la tesis aparecen dilemas frente a cumplir o no con lo que se señala, es decir no existe una sujeción irreflexiva. La “obligación” de las capacitaciones, su desconexión con los procesos previos de formación y/o productivos iniciados, y la idea de que deberían incorporarse en algún horizonte a un mercado laboral imposible en la ciudad de Corrientes, son las formas en que se leen el programa desde sus “beneficiarias”.

De allí que estas acciones, programas o políticas públicas, no caen en un vacío social, o pueden ser comprendidas desde el individualismo metodológico, por esto abren el juego a las posibilidades de que las potencias de las personas, la creatividad, generen

resultados no previstos, que desbordan estos intentos de orden de mercado, que permiten subjetivaciones específicas.

### Poniendo en juego otros saberes

En ese entre que habilita la política en su implementación, iniciamos un proceso de construcción de una necesidad con Graciela e Ramona de un espacio de formación que les permitiera justificar horas frente a ANSES, para continuar percibiendo el ingreso del programa, pero que a su vez no implicara grandes desplazamientos respecto de sus casas. Yo no sabía mucho como orientar el proceso en ese momento, pero entendía que podía justificar la participación de la universidad a partir de la noción de economía popular, y tenía fe en encontrar alguien más que pudiera dar a la talla de las expectativas sobre lo textil.

En ese momento lo pensé en términos de la multiplicidad de relaciones que podía sintetizar mi personaje en el barrio, no sin problemas sobre la idea de homogeneidad y pureza moral de las acciones que siempre acompaña a la academia y su hacer. Pero me arriesgué a hacer ese movimiento. Tal como señala Lazzarato:

Un movimiento, como todo elemento, puede participar de varios sistemas a la vez, tener varias relaciones, experimentar diferentes funciones; por ejemplo, estar al mismo tiempo en el interior y en el exterior de la relación de capital, estar adentro y estar afuera. Esto entrañará estrategias políticas que permanecen completamente opacas a las fuerzas políticas y sindicales, precisamente porque estas últimas consideran “la unidad de las cosas como superiores a su multiplicidad” (Lazzarato, 2006, pág. 40)

Entonces, lo que quisimos fue habilitar otro tipo de espacios, siguiendo las reglas de juego de la política pública, lo que aparecía como una posibilidad potente de la universidad, como espacio estabilizado del saber, del pensar y de la reflexión, pero que permitiera reconocer, hacer visibles las formas de hacer que escapaban a las lógicas dogmáticas y verticales del saber (en términos de dispositivo de enseñanza) tanto como del mercado y la valoración mercantil.

La forma de trabajo propuesta por Niki, retomaba los saberes que ellas habían aprendido en sus casas, en ese espacio doméstico, privado para la teoría. Volvía la mirada sobre lo que podían hacer, lo que ya habían hecho en general en algún momento. Una forma de mostrar algo de lo cotidiano, de esta forma de resolver los problemas domésticos de la ropa, como cuando Vanesa plantea que no sabía si lo iba a hacer bien, entonces Niki le propone que lo haga como cuando resuelve estas cosas en su casa, dándole otro sentido a lo doméstico.

Generando el espacio donde puedan mostrar lo que hacen, lo que sabían fue una forma de generar otro entorno para ser vistas, para que puedan recibir una mirada sobre lo que hacían/sabían, no sólo por Niki, quien era la “profe” sino, sobre todo, por sus mismas compañeras del taller que eran sus vecinas del barrio en general. En el caso de Graciela e Ramona, aparece la presidenta de la cooperativa tanto como sus otras compañeras como la contracara, como quienes pueden verlas, mediante imágenes compartidas por

wsp de lo que cosieron o los pedidos que estuvieron entregando. Por un lado, muestran su hacer, su saber, el avance que tuvieron en tanto cantidad que pueden coser por semana (capítulo 4), pero también dan cuenta de la necesidad que tienen de las máquinas y el uso que hacen de ellas. Es lo que justifica hacia afuera que ellas se hayan quedado con esas máquinas, que legalmente les pertenece a todas las mujeres que integran la cooperativa.

Todas muestran lo que hacen al llegar, como una forma de ser vistas, y por parte de Niki principalmente de mirar(las), pero también de puesta en común, forma de circulación de las técnicas, los puntos, las combinaciones de telas, de hilos, de colores, las formas que les van dando a la tela. Esto es, la figura que aparece como la docente, pero que a su vez se desmarca de esa posición, planteando en varias ocasiones que no sabía ciertas cosas, que muchas otras se animaba, más que tener un saber objetivable, o visible hacia afuera, o contenido en un título. Ese desplazamiento del saber que realiza Niki, también les permite a las mujeres comenzar a mostrar, plantear y hablar desde otro lugar, no necesariamente se borra la frontera de quién marca el ritmo de lo que se hace, pero sí habilita la participación, ya sea proponiendo algo para hacer, poder decir que no les gusta determinada propuesta (Graciela cuando no quiso tejer, o Karina, que miraba lo que hacíamos), o hacer lo que crean que importa (Mónica tejiendo, no bordando).

El tejer y el bordar aparecen como espacios para ellas, a priori, como el haber encontrado un lugar donde “amansar locos” dirá una mujer más adelante. No es una actividad externa o pensada para afuera, tiene que ver con la necesidad de calmarse, en el caso de Mónica su mal domingo, de procesar situaciones, de estar enganchadas con algo, como explicaba Ramona que se quedaba hasta tarde bordando, cosiendo a mano.

Siguiendo a Ortner (2016), esta retoma lo planteado por Geertz (2005), quien marca distancia con Foucault, al menos el segundo de los reconocido por la filosofía (Deleuze, 2015), donde pareciera que los discursos construyen sujetos y posiciones subjetivas, definidos en términos de lugares políticos e identidades políticas. Propone como contrapunto que la formación de subjetividades, las estructuras complejas de pensamiento, el sentimiento y la posibilidad de reflexión, hacen que los seres sociales seamos algo más que ocupantes de determinadas posiciones particulares o identidades (Ortner, 2016). No quita que puedan existir relaciones estabilizadas que operen, pero abre la posibilidad a que exista algo más, o que no necesariamente esas regularidades sean inmutables.

Para Geertz, al igual que para Max Weber, las culturas serán sistemas públicos de símbolos y significados, textos y prácticas que representan un mundo, y configuran sujetos ajustados a esa representación (Ortner, 2016). Cuando realiza la descripción densa de las riñas de gallos “profundas” en Bali (Geertz, 2005) lo que hace es dar cuenta del drama de los intereses de status en esa cultura, lo que aparece como un conjunto de representaciones y ordenamientos de temas que le dan un significado particular. En

el caso de las mujeres del barrio, el conectar con la costura, con el tejido, con el bordado, actividades históricamente femeninas, propias de las buenas amas de casa, pero hacerlo desde fuera de la casa, en un espacio de “capacitación”, genera otro sentido. Desplaza este espacio original, donde aparecen estas actividades como formas de volcar la ira, el desenfado aparente de la vida conyugal, al menos desde algunas lecturas feministas totalizantes (Morini, 2014).

En este contexto, y como veremos en el último capítulo, este hacer que englobamos como manualidades, pero que se asienta específicamente en distintas formas de hacer cosas textiles, con diversas técnicas, adquiere otro valor social, otra forma de circulación, y da cuenta de procesos de subjetivación. En estos procesos la educación formal, como sistema institucionalizado, no aparece deseable para las mujeres que fueron apareciendo en la tesis. Al respecto, marcaba una diferencia Graciela, diciendo que “*en este curso sí que se trabaja*”, por la transmisión académica de los conocimientos no tiene que ver con sus prácticas, con sus saberes incorporados. La relevancia de hacer, para aprender, o aprender a medida que se va haciendo.

En su hacer, y sus formas de ir siendo, aparecen lxs hijxs, explícitamente acompañándolas en esos espacios pensados para ellas, pero también las constituyen como mujeres. No son algo externo. Aparece el rol de ser madre, instaurado socialmente quizás, transmitido desde las relaciones familiares, pero también desde las miradas cercanas. Sin embargo, marca el sentir de las mujeres, el hacer. No sólo en el centro de sus preocupaciones, incluso llegando a pegarles para que puedan entender los límites que crían buenas personas, en sus términos, sino también en la materialidad de dejar de lado el gusto por un parche, y destinarlo para un vestido a la hija, como hizo Graciela. Brenda señalando a su hija cómo debía comportarse una niña, que no debía jugar con las ventanas, como sí tenía permitido hacerlo un varón. Ramona poniendo en juego su cuerpo, y como lo resiente la cantidad de horas sentada en la máquina, para poder al otro día cumplir con su rol de madre, y llevarlo al médico a su hijo, para que pudiera cumplir con los papeles que le piden en la escuela. Quienes además por pertenecer a un espacio de trabajo informal, no cuentan con obra social, y “caer” en la salud pública, implica destinar muchas horas del día a la espera de ser atendidos. Esa misma espera que para Julia significaba su espacio de tejido.

#### Un desplazamiento de la Universidad en el barrio

Más allá del título rimbombante, lo que traté de dar cuenta en este capítulo es como las relaciones que pueden establecerse desde distintas posiciones sociales, pueden generar un movimiento. Ese movimiento no implica un cambio constante, no implica una modificación de las relaciones estabilizadas inmediatamente. Sólo introduce un desplazamiento dentro de ciertas lógicas.

En este sentido, involucrarnos para resolver una situación específica, detallada como injusta por las destinatarias, y comprendida como incoherente desde la teoría por quien investigaba, generó un espacio de encuentro diferente. Uno donde se pudieron

desplegar otros saberes, donde pudimos generar una relación sin borrar las posiciones sociales de cada quien, sin desarmar el dispositivo taller, generando la posibilidad de ser vistas, como forma de valoración de los saberes.

Para hacerlo, se articularon las estructuras de las políticas, en forma de programa, como una forma simbólicamente material de identificación de las mujeres por parte del Estado, en su necesidad de ser formadas, reguladas, organizadas por parte del Hacemos Futuro en su devenir, con las estructuras de la universidad y su posibilidad de visibilizar y estabilizar saberes.

## Capítulo 9 - El desplazamiento del territorio: entre Fontana, Corrientes y la Facultad de Ciencias Económicas

Una vez iniciado el taller, las referencias a las mujeres de Fontana, lugar donde dictaba clases Niki eran habituales, incluso veíamos las imágenes que nos traía de su trabajo. A su vez, parecía que allá también se hablaba de las mujeres de Corrientes. En uno de los trayectos de regreso a Resistencia después del taller, comenzamos a pensar la posibilidad de juntar los espacios, o mejor dicho desplazarlos. Nos juntamos con Analía, de la escuela Cacique Pelayo, compañera de Niki, e iniciamos el diseño de los encuentros entre las mujeres, mientras íbamos contorneando las ideas y prácticas en la interacción. Elena me acompañó de inmediato desde el CES para gestionar el traslado con la universidad, comenzando a materializar la idea.

El primer encuentro tuvo lugar en Fontana en junio del 2019, y a finales del mismo mes, las mujeres de Fontana visitaron el barrio. El cierre lo hicimos en la Facultad de Ciencias Económicas, donde además montamos la muestra: “Ellas, hacen”.

En este capítulo retomamos la categoría nativa del ser vista, para marcar la mirada desplazada de las mujeres sobre sí mismas. El dispositivo que armamos para trabajar en desde la costura y la creatividad fueron las historias de ellas como niñas, cuando ellas fueron hijas, corriéndonos de la visión marcada de cómo debían ser como madres, para traer otros recuerdos. Por esta misma razón, el capítulo tendrá un ritmo diferente a los otros, tanto como incorporará una mayor cantidad de imágenes.

### Desde el Ongay al Cacique Pelayo: las infancias

Ese día llegamos un rato antes que las mujeres de Corrientes a la escuela, con Niki y su hija, quien es estudiante allí. Niki llevaba unas canastas, como para armar un altarcito, yo retazos, hilos y otras cosas que nos habían donado. Saludamos con dos besos a las porteras al entrar, mientras Niki iba diciéndome los nombres, contándome de sus vidas. Subimos al taller y comenzamos a preparar las cosas.

Niki estaba sorprendida de la limpieza en el taller. Yo estaba tan emocionada que me costaba concentrarme en las cosas que debíamos preparar. Analía ya andaba por ahí, yendo, viniendo, hablando rápido. Traté de focalizar y comencé a armar las canastas para el trabajo en grupo. De a poco fueron llegando algunas de las estudiantes del Cacique que participaban del taller de “*costuras básicas*”. Se sumó Myriam, una compañera del doctorado y de la vida, que trabaja con mujeres qom en sus investigaciones, la presenté y comenzó a interactuar con la gente.

Armamos la mesa. Los canastos que llevó Niki fueron usados para poner hilos, cierres, y algunas cintas para el trabajo en grupos. La idea que planeada era que las mujeres se presentaran y compartieran lo que habían hecho en los talleres, para lo cual le pedimos que cada una llevara sus producciones, siguiendo un poco las dinámicas que tenían los encuentros en general. Luego veríamos el cortometraje: “La Reina”, que relata momentos en la relación de una madre con su hija, para después conversar en grupos

sus experiencias en este último rol, moviéndonos del lugar de madre que en general era sobre lo que hablábamos en los talleres. Posteriormente, les propondríamos transformar en un producto textil las reflexiones, ideas, experiencias, imágenes que se les hacían presentes con el corto y la charla. Buscábamos que pudieran improvisar inspirándose en el ser hijas.



En estas imágenes vemos el altar construido por Niki, a Susana junto a su hijo de 11 años, que participaba a menudo de nuestros encuentros, a una señora qom del taller de costuras básicas junto con sus hijas/nietas. Graciela, escuchando la presentación de sus compañeras.

Cuando llegaron las mujeres del Ongay, traídas por un colectivo pequeño de la UNNE, salí a recibirlas. Bajaron contentas e ingresaron a la escuela, menos Graciela, Chavela y Mónica, que se quedaron fumando en la entrada, me remontó a la escuela secundaria. Me quedé esperándolas, mientras el resto se encontraban con Niki y Analía. Se me acercó Fabián, el director de la escuela, quien me dijo que podían fumar adentro, que tenían una política de no prohibición del cigarrillo, porque notaban que lxs chicxs no lo hacían tanto como en otras épocas. Salí para avisarles esto y ya estaban entrando. Nos sumamos al resto en el patio, e invité a Fabián y Analía a contar de que se trataba la escuela, que particularidad tenía, porque las chicas estaban fascinadas con las instalaciones que habían visto.

Fabián tomó la palabra y les contó que era una escuela franciscana (católica), destinada especialmente a la población qom cercana del barrio Cacique Pelayo, donde trataban

de revalorizar esa cultura. Una mujer de corrientes le preguntó si hablaban castellano. Fabián relató que el problema no era el castellano, que era su lengua materna, sino que el foco estaba en recuperar el qom y su utilización. Otra preguntó si eran discriminados por su condición. Fabián respondió que sí, y los cursos funcionaban como espacios de inclusión, al menos eso era lo que pretendían. Agregó que estábamos iniciando un proceso que permitía que mujeres de distintas provincias, quienes probablemente tenían historias similares pudieran compartir, encontrarse. Charlamos un momento en el patio, a los pies de un lapacho gigante, antes de subir al taller donde daban las clases de costuras básicas.



En este collage de fotos vemos a Susana, mostrando lo realizado en el taller de costuras básicas, ella había sido ayudante en el curso que dicta Niki. Josefa y Tere compartiendo lo que habían hecho durante el taller, mientras que Griselda y Karina escuchan las presentaciones. El arbolito bordado por Tere fue muy admirado ya en el taller del Ongay, en la foto ella recibe los mismos comentarios de sus compañeras de Fontana.

Al entrar al taller, quedaron alucinadas con las máquinas a los costados (las que ya aparecieron en las fotos del capítulo anterior), con la mesa de corte enorme del centro, el espacio en sí era impresionante en su parecer, para el mío también. En broma me decían que querían venir a dar el taller ahí, que las buscáramos los viernes con el colectivo de la UNNE. Mientras les seguía el juego, les decía que sería increíble lograr eso. De a poco se fueron sentando en torno a la mesa, se miraban y reconocían entre ellas, saludándose una a una. Se dispusieron “las criollas” del curso de costuras básicas, en los laterales, estaban Graciela, Ramona, Chabela y Mónica, y en frente Evangelina y Karina. Después, estaban Mechi (una amiga de Niki) y dos chicas del curso de

costuras, también se ubicaron Fidelina, Josefa, Vanesa, Teresa, la Susana y su hijo de 11 años, en la otra punta de la mesa. Las mujeres qom del curso de costuras llegaron con sus niños y se sentaron fuera de la ronda, de a poco las invitamos a acercarse. Al lado estaban Susana, y algunas otras chicas del curso de costuras, que eran o fueron ayudantes, también fuera de la ronda.



Disposición durante el taller, momento en que nos presentábamos.

Estaba todo tan calculado que los tiempos no nos dieron, y preferimos seguir el ritmo del encuentro. La presentación fue acorde a las necesidades de las mujeres. Se presentaban las que querían, algunas alumnas de la escuela eran muy tímidas, y no queríamos incomodarlas, tampoco Evangelina y Karina lo hicieron. Algunas, las que suponíamos que estaban avergonzadas, pero que podrían disfrutar del espacio, eran empujadas por nosotras para hablar, habían llevado muchas de sus creaciones, mostraban orgullosas las que se sabían poseedoras de habilidades reconocidas por el grupo, como las que eran más detallistas, las que hacían cosas “lindas”, las que tenían facilidad para la costura, pero también las que no habían hecho tanto mostraban sus tejidos, se justificaban frente a las otras por la falta de tiempo o de experiencia.

Analia comenzó presentando la actividad, me presentó con las mujeres de Fontana con quienes no nos conocíamos, e Ramona tomó la palabra para agradecerme especialmente que hayamos armado este curso, que era uno diferente a lo que estaban acostumbradas, ahí se trabajaba realmente, donde hacían lo que a ellas le gustaba, lo textil. Estaba muy emocionada. Cuando se presentó Vanesa, contó que ella tenía una hija con problemas de discapacidad, quien no veía y no se podía mover mucho por sí misma, luego mostró sus cosas. Era la primera vez que conocíamos su historia.



En estas imágenes vemos el lugar que ocuparon primero las mujeres qom, tomando mates entre ellas, luego se sumaron a las actividades. Vanesa presentándose, momento en el que contó que su hija mayor tenía una discapacidad, que junto con sus otros dos hijos, no le dejaba mucho tiempo para bordar, por eso había hecho poco. En otra imagen está una integrante del grupo de costuras básicas, activa y efusiva, contó y mostró todo lo que había hecho. También aparece Mónica mostrando su cartuchera, que tenía algunos bordados y otros apliques tejidos.

Luego de las presentaciones, mientras charlábamos comenzamos a compartir la comida que cada una había llevado, junto con las palmeritas y anisados preparados especialmente para el encuentro por el taller de pastelería.

Brenda, llevó a su hija al jardín, como las mujeres que van a la escuela de oficios. Parecía que era la primera vez que se separaba. La nena entró al jardín y se puso a jugar con los niños, Brenda se quedó mirando desde la ventana, incluso lagrimeó un poco. Me acerqué y vimos que jugaba re contenta. Niki me había comentado que a Josefa se le había muerto una hija, lo que deprimió, hasta que nació su nietita, quien le devolvió las ganas de vivir. Cada vez que Brenda mencionaba la posibilidad de llevarla al jardín, Josefa le pedía que la dejara con ella, que la cuidaría mejor. Una sola vez vi que la dejaron ir a jugar afuera en el CPC, con el resto de los niños.



En estas imágenes vemos a Patricia, de costuras básicas, presentándose. Ese día le habían leído la condena de su hijo a cuatro años de prisión, estaba muy angustiada, y no sabía si ir al taller. Le había escrito a Analía, quien insistió en que fuera. Durante el trabajo en grupo, contó que era una madre que no apañaba a sus hijos en sus malos pasos, en la policía sabían qué clase de madre era. Contó además que hacía boxeo. Cuando terminamos, se puso a enrollar sus vendas. Niki me contó luego que era la seguridad del Coliseo, un boliche de cumbia. Abajo, aparece Brenda durante la película, mirando desde la ventana a su hija en el jardín. En la otra imagen, se ve a las mujeres durante la proyección del cortometraje "La Reina", donde comentaron varias cosas contra la madre de la protagonista. Finalmente, Analía habilitando y disparando el debate sobre el lugar de la hija.

Una de las señoras mostró un gorro de cocina que estaba armando para acompañar un delantal que habían bordado en la clase de costuras básicas, pero le había quedado muy grande. Graciela, quien estaba al lado de la señora, tomó el gorro, se lo midió y comenzó a hablar con ella, para decirle como podía resolver esta cuestión. Le dijo que tenía que achicar, pero también dejar abierta una parte, para que se pudiera atar atrás y así quedaría bien. Las mujeres se pusieron a charlar entre ellas, mientras tomaban mates, y comentábamos lo sabroso de las palmeritas y los anisados. Pasado un tiempo de charla, proyectamos el corto, y organizamos el trabajo en grupo como se observa en las fotos.



En esta secuencia vemos a las mujeres durante el trabajo en grupos, donde la consigna era reflexionar sobre lo que había sido su infancia como hijas. Les presentamos la propuesta de salirnos por un rato del lugar de madres, de las que siempre estamos cuidando, de las que somos las responsables de muchas de las cosas que pasan, para recordar esos tiempos donde nosotras jugábamos, andábamos, esos momentos de felicidad como los de la pileta para la niña del corto. En otra imagen vemos a la señora que hace los muestrarios del bordado junto a Mónica durante el trabajo de grupos. En la última están las mujeres durante la puesta en común sobre cómo se sintieron trabajando en grupos, qué les pareció el espacio, el encuentro. Chavela aparece en el centro.

En el medio de la presentación de las mujeres, había entrado una señora con una maleta, y uno de los porteros de la escuela la acompaña y la presentó diciendo venimos a vender telas. Vendía retazos de jean que compraba en Santana, la fábrica de tela de jeans de Puerto Tirol, Chaco (una de las empresas más grande de la provincia), donde los conseguía más barato porque su marido había trabajado allí. Los retazos que llevó eran de un largo de jean, y de 60, 80 y 100 cm más o menos en azul y negro. Niki me preguntó si la hacía pasar en ese momento, pero preferimos esperar a que terminaran. Volvió más tarde y todas nos abalanzamos sobre las telas. Graciela se llevó la mayoría, el resto tratábamos de encontrar un retazo, eran grandes y baratos, costaban \$50, \$70 o \$100 pesos.

Una vez terminado el intercambio, cuando ya se acercaba la hora en que pasarían a buscar a las mujeres de Corrientes, recorrimos la escuela, y nos detuvimos en la sala de serigrafía. Luego comenzamos a juntar las cosas porque el colectivo esperaba fuera

de la escuela. Las mujeres estaban risueñas, se hacían chistes entre ellas. Graciela e Ramona se me acercaron, diciéndose una a la otra, “*decile vos*”, “*no decile vos*”, hasta que Ramona enunció: “*no vamos a poder ir mañana*”, “*estamos con mucho trabajo*” agregó Graciela, teníamos que elegir venir acá o ir mañana al taller en el barrio, y preferimos venir a esto, pero estamos muy atrasadas, me comentaban. Les dije que no había problema, que era entendible. “*Queríamos avisarte para que las otras no se hagan las vivas*”, me explicaron.



En estas imágenes está la profe del jardín, que antes cantaba como placer, pero lo hacía como un trabajo en ese momento, por lo que el bordado es su nuevo espacio para ella misma. Las compañeras del jardín la cubren durante un tiempo en la multisala, para que pueda ir al taller. No había podido llevar lo que hizo durante el taller, porque su hijo lo había tirado a la zanja, lo lavó, pero no alcanzó a secarse. En otra, está Analía comenzando a repartir los regalitos que habían preparado las mujeres de Fontana para las de Corrientes. En la otra Josefa con su nieta juegan con el regalito. Y en la última aparece Mónica y otras mujeres durante la puesta en común sobre lo que habían sido sus infancias.

Comenzamos a desplazarnos hacia afuera, cada mujer se saludaba con un beso. Cuando subimos Ramona me volvió a agradecer por la oportunidad que habíamos generado. Fui arriba como para juntar y desarmar todo. Al finalizar, nos encontramos en la oficina de Fabián, quien nos preguntó “cómo salió todo”, estábamos muy emocionadas las tres, y contentas con la participación de las mujeres. Nos contó que Graciela lo invitó a que visitara su taller cuando fueran a Corrientes.

## Desde el Cacique Pelayo al Ongay: los objetos textiles



Comienzo del encuentro en el barrio Ongay. La profe de FINES, dándonos la bienvenida. Las chicas de ese espacio son quienes ocupan la mesa, mientras que las mujeres del taller del Ongay y de Costuras básicas, están más lejos.

El día posterior al encuentro en la Cacique, fuimos al barrio. La primera cuestión que nos plantearon fue qué podrían hacer ellas para cuando las mujeres de Fontana fueran al barrio, especialmente dónde se reunirían el próximo 28 de junio. La cocina no era un espacio viable. Decidimos preguntar y pedir para usar el SUM, las chicas que eran parte del FINES se encargarían de esto. De regreso a Corrientes habían hablado sobre la posibilidad de hacerles a las mujeres unos monederitos para regalarles cuando vinieran. Para eso, cada una bordaría un retazo de tela, y luego Ramona y Graciela lo iban a coser en su taller. Ya estaba resuelto el tema, nos pusimos a tejer.

Personalmente me había quedado pensando en la hija de Vanesa, en esa reunión estaba sentada frente a ella, le pregunté cómo se arreglaba con el cuidado cuando salía. Con mucha paciencia y naturalidad me contó la mayor de 15 quien tiene la discapacidad era cuidada por su hijo de 13 y la otra hermana más chiquita, en caso de que ella no estuviera. Cuando nació su primera hija, ante su condición, su mamá y los médicos le decían que no tuviera más, pero ella quería más hijxs. En ese momento estaban construyendo un negocio en el frente de la casa su marido, porque quería que trabajara allí y no tendría que salir de la casa. Ella se mostraba contenta con el negocio, pero aún no sabía para qué lo iba a usar, estaba pensando en vender comida, pero creía que le saldría muy caro con el horno eléctrico. Le dijimos que podría hacer un horno a leña, mientras seguíamos tejiendo.

Dos reuniones después volvimos a tocar el tema en pleno bullicio de la fiesta por el aniversario de la biblioteca del CPC. La música estaba fuerte y la gente entraba y salía

del pasillo de la cocina, que está frente al espacio de la biblioteca. Volví a contarles de la muestra que estábamos queriendo hacer a modo de cierre en a la facultad, y que analizábamos cómo hacerla. Nuestra idea era trabajar con las imágenes de ellas para lo que tendrían que elegir alguna de las fotos que les pasamos (del encuentro en Fontana), o sacarse otra que les gustara, para poder imprimirlas. La apuesta nuestra era vernos, hacernos visibles para nosotras mismas. Les preguntamos si les parecía interesante y que ese era el momento donde podrían decir si estaban de acuerdo o no, donde podían decir que eso era una mierda. Nos reímos todas.



En estas imágenes aparecen algunas de las mujeres de Corrientes y de Fontana, mirando un poco sorprendidas a la gente del programa FINES, que habían tomado la actividad. En otra aparece Fidelina, tomando la palabra, como ex alumna del programa FINES, e integrante del taller, donde les dio la bienvenida a las mujeres de Corrientes.

En el encuentro de la Cacique, varias mujeres mencionaron que no estaban acostumbradas a verse. Graciela explicó que no le gustaban las fotos, que se sentía semejante a un sapo en todas. A Mónica tampoco le gustaban, salía haciendo caras, gestos. Vanesa, coincidían varias en que siempre salía bien. Ramona también se sentía incómoda con las fotos de ella. Quedamos en que elegirían alguna de las que enviamos al grupo de wsp, o que podrían sacar alguna con el celular. Las que les habíamos enviado (que aparecen aquí) en general no les gustaban. El viernes siguiente era el encuentro con las mujeres de Fontana para lo que no reuniríamos antes a preparar todo en el SUM. Ramona iba a traer unos banderines que tenía en su casa, y todas llevaríamos algo comestible para compartir con las mujeres ese día.

La propuesta dinámica ese día era que continuáramos recuperando las infancias que habíamos vivido, y que hiciéramos la traducción de eso que sentíamos en un objeto textil, o un lienzo. Después del encuentro en la Cacique y lo que notábamos había generado en las mujeres, creímos que podíamos orientar un poco más la actividad hacia el lienzo que dé cuenta de sus infancias, de los momentos felices de esas experiencias juegos, de bromas, de travesías. A su vez, conectábamos el hacer en los tres encuentros, ya que lo que el corto y las reflexiones del primer encuentro, eran materializados en el segundo, y serían mostrados en el tercero.



Una vez que las mujeres del FINES terminaron de presentarse y dar la bienvenida, comenzamos la propuesta que les habíamos llevado a las mujeres. La que tomó la palabra fue Analía, a quien vemos junto a una de las profes de FINES, que se puso al lado para tomar nota de cada cosa que decía. En otras dos imágenes vemos a las mujeres eligiendo una tela para hacer su paño/artículo textil, que recuerde sus infancias, retomando lo que habíamos hablado en el primer encuentro. Lxs niñxs fueron con algunas de las mujeres de Fontana, en Corrientes no teníamos una sala multiespacio para que puedan estar.

Cuando llegamos al SUM, las chicas del taller que eran parte del FINES nos sorprendieron con la visita de todas las integrantes de ese espacio y el pedido de la docente para participar. Les dijimos que sí. Terminaron de armar y decorar el espacio, nosotras incorporamos los materiales que habíamos llevado, armamos el espacio de la comida. Las otras estudiantes del FINES, que no iban al taller, fueron ubicadas por las dos profesoras en las mesas e instalaron un micrófono. Con Niki estábamos atónitas.

Una vez que llegaron las mujeres de Corrientes, salimos a recibirlas entre todas. Muchas ya se reconocían, se preguntaban por quienes no habían ido, mientras íbamos pasando al SUM y tomando asiento. Las profesoras de FINES querían darnos la bienvenida y

generar un encuadre de la actividad. Las dejamos hacer, para luego poder iniciar nuestras actividades.



Luego de que cada una eligió los materiales con los que trabajaría, comenzaron a coser, tejer, bordar, de acuerdo a lo que tenían ganas de materializar. Las profes del FINES se fueron en ese momento, y quedaron algunas de las estudiantes porque se interesaron con el trabajo. Algunas siguieron la consigna, otras no. En general cuando hacen sus cosas, hablan y comparten mates.

Terminada la bienvenida de las docentes, habló Fidelina agradeciendo el espacio a FINES. Luego, Analía retoma el trabajo, sin micrófono, para recapitular lo que habíamos hecho la vez anterior, y proponerles el trabajo de ese día. Las invitamos a buscar las telas y los materiales que les gustaran, o que necesitaran para comenzar a trabajar. De allí en más comenzamos a tomar mates, hablar, mientras algunas cosían, otras bordaban, y otras buscábamos comida.

Pasado un tiempo, como algunas habían terminado las invitamos a compartir de qué se trataba lo que habían hecho, que significaba para ellas. Entonces cada una mostró lo suyo. El recuerdo de la rayuela, de las lagunas cercanas, de los juegos jugados cuando niñas. Para terminar, les contamos a todas que haríamos el cierre de estos encuentros en la facultad, si estaban de acuerdo, y que queríamos llevar estos lienzos que habían trabajado, junto con las imágenes bordadas de ellas, a modo de muestra. Para las mujeres de la cacique era algo esperable lo de una muestra, porque anualmente hacen una. Para las de Corrientes era algo distinto en este marco, estaban más acostumbradas a las ferias.

La idea era hacer el cierre en la facu en agosto, hasta ese momento, ya que estaba culminando el taller en Corrientes. En el camino de regreso del encuentro comenzamos a intercambiar ideas con Niki, ambas creíamos que aún no estaba terminado el ciclo del taller, que quizás podríamos extenderlo un poco más. Las chicas de Corrientes no sólo habían pedido que siguiéramos, sino que también pensáramos algo para el 2020. Así que analizamos la posibilidad de continuar, nos tomamos una semana para meditarlo, y volvimos al barrio a mediados de julio, antes de las vacaciones de invierno.



Luego del trabajo, cada una comenzó a mostrar lo que había hecho. Eran recuerdos alegres de sus infancias.

El 17 de julio, les contamos que después del encuentro, pensamos que era importante continuar el trabajo, no dejarlo aquí. Entonces decidimos realizar 10 encuentros más. Si ellas estaban de acuerdo, seguiríamos hasta el viernes 4 de octubre. Hablamos de la posibilidad de arrancar más temprano, porque eran más frescos los días y oscurecía temprano. No tuvieron problema, ya que estaban finalizando las clases de FINES, y también dejarían de tener tanta tarea de la escuela, lo que les liberaba el tiempo para tejer, coser, y demás.



Foto final del encuentro, mientras la trafic esperaba a las mujeres de Fontana para llevarlas hasta la escuela.

En ese momento, hablamos con el chofer, para preguntarle si podrían parar un ratito en la costanera correntina, ya que muchas de las mujeres no la conocían, y querían hacerlo. Luego de regañarnos un poco, aceptó, y las mujeres pudieron bajar un ratito allí.

**Desde el Ongay y el Cacique Pelayo a la Facultad de Ciencias Económicas:  
“Ellas, hacen”**

El 14 de junio, al regresar a casa luego del taller, pensé en pedirle a Moira, la secretaria de extensión de la Facultad de Ciencias Económicas (FCE), que nos puedan acompañar y pagar algunos de los gastos para hacer la muestra. Hasta ese momento, todo lo que eran materiales y demás los conseguíamos donados o los poníamos con Niki, incluso las señoras traían para compartir. Simbólicamente me resultaba fuerte montar una exposición de lo hecho en el barrio y en la escuela Cacique en la FCE. Implicaba también darle un espacio a la economía popular en el seno de la economía más ortodoxa (siempre hay excepciones), y tenía sentido en cuanto propuesta de valorización del trabajo de las mujeres, en ese contexto específico, como otra manera de que puedan ser vistas. En lo personal se pusieron en juego varias cuestiones, a primera vista era un movimiento en un campo donde generar actividades de extensión genera valorización del trabajo, o capital simbólico, pero en el departamento de economía, no creo que rijan esas lógicas, era más bien poner en tensión lo que se esperaba que una “economista” hiciera.

Por otro lado, para las mujeres era estar en uno de los lugares donde se discutía sobre ellas, sobre sus haceres, sobre sus pensamientos, donde trabajaban esas personas que

circulaban en el barrio. Desde el momento en que le planteé a Moira la idea, quien además era la titular de la materia Fundamentos de Economía, donde yo era profesora adjunta en ese entonces, se sumó y puso a disposición sus contactos y la posibilidad de colaborar con los gastos que necesitaríamos, dentro de lo razonable<sup>87</sup>. Lo más relevante era poder conseguir movilidad para ambos grupos. Ella se encargó de eso, nosotras nos dedicamos desde agosto a compartir en el taller y pensar de a ratos la muestra.



Momento de encuentro en la facultad. Las mujeres de Fontana y de Corrientes sentadas en el patio de Ciencias Económicas.

Pasado un tiempo de los dos encuentros que fueron relativamente seguidos, no sabíamos bien como retomar la idea de la imagen, para la muestra de cierre en octubre (momento para el que habíamos conseguido movilidad). También estaba la posibilidad de participar en una feria, a mitad de septiembre. Dimos un par de vueltas con Niki ese 16 de agosto que abordamos estas cuestiones, hasta que me insistió en que arrancara. Les conté que la idea era retomar el trabajo de la imagen y que teníamos una propuesta para hacerles, la de participar en la feria de la escuela Cacique Pelayo. Esto último requería de la decisión de todas sobre si participar o no, y cómo hacerlo, la invitación era la de llevar algo para vender, aunque sea algo pequeño, pero hecho por ellas. Una de las chicas preguntó por el CEFI, para saber si eran dos cursos distintos los que estábamos haciendo. Era el mismo, pero que aparecería como segunda edición. Brenda contó que no le reconocerían en ANSES si se denominaba igual, por lo que le repetí que este aparecería con el agregado de segunda edición. Volvimos sobre el tema de la

---

<sup>87</sup> Pusieron la movilidad de los dos grupos, pagaron la comida del encuentro en la inauguración de la muestra, y la impresión de las fotografías. Lo otro, corrió por nuestra cuenta.

feria. Niki le preguntó a Graciela qué pensaba. Era una buena posibilidad para participar, y creía mejor estar en una mesa entre todas, había que tener la experiencia, había que probar, dijo Graciela.



Imágenes del montaje de la muestra.

Lo de la feria despertó muchas ganas, comenzaron a llevar viernes tras viernes cosas que preparaban para vender, como almohadones, termeras, cartucheras, monederos, y para hacerlo usaban lo que les proponíamos ese día, o bien lo que ya habíamos visto o recuperado. Gestionamos el transporte desde la facultad, pero no pudimos, justo el día de la feria en la cacique se hacía un evento de la UNNE en Corrientes que ocupaba todos los colectivos y tráfico que tenían. Cuando les conté esta noticia, faltaba una semana. Decidieron participar de todas maneras algunas, se cruzarían en colectivo hasta la plaza central de Resistencia, donde las buscaría junto con una amiga que me ayudaría a llevarlas hasta Fontana (a unos 7 kilómetros de allí). El día de la feria se produjo un paro general de colectivos (de larga y mediana distancia), por lo que decidieron quedarse, pues no tenían asegurado el regreso hasta sus casas.



Una vez que llegaron las tráfico que traían a las mujeres desde Fontana y desde Corrientes, armamos una mesa larga en el patio, como para poder asentarnos, compartir. La mayoría no había estado nunca en el predio de la Universidad, menos en Ciencias Económicas. Al rato que llegamos, se sumó Moira, la Secretaria de Extensión de la Facu, quien fue la que gestionó el transporte, y las cosas dulces que compartimos en ese espacio.

Faltaban tres semanas para la muestra, y el ánimo se resintió un poco con esta imposibilidad de participar en la feria. El 27 de septiembre, ante último saqué unas fotos del lugar donde nos dejarían hacer la muestra en la facultad, y del patio donde podríamos reunirnos. Niki estaba sorprendida, y quería compartirlo con las chicas, por lo que tomó mi teléfono y se los compartió para que vieran el espacio, les dijo: *“mirá que limpio... todo es...”*. Mientras, le relataba que habíamos pensado en pegar algunas fotos en ese espacio. Fidelina comentó que le gustaría que pudiéramos reunirnos en el patio. Niki no estaba muy convencida sobre ese lugar, así que les conté que en el verano la sombra del patio era abundante, pero que ahora habían podado los árboles, así que tendríamos que ver si hacía mucho calor el día de la muestra. Vanesa preguntó si para participar deberían tomar el colectivo Chaco-Corrientes. Rápido les respondí que no, que las irían a buscar en la combi de la UNNE. Al ratito llegó Josefa, quien había pasado a traernos unas tortas fritas, pero que no se podía quedar, porque una de sus hijas había ido a su casa a teñirle el pelo para ir a la facultad.

Cuando llegó el día de la muestra, algunas mujeres de Corrientes comenzaron a avisar que no podrían cruzarse, entre ellas Graciela. Griselda pidió para traerla a su hija, porque quería conocer la facultad de arquitectura, donde soñaba poder estudiar en algún momento. También Susana y Jérica fueron con sus hijos, Josefa y una de las señoras de Fontana llevaron a sus nietas.



Luego de tomar unos mates, hablar con Moira, donde ellas les contaron lo que habían hecho en el taller, mientras que la secretaria de extensión les contaba de la facultad, las invitó a recorrer las instalaciones. Las mujeres querían conocer el meteorito, que se encuentra en la facultad de Humanidades, al lado de la de Ciencias Económicas. Así que fuimos todas hasta allí. Una de las señoras de Fontana había fallecido un mes antes que pudiéramos hacer el cierre, y no pudo ir a conocer la facultad, pero era algo que quería. En la foto de abajo a la derecha la vemos a Analía y a su hermana. Nos emocionamos todas en ese momento.

Cuando llegaron estaban muy contentas, a pesar de que no dejaba de ser un lugar extraño, quienes pasaban las miraban, porque no parecían “pertener” a ese espacio. Cruzamos la muestra, nos detuvimos un instante, miraron, se encontraron en las fotos y en sus trabajos, pero querían preparar sus mates y sentarse. Así que fuimos al patio. Al rato llegó Moira con manteles para las mesas, que ya se encontraban llenas de carteras, mochilas, mates, y otros utensilios.

Moira se sentó con las mujeres, y comenzó a preguntarles sobre lo que habían hecho, cómo había sido la experiencia. Las mujeres les contaban del taller, de los encuentros previos, de lo que había pasado en cada uno de ellos. Trajo al ratito, con la ayuda del hijo de Jérica unas tortas de ricota, unas pastafrolas y chipá, junto con una jarra de café.

Luego de comer, mientras hablábamos de varias cosas, les preguntó si conocían la facultad. Ante la negativa, las invitó a recorrerla, mostrándole los salones más grandes (preparados para 320 personas aproximadamente), las salas de computación, el salón auditorio.

En el recorrido llegamos a la facultad de humanidades donde se encuentra un meteorito en el hall. Las mujeres qom desde que hablamos de la posibilidad de hacer el cierre en la facultad preguntaron por la posibilidad de conocerlo, de poder sacarse una foto allí. Una de ellas, había fallecido un mes después del encuentro en Corrientes, por una complicación por lupus. Por lo que llegar a ese espacio, condensaba un montón de deseos y de tristezas. Cuando sucedió fue un cimbronazo para todas, volvimos a la mesa del patio, a recomponernos.



En esta imagen se ve el momento de la inauguración de la muestra cuando toma la palabra una mujer de Fontana, y en la otra está hablando Ramona. Algunas mujeres llevaron artesanías y panes para vender, y abajo podemos ver a Santa, un poco aislada de todo lo que estaba sucediendo. La señora que llevó los panes, fue a vender varias veces luego de la muestra en ese espacio.

Originalmente, la idea era que tipo 18 horas con la presencia de la decana hagamos como una suerte de inauguración de la muestra, que quedaría montada durante una semana en la facultad. Ésta no pudo asistir, así que nos congregamos las que estábamos, vinieron algunxs estudiantes, a quienes habíamos invitado en las materias (pero sin mucha movilización, porque el espacio era chico, y lxs estudiantes muchxs<sup>88</sup>), docentes, el secretario de asuntos estudiantiles y la secretaria de extensión. La que tomó la palabra institucionalmente fue Moira, quien les agradeció la visita a las mujeres, les contó lo particularmente feliz que la ponía que se pudieran hacer este tipo de eventos

<sup>88</sup> Más de 1500 estudiantes tuvimos ese año en la materia de Fundamentos de Economía.

en esa facultad, y la relevancia de las tramas que se tejen entre el territorio y la universidad. Luego hablaron dos mujeres de Fontana, quienes agradecieron a la facultad, a Niki, a Analía y a mí por todo lo que habíamos organizado para los intercambios. Ramona tomó la palabra por las mujeres de Corrientes, y contó que para ella era muy importante lo que habíamos hecho, porque en el programa las obligaban a hacer cursos que muchas veces no tenían nada que ver con lo que a ellas les gustaba, o sabían, sin embargo, en este curso habían aprendido, habían disfrutado, además habían viajado. Estaba muy agradecida, a pesar de los nervios por hablar en público. El secretario de asuntos estudiantiles, el hijo de Diógenes González (encargado de implementar el Hacemos Futuro en Corrientes), estaba parado al lado de ella.



Momento antes de que las mujeres volvieran a sus hogares, las combis ya estaban esperándolas.

En noviembre nos volvimos a encontrar para entregarles los diplomas del taller, con el logo de la UNNE y devolverle sus cosas de la muestra. Fue como un día más del taller. Nos ubicamos en los lugares de siempre con nuestros mates, los tereré y quehaceres en torno a la mesa. La cocina estaba impecable, lo que me sorprendió. Las chicas me contaron que Jéssica estaba dando unos “talleres” con los/as niños/as del barrio, para lo que les sacaba las cajas de juguetes y les dejaba jugar libremente, para que experimentaran, cuando se sumó decía: “ellos tienen que desarrollar su imaginación”. Al ratito de sentarnos, llegaron Graciela, Griselda y Mónica, quien entró a los gritos, con

una sonrisa en la cara: ¿j“me extrañaron”? Estallamos en risas. Una de ellas dijo: “*me voy a mi lugar*”, lo que visibilizó que cada una tenía su espacio ya asignado, o apropiado. De a poco comencé a separar las fotos de los tejidos. Valentina (la hija de Graciela) me ayudaba a repartir las fotos en la que cada una aparecía, como para que la guardaran, sin hacer de eso algo rimbombante, era un presente, una imagen de ellas. Luego fui repartiendo los bordados que habían quedado en la muestra. Entre tereré y tereré, fuimos hablando de lo que andaban haciendo. Tenían muchas protestas por el curso de huerta, que lo hacían para completar las horas del programa, donde habían sido llevadas a una iglesia, para hacer la huerta. Griselda decía: “*ahora el cura come todo orgánico*”, en modo sarcástico. Mónica consideraba que tenía todas las horas, así que había dejado el curso. Otra de las mujeres le decía que no se confíe, que así dicen en ANSES, pero que después desarrollo social le va a pedir las 300 horas.

En eso, les pregunté cómo había sido la experiencia en la facultad, cómo se habían sentido. Griselda se había sentido muy bien, a su hija también le gustó la experiencia, se sintieron bienvenidas. Ella pensaba que iban a estar en el patio y nada más, pero que les gustó mucho la recorrida, lo atenta que fue la señora esa que las recibió y les trajo la comida (Moira), que era riquísima, además. Todas asintieron, y se incorporan Graciela y Mónica para decir que ellas se sintieron muy bien en esta capacitación (palabra usada por ellas), poder ir a otros lugares, conocerlas a las señoras de Fontana les pareció increíble, que les gustaba poder salir, fue algo muy diferente a lo que venían haciendo.

Susana interrumpió para decir que tenía que irse porque debía llevarlo a la maestra particular a Tomás (su hijo que siempre estaba con nosotras en el taller y había ido a la facultad). Tomás se rio, como expresando que nada que ver. Después de un momento, tomé los certificados con la firma de la rectora y comencé a entregárselos a cada una. Parecía un momento esperado, Graciela lo ponía en palabras: “*ahora tengo un certificado de la UNNE, ¡quédate quieta!*”.

Al finalizar, retomé la cuestión sobre lo que haríamos el año siguiente, ya que había sido una pregunta recurrente en los últimos encuentros. Quedamos en volver en marzo para charlar sobre qué podíamos hacer, y de qué tenían ganas ellas en ese momento. Pensábamos en algo que les permitiera acreditar horas con el CEFI, y que si no era yo sería alguien del CES. Nos pusimos a ver lo que había quedado de todo lo que nos donaron, para que cada una tomara lo que fuera a utilizar. Miraban los retazos, hablaban entre ellas sobre qué podrían hacer, qué imaginaban, cómo utilizarían la tela, lo consultaban a la otra. Susana que parecía tan apurada, se quedó y se puso a elegir junto con las otras. Niki en un momento le dijo, “*no te tenías que ir*”, se vuelve a reír Tomás y se van al ratito.

Nos saludamos entre todas con dos besos, y quedamos en vernos el año entrante, nos deseamos felices fiestas, y emprendimos la marcha. No volvimos a encontrarnos todas en el taller, la pandemia no lo permitió.

*“Ahora tengo un certificado de la UNNE, ¡quédate quieta!”*

El “estar ahí” etnográfico, se suele acompañar de la observación y de la participación, o de la observación participante. En este caso, para poder participar tuve que jugar con mi posición social (“investigadora”/“docente”), movilizar los recursos que disponía, desplazarme también del lugar más neutro que significa observar (en algunas conceptualizaciones). Este proceso de participar implicó dar lugar a otras miradas, a otras personas, a establecer las formas en las cuales esas miradas se componían con las propias, y dar cuenta de que lo que parece propio también tiene sus anclajes en las relaciones (teóricas, ideológicas, morales).

En este capítulo aparecen a menudo como interlocutoras Niki y Analía, con quienes construimos las propuestas, como encarnando el rol asignado de “capacitadoras” a partir de justificar el CEFI, pero también desplazándonos en la interacción con las mujeres para salirnos de ese mote, generando algunas instancias de chistes, otras de ir tomando registro de lo que les gustaba hacer, lo que no, proponiendo algunas instancias de diálogo. Incluso en el momento en que Graciela e Ramona me explican que no podrían ir a un encuentro, en parte me ponen en el rol de “capacitadora”, pero de inmediato también se colocan ellas como una suerte de ejemplo para sus compañeras, que no querían que se hicieran las vivas, de no ir porque no asistían ellas.

Por el lado de las mujeres, específicamente las de Corrientes, con quienes hice el trabajo de campo, sus prácticas aparecieron a lo largo de la tesis como pensadas hacia afuera de su persona, sean lxs hijxs, la familia en general, hasta lxs vecinxs, eso que se reflejaba en otro/a que pudiera reconocer el valor en lo que hacían, a partir del pedido, del reconocimiento, o de la idea de belleza (“lo lindo”). Con las actividades que propusimos en los tres entornos buscamos deliberadamente fue volver sus miradas hacia ellas mismas, hacia nosotras mismas, si bien llevábamos adelante la dinámica, no estábamos afuera del proceso. El mandato de la belleza se pudo poner en palabras cuando Graciela planteó que parecía un sapo en las imágenes, Mónica que no salía presentable, los estereotipos incorporados en ellas mismas sobre lo que deberían ser.

Esto se vincula con lo que retomábamos de Lacan (explicado en Graeber) sobre el estadio del espejo donde el/la niño/a se encuentra cara a cara consigo mismo/a lo que le da una imagen externa de sí misma. Esto parece estar vigente en el ser vistas, a partir de desplegar una acción, o generar una cosa, como un peluche, un bordado. Pero también cobra relevancia en lo que está hecho cuerpo, que lo convierte en algo deseable de ver o no, y cómo se va desarrollando esa mirada sobre sí mismas. Y tal como dice Lacan, el yo actuante y la unidad imaginaria no dejan de estar en oposición, no sólo en la infancia.

Es en este sentido que las mujeres de Corrientes también tienen la capacidad de mirar a otras mujeres, tanto como a ellas mismas, y esperar ser vistas en ciertos contextos. Las que integran la escuela son pensadas por algunas de las de Corrientes desde la discriminación que pueden haber sufrido por ser qom, incluso alcanzaron a preguntar si

hablaban castellano, cuando desde la posición de Fabián, la idea de reunir las era que pudieran compartir ya que tenían condiciones de vida y existencia semejantes. Son distintas posiciones, juzgando a otras personas agrupadas por considerarlas homogéneas, bajo la luz de algún criterio que en parte las vuelve semejante.

Al respecto, señala Elias (2016) que hay grupos más fuertes en términos de poder que otros, entre los cuales existe alguna forma de interdependencia, pero los primeros se consideran mejores en términos de humanidad. El autor se pregunta cómo es posible esta diferenciación y qué elementos son desplegados para imponer esa creencia como válida, para lo cual estudian una pequeña comunidad vecinal.

El grupo humano establecido atribuía a sus miembros características humanas superiores, excluía a todos los miembros del otro grupo de cualquier tipo de contacto social no laboral con sus miembros; el tabú de estos contactos se mantenía con vida a través de controles sociales como el chisme elogioso para quienes lo cumplían y la amenaza del chisme recriminatorio contra los supuestos infractores. (Elias, 2016, pág. 29)

Entre los grupos, los investigadores no encontraron diferencias en cuanto a las infraestructuras de las casas, sus condiciones sociales, de clase, de raza o de etnia, el contraste estaba en el momento de arribo al barrio. Este descubrimiento les permitió remarcar la importancia de comprender las figuraciones que permiten la organización, y no sólo los diferenciales en términos de objetos no humanos (armas o medios de producción). La estigmatización social suele ser discutida como una aversión pronunciada de manera individual, siendo clasificado como un prejuicio, lo que complejiza la diferenciación entre estigmatización grupal y prejuicios individuales. Para diferenciarlos este autor sugiere abordar la naturaleza de su interdependencia. *“La pieza central de esa configuración es un equilibrio desigual de poder y las tensiones que le son inherentes; también lo es la condición decisiva de cualquier estigmatización efectiva de un grupo marginado por parte de un grupo establecido”* (Elias, 2016, pág. 33).

Si bien durante la colonización de América quienes estaban establecidos eran los indígenas, la fuerza de quienes invadían y la coherencia que tuvieron en cuanto actuación a grandes rasgos, estableció una duradera diferenciación que se activa en la actualidad desde diferentes perspectivas, como en la aseveración de que pueden ser discriminados por ser parte del pueblo qom, tal como señalan diversos autores de la colonialidad (como Quintero, 2012; Quijano, 1997, quienes incluso hablan de la herida colonial). Pero volviendo al estudio que realizan Elias y Scott, sobre el que el primero escribe, la diferencia entre ambos grupos de vecinos estaba dada por la cohesión de sus miembros. Los establecidos se conformaban por viejos residentes del vecindario, y el otro por recién llegados (lo que recuerda la descripción inicial que hicimos desde el CES sobre el barrio). Los primeros habían desarrollado modos de vida comunes y un conjunto de reglas, con el fin de conservar lo que consideraban de gran valor, su identidad como grupo y la afirmación de su superioridad. Sostienen los autores que la complementariedad que se daba entre el carisma del grupo propio y la deshonra del

otro, proporciona pistas para comprender “la barrera emocional” contra el contacto cercano con los marginados que este tipo de configuración establece entre los establecidos.

Como sucede en otros casos, la lógica de las emociones es severa: la superioridad de poder se iguala al mérito humano, el mérito humano a la gracia de la naturaleza o de los dioses. La gratificación recibida a partir de nuestra porción del carisma grupal compensa el sacrificio personal de la gratificación en forma de sumisión a normas grupales. (Elias, 2016, pág. 37)

Ese pasaje de la superioridad de poder al mérito humano, es central para pensar desde el lugar en que parecen pensarse las mujeres. Se hace explícito cuando Jéssica habla de una señora de mayor calidad en el capítulo 5 (para quien ella trabajaba), que podría pensarse en términos de lo que establece una jerarquía superior a ella, los valores de esa señora son mejores que los de Jéssica, y ella los sigue por eso. La dinámica social de estos grupos relacionados entre sí como establecidos y marginados se determina por la manera de vincularse y no por las características de los grupos de manera independiente.

La cuestión entonces es cómo y por qué los seres humanos se perciben a sí mismos como pertenecientes a un grupo, y establecen una frontera respecto a otros seres humanos, a los que se denominan ellos. Además de los chismes y habladurías que funcionan en torno a “controlar” los grupos, también menciona la idea de la participación gratificante del valor humano superior del grupo, lo que conlleva a un aumento de amor y el respeto de un individuo, reafirmados por la aprobación constante del grupo, tanto como las restricciones propias que cada miembro se impone por las normas y estándares del grupo. Reconoce Elias que Freud efectuó un aporte fundamental para entender los procesos grupales donde se moldea la agencia, pero continuaba con una idea del individuo aislado. *“De acuerdo con esta visión, las personas parecían estar estructuradas, mientras que las sociedades formadas por personas interdependientes parecían contextos, «realidad» desestructurada, cuya dinámica en apariencia no influía en el ser humano individual”* (Elias, 2016, pág. 60).

Esta secuencia impecable del pensamiento de Norbert Elías, donde queda lugar para plantear la existencia del *homo apertus*, tiene resonancia con la idea del hombre plural de Lahire (2004), pero también con la persona partible de Strathern (2006), todos desarrollos desde tradiciones específicas, capaces de dialogar entre sí, pero que no alcanzaremos a abordar aquí. Sin embargo, sirve también para establecer un vínculo con la idea de pliegue que desarrolla Foucault (en la lectura que realiza Deleuze), en sus últimas clases, que dan cuenta de que eso que aparece como externo, o exterior, puede ser plegado al “interior” de una forma específica, que tiene que ver con las posibilidades de subjetivación. Cuestión que dejo planteada, para retomar en estudios posteriores, porque es la base para pensar cómo se van constituyendo estas formas de hacer en el barrio.

Todo el planteo del grupo y la persona retoma la pregunta sobre el porqué seguimos considerando dentro de las ciencias sociales, y en múltiples trabajos, la existencia de un individuo completo en sí mismo, cerrado, coherente, racional en todas sus acciones (capaz de ordenar sus preferencias y actuar en consecuencia a ellas). Para ahondar en esto voy a recurrir a Dumont, ya que señala dos tipos de sociologías, la que se centra en el individuo (individualismo metodológico), para estudiarlos luego en sociedad, y la que considera que el hombre (y la mujer) es un ser social, *“se presenta así como algo irreductible a toda composición el hecho global de la sociedad -no de “la sociedad” en abstracto sino, de tal o cual sociedad concreta particular, con sus instituciones y representaciones específicas”* (Dumont, 1987, pág. 16).

Mauss parte de la consideración de la diferencia, además entre las diferencias hay una que domina a las demás, la que separa al observador, como portador de ideas y valores modernos, de quienes son observados (Dumont, 1987). Si bien no considero que necesariamente sea así, resulta indispensable que quien observa ponga en juego sus ideas, sus valores, incluso su formación. *“En el terreno práctico o metodológico, Mauss nos enseña a mantener siempre una doble referencia. Referencia a la sociedad global por una parte y referencia comparativa recíproca entre lo observado y el observador por otra”* (Dumont, 1987, pág. 19). De esta manera, no sólo existe una diferenciación entre ellos y nosotros en el marco de los grupos sociales de determinados territorios, sino que también existe esta separación entre quien observa y quien es observadx.

Se hace hincapié en la diferencia, es decir, en la especificidad de cada caso; y entre las diferencias, se insiste en la existente entre «ellos» y «nosotros» y, por lo tanto, entre moderno y no moderno como algo epistemológicamente fundamental. Finalmente, dentro de cada cultura, se insiste en los niveles jerárquicos que presenta, es decir, en los valores como algo esencial a la diferencia y la comparación: todo ello es lógico. (Dumont, 1987, pág. 21).

En este sentido, sin entrar a pensar si hablamos de cultura o grupo, lo que tomaré es la diferenciación entre de personas diversas por distintas características, y como esas diferenciaciones se estabilizan en jerarquías, que resultan eternas, simplemente se sostienen en tanto y en cuanto se mantengan las diferenciaciones que las generan.

Las mujeres con quienes me vinculé durante el trabajo de campo, no representan a todo un grupo, o un sector económico, pero sí dan cuenta de la existencia de una lógica en relación a los grupos analíticos que podrían representar para una observadora externa. Las miré desde su pertenencia a los sectores populares. Semejante a la mirada de Fabián sobre la razón de generar encuentros, por la similitud. Sin dejar de comprender las semejanzas que se daban en sus experiencias, y en ciertos sentidos sobre lo que hacían, lo que quiero decir aquí, es que ellas, que no son mujeres cerradas sobre sí mismas, sino que están insertas en procesos sociales, con historias, trayectorias, pero también deseos, afectos, sentimientos, inconscientes. De esta forma, al comprender desde donde miran, cómo se miran a sí mismas, o como les cuesta hacerlo, permite

comprender el lugar en el que se encuentran socialmente, la información que decodifican de sus relaciones sociales, y las prácticas que condensan todo ese proceso. El ser madres, hermanas, tías, hijas, no puede ser disociado de sus prácticas, no sólo porque lxs hijxs son parte integrante de sus quehaceres, sus preocupaciones, sus miedos, y sus deseos, sino porque más de una vez son a partir de quienes se movilizan las prácticas. Más allá que desde cierto nivel de generalidad, algunos feminismos planteen que es una subordinación la maternidad, o una forma de sometimiento, esto no resulta así para ellas, y no considero para nada que sean personas que requieran ser liberadas, o que no saben lo que hacen o piensan. Traté de dar cuenta de las reflexiones que realizan, los análisis y cálculos que fueron desplegando, tanto como las acciones que emprenden en base a eso. Cuando se mira desde un lugar superior a otras personas, estamos detentando un rol de poder que no necesariamente es visibilizado, lo que termina funcionando como una operación patriarcal, en tanto capacidad de acción directa sobre el otro, tal como veíamos en el capítulo 7, que puede objetivar lo que responde a un prejuicio.

Estas relaciones familiares se manifestaban también en los encuentros, donde siempre estaban presentes como, hermanas, madres, abuelas, compartían allí con sus hijxs, nietxs. Pero esas relaciones no las definen como madres, abuelas, costureras o como mujeres libres, más que en el marco de esa relación que visibiliza/estabiliza/moviliza ese rol. NO es algo intrínseco como una cualidad.

#### “Ser vistas” para “hacerse conocidas”

En este capítulo seguí el desplazamiento que hicimos con las mujeres en distintos espacios, y cómo se fueron desarrollando los encuentros en torno a la cuestión de la imagen, movilizando el ser vistas que establecí como una categoría nativa para indagar en la valoración de las prácticas. Anteriormente el capítulo 5 y 7 abordé la relevancia que tenía para Jéssica particularmente el ser vista, pero que hacía sentido con lo que planteaban las mujeres, sobre su accionar. Además, aparecía como una forma de ser valoradas por una mirada externa, por un/a otro/a, que captaba las habilidades que permanecían ocultas, que no eran objetivadas a priori. En el capítulo anterior analizamos como la exigencia de las capacitaciones en parte puede ser entendida como una forma de reforzar esta ausencia de visibilidad, en tanto mujeres capaces de hacer determinadas actividades.

En lo relatado hasta acá, movilizamos estas percepciones para que las mujeres fueran vistas en otros territorios, como lo que pudo haber significado para cada una moverse desde Corrientes hasta Fontana, y viceversa, pero también para que puedan ser miradas en la FCE. No podemos saber de ante mano cuál será el efecto producido por este movimiento, porque al ser sujetas múltiplemente constituidas, cada una lo vivirá a su manera, pero sí en términos institucionales se generó otra forma de ser vistas en cuanto a cómo y qué hacen, retomando y revalorizando lo que habían aprendido en el hogar, en las vivencias y en sus trayectorias.

Finalmente, materializamos ese ser vistas para hacerse conocidas, en un certificado de la UNNE, ese “título”, que aparece como algo deseable para los hijxs, pero esquivos para ellas. En el capítulo siguiente volvemos sobre un encuentro en el taller donde trabajamos sobre la economía popular, donde busco poner de relieve la validez de las prácticas de poner el precio, y de venta de las que fueron dando cuenta a lo largo de la tesis, tanto como reflexionar desde ahí la teoría del valor.

## Capítulo 10 - Un desplazamiento de la economía: entre los saberes populares y el precio

El taller de experimentación textil era también un taller de economía popular, al menos en los papeles. Se proponía formalmente: contribuir a la recuperación y potenciación de conocimientos adquiridos por mujeres que integran la economía popular; como también explorar las posibilidades de acción creativa presentes en la economía popular desde la complejidad de lo social. El objeto del taller era combinar el hacer lo que les gustaba a las mujeres, la costura, pero que además les permitiera acreditar horas de capacitación frente al programa, desde la facultad lo podíamos hacer incorporando la cuestión de la economía popular.

La economía popular como la entiendo, no constituye un cuerpo de saber dogmático y reificante de las prácticas que la componen, sino que busca comprender los procesos que se generan en ciertos sectores sociales, que se denominan populares. Con eso en mente, y luego de un largo trayecto en el barrio, creí conveniente dar cuenta de lo que había estado haciendo todo este tiempo allí. Pensamos que una buena forma de hacerlo era continuar con las lógicas de los encuentros que teníamos en la cocina del CPC. Ya habíamos entendido que las capacitaciones tradicionales les resultaban aburridas, y no terminaban de entender qué era lo que querían lograr. Nada indica que en este caso el contenido haya sido más claro, pero fue dialogado y partió de las definiciones de ellas. Salí del manual de economía, en parte al menos, para situarme en las prácticas y explicar(les) desde allí cómo ellas sí sabían poner el precio a lo que hacían, porque ya lo habían hecho, y dotar a ese saber de valor.

En este último capítulo, describiré el encuentro que tuvimos el 30 de agosto del 2019 en el barrio donde hablamos explícitamente de economía, sobre lo que ellas pensaban, las ideas que tenían frente a ciertas palabras que usaban, pero que son conceptos disciplinares, las tensiones emergentes entre uno y otro sentido, tanto como la existencia de los saberes situados. Además, haré dialogar las nociones de ellas, las mías, con las de la teoría económica y la antropología del valor, desde un recorte variado, que me permite dar cuenta del desplazamiento que realicé en el campo, pero también en lo teórico, para comprender las prácticas de las mujeres.

### Un taller de economía popular en el barrio

El 30 de agosto fue la fecha del taller. Llegué cansada con el trajín del año, la dificultad de encontrar el problema de investigación de la tesis y los nervios por dar el taller. No sólo tenía la intuición de que este tipo de talleres no tienen efecto inmediato para las mujeres, sino también que podría resultarles aburrido. Pensaba que no tenía nada muy relevante para decir, y que no me resultaría fácil movilizar la participación. Por suerte no estaba sola, además de hablar de economía, Niki había preparado unos bastidores para continuar tejiendo ese día, junto con algunos lápices y papeles para dibujar en caso de que alguna tuviera ganas de hacerlo.

Al llegar estaban Fidelina, Tere, Vanesa, Josefa, Karina y Jérica sentadas en la cocina, hablando. Nos ubicamos. Al ratito llegó Brenda con su hija, y un poco después Vanesa con las bolsas de telas y retazos del taller que había guardado. Niki se sentó en la mesa con las chicas, momento en que Josefa desplegó su paño para la muestra en la facultad, contando la historia detrás de ese lienzo. Ella había nacido en una isla, en el medio del Paraná, y su infancia la llevaba a la canoa con la que cruzaban a Riachuelo<sup>89</sup>. Vivía poca gente en la isla, había una capilla, una salita y una escuela, todo lo que había sido graficado con telas de colores vivaces.



El paño de Josefa, muestra sus travesías en la canoa, y sus espacios de juegos. La foto fue tomada el 7 de octubre del 2019, en la muestra que hicieron las mujeres en la facultad de Ciencias Económicas de la UNNE.

Niki desplegó los bastidores sobre la mesa junto con algunos hilos, y comenzaron a probar qué podía hacer. Karina se disculpó por no llevar nada, y Niki le dijo que a veces lo más importante era poder tener un tiempo para ellas, que a veces llegábamos cansadas, algunas mujeres van al taller en la cacique como para descansar un rato de los hijos, que se van al jardín, le contaba. Sin embargo, en eso sacó un bordado que había hecho anteriormente, en la casa de una señora que bordaba, para quien trabajaba en Corrientes (limpiando su casa), y ella le había pedido que le enseñara. Trajo un lienzo, sus lanas y le pidió prestada una aguja a Niki, además de que le explicara cómo hacer, porque no recordaba. Era la primera vez que se ponía a bordar que teníamos registro. Siempre decía que no tiene tiempo, y la entendíamos. Su trabajo en ese momento consistía en limpiar una casa en Resistencia, por lo que todos los días se

---

<sup>89</sup> Una localidad de Corrientes, a 20 km aproximadamente de la capital.

cruzaba en el Chaco-Corrientes (el colectivo) hasta acá, justo ese día nos contaba que no había conseguido asiento, por lo que viajó parada. Doble cansancio. Con Niki comenzamos a bromear con que tendría que haberse hecho la descompuesta, o simular un embarazo le dije yo, para que le dieran el asiento. Se sumaron otras a las bromas.

Más tarde llegaron Graciela, Ramona y Mónica, quien llegó gritando que se le había roto la aguja de tejer que nos habían donado, y que no aguantaba más (estaba con un yeso por un accidente que había tenido con la moto). Ramona traía una cara de no saber dónde meterse, cansada de todo lo que hablaba Mónica. Se sentaron en la mesa, mientras le pedí al hijo de Jéssica y a la hija de Brenda si podían ver los dibujitos de la tablet en el pasillo, porque no entrábamos todas y había mucho barullo. En un momento Graciela dijo: ¡Ssshht! Como para que pare un poco el bullicio, porque se sumaba la verborragia malhumorada de Mónica. No se aguantaba ni ella con el yeso y el calor de esos días. Niki le sugirió que dibujara, le hicimos lugar y se entusiasmó, eso la tranquilizó. Sobre el final del encuentro, contó que ella tomaba pastillas como para dormir desde los 17 años, a raíz de algo semejante a un brote psicótico con su familia.

Ese día les pedí para grabar para tener registro de las palabras que usaban, les expliqué que sólo yo escucharía la grabación, y lo que discutíamos me serviría para pensar en la tesis, mencionando explícitamente el *“hacer algún aporte”*. Había pegado previamente unos afiches en blanco en la pared, y comencé a escribir algunas de las palabras que escuché en el barrio a lo largo del trabajo de campo.

La primera palabra que les pido que asocien libremente con las imágenes que se le venían a la mente fue vender. *“Vender un producto”, “(vender...) las cosas que hacemos”, “económico”, “ganar dinero”, “ingreso”*. Les digo que aparecía mucha escuela, ya que con el FINES habían participado de clases de emprendedurismo, incluso de algunos talleres que dictaba el municipio. En el medio: *“pásame el rosa”*, le decía Ramona a otra compañera para que le alcanzara un hilo para su bordado.

*“¿Qué se vende?”* Les pregunté y la primera respuesta fue productos, *“¿qué tipos de productos?”* Señaló Fidelina que no eran materia prima, sino otra cosa, pero no le salía la palabra. Josefa la ayudó, diciendo el producto textil que hacemos. Mónica, dijo: *“mi cuerpo”*, en tono gracioso y comenzamos a bromear con que en épocas de crisis todo valía. Fidelina se escandalizó, un poco en broma un poco de a de veras. Ramona le recordó a Mónica, que la estaba grabando, como para que se ubicara, pero también haciéndole una broma. Me prendí al tono, y les dije: *“en la facultad se va a escuchar lo que ustedes dicen”*. Entonces Mónica comienza a remedar a una persona que habla en la radio, diciendo: *“mandale un saludo a...”*. Todas estallamos en carcajadas.

Retomamos la charla sobre los productos, y Niki planteó que se vinculaba con lo que sabemos, lo que aprendimos. Entonces, paso a otra palabra que me pareció relevante en este trayecto, y les pregunto qué significa o con qué relacionan hacer. *“Hacer algo para vender”, “alguna producción”*. Les pregunté si todo lo que hacían era para ser vendido. *“No”*, fue la respuesta unánime. *“Puede ser para consumo de uno”*, dijo Mónica,

“usos propios”, agregó alguien. “Hacer el bien”, “hacer amistades”, “hacer las cosas de la casa todos los días”, “hacernos tiempo para ir a bailar”, le dijo Susana a Mónica, a modo de chicana por sus hazañas en los bailes. “Ese sale solo”, le respondió Graciela, quien también cada tanto iba al baile con su marido.

Les planteé la palabra producto, dependía del tipo de producto, dijeron. “Vestido, camiseta, short, buzo”, mencionó Graciela. Susana explicaba que dependía del área. Mónica preguntó si hablábamos de lo textil nomás. Les dije que no necesariamente, sino a las palabras que asociaban a esa, las imágenes, lo que les viniera a la mente. “Productos de limpieza”, “alimentos”, “comestibles”.

Con la palabra precio, “¿qué vinculan?”. “Variable”, “en precio, a las cosas que compra, a las cosas que producís”, “el precio de las cosas cambia todos los días”. “¿Ustedes venden algo?”. “Nuestro trabajo”. Cuando estaba en crisis contaba Vanesa que hacía chipacueritos, y vendía un montón. Mónica le preguntó por qué no hacía para traer al taller, Graciela le respondió: “vendo, nico te dice...”. “Y que venda acá”, le respondió. Entonces, el chipacuerito es un producto también. Vanesa, dijo: producto, ¿cómo vendría a ser eso? Otra agregó que Tere hacía facturas, también pan casero. Graciela agregó: “vino, cerveza”. Entonces les pregunté si vino iría en precio o en producto. En producto y precio, respondió Graciela. Mónica le pidió que definiera, como que no podría estar en los dos espacios, y remató: “el vino, ¡el vino me tomo yo, que producto!”. Estallaron las risas nuevamente, y Graciela le dijo, “¡vos tomás cerveza!”. A modo de reflexión descontextualizada, mencioné que el producto era pensado para afuera. Ramona y Mónica seguían hablando entre ellas, burlándose entre sí, cuando les pregunté si ellas pagaban algo, si había algo por lo que pagaran un precio. “Todo pagamos”, “todos pagamos”, señaló otra. “El IVA”<sup>90</sup>, dijo Susana. “El alquiler”, “la luz”, “el agua”, “el cable”, “los impuestos”, “el teléfono”, “mis cigarrillos”, “los comestibles”, “el sepelio”. Mónica recordó aliviada tenía pagado el sepelio cuando casi se muere en el accidente. “Hasta cuando morís tenés que pagar”.

En eso, Graciela e Ramona veían como incorporar un bolsillo a lo que hacía esta última. Les pregunté por el tiempo, qué se vinculaba con esa palabra. “Tiempo es todo”, dijo Fidelina. Lo que “no tenemos”, agregó Vanesa. Ramona le preguntó a Graciela por qué quedaba más rojo que el otro. Susana: “Las horas del día”. Mónica: “a mí me falta tiempo a la noche”. Para Vanesa el día era muy corto. “Quiero dormir”, “quiero trabajar”, eran cosas que decían querer hacer cuando tuvieran tiempo. Susana contaba que los domingos quería quedarse un rato más en la cama, pero se le abrían solos los ojos bien temprano. A Fidelina le pasaba lo mismo. “Yo digo que todos los otros duermen... y yo doy vueltas en mi casa”. Niki: “como que falta tiempo eh... ¿no? siento que falta tiempo... siempre falta”. Mónica la increpa diciendo que faltaba tiempo para coser el corpiño, haciéndole una broma, ya que Niki estaba bordando un corpiño negro de encaje con la

---

<sup>90</sup> IVA = Impuesto al Valor Agregado, que en Argentina graba a todos los productos y servicios transados en el mercado, en general con una alícuota del 21%. Es uno de los impuestos más regresivos del país.

frase: *"llamame más temprano bebé"* en hilo rojo y aún no lo había terminado. Otra vez, las carcajadas.

Retomamos al rato con la reflexión sobre las frases que habían dicho en otros momentos, que había llevado impresa, entonces las leía, las pegaba en el afiche, e iba escribiendo lo que decían. Fidelina me preguntó si eran del barrio o de lo que ellas habían dicho en el grupo del taller. Le respondí un poco indirectamente que era de otras mujeres, de los grupos que se fueron armando, de las conversaciones que mantuvimos en distintos momentos. Les pedí que me explicaran el significado que le daban ellas a lo que mencionaba. La primera, que titula la tesis: *"a mí me gusta hacer, pero no vender"*. Fidelina apuró la explicación de que le gusta hacer a esa persona facturas, por ejemplo, pero no salir a vender. Graciela, lo entendió como que mezquinaba su trabajo, en el sentido de que otras personas no le darían el valor que ella le da, por eso no quiere vender. Ella había hecho un vestidito, le preguntaban cuanto salía, pero, interviene Niki: *"querés conservarlo"*, Graciela afirmó repitiendo la misma palabra, y agregó que les dice cualquier disparate de precio, para tenerlo siempre ahí. Niki dijo que a muchas mujeres le pasa lo mismo. De atrás de la cocina, irrumpe Mónica para dar cuenta que a ella le había pasado lo mismo, con las colchas a crochet que teje, que a ella le preguntaban porque no hacía para vender, y la respuesta que había dado es que eso era para ella, que no iban a dar lo que ella pediría, que eso le costaba hacer. Niki agregó que había mucha gente que no valoraba, parecía. Josefa afirmó: *"hay gente que no valora... a mí me pasa lo mismo"*.

Jésica, quien había dicho esa frase en el primer encuentro de ArteSano, volvía a reiterar que le costaba desprenderse de lo que hacía. ¡Eso! Grita Graciela, como si hubieran dicho una palabra que se le había extraviado: ¡Ahí está! Agregó: *"le cuesta desprender"*. Jésica retomó su explicación, diciendo que ella sabía lo que había hecho, y que no podría encontrar en otro lado algo igual a eso. Susana agregó que el tiempo que les tomaba hacer tampoco sería entendido. Antes hablamos del tiempo que no tenían en su percepción, entonces, ese tiempo que no tienen está enredado con eso que hacen.

Les pregunté si las personas a veces se les acercaban a decirles que vendieran lo que hacían. Susana inmediatamente explicó que tenía que ver con lo lindo de lo realizado. Graciela: *"porque es un producto vendible, que a la gente le va a gustar"*. Susana contó que a veces le daba miedo hacer algo y que no le quisieran pagar lo que valía. *"No, muy caro es.... está lindo, pero muy caro... pero y el tiempo que vos..."*, graficaba Susana su argumento. *"La dedicación"*, incorporó Graciela. Jésica había vendido algo, y después sus allegadxs le decían que lo dejó muy barato. Mónica había hecho una colcha a crochet y la ofrecía a \$500, alguien le dijo que eso mismo estaba \$2000. Graciela: *"sí, eso que vos hacés son carísimo..."*. No sabía, explicó Mónica. Niki explicó que casi nadie teje a crochet porque es mucho trabajo, y *"nadie te va a querer comprar"*, señalaron varias. Graciela explicó que cuando era artesanal el trabajo, demandaba mucho tiempo, y la gente *"remoloneaba"*, que quizás había personas que valoraban, pero que no les

alcanzaba la plata para pagar. En algunas oportunidades le reconocían que valía el trabajo, pero que no les alcanzaba.

Otra frase que llevé a la discusión fue: *"no estudié en ningún lado, me gusta y me pongo a hacer"*. Mónica relacionaba que la persona había aprendido con sólo mirar. Jélica lo pensó por el lado de tener un título, un certificado, porque *"si vos querés dar... clases, o si querés enseñar... tenes que... para..."*. Mónica añadió: *"para trabajar en algún lado también necesitas un certificado"*. Ramona explicó que no hacía falta tener un título para saber muchas cosas. Susana sabía hacer algunas cosas y las que quería hacer, pero no sabía, entraba a YouTube bajaba el video, y así iba aprendiendo. Graciela sentenció que en los lugares cuando no tenes un título, no las llamaban. Fidelina lo relaciona con poder tener algo más.

Les pregunté entonces, si el título tenía alguna relación con un sueldo, y qué diferencia encontraban con lo que ellas cobraban del Hacemos Futuro. Jélica: *"el sueldo es seguro", "cumplís siempre"*. En cambio, el Ellas Hacen (Hacemos Futuro) es un plan, explicó Susana, no sabían cuándo se les iba a cortar. En cambio, un sueldo nadie te puede sacar, reflexionaba Fidelina, como que una lo ganó con su esfuerzo. Mientras que los planes son temporales: *"yo doy gracias mientras tengo, porque me ayuda, pero siempre hay que aspirar a más... llegar a... por ahí no vivir de planes, sino tener tu propio sueldo... por el título, por ejemplo..."*. Detalló luego que ellas tienen el plan, pero les pedían muchos requisitos, que les llevaba tiempo también, porque les costaba conseguirlos.

Pregunté por la diferencia entre que alguien las contratara y tener un taller como el de Graciela e Ramona. Susana dijo que quien vende también cumple con un horario, *"porque si no producís, no tenés producto"*. Graciela explicaba que, si no se esforzaban ellas, si no cumplían un horario, si no hacían su trabajo, no tenían nada fijo. Pero ellas decían que el taller era su trabajo, y cumplían 4 horas a la mañana y 4 a la tarde, como un trabajo fijo. Cuando, por ejemplo, les pidieron las camisetas para un día específico, y no terminaban, al otro día iban más temprano para cumplir, lo que hacía que a veces fallaran en otras cosas. Fide agregó: *"claro, porque eso ya es "su" trabajo"*. *"Tenemos que llegar a término"*, nos contaba Graciela que le decía anteriormente a Ramona, a veces le caían los cursos esos, pero el trabajo de ellas es el taller, se transformó en una obligación que les permite entregar los trabajos a tiempo. En palabras de Graciela: *"Fijate vos que nosotros estamos a la mañana, de 8:30 a 12, 12:30 y cuando hay mucho trabajo, hasta las una está ella... ella, porque yo me voy y mientras cocino, y arreglo mi casa, mi cama, que se yo... y ella sigue... y después viene otra vez a las 3, y se va tipo 6, 6 y media, y si hay mucho trabajo... ya hasta oscuro también... hasta las 7 también... ¿viste? si yo le digo a ella a veces, más vale vamos a dejar nomas ya, porque ya es oscuro... y nuestra vista también viste que es..."*

Josefa añadió que les cansaba también trabajar tanto. Cuando a veces no les alcanza el tiempo trabajan los sábados, contaba Graciela. Niki se levantó y cerró la ventana que

daba a la cancha de fútbol, porque no podíamos hablar de la cantidad de ruidos que retumbaban en la cocina.

Otra frase, que venía a colación de lo que hablábamos, fue: *"a veces estoy siete horas frente a la máquina, quién me paga si no le pongo precio a mi trabajo"*. Graciela lanzó una carcajada, porque se reconoció como autora. Ramona explicó que a veces la gente creía que, porque alguien sabía en un rato le podría solucionar, varias veces le habían respondido que era *"una pavada"*. Se preguntaba porque no lo hacían ellos, si era una pavada realmente. Añadió: *"pero ellos te juzgan como que vos en un ratito hacés... y si porque, uno porque vos sabés... y otro, pero... eh... ¿cómo es? haces porque sabés, hacés rápido... pero te cuesta también sentarte ahí a dedicarle ese tiempo..."*. Mientras Ramona hablaba, buscábamos un sacapuntas para que Mónica pudiera continuar dibujando.

Les leí la frase: *"siempre me destaco en algo"*. Graciela señaló que se refería a algo que le gustaba hacer a quien lo dijo. Algo que te sale mejor, añadió Ramona. Graciela contó que lo de ella era la costura, otra dijo que la cocina. Graciela se estaba *"errando"* con su hijo a causa de las horas que pasaba cosiendo. Fide le preguntó si le decía que dejara de coser un poco, para que hiciera tal cosa. No le decía, pero le ponía caras. Ese día Graciela había querido ayudarlo mientras pasó por la cocina, puso en la olla el morrón y condimentó el guiso que había comenzado a preparar él. Entonces, se enojó y le dijo que tendría que haber cocinado ella nomas, si estaría metiéndose todo el tiempo. Y ahí se pelearon, explicaba, pero que después se amigaron. Josefa pensó que estaba de *"diez puntos"* que le ayudara a cocinar, porque a otras personas tenían que rogarle que las ayudaran. Graciela contaba que Nahuel limpiaba, cocinaba, hacía los mandados, pero sólo que ese día la había sacado de quicios.

Volviendo sobre el tema, les pregunté si había algo en lo que sintieran que se desenvolvían bien, algo que les gustara hacer, de lo que disfrutaran. *"A mí me gustan las manualidades"*, se apuró Ramona a compartir, trataba de hacerlas lo mejor posible, y tenía muchos admiradores de su trabajo confesaba, entre ellos su hermano. Jésica explicaba que eso pasaba cuando alguien les decía que hermoso eso que hacía, como que le daba más ganas. Graciela, completaba señalando que les daban ganas de seguir haciendo. Josefa intervino para agregar que le daba satisfacción. En cambio, cuando aparecía alguien a quien no le gustaba lo que habían hecho, planteaban que les tiraba abajo. Josefa graficaba que habían pasado horas haciendo algo, y Graciela completaba diciendo que a veces está perfecto todo, pero una costurita quedó mal, y ya fallaste. Ya te señalan la falla.

Por último, compartí la frase: *"entre que tengo ese tiempo, tejo, bordo, cuando somos mamás hacemos mil cosas"*. Claro, se apuró Graciela en decir. *"Eso es cierto"*, *"es nuestra vida"*, *"pero a veces te vas al baño, estás haciendo tus necesidades, y se va tu nenita ahí en el baño, y vos ya le sacas una teta, y nico ya le das..."*. Otra explicaba que mientras cocinaba, hacía la cama, y barría la cocina mientras tanto. A veces, estaban

cosiendo, mientras preparaban la comida, y se les quemaba un poco, o le errabas en la costura, y de pronto tenías que dejar lo que estabas haciendo para atenderle a un hijo. A modo de cierre, dije que en muchos de los talleres que habían tenido les habían planteado lo que era producir, pero que en lo cotidiano ellas también estaban produciendo un montón de actividades, de situaciones. Ellas eras quienes cuidaban a los hijos, las que mantenían el orden, incluso a veces habían tenido que limpiar en otras casas para que esas otras personas pudieran trabajar. En el taller, estábamos cosiendo, que es una forma de trabajar, no es fija, como habíamos hablamos varias veces, pero no deja de serlo, por más que no sea visible.

Les pregunté entonces, por sus compañeros, sus maridos, y sus actividades. Mónica se apuró a decir que ella no tenía nada, como sufriendo, a lo que todas arremetimos con una carcajada. Josefa contó que su marido era municipal, pero que en la casa cuando estaba él hacía de todo, cocinaba, barría, limpiaba, incluso lavaba los platos y todo. Jéssica contaba que su marido también era así. Otra contó que el suyo no sabía ni hervir agua. Mónica recordó que el suyo no podía ni cambiar el foquito de la luz (*“era un boludo importante”*, textuales palabras). Fide consideraba que el suyo tampoco hacía nada, antes y ahora que estaba enfermo menos hacía, *“él es como un hijo más que tengo”*.

Graciela reflexionó que algunos maridos eran panchos. Fide completaba explicando que ella hacía todo, Mónica lo explicaba diciendo que algunos no sabían. Ramona, por su parte, había llegado a la conclusión de que él se había puesto pancho, porque en su casa cuando se tapaba la cañería, ella lo resolvía porque él no estaba; se terminaba el gas, ella lo compraba, incluso las cosas de electricidad las hacía ella. *“Él hace muchas cosas, ¿viste?, pero parece como que ahora se achanchó... porque yo ya evolucioné mucho ya...”* concluyó Ramona sonriendo. Tal como señaló Schiavoni, para el caso de las mujeres de la agricultura familiar que habían comenzado a generar sus ingresos a partir de las ferias, lo que amenazaba su relación con los hombres: “las mujeres describen su participación en las acciones de desarrollo empleando el rótulo de “viuda” para hacer referencia a su presencia en lugares públicos sin compañía del marido” (Schiavoni, 2014, pág. 346).

Jéssica lo relacionaba con sus hijos, quienes no querían aprender, y la mamá de ella le decía que tenía que enseñarles a hacer, porque si no van a ser panchos cuando sean grandes, y en vez de una mujer, van a querer tener una empleada. Asentó Fidelina. Mónica contaba que su hijo ni clavar un clavito podía, pero que había logrado que lavara su calzoncillo en el baño. Susana una vez se sorprendió de verlo a Kevin, quien estaba cerca de nosotras, lavando su ropa. Le preguntó qué le había pasado. Ella sospechaba que algo había hecho. Sin embargo, era porque no quería que le revisara sus cosas, y prefería lavar su ropa. Josefa exclamó en su tono medido, acompasado: *“algo está cambiando”*.

Luego de un silencio poblado de intercambios situados, retomé la palabra para decir que también lo que intentaba la economía popular era discutir qué es un trabajo. Porque

eso que estábamos haciendo como mujeres en los barrios, también era trabajo, pero tenía otra forma, que no era tan valorada como el trabajo en relación de dependencia para la sociedad, por lo que necesitaba ser reconocido. Reconocido dónde, me preguntó Mónica. Les respondí que creía que debía reconocerse en muchos sentidos. La Central de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP) por ejemplo, se planteaba que los y las trabajadorxs de la economía popular necesitaban tener garantizada una jubilación, una obra social, porque eso que hacían también contribuía a la construcción de una sociedad.

También creía que quedaba bacante la discusión por el tema del precio, de cómo se establecen. Intervino Fidelina explicando que estos trabajos (por los tejidos y bordados) llevaban tiempo, y eran trabajos lindos que valían. Jélica explicaba que: *“a veces vos decís bueno... te pones a pensar, pero no sabés si eso te van a pagar, porque a vos te llevó tiempo, todo... vos... querés poner ese valor ahí.... pero él... la gente no, no....”*. Agregó Mónica que les decían que era muy caro. Les planteé que varias veces habían dicho que no sabían ponerle precio a lo que hacían, pero que yo creía que sí sabían, porque lo habían estado haciendo, con inseguridad, con miedo, pero que en general habían definido un precio, y lo habían cobrado.

La teoría más clásica establecía que el precio se pone en base a los costos, pero como ustedes saben, les decía, también depende de la cara del cliente, del lugar donde están vendiendo, que eso ellas lo habían aprendido participando de las ferias. Esto resume un poco lo que venimos haciendo en el taller, les decía, no venimos a plantearles lo que tienen que hacer, o cómo poner el precio, sino de analizar las estrategias que desarrollaron hasta ahora, para dar cuenta de que ustedes ya saben. Lo mismo pasa con el precio del trabajo, no hay una única forma de ponerle un precio. En las cooperativas en general se dice que se tiene que pagar a todos los integrantes lo mismo, o al menos era la idea que se bajaba desde la antigua versión del programa Ellas Hacen, con el tema de la organización cooperativa del trabajo, pero como fuimos hablando aparecen problemas, porque no todxs trabajan la misma cantidad de horas, no todas tienen la misma habilidad, entonces eso de que hay que pagar a todos por igual es bastante relativo porque capaz que el trabajo de todos no vale lo mismo. Jélica complementó señalando que *“siempre hay uno que trabaja más que el otro”*. Ramona: *“bueno, eso nosotros decíamos, ponele... en, en horas trabajábamos igual, pero en producción, por ejemplo, nosotros hacíamos más, e íbamos a cobrar lo mismo... por eso yo me iba a ... eso le planteaba yo a una chica que decía... que nos daba la charla nomás te digo... pero y cómo... si una hace más, en una hora, y vos le vas a pagar a uno, en una hora, y ponele que te haga un, por así decirlo un conjunto, por exagerar, y yo hago tres en una hora... aparte los costos, sí...”*.

El problema que planteaba Ramona era que ellas al decirles esto quedaban mal con sus compañeras de la cooperativa, porque tendría que ser parejo el trabajo. Les planteé que eso dependía de la negociación que se hiciera hacia dentro de la cooperativa,

asumiendo que nadie había sido forzada a participar, y que eso estabilizaría por un tiempo el problema. En ese momento, no contesté con la experiencia práctica del barrio, sino con los manuales heterodoxos y la lectura libre que hice de ellos.

Graciela, entonces intervino para decir, que ella entonces podría elegir cómo pagar, por ejemplo, desde su punto de vista, pagar por hora pero que no todas trabajaban de la misma manera. Mi pregunta, habiendo leído a Foucault (escribía la primera parte de la tesis en ese entonces), era quién contabilizaba las horas, que ese era el problema también. Exactamente, me respondió Graciela, y pasó a explicar, nosotras en una hora podemos producir 10 remeras, pero ellas producen 3 nomas. O sea, en su esquema trabajaban la misma cantidad de horas, pero no producían lo mismo.

Trayendo un manual de la historia de las cooperativas, y la idea incorporada del trabajo homogéneo y estandarizado en las fábricas, donde cada actividad implicara más o menos la misma cantidad de trabajo. Lo que pasó en la cooperativa de ustedes está bueno, les dije, y las invité a que contaran a sus compañeras cómo habían resuelto la cuestión. Graciela le dijo a Ramona que cuente. Ramona explicó que habían pagar acordado por hora, pero que le plantearon a la técnica que no era justo. Ahora, decía ella, *“remoloneamos más”, “hacemos como nos...”* a lo que interrumpió Graciela diciendo que era por hora. Pero que ella tenía que estar arriba de la chica, diciéndole que le *“meta pata”* (que se apure, y dedique a trabajar), que deje el cigarrillo, que afloje con la charla, *“de paso te... conseguís una enemiga más”*. Fide se sonrió. Retomó Ramona la palabra, diciendo que la contadora le decía que la distribución la hicieran por hora, porque era ella la que las capacitó.

Les planteé que era injusto, y Susana agregó que por eso se había disuelto muchas cooperativas, porque todos querían ganar la misma plata, pero no todos hacían la misma cantidad de cosas. A quien trabajaba más no le gustaba, señaló. Fidelina le preguntó cuántas eran en la cooperativa. Nosotras dos quedamos, respondió Graciela, y vamos a media con lo que ganamos. Ramona contó que dejaban unos \$300 o \$350 para la cooperativa, para comprar los hilos, las agujas que se rompían, o que se gastan, señaló Graciela. Para las máquinas, les agregué. Ramona amplió: el cambio de aceite, *“todo es caro”*. *“Pero después vamos a medias, porque tratamos de equilibrar”*. Fidelina expresó: *“que sea equitativo”*. Ramona explicaba que ni ella le daba todo a Graciela, ni viceversa, encontraron un punto de equilibrio.

Graciela contaba que en un principio cuando trataba de solucionar el tema de que las chicas fueran a coser, no era que ella no quisiera que fueran, que trataba de darles todo el tiempo, incluso había hecho turnos, a la mañana y a la tarde, para las que trabajaban a la mañana. Pero después le decían que no podían, le cambiaban en el momento. *“Parecía como que querían manejar mis horarios”*, explicaba. Ella tenía una vida también, hijos, una casa. Entonces, les dijo que no la iban a manejar, y ahí comenzaron a no ir tanto, *“como que se abrió un poco”*. Le decía a la presidenta Olga, que *“más vale pájaro en mano que cien volando”*, porque eran muchas, *“no podíamos salir adelante”*,

las chicas que quisieran coser ella le enseñaría, pero no quería renegar más con las otras.

Estaban analizando en ese momento, incorporar a alguien para que trabajara con ellas. El principio de la historia que contaba se había dado entre 2016, 2017, ya desde el 2018 ellas estaban trabajando las dos con los pedidos de Gustavo. En sus palabras: *“El que viene y quiere coser ya tiene que saber, yo no le puedo estar enseñando, porque nosotros estamos trabajando, y no puedo dejar mi trabajo para enseñarle a coser. Yo le decía a ella necesitamos alguna que agarre overlock, pero no es solamente overlock, que agarre collareta y recta también, porque suponte vos que ella no puede venir, y viene la otra chica, y sabe agarrar una máquina nomas, y la otra no entonces, entonces tiene, que ser ya... práctica”*.



Ramona bordando en la cocina del CPC.

Retomando esto que contaban Graciela e Ramona, les dije que una de las formas que se usaba para definir el precio es calcular cuánto tiempo lleva hacer cada tipo de ropa, pero qué existía una distancia entre hacer una prenda tipo estandarizada y lo que estábamos haciendo acá de incorporarle nuestra creatividad. La cuestión entonces era qué pasaba cuando lo que hacemos no es siempre lo mismo, no tiene la misma calidad. Una vez, contó Graciela, una persona le pidió que hiciera un sombrero. *“Un sombrero nomás es”* le dijeron. Pero ella nunca había hecho uno y calculó que en dos horas más o menos lo sacaría. Pero no. Un dolor de cabeza le generó el sombrero. Después de

eso se puso “chuza” y cobró \$150 de mano de obra. Pero a veces esto es más difícil con la gente muy cercana. Por ejemplo, una compañera de la cooperativa tenía que hacer una chaquetilla, Graciela le dijo que le ayudaría a cortar, pero que no podría hacer todo porque estaban con mucho trabajo. Lo contó como una suerte de obligación, un sentimiento de deuda. Le explicó que haría a la noche a pesar del color oscuro de la tela. Se detuvo, y les mostró a quienes seguían su relato el color tocando una tela semejante. *“Hasta las 10 y media me quedé”*, contó a sus compañeras, en parte quejándose de que tuvo que salir pagando de su bolsillo. Ramona le había preguntado cuánto le había quedado. Habían acordado un tiempo antes el precio, pero tardó mucho más en traer la tela, para cuando lo hizo ya había aumentado todo. Graciela sintió ganas de llorar al decirle que tenía que cobrarle \$50 más, pero se agradecía luego, porque si no iba a pagar más de la cuenta de su bolsillo.

Ana, interrumpió en tono jocosos el diálogo para preguntarle si por eso era que ella no le quería coser su pollera, no tenía problemas en pagar, le explicaba, y todas nos reíamos. Graciela dijo, *“¡ella me rompe las bolas!”*. Mónica replicó: *“¡es que tengo que usar mi poyyyera!”*, forzando la voz, distendiendo el clima. Retomó la palabra Graciela para continuar contando su pena. Se alegraba de haber hecho ella misma el bias, porque si hubiera tenido que comprarlo, serían otros \$350 o \$400 de costo. Niki afirmó que si compraban por metro era más caro aún. Una de las chicas señaló que le convenía comprar el rollo nomas. *“Tuve que pagar che”*, concluyó Graciela el tema. Ramona agregó, pero ella te ayudó, cortó, en tono sarcástico.

Mónica había terminado su dibujo, pero no sabía para qué lo había hecho. Graciela le dijo que lo pegáramos en la cocina. Ramona marcó que la había relajado, que le hizo bien. Mónica le reclamó a Niki que le había mandado a hacer un dibujo que nada que ver, pero que había hecho una palmerita. Susana observó que hasta las ganas de rascarse se había sacado. Mónica arremetió con una humorada, *“si me hizo hacer una palmerita... imagínate que quiero estar en la primavera en la playa...”*. Fide agregó que era como un test psicológico.

Niki tomó la palabra *“pensaba yo en esto de los tiempos, en lo que hacemos, en lo que sabemos hacer, en lo que nos parece que hacemos lo que nos dicen que hacemos bien... lo que decían mucho que no tenemos tiempo... entre que ser mamá... que por ahí tenemos alguno que nos ayuda... que tienen la suerte que en la casa les ayudan, o que... cuando logran tener su espacio, de decir bueno este espacio es para mí, me siento no sé, digo... a tomar mate, y dibujar un rato, tejer, digo... lo pueden hacer... ¿logran ese momento?”*

Josefa contestó que por ahí descansaban un poco. Graciela explicaba que ella quería descansar, no levantarse de la cama, sentarse un rato. En su casa dejaba todo (lo de la casa), y se sentaba a coser, si sale y se sienta un rato afuera, cuando vuelve a la máquina de coser, siente que no se relajó, le parece que falta una pausa, salir a dar vueltas, bañarse. Todas intervenimos para decir lo mismo, como que parece no parar la

exigencia, que nos sentíamos cansadas. Graciela corrigió su intervención anterior, explicando que cuando se sentaba en la máquina era cuando se relajaba. Niki, tomó eso, y les volvió a preguntar si cuando agarraban la aguja no sentían que se relajaban, si les hacía bien, si les pasaba eso con los hilos, o cuando cocinaban.

Mónica explicó que le pasaba con la cocina, a Fide también. Sobre todo, cuando se hacían el tiempo. A Mónica le gustaba limpiar también, entonces movía todo en su casa, limpiaba, y quedaba al día, explicaba. *“Como que se ordena”*, dije, y Niki completó, *“se ordena todo”*. Y continuó expresando que le gustaban estos espacios, de juntarnos, que los aprovechaba mucho, se iba feliz. Fide agregó: *“de compartir las experiencias”*. Susana contó que la única salida que tenía era el estar ahí. Mónica sorprendida le preguntó: *“¿Por qué mi hija?!”*. La rutina de Susana era de su casa al trabajo, de ahí a la escuela, y vuelta a la casa. Los sábados el marido la invitaba a salir, pero ella una vez que agarraba la cama, no quería salir. Mónica, en contrapunto, decía que ella necesitaba *“mover las patas”*, salir a bailar. Ella baila, va *“le saco el culo a la entrada... porque yo pago entrada...”*. Niki sonriendo le dice, claro, como que estás ahí.

Retomé luego para decirles que no había mucho secreto para encontrarle la vuelta y vender lo que hacemos, y que en eso estaba puesto algo de nuestro disfrute, del gozo. *“Nuestro momento”*, señaló Niki. Es nuestro momento, re-afirmo, y eso quizás sirve para no tener miedo a cobrar lo que creen que vale lo que hicieron. Quizás no vendan en el primer intento, pero era el tiempo de probar, era lo que venían haciendo, no existen recetas únicas para eso, no hay una única forma de hacerlo bien. Parece como un espacio potente el encontrarse con la otra, porque no hay un manual, no hay alguien que sepa más que ustedes que son las que están haciendo, ustedes saben cuánto vale su trabajo, y ese valor, incluso a pesar de que lo puedan vender, nadie va a poder pagar lo que ustedes hacen, porque su tiempo vital está puesto ahí, en ese producto. *“¡Escucha Ramona!”*, dijo Graciela. Continué diciendo que la entendía a Ramona, porque yo pienso de la misma forma, de tratar de encontrar una forma exacta, eso era lo que había comenzado a investigar.

Agregaba Graciela: *“Ramona cuando viene alguien le digo, ahí tenés para poner el cierre, le digo yo, ahí tenés para hacer el ruedo Ramona... eeemmm... mmmmm... si yo no le digo yo, bueno si, me dice ella”*. Ramona agregó: *“yo no sé ponerle el precio...”*, *“a mí me da pena ya hacer, para qué le voy a cobrar tanto...”*. Graciela continuaba contando que cuando alguien pregunta cuánto era, ya sabe que Ramona va a dar vueltas, se va a ir la chica, y aún no le habría dicho un precio, *“entonces yo agarro y le digo tanto es... y chau pinocho... porque yo más o menos ya sé...”*. Nos reímos por la frase: *“chau pinocho”*.

Les planteé luego que estaba bueno valorar las cosas que nos gustaban, por más que a veces se siente la presión poder aflojarnos nosotras, que no hacía falta que fuera perfecto, que sean todas iguales, sino que cada una disfrute ese momento, quizás eso simplificaba en algún momento poder decir *“este es mi trabajo, yo valoro, y vos sabes*

*que vale tanto... si no te gusta... vaya a buscar otro trabajo*”, a lo sumo que estemos apuradas con el dinero y sepamos el valor de nuestro trabajo, pero necesitemos venderlo.

Entre que terminábamos de hablar de esto, comenzamos a organizar la participación en la Feria del Cacique Pelayo por la primavera qom: Graciela volvió a leer el cartelito que decía: *“a veces estoy 7 horas frente a la máquina... y quien me paga si no pongo precio a mi trabajo...”*, y me pide para llevarlo y ponerlo frente a su costurero. Así Ramona lee para cuando la hermana le pide algo, y puede decirle tanto es.

Mónica le regaló el dibujo que estaba haciendo a Niki. Susana le dijo que tenía que ser dibujante, porque era muy lindo lo que había hecho. Niki le dijo a Ramona que por ahí puede pedirle a alguien más que le diga los precios a los amigos, a la familia. Contaba que ella a veces no le dice que le paguen con plata, pero pueden cortarte el pelo, dice una de las chicas. O teñirte, dijo Niki. Barrer la vereda, dice otra. Niki agregó o que te lave los platos. Dije que podía cuidar a los chicos también. Mientras íbamos juntando las cosas, seguíamos reflexionando.

Mónica pregunta por el taller de huerta. El martes, le responden. *“El martes es mi cumpleaños nena...”*, respondió. Seguimos intercalando temas, y Graciela trajo el tema de los enfrentamientos que se estaban dando en el Ministerio de Desarrollo Social, tanto de Corrientes, como el caso de una mujer que había atropellado a manifestantes en Chaco, en ese ministerio y estos le rompieron el auto. Ramona contaba que ellas habían querido llegar a la oficina del Ministerio porque tenían que presentar un papel por el Hacemos Futuro, pero lxs manifestantes no querían dejarlas pasar. Les dijeron: *“señora no es contra usted, le dijo a ella.... y bueno si no es contra nosotras porque no nos dejan entrar pues...”*. Le preguntaron si era madre, y que si fuera al comedor entendería la situación por la cual se manifestaban. Ramona le respondió que lxs entendía, pero ella también necesitaba resolver su cuestión. Se les había pinchado en el camino la moto en la que fueron, como para completar lo complicado del día.

Al final, las dejaron pasar, con la condición de que la moto quedara donde estaban lxs manifestantes. Graciela reconoció que tenía miedo por la moto, porque algunos eran tranquilos, explicaba, pero había otros que eran un desastre. Ramona agregaba que entendía que hicieran el piquete, pero que también estaban cansadas las personas que tenían que ir a trabajar de toparse con los piquetes. Después de esta charla, terminamos de juntar nuestros petates, calentamos agua para el mate, y dejamos el barrio con Niki.

### La economía popular encarnada

El objeto del taller tenía un tinte moral en un primer momento desde lo que podía ver ahí. Era una forma de dar cuenta a las mujeres qué hacía ahí. A la distancia creo que no aparecía esa cuestión para ellas, sino más bien para mí, también noto la relevancia de pensar con ellas, de preguntarles directamente por el precio, por el título, por el tiempo, porque lo pensaron, tienen una posición desde la cual ven, entienden y hablan. Esa posición busqué ponerla en diálogo con la mía, dando cuenta de que muchas

prácticas que llevaban adelante yo no las conocía, no sabía la teoría que involucraban, o las lógicas, en los términos que vengo desarrollando. Es en este sentido que plantear el desplazamiento de la economía implica volver a las bases, volver a las prácticas donde se cuecen los sentidos, las lógicas, las valoraciones, y el acceso a esas prácticas está en la comunicación, en los afectos (en el sentido de las formas en que se afectan las personas en las relaciones), y los efectos (el impacto de esos afectos en las prácticas y los pensamientos, o lo que es lo mismo como se incorpora la experiencia). Pero este volver, no implica hacerlo en un vacío, sino a partir de ir tirando de esa práctica, como quien tira un hilo de la tela plana para marcar por donde cortar, y detectando las lógicas, o estructuras que van permeando, conduciendo, movilizándolo ese hacer.

El vender para las mujeres está separado del hacer, algo que ya aparece en el título de la tesis. La pregunta entonces va por el lado de lo que significa vender, y las relaciones estuvieron dadas con la idea de vender un producto, algo que ellas hacen, con ganar dinero, obtener un ingreso. Vender no es un fin en sí mismo, sino más bien un medio para obtener algo, una acción que moviliza recursos. Lo que venden, no estaba tan claro más allá de la noción de productos, apareció una relación en torno a lo que estaban haciendo, lo textil. Niki establece un vínculo entre lo que saben hacer y lo que pueden vender.

El hacer, está vinculado al hacer para vender, o la producción, pero al preguntarles sobre si todo lo que hacían era para vender, respondieron que no, que podría ser para el consumo propio, o su uso. Podían también hacer el bien, amistades, las cosas de la casa, hacer tiempo para bailar. Lo que abre la idea de que el hacer, no sólo es hacer en forma de mercancía o producto. No todas ven posible el hacerse el tiempo para realizar algo que les de placer, como el baile, pero para Mónica y Graciela era importante.

Encontraron distintos tipos de productos, como vestidos, camisetas, short, buzos, de limpieza, como alimentos, como comestibles. El precio aparecía como variable, como si las cosas que compran y producen están o no en precio. ¿Pero qué es estar en precio? Entiendo que tiene el sentido si el precio traduce el valor que le dan a ese objeto o servicio en ese momento. Ya no tiene que ver con un precio que representa ese valor en términos abstractos, sino en términos subjetivos, el proceso de valoración personal sobre el bien o servicio. Lo que se asemeja a la noción de utilidad de la economía política, pero con una variación, esta utilidad no está separada de la persona, no es posible separarla sin que pierda la noción que refleja. Porque no se pueden comparar utilidades, o en este caso valoraciones personales, y estas mismas pueden cambiar en el tiempo y/o con la circunstancia. Por eso es que tampoco se puede asumir que las personas son capaces de ordenar de una vez sus preferencias tal como lo señala la microeconomía y su teoría del consumidor.

Ellas venden su trabajo, decían. Cuando están en crisis, esto es, cuando no llegan con sus ingresos variables a solventar sus gastos, recurren a diferentes estrategias. Vanesa hacía chipacueritos, que lograba vender muchos. Tere, quien era muy reservada, hacía

facturas, pan casero. Ante la mención de que eso también era un producto, la pregunta fue: “¿cómo vendría a ser eso?”. Eso que ellas hacen, no es consideradas por ellas, y por los conocimientos que fueron elaborando como algo que es posible de ser vendido y que tiene ciertas características, que parece no cumplirlas el chipacuerito. En este pasaje vemos que no sólo pueden vender su trabajo cuando es necesario, por ejemplo, salir a limpiar en casas, o iniciarse allí, sino que también pueden vender eso que es doméstico, como los chipacueritos, y su relación con la cocina, con el cocinar como algo propio, incorporado, se puede resignificar.

También encontraban que ellas pagaban precios del IVA, el alquiler, la luz, el agua, el cable, los impuestos, el teléfono, los cigarrillos, los comestibles, incluso el sepelio, pues para morirse también se paga algo. Señalaron que “*Todo pagamos*”, “*todos pagamos*”. Lo que se contrapone con esta idea difundida como sentido común de que los sectores populares no pagan nada, no sólo que pagan, sino que esa deuda es constituida diferencialmente como vimos en el capítulo 8.

El tiempo es lo que les falta. Algunas no tienen tiempo durante el día, otras por la noche, en esta carencia está el deseo de hacer más y no tener cómo, no tener el tiempo suficiente. No aparece la falta de recursos físicos, sino de la convención social que define el transcurso del tiempo.

*“A mí me gusta hacer, pero no vender”* Aparecen dos formas de ver esta frase, por un lado, como una forma de separación entre el hacer y el vender. El primero refiere al diseño, la confección y armado de lo que hacen, mientras que la segunda parte tiene que ver con el ofrecer a alguien que potencialmente puede comprarlo. Otra explicación tenía que ver con mezquinar el trabajo, en tanto tenía un valor para ellas, pero que no era apreciado por la persona que estaba por comprar, por ese otro. Pero eso se ponía en tensión con la idea de conservar el trabajo. Para conservar eso que no quieren vender, dijo Graciela que ponía precios altos. Mónica mencionó el ejemplo de las colchas a crochet, que es un “producto” caro, que hacía para ella, ante la pregunta sobre por qué no lo vendía, la respuesta es que no pagarían lo que ella consideraba que valía. Niki y Josefa también apuntaban lo mismo. Jéssica, autora de la frase pero que no se dio cuenta en ese momento que la había dicho previamente, habló de la dificultad de desprenderse de lo que hacía. Palabra que resultó exacta para Graciela. También incorporó la no existencia de algo igual, es único lo que ella hacía, no encontraría otro igual, que ella sabía lo que había hecho. Susana incorpora el tiempo, eso que les falta, no era comprendido en el proceso de hacer eso que hacían.

Esta identificación de lo que puede ser vendido o no tiene que ver con lo que las personas que ven lo que hicieron, les dicen que es lindo. Graciela lo puso en términos de que era algo que podría ser “vendible”, que a “la gente” le iba a gustar. Susana compartió el miedo a hacer algo y que no le paguen lo que valía, que le dijeran que era muy caro. La dedicación que tienen con lo que hacen parece no ser valorado. Otra situación era la de vender algo, y que les reclamaran las personas que estaban que no

era el precio correcto, que vendieron muy barato. A Mónica, quien antes no quería vender lo que hacía, en otra situación, había vendido a \$500, y le hicieron ver que era muy barato, que eso mismo se vendía por \$2000. Graciela le vuelve a mencionar que es aro eso que ella hace, y la respuesta es que no sabía. ¿Qué era lo que no sabía? El valor social de eso que ella hacía. Pero anteriormente lo había reconocido. Niki volvió sobre el tema del crochet diciendo que implicaba mucho trabajo, y el resto de las mujeres indicaron que nadie le iba a querer comprar.

Graciela lo relacionó con lo artesanal, eso es lo que demanda más tiempo, y que la gente “remoloneaba” para comprar, que quizás algunas personas lo valoraban, pero no tenían el dinero para pagar. A veces, les reconocían que el trabajo (la cosa que habían hecho) valía lo que pedían en dinero, pero que no les alcanzaba.

La otra frase que apareció en varias oportunidades era la de no haber estudiado, pero que cuando les gustaba algo, se ponían a hacer. Inmediatamente Mónica explicó que tenía que ver con aprender mirando. Jéssica disparó para el lado de tener un título, un certificado, para poder dar clases, enseñar en algún lugar. Mónica, siguiendo este hilo, explicó que para trabajar en algún lugar tenían que tener un certificado. Ramona dijo que no hacía falta tener un título para saber. Susana volvió sobre el tema del aprendizaje, y contó que miraba videos de YouTube. Graciela retoma lo del título, para señalar que en los “lugares” si no tenían título, no las llamaban. Fidelina pensaba que el título se vinculaba a tener algo más.

Esto de tener algo más, o de que las puedan llamar de algún trabajo, entiendo que refieren en general donde les paguen un salario, incluso que esté fuera del barrio, marca una diferencia con el pago que reciben por el Hacemos Futuro. Esta diferencia estaba en la duración, el sueldo lo vinculaban a un derecho, algo que no les podría ser quitado, Fidelina incluso lo anclaba en el esfuerzo. A diferencia de los planes que son temporales, se sentían agradecidas porque era un ingreso más, pero no era lo deseable, al menos en la visión de Fidelina, ya que ella aspiraba a tener un sueldo, un salario. Incluso los planes les pedían muchos requisitos, aquí repetiría el análisis del capítulo 8, y la noción de deuda que se genera.

A su vez, marcaron una diferencia entre que alguien las contratara y tener un espacio de venta propio. Susana indicó que quien vende, cumple un horario, *“porque si no producís, no tenés producto”*. Graciela mencionó que, si no se esforzaban, si no cumplían un horario, si no trabajaban, no tenían nada fijo. Como quizás si podría tener en el imaginario alguien que tiene un sueldo, como aparecía un vecino que era municipal, con un sueldo fijo mensual, pero que no salía adelante en el barrio.

En relación al esfuerzo, traje a colación la frase *“a veces estoy siete horas frente a la máquina, quién me paga si no le pongo precio a mi trabajo”*, donde Graciela se reconoció como autora. Ramona lo explicó en términos de hacer valer el saber incorporado, a partir de señalar que le pedían que lo hiciera porque ella sabía y podría llevarle poco tiempo, incluso llegaron a decirle que era una pavada. Lo que la molestaba porque se sentía

juzgada y que los otros no veían el saber que estaba incorporado como tampoco el tiempo destinado.

En cuanto a alguna actividad en la que se destacaran fue Ramona la primera en marcar que a ella le gustaban hacer las manualidades, y que además tenía admiradores. Nuevamente aparece una relación con un/a otro/a que es la que pone en valor un saber. Para Jélica el aliento externo era una forma motivar, de darles ganas a seguir haciendo. También el elogio funciona como forma de sentirse satisfecha por lo realizado, dio a entender Josefa. Lo opuesto, cuando alguien criticaba lo realizado, “las tiraba abajo”, no era valorado algo a lo que habían destinado mucho tiempo. Graciela explicaba que con un detalle que quede mal, como una costurita, parece que ya fallaron.

La última cuestión fueron las múltiples tareas que me contaron que hacían, que las fui relatando, y que se englobaban en el ser madres. Esto es, estas actividades no están separadas del rol materno que cumplen en sus casas. Los quehaceres domésticos, los cuidados que en general son sus actividades, se mezclan con la costura en el caso de Graciela e Ramona, pero también en el inicio aparecía el tejer mientras esperaban en el médico, Ramona lo refrescó en esta última parte también, el momento de mirar la novela y en simultáneo tejer, bordar, coser. Algunas veces, el estar atendiendo a varias cosas a la vez las hacía errar en alguna de ellas, ya sea que se les quemara la comida, o bien tuvieran algún problema con la costura.

Los maridos tienen un rol no romántico en sus relatos, al menos en ese contexto. Aparecen como quienes tienen que ser guiados para convertirse en hombres-hombres, como compañeros que ayudan en todas las tareas o bien como una suerte de otro hijo, a quien hay que atender, esos que eran panchos. Ramona había reflexionado sobre su situación llegando a considerar que el hecho de que ella resolviera todo sin necesitarlo a su marido, había generado que él no se ocupara. En sus términos, ella había evolucionado mucho, comparado con él. Aquí traigo a colación lo planteado en el capítulo 4, donde ir generando distintos tipos de ingresos, y accesos a créditos a través de las tarjetas, había permitido que comprara nuevos muebles para casa, construir una parte que faltaba, mejorarla, ella salía de su casa para ir al taller que era su espacio, donde mejoraban día a día, donde se sentía de a poco más segura en su quehacer. La relación de ellas con sus hijos parecía estar modificándose de a poco también, desde Jélica tratando de que sus hijos aprendieran a hacer las cosas de la casa, con muchas dificultades, hasta Kevin lavando su ropa para mantener su privacidad. Josefa lo explicaba en términos de que algo estaba cambiando.

Las palabras de cierre que dije iban en tono a que ellas pudieran ver que lo que hacían también era un tipo de producción, no con el afán de que lo vean en términos de un cálculo económico, o tratando de formatear sus conductas, sino desplazando esos sentidos que les eran transmitidos de que eso que hacían no tenía valor, buscando salir del imaginario de la producción donde el chipacuerito no es un producto, o el salir a limpiar casas una actividad de crisis nomás. Siendo que dos de las mujeres que estaban

sentadas a las mesas limpiaban casas en ese momento para sostener sus familias (Karina y Fidelina).

Al cambiar la noción de producto, o en simultáneo, también resultaba importante cambiar la noción de trabajo, dando cuenta de la heterogeneidad de las tareas que ellas realizaban, en general no eran tareas reconocidas por la sociedad. La pregunta de Mónica sobre dónde se tenía que reconocer ese trabajo, me volvió a poner en tierra, ese reconocimiento ausente, o bien la presencia de la desvalorización es una construcción analítica, no es un dato de la realidad para ellas. Si bien es una apuesta política de esta investigación, no deja de ser una razón teórica, más o menos fundamentada.

En cuanto al precio, les planteé la dificultad que señalaron en diferentes momentos para ponerle el precio, pero que sin embargo lo habían realizado. La pregunta nuevamente es de qué forma no sabían poner precio, o mejor aún, en relación a qué mirada no sabían hacerlo. Mi respuesta aquí es que la presencia de una economista, que se vincula con la experiencia de capacitaciones que habían tenido, más la expectativa que tenía yo, permitieron la construcción de esa pregunta, pero también de volver la respuesta a las prácticas, a eso que ellas ya habían hecho. La devolución no era simplemente mencionarles que ellas sabían porque sí, sino dar cuenta de cómo esa práctica se articula con las formas reales en que se definen distintos precios en diferentes contextos.

Es en este sentido que ellas no tienen un precio de referencia de su actividad o de su trabajo. En algunos casos, el precio les viene dado, como en el de Graciela e Ramona con Gustavo, o el otro señor al que les vendían, con quienes negociaban, pero con un escaso poder, lo mismo con el precio que le pagaban a Jéscica por su trabajo (la beca), o lo que les pagaban a las mujeres que limpiaban casas. El programa Hacemos Futuro no aparece como un trabajo por el cual les pagan un precio, sino como un plan, como un monto que les da el gobierno, pero que no es igual a un trabajo, pero si genera la obligación de realizar capacitaciones, de presentar papeles cuando ANSES así lo requería. También el precio del trabajo en el marco de las cooperativas del Ellas Hacen había generado tensiones, que ya desarrollé previamente, pero aparece un elemento que estaba más solapado anteriormente, que es el quedar mal frente a sus compañeras, lo que da cuenta de que las decisiones de justicia en tanto precio a cobrar, o a pagar, no se realiza en el vacío, sino que poblado de relaciones morales.

De lo que explicaban Graciela e Ramona, discusiones que las presenté en el capítulo 4, la forma de trabajo de ellas se había modificado y estaban analizando en ese momento la forma de incorporar una persona más que supiera lo mismo que ellas, pero que ya no sería una igual a ellas, sino su “empleada”. Toda esa discusión me dio pie para introducir la diferencia que había entre hacer prendas de forma industrial, estandarizadas, y las que proponíamos en el taller, donde lo que agregaban eran la creatividad, volvían singular la prenda, no estaban haciendo siempre lo mismo.

Niki toma la posta para reflexionar sobre el tiempo para ellas, eso que aparece como la falta, si en algún momento se lo daban. Josefa lo relacionó con descansar, Graciela con sentarse un rato, quedarse acostada, o poder estar frente a la máquina, que era el momento donde se relajaba. Lo relacionaron principalmente con coser, tejer, y cocinar como momentos propios, incluso el tiempo de la limpieza, como forma de ordenarse ellas mismas. Susana explicaba que el único espacio no reglado de su hacer eran los talleres, ya que si no su vida giraba entre la casa y el trabajo nomas. El contrapunto era Mónica, a quien le gustaba salir a bailar como su espacio para sí.

Finalmente, volvemos sobre la cuestión de vender lo que hacen, eso que incorporaba el disfrute de las mujeres, el gozo, donde esa relación podría ser la razón por la cual en ciertos contextos podrían cobrar lo que creyeran que valía su trabajo. Pero que también les daba la plasticidad para elegir vender al precio que se pueda cuando era necesario. El eje era que no había receta única, o saberes en capsulas que pudieran explicarles lo que ellas ya estaban haciendo, y los diversos precios que manejaban.

#### El (los) precio (s) como medida múltiple

Cuando comencé a acercarme a las prácticas de las mujeres, también inicié una discusión con la economía popular como forma de indagar, lo que ponía de relieve algunos de los límites de la teoría económica en general, de la neoclásica en particular, para explicar lo que acontece en los países donde las prácticas económicas no se organizan solamente o principalmente a través del trabajo formal, por lo que la relación salarial deja de ser total. Esto, como lo señalé anteriormente, tiene que ver con que estas prácticas no están aisladas, pero además en parte reflejan la creatividad popular emergente luego de la liberalización de la economía desde mediados de los noventa, con el fuerte impacto de la política cambiaria en la organización social, tanto como de la creciente población que fue quedando fuera del mercado laboral.

El abordaje sociológico de estas prácticas históricamente se ancló en el análisis de las experiencias de supervivencia cuasi biológicas (Lomnitz, 1991) señala Chena (2017). Como fui desarrollando a lo largo de los capítulos, aquello que la mirada economicista analiza como falta de mercado o comportamientos no racionales o ilógicos en algunos casos, envuelve una serie de lógicas que sus modelos no permiten captar. Chena (2017) enumera los términos que utiliza este enfoque a las prácticas no agrupadas en torno al trabajo fabril o dentro de la empresa, como economía informal, pobreza, subempleo y exclusión social, que a su vez son caracterizadas por el atraso tecnológico, los bajos ingresos, la escasa productividad laboral y el registro informal; tanto como por su función de refugio ante la no generación de empleo por parte del sector moderno.

Desde una mirada de la sociología económica, Pablo Chena (2017) señala que las características centrales de la economía popular pueden resumirse en que involucra a personas que realizan su actividad laboral por fuera de la relación salarial tradicional, y que además perciben salarios bajos, lo que implica escasa capacidad de consumo y acumulación de capital. Esto genera dos relaciones de explotación. Una comercial a

partir de la desvalorización del trabajo por asumir producciones de baja calidad. Otra de tinte financiera y sus relaciones.

El análisis de las relaciones financieras lo presenté en el capítulo 8, ahora me voy a centrar en la explotación comercial, para lo que este autor recurre al planteo de la economía marxista, o una parte de las lecturas que se realizaron de *“El Capital”* donde sostienen que la sustancia del valor de las mercancías en las economías de mercado está dada por el trabajo abstracto. Rubin, señaló que, al situar el valor en el trabajo abstracto, lo que Marx hace es en enraizarlo en aspectos sociales. (Chena, 2017)

Chena trae a colación la siguiente cita de Marx:

Si recordamos, empero, que las mercancías sólo poseen objetividad como valores en la medida en que son expresiones de la misma unidad social, del trabajo humano; que su objetividad como valores, por tanto, es de naturaleza puramente social, de comprenderá de suyo, asimismo, que dicha objetividad como valores sólo puede ponerse de manifiesto en la relación social entre diversas mercancías. (Marx, 2014, pág. 58)

Este pasaje permite refrescar la distinción entre el trabajo concreto y el abstracto. El primero, trabajo físico aparece incorporado en cada producto como valor de uso, y es cualitativamente diferente. El segundo sería el valor de cambio, que refiere al valor abstracto del trabajo asignado por la sociedad en el mercado a partir de ciertas leyes sociales. En este sentido, señala Chena (2017) que no todo trabajo concreto se convierte en abstracto, a menos que esta transformación esté mediada por una valoración social, lo que es lo mismo, no se puede determinar el valor de cambio de un bien hasta que este es comercializado. La pregunta para el autor es que define el valor de cambio en el mercado, qué relaciones sociales se ponen en juego en ese espacio. Agregaría que queda latente en esta lógica qué pasa cuando no hay mercado que pueda definir un único precio, que es el caso de todos los mercados que no tienen la morfología de la competencia perfecta, o que requieren de su construcción activa (Callon, 2006). Chena continúa con la explicación de Rubin, para quien el interés particular es expresado como general, y éste se transforma en el interés dominante, por lo que el proceso de valorización social del trabajo descansa en las convenciones sociales y los procesos políticos hegemónicos, que se indica a partir del concepto de calidad: *“como una de las principales convenciones sociales que condensa las relaciones sociales implícitas en el valor, pasa a ser una construcción social de validación de la repartición de los ingresos que surge de los mercados”* (Chena, 2017, pág. 54).

Lo anterior no da cuenta porqué dos productos semejantes, con iguales cantidades de trabajo pueden tener precios diferentes en distintos espacios, como por ejemplo en la venta callejera, en el barrio, o en el centro. Explica este autor, recurriendo a la noción de asimetrías de la información, que el precio de oferta no es suficiente para conocer la calidad del producto. Incorporando en este movimiento la incertidumbre, activando la inclusión de las características del oferente como referencias para determinar la calidad del producto.

El resultado de este comportamiento ante la falta de información es la aparición de transacciones de bienes de calidad homogénea que, al ser vendidos por personas de características físicas, sociales y culturales heterogéneas, tienen precios sistemáticamente distintos. En este caso es la persona del vendedor y sus cualidades físicas, morales y culturales las que el comprador juzga a la hora de valorizar la calidad de la mercancía. (Chena, 2017, pág. 55)

Este comportamiento genera la universalización de los parámetros utilizados como referencia de calidad, que logran “objetivarse socialmente” en convenciones, que son pensadas como regularidades que tienen sus fuentes en las interacciones sociales pero que se presentan bajo una forma objetivada. Este desarrollo sirve para pensar la venta callejera en Buenos Aires, incluso el proceso de la Salada (2014), pero se queda corto para comprender los procesos de valorización. Es decir, el análisis se sitúa en las prácticas, pero realiza abstracciones lógicas y argumentaciones que no siguen las acciones específicas en otros contextos, o con productos que no necesariamente sean homogéneos, o el caso de los trabajos que no son considerados tales, como el trabajo sexual, el trabajo de los cartoneros o el cirujeo en otras latitudes, por nombrar algunos. El primer quiebre en mi forma de comprenderlo está en la existencia de un precio de referencia como medida del valor abstracto del trabajo. En la economía popular, el trabajo vivo no sólo está imbricado en lo que es realizado, además, no es posible homogeneizarlo bajo la fuerza trabajo sin perder la vitalidad de este, y no necesariamente es posible separarlo de sus relaciones fundantes<sup>91</sup>. Es decir, necesitamos modelos más abiertos, y complejos que los señalados por Marx en la estabilización del trabajo como fuerza social homogénea, para incorporar otras relaciones, tanto como la potencia transformadora que las constituye. Sin embargo, la agregación de las cualidades físicas, morales y culturales atribuidas a quién vende o compra, en el caso de las mujeres, tiene una fuerza que no sólo permite explicar la falta de información perfecta<sup>92</sup> sino que habilita pensar los procesos de valorización, más allá del dispositivo del mercado como espacio para las transacciones o escenario del intercambio. Este proceso aparece en el momento en que las mujeres van adecuando el precio que cobran al entorno en el que lo hacen (lugar donde se ubica la feria), pero también cuando cobran de acuerdo a la cara del cliente, para llevar adelante este proceso, se relacionan una serie de variables sociales, culturales incorporadas en la imagen de quien compra, no sólo de quién vende.

En este sentido es que los precios son múltiples y situados, en general existen precios de referencias, pero no hay un precio establecido naturalmente, o de forma unívoca. Los precios son relacionales, estabilizan condiciones de fuerzas ancladas en las relaciones sociales, culturales, históricas, de clase, de género. Así, el valor, y las valoraciones van

---

<sup>91</sup> No se convierte en una mercancía (Appadurai, 1991).

<sup>92</sup> Esto se asienta en el supuesto de que el precio contiene toda la información necesaria para que el mercado funcione. Vuelvo a repetir, eso sólo sucede en el modelo lógico de la competencia perfecta, no es un principio que tenga correlación con una práctica específica.

a depender desde dónde se miren, no será ya algo objetivo asilado de las relaciones que permiten su existencia. Finalmente, el precio que se paga por la cosa o el servicio en ningún caso termina de cerrar una deuda o una relación, sino que continúa su proceso de creación. Esto es no hay sutura de deuda (el salario no paga por todo el trabajo contenido, el precio del textil no paga todo el tiempo de cuidado re-destinado) porque no es posible medir el tiempo vital en términos capitalistas desde la subjetivación de la persona. El precio es imperfecto y la deuda que expresa es lo que abre a la vinculación social.

### El desplazamiento de la economía incorporada en las miradas

En este último capítulo en parte recapitulo lo que fui transitando en el trabajo de campo, y sintetizo las discusiones que planteo con la economía no en general, sino con la que encontré en la mirada que tenía sobre la actividad de las mujeres, la que fui dilucidando de las políticas públicas y de las personas que interactuaban en el barrio desde diversas instituciones. Cuando menciono en la introducción que buscaba *“hacer algún aporte”*, es porque allí en la necesidad de comunicarles, de darles algo de lo que había aprendido con ellas se jugó la cuestión del saber y de las prácticas académicas. La disputa por la extracción de conocimientos, que si bien desde el abordaje que realizo no tiene asidero, es una idea que sigue permeando mi razonamiento y mi hacer. Sirve para dar cuenta de la relevancia de las estructuras cognitivas y relacionales del conocimiento, que se reproducen, se relacionan con otras ideas y se van estabilizando en formas de comprensión y de prácticas.

El aporte concreto que pretendo generar estuvo situado en el barrio. De esa experiencia emerge esta tesis que pretende poner en discusión, junto con muchas personas en distintos países que vienen pensando la economía popular y las personas que la integran, la valorización de estas actividades como formas de trabajo, pero también como formas de vidas, especialmente en el Grupo CLACSO de Economías Populares. Uno de los puntos que remarqué hasta el cansancio puede ser resumido como que el mercado de competencia perfecta es una construcción analítica (García-Parpet, 2003; Bourdieu, 2001), donde el basamento histórico de su existencia situado en la Inglaterra victoriana (Schumpeter, 2012) requirió de una serie de instituciones implementadas por el Estado moderno (Polanyi, 2011) en su génesis, pero a su vez, como todo dispositivo implementado para controlar el comportamiento de las personas, o las empresas en ese caso, siempre genera las condiciones para su propio desborde (Callon, 2008), porque las personas cuentan con la capacidad genérica de reflexionar sobre sus condiciones y su hacer. Son personas múltiples o abiertas (Strathern, 2006; Elias, 2008).

Esta articulación de las personas en sus entornos, marca la importancia de las relaciones que se materializan en los precios. Este indicador, no es más que eso, un indicador, no puede seguir siendo considerado como el organizador de la vida económica porque no condensa toda la información necesaria, ni genera por tanto los mejores resultados sociales deseables (si tal cosa fuera posible para todo tiempo y

lugar). Hay tantos precios como relaciones hayan sido estabilizadas en torno a ese indicador. Sin embargo, el precio contiene aún una forma de valorización social en sí, esa valorización materializada en dinero, da cuenta de algunas de las relaciones que aparecen estabilizadas por detrás. Donde ciertos trabajos son reconocidos y otros no. Finalmente, la mirada académica no tiene sentido si sólo articula las demandas específicas de las personas, sin incorporar otras formas de reconocer el valor, y establecer condiciones para la disputa sobre la constitución y estabilización del valor en la creación de mercancías y servicios que se incorporan en el mercado formal, lo que invisibilizan la economía y las actividades ocultas, informales, populares, que son centrales para la vida, pero también para que esa economía formal funcione de hecho.

## Consideraciones finales

A pesar de que cada capítulo fue poniendo en juego sus principales puntos, retomando los anteriores y actualizándolos, voy a usar estas últimas líneas para marcar algunas ideas fuerza. Como planteé al inicio de la tercera parte, la forma de pensarla tuvo tres claves interrelacionadas, una metodológica, una teórica y otra política (que allí aparecía como una teórica situada), que son las que retomaré para establecer algunas líneas.

La mirada metodológica estuvo centrada en la etnografía multi-integrativa que me permitió reconstruir las configuraciones, las prácticas, y las subjetivaciones, a partir de seguir las composiciones de las relaciones en el territorio. Esto se tradujo en comprender al barrio como territorio de disputas, donde diferentes análisis y posiciones sociales definían qué debía suceder allí y cómo, apelando en general a un problema “objetivo”. Entre esas configuraciones de problemas y acciones específicas llegué al barrio, y las mujeres me plantearon que no sabían poner un precio, pero la directiva que tenía era que querían vender, mientras para mí no resultaba productivo que realizaran manualidades. Para atender lo que me decían, tuve que desplazarme de la insistencia asociativa para producir y vender algo que el mercado “quisiera” comprar.

De este desistir se abrió el campo, haciéndose visible la imposibilidad enunciada de poner el precio a lo que hacían, de poder venderlo, versus la práctica de vender y poner el precio que estaban llevando adelante algunas mujeres del barrio Ongay. Aceptar el no saber, el no conocer, fue central para salir de la configuración propuesta desde el PDTs y el CES. Esto transformó la pregunta sobre un comportamiento individual, pero compartido por varias mujeres, quienes en mi mirada de economista representaban a la mujer promedio de los sectores populares, supuesto que sólo podía sostenerse considerando teórica y ontológicamente a un individuo total. En tanto resitué a la persona en el concierto de relaciones que permiten su existencia, estamos pensando en las múltiples composiciones que tienen lugar en ese sujeto analítico. Es en este sentido que cobra relevancia escuchar a mis interlocutoras, esa escucha que no es textual, que no implica tomar la palabra con un significado intrínseco, sino más bien, sostener la pregunta para abrir la comprensión a las significaciones situadas, a la posibilidad de ampliar los horizontes intelectuales, pero también humanos.

De esta manera, procuré restituir la complejidad social de las prácticas, para pensar el valor de eso que hacían, considerando lo que importaba para ellas. Esta complejidad ha sido abordada analíticamente por las ciencias sociales estableciendo separaciones entre las esferas sociales, sus lógicas, o incluso la competencia por ciertos capitales. El primer punto emergente de la tesis es que esas prácticas se presentan en relación a quien investiga. Será esa relación la que permitirá ver algunos aspectos, como limitará la comprensión de otros. Asumiendo los límites del conocimiento, tanto como de las posibilidades reales de hacer y ser, condicionadas por el tiempo en el cual se suceden. El segundo punto, es que estas relaciones se vuelven inteligibles a partir de una “lectura” de la realidad, cargan con ese mismo límite. El proceso de reflexividad es lo que permite

dar cuenta de estas lecturas de la realidad, que está atravesada por teorías, experiencias, historias, géneros, razas, clases, y la sensibilidad de lo que afecta (o los afectos). El último punto, es que esas teorías que a su vez facilitan las lecturas/miradas, están enraizadas en los cuerpos cognoscentes y conocidos. Estos tres puntos entrelazados del conocimiento científico, fueron incorporados para comprender cómo estas teorías se encarnan en los territorios y los cuerpos de las formas más variadas, y van generando estabilizaciones de sentidos comunes, de comportamientos.

En ese estar ahí, siguiendo lo que pasaba y lo que podía entender del campo, se fue haciendo inteligible la pregunta por precio, que escondía la del valor y las valoraciones en las prácticas. Aquí es donde se enlaza lo dicho con la mirada más teórica, y plantea una crítica explícita al valor económico (que permite calcular el precio, desde la disciplina), situada en la trayectoria de Smith, Ricardo y Marx, tanto como las formas de resolución a las que arribó el pensamiento marginalista, con la utilidad marginal y el costo marginal. La relevancia de explicitar esta secuencia descansa en que este tipo de pensamiento no se quedan en los libros, o en discusiones estériles, sino que resuenan en el bajo fondo de la formación de muchxs profesionales que se encargan de dar vida al Estado y su capacidad (o no) de acción directa en el territorio en forma de instituciones específicas, quienes además definen esos “problemas objetivos” que han de “gobernar” la vida de las personas.

En este sentido, es que el capítulo 7 señalaba que el valor para la economía en general descansa en la conversión de valor, donde en el intercambio la cosa adquiere valor, tal como lo retoma Strathern de la tradición marxista. Quizás eso explicaba la insistencia en que las mujeres pudieran vender lo que hacían desde el primer capítulo. Esta forma de pensar y analizar el valor tiene un elemento esencializador, como cualquier definición que se pretenda universal. Mira al valor desde el exterior, le quita las relaciones constitutivas para asignarles unas que son genéricas en un sistema de producción (lógico). La cuestión de pensar el valor desde las actividades o prácticas que lo generan en la economía popular apuesta a sacarlo del imaginario del trabajo, como el espacio “natural” de hacer en las fábricas o los ideales del empleo en la teoría económica (donde el valor se realiza). También implica moverlo de un sistema más o menos homogéneo que tiene como fin último la acumulación de capital o de poder, como un todo homogéneo, para devolverlo a las relaciones de carne y hueso. Esto nos permite rastrear desde un ser-estar situado, cómo se fueron consolidando ciertos discursos, prácticas y experiencias, que a su vez le dan sentido a las que se ven y explican ahora, donde también ocurren desplazamientos.

Así, el valor del hacer de las mujeres tiene que ver con los argumentos que fueron desplegando como justificación a lo que hacen, eso que le daba sentido. Entre ellos apareció una idea de progreso, de avanzar, anclado en mejorar la casa, para lo que se da una separación del dinero ganado por cada integrante del grupo familiar, y donde tener un marido colaboraba en la producción de la casa. Las mujeres que conocí no

realizaban un cálculo para producir más que les permitiera consumir más en términos individuales (o incrementar su utilidad), sino que la casa era el destino natural de su “progreso” y sus hijxs quienes podían tener una mejor vida que ellas. En términos económicos, no estaban maximizando su función de producción (si las consideramos emprendedoras), ni su función de utilidad. Estaban incorporando a otras personas en sus cálculos.

El cuidado, como forma analítica que puede asumir esa incorporación de otrxs en sus formas de comprender el mundo y tanto como el hacer para estas mujeres son múltiples y asumen distintas densidades. El valor de cuidar a lxs hijxs, pero también al marido, aparece como un patrón de cómo son las relaciones en el barrio para estas mujeres de entre 30 y 40 años. El hombre se encarga de conseguir un trabajo fuera de la casa, mientras ellas crían a lxs hijxs para que no anden en malos pasos, que no tengan que pasar lo que ellas: las necesidades, el salir a vender a la calle, el tener que limpiar en una casa ajena. Por más que no sea deshonra, no es lo mejor, tiene un estatus inferior. El valor del cuidado tiene que ver en este contexto con que lxs hijxs salgan adelante, puedan tener mejores condiciones que ellas, esto es lo que organiza su tiempo de vida, alejado del esquema propuesto en una fábrica (o empresa), y el trabajo toma formas que no están ancladas en la relación salarial. Asimismo, estas relaciones incorporan a las familias ampliadas como fuente no sólo de afecto, sino también de provisión de recursos, de posibilidades de ventas, de elementos de costura, de la máquina de coser, como de las ideas sobre el qué hacer

En las mujeres que conocí, percibí una transformación o desplazamiento de las actividades que hacían en el inicio del vínculo y las posteriores. Este desplazamiento no se relaciona sólo con una voluntad orientada de quien conoce lo que quiere y va por ello, sino más bien como un proceso donde a partir de las condiciones y las experiencias que han sido incorporadas en formas de saberes o posibilidades de comprensión del entorno, junto con sus subjetivaciones, sus historias, les permitió moverse, hacerse conocidas a cada una en su ámbito, algunas veces más circunscripto a las relaciones familiares, otras a las barriales, y otras más allá del barrio. Es este desplazamiento de las actividades lo que permite ver lo dinámico de lo social, es decir, como los patrones que contienen estos flujos de existencia se van moviendo, se van resignificando, a pesar de que parecen ser lo mismo en un primer acercamiento, no lo son. Ese flujo está atravesado por todas las experiencias y las significaciones que contienen para quienes participan; a su vez, dejan entrever un patrón de sentidos y sentires, que nada tiene que ver con una definición universal, pero que hablan de cierta cercanía en los procesos de subjetivación, una resonancia.

Las prácticas y sus valoraciones consecuentes no pueden ser extraídas de las personas que las llevan adelante, pero éstas no actúan en un punto cero de la historia o en un vacío social, y esta cuestión es la que nos permite ver las múltiples influencias que van teniendo distintos flujos, como el conocimiento de la economía articulado en las políticas

públicas, las formas que encuentran para coordinarse esas líneas antagónicas de actuación en el territorio, y las cuestiones de género ancladas en las divisiones sexuales de las actividades.

Lo antes dicho se traduce en que el proceso de valorización en el barrio tiene dos caras, relacionadas entre sí, pero con efectos diferentes. El “ser vistas” o “hacerse conocidas” tiene una característica de que alguien o algo externo reconoce el valor de lo que ellas hacen. El poner un precio, establecer una traducción monetaria de eso que hacen, tiene que ver con la forma introyectada de valoración de ese trabajo particular, con procesos subjetivos que se ponen en marcha para realizar un cálculo. No ya un cálculo abstracto, válido en todo espacio, sino uno que hace cuerpo las condiciones sociales de su producción. Allí aparece el Estado como una institución con doble vía de acción, una imaginaria sobre lo que debería ser y otra material, que moviliza recursos como herramientas, información, asignaciones monetarias, relaciones partidarias; el género estableciendo qué actividades sí pueden hacer estas mujeres, y cuáles no; y el proceso económico, que conecta este hacer doméstico, con redes más extensas de lo político, lo textil, lo universitario.

Por último, la cuestión política, que quizás permaneció más solapada, tiene que ver con que la disputa por el valor, y lo que vale en ciertas configuraciones sociales, tiene un tinte político (no es racional ni técnica). Es en este sentido que el ser vistas cobra relevancia en los procesos de valorización de sus actividades, tanto como les permite valorizar otras actividades (no sólo son pasivas de ser clasificadas, ellas también lo hacen). La acción y el reflejo se implican necesariamente, a nivel individual y a nivel histórico, dando cuenta de las luchas por el valor. En la tercera parte de la tesis se hace palpable la dificultad de verse a sí mismas, y el reforzamiento que realizan algunas políticas de transferencias condicionadas para construir las actividades deseables, tanto como consolidar la inestabilidad del vínculo monetario, propiciando una subjetivación endeudada y desvalorizada socialmente.

Sin embargo, el dispositivo del taller de Economía Popular y Experimentación Textil construido en conjunto, generó otra forma de ser vistas en cuanto a cómo y qué hacen, retomando y revalorizando lo que habían aprendido en el hogar, en las vivencias y en sus trayectorias. Esta visibilidad, o materialización de sus habilidades, se transformó en un certificado de la UNNE. Ese “título”, que aparecía como algo deseable para los hijxs, pero esquivo para ellas, cerró un momento, un movimiento en el territorio, y en sus procesos subjetivos, que escapa a la posibilidad de análisis dentro de esta tesis, pero establece una búsqueda por abrir espacio a otras formas de valorizaciones.

Finalmente, el aporte que pretendo realizar con esta articulación se encuadra en la economía popular, retomando lo planteado en el capítulo 10. Tal como señala Schumpeter sobre Smith la ‘teoría del precio’ es el nombre que incorpora todos los principios de asignación de recursos y de formación de rentas en el sistema económico (de la disciplina). De allí la relevancia de pensar desde otras lógicas y otras posiciones

ese dato, el precio, que tiene un efecto agregado tan relevante como son la asignación de recursos y la formación de rentas, que yo incorporaría como una forma de distribución de la riqueza de las naciones. El precio contiene aún una forma de valorización social en sí, esa valorización materializada en dinero, da cuenta de ciertos trabajos son reconocidos (valorados) socialmente y otros no, lo que no quita que se le asigne valor hacia dentro de las familias o de las relaciones cercanas. En tanto un trabajo es desvalorizado socialmente, desde una mirada “técnica” inapelable, objetiva, y no se ponen de manifiesto las posiciones sociales desde las cuales este conocimiento es construido como válido, la balanza se termina inclinando hacia quien define lo que vale o lo que no, y su traducción monetaria, el precio de eso que se hace y que cuenta con un valor social, lo que además tiende a estabilizarse en el tiempo (pero no resulta inamovible). Este proceso no es automático, funciona como el patrón del flujo para Heráclito, mientras en el flujo se incorporan algunas de las dimensiones que vimos.

Esta articulación de las personas múltiples con las configuraciones y las subjetivaciones que se movilizan, marca la importancia de las relaciones materializadas en los precios. Este indicador, que no es más que eso, no puede seguir siendo considerado como el organizador de la vida económica porque no condensa toda la información necesaria, ni genera por tanto los mejores resultados sociales deseables (si tal cosa fuera posible para todo tiempo y lugar). Hay tantos precios como relaciones hayan sido estabilizadas en ese indicador.

## Bibliografía

- Abrams, P. (2015). Notas sobre la dificultad de estudiar al estado. En P. Abrams, a. Gupta, y T. Mitchell, *Antropología del Estado*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Aguilar, P. (2011). La feminización de la pobreza: conceptualizaciones actuales y potencialidades analíticas. *Katál*, 126-133.
- Appadurai, A. (1991). Introducción: Las mercancías y la política de valor. En A. Appadurai (Ed), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías* (págs. 17-88). México: Grijalbo.
- Arocena, J. (1998). *Propuesta metodológica para el estudio de procesos de desarrollo local*. Montevideo: CLAEH.
- Asad, T. (2008). ¿Dónde están los márgenes del Estado? *Cuadernos de Antropología Social* N° 27, 53-62.
- Auyero, J. (2001). *La política de los pobres: las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires: Manantial.
- Balbi, F. (2012). La integración dinámica de las perspectivas nativas en la investigación etnográfica. *Intersecciones en Antropología*, 485-499.
- Balbi, F. A., y Boivin, M. (2008). La perspectiva etnográfica en los estudios sobre política, Estado y gobierno. *Cuadernos de Antropología Social*, 7-17.
- Balbi, F. A., y Boivin, M. (2008). La perspectiva etnográfica en los estudios sobre política, Estado y gobierno. *Cuadernos de Antropología Social*, 7-17.
- Baranger, D. (2012). *Epistemología y metodología en la obra de Pierre Bourdieu*. Posadas: 2ª edición.
- Bartolomé, L. (1982). *La familia matrifocal y los sectores marginados: desarrollo y estrategias adaptativas*. Buenos Aires: IV Jornadas de Exposición de Investigaciones Inter-Institucionales.
- Bataille, G. (2009). *La parte maldita y apuntes inéditos*. Buenos Aires: Las Cuarenta.
- Belloni, P., y Cantamutto, F. (2019). *La economía política de Cambiemos: ensayos sobre un nuevo ciclo neoliberal en Argentina*. San Telmo: Batalla de Ideas.
- Block, F. (2003). *Los roles del estado en la economía*. Buenos Aires: Reproducido en *Apuntes de Política Social*, UBA.
- Boisier, S. (2004). Desarrollo territorial y descentralización. El desarrollo en el lugar y en las manos de la gente. *Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos y Regionales*, Vol. 30. Pág. 27-40.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2001). *Las estructuras sociales de la economía*. Buenos Aires: Manantial.

- Bourdieu, P. (2003). *El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y la reflexividad*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2014). Los tres estados del capital cultural. En P. Bourdieu, *Las estrategias de la reproducción social* (págs. 213-220). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2015). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P., y Wacquant, L. (2014). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J.-C., y Passeron, J.-C. (2002). *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Capital Federal: Siglo XXI.
- Butler, J. (2016). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Callon, M. (2008). Los mercados y la performatividad de las ciencias económicas. *Apuntes de investigación del CECYP*, 11-68.
- Carenzo, S. (2011). Desfetichizar para producir valor, refetichizar para producir el colectivo: cultura material en una cooperativa de "cartoneros" en el Gran Buenos Aires. *Horizontes Antropológicos*, año 17, n. 36, 15-42.
- Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Castells, M., y Portes, A. (1989). *World Underneath: The Origins, Dynamics, and Effects of the Informal Economy*. En A. Portes, M. Castells, y L. Benton, *The Informal Economy: Studies in Advanced and Less Developed Countries*. Baltimore: MD: The Johns Hopkins University Press.
- Castro, E. (2016). *Lecturas foucaulteanas. Una historia conceptual de la biopolítica*. Buenos Aires: UNIPE.
- Castro-Gómez, S., y Grosfoguel, R. (2007). Prólogo. Giro decolonial, teoría crítica y pensamiento heterárquico. En S. Castro-Gómez, y R. Grosfoguel, *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (págs. 9 - 22). Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Cefai, D. (2013). ¿Qué es la etnografía? *Debates contemporáneos. Arraigamientos, operaciones y experiencias del trabajo de campo. Persona y sociedad*, 101-119.
- Chena, P. (2017). La economía popular y sus relaciones fundantes. En E. Pérsico, F. Navarro, M. Navarro, A. Geandet, A. Roig, y P. Chena, *Economía Popular. Los desafíos del trabajo sin patrón* (págs. 41-62). Buenos Aires: Colihue.
- Corcuff, P. (2013). *Las nuevas sociologías. Principales corrientes y debates, 1980-2010*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- D'Alessandro, M. (2017). *Economía feminista: cómo construir una sociedad igualitaria (sin perder el glamour)*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Sudamericana.

- Das, V., y Poole, D. (2008). El estado y sus márgenes. Etnografías comparadas. Cuadernos de Antropología Social Nº 27 - UBA, 19-52.
- Deleuze, G. (2014). Conversaciones. 1972-1990. Valencia: Pre-textos.
- Deleuze, G. (2015). Foucault. CABA: Paidós.
- Deleuze, G. (2015). La subjetivación: curso sobre Foucault III. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Cactus.
- Devés Valdés, E. (2003). El pensamiento latinoamericano en el Siglo XX. Tomo II: desde la CEPAL al neoliberalismo. Buenos Aires: Biblos.
- Dosse, F. (2004). Historia del Estructuralismo. Tomo 1. El campo del signo, 1945-1966. Madrid: Akal.
- Dosse, F. (2004b). Historia del Estructuralismo. Tomo 2. El canto del cisne, 1967 hasta nuestros días. Madrid: Akal.
- Dufy, C., y Weber, F. (2009). Más allá de la Gran División. Sociología, economía y etnografía. Buenos Aires: Antropofagia.
- Dumont, L. (1987). Ensayos sobre el individualismo. Madrid: Alianza Editorial.
- Elias, N. (2008). Sociología fundamental. Barcelona: Gedisa.
- Elias, N. (2016). Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados. En N. Elías, y J. Scotson, Establecidos y marginados. Una investigación sociológica sobre los problemas comunitarios (págs. 27-72). México: FCE.
- Evans, P., y Block, F. (2005). The State and the Economy. En N. Smelser, y R. Swedberg, The handbook of Economic Sociology (págs. 505-526). New Jersey: Princeton University Press.
- Fasano, P. (2006). De boca en boca. El chisme en la trama social de la pobreza. Buenos Aires: Antropofagia.
- Fava, J. (2009). La parte maldita o hacia una soberanía de lo sagrado. En G. Bataille, La parte maldita (págs. 11-18). Buenos Aires: Las Cuarenta.
- Federici, S. (2018). El patriarcado del salario: críticas feministas al marxismo. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tinta Limón.
- Fernández Álvarez, M. (2015). Contribuciones antropológicas al estudio de las cooperativas. Revista del Centro de Estudios de Sociología del Trabajo Nº7, 37-62.
- Ferrante, C. (2008). De Mauss a Lévi-Strauss: la concepción de lo social como doble verdad en Pierre Bourdieu. Intersticios, 49-61.
- Foucault, M. (2002). Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2007). El nacimiento de la biopolítica. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económico.
- Foucault, M. (2015). El orden del discurso. Buenos Aires: Tusquets.

- Fourcade, M. (2016). Dinero y sentimientos: valuación económica y la naturaleza de la "Naturaleza". Apuntes CECYP, 68-125.
- Gago, V. (2014). La razón neoliberal: economías barrocas y pragmática popular. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Gago, V. (2018). What are popular economies? Some reflections from Argentina. *Radical Philosophy*, 31-38.
- García-Parpet, M. (2003). A construção social de um mercado perfeito: o caso de Fontaines-en-Solgne. *Estudos Sociedade e Agricultura*, 5-44.
- Geertz, C. (2005). La interpretación de las culturas. Barcelona: Gedisa.
- Graeber, D. (2018). Hacia una teoría antropológica del valor: la moneda falsa de nuestros sueños. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gravelle, H., y Rees, R. (1988). Microeconomía. Madrid: Alianza Editorial.
- Grignon, C., y Passeron, J.-C. (1992). Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura. Madrid: De la Piqueta.
- Guber, R. (2011). La etnografía. Método, campo y reflexividad. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Guber, R. (2013). El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo. Buenos Aires: Paidós.
- Gupta, A. (2015). Fronteras borrosas: el discurso de la corrupción, la cultura y el estado imaginado. En P. Abrams, A. Gupta, y T. Mitchell, *Antropología del Estado* (págs. 47-91). México: FCE.
- Hart, K. (1973). Informal Income Opportunities and Urban Employment in Ghana. *The Journal of Modern African Studies*. Vol 11, Núm.1, 61-89.
- Hlebovich, N. (2013). "Desde el taller". Reflexiones acerca del trabajo artesanal en la carrera de modista. Posadas: Departamento de Antropología Social. UNAM.
- Ingold, T. (2013). Los materiales contra la materialidad. *Papeles de Trabajo*, Año 7, N° 11, 19-39.
- Kuper, A. (1973). Antropología y Antropólogos. La escuela británica 1922-1972. Barcelona: Anagrama.
- Lahire, B. (2004). El hombre plural. Los resortes de la acción. Barcelona: Bellaterra.
- Latour, B. (2012). Nunca fuimos modernos: ensayos de antropología simétrica. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lazzarato, M. (2006). Políticas del acontecimiento. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Lévi-Strauss, C. (1979). Introducción a la obra de Marcel Mauss. En M. Mauss, *Sociología y Antropología* (págs. 13-42). Madrid: Tecnos.

- Lombardía, M., y Rodríguez, K. (2015). La experiencia argentina en políticas de transferencias monetarias durante la última década. CABA: Secretaría de Política Económica y Planificación del Desarrollo.
- Lomnitz, L. (1991). *Cómo sobreviven los marginados*. México D. F.: Siglo XXI.
- López, S., Arce, G., Alberto, J., y Medrano, M. (2016). Procesos territoriales relacionados con la expansión urbana. Movimientos de población y desplazamiento de usos productivos en el Gran Corrientes. *Revista Geográfica Digital*. IGUNNE. Facultad de Humanidades. UNNE. Año 13. Nº 26. Julio - diciembre.
- Luzzi, M. (2018). ¿Cuánto vale la reparación? Valuaciones monetarias y sentidos de justicia en el procesamiento de los crímenes de la dictadura argentina. En A. Wilkis, *El poder de (e)valuar. La producción monetaria de jerarquías sociales, morales y estéticas en la sociedad contemporánea* (págs. 221-244). San Martín: UNSAM Edita- Editorial Universidad del Rosario.
- Luzzi, M., y Neiburg, F. (2009). Prácticas económicas, derecho y afectividad en la obra de Viviana Zelizer. En V. Zelizer, *La negociación de la intimidad* (págs. 11-20). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Malinowski, B. (1986). *Los argonautas del Pacífico occidental. Un estudio sobre comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanésica*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Mankiw, N. (2009). *Principios de Economía - 5ª Edición*. México D.F.: Cengage Learning.
- Martín Criado, E. (2008). El concepto de campo como herramienta metodológica. *Revista española de Investigaciones Sociológicas*, 11-33.
- Marx, K. (2014). *El capital: El proceso de producción del capital*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Mauss, M. (1979). *Sociología y Antropología*. Madrid: Tecnos.
- Mauss, M. (2009). *Ensayo sobre el don. Forma y funcionamiento del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Merklen, D. (2010). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.
- Miller, D. (2017). *The Uses of Value*. Disponible on-line: <https://www.ucl.ac.uk/anthropolog/people/academic-and-teaching-staf/daniel-miller/uses-value>.
- Mitchell, T. (2015). Sociedad, economía y efecto del estado. En P. Abrams, A. Gupta, y T. Mitchell, *Antropología del Estado*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Morini, C. (2014). *Por amor o a la fuerza*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Munn, N. (1986). *The fame of Gawa: a symbolic study or value transformation in a Massim (Papua New Guinea) Society*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Ortner, S. (2016). *Antropología y teoría social. Cultura, poder y agencia*. San Martín: UNSAM Edita.
- Ould-Ahmed, P. (2010). *La Solidarité vue par l'Économie Sociale et Solidaire*. Revista Tiers Monde, 181-197.
- Pacífico, F. D. (2016). "Más allá del programa". *Políticas estatales, mujeres y vida cotidiana en el Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Tesis de Grado - UBA.
- Pantaleón, J. (2005). *Entre la Carta y el Formulario. Política y técnica en el Desarrollo Social*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Polanyi, K. (2011). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestros tiempos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Portes, A., y Haller, W. (2004). *La economía informal*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Quijano, A. (1997). *Colonialidad del poder y clasificación social*. En S. Castro-Gómez, y R. Grosfoguel, *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. (págs. 93 - 123). Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Quintero, P. (2012). *Colonialidad del poder, comunidades indígenas y economías alternativas. Consideraciones sobre el indigenismo de los programas de economía solidaria*. En B. Marañón Pimentel, *Solidaridad Económica y potencialidades de transformación en América Latina: una perspectiva decolonial* (págs. 103-124). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.
- Quirós, J. (2011). *El por qué van de los que van: Peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Revel, J. (2015). *Juegos de Escalas*. San Martín: UNSAM Edita.
- Ritzer, G. (1997). *Teoría Sociológica Contemporánea*. México: McGraw-Hill.
- Roig, A. (2015). *Separar de sí, separar para sí: las prácticas de ahorro domésticas en sectores populares urbanos argentinos*. En A. Wilkis, y A. Roig, *El laberinto de la moneda y las finanzas: la vida social de la economía* (págs. 195-210). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos.
- Roig, A. (2016). *La moneda imposible: la convertibilidad argentina de 1991*. Buenos Aires: FCE.
- Schamber, P. (2008). *De los desechos a las mercancías: una etnografía de los cartoneros*. Buenos Aires: SB.
- Schiavoni, G. (2014). *La familiarización del mercado: economía solidaria y reproducción social de la pequeña agricultura*. En C. Craviotti, *Agricultura familiar en Latinoamérica: continuidades transformaciones y controversias* (págs. 335-357). Buenos Aires: Ciccus.
- Schumpeter, J. (2012). *Historia del análisis económico*. Barcelona: Ariel.
- Semán, P. (2006). *Bajo Continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*. Buenos Aires: Gorla.

- Shore, C. (2010). La antropología y el estudio de la política pública: reflexiones sobre la "formulación" de las políticas públicas. *Antípoda*, 21-49.
- Shore, C., y Wright, S. (1997). *Anthropology of Policy. Critical perspectives on governance and power*. London: Routledge.
- Simmel, G. (2013). *Filosofía del dinero*. Madrid: Capitán Swing.
- Strathern, M. (2006). O gênero da dádiva: problemas com as mulheres e problemas com a sociedade na Melanésia. Campinas: UNICAMP.
- Svampa, M., y Pereyra, S. (2003). Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras. Buenos Aires: Biblos.
- Vázquez Barquero, A. (2005). *Las nuevas fuerzas del Desarrollo*. España: Antoni Bosch.
- Viveiros de Castro, E. (2010). *Metafísicas caníbales. Líneas de antropología postestructural*. Buenos Aires: Katz.
- Vommaro, G., y Combes, H. (2016). *El clientelismo político: desde 1950 hasta nuestros días*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Weber, F. (2002). Prácticas económicas e formas ordinarias de cálculo. *Revista Mana*, 151-182.
- Weber, F. (2009). *Trabalho fora do trabalho: uma etnografia das percepções*. Rio de Janeiro: Garamond.
- Weber, F., Nice, R., y Wacquant, L. (2001). Settings, interactions and things: A plea for multi-integrative ethnography. *Ethnography*, Vol. 2, No. 4, 475-499.
- Wilkis, A. (2015). Economizando virtudes: un enigma de las finanzas populares. En A. Roig, y A. Wilkis, *El laberinto de la moneda y las finanzas. La vida social de la economía* (págs. 177-194). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos.
- Wilkis, Ariel; Roig, Alexandre. (2015). *El laberinto de la moneda y las finanzas. La vida social de la economía*. Buenos Aires: Biblos.
- Zelizer, V. (2011). Circuits in Economic Life. En V. Zelizer, *Economic lives. How culture shapes the economy* (págs. 344-353). New Jersey: Princenton University Press.
- Zelizer, V. (2011b). *El significado social del dinero*. Buenos Aires: FCE.